

Archivo General de la Nación
Vol. XX

JUAN VICENTE FLORES



LILÍ,
EL SANGUINARIO MACHETERO DOMINICANO





LILÍ,

**EL SANGUINARIO MACHETERO
DOMINICANO**





Archivo General de la Nación
Vol. XX

JUAN VICENTE FLORES

LILÍ,

**EL SANGUINARIO MACHETERO
DOMINICANO**

Titulado “Pacificador” de la República, en vez de
“Sacrificador” y “Verdugo” de sus conciudadanos

Santo Domingo
2006



Autor: Juan Vicente Flores

Título original:

Lili, el sanguinario machetero dominicano

Primera edición: Curazao, 1901

Segunda edición: Santo Domingo, 2006

© Archivo General de la Nación

Calle Modesto Díaz No.2

Santo Domingo, D.N.

Digitación:

Rosalía Belliard

Noemí Calderón

Rosa Elena Figuereo

Diseño y diagramación: Cuesta-Veliz Ediciones

Edición al cuidado de Dantes Ortiz

Ilustración de la portada: Dibujo del general Ulises Heureaux, tomado de la portada de la *Revue Diplomatique*, no. 80, París, 1893.

ISBN: 9945-020-07-2

Impresión: Editora Búho C. por A.

Impreso en República Dominicana

Printed in Dominican Republic



Nota sobre la segunda edición

Esta segunda edición de *Lilí, el sanguinario machetero dominicano* se ha preparado conforme a la primera y única anterior de Curaçao de 1901. Se ha decidido dejar el contenido sin modificación alguna, con excepción de las palabras cuya ortografía se ha modernizado. Esto hace la lectura mucho más cómoda para la generalidad de los lectores. De tal manera se mantienen las formas gramaticales que han experimentado variaciones en el castellano.

Departamento de Investigación
Archivo General de la Nación





Juan Vicente Flores: el guerrero de la pluma

El autor de esta obra, Juan Vicente Flores, es uno de los grandes olvidados de la historia dominicana. La primera evidencia de ello estriba en que, a más de un siglo de ver la luz *Lilí, el sanguinario machetero dominicano* (Curaçao, 1901), nunca fuera reimpresso, no obstante encontrarse en contadas bibliotecas privadas y ser, por ende, desconocida aun para una parte de los especialistas. La obra, al parecer, fue objeto de enañamiento por la animadversión generada por el espíritu libertario de Juan Vicente Flores. Circuló incluso el rumor de que el grueso de la edición fue destruido por incitación de aludidos o continuadores.

Este olvido no fue ajeno a que la causa de Flores no gozara de mucho aprecio entre contemporáneos e integrantes de la generación ulterior. Habría que situar la trayectoria personal de Flores para entender el porqué del rechazo, aunque queda mucho por indagar al respecto. Se tienen datos sobre su vida fundamentalmente gracias a la paciente labor de su compueblano Rufino Martínez, en el monumental *Diccionario biográfico-histórico dominicano*. Este ilustre historiador ponderó con escasa simpatía el contenido y hasta la factura literaria de este libro. Seguramente



Martínez recogió cierto consenso en el rechazo cuando aseguró: “Su mente, anublada por la pasión, produjo una obra soporífera por el estilo y poco aceptable por la narración de los hechos, algo adulterados, no se sabe si expresamente, con el fin de hacer más despreciable al tirano.”

Contrario a la dictadura de Trujillo en su época, Martínez, sin embargo, debió estar sesgado en esta apreciación por su matizada simpatía retrospectiva hacia Ulises Heureaux, el para Flores despreciable *Lili*. Está suficientemente establecido que este primer tirano moderno, de tan aciaga presencia en el entorno dominicano durante las últimas dos décadas del siglo XIX, hasta no mucho antes de su muerte gozó del apoyo de la mayor parte de la intelectualidad liberal, para no decir que del casi conjunto de la clase dirigente, que medró bajo su sombra. El arzobispo Fernando Arturo de Meriño, para sólo mencionar una figura cimera en su época, por su condición de jefe de la Iglesia católica y su pasado liberal, imbuido de imperativos sistémicos, se explayó en el púlpito catedralicio acerca de los parabienes del tirano. Los intelectuales que no comulgaban con sus procedimientos criminales generalmente decidieron guardar silencio. Pedro Francisco Bonó, es el caso, pese a cuestionar el estilo de desarrollo capitalista impulsado por los liberales del denominado Partido Azul y el conjunto de la “clase directora”, aceptó la amistad que le propuso Heureaux, llegando a manifestar en algún momento adhesión a su gobierno. Tal vez obrara en tales juicios el estado de paz largamente anhelado por los intelectuales y las clases superiores urbanas como *el* requisito para el desarrollo económico.

Fueron contados quienes decidieron colocarse detrás del prócer Gregorio Luperón, otrora el caudillo indiscutible del Partido Azul, cuando rompió definitivamente con el siniestro pupilo en 1888. Es por lo demás revelador que la



mayor parte de los seguidores de Luperón en el exilio no proviniesen exactamente de los rangos superiores del Partido Azul. Incluso varios de ellos habían sido críticos de este conglomerado de jerarcas, sobresaliendo entre ellos Eugenio Deschamps, Agustín Morales y, no por casualidad, Juan Vicente Flores. Es revelador del talante exhibido en este libro que fuese dedicado a la memoria del segundo, en homenaje a su entrega a la lucha por la libertad hasta su muerte en el episodio del vapor Fanita, en Monte Cristi el 2 de junio de 1898, evento que dio la señal de la caída próxima de la tiranía. Agustín Morales, al igual que Flores y Deschamps, había participado en todas las intentonas expedicionarias previas. Con tal antecedente, le cupo el honor de ser designado jefe militar de la tropa del Fanita, resultando herido en combate para morir instantes después.

Deschamps, Morales y Flores fueron pilares de una generación de intelectuales animados por el proyecto de una reconversión democrática del ordenamiento nacional. Se iniciaron en la acción política desde poco después de la toma del poder por los azules en 1879, promoviendo clubes y otras organizaciones sociales y culturales, así como periódicos, que exteriorizaban los anhelos democráticos de sus integrantes, generalmente de medios juveniles ilustrados. Se trató de un fenómeno regional, asociado al tipo de crecimiento germinal urbano en el Cibao, región de cultivadores independientes relacionados al mercado, a los cuales correspondía una clase media urbana de fisonomía más acabada que en las otras regiones. Estos jóvenes desplegaron una incisiva crítica a los azules, achacándoles falta de consistencia en el ejercicio gubernamental respecto a las propuestas que habían defendido previamente. Abogaban por el retorno a los principios originarios que habían sido desvirtuados por la práctica oligárquica, con lo que su postura democrática adoptaba visos radicales. Esta causa quedó



oscurecida por una suerte de legislación historiográfica que estipuló el carácter inequívocamente progresivo del Partido Azul y que, *ex post*, visualizó en Ulises Heureaux a lo sumo un fenómeno anormal, producto de sus pasiones inmorales.

Por consiguiente, la acción libertaria estaba atentando contra un sentido común asociado al orden social. No solamente Flores y sus compañeros fueron objeto del olvido, sino que su líder, Gregorio Luperón, pasó a ser objeto de desmerecimientos, ponderado de soslayo como un ser arcaico y desfasado, amén de inepto en el plano cultural. Algunos de los mismos jóvenes demócratas críticos de los azules terminaron adheridos al despotismo, como sucedió con José Ramón López, acaso influido en su exilio del paradigma del autócrata venezolano Guzmán Blanco.

Las vidas de Juan Vicente Flores y sus compañeros iluminan acerca de un episodio interesante de la historia dominicana moderna. Ellos representaron el límite posible de las aspiraciones progresivas, en un medio tan atrasado como era el de las décadas finales del XIX. Esto llevó a que las críticas que exteriorizaron a la proclividad oligárquica de los liberales en el poder condujeran a Luperón a calificarlos como socialistas. El prócer replicaba de esa manera a los textos de Deschamps y Flores. Es revelador que Deschamps, en su respuesta, no descalificase al socialismo, aunque indicase que no se ajustaba en el horizonte de la realidad dominicana del momento. Cuando Flores, desde su periódico *El Propagador*, afiló la pluma contra Luperón, este le respondió a balazos.

Años después Deschamps, Morales y Flores se contarían entre los compañeros más fieles de Luperón, en reconocimiento de su buena fe en la defensa de la causa nacional. Precisamente uno de los puntos más llamativos de esta obra consiste en ofrecer una interpretación acerca de la relación entre Luperón y Heureaux. Para Flores era



Heureaux, y no Luperón, el verdadero exponente del atributo del Partido Azul: de acuerdo a esta tesis, el núcleo del conglomerado no estaba compuesto exactamente por liberales; aunque estos se hacían ahí presentes, en igual medida provenía de una conjunción de antiguos partidarios de Pedro Santana, opuestos a la hegemonía de Buenaventura Báez después de concluida la guerra de la Restauración en julio de 1865. Y aunque los azules esbozasen una postura en términos generales liberal, su práctica estaba teñida de militarismo, caudillismo, peculado y ambiciones desmedidas de poder. Resulta notable que, en el momento de redactar la obra, hacia 1898, cuando a Flores no le cabían dudas acerca de la procedencia de Luperón, poco antes fallecido, contradijese la versión historiográfica de este acerca de la trayectoria del Partido Azul y de Ulises Heureaux en las *Notas autobiográficas y apuntes históricos* de publicación reciente.

Este libro constituye una magnífica reminiscencia historiográfica, no solo porque rastrea una figura de primer orden en las últimas tres décadas del siglo XIX, sino sobre todo porque lo hace vinculándolo a lo que a su juicio constituían las claves del proceso político nacional. De hecho, *Lilí* emprende una síntesis alternativa a la que terminó oficializada para este período, producto de la sobriedad cauta de José Gabriel García o de los designios imperiales de un Sumner Welles, para no hablar de las miradas de Luperón, interesado en la autojustificación.

Pero Flores fue mucho más que el autor de un libro, aunque ciertamente *Lilí* resume sus concepciones y su trayectoria personal, así como las de sus compañeros radicales. Desde muy joven descolló como hombre de letras en el periodismo. Si bien no se ha podido establecer el año de su nacimiento, como contemporáneo de Deschamps, debió acontecer hacia 1860. De tal manera, tendría poco más de veinte años cuando comenzó su labor de periodista y



activista en el interior de las sociedades patrióticas. Desde años antes ya elaboraba textos literarios, como se muestra en las fichas sobre su persona elaboradas por el erudito Veltilio Alfau Durán. En la edición 63, de 15 de marzo de 1874, de *El Porvenir* de Puerto Plata, publicó un soneto exaltando el 25 de noviembre del año anterior, fecha en que en esa ciudad estalló el movimiento que condujo al derrocamiento del régimen de los Seis Años de Buenaventura Báez.

Conforme se deduce de las fichas de Alfau Durán, condicionado inicialmente por la oposición al Partido Rojo de Báez, Flores se insertó en el equipo gobernante del Partido Azul. Desempeñó el puesto de oficial de primera clase, encargado del Libro de Resoluciones del Poder Ejecutivo, en el gobierno de Meriño, en 1880. Se trasladó a la ciudad capital para inscribirse en el Instituto Profesional (antecedente de la Universidad Autónoma de Santo Domingo), a poco de fundarse en el mismo 1880. Allí quedó registrado como alumno regular de la cátedra de Derecho Constitucional que dictaba Eugenio María de Hostos. No parece, empero, que lograra hacerse abogado, seguramente porque le atrajo el periodismo de combate.

Probablemente por ello se explique que retornase a Puerto Plata, primero como empleado gubernamental, fungiendo en los primeros meses de 1881 como secretario de la Comandancia del puerto. No duró mucho tiempo en esa posición, puesto que entró en conflicto irresoluble con los azules en el poder. Entonces, como indica en la dedicatoria a Agustín Morales, fue uno de los promotores de la sociedad La Regeneradora, junto a José Ramón López, Pablo López y otros, que vino a ser el símil puertoplateño de las que habían surgido en Santiago poco antes fruto de la prédica de Deschamps.

Rufino Martínez acierta cuando equipara el estilo expositivo de Flores con su combatividad en la acción y



su beligerancia en el periodismo. De tal suerte, la originalidad literaria de *Lilí* resultó de una prolongada labor periodística, de un conocimiento del medio de su época y de su sempiterna lucha libertaria.

Iniciado el activismo en La Regeneración, Flores se hizo célebre entre sus contemporáneos como director de *El Propagador*, donde exteriorizó su espíritu combativo. Tras esta reedición de su obra cumbre, queda pendiente rastrear su producción en *El Propagador*, *El Porvenir* y en otros periódicos vinculados a los clubes patrióticos. Al menos publicó en *El Porvenir*, ya estando en el exilio, entre fines de diciembre de 1888 y febrero de 1889, una serie de artículos acerca de la influencia de Estados Unidos en el continente americano. Estos momentos debieron serle favorables para la reflexión, pues a renglón seguido, según consta en la *Bibliografía cubana del siglo XIX*, de Carlos M. Trelles, imprimió un opúsculo de 84 páginas dedicado a evaluar el aporte de España en sus antiguas colonias: *Ensayo sobre los resultados morales de la civilización española en América* (La Habana, Imprenta La Universal, 1889).

Desde algún momento de su primer exilio pasó a residir en Haití, el punto más idóneo para preparar la lucha contra Heureaux. Se sostenía como profesor de lengua española en Port-au-Prince, sin descuidar en ningún momento las actividades revolucionarias. Estuvo orientado en esos afanes por la adhesión a Luperón, la única figura que podía unificar a los que luchaban por la libertad. Uno de los matices más interesantes de este libro precisamente es el relativo al tipo de ponderación respetuosa del prócer, no obstante el anterior dedo acusador que desde la prensa crítica dirigió a su persona. Los jóvenes radicales habían tenido razón en cuestionar el giro oligárquico de los azules, pero no aquilataron que Luperón mantenía una propuesta democrática, sin que pudiese columbrar lo que acontecía. Es tal vez lo que



explica que Luperón no mostrase la mínima disposición a repensar sus actuaciones, ni siquiera de aquellas que contribuyeron a promover al tirano.

Fracasados los intentos expedicionarios en las postrimerías de la década de 1890, Flores se concentró en la confección de la biografía del sujeto que resumía los males de una nación. Aunque no se tienen detalles de la forma en que llevó a cabo la confección de esta biografía, debió tomarle años. No está especificado por Flores, pero muerto el tirano debió acelerar la publicación, por lo que probablemente se circunscribió a la etapa de su vida previa a la llegada a la presidencia de la República en 1882. Tal vez efectuó el recorte por el empeño de concluir un texto pautado por el supuesto de que exploraba la fase del biografiado menos conocida. Dejaba de lado el examen de los actos del personaje en sus años de gobernante. Imbuido de una perspectiva psicológica e individual, pudo parecerle suficiente rastrear la trayectoria de la personalidad de Heureaux, en especial sus actuaciones depravadas, para poner en claro la naturaleza de su régimen.

En cualquier caso, con una inclinación tan decidida por la lucha, su tardío retorno al país, en abril de 1902, es decir, casi tres años después de la eliminación de Heureaux, seguramente estuvo relacionado con el propósito de lograr en Curazao la publicación de *Lili*. Es sintomático que la entrega de la edición esté fechada el 15 de octubre de 1901, por lo que es dado suponer que retornó a la patria tan pronto tuvo el libro en la mano, a inicios de 1902. Esta atención a la edición del libro muestra que Flores obraba tanto como un militante político, de armas tomar, como un intelectual comprometido con el arma de la pluma.

Al retornar, al igual que otros enemigos del tirano, se alineó con los partidarios de Juan Isidro Jiménez, quien había ganado ascendiente como principal adversario de



Heureaux tras la muerte de Luperón. Al parecer Flores tomó parte en la revolución de La Unión, de fines de 1903, que unió a los partidos rivales contra el postrero intento de quienes seguían ponderando al régimen de Heureaux como el modelo de régimen. Fue designado como secretario general del gobierno de Carlos Morales Languasco, pero presentó rápida renuncia cuando el presidente giró contra sus compañeros jimenistas como maniobra para cimentar un poder personal. Flores tomó parte en la expedición sobre Puerto Plata comandada por Demetrio Rodríguez, ocasión en que este intrépido caudillo jimenista cayó en combate.

No mucho después, los partidarios de Horacio Vásquez, el supracaudillo contrario a Jiménes, encabezados por Ramón Cáceres, se hicieron del poder de forma duradera. Durante cierto tiempo Flores se había refugiado en el feudo jimenista de Monte Cristi, tolerado por el presidente Morales Languasco como parte de sus malabarismos. Cuando Cáceres llegó a la presidencia en sustitución de Morales y decidió extirpar de cuajo el reducto jimenista de la Línea Noroeste, Flores tuvo que marchar al exilio.

Se ratificó su sello de identidad como desterrado. Las informaciones sobre su vida en el ostracismo son más bien escuetas. Aparentemente pasó el grueso del tiempo en Saint Thomas, sobreviviendo en condiciones muy duras. Rufino Martínez, con su proverbial capacidad de biógrafo retrata su amarga existencia en la pequeña isla basado en informantes de primera mano. "Vicente Flores vive solo, negado a recibir ayuda económica de ningún compañero. Toma algunos billetes de lotería que una bondadosa señora le entrega; los vende, y nada más consiente en retener para sí el poco beneficio de cada billete. Cuando no tiene para comprar la comida, se encierra, y engaña el reclamo del estómago con cáscara de naranjas." Este estado de miseria no



le impidió erigirse en animador político y cultural del colectivo jimenista exilado.

No está consignado por qué no retornó al país después que Cáceres fue acribillado en noviembre de 1911, habida cuenta del ascendiente que recuperaron los seguidores de Jiménez. Pero se puede suponer que se debió a que reiterara su vocación por la labor literaria con el fin de presentar su pensamiento político. Se propuso redactar una obra sobre los problemas políticos y sociales de la época, que consideró como una culminación de su trayectoria. Presumiblemente ya terminado el libro, se dirigió a Haití, desde donde, gracias al apoyo de un familiar acaudalado, siguió hacia Barcelona para publicarlo. Recién llegado a la capital catalana, protestó, como era de rigor, contra la intervención militar norteamericana de mayo de 1916. Es casi seguro que el libro que lo llevó allá no llegó a salir a la luz, sobre cuyas causas no se dispone de información alguna. La cuestión es un tanto enigmática, por cuanto pasó casi cuatro años en España. El *Listín Diario* reseña que falleció en Barcelona en algún momento de enero de 1920.

Valdrá la pena indagar, con vistas a la deseable recopilación de sus textos, si por ventura alguien conservó el manuscrito del libro postrero dedicado a temas políticos y sociales. Se tendrá así la oportunidad de lograr una aproximación cabal del conjunto de concepciones del personaje. Mientras tanto, *Lilí* ofrece suficiente material de reflexión en el terreno historiográfico. Amén del aporte en el conocimiento de una época, este libro ilustra las concepciones políticas y teóricas de Flores.

El seguimiento del personaje, como hilo conductor del relato, se inscribe en la concepción de equiparar la historicidad con la política. Más aún, se infiere del texto que para él la sustancia de la historia reside en el tramado de las relaciones entre personalidades. En tal sentido, historia



equivale a política, considerada como despliegue en la arena del poder de las intenciones de los actores, siempre aquellos que marcan los perfiles de una época. Flores pensaba como el típico liberal que aparentemente nunca dejó de ser. Lo que estaba en juego en el trasfondo de la historia y de las mejores intenciones transformadoras no era otra cosa que los talentos de los sujetos individuales. No hay en este libro ningún otro plano del análisis, aunque por momentos pudiera atisbarse una superación del mismo cuando procede a caracterizar situaciones propias de la época.

De lo anterior se deduce la preponderancia de la dilucidación de los hechos particulares. Por cuanto Heureaux tipificaba una época, Flores pretendía dar cuenta a través suyo de lo que a su juicio había estado aconteciendo en la colectividad dominicana. Pero en vez de plantear los problemas de manera general, los corporizaba en la personalidad del enemigo y en la trama que la relacionaba con el elenco de figuras en la escena.

De tal manera, la precisión en la narrativa guarda la mayor importancia. Aunque no exhibe las técnicas académicas de los historiadores, particularmente en el manejo de los documentos, en *Lilí* se plasma el producto de una indagatoria exhaustiva, vinculada con un conocimiento de los trazos del proceso histórico del país y con una reflexión bien elaborada sobre sus problemas. Su utillaje clave residió en la utilización de la fuente oral, por lo demás imprescindible para una temática tan esquiva para la investigación erudita, agravada por un contexto de escasa disponibilidad de fuentes escritas. No se trató de un abordaje excepcional, puesto que lo practicaron, de una u otra manera, casi todos los historiadores decimonónicos.

Extrañamente en este tópico de la veracidad es que Rufino Martínez se centra para descalificar la obra. El gran historiador yerra tanto en su apreciación de la exactitud



de los hechos presentados por Flores como en la del contenido de sus juicios.

Sin duda, como asevera Martínez, Flores era un apasionado. Pero apasionamiento no equivale forzosamente a inexactitud o error. Por el contrario, en un espíritu libertario como el de este escritor la pasión se presentó como ariete de la verdad. Habría que determinar, si se aceptara la objeción, en cuáles puntos se hallan las exageraciones y distorsiones. Se puede apostar, contrariamente al juicio de Martínez y pese a su escaso sustento documental, que la obra se caracteriza por su apego a los hechos, en consonancia con la honradez de su autor y su dominio del conocimiento histórico. Él debía sentirse demasiado seguro en la legalidad de sus argumentos, que lo eximían de acudir a exageraciones, convencido de la impronta funesta del biografiado. Por lo mismo debía parecerle suficiente el establecimiento de los hechos sobre la base de la recolección de noticias de parte de testigos y protagonistas.

En el límite, el que se demostrara que Flores no ofreció las versiones más precisas sobre determinados acontecimientos para nada inhabilitaría el texto. Objetarlo por tal razón supondría una visión muy pobre de la comprensión de la historia. Lo importante que se debe reivindicar en la empresa de Flores, como en toda consideración historiográfica, precisamente no consiste en los detalles, sino en los alcances y en el sentido de la información y el análisis. Aun en el plano descriptivo y biográfico, la recuperación de episodios de la vida de Heureaux hace de *Lilí* un texto insustituible, muy superior a cuantos otros se redactaron sobre el particular. Es el caso de la frialdad despiadada exhibida en la ejecución de los generales Valentín Pérez y Manuel María Caminero cuando el futuro tirano, en ausencia de Luperón, en 1879, pactaba circunstancialmente con el presidente Cesáreo Guillermo.



Martínez ha mostrado en su ponderación de Heureaux una imagen que reproduce el fatalismo de los intelectuales contemporáneos de este último, que con matices distintos reconocieron en el tirano condiciones excepcionales. Es uno de los temas sobre los que discurre la narrativa de Flores, resuelto a refutar este supuesto. Para él, Heureaux, llanamente, no pasaba de ser un incapaz. Sin embargo, no afirma que le faltara inteligencia. Rastreando su formación en la niñez y la juventud, asevera que carecía de cultura y que las motivaciones vesánicas que dominaban sus acciones lo tornaban en un inepto en todos los órdenes. En dado caso, se puede desprender de la lectura de *Lilí* que Flores no discute el ejercicio de la astucia, pero que lejos de atribuirle méritos la considera expresión de la incapacidad. No hay forma de que un análisis no le dé razón a Flores: el estudio del ejercicio gubernamental, entre 1888 y 1899, no muestra más que una sucesión de desaciertos garrafales, que descalifican las apologías de la imposición del “orden”. Flores no tuvo problemas en reconocer los hechos en que Heureaux dio muestras de aplicar su inteligencia, como con motivo del choque con Cesáreo Guillermo en El Porquero, en octubre de 1879. Lo que afirma es que estaba impedido de encontrar solución inteligente a los problemas esenciales. En dado caso, su ascenso no fue sino obra de su proximidad un tanto circunstancial con Luperón, sin la cual, especula, su existencia no habría pasado de la de un artesano anónimo.

Así pues, pese a la restricción en tal problemática, Flores hace uso de la crítica cultural responsable al cuestionar, mediante el rastreo biográfico minucioso, la mitología envuelta en un velo de misterio que contribuyó a magnificar la imagen de Heureaux. Normalmente, las ponderaciones del personaje se vieron matizadas por una fascinación por sus atributos, un tanto inefables pero que confluían en una admiración por el



ejercicio de la inteligencia para forjar el mando absoluto. Las descripciones anecdóticas de episodios, a menudo aceptadas sin más con su gracejo, sí han implicado una tergiversación del personaje y de sus circunstancias históricas.

En realidad la tarea crítica contenida en este libro supera con mucho la intención de desmitificar, puesto que se dirige a un meollo de interpretación alternativa. Es dado afirmar que el periodo posterior a la Restauración, todavía generalmente poco comprendido por los historiadores, es develado en algunas de sus claves. Aunque reducido al plano del choque de personalidades, con lo que deja de lado consideraciones explicativas generales propias del análisis histórico marxista, Flores ofrece una interpretación plausible acerca de líneas del proceso político. La determinación de la verdad de los hechos, con todo y lo crucial que resulta en su aproximación, sin embargo queda superada por la capacidad de ofrecer propuestas interpretativas. Se infiere que la trascendencia de esta obra estriba en el establecimiento de la conexión entre la información “nueva” para contemporáneos, todavía de mucho valor en la actualidad, con su función ilustrativa de tesis alternativas.

Se deriva que el centro de esta tarea consistió en develar claves de la constitución de los agentes políticos después de 1865. En este punto, pese a estar al margen de los lineamientos actuales del análisis histórico, las propuestas de Flores siguen guardando tal relevancia que las hacen referentes imprescindibles para la mejor comprensión posible del referido periodo. En especial Flores dirigió su atención hacia el Partido Azul, a cuyo conglomerado dirigente pertenecía Heureaux, considerado universalmente emanación del espíritu liberal. En el terreno historiográfico, Flores retomó el argumento de sus compañeros periodistas, desde dos décadas atrás, de visualizarlo en lo fundamental como un conglomerado caudillista desprovisto de atributos patrióticos



y democráticos. La conclusión es dura, discutible en algunas de sus facetas, pero se dirige a un núcleo de los hechos colocado fuera de la consideración de quienes se limitaron a ponderar que el agrupamiento cuestionaba la hegemonía conservadora que ponía en riesgo la soberanía e impedía la consecución de un país civilizado. Con tal juicio explica el ascenso de Heureaux y que este lograra tornarse en un déspota. Flores no niega que en el Partido Azul hubiese patriotas, pero tal reconocimiento lo extiende, en menor medida, a sus enemigos rojos. En dado caso, lo que columbraba detrás de este estado lamentable de la acción política era un nivel escaso de instrucción que impedía la generalización de la ciudadanía. Elevaba la ignorancia de hecho a quintaesencia de los caudillos, condición gregaria de la que Heureaux no podía eximirse.

Sobre tal ordenamiento cultural, para Flores el país estaba impedido de superar el terreno fértil para el despotismo. El análisis se más hace fructífero cuando, en tal línea de razonamiento, Heureaux no es visualizado como producto del azar, pese a que la narrativa se mueve principalmente alrededor de los acontecimientos políticos.

En tal perspectiva, la carrera ascendente de *Lilí* formó parte de los trazos del proceso histórico. Aunque basado en otras premisas, al igual que Pedro Francisco Bonó, Flores asevera un determinante casi insuperable para el despotismo. En el seguimiento del decurso del proceso político, ilustra esa tesis a propósito de la preeminencia de Césareo Guillermo en los años 1878 y 1879, tras desempeñar una participación clave en el derrocamiento de la última administración de Buenaventura Báez. Para ello se alió al Partido Azul, a través de algunos de sus prohombres, como Fernando Arturo de Meriño y Ulises Heureaux. Pero en este libro se avala el criterio de Luperón de que Guillermo tenía la constitución de autócrata y se preparaba a implantar una nueva dictadura. Las



apreciaciones de Flores acerca de la personalidad de Guillermo y sus ejecutorias constituyen uno de los tantos temas que le confieren originalidad a la obra y la hacen de estudio indispensable. Taxativamente, Flores equipara a Guillermo con Heureaux en objetivos y procedimientos, al igual que en incapacidad. La señalada tentativa dictatorial de Guillermo, frustrada por el ascenso de la influencia de Luperón, a ojos de Flores, indica que estaban armadas las condiciones para la implantación de una dictadura que sustituyera el anterior protagonismo de Buenaventura Báez.

A Flores lo anterior bien pudo parecerle suficiente para ilustrar la causa profunda de que *Lilí* lograra imponer su espantosa coyunda. Los actos del gobernante estaban demasiado frescos y eran del conocimiento de todos. Le interesó remontarse a los orígenes, como es propio de la perspectiva convencional de los historiadores. Al hacerlo, tuvo éxito en lograr rastrear la trayectoria de un personaje a quien él, como todos, le atribuía un influjo de primerísima importancia en la configuración de la historia del país. Sobre esta base, este libro imbrica personalidad y proceso general, arrojando uno de los productos de mayor relieve en la producción histórica dominicana del siglo XIX.

En tal sentido, este libro sigue manteniendo su utilidad intelectual no solamente por lo que informa sino por lo que implica. Ofrece demasiados elementos de reflexión comparativa para la visualización de problemas del pasado y del presente.

ROBERTO CASSÁ

21 de septiembre de 2005



A LA MEMORIA DEL GENERAL

AGUSTÍN F. MORALES,

MUERTO EL 2 DE JUNIO DE 1898,
EN LA ACCIÓN DE MONTE CRISTI,
COMBATIENDO CONTRA LA TIRANÍA

Como estruendo conmovedor de lejana catástrofe, salvó en breve término la distancia considerable a que se halla el lugar hospitalario donde trazo estos renglones, e hirió mi oído, y me penetró hasta lo más profundo, la lucuosa noticia del fin terrible que tuvo tu preciosa y prematura existencia; y a impulsos del dolor, silencioso pero intenso, que me causaba la pérdida de un compañero de ostracismo tan digno y bueno como tú, al punto concebí el designio de poner por obra lo que hasta ese día jamás se me había ocurrido, ni probablemente hubiera detenido en ello el pensamiento, a no hallarse de por medio la humilde y temprana fosa en que te sepultó tu heroico aborrecimiento al odioso tiranuelo de tu patria. Qué oportuna y bien inspirada labor emprendí, te lo manifiesta con harta elocuencia el presente libro, que te dedico en prueba de que, aunque muerto, vives en mi corazón y en mi memoria. Lo consagro intencionalmente al servicio de la causa que te cuenta, oh desdicha, en el número de sus mártires. Lo tengo por una palpitante y enérgica venganza de tu muerte, que fue quien me lo inspiró; y espero poder darlo al público dentro de breve plazo.



Pero si, vivo tú, había yo de hacer algo en la forma en que lo hago, y con el mismo propósito de fustigar a Lili: si, sobreponiéndome a los especiales rigores que ha usado conmigo el destierro, hasta forzarme a tener la pluma en la inacción tanto tiempo, siempre había yo de tomarla para escribir una obra semejante a ésta, te aseguro, que a ninguno de nuestros correligionarios, a ninguno de nuestros meritísimos compañeros de proscripción la hubiera dedicado, sino a ti; porque, si bien ha sido común entre todos nosotros la resolución de no tornar a la patria, en tanto que Lili ejerza en ella su oprobiosa tiranía, y asimismo común el propósito de conspirar sin descanso a su irreparable derrocamiento, tantas veces frustrado, siempre habrá que reconocer que te señalaste, más que ninguno, por tu actividad y ardor revolucionario; que ninguno tuvo la perseverancia que tuviste tú, en luchar contra los obstáculos que nos han cerrado el camino al logro satisfactorio de los medios y recursos indispensables al triunfo definitivo de nuestra patriótica e ingente causa; que, no embargante nuestra penuria de todo, por ti hemos venido dando señales de vida: pues en efecto, con excepción del ataque del Fuerte de Santiago de los Caballeros, a principios de 1888, y de los acontecimientos de Puerto Plata a fines del mismo año, debidos, aquel y éstos, a los esfuerzos de otros inolvidables correligionarios nuestros, de todos modos, hay que decir, que merced a lo personal, infatigable y eficaz de tus diligencias, se verificó un ataque a Dajabón en 1889, y una intentona en Puerto Plata en 1891, y una invasión en 1893 por la línea Noroeste; y sin duda que no es nada pequeña, sino por todo extremo principal y sin competencia, la parte que te hubo de tocar en el alistamiento de la infortunada expedición de 1898, que no pudo llevar a efecto sino la desastrosa toma de Monte Cristi; en la cual bajaste a la tumba, cuando más merecías ser invulnerable a las balas,



cuando más merecías gozar de la vida, para que, al cabo de tanto esperar sin fruto alguno, presenciaras el buen suceso de tan largos esfuerzos, penalidades y sacrificios, una vez que, acaso por obra de tus persistentes solicitudes y requerimientos, por fin halló nuestro partido, en la discrecional adhesión de un patricio tan pudiente y prestigioso como don Juan Isidro Jiménez, todo el auxilio y concurso que había menester para lograr la pronta realización de aquel venturosísimo suceso.

Y a la par de aquella consagración y fe con que gestionaste por tu lado nuestros negocios comunes, hubo de ser tu denuedo en los combates, en que tampoco te llevó ninguno de tus compañeros de armas y de reveses la supremacía. Pero ¿qué digo? No merece ninguna suerte de alabanza una cualidad como ese valor tuyo, que sólo supo conducirte a perder la vida, sin que hubiera ésta tenido tiempo alguno de dar los sazonados frutos que a todas luces hubiera producido más tarde a la República, en la época infalible y próxima en que habrá de alcanzar la libertad dominicana su definitivo y triunfante predominio. Así, antes que cumplir tu destino, lo malograste; porque hombres como tú, no deben morir por la patria, sino vivir para ella. Esta circunstancia y esta consideración, es precisamente lo que hace a mis ojos más sensible y dolorosa tu muerte, como ha de hacerlo también a los de todos nuestros dignos compañeros y copartidarios de fuera y dentro de la República.

Por tanto, puesto que no hube de realizarlo mientras tuviste vida, razón es que consagre ahora este limitado recuerdo a la gloria de tus grandes merecimientos. Limitado, sí, porque largas páginas, o un libro entero, es lo que cuadraría mejor a la importancia de los mismos, a fin de que, haciendo el mayor ruido que se pudiese acerca de todos ellos, tanto se despertase mañana el interés y atención de la historia nacional, que se moviese luego a salvarlos del olvido,



y ponerlos en conocimiento de la posteridad, donde se glorifican y gozan de perpetua vida, y no de eterna muerte, así las acciones que merecen ese premio incomparable, como los nombres de los insignes varones que las realizaron.

Una vez, en 1893, estando casi a punto de verificarse la invasión de aquel año, por ti preparada y dirigida, me dijiste que debíamos pensar en escribir nuestras memorias. Yo nada te respondí, porque consideré que todavía no era tiempo de hacerlo, en vista de que, graves asuntos como esos, no son propios sino de la edad madura. Sin embargo, no dejé de fijar mi pensamiento en lo que debiste de tener el tuyo fijo al hacerme aquella indicación, que por consiguiente no quedó del todo desaprobada en lo íntimo del interno fuero mío. En efecto, ¿qué habíamos puesto en ejecución hasta esa fecha que mi mala suerte me presenta hoy como muy remota, sin serlo?, ¿qué habíamos puesto en ejecución, sino servir activa y prácticamente a la libertad dominicana, posponerlo todo a este alto servicio, todo lo que tuviese algún parecido a conveniencia e interés personales, y arrostrar con serena resolución todos los peligros imaginables por rendirlo? Habíamos emprendido la lucha en 1884, y en ello tanto nos habíamos adelantado a la juventud coetánea nuestra en el Cibao, si ya no en toda la República, que sólo se podía contar por más antiguo que nosotros en aquella lucha, ese temible atleta del derecho que se llama Eugenio Deschamps, compañero y amigo nuestro inseparable. Fundamos en Puerto Plata, lugar de nuestra residencia, con Pablo Eliseo López, Luis Garrido, Carlos Reinoso, Máximo Gautier, José Ramón López, y otros, la sociedad cívica “La Regeneradora”, siendo tú su iniciador; padecimos persecución por nuestras ideas, y más, por la viril actitud que usábamos en difundirlas y defenderlas frente a frente de la arbitrariedad; perforamos la pared del calabozo donde padecíamos injusta prisión



de orden de Lili; atravesamos fugitivos, tú, José Ramón y Pablo Eliseo López, y yo, una buena parte del territorio dominicano, perseguidos de cerca por militares despachados con el objeto de que verificasen nuestra captura; y fuimos a buscar en países extranjeros, para nuestra libertar personal, nuestras vidas y nuestro culto, la seguridad que no teníamos en la patria. Todo eso aconteció entre las postrimerías de 1884 y la primera mitad de 1885 inclusive; y en 1893, a los 8 años cabales de no interrumpida consagración al servicio de los mismos intereses cívicos, vigorosísimamente sentíamos tanto aliento, esperanza, fe, decisión y voluntad en proseguir adelante con la costosa y ardua empresa, como si fuera entonces, y no antes de entonces, cuando la hubiéramos dado tan excelente principio como le hubimos de dar ocho años antes. Por todo eso, se puede bien echar de ver si habría materia larga sobre que componer una memorias bastante voluminosas. A mí, sin embargo, me parece que pensabas, al hablarme sobre aquello, en lo mismo que yo pensaba, en que no era tanto lo que habíamos hecho, comparado con lo que todavía nos quedaba por hacer, y que así, lo ya ejecutado por nosotros, aunque poco fuera, junto con la inmensidad de trabajo que nos restaba, y a que habíamos de dar cumplido remate al cabo, constituía una inconcusa razón para principiar a escribirlas. Y hoy, que por desdicha has muerto, creo rendir muy especial homenaje a tu cara memoria, en formar el intento, que desde luego formó, de componerlas algún día, poniendo de mi parte, todo lo que hubieras puesto de la tuya, y que, a la verdad, excede mucho a lo que hasta la fecha en que pereciste, o hasta la fecha del día en que principié a escribir esta obra, y en que trazo las presentes líneas, he podido yo llevar a cabo, que es nada por cierto. Te doy con esto a entender, que pues has de figurar a la par conmigo en esas memorias, dejo tácitamente contraído, ante tus manes, el



compromiso, que reputo por imperioso, de honrar a éstos en no realizar de hoy para lo adelante, sino lo que hasta hoy tengo realizado, que son actos propios para componer el argumento de aquella clase de producciones, y hacerlas dignas y merecedoras de ser leídas.

Adiós, pues, oh ilustre sombra de un amigo tan caro como para mí lo fuiste: honrador benemérito de tu patria, por las prendas de tu ánimo y carácter, en toda tierra extranjera donde hubiste de poner la planta. Descansa en paz. Ya no tengo más que decirte. Los corazones de todos nosotros, tus compañeros de proscripción y de causa, no lo dudes, serán santuarios de tu memoria; sobre todo, sabremos tener presente, cuantas veces fuere oportuno, que dejaste tras ti ejemplos dignos de ser enaltecidos, y más todavía, de ser imitados por cuantos sepan en lo que hubieron de consistir. Mas, no te pese demasiado la tierra con que piadosas manos cegaron la fosa humilde y solitaria donde yaces todavía: que derribado en tierra el tiranuelo aborrecible cualquier día no lejano, como lo esperamos tus invariables amigos, y restituidos definitivamente al calor de nuestros hogares y al gremio de los nuestros, ¡oh, sí!, tomaremos el camino de Monte Cristi, e iremos a remover esa tierra endurecida, y extraer de allí los huesos, ya descarnados, que sustentaron tu arrogante presencia en el mundo, y llevarlos al campo santo de Puerto Plata, tu pueblo natal, para que reposen allí en un mausoleo, que recuerde para siempre a las generaciones la resplandeciente calidad de tus servicios.

JUAN VICENTE FLORES





PRIMERA PARTE





Este libro se debe principiar a leer por donde acaba, no por donde principia; porque allí, en el fin de él, decimos algunas cosas, que como el lector no las tenga en cuenta previamente, le han de chocar mucho ciertas particularidades que en él se hallan, como la de hablar a menudo en presente, de lo que ha dejado de ser y existir hace algún tiempo. Después de dar fin a la obra, es cuando escribe un autor el prólogo que ha de llevar; y, precisamente, las cosas a que aludimos, son el prólogo mismo de la presente, el cual hemos puesto al fin, porque, como se verá, en ninguna manera debía ni podía tener cabida en el principio, donde, por las razones expuestas, solamente deben figurar estos brevísimos renglones, anteceditos de las fúnebres palabras que, a impulsos de amistosa piedad, consagramos a la dulce y querida memoria de un mártir. A ese prólogo excéntrico remitimos pues la indulgente atención de quien se sirviere pasar este libro por la vista.



I

¡Menguado caso, cuando copiosa suma de materias, dos veces nobles por su naturaleza y objeto, reclaman por manera perentoria el ejercicio de nuestra pluma, tener que consagrarla preferentemente a referir la vida y los milagros de un facineroso! Los hombres a quienes no absorben los mezquinos afanes, ni ofuscan los relumbrones, ni contagian las miserias, las inmoralidades y los escándalos que integran la política imperante hoy en casi todos estos países; aquellos hombres reflexivos, dignificados por el culto y profesión de los más honestos principios; cuyo espíritu no se apacienta sino en la serena región de lo bueno y de lo grande, a donde jamás arriban las bajezas, pequeñeces y horrruras que infestan y circundan, a manera de ambiente, toda nuestra vida pública, esos hombres conocen bien los estímulos con que la marcha universal del progreso contemporáneo, y la también universal cultura de las naciones que sólo a promover ese progreso han aplicado su actividad y sus recursos, de mil modos loables solicitan y aguijonean a las capacidades, mayormente a las inclinadas a deducir de todo lo práctico, de todo lo útil, de todo lo bueno que sirve de objeto a su estudio u observación, ideas, principios, sistemas,



teorías, enseñanzas, consecuencias favorables a la mejora de las repúblicas a que pertenecen, ya que, no teniendo el encargo de regir sus destinos como gobernantes, no pueden por sí mismas emanciparlas del atraso en que todavía, para vergüenza suya, están sumidas. Oculta y crónica enfermedad los posee y los devora en lo íntimo sin tregua; y es una cruel, y casi podríamos decir insufrible desesperación nostálgica, que padecen por no poder hacer muchas y grandes cosas, teniendo la voluntad de hacerlas; tanto más, cuanto que saben ellos bien como les fuera fácil, por su medio, convertir en perpetuo monopolio suyo la gratitud de sus conciudadanos: que es el mayor, y más glorioso, y más incomparable galardón a que pueden aspirar y que pueden llegar a merecer los hombres en la tierra. Por otra parte, la incesante lectura, con la cual espaciamos los límites de la instrucción que tenemos adquirida, o adquirimos la que no poseíamos, asimilándonos de todos modos los conocimientos de los hombres más aventajados que nosotros en saber; el estudio de los problemas sociales que la misma civilización va planteando, sin ofrecer francamente los medios de resolverlos; la consideración de altas cuestiones, como la naturaleza o existencia del alma humana, que tanto importa de suyo a esa otra cuestión o dogma de su inmortalidad, en cuya virtud abrigamos la creencia parálita, de que hay después de la muerte un más allá, donde los malvados y los buenos reciben lo que no encuentran de ordinario en esta vida, los unos el castigo de su perversidad, los otros la recompensa de su virtud; la íntima y habitual comunicación de nuestro pensamiento con el ser de los seres, Dios, cuyo conocimiento ha estado para los mortales siempre cercado de impenetrables misterios, pero en quien debemos creer, no ya porque la existencia suya pertenece a la jerarquía de las verdades que llamaremos absolutas, sino también porque creyendo en él, blandimos el instrumento precisamente



mejor y más seguro y expedito para tronchar las alas con que, sin esa fe, osarían la soberbia y vanidad humanas escalar el cielo suponiéndole vacío, son especulaciones y ejercicios que nos dicen ¡*Súrsum corda!* y nos remontan a las más sublimes regiones del espíritu, dominio de la serenidad, donde se presentan las cosas tales cuales son en realidad, donde se deslindan y separan todas las cuestiones, que andan a menudo revueltas y confusas, como los elementos del caos, girando vertiginosas en el radio apocado de la vulgaridad y las pasiones; y donde muy digno ha de ser aquello en que fijemos la mirada; porque todo allí nos convida, nos estimula y nos fuerza de manera irresistible, a no detenerla sino en lo que luce con el prestigio de la elevación y la grandeza, y hacer objeto de nuestro sumo desprecio lo bajo, lo vil, lo indigno, lo soez, lo ordinario; en una palabra, lo despreciable, que allí no tiene cabida ni tampoco acceso alguno. Cuanto pues desde allí se haya de considerar, han de ser cosas equivalentes, o de otro modo, cosas que merezcan ser consideradas; en lo cual se advierte una especie de sanción, pues hay que procurar elevarse, y hay que procurar elevar lo que no estuviere por sí en capacidad de hacerlo; y elevarse, o elevar, es no caer ni dejar que se caiga en ningún estado de degradación, envilecimiento e ignominia.

Pues bien, entre esas cosas equivalentes, o que merecen ser consideradas, sin duda de ningún género, hay una que hace al resto de ellas insuperable ventaja, y se llama el gobierno; pues efectivamente, de Dios abajo, no hay cosa grande como el gobierno, como el poder, temporal o espiritual, en la tierra: él desempeña el mismo papel y oficio en las naciones y sociedades, que la cabeza en los individuos, sin la cual no puede haber guía, régimen, dirección ni existencia; y porque nada es tan dañoso como él cuando es mal ejercido, nada necesita y requiere tanto



como él, estar rodeado de todas las garantías y seguridades imaginables, para no redundar en perjuicio de los gobernados, que no pueden pasar sin él, y cuya honra, conservación, perpetuidad, mejora y bienandanza, todas pasivas de por sí, no tienen representación, instrumento ni actividad, sino en él, que es su creador y providencia. Por tanto, los individuos que lo ejercen, han de ser hombres de probidad, virtud la más necesaria en el Estado y el gobierno, que allí debe resplandecer como en su más adecuado centro, y tener preponderancia, influencia y autoridad sobre todo lo demás, porque quien no la tuviere, será un corrompido, y el corrompido no puede ofrecer ninguna garantía en lo concerniente al buen manejo y administración de los intereses ajenos, ni dar de sí cosa que pueda llamarse buena, que es lo que les corresponde dar de sí a los que mandan; de tal manera, que si no llenan esta ineludible condición, entonces vienen a ejercer y practicar una cosa inadmisible, una monstruosidad, cual lo es un gobierno mal ejercido, que si es cierto que se suele ver, también lo es que no se debe tolerar en ninguna manera. En resolución, los intereses nacionales, tan de suyo múltiples y complejos, son a manera de unos objetos de fino cristal labrados: sólo el hombre discreto y bien intencionado los manejará con los debidos miramientos: en las manos del atolondrado y del perverso, no puede caber duda que lo que suceda sea que al fin y al cabo queden hechos pedazos, aparejando con ello para todos las naturales calamitosas consecuencias.

A cualquiera no se le pueden confiar las riendas del gobierno; para ello se ha de buscar siempre lo mejor, al inteligente y no al ignorante; a la experiencia, y no a la bisoñería; a la virtud, y no al vicio. Son ellos los solos que merecen mandar, y los solos a quienes se debe sostener en el mando. Porque, como es el gobierno la más grave cosa que hay, la más delicada, la más peligrosa, y no sea



dado conocer a los hombres a fondo tan luego como se les ve la cara, se necesita y requiere irremisiblemente, que ofrezcan sólidas garantías, garantías fundadas en hechos anteriores y actuales, ostensibles y tangibles, que den buena fe y testimonio de su índole honorable, o sea de su probidad, que es prenda sin la cual no puede haber jamás buen gobierno. Eso pues de ponerlo en manos del primero que se presenta, como si fuera cosa de poca monta, y como hemos dado nosotros en la flor de hacerlo, no sólo no recomienda en modo alguno a un pueblo, no sólo no es prueba de que tenga patriotismo, no sólo no es señal ninguna de que sea digno de respeto, sino que irremisiblemente tiene siempre que acarrear las consecuencias, las desgracias increíbles que viene padeciendo nuestra República, desde la hora menguada en que, por esa nuestra consumada falta de buen sentido, empezó ese hombre a mandar y a descollar en ella: que es siempre una honra lo que se le hace a cualquiera, en ponerle a la cabeza de los demás, no una deuda ni una obligación que se satisface; y el deber, trátase o no de un hombre bien o mal nacido, está en que jamás deje de ser digno de tan alta distinción como en él se hace, en lo cual a su vez hará más que honrarse a sí mismo y honrar a su país, pues honrará también a toda la especie humana; que tal es la condición del gobierno, que da gloria inefable al buen gobernante, y hace que sea su nombre pronunciado en todos los países con la entusiasta y amorosa devoción con que se pronuncia en cada uno el de un ilustre y benemérito conciudadano. Pero él no lo entiende así: por donde se puede advertir con cuánta razón y justicia se le llama con el calificativo de malvado. No lo entiende así él, y mientras en otras partes la ley del gobierno es perpetuar y engrandecer a las naciones, y por consiguiente hacerlas fuertes y hacerlas felices, la suya es fomentar por do quiera el desorden, la desmoralización, el escándalo,



la inmoralidad, la miseria, y hacer expiar a sus conciudadanos, por medio de interminables fusilamientos y asesinatos, el pretendido delito de fraguar conspiraciones y alzamientos, que provoca él mismo, a sabiendas, con su bandolerismo, su depravación y su crueldad. Así es como él sabe corresponder a la excelsa honra de figurar a la cabeza de uno de los pueblos más heroicos, más morigerados y, especialmente, más gobernables de América. Y en tanto que por todas partes no se oye ni se ve, sino el estruendo del progreso, el brillo de las luces, el lustre de la civilización, en armonía maravillosa con el régimen intachable y sapientísimo de los destinos nacionales, él no hace que su país ofrezca en devolución y correspondencia de todo eso, sino el espectáculo de sus propias sombras, es decir, de sus propias maldades. No lo entiende, no, de otra manera; por eso es por lo que, al paso que, fuera de la República Dominicana, se ve asegurada la vida, consagrado el derecho, respetados los intereses de todos, honrada la paz, dignificado el orden, garantizada la suerte de los pueblos, él, baldón de la primera magistratura de la República, y de la República misma mil veces, a la que no se sabe a la hora presente lo que le cuesta en sacrificios de todo género, él pasa, cual desbocada bestia, por encima de todo, burlándose, sin empacho, de la sociedad, de la justicia, de la libertad, de los clamores de la conciencia pública, de la ley, del deber, de todo, en suma, lo que merezca inviolabilísimo respeto, y tienda de algún modo a servir de valla o freno en el Estado. Finalmente, tan bárbaro es, y tan repetidos los actos de su repugnante despotismo, que no transcurre un día, sin que resuene de una manera siniestra en los oídos de la gente civilizada su nombre; no transcurre un día, sin que se oiga, en medio de aquella sociedad consternada, el fragor de las armas, anunciando, no el triunfo definitivo de la libertad en esa patria, en que tanto se ha combatido por ella, y que no



ha dejado nunca de producir hombres beneméritos de la una y de la otra; no el advenimiento suspirado de una era de paz decorosa, incontaminada, en la que, bajo el sedentario régimen del orden, la justicia y el trabajo, la nación se reponga de sus presentes infortunios, y se civilice y engrandezca; sino los inauditos rigores, de su infatigable y empedernida protervia, cuyos efectos son relajar nuestras costumbres, deshonar nuestro carácter, ultrajar nuestra dignidad, robar la hacienda pública, conculcar las leyes, aterrorizar a las familias, y regar con sangre, es decir, despoblar, por medio del asesinato y los fusilamientos, una tierra tan pobre de producciones, como escasa de brazos, una tierra tan necesitada del sudor fecundante de las frentes de sus hijos.

¡Oh, indudablemente, jamás se precipitó de tan alto el pensamiento, ni fue a dar tan abajo, al separarse de las alturas extremas a que puede remontar el vuelo, para venir a parar en tal punto como esta espantosa madriguera del crimen, donde cuantas partes advierten los ojos, horrorizan y ahuyentan por su aspecto ensangrentado! ¡Cuánta injuria! ¡Cuán luctuosa peripecia! ¡Qué inmerecido espectáculo, por lo patibulario! Mas no, a todo se le ha de buscar y hallar compensación: si unos hacen el mal, contrarrestemos nosotros sus efectos, haciendo el bien; si otros escandalizan, moralicemos; edifiquemos, cuando los demás destruyan; restablezcamos en el goce de su libertad al oprimido; y hagamos de nuestra parte lo posible porque salga de su abyección el abatido, precisándole a que se dignifique. Así pues digamos a nuestro pensamiento, ¡*Súrsum corda!* y a despecho y pesar de su catástrofe, hagamos de modo, que le sea dado atravesar el inmundo paraje sin contaminarse; y que aun en medio de tamañas horrruras, siempre logre merecer elevarse lo más dignamente posible a la culminante altura de donde cayó: cuanto más, que la obra que



acometemos, puede ser laudable, y en tal manera, que no tengamos por qué deplorar el hecho de haberla escrito. Y sin duda lo es, porque, persiguiendo en la misma dos objetos, servir la causa de la verdad y la del pueblo, nos proponemos atajar el curso a una especie de leyenda que, con refinada sutilidad, ha logrado abrirse camino entre los extranjeros santificando al tiranuelo, es decir, justificándole, abonándole, disculpándole, sincerándole, y por causa de la cual, no pocos le atribuyen de buena fe la talla, la capacidad y demás virtudes distintivas del regenerador de un pueblo. Por otra parte, queremos que los compatriotas nuestros, a la vista de la estremecedora relación y pintura que les presentamos de la vida y carácter del mismo, sientan, como aguda saeta introducida en sus entrañas, la ignominia de su opresión, y, como tantas veces lo hicieron, despedacen la infame coyunda, recuperando sus perdidas libertades.



II

Nació Lili no sabemos dónde: algunos dicen que su ominosa cuna, nueva caja de Pandora, se meció en Puerto Plata; otros, creyéndose más conocedores de la verdad, aseguran que fue allá en San Thomas donde le dio a luz su madre, natural, ella también, de aquella ciudad e isla, y oriunda de Venezuela; y como quiera que su padre vino al mundo en la República de Haití, este último testimonio, de tal modo entretrejado con semejantes circunstancias, deja por cierto asaz mal parado su cuestionable origen dominicano, y no seremos nosotros quien ahora trate de atribuírsele, ni tampoco de negárselo. Algunas personas, no sabemos si afectas o desafectas al General Gregorio Luperón, han aseverado siempre no ser legítimo el derecho en cuya virtud se daba él mismo y le daban otros el título de “héroe de Capotillo”, propio tan sólo, según dichas personas, de cuantos con Cabrera, Monción y Pimentel, dieron el grito de libertad en las famosas montañas llamadas de Capotillo, el memorable 16 de agosto de 1863. No averiguaremos, por lo poco que hace al caso, con qué fundamento se ha dado ese mentís, tratándose de un prohombre como aquel, tan gloriosamente inseparable del recuerdo de nuestra guerra



de Restauración; pero sí queremos se nos diga, qué ha de importar a la gente sensata y a la historia dominicana, no ser cierta la presencia de Luperón en aquellos lugares, acompañando a los demás a dar gritos contra España, si ninguno puede negar que, por el prestigio de sus acciones y la elevación de su espíritu, fue de todos los restauradores la figura más prominente, y, largo tiempo después del triunfo final de la causa patriótica, el más popular, el más enaltecido, y el más respetado y admirado por sus contemporáneos. ¿Cuál bien le viene a Puerto Plata de no haber visto nacer a Lili, si más valiera que honrase a esa ciudad habiendo nacido lejos de ella, que no que la deshonrase por haber nacido en ella? ni ¿a qué parar mientes en las circunstancias de no ser dominicano de origen y nacimiento, cuando este defecto suyo no ha sido parte para vedarle acceso alguno a los altos puestos del Estado, por donde ha venido a ser, en lugar de las delicias, el azote y el terror de los dominicanos?

De no haber ocurrido allí su nacimiento, lo cual, como dijimos, ni afirmamos ni negamos, vendría muy pequeño aún a la ciudad citada; pues personas que viven todavía, le vieron muchacho de pocos años, asistiendo a la escuela del Padre inglés, o más bien a la del Sr. Pierre C. León, o Pierí, únicos planteles docentes en aquella casi lejana época establecidos en Puerto Plata. Y qué aprendió allí, lo vamos a decir enseguida, refiriendo lo que allí se enseñaba. Mas, fuera del nativo suelo, no estamos en aptitud de conocer si cometemos o no cometemos anacronismo en juzgar por simultánea la existencia de dos establecimientos que, quizás, funcionaron en épocas distintas; puede ser también, que otros sujetos, dignos de mención, estuvieran por aquel entonces dedicados a la faena de dar lecciones a los niños; de todos modos, con las palabras de *Padre inglés* y de *Pierí*, mentamos a dos personas cuyo recuerdo ha sido por mucho



plateños, no solamente por la causa recóndita que hace que suene con rumor infinita e inefablemente grato en nuestros oídos el nombre de quien nos enseñó, el nombre de nuestro preceptor y maestro; sino también, porque, para ellos, evocar ese recuerdo, equivale a evocar la memoria de mejores días, cuando propios y extraños, cada cual por su lado, no vivían sino entregados a la fruición insensible de una vida sin zozobras, cuyas ordinarias necesidades no daban abasto a la grande abundancia que había de medios para satisfacerlas; cuando se acataban las leyes, es decir, cuando era inflexible la justicia en el castigo de los atentados, y vivían satisfechos los dominicanos con la libertad, antes moderada, que restringida, por las leyes de la época garantizada; pues no eran llamados a desempeñar las públicas funciones, sino los ciudadanos capaces de respetarla, y esta circunstancia imposibilitaba el uso de los medios violentos para defenderla; mientras que, más adelante, la práctica sin medida y sin conciencia de una libertad muy dilatada, revolviendo el fondo de la sociedad, tan hecho antes a contenerse de por sí en el ámbito de su nivel respectivo, y a impulso del desequilibrio consiguiente modificando las antiguas costumbres, a fuerza de relajarlas, ha dejado expedito el camino por donde, al cabo y al fin, viniera el perverso Lili a pisotear esa misma libertad, que fue para él como una segunda madre, a ultrajar el resto de pureza que a esas mismas costumbres quedaba, y a dar al traste con las pocas reliquias que de aquel memorable bienestar se conservaban, a despecho de tantas y tan profundas conmociones como ha experimentado la República. Lo que vamos a referir debiera tener fuerza bastante para movernos a suspender la pluma, y dejar de narrarlo, por lo mal que ha de quedar en ello la memoria de la sociedad puertoplateña de aquella época, muchos de cuyos individuos



es que pongamos de manifiesto su grande atraso en orden a las letras, y que de ahí salte a la vista su evidente falta de cultura; porque donde no hay cultura literaria, no puede haber cultura social: que las letras, a la vez que dan por sí solas eterno lustre a las sociedades, abren en ellas con llave mágica las puertas a las otras artes liberales, de quienes viene siempre a ser como la hermana mayor, y cuyo conjunto hermosísimo imprime a las naciones ese grandioso, deslumbrante y vario esplendor que se llama civilización; pudiéndose decir, que sociedad sin letras, es sociedad incompleta, por ser sociedad ignorante, y por ende incapaz de verificar ningún progreso, que no sea progreso sin alma, y muerto desde la hora y punto de su nacimiento. Sin embargo, téngase muy en cuenta, para debida disculpa de la mencionada sociedad, que los cargos que se le pueden hacer, de conformidad con lo que luego hemos de referir, no han de ser sino por una cosa que, a su vez, era inevitable consecuencia de ciertas circunstancias muy dignas de la mayor consideración, circunstancias que no queremos exponer aquí, pero sin las cuales, se puede dar por seguro que merecerían los puertoplateños de aquel tiempo, ser tenidos en mejor concepto del que hoy se ha de formar de su estado social, y del que debieron de haber formado los extranjeros que visitaban su ciudad, o que residían entre ellos, consagrados, bien a las faenas del comercio, bien a las de la enseñanza, como Pierí o el Padre inglés. El cual era un ministro metodista, de no escasa ilustración, según afirman los que le conocieron; y aunque no dejó testimonios adecuados para comprobar ese juicio, ni en obras por él escritas, ni en la mocedad a quien dio lecciones, nosotros lo tenemos por verdadero; y basta que, juntamente con el ejercicio de su espiritual ministerio, profesara las primeras letras en tiempo en que tanto se necesitaba (pues muy contadas personas sabían leer y escribir), para que, tan



reconocidos nosotros de su beneficencia como aquellos a quienes sustentó con el alimento de sus lecciones, nos detengamos a honrar su memoria, calificándole aquí si quiera con las palabras de hombre de bien. Sin ciencia nadie instruye, y para mostrar la que debió de poseer, quizás y sin quizás necesitó aquel digno pastor, precisamente lo que no había ni hubo hasta estos últimos tiempos en Puerto Plata, no aptitud, no naturales dotes, sino gusto y afición en los mozos al estudio y al saber, o por mejor decir, más estimación de sí propios, y estímulo incansable de parte de las personas que más ascendiente, por su posición y autoridad, tenían sobre aquella juventud. Nos han dicho también como no era raro verle de visita en casa del Dr. don Manuel González de Regalado y Muñoz, que poseía sin duda la recomendable virtud de no reparar en departir familiarmente con el ministro de una secta protestante. Nos complace sobremanera podernos referir, aunque de paso, a este inolvidable sacerdote dominicano, de cuyas manos, los puertoplateños nacidos hace cosa de treinta y tres años, o mucho más antes, recibimos las aguas del bautismo. Docto, según informes, era en sacros cánones el doctor Regalado; y es fama que, cuando hablaba, ya en privado, ya desde el púlpito de su iglesia, no se podía menos de sentir la fuerza y peso con que se abren paso hacia el espíritu, impresionándole, las razones del varón dotado de no limitada ciencia; lo cual quiere decir que le habían favorecido los cielos con fácil y persuasiva palabra, si bien la oratoria suya tiraba no poco a lo Fray Gerundio de Campazas. No había entonces prensa ni letrados en Puerto Plata, razón por la cual allí sólo el cura sabía; y tal vez el deseo de comunicarse con una inteligencia capaz de comprender la suya, en pueblo falto de luces como aquel, enderezó los pasos del Padre inglés a la morada de nuestro sacerdote, cuya noble amistad debió de proporcionarle



solaz suficiente para no sentir tan abrumadoras las tristezas que daban apariencia conventual a la ordinaria vida puertoplateña; pero durante las horas dedicadas al goce de tan agradable compañía, olvidado a su sabor de la soledad en que diariamente le dejaba el receso reglamentario de las clases, pocas veces dejaría de dolerle que, no habiendo en aquella sociedad influencia superior ni equivalente a la de su amigo, éste de ninguna manera la ejercitara, en redimir a sus feligreses del cautiverio del atraso e indolencia en que vivían, estimulándolos con infatigable constancia (puesto que no tenía vocación por el ministerio docente), a que cultivasen por cualquier medio eficaz su inteligencia, e ilustrasen así la corta extensión de tierra dominicana que los vio nacer. Mas no cuadraba con los gustos del Padre Regalado, y que no diremos, la tarea de alentar a nadie al acometimiento de ningún progreso; y con el deseo ardentísimo e irrevocable de no satisfacerlos sino en Puerto Plata, rodeado de su rebaño, que le amaba como padre, nunca los quiso sacrificar, ni aún en trueque de su propuesta exaltación a la más sublime jerarquía del patrio clero. Echase de ver cuán potente impulso hacia el adelanto intelectual habría podido imprimir a las generaciones de su tiempo, en sólo tener presente, que sirvió aquel curato por más de ocho lustros, o casi medio siglo, y murió en febrero de 1866, en edad de 77 años. A no suceder las cosas de semejante modo, a no tropezar con el estorbo de aquella grande ignorancia y de aquella grande apatía, hecha casi naturaleza en la mocedad de aquel entonces, el Padre inglés hubiera dejado más imperecedera memoria de su permanencia en esa ciudad, pues por corta que fuese su estada en ella (y realmente lo fue), habría tenido tiempo bastante, con bien preparado terreno, para no ceñirse a la estricta enseñanza elemental, a que se consagró, y abrir en su escuela o domicilio clases de instrucción superior, en obsequio de



cuantos le hubiesen manifestado el deseo de recibirla. Pero ¿cómo enseñar segundas letras, cuando tan imperfecta y pobremente se conocían las primeras? Idénticas razones harían impracticables los buenos servicios que hubiera podido prestar en este sentido el distinguido escritor venezolano Juan José Illas, que residió en el mismo punto con anterioridad al Padre inglés.

El inolvidable preceptor curazoleño Sr. Pierre C. León, o *Pierí*, como se le llamaba familiarmente, no pudo dejar de corresponder al descuido habitual de los padres de familia, que no se inquietaban de ver que, por toda educación adquirida, salieran sus hijos de la escuela, si por ventura duraban en ella, con una hermosa letra, leyendo de corrido y sabiendo mucha aritmética, y como era de rigor, mucha doctrina cristiana; pero poca geografía, poca historia y, sobre todo, poca gramática. Con todo eso, duró en el ejercicio de su profesión más largo tiempo que cualquier otro maestro de escuela (si acaso a ese mismo tiempo funcionaba otro), porque lo que enseñaba, lo sabía enseñar bien; sobre todo, la escritura y la aritmética, que se avenían a maravilla con las exigencias cotidianas de una ciudad puramente comercial, como la consabida.





III

Con tales antecedentes a la vista, se comprende bien cómo está exenta de culpa la niñez de aquellos días, por no haber salido de las escuelas nutrida de conocimientos superiores a los escasísimos que defectuosamente le inculcaron sus institutores; y cómo, por la misma causa, no poseía Lili más ventajas personales que sus coetáneos y condiscípulos, para ser educado con el esmero con que no lo eran ni lo fueron los otros. Pero, llegado a la mayor edad, cuando la fábrica del juicio necesita estribar en el fundamento de las nociones adquiridas durante la época del aprendizaje, siendo el primero más firme, a proporción que las últimas son más consistentes, ese hombre no supo nunca tomar por guía el ejemplo y conducta posterior de otros escolares de su tiempo; ese hombre, no advirtió como le faltaba escuela todavía para saber conducirse con dignidad y despejo en el teatro del mundo; e inobediente o insensible como un pedazo de materia inerte al aguijón del amor propio suyo, o mejor dicho, por no tener aguijón ni amor propio, en tiempo alguno pudo determinarse, bien que no a colmar enteramente, a lo menos a disminuir con algún acopio de sólidos y buenos conocimientos, el gran vacío de su incompleta



educación, a civilizarse lo bastante, para no ser en modo alguno inferior a los extraordinarios estados y situaciones que tal vez ambicionaba, y que la suerte, por inmensa desgracia, le reservaba en el calamitoso curso de su vida subsiguiente. Ni aun disculpándole con el estado de pobreza en que vivía, se ha de poder, siquiera un tanto, cohonestar su vergonzosa desidia e incultura; ni hay tampoco forma de sincerarle con la carencia de móviles y medios apropiados al intelectual progreso, que como dijimos antes, ha sido notable más o menos hasta hoy en Puerto Plata; pues si era pobre a la sazón, si vivía en una ciudad sin periódicos, sin bibliotecas, sin establecimientos de segunda enseñanza o institutos, y sin personas competentes con quien cursarla, ¿por qué no se pulió, desde la hora y punto en que, con el fugaz pillaje de reses primero, y después, con el pillaje sistemático y perseverante de los caudales del Estado, fue cobrando desahogo, hasta lograr la estupenda e insólita fortuna que hoy posee? Porque lo que asombra en él, o lo que hallan en él de asombroso cuantos le conocen bien desde sus mocedades, no es tanto el supremo sitio que hace dieciséis años ocupa entre sus atónitos conciudadanos, aun incluyendo en esta cuenta los años de 1884, 85 y 86 en que no tuvo, de derecho, elevado cargo alguno; es también y sobre todo, que, habiendo alcanzado tan formidable, tan excesiva preponderancia en medio de una sociedad incalculablemente más adelantada, todavía no se haya efectuado ninguna saludable reacción en su rebelde naturaleza, es que todavía no pueda ofrecer de suyo sino el brillo extrínseco e impersonal con que le revisten y cubren de consumo el oro y alto empleo, y siga siendo todavía la misma persona, intactamente la misma del grosero, vicioso, mal regido y desmoralizado Lilí de aquellos tiempos.

A pocos oídos habrá dejado de llegar la especie ridícula de que sabe mucho él, y tal es la creencia de los que le



conocen de lejos, o no le conocen a fondo. ¿Sabe mucho él? y ¿qué sabe? ¿Qué profesor le dio jamás lecciones de sabiduría? ¿Dónde se hallan archivadas las creaciones de su espíritu? ¿Cuáles son las credenciales justificativas de su ciencia? ¿Tiene, por ventura, instrucción militar, instrucción jurídica, instrucción política, instrucción científica, instrucción moral, instrucción literaria?

No sabe nada él.

Se han visto, y se ven, hombres de genio donde quiera, y hasta de ingenio en potencia, desprovistos de instrucción alguna, pero dotados de tan pujante a la par que inconsciente aptitud asimilativa, que no solamente se apropian las ideas, las maneras, las fórmulas, los conocimientos de los hombres entendidos en su línea, y obran como éstos obraron en ciertas oportunidades; pero van aun más adelante, y hacen lo que harían aquellos en otras coyunturas dadas, adivinando los medios que los mismos usarían para la consecución del propio fin, en tal modo y manera, que cualquier bisoño en achaques semejantes a éstos, creería que llevaron a buena cima lo que acometieron, más por la eficacia de alguna revelación venida de lo alto, que por la mera virtud inspirativa o adivinativa de su genio. Se puede llamar a estos hombres con el epíteto de plagarios portentosos. Ahora bien, ¿de cuáles colgaderos están suspendidas las muestras del genio, o ingenio siquiera bruto de Lilí? ¿Cuáles obras famosas o de algún mérito llevan en el forro el nombre suyo, aun cuando remedadas o plagiadas de otros? ¿Cuáles empresas por él encabezadas lucen el sello que saben poner en las suyas los hombres de capacidad? ¿Qué chiste? ¿Qué rasgo? ¿Qué idea? ¿Qué plan? ¿Qué combinación? ¿Qué difícil problema o conflicto resuelto? ¿Qué ardua materia tratada con habilidad, separada o conjuntamente, han argüido alguna vez en él una cabeza bien organizada, o la posesión de mediocre o extraordinario talento?



Él no sabe nada.

Verdad es, con todo, que hay dos especies de saber, el positivo y el negativo, el verdadero y el falso, el saludable y el dañoso, el que se alcanza en el estrecho medio de la escuela, y el que se logra en los espaciosos dominios de la malicia: el primero se compadece con la virtud, el segundo con el vicio; aquel exalta el espíritu y le glorifica, éste le degrada: el uno elige por mansión la cabeza del hombre de bien, el otro busca su alojamiento en la cabeza del malvado. El de Lilí pertenece a esta última especie; y los principios, máximas y apotegmas que le sintetizan, entre otras cosas y en sustancia preceptúan, no hacer caso de los medios para llegar al fin que se persigue: la más universal de las máximas que ha dictado jamás la iniquidad humana, la de alcance y extensión, digámoslo así, más terrible, porque no hay clase alguna de injusticia, de tiranía, de maldad, a que no se preste, una vez adoptada como regla de conducta por un hombre de perverso corazón. Preguntad a Lilí qué se debe hacer con un enemigo, y os dirá que matarle, proscribirle o corromperle; cómo se han de acrecentar los intereses propios, decidle, y contestará que a expensas de los ajenos; cuál fortuna es la más apetecible, responderá: la que se adquiere defraudando y salteando las rentas nacionales; qué recompensa se ha de acordar a la honradez, y exclamará: la del ridículo. Si se trata de la mejor política y el mejor gobierno cuáles sean, dirá que la mejor política es la fraudulenta, es decir, la que ajusta sus actos a las prescripciones insidiosas de la mala fe; y el mejor gobierno, el temido, esto es, el que no da paso adelante nunca en los derroteros de la legalidad, y antes se interna y extravía en el tortuoso carril del despotismo. En desquite, someted a su consideración y estudio algunas cuantas dicciones dispuestas y enlazadas entre sí de suerte, que del sentido privativo de cada una resulte claro y completo el



total sentido del conjunto: le veréis, deprimidas las sienes y estrechada más la frente, sudar sin calor la gota gorda, entorpecido con la dificultad, para él insuperable, de dar paso alguno en el análisis gramatical de la proposición. No vayáis a interrogarle acerca de la procedencia y fundamento de la longitud y latitud geográficas, porque no se ahogue al sumir en esas eruditas honduras la mente, aunque más bien sobrenadará en ellas, debido a su extremada ligereza; ni tampoco invadiendo los campos de la ciencia cosmográfica y el de la celeste urania, o astronomía, le pidáis razón de los múltiples vínculos que a la esfera terrestre relacionan con los distantes orbes que brillan con luz propia o la reverberan, como ella, dando sobre sí mismos, o en torno del astro máximo de la luz, vertiginosas y perennes vueltas: esto, mas que prescindáis de advertirles, tan en buena sazón, cómo, trasplantada en pensamiento a los ámbitos de los cielos infinitos, el alma humana, el humano espíritu, ve más definidas y toca más de cerca las desalentadoras limitaciones de su presuntuosa pequeñez; pero se inflama en los esplendores de la única majestad y grandeza que hay en todo el universo mundo; y deteniendo la consideración en el absoluto ser que propia y exclusivamente las posee, en el eterno Dios, creador del cielo y de la tierra, de cuya deslumbradora presencia goza entonces, fulmina, en su nombre celestial, con las abrasadoras centellas de la maldición, al deleznable y vil gusano con figura humana, que convierte soberbio en matadero a la misma patria suya, que debiera convertir en paraíso: preguntadle solamente los grados, minutos y segundos a que, bien al Sur, bien al Norte de la línea equinoccial, está situada la propia tierra que oprime; y cuántos segundos o minutos se requieren de más o de menos para que, a su tiempo debido, marquen los relojes suyos la hora del verdadero mediodía, cuando la luz solar, entonces más intensa



que nunca, esclarece con más vivo fulgor su amplia mesa, cubierta de manjares exquisitos, mientras que una buena parte de sus tiranizados compatriotas no ha oído sonar aún la hora de su pobre desayuno. Y ¡oh tiempo mal empleado el que habríais de gastar en esperar alguna respuesta suya! Invítadle luego a una recorrida por los contornos de la historia, sin poner empeño grande ni chico en hacerle conocer las oprobiosas gemonías de la misma, donde se alzan las horcas de los déspotas o verdugos de pueblos, con sus cadáveres pendientes siempre de ellas; pues en el orden execrabilísimo de los animales feroces llamados con el apelativo de tiranos, él por sí sólo forma clase aparte, la cual, a fuer de baja, no puede próxima ni remotamente ser comparada con la de los tiranos clásicos, sin desdoro evidente para la pluma que haga la comparación; cuanto más, que se trata de un hombre público, salvaje, hasta el extremo de no temer declarar donde oídos cultos perciban sus palabras, cuan ínfimo valor da él a eso que por ahí llaman historia, y cómo no le importa ni un ardite sus enseñanzas, sus ejemplos ni sus juicios: expresión que basta, sin más añadidura, para poner de manifiesto el fondo moral entero de un hombre, para sugerir el convencimiento anticipado de lo que se puede esperar de quien, con tales ideas y sentimientos, está constituido en autoridad tan elevada como la de presidente de la República. Aventurad no más algunas preguntas concernientes a la historia de su propio país. Pedidle que os haga la narración de lo sucedido en su patria, desde la conquista o arrebato de la isla por los españoles al dominio y señorío natural de sus habitantes aborígenes, hasta los últimos días de gloria que tuvo ella, que fue durante la efímera dominación española, instalada sobre los escombros de nuestra memorable primera República; y más deleite recibiríais de oír la contestación de la boca de un escolar cualquiera, que no



de oírlo de la suya: cuando lo racional y justo fuera presumir, que un ogro como él, a quien regocija tanto ver correr la sangre ajena, siquiera sea de una leve cortadura; que la viene derramando a verdaderos raudales desde que se constituyó en árbitro de su patria, y cuya fantasía se aviva y enardece al recuerdo de cualquier suplicio, con la relación de cualquier espectáculo sangriento, tuviese bien sabido, por lo menos de qué manera desaparecieron de sobre la haz de aquella tierra sin ventura sus autóctonos compatriotas; y que, no pudiendo haber dejado de llegar hasta él la tradición de las acciones perilustres obradas por los dominicanos en sus choques frecuentes con ejércitos extranjeros, siempre más numerosos y mejor equipados, conociese por ellas las vicisitudes extrañas que han templado para las luchas más rudas de la existencia el ánimo de aquel heroico pueblo, a quien no sacan de sus casillas nunca las delicias de la prosperidad, ni desalientan los rigores de la contraria suerte, siempre tan moderado en el goce de las unas, como recio en el sufrimiento de los otros; y hecho siempre a tener en menos aquellas, y arrostrar éstos, impasible y perseverante, todas las veces que le han robado su libertad, la que no ha dejado nunca de recuperar a despecho de todos los imposibles, y con escarmiento de todos los tiranos.





IV

Las circunstancias, no obstante la inveterada grosería que le venimos vituperando, las circunstancias, no siempre tan lógicas cual debieran, o tal vez por la misma razón de serlo bastante, le colocaron y le tienen todavía colocado en el país sobre algunos puertoplateños de su edad o de su tiempo, condiscípulos o no condiscípulos suyos, colocados a su vez por cima de él, en virtud de su positiva cultura ya social, ya intelectual. Entre ellos, nada más citaremos al General Luperón, siquiera por gozarnos en hablar bien de un muerto, sobre cuya tumba, si tuviera Lili algún reflejo de honrada conciencia, debería caer de hinojos siempre, para dar gracias a los manes de quien sin descanso alguno le dispensó tantos y tan extraordinarios beneficios, y pedirle mil perdones por la negra ingratitud con que hubo de corresponder infinitas veces a esos inmerecidos beneficios. Ignoramos si, cuando era Luperón adolescente, vio alguna vez a Lili: queremos referirnos al período de la edad de Luperón, intermedio entre su salida de la escuela del Padre inglés, en que apenas aprendió a leer, escribir y contar, y el encuentro providencial que tuvo en Jamao, en casa del digno prócer don Pedro Eduardo Dubocq, de quien era medidor



de maderas, con la obra capital de Plutarco, por antonomasia el libro de los grandes hombres, en cuya lectura se le relevó al punto la capacidad de su ánimo para la realización de hazañas dignas de ser escritas y contadas para eterna memoria: revelación íntima, que los acontecimientos tardaron poco en confirmar. Mas lo cierto es, que mucho se guardó de andar con muchachos cualesquiera, en ocupaciones y entretenimientos apropiados el temperamento de la mocedad; y que, por tanto, en ninguna ocasión fue camarada de Lili, a quien aventajaba en edad, y más adelante, como luego veremos, le tuvo bajo el género de subordinación y dependencia en que se hallan el subalterno respecto del jefe, el discípulo del maestro, el hijo del padre, el inferior del superior. En efecto, era Luperón en todo terreno superior a Lili: tenía elevado carácter, y, con mucho, más corazón, y más cabeza; es decir, era más hombre. Pero ¿qué decimos nosotros Lili, esa grosera, insolente y calamitosa vulgaridad entronizada? Luperón fue uno de los hombres más intrínsecamente notables de su país; fue lo que jamás ha sido Lili en su vida, en el poder ni fuera del poder, fue un verdadero prohombre, y se dio a conocer merced a sus nativas dotes, no gracias al influjo de la material fortuna ni de algún alto cargo público: por cuanto sin ellos tuvo en el país, aun gobernado sus adversarios políticos, más ascendiente moral que ninguno, y tanto, que ni el mismo Lili lo ha tenido después mayor ni tan grande, ni aun con el apoyo de ambos instrumentos; y aunque, por haber desdicho de su pasado, incurriendo en deplorables inconsecuencias, y dejando advertir defectos que nadie sospechaba en él, y que antes no tenía, decayese de su bien adquirida popularidad, hasta el punto de morir sin conmovir el sentimiento público, que de mil dolientes maneras se habría manifestado, a no acontecer esa muerte sino veinte años antes, la sola contemplación de aquel pasado, cuyo lustre no empañan



las faltas posteriores tuyas, aplacará mañana las iras de la historia nacional, si por ventura la historia nacional, lo que no es ni presumible, las reservare para él, que dio un día con sus proezas tan vasta materia para que lo enalteciera en sus inmortales narraciones; y no, según sucede siempre, para los criminales como Lilí, que la precisan a pasar por la vergüenza de verlos deshonrando con su presencia el recinto de su augusto y venerable consistorio, por más que sea para juzgarlos, y sentenciarlos, y luego abandonar sus cuerpos decapitados a la voracidad de los buitres del oprobio, y exponer sus sangrientas cabezas, clavadas en sendos postes, al escarmiento y execración de las generaciones. Adolescente aún, sobrevino la coyuntura famosa en que se dio Luperón a conocer: que no hay aptitud para el bien, que no tenga oportunidad de hacerse notoria, y poner en la cumbre de la buena reputación al individuo que la posee; y como era de aquellas infusas virtudes características del patriota y del guerrero el contingente que las circunstancias exigían de los ciudadanos, para la reconquista del defraudado derecho suyo, Luperón, que de las mismas estaba grandemente adornado, las desplegó con gloria no inferior a la de los otros héroes compañeros de armas suyos: encumbrándose por este medio a una posición política y social muy prominente, pero a la misma vez muy embarazosa para él, si se atendía bien a que sus recientes servicios, aun siendo tan excepcionales, como lo eran, no podían serle de provecho por sí solos para ocupar esa posición en toda su entereza, como lo habían sido para llegar a ella; se necesitaba que concurrieran en su persona otros méritos, que no tenían esos servicios la virtud de suplir, y que sólo por caminos distintos de la carrera de las armas se alcanzaban, pues las armas, entregadas a ellas solas, antes dejan subsistentes, que borran, los resabios del natural de quien las ejercita. Cualquier altura, requiere altura; de lo



contrario, alcanzaríamos a trasplantarnos de un origen común y humilde a una situación más elevada, sin reunir los requisitos demandados para no figurar por bajo de dicha situación, a pesar de hallarnos en ella, siendo así que lo decoroso para nosotros es hacer ver a cada paso, que siempre nos hallamos en ella, dominándola, sin que seamos por ella dominados. Ser digno de un puesto, es honrar el puesto; y atendido a sólo a sus patrióticos servicios, seguramente que no habría perdido Luperón la estima pública; siempre habría trasmitido a las futuras descendencias un nombre claro; pero esto solo no bastaba, porque poco vale positivamente un nombre claro sin un entendimiento esclarecido; y no debía en modo alguno atenerse a esos servicios sólo, no debía dar pruebas, ni en su lenguaje, ni en su juicio, ni en sus maneras, de hallarse desapercibido por alguna parte para figurar con dignidad en esa honorífica posición, sino que, haciendo cumplido aprecio de su propio decoro personal, y más que de su propio decoro personal, del decoro de la gran familia y sociedad dominicana, que así le acordaba las mismas distinciones reservadas a los más connotados de sus miembros, debía, por todos respectos, mostrarse digno de merecerlas, y darse a conocer como grande hombre por donde parecía serlo menos. Cumplíale dar brillo a las naturales cualidades que hizo patentes en los campos de batalla, y adquirir otras muchas que, haciendo juego con las mismas y de consuno con ellas, le habilitasen para figurar sin sonrojo entre las personas notables ajenas a la carrera militar, las únicas que llegan a ejercer influencia predominante, así como, vueltos los ánimos a su ordinario sosiego, antes agitados por el fragor de las armas, tornan a su interrumpido ejercicio las artes de la paz, debajo de cuyo imperio, y no en otro medio alguno, logran vivir felices las naciones. Decir se puede bien, que Luperón realizó en su vida dos empre-



sas sucesivas, de resultados igual y altamente honrosos para su persona, no siendo la segunda sino el remate y complemento de la primera; consistió ésta en principiar la fábrica de su propio nombre y reputación; y aquella, en completarla; valióse para la una, del estudio, como se había servido para la otra, de la espada; con ésta dejó los caracteres de su nombre indeleblemente grabados en el mármol de la historia; con aquel se reformó a sí propio, haciendo a la templanza los movimiento de su ánimo impetuoso, afinando su sentido moral, que aun por las mayores facultades intelectuales puede suplir en quien lo tiene lúcido; y acomodando su entendimiento a las proporciones de aquella discreta cultura con que volvió de su segundo destierro en 1874. No vino entonces a lucir sus mejoras espirituales al frente de situaciones políticas regulares, o tan agitadas como las que de algún modo encabezó alguna vez o sirvió en el período de sus tiempos heroicos, o a raíz de los mismos; que no le fue indispensable tomar parte activa en la política, para ser hombre de valer extraordinario. Vino, cuando ni siquiera mandaban los de su partido, vino a recibir los más señalados testimonios de la consideración popular, en medio de una sociedad en que, poco tiempo antes, había excepcionalmente descollado por sus distinguidas cualidades sociales el General Ignacio María González, cuya personalidad privada y públicamente se desenvolvió y formó en ella del modo más brillante; vino a disfrutar, en el seno de la vida doméstica y en el receso de su partido, de aquella quietud moral que tanto había menester, tras seis largos años de intranquila por angustiosa expatriación; vino en fin a ver entonces su hogar honrado de propios y extraños con la entusiasta y unánime veneración que inspira siempre la morada de un grande hombre. Por grande hombre le reputaban todos, la cual circunstancia despertaba en los que no le conocían, el



deseo de conocerle, y exaltaba en sus amigos a la categoría de orgullo la satisfacción infinita de contarle por amigo. El General Buenaventura Báez bajó a la tumba sin haber logrado estrechar su mano, como lo deseó siempre con tantas veras. El mismo General Pedro Santana, percibió a través del estrépito de los primeros combates, el ruido de su nombre, sin poder saber quien era, como querría; y hombres de la talla social y política de don Máximo Grullón, don Ulises Espaillat, don Pablo Pujol, don Manuel Rodríguez Objío, don José Desiderio Valverde, don Joaquín Del Monte, don Dionisio de Moya, don Pedro Francisco Bonó, don Benigno F. de Rojas, en quienes, con dos, o tres, o cuatro que aun nos quedan, continuó la brillante generación de nuestros patricios egregios, le tributaron a porfía toda su vida el homenaje de una predilecta e invariable amistad. Eran el Dr. Ramón E. Betances y él, como Píladés y Orestes; y el no menos ilustre antillano, amante benemérito de nuestra nacionalidad, residente hoy en Chile, don Eugenio María Hostos, nuestro huésped por muchos años, y por muchos años maestro de la juventud capitala, dijo, hablando en una de las reuniones populares verificadas en febrero de 1876, a raíz de los sucesos del mes anterior, cuán profunda e indecible satisfacción le producía el hallar en Luperón al hombre tipo que buscaba en sus largas e incesantes meditaciones de pensador sobre las cosas de nuestras repúblicas hispano americanas. Los baccistas, sus tenaces enemigos, votaron por él, de una manera enaltecida para su persona, en las elecciones para presidente de la República, de mediados de 1878. Sin embargo, ya en 1878 precisamente, comenzó a declinar su estrella, que dos años antes había llegado al zenit del honor y de la gloria, cuando en su elogio pronunció aquellas palabras Hostos, que si hubieran sido dichas en el curso de los divinizadores siglos helénicos, habrían bastado por sí solas para infundir



la creencia, de que se albergaba en el pecho de tal hombre todo el corazón de un semidiós. Y tan raudamente descendió de las alturas de su reputación y fama y gloria sin segundo, que antes, con mucho, de bajar en 1897 al fondo del hoyo de donde no vuelve nadie, había ya muerto para el afecto de sus compatriotas, afecto entrañable, grande, apasionado, supersticioso, en su día, semejante al que Santana y Báez inspiraron en otro tiempo a los dominicanos; y a lo último, sólo quedaban rescoldos suyos en los corazones de algunas personas magnánimas, las cuales, no embargante la general deserción a que fue dando lugar la definitiva desgracia del viejo amigo y corifeo, quisieron conservarles incólume las simpatías que los habían alistado en las filas de sus partidarios y servidores en la época de la prosperidad. Era lo que llama Bossuet un edificio arruinado; pero en el tiempo y el espacio, no en la memoria y los corazones bien intencionados, que deben ser consecuentes, sin duda, con las primeras impresiones tuyas, de todas, las más gratas y durables, y subordinar en cualquier tiempo las que pueden producirles o les producen esos amontonados escombros, a las inefables que hubieron de recibir al contemplar el imponente golpe de vista del edificio, cuando se alzaba entero y gallardo al nivel y altura de los más suntuosos alcázares, excitando universales alabanzas por los primores de su espléndida estructura. Así pues pasemos por alto los últimos períodos de la vida del grande hombre: no los volvamos a ver; y queden para las almas generosas enterrados con él en la misma sepultura; que en tenerlos presente, no puede haber motivo de ninguna emulación; y mal haya mil veces quien al fin, a la mitad o al principio de su carrera, no dejó ejemplos dignos de ser imitados por sus semejantes. Los yerros, las inconsecuencias, los defectos, son la común y ordinaria pensión de toda la humana estirpe, con la sola diferencia de que, a veces, si



no de continuo, se hacen más visibles en las personas ornadas de grandes cualidades, por el displicente contraste que ofrece, y el desabrido efecto que produce la sombra, o más bien, el tizne de los primeros, proyectado sobre la resplandeciente faz de las postreras. Con poco brillo, sería menos chocante cualquier mancha, condición a que saben sujetarse muy bien los espíritus comunes. En el radio de la misma comunidad esa, aquel en quien son mayores en número los vicios que las prendas, es un vil, a quien sólo falta ocasión para ser malvado; y si, contando con esa diferencia en la cantidad, las mismas imperfecciones superan a las dotes en actividad latente, ¡oh! entonces el sujeto es un perverso, a quien sólo falta ocasión para ser un monstruo. Sí. Hablemos bien de los muertos: no de todos indistintamente: menos de los que se hicieron imperdonables por el exceso y enormidad de su malicia, o no la expiaron jamás, llevando al pie una cadena, o rindiendo a Dios el alma en un cadalso.



V

Pero no es la educación cuanto hay que vituperar en Lili. Si sólo nos fuera dado considerarle bajo este aspecto, quizás nos viéramos precisados a decir en su abono, más de lo que llevamos dicho en su agravio; pues según el sistema y ley de las compensaciones, de que seguramente se hallaría socorrido en ese caso, a vueltas de los resabios tachados y por tachar, concurrirían en él cualidades muy suficientes para paliar la fealdad de aquellos, obligándonos así, si bien que no a perdonárselos del todo, a no tomárselos tanto en cuenta, caso que, durante largo tiempo, estuvo sucediendo con Luperón. Mas no sería entonces el hombre que ha sido y será siempre, sería otro hombre; y no lo es, ni podría serlo, porque los defectos referidos, y por referir, están en su persona combinados, o dicho mejor, complicados con otros muchos más, que aisladamente de los susodichos, concurren a empeorarle hasta dejarle, como le dejan, completa y cabalmente rematado. Parten y arrancan estos segundos vicios, del régimen bajo el cual hubo de crecer y desarrollarse allá en el hogar doméstico, hasta la edad y estado en que de hecho, ya que no de derecho, siguió viviendo por su propia cuenta y arbitrio; pues un carácter



o temperamento es el suyo, en quien la educación, cuya clase ya sabemos, nunca estuvo corregida, sino agravada por la crianza: ese mismo régimen habría podido hacerle hombre muy de bien, conduciéndole a la corta o a la larga, inmediata o virtualmente, al logro y adquisición de aquellas virtudes contrarias a los vicios que le hizo contraer, y a que se prestaba tanto su condición a la maldad propensa desde su nacimiento; circunstancia esta que corresponde bien a la teoría italiana del criminal a *nativitate*, y que no por ser combatida, como lo es, deja de hallarse cimentada en muy discretos y racionales apoyos. No sucedió, empero, así, porque para este fin, se necesitaba que le hubiesen uncido desde un principio al yugo de una crianza intolerante aun con las más leves de las faltas en que acostumbran incurrir los muchachos; en tanto que fue tan contemporizador e indulgente con ellas el régimen de la que le dieron, o dicho más bien, fue tan relajado, que hasta lógico le parece a uno que desempeñe las funciones de gobernante de la manera brutal y flagiciosa que viene desempeñándolas, aunque haciendo, de semejante suerte, sentir y experimentar al país, por bárbaros modos, el peso de las consecuencias que fatal e indefectiblemente había de traer aparejadas el abandono con que le criaron sus funestos progenitores. En efecto, ¿cómo ha de gobernar bien a los hombres, el que no fue bien gobernado en su niñez? Las consecuencias, repetimos, de tal abandono, tienen que ser muy lógicas; y rara vez dejaría de ser de otro modo.

Porque tal es el espíritu, esencia y condición de los deberes anejos a la autoridad paterna, que siempre dan resultados opuestos diametralmente a la manera como son observados; y así, cuando se cumplen con la debida rectitud, o bien cobran vigor cada vez más grande los buenos sentimientos de la familia, o bien se rectifican los perversos; mientras que, faltando a esos deberes, o se vicia en ella la



propensión al bien, o encuentra el vedado aliciente la inclinación al mal: porque no se amaña el deber con la flojedad y mansedumbre, antes bien ama y busca lo austero, lo rígido, lo riguroso, siendo mayor y más completo el resultado que procurare, o sea el bien a que propendiere, cuanto fuere más inflexible, o cuanto fueren intensos su rigor, su rigidez, su austeridad. Es deber del padre amar al hijo, pero en principio, pues como indeclinable, imperioso y no dependiente del albedrío, es más un movimiento instintivo, que no una ley moral; por donde ha de tener la voz del paternal afecto acepción más lata que su propio significado ingénito, debiendo llamarse amor mal entendido, el de un padre a su prole, cuando éste no se circunscribiere sino al amor por el amor, amándola por amarla, y no con un designio presupuesto, independiente del amor mismo, al par que superior a él, si acaso no se ha de considerarle como racional y prudentísima emanación suya: más enérgico ha de ser que débil, más reflexivo que ciego, llevando la mira puesta sin reposo a la ulterior bienandanza del hijo; lo que tanto valdría como prescindir, en cierta forma, de todo movimiento afectivo, por el supremo interés de sustraer del contagio del vicio su alma, predestinándola de inmancable modo al disfrute de una felicidad moral que dure y se concluya con la vida. Fin es este hacia el cual debiera encaminarse con triunfante obstinación el paternal cariño, que no sabe, las más veces, tener fija la mirada en lo futuro, sino en lo presente, ni, por tanto, se ciñe más, que a vestir, calzar, abrigar, sustentar y mimar al ser querido, a cuidarlo como animal que es, y como el irracional lo hace con el hijo de sus entrañas, en vez de vivir encarado, como si dijésemos a través de sí propio, con la venidera edad del mismo, y atendiendo sin desvío a satisfacer la trascendental conveniencia de que coexistan aunadas en él con vínculos indisolubles la salud del espíritu y del cuerpo,



y constituirse así en el artífice a quien se deba la más constante y verdadera dicha que se puede alcanzar en este mundo; que no es verdadero amor, sino el que anda en esta santa pretensión, la cual determina el deber categórico e ineludible, sin que pueda ser otro, a cuyo cumplimiento llama la razón al padre de familia. Queda lo demás a cargo de la naturaleza, que pródiga en todos los ramos de su soberana incumbencia, marca con inviolables leyes el grado hasta donde puede ser extremada concienzudamente la enorme severidad compatible con el genio del deber. Sin osar aventurarle más allá de aquel lindero, sólo franqueable por la potestad de un hecho monstruoso, ¡cuántas almas para él mal engendradas, no se templaron en la piscina del rigor con que fue respecto de ellas ejercida la paterna potestad! ¡Cuántos corazones nacidos para servir de pasto al vicio, cuántos, no adquirieron renombre de grandes, por haberse regenerado con los sentimientos nobilísimos que cobraron bajo la rigidez inherente al carácter y costumbres de sus progenitores! ¡Cuántos, cuántos, no se descartaron a pesar de aquella rigidez, y volvieron al gremio de lo bueno, impelidos del poder interior de los principios benéficos que germinaron en ellos bajo la influencia de la misma!

Entre las trascendentales funciones que le son propias, y que miran a la conservación material del niño, digámoslo mejor, a la satisfacción de sus necesidades físicas y parte de sus necesidades sociales, tiene la crianza el no menos trascendental ministerio de morigerarle la conducta, corrigiéndola, sin tregua, de dos modos prácticos, que sólo entre sí se diferencian en la mayor o menor dureza con que se hace uso de los medios que los constituyen y caracterizan; y, ¡ay del hombre que, adolescente o niño, no suspiró por la edad viril a impulso de las impresiones que le ocasionaba en lo moral o lo físico la implacable aplicación de aquellos medios rigurosos! ¡Ay de aquel cuyas



destemplanzas no recibieron de los labios de sus padres la reprobación, o de sus manos el castigo! Señal segura de que se las toleraban siempre con culpable disimulo, sea que obedientes a la débil condición de su cariño le mimasen con extremo, sea que por causa de un fenómeno de que no deja de ofrecer profusos ejemplos la naturaleza humana, les inspirase todo el desamor que habían menester sus corazones para no preocuparse con el espectáculo de su irremediable perdición. Pues no puede menos el hombre de ser una consecuencia natural del niño: lo que siquiera viene a propósito para engendrar dudas desdorosas, por una parte, con respecto a su íntima bondad u hombría de bien; y por otra, respecto de sus aptitudes para digno padre de familia, por cuanto criará como le criaron, toda vez que como nos criaron criamos.

Es pues la crianza una corrección, y los efectos que con ésta produce, los cuales vienen siempre a ser en alto grado moralizadores, los experimenta el corazón, representante del hombre, y ninguno la cabeza, representante de la inteligencia; pues la inteligencia se forma en la escuela, y el hombre se forma en el hogar, debiendo ser crianza en el segundo, cuanto en la primera es instrucción. Y si bien y en debida forma se consultan los más grandes y más permanentes intereses de la humana sociedad, aquellos que de una manera más directa y necesaria se refieren a su conservación y estabilidad, se ha de ver cómo le cuadraría mejor contar en su seno con hombres bien criados, que no con hombres instruidos, en razón de que nunca dejaron de ser incompetentes las luces del espíritu para la provisión de los buenos sentimientos, progenitores de las buenas costumbres: ni es por otra virtud que la de todos esos sentimientos reunidos, por lo que suele restituirse a ellos el hombre descarriado de los mismos; fuera de que, a cada paso vemos como se saben hermanar en un individuo el claro ingenio y el depra-



vado corazón, en vez de concernir únicamente a la virtud este consorcio con el talento, a quien comunica tanto mayor realce, cuanto que le bastan sus naturales atavíos, para captarse la estimación del mundo, y aún la del talento mismo.

Criar es corregir; y en no perdonar las ocasiones que a cada instante ofrece la niñez al ejercicio de tan ingente función doméstica, en aprovecharlas siempre con escrupulosa diligencia, sin excusar ninguna, se cifra todo entero el deber de los padres, que se puede apellidar el deber suyo por antonomasia, toda vez que no parece que tengan ellos este carácter, sino con ese objeto solamente, por ser una obligación social eludible o no perteneciente a la categoría de las ineludibles obligaciones que les tiene impuestas la naturaleza. Y todavía no fuera éste su deber por antonomasia y excelencia, deberían no ser acreedores a las consideraciones sociales, no debieran recibir prueba ni demostración alguna del social aprecio, sino en cuanto diesen testimonios inequívocos de saber cumplir con esta regla nobilísima; y en darlos, probarían estar bien identificados con la índole de su más ingente misión como jefes de la sociedad doméstica: probarían estar penetrados, si quiera por intuición o instinto, de que del seno de la sociedad doméstica, es de donde provienen, como de su más propio venero, los gérmenes que sustentan, vivifican y perpetúan a la sociedad civil, en todo lo que de intrínseco y esencial se contiene y encierra en ella. Ya no son otros esos gérmenes, que los sentimientos morales de toda especie, que hacen brotar los padres en los pechos de sus hijos, no mediante los principios y reglas de alguna ciencia o arte aprendida, sino a merced de la corrección perseverante de las palabras y obras en que suelen aquellos merecerla. Porque con la corrección de los dichos y hechos reprobables, enseñan los unos, que tal vez ignoran hasta las primeras letras, y aprenden los otros; como en una cartilla,



nada menos que a huir del vicio y enderezar sus pasos por el camino de lo correcto, por el temor de incurrir en lo incorrecto. Y en ese temor, que no es sino el temor del castigo, es el efecto inmediato de la corrección; y por decirlo así, se incrusta en el ánimo, connaturalizándose con él: de resultas de lo cual, siempre hallarán los hijos en lo malo, un poderoso motivo de horror, y se desarrollará y dará su fruto la simiente del bien, depositada en ellos, con el auxilio de aquel instrumento moralizador. Nada tienen los padres que inculcar, advirtiendo ni enseñando verbalmente, pues tarea es ésta que sólo debe competir al preceptor. Basta con la simple corrección, que lleva en sí aparejada la enseñanza o advertencia; o, por no desperdiciar nada de lo que pueda contribuir a la buena suerte moral de los hijos, extenderse cuando más, a las prácticas disciplinarias de los padres de nuestros padres, los cuales no adquirieron más nociones que las concernientes a las cosas y personas santas, y así ejercitaban la corrección, como imponían la observancia estricta de sus costumbres religiosas a la familia; con lo cual no inculcaban ideas, ni se necesitaba, porque infundían los sentimientos que abrigaban ellos, y que valían más que las ideas, tales como el temor de Dios, y el doble amor de sí mismos y de sus semejantes. Bajo un régimen tal como éste, y siguiendo el rumbo de la más bárbara injusticia, podrá ser la indigencia el estado habitual de la familia, o según las reglas y estatutos de la equidad, serán remunerados los desvelos de los padres con la fruición de una pingüe y duradera ventura; porque fortuna se muestra más alternativa en la dispensación de sus favores, cuando le corresponde ser en ellos más perseverante, que no es sino cuando se requiere que acompañe con los mismos al honor, a la moralidad, a la conciencia inmaculada, finalmente, a los sentimientos sanos y laudables que florecen a la sombra del hogar doméstico; pero nunca llegará la felicidad a faltar del todo en ese hogar, porque siempre



brillará con los destellos de una reputación y una honra, en quien jamás encarnarán los dardos de la maledicencia y la calumnia.

Fuera pues de todo encomio están los frutos que tarde o temprano se pueden esquilmar con el instrumento de la crianza; y feliz el hombre o la mujer que sabe manejarle bien, pues motivo de sobra tendrán mañana los hijos para bendecir la memoria de sus padres. Porque ¿cuál amor pueden sentir por esa memoria, si lo único que les deben es el ser que tienen, el haberlos engendrado el uno, y el haberlos dado a luz la otra, y de ahí en fuera, nada de lo que al hombre de bien constituye y hace compañía? Buenos son los padres, que tienen buenos hijos; que nada vale tener unos u otros, como no sea para la satisfacción y gloria del cuerpo social todo entero, a quien no interesa y conviene la cantidad, cuanto la calidad de los miembros que le forman y componen. Y decimos tarde o temprano, porque no siempre se alcanzan desde luego estos resultados, que saben ser inmediatos unas veces, y otras mediatos, según la mayor o menor comodidad, la mayor o menor presteza con que se pueda plasmar la índole del muchacho. En el primer caso, todo va desde los principios como debe ir hacia el fin que se procura, bien así como van las aguas por su cauce. En el último caso, se necesita sólo abonar el terreno, y no perecerá en su seno la semilla; pues como el indio dispara su flecha en dirección desviada del blanco a que la dirige su destreza, también así no huella los umbrales de la edad viril el mozo de conducta reprehensible, sin experimentar esa reacción de los sanos principios con que de una manera tan indirecta fue sustentada su infancia y puericia, y a virtud de la cual, se restituye, cual otro hijo pródigo, al gremio de las costumbres con que quisieron dotarle sus padres, y borra con su formalidad y honradez subsiguiente, todo el bochornoso proceso de su conducta pasada.



VI

Mejor que ningún estado civil o social, mejor que ninguna línea imaginaria, marca esa reacción, dividiendo la vida en dos partes, el paradero de lo pasado del hombre, y el punto de partida de lo porvenir. Es ella siempre a manera de un santo advenimiento, que (a veces sin ser esperado ni presentado), se verifica temprano en bien de todos los corazones accesibles a la maldad en su niñez y adolescencia. Para todos llega, exceptuando a los criminales natos que no fueron criados bien, para quienes, por esta sola causa, nunca se realiza; y por lo mismo, exceptuando a Lili, que hoy, después de haber traspuesto la mitad de la carrera de la vida, si se detuviese a contemplar el largo encadenamiento de sus obras, desde que principiaron éstas a ser tachables, que fue desde aquel período de su infancia en que comenzó a distinguir lo propio de lo ajeno, en el sentido de usar de lo uno, lo mismo que si fuera lo otro, como un cielo sin celaje, como la superficie de un lago todavía no rizada por la brisa, y virgen todavía de ondas y de espumas, verá la unidad de su conducta delincuente, no interrumpida en un solo punto por el más leve acto suyo que se pueda llamar honesto. Desde la cima donde se ve situado, echará una



mirada por la pendiente abajo que a ella conduce, por la pendiente de sus propios años y de su propia existencia, mil veces execranda. Y ¿qué distinguirá? Pues distinguirá el rastro de sus propias huellas, de las cuales cada una es un delito. Los pasos que ha dado en el largo discurso de su vida, los podrá contar por ellas, más en una misma dirección, sin que aparezca en tiempo alguno haberlos apartado de aquella línea, enderezándolos alguna vez siquiera por el camino de una virtud. De su propio motivo, no hubiera nunca tomado este camino, si tenemos en buena cuenta que a otra parte le llamaba su ingénita capacidad para lo malo; y sus padres, que bien pudieron corregir un tanto esa su maligna tendencia, no estuvieron nunca por indicarle la buena senda, imponiéndole la obligación de seguirla; nunca estuvieron por hacer vibrar en sus orejas el sonido de la palabra virtud, a fin de que siquiera la conociese de oídas. Y no es que le amasen con un cariño tan grande, que les faltara espacio y tiempo para otra cosa que no fuese mimarle y engrerle; no. Padres hay que mal crían a sus hijos porque bien los quieren; y los de Lilí criáronle mal, porque le quisieron mal desde su nacimiento. Pero no pasemos adelante, sin rectificar las cosas, purgándolas de cuanto puedan tener de inexacto y erróneo, y situándolas una vez por todas en el punto que legítimamente les toca y corresponde. La crianza de Lilí corrió de derecho por exclusiva cuenta de su madre; porque jamás cifró su padre orgullo alguno en tener un hijo tal como él; pudiéndose decir que le disgustaba tanto andar por donde pudiera encontrarse con él, que hasta se afilió al partido verde, antagonista del partido azul, al cual Lilí pertenecía. Pasaba esto por los años de 1874, y sostúvose fiel a la nueva fe política, de la que no pudo hacerle apartar, ni aun su nombramiento de oficial del Estado Civil de Puerto Plata, con que le honró en 1876 don Ulises F. Espaillat, y el cual des-



tino conserva todavía; pero andando el tiempo, como el partido azul adquirió la funesta preponderancia que ha tenido sobre las otras agrupaciones políticas, y como el hijo, en hombros del prestigio de Luperón, cobraba creces en todo sentido a medida de aquella preponderancia, no diremos que abjuró sus opiniones verdes, sino que no mostró ningún interés por ese partido, advirtiendo, como tal vez hubo de advertir, que no habían de volver los verdes al poder; lo cual fue razón para que cesara en el desvío que había mostrado antes respecto de su hijo, y no dejara de dar a entender que le satisfacía sobremanera verle colocado en la elevada posición a que había logrado llegar. En orden a este desvío, no le iba en zaga la madre al padre; y, a lo menos en apariencia, trocóle después en afición plausible, por la fuerza impulsiva de las circunstancias que determinaron en éste último una mudanza semejante. Sólo dos hijos tuvo ella; pero no quiso dividir en dos porciones su cariño de madre, por interés de consagrárselo entero al primogénito, que se mantuvo en el no compartido ni disputado goce de tal predilección hasta que, allá en el 70 o el 71, le fusilaron los haitianos por monedero falso. Y véase qué inclinación de criaturas: hacia la misma época, el General José María Cabral, jefe de la permanente revolución del Sur contra el gobierno de los seis años, había dispuesto que fuese Lili pasado por las armas, a causa de que, mientras los enemigos de dicho gobierno, bien allá en el Sur, o bien acá por el Norte de la República, de continuo caían muertos, heridos o prisioneros en los combates, o eran derrotados, o bien aprovechaban las treguas, como Luperón, en bruñir con el papel de vidrio del estudio la corteza bruta de su espíritu, él arrinconaba la carabina de pistón, ceñíase su machete de cabo, atábase al casco un pañuelo de madrás morado, comprado en Haití con el producto de sus fechorías; descalzábbase; poníase de un brinco sobre



los resistentes lomos de fogosa bestia caballar, cuyo dueño la buscaba en vano para ir montado al campo del honor; y teniendo sujetos los estribos con el pulgar de uno y otro pie, mientras que los demás dedos quedaban fuera, íbase ligero, taimado y solo por aquellas extensas pampas fronterizas, a *sabanear* el ganado ajeno, para llevarlo a los corrales del haitiano Cheri Chango, y venderlo en nombre de este general, en tanto que los dueños de las reses vivían muertos de hambre, de fatiga y desnudos, en los cantones sustentadores de aquella larga, y patriótica, y por eso santa guerra. Para poder librar la vida, no le quedó más camino, que acogerse a sagrado tan inviolable como la égida de Luperón. Y ¡oh irritante desigualdad e ironía del destino! ¿Por qué no le habría cabido la misma suerte que a su hermano? o ¿Por qué no se salvaría éste y perecería él? Su padre no le hubiera sentido, no le hubiera llorado la que nueve meses le llevó en sus desdichadas entrañas; y sólo se habría deshecho en llanto y en sollozos, el único ser que le ha querido en el mundo, una noble anciana, que sola, y sin hijos, concentró en él todo el afecto que habría prodigado a los verdaderos pedazos de su corazón. Residía esta buena mujer en la misma casa de la madre, o era su vecina, y cuando no lo fuese, habría nacido en la misma isla de San Thomas, si por ventura no era francesa; y habían venido juntos en la misma nave a Puerto Plata, ella, y la madre, con su primogénito y Lilí, si es verdad que vino éste al mundo en dicha isla; y desde un principio, le dolió el desamor que mostraban sentir por el muchacho el padre y la madre de consuno; en vista de lo cual, y sin dilación alguna, se decidió a prohijarle, ni más ni menos que si expósito le hubiesen abandonado a la puerta de su casa. Y Lilí, que a su padre y a su madre pagaba con la misma moneda, puesto que nunca sintió lo que se llama piedad filial por ellos; Lilí, que no ha tenido amor jamás a ser



humano alguno en el mundo, como no sea ese amor sensual tan común a todos los animales, brutos o no brutos; Lilí, es verdad que no ha mandado decir una misa, ni un responso, ni un decenario por el descanso del alma de su madre adoptiva; ni ha tomado un manojo de siempre vivas para regarlas sobre la sepultura cubierta de hierbas importunas, y sin lápida, y sin cruz, donde yacen sus blancos huesos; pero, casi como una excepción de la regla, tomó en alquiler en 1878, y algunos años más tarde compró, la casa fabricada en el solar que sustentaba la morada de aquella generosa mujer, antes de la gran conflagración asoladora de Puerto Plata en 1863. Y siempre le ha gustado habitar en esa casa, quizás porque, independientemente de cualquier memoria y recuerdo relativo a personas más o menos queridas, y teniendo presente que de Lilí no hay ninguna que lo sea poco ni mucho, siempre avivan en nosotros un interés de suyo especialísimo, y nos atraen a su centro de una manera también especialísima, los parajes que guardan más inmediata e íntima relación con los períodos carísimos de nuestra edad pueril; mas no vaya nadie a deducir de semejante circunstancia, que seamos para eso conmovidos de algún alto y generoso sentimiento, pues fuerza sería entonces presumir que alguno abriga Lilí, cuando lo cierto es, que jamás ha estimulado su alma ninguno que se pueda conceptuar de noble; que nada tiene de particular y extraño este apego a esa clase de sitios, una vez que hasta los mismos irracionales, se aquerencian de los lugares donde crecieron, y siempre los buscan, y siempre vuelven a ellos, después que de ellos se han alejado, y rinden ciega obediencia, en su limitada vida de relación, a movimientos interiores en un todo semejantes e idénticos a ése.

Si Mam'selle Rose (que tal era el nombre de la buena anciana), hubiese logrado vivir los necesarios días, no para ver a Lilí rompiendo piedras o barriendo las calles con la



camisola del presidiario puesta, como era de justicia, sino ascendido nada menos que a la presidencia de la República, con exclusión sistemática de todos aquellos ciudadanos que tenían más derecho de subir a serlo, si se tomaba en cuenta su positiva honorabilidad, habría vertido abundantes lágrimas de alegría, diciendo lo mismo que, muerto de júbilo, dijo el padre con el propio motivo: “Quien lo hereda no lo roba”; o como también dijo él entonces: “El chivo no va a la guerra, pero va su cuero”; y Lili, en prueba de su interés por ella, hubiera empezado por señalarle una pensión de treinta duros, a lo más, no en el presupuesto general de la República, donde no hubiera quién no lo viese, sino en la lista reservada de los gastos que llama él “de policía secreta”, en que figuran los honorarios de sus concubinas, de sus familiares, de sus sicarios, y demás erogaciones suyas inmorales; y, para dar digno remate a este rasgo y padrón de su munificencia y larguezas, habríasela hecho el presente de la casa, como a quien mejor le correspondía ocuparla; pero faltando esta su segunda madre, hizo que la madre natural abandonase la que habitaba, y fuese a establecer su residencia en esta otra: por ampararla, dirán los que no le conocen; y los que le conocemos hasta sabérselo de memoria, diremos más bien: por vengarse de la poca voluntad y afición que le tuvo; haciéndole recordar, como no dejaría ella tal vez de recordar con dolor de su conciencia, que, a pesar de su despego para con él, allí, en aquel mismo solar, encontró su infancia la protección y los cuidados que no quiso ella dispensarle, proporcionándose los a manos llenas una mujer extraña, cuya bondad y cuyo cariño hacia él, le dieron motivo de sobra para no echar de menos jamás a su propia madre. A buen seguro que no tendría ella la necesaria penetración para caer en la cuenta de que su residencia en esa casa, era una venganza que, a su modo, usaba con ella su hijo; y decimos



que no tendría esa penetración, porque, a tenerla, podría ser que no hubiera seguido viviendo allí, como vivió por muchos años, hasta su muerte, ocurrida el año pasado (1897).

Pésima fue, pues, hasta no poder más, la crianza que le dio Mam'selle Rose, una crianza bien compadecida con la naturaleza de sus inclinaciones: y por eso era pésima; pero bien se ve por qué causa, que fue porque le quería como suele decirse, con delirio, en tal manera y modo, que nunca quiso lastimar la dignidad de tan linda pieza, regañándole, ni mucho menos poniéndole la mano ni tocándole en un pelo por nada del mundo; en él había cifrado sus mas íntimas complacencias, y, como decimos, no le tocaba, y a mayor abundamiento, tampoco permitía que le tocasen; que si otro de su edad le asestaba unos cuantos mojicones, no cabía en la casa ni en sí misma de puro colérica, sin darse punto de reposo, hasta no enterar del hecho a la familia del aporreador, y ponerla en el caso de castigar incontinentemente, y hasta en su misma presencia, el desacato. Los que saben criar, podrán no ver con indiferencia que sean sus hijos de algún modo corregidos por extrañas personas; mas no dejan de practicar ellos mismos a menudo este precepto; y en Puerto Plata era costumbre corriente y aplaudida, por aquellos tiempos, el hacer los particulares las veces de los padres de familia, cuando algún hijo suyo incurría en faltas a que, por hallarse lejos de su vista y alcance, no podían ellos aplicar el condigno correctivo; también, con muestras muy significativas de serles agradables, recibían las quejas y advertencias que les dirigían tocante al proceder y comportamiento de los suyos en cualquier parte que se hallasen fuera de su paterna vigilancia. Pero la buena mujer, que tenía por el mejor de los muchachos a Lilí, que le creía un dechado de honradez y buenas costumbres, se mostraba en esto tan obstinada y



temeraria, que no daba oídos ni crédito a quejas contra él, así las acompañasen con las más convincentes pruebas de su culpabilidad; y si alcanzase los tiempos actuales, en que a diestro y siniestro ha hecho él y sigue haciendo tanto de las suyas, aun seguiría obcecada, reacia, irreductible a todo lo que no fuese juzgarle por incapaz de todo punto de romper un plato.

De hecho pues estuvo sin sujeción desde sus más tiernos años, ya que no de derecho; por tanto, a la edad en que la mayor parte de los niños han empezado apenas a vivir bajo la jurisdicción paternal, ya él se había emancipado, y había más y mejor que ninguno adquirido el conocimiento práctico de lo que son mañas, fechorías, inmoralidades, porque, tal vez sin saberlo, ni quererlo, le dejaron expedita la vía que a ellas conduce, cuando más cerrada debió encontrarla. Ninguno le aventajaba en lo voluntarioso, y a fuer de tal, había contraído la costumbre de salir de casa sin permiso tan luego como acababa el día; y como bien le cuadraba, no se guiaba por la regla de los demás hijos de familia, que retornaban a sus domicilios al toque de las nueve, sino que permanecía más largo tiempo fuera de casa con los más callejeros, que fue la compañía que tuvo en mejor predicamento. En este ínterin, sobrecogían el ánimo de la pobre anciana las mayores inquietudes, que apenas eran compensadas de la tranquilidad que recibía cuando regresaba él a media noche o a las dos de la madrugada. Era entonces cuando conciliaba ella el sueño; mas no empezaba a dormir, sin antes pasarle la barruesa de pursiana fina, con ceñidor de seda, y el gorro de terciopelo candelón que siempre usaba él, aquella para dormir solamente, y éste para dormir y para estar en casa levantado. A veces quedábase fuera dos o tres días, porque se iba, bien a recogerle las piezas a cualquier cazador a quien se agregaba, bien a una barbacoa, de donde, si le parecía,



tomaba pretexto para recorrer diferentes lugares en el campo. Recibíalo ella con los brazos abiertos así como regresaba, limitándose, por toda reconvencción, a pedirle cuenta de su salud y paradero, y ponderarle como estaba loca de alegría por su retorno, a proporción que se moría de tristeza y de zozobras por su ausencia; en seguida le presentaba lo que le tenía guardado para festejar la vuelta: una chichigua, un pájaro con su hilo y su cola, un amplio pañuelo de seda, una sortija de oro fino, un garibaldi, o gorro, de raso encarnado, con borlas de seda, como si fuera doctor; o si no, suculentísimo pastel o un sabrosísimo pudín, encargado expresamente a la repostería Shon Nona. Hecha la entrega de lo que fuese, le aconsejaba tomar reposo, echábase a la cabeza encanecida una manta negra, y salía por esas calles a poner en conocimiento del vecindario la dichosa llegada del niño perdido. Para carnestolendas mandaba confeccionarle los más pintorescos disfraces, uno para cada día, que lucía él en calles y plazas en el día, y en los bailes por la noche; y por seguirle sus gustos en todo, comprábale gorros de los más lindos, en una época en que estaban muy de moda; y tan conocido era por la riqueza de sus disfraces, que no hacían más que verle, de cerca o de lejos enmascarado, para prorrumpir los muchachos callejeros en esta exclamación: ¡*Ahí viene, o ahí va Lili el de Mam'selle Rose!* No había cosa más de su gusto de madre, que ir reservando desde principios de año una parte del producto de su diligente laboriosidad, a fin de mandarle hacer el flus de casimir, lana o paño, con que, sin olvidar el sombrero de jipijapa ni los botines de cabritilla, charol, hule o becerro fino, se debía engalanar en sus natales, siempre festejados con dulces, licores y canciones, que algunos santomeros de los que sabían tocar guitarra, cantaban acompañándose con la misma. No se avino ella jamás a que otras manos de mujer le aplanchasen la ropa, es decir,



los pañuelos de bolsillo, las camisas y piezas de dril blanco, susceptibles de tomar tersura y brillo con el aplanchado; y cuando había de salir a la calle los domingos y demás días festivos, no le dejaba ir sin haber dado, por decirlo así, la última mano a su ya casi ataviada persona, operación que consistía en untarle un poco de pomada en la cabeza, peinarle, atarle la corbata de seda negra o de otro color; perfumarle la cara cuidadosamente, y verter unas cuantas gotas de agua de olor en el pañuelo de hilo puro que siempre le ponía en la mano ella misma, o en el bolsillo exterior del levitín, o en cualquiera de los del saco, si llevaba esta pieza; con lo cual, y con pasarle la varita de paseo y el sombrero de Panamá, castor o fieltro, vulgarmente llamado *panza de burro*, quedaba rematada esa operación complementaria. Para él era cuanto poseía o adquiría, pues sólo reservaba para sí las cosas más necesarias e indispensables a su inmediato uso personal, y éstas eran siempre pocas. Nunca le faltaron, el buen calzado, el sombrero, la ropa, la alhajas de lo mejor, siempre nuevo todo y a la moda. Porque nada en él, en sus exterioridades, quería ella que fuese inferior a lo que, de igual género y clase, acostumbraban gastar los mozos de buen tono y elegantes: quería que la pulcritud en el vestir, supliese, hasta donde fuera humanamente posible, las partes que naturaleza le había negado: consolada y gozosa con la idea de que, no dejaría de ser acepto a los demás, por su atavío, bien que no lo era en lo demás. Y si, como le cuidaba el cuerpo, hubiese atendido a que tuviese limpia el alma; si le hubiera enseñado a ser decente en las acciones y no casi decente por la ropa, de fijo que habría hecho de él un digno miembro de la sociedad; cuyos defectos físicos, sin dejar de ser defectos, hasta se hubieran ennoblecido, asociados a enaltecidas cualidades; pero habiendo circunscrito sus desvelos al solo fin de bien vestirle, tampoco él se hubo de



aficionar a cosa que no fuese andar a lo caballero, sin portarse como tal: pretensión tan perniciosa en los mozos de su edad; y ella se mostraba cada día más gozosa de ver como iba él correspondiendo así al empeño que ponía ella en que fuese caballero a todo trance; y tanto se afanaba en este punto, que con tal propósito, y con el cebo de ciertos agasajos que, adulándole sus gustos favoritos, producían en él los efectos de la persuasión más eficaz, le pudo hacer contraer algo así como el hábito de ir a la escuela con alguna frecuencia, y mantenerle allí sin rebelarse contra ese hábito, hasta que aprendiese del todo las primeras letras, o sea leer, escribir, y sacar algunas cuentas. Asimismo, con idéntico motivo, no le sometió, tan luego como abandonó los bancos escolares, al aprendizaje de ningún oficio mecánico, a fin de que con éste ganase después el pan de cada día, como respecto de sus hijos lo tenían por costumbre la mayor parte de las familias puertoplateñas; sino que se tuvo por muy dichosa en alcanzar, como alcanzó del Sr. Francois d'Amboise, o tal vez de otro francés, comerciante como éste, llamado Monsieur Frédéric, que le admitiera en el número y compañía de los dependientes de su tienda, una entonces de las más surtidas, de las de más movimiento y mejores de la entonces muy mercantil Puerto Plata. Pocas súplicas y ruegos tuvo que gastar, por cierto, para el buen suceso de la pretensión, pues aquel Sr. Francois d'Amboise, o este Sr. Federico, que más tarde hubo de levantarse la tapa de los sesos, dispensó a su solicitud y demanda la mejor acogida; siendo para ello no pequeña parte la constante compostura del muchacho, por cuanto le ayudó a prevenir en su cabal favor el ánimo del tendero. ¡Pobre diablo! A sus mientes no asomaría, ni por casualidad, la presunción de que aquel aspecto tan decente de su protegido en ciernes, era ni más ni menos que la piel de cordero, bajo la cual se solapaba un lobo de los



más disimulados y rapaces; y que, ponerle a manejar aquellas exquisitas mercancías; con facultad de meter las manos en el cajón en que se iba depositando el montante de la venta cotidiana, valía tanto como soltar aquel animal feroz en medio de un rebaño. Y verdaderamente que si semejante presunción hubiera menester hoy de un apoyo emanado de pruebas positivas y seguras, hoy, a más de ocho lustros de distancia, cuando debiera muy bien haber motivo para suponer que, mediando igual lapso de tiempo entre la puericia o adolescencia de aquel hombre, y su virilidad presente, o entre sus pasadas costumbres y sus costumbres actuales, por el hecho de haber vivido mucho y avanzado mucho en experiencia, debe de haberse operado cierto cambio, cierta transformación, cierta mejora del lado contrario a su lado flaco, y de la parte opuesta igualmente al pie de que cojeaba, bien así como ha experimentado notables vuelta en su complexión física, mudando su original delgadez en voluminosa gordura, bastaría, para dar con esas pruebas, el detener la consideración en los males sin cuento que hasta la hora presente lleva causados la desastrosa, la incalificable imprudencia que se cometió en haberle confiado las riendas del gobierno –la iglesia en manos de Lutero– sin más garantía y sin más responsabilidad de parte suya, que la contraída mediante un juramento constitucional, que puede servir de freno al hombre bien intencionado que le preste, mas no a uno de tan perversa mala fe como él, a quien esa mera fórmula, insuficiente a fuerza de ser violada y violable, había de servir tan sólo de tránsito a la perpetración de tales alentados como la usurpación y tiranía. Fue pues lo cierto, que presto hubo de abandonar la colocación, porque, cuando menos esperaba, le notificaron que no se consentía por más tiempo su presencia en el establecimiento. Hay quien asegura que le hicieron salir de él a escape, o apesta perros, como se le



debe hacer salir del poder y de la patria. Y no se necesita explicar cómo a nuestra mujer desazonaría esta brusca despedida: la cual nunca tuvo conocimiento de la causa real y verdadera que le dio motivo, ahora porque no quisiera entrar por sí misma en averiguación de ninguna clase, ahora porque, conociendo su terquedad en no dar asenso a díceres contra él, ningún amigo más o menos íntimo, ni más o menos prudente, arriesgóse a provocar en ella, con revelaciones que no habían de tener consecuencia, un ofensivo raptó de indignación, en un todo parecido a los que la sabían sobrecoger en ocasiones análogas a éstas. Baste pues saber, que aquella contrariedad malogró por completo sus esperanzas, afianzadas en el deseo de que hubiera la fortuna de serle lo más propicia en la carrera comercial. Y en realidad de verdad, propicia se le hubiera manifestado, a no haber sido puesto en la calle tan a tiempo; tras lo cual, inútil habría sido tratar de que se rehabilitara, buscándole nueva colocación en otra casa de comercio, pues con la pasada ocurrencia, no hubieran podido menos de cerrársele las demás puertas. No sabríamos decir si ella lo entendió así, pero fue lo cierto que no quiso aventurarse a dar paso alguno en este sentido, sino que, por resarcirse, o más bien consolarse del fracaso en lo posible, y preocupada sin descanso con el anhelo de proporcionarle los más cómodos estados, a los medios que, a su juicio, le facilitasen mejor llegar a ellos, no juzgó cosa más conducente a este designio, que ponerle a tomar lecciones de violín; pero casi le pasó en este nuevo ejercicio el caso que le acababa de suceder en la ocupación mercantescas: y fue que tardó poco el profesor en renunciar a seguir enseñándole, porque no había forma de que se familiarizase con las reglas del arte, siempre ineficaces cuando tienen que habérselas con individuos faltos, como él, de oído; sentimientos y aptitudes; por otra parte, bastaba tratarse de reglas, para



resultar infructuoso el empeño de ceñir a ellas su espíritu, desheredado de todo sentido de orden, método, armonía, turbulento, indisciplinable, subversivo, a quien viene a cada paso muy estrecho el marco de todo precepto, de todo deber, de toda regla, de toda ley, hallándose tan sólo bien con el abuso, la licencia, la perversión, porque no se tienen ni contienen de suyo en ninguna forma de razonables demarcaciones y linderos.



VII

Extenso lagunazo se hace para nosotros entre la parte de su vida que vamos a seguir narrando, y la que remata en el suceso de su despacho de la tienda, o mejor en el abandono de sus infructuosas lecciones musicales. Bien está decir, de paso, que las líneas que anteceden, aun siendo bastantes, no encierran más que las escasas noticias sueltas que sabíamos de memoria, por haberlas cogido y recogido de labios fidedignos, que, burla burlando, nos las dijeron y repitieron varias veces, antes de nuestros dos largos destierros de la patria. Y pues hemos dicho lo poco que sabemos, se deberá entender de ahí ser mucho más lo que ignoramos; y valga esta especie de advertencia con respecto a los datos sobre que versarán los renglones subsiguientes; que mayores fueran en número esos datos, a sernos posible la residencia en la República, por ese bandolero aherrojada; pues viviendo en ella: restableciendo nuestro domicilio en la ciudad natal, que bañan las cerúleas aguas del Atlántico, y realza la esbelta prominencia de *Isabel de Torres*, nada nos sería fácil como entregarnos con éxito a diligentes investigaciones en este sentido; y andando de una parte a otra, siempre a caza de informes tocantes a otros muchos hechos,



de que sólo pueden estar orientados y al cabo de saberlos, las personas mayores que le conocieron en los primeros períodos de su existencia, o las que no han visto intermitida, como nosotros, por ninguna clase de arbitrariedad su mansión en el suelo de la patria, nutrir nuestro relato con más curiosas y completas noticias; y, a mayor abudamiento, componer todo el período de su vida intermedia, convertido, según dicho queda, en espaciosa laguna, que vamos a salvar, por no sernos dable colmarla. Por otro lado, no carece de alguna importancia esa parte intermedia, no por hacer las veces como de un punto de intersección entre su pasado y su porvenir, cuanto por coincidir en cierto modo con el mayor acontecimiento que registran los fastos de la nacionalidad dominicana, la incorporación del país en 1861 a España, que desde 1821 había dejado de ser su metrópoli; de donde dimanó, en 1863, nuestra guerra de Restauración, terminada con toda felicidad en 1865.

Es propio de los grandes sucesos, ilustrar el nombre del que tuvo alguna participación en ellos, bien así como los grandes hombres tienen la virtud de hacer famoso el pedazo de tierra en que nacieron. Y parece ser no haberlo entendido Lili de otra manera, puesto que no ha titubeado en hacer tener por verdadera la impostura de datar los comienzos de su vida pública, ya que no de los principios, de las postrimerías de aquella lid insigne. Parece que le remuerda ver que no puedan sus orígenes macheteros venir de más allá de las primeras luchas civiles subsecuentes a la lucha nacional, y que siempre se le pueda echar en cara el haber salido del seno de las mismas, como un malparto de los más ominosos, a confirmar con sus criminales hechos el vicio de su procedencia. Ya se ve; otros sujetos, no del todo indignos de tal honra, estimulados por el mismo deseo, en ellos más plausible, de dar por empezada de algún modo en tan alta ocasión su carrera militar, han tenido por muy



ennoblecedor, a falta de méritos más sobresalientes, si- quiera poder referir que se presentaron en los cantones a ofrecer sus servicios, que no fueron aceptados a causa de que, por la corta edad que tenían, no se los podían utilizar. Y Lilí no ha querido quedarse a la zaga en este punto de tan honorífica importancia. Fue por eso por lo que, mientras declinaba la estrella del General Luperón, aun gobernando su propio partido (porque Luperón fue grande entre sus adversarios, y pequeño entre sus amigos), hubo un tiempo en que se le hizo por uno que otro periódico intempestiva y ruda guerra, tendente a rebajar la insuperable importancia de sus ilustres servicios patrióticos; y se dijo que quien sustentaba la obra de semejante injusticia, con sus inspi- raciones, era el propio Lilí; lo que, dada su índole diabólica, ninguno debía extrañar ni extrañaba. Todos así lo creímos, no contando con que posteriores hechos insidiosos, cuya maquinación comenzaba él entonces a preparar, habían de venir a darnos toda la razón. En ese medio fue cuando, sugerida por él, asomó la especie de que había servido en la Restauración; y atentas las personas reflexivas a los sór- didos ardides que ponía en juego, a fin de socavar el resto de prestigio que al otro quedaba, vieron con indiferencia la descarada falsedad, que prevaleció, gracias precisamente a esa misma indiferencia. Por eso hay tantos que le creen restaurador, siendo así que nada hizo ni pudo hacer en aquella circunstancia, porque le faltaban los años requeridos para poder servir de algún modo en ella: en efecto, no es- tuvo colocado, ni como escribiente siquiera o mandade- ro, en ninguna comandancia de armas; a ninguna fila voló al toque de llamada: no durmió en ningún cuartel; no se le vio en ninguna formación; no asistió a ninguna parada; no hizo centinela en ningún puesto; no llevó al hombro ni al brazo ninguna carabina; no hizo ningún disparo; no desfiló formando parte de ninguna tropa o guerrilla; no salió ile-



so ni herido de ningún combate; en ninguno quedó muerto; ningún furriel o habilitado tuvo su nombre inscrito en sus hojas respectivas; no fue ascendido a ningún grado; no fue subalterno de ningún jefe; no se llamó compañero de ningún soldado; no realizó ninguna proeza, parodiando a Bara, Viala o Israeta; pero, con motivo de haber hecho una de las suyas, anduvo de casa en casa su nombre, una mañana, en el caserío donde residía; y, con toda seguridad, es en este caso que apoya él su pretensión a figurar en el glorioso gremio de los restauradores, porque hasta que terminó la guerra, nadie volvió a verle andar en otras aventuras semejantes: tanto le sobrecogió el ánimo la desagradable impresión que le hubo de causar esta primera. Y vamos a relatarla, no a otra luz alguna que la de nuestros remotos pero persistentes recuerdos de niño, que afluyen ahora con profusión a nuestra fiel memoria, como solicitando una cabida que no es posible que tengan en las presentes cuartillas.



VIII

Aquel caserío era el *Cantón de Maluís*. Así le apellidaban, por estar en las inmediaciones de un arroyuelo del mismo nombre, de donde, bien así como de *Las Pailas* y *Los Mameyes*, llevaban los aguadores el líquido necesario al consumo de la población, a orillas de la cual tenía su curso, por la parte del Este, mediando entre la misma y el citado campamento. Por *Cantón de Arriba* era también conocido, a distinción del *Cantón de Abajo*, que por no quedarse atrás en esto de llevar dos nombres, denominábase igualmente *Cantón de Las Habillas*, a causa de hallarse sito en un paraje, a la parte Sur de la ciudad, en que abunda el *habilla* o *habillo*, árbol bastante corpulento de la numerosa familia de los espinosos, que se llama en Venezuela ceiba, sin tener nada de común con la nuestra; y tan espinoso, que por eso ha dado pie al viejo refrán cibaño de que “puerco no se rasca en habilla”. Encerraba, sin embargo, más importancia estratégica y militar este último campamento, por su situación, a menos de una legua de las líneas españolas, y por servir de asiento a la comandancia en jefe de las fuerzas de la Común de Puerto Plata, de que, más o



menos durante toda la guerra, estuvo encargado el General Gaspar Polanco. El otro distaría bien su media legua completa de las mismas líneas; y tanto en éste, como en aquél, se albergaban algunas familias pertenecientes a la ya dispersa población puertoplateña; lo que viene bien para explicar por qué tenía Lilí su domicilio en el de arriba, que para la ocurrencia que vamos a referir, tanto daba que le tuviera en el de abajo. De los cuales partían diariamente guerrillas que iban a tomar posiciones en las cercanías de los españoles, y espías que, trasponiendo las avanzadas dominicanas, como lo hacían las guerrillas, penetraban de continuo en los altos y espesos matorrales que cubrían el sitio donde, poco tiempo antes, se alzaba Puerto Plata; y allí, echados o agazapados, observaban los movimientos de los mismos, cuyos campamentos eran dos, o uno solo dividido en dos secciones: el campanario intacto de la iglesia parroquial, completamente demolida, que les servía de alto atalaya, provisto de potente artillería; y un amplio recinto atrincherado, incluyendo la Fortaleza de San Felipe, que, con las antiguas casas de Sanders y Métellus Meunier, y el fortificado campanario, representaba cuanto, en materia de construcciones, había quedado en pie de la ciudad, reducida, en todo su antiguo recinto, a escombros de una parte, y compacta maleza y pajonales de otra. Frecuentes eran las salidas de las tropas españolas; y si en unas alcanzaban apenas para batirse con nuestras guerrillas o para el ataque de nuestras avanzadas, en otras solían adelantarse triunfantes hasta nuestros cantones, y aún más allá, como sucedió en la derrota de San Ramón (agosto 31 de 1864). En este último caso, y después de tirotearlas lo más que podían, internábanse los dominicanos en el monte, y dejaban pasar el torrente arrollador, hasta que, ya por la tarde, se retiraban, y, con la consiguiente renovación de la calma, volvía cada cual de los nuestros a ocupar su puesto



de antes: siendo de advertir, que más bajas experimentaban los españoles en estas grandes acometidas suyas, que los dominicanos, los cuales pagaban bien su tributo a la muerte por la patria en las pequeñas. Una mañana tuvo efecto una de estas últimas. Había salido el enemigo por el lado del cantón de Maluís; los nuestros pelean hasta ser derrotados, no sin llevarse sus muertos y heridos: entre los primeros, Lantigua, de *Muñoz*, y el vale Ramón y Puchinga, de *Sosúa*, y otros: fue un día de duelo para el cantón; y en tanto que las familias residentes a orillas del camino real, están lamentando la desgracia de los patriotas extintos, sobreviene desolada Mam'selle Rose, haciendo saber, que acababa de perder a Lili, caído también sin vida, como los otros, en aquella rápida pelea, y corroborando la nueva con la relación de un sueño, que dijo haber tenido la víspera, y en el cual se le apareció, a los mismo pies de la cama, un perrillo negro que dolientemente aullaba, lo que, según ella, era el más característico y cierto presagio de la muerte trágica y cercana de una persona muy amada: y tanto entrecortaban el curso de sus razones sus incesantes sollozos, que una media hora larguísima empleó en decir lo que normalmente habría podido contar en dos o tres minutos. Bien que hallando extraño que un muchacho como aquel anduviera en tales pasos, las circunstantes se afligían más de lo que ya estaban, al escuchar esta nueva noticia, tan cierta para ellas cuanto que la daba por tal quien más interés debía de tener en que fuera falsa; de triste la calificaban todos, así hembras como varones, porque no podían explorar lo porvenir, para calificarla de fausta; y mucho, en verdad, habrían tenido los hados de la República de qué regocijarse, si el acaecimiento hubiera sido cierto; por lo menos, muchas de aquellas madres hubieran ahorrado con ello el tener más adelante que maldecir a Lili, vertiendo por la muerte de un hijo matado por éste, las mismas lágrimas



que derramaba Mam'selle Rose, atendida sólo al quimérico testimonio de un sueño.

Se usaba en el cantón exponer los cadáveres de los héroes en una de las salas de la Comandancia de Armas, haciendo de tal la casa perteneciente al Sr. Domingo Gracesqui, en Maluís, y en cuyo patio, de la parte abajo, estaba provisionalmente un cementerio, donde apenas se veía sepultura que no encerrara los despojos de un patriota. Se veía en la sala el tenderete de aquellos valientes difuntos; y en otra pieza contigua, estaba el jamás vencido machetero José Antonio Villa, que sin moverse de un mismo lugar, por aguda dolencia retenido, y sin tener sobre qué caerse muerto, daba sueltas a su buen humor, lanzando a cada momento chistosas amenazas contra los que veía en el patio muy aproximados a lo que llamaba él su propiedad, que era una numerosa piara de cerdos traída la víspera por el vale Ramón con el fin de ponerla en venta el mismo día de su muerte. Ni necesitamos advertir que nadie vio entre los demás al muerto de Mam'selle Rose; que mal podía ser visto, si una o dos horas después pasaba él a caballo por todo el camino real, con dirección al bohío en que vivía, y donde, toda sorprendida y con los brazos abiertos le recibió ella tan vivo, en los momentos en que anonadada por el dolor y en lágrimas anegada esperaba recibir su inanimado cadáver. ¿Qué caso pues había sucedido? Éste: que apasionado de los buenos caballos, y sin ninguno que pudiera llamar suyo, juró entre sí dar unas cuantas carreras en un melado que, atado a un árbol, veía todas las mañanas paciendo, hermoso y retozón, la frondosa y abundante hierba de guinea de un cercado ajeno, sito en las cercanías de su rancho. Así pues sacóle al amanecer de aquel trágico día, domingo por más señas; el cual atrevimiento venía bien a ser como preludeo de las proezas que más tarde había de obrar en aquellos cercados sin cercas



del Sur de la República, entre cuyos pajonales, que hacen horizonte, y ondean al soplo de la brisa como las aguas del mar, pulula en innumerables grupos el ganado vacuno y caballar, objeto de un activo y beneficioso comercio con nuestros vecinos los haitianos. Alguien tenía depositada en la casa una silla con sus diversos accesorios, y como lo que hay en el convento es de los frailes, no vaciló en hacer uso de ella; y así, colocóla sobre la bestia, puso a ésta el freno, calzóse las espuelas, asió de las bridas, y montó, mientras que la vieja seguía con la vista cada uno de sus movimientos, sin osar dirigirle una palabra prohibitiva, sino más bien aprobativa de su propósito, porque cuanto él hacía estaba siempre bien hecho para ella. Después de hacer caracolear el caballo según se lo daba su inhabilidad a entender, partió como una exhalación, sin llevar designio alguno fijo de dirigirse a un punto cualquiera determinado. Muy de mañana era, y por los contornos aquellos, nadie había que tuviese conocimiento de lo que, a unos pocos minutos de distancia, estaba pasando a esas horas, o no tardaría en pasar, entre tirios y troyanos, entre dominicanos y españoles. Iba nuestro caballero a saberlo, pues al salir al camino real, siguió a todo andar hacia el Oeste, cuando lo sensato era tomar camino arriba. Y fue que así de imprevisto le vino en voluntad tender la vista por el vasto yermo en que Puerto Plata estaba convertida, y echar una mirada siquiera de lejos a la *Poza del Castillo*, donde tanto se había bañado, dando pancadas, y recibíéndolas de los otros muchachos. A ese tiempo, en el punto titulado “Los Cocos”, antigua estancia de don Wenceslao de la Concha, percibió un sostenido tiroteo, y más se animó entonces a proseguir adelante, con esa incipiente audacia propia de los muchachos, de los cuales ninguno teme al peligro hasta no haberse visto en él. Atravesó *La Timotea*, y pocos pasos más allá le salió de entre unos matorrales un grupo



perteneciente a una guerrilla dominicana. No alcanza nadie a explicarse, cómo y de qué manera y modo se había podido adelantar hasta el sitio en que le veían; y con esto proponen algunos castigar con unos bejucazos su temeridad; pero, urgiendo el tiempo, se contentan con echarle todos en cara la superflua imprudencia que cometía, y le despachan; y porque más ligero anduviese, saca uno de la vaina su machete de guarnición, corta una vara y se la pasa; mas, no bien se dispone a partir, cuando se oye corneta bien inmediato, hacia el Sur, por el camino de “El Millo”, y hacia el Este, por el que desemboca por la parte arriba de *La Timotea*, viniendo de lo que hoy es hermosa finca o estancia de José el español. Eran dos divisiones enemigas, que bajaban a reunirse allí mismo, después de haberse batido con el grueso de la guerrilla, dispersándose hacia Maluís. El de a caballo se devuelve asustado, y no le queda más camino, que tomar sin tardanza el que conducía a “Los Castillitos”, al Norte, pues sobre lo que hoy es casa de Mundo Salcedo, en la plaza de *La Chorcha* (corrupción puertoplateña de la palabra inglesa *church*, iglesia), se apoya la retaguardia del grueso de las fuerzas españolas en acción ese día, en tanto que la mosca o vanguardia, con batería y banda de música, dista como a tiro de ballesta, de lo que ocupa hoy la casa que fue de Daniel el alemán. El grupo y las dos divisiones se baten, aquél en retirada, y éstas avanzando. En eso cayó Lantigua, cuyo cadáver salvaron, a favor de la espesura, varios de los del grupo. El resto de él, habiendo cesado el fuego, se retiró sin hacer más disparos, hacia los expresados “Castillitos”, en requerimiento de una franca salida por esa parte hacia el campamento nacional. Por muy grande fortuna suya, no son perseguidos hasta ese paraje, pues ya estando en su proximidad, suena toque de corneta, que les anuncia peligro de aquel lado, y tanto más serio, cuanto que lo constituye



un destacamento que, separándose de las fuerzas acampadas en *La Chorcha*, y tomando por toda la orilla del mar, había venido con antelación a posesionarse del punto, escalonándose desde allí hasta la desembocadura del *Maluís* por la parte adentro. Entonces retroceden algunos pasos, y rompiendo al sesgo por entre alta y enmarañada manigua, van a salir por la parte arriba de *La Timotea*, desde donde lanzan a la tropa, que allí cerca estaba, una repetida granizada de balas, al punto y con mucho estruendo contestada por ella; y, sin más tropiezos, prosiguen su marcha de regreso al cantón. Allí se les reúnen los cargadores del cadáver, poco antes llegados, pero ni los unos ni los otros, interrogándose mutuamente, aciertan a dar razón de *Lilí*. Como los recién llegados ignoran a cuál hora ocuparía *Los Castillitos* el destacamento, sospechan que ya dominaba el lugar, cuando, por escapar la vida, tuvo el muchacho la mala suerte (que tal les parecía), de dirigirse a esa parte; y que seguramente había sido atrapado por el enemigo, quien, al verle tan mozo, y desprovisto de todo linaje de armas, le perdonaría la vida, en lugar de glorificarle como a héroe, dándole cuatro tiros. Conjetúranlo así, porque no percibieron el ruido de ninguna descarga, indicativa del fusilamiento de un prisionero de guerra. Sin embargo, pareceles prematura toda suposición a ésta semejante, mientras no apurasen cuantos medios pudiesen conducir al fin de averiguar su positivo destino y paradero. Sentían como que les iba el honor en ello; y en fuerza de ver las cosas de un modo tal como éste, vienen todos en el acuerdo de averiguar si estaba de vuelta en su morada. Para esto comisionan a uno; y éste da de lo sucedido en el campo de batalla, rápidos y completos pormenores a Mam'selle Rose: que al punto se sobresalta, y, en la creencia de que, por modos tortuosos, quieren participarles la muerte de su hijo, sálese del rancho, sin siquiera entornar la puerta, a



comunicar el supuesto infortunio suyo, de la manera que ya se sabe. Hasta los mismos guerrilleros, hechos a ver morir atravesados de balas a tantos buenos hombres, sienten no haberle puesto en completo salvo, aun a costa de sus propias vidas. Lo mismo daba, si se atiende a que, por fortuna para él, no había enemigos en Los Castillitos, cuando llegó a ese punto; aunque gran trabajo le costó caminar a través de tantas matas como por allí encontraba, y tan altas, que le cubrían, no obstante ir a caballo; pero al fin tuvo que apearse y llevarlo del diestro, que fue como pudo ganar la estancia conocida por de José Dolores, toda llena de tupidos mogotes. Ya en ella, y siempre a pie, atravesó con su caballo de las riendas, y con mucha priesa el camino, para penetrar en unos cercados fronteros, y luego en el cercano monte bien adentro, donde, por precaverse de otro susto, estúvose quedo durante más o menos una hora; y así como, por el ruido de las baterías y banda de música, entendió que desfilaban los españoles, de retorno a sus cuarteles, desanduvo lo andado, hasta ponerse de nuevo en el camino; montó, y, a todo galope, desapareció de aquellos gloriosos lugares. De ahí a poco, es decir, de diez a once del día, viéronle pasar de largo por todo el frente del espacioso cercado de mallas en cuyo centro estaba el local de la comandancia de armas. Muchos transeúntes bajaban y subían por el ancho camino real, unos que iban a ver los muertos, y otros que venían de verlos. Ninguno hallaba en su dichosa vuelta motivo suficiente para darle los consiguientes parabienes. A lo más, le hablaba uno que otro para instarle a que no perdiese momento en restituirse a su domicilio, donde nada faltaba ya para que su vieja, teniéndole por muerto como le tenía, sucumbiese al peso del dolor. “¡Dejad llorar a esa mentecata!” era lo que a tal excitación contestaba. Oyendo lo cual, más de una madre, de las que moraban a orillas del camino por donde pasaba él aquella



mañana, más de una, entre las que, pocos momento antes se habían condolido tanto al oír la incierta noticia de su muerte, ahora encontraba justo, en un raptó de involuntaria, pero legítima indignación, arrepentirse de haberle dedicado, siquiera por ineludible humanidad, una parte del sentimiento que le causaba la muerte de los otros, y que, aun habiéndole cabido a él la misma desgracia, debía ser dedicado a ellos en toda su integridad, como a los únicos merecedores de ser sentidos y ser llorados. Y luego, tornando la mirada en pensamiento hacia los hijos que tenía, mozos como él, se jactaba, con justicia, como de la posesión de un bien tan grande, que no trocaría por otro alguno, de no estar expuesta jamás a sobresaltos iguales al que Mam'selle Rose había experimentado esa mañana; porque sabía cómo se debe atender al fin supremo de formar una familia honradora de sus ascendientes: imponiéndole, con tanto rigor como eficacia, el acatamiento y ejercicio de los preceptos inmaculados que mejor pueden contribuir a que se distinga siempre por lo sumisa y por lo buena. Lo cierto era que si Lilí no hubiera sido un mal criado, no pasa eso, pues había en la vecindad una muchedumbre de pillastres capaces de correr en pos de aventuras análogas a esa suya, y cien veces lanzarse a ellas, cuanto más una sola, y hasta propasarse a tomar parte activa en los combates, ora blandiendo un machete, ora disparando un fusil, o un trabuco naranjero, como el más intrépido, hasta vencer o hacerse matar a imitación de Bara o Viala; pero que no tenían contraída la segunda naturaleza de hacer lo que les viniera en gusto, es decir, no estaban sin sujeción ni freno, como Lilí vivía; y antes que atreverse a seguir desbocadamente, o de cualquier otro modo, sus naturales ímpetus, que tal vez a la ejecución de gloriosos hechos los hubieran llevado como dijimos, estaban en la onerosa precisión de satisfacer a sus madres el débito irre-



dimible de la obediencia que les tenían que pagar a cada paso, viviendo sometidos al yugo de su autoridad y albedrío en todos los instantes de su vida pueril: máxime cuando más complacencia recibían ellas en tenerlos a su lado, para consolarse de la soledad en que las dejaban los hijos grandes, parientes o maridos, ocupados a la sazón en la santa faena de restablecerlas, con todos los suyos, en el interrumpido disfrute de sus afectos, de sus conveniencias, de sus bienes, de sus derechos, en el seno de una patria independiente. Y no se necesitaba más que verlas en sus ranchos, sin más compañía que la de los pedazos de sus corazones, para comprender que los más grandes o más viejos estaban allá abajo, riñendo por la posesión del propio suelo y el goce de la propia libertad; pues cuando se ofrecía la ocasión de acreditar el valor en una nueva pelea (y esto era cosa de todos los días), ningún varón se quedaba en casa, como no le retuvieran en ella la edad o los achaques. Los inválidos, las mujeres y los niños, eran entonces los únicos moradores que se veían en el campamento; y tan unánime sentir reinaba en todos los ánimos tocante a no ser contienda de muchachos aquella, y tocante a no haber sitio y puesto tan propio para ellos como el regazo de sus madres, acompañándolas a todas horas, sin separarse un instante de su lado, sobre todo mientras andaban ausentes del rancho los mayores, que, refiriéndose desde luego al caso de Lilí, por ser lo que a todos traía preocupados, no solamente se preguntaban qué tenía él que hacer en medio de los hombre, y por qué había de andar mezclado en esos graves negocios de la guerra, sirviendo de positivo estorbo, más bien que de alguna utilidad; sino que, más que dudar, se negaban en sus adentros y en sus conversaciones, a reconocer que fuese justo, moral o decoroso, hacer caso de semejante acción, cuya insignificancia nadie ignoraba, pero que todavía hubiera sido trascendental, todavía hubiera producido



consecuencias propicias al éxito de una marcha, de una expedición, de un ataque, no se debía mirar como hija de un sentimiento digno, de un sentimiento noble, de un sentimiento heroico, incapaz de hacerse al régimen de la subordinación y obediencia doméstica, delante de las altas ocasiones que lo fuerzan a desbordarse por encima de todo valladar, sino como triste inevitable resultado de la conducta de un pillastre propenso a los más desatentados actos de voluntariedad, por su perversa condición y mala crianza. Según el común parecer, así como esto hizo, también otra cosa peor hubiera hecho; lo que, bien atendido y considerado, quería decir, que guardaban entre sí perfecta similitud, o eran uno mismo, el movimiento interior que le indujo a cometer ese desmán (porque no debía dársele otro nombre), y aquel impulso a que obedecía, cuando salía de casa, y se demoraba en la calle hasta las más avanzadas horas de la noche, o tomaba el camino del campo, detrás de cualquier cazador, o atraído por alguna fiesta, de las que acostumbraba dar la gente devota de las parrandas y francachelas, sin que la vieja Rose supiera cual rumbo había tomado, hasta que, en la tarde, o con la noche, o bien unos cuantos días después, se presentaba en la casa, como el señor de ella, que no tiene quien le pida residencia de sus actos. Por manera que del todo no quedó sin correctivo su bellaquería e imprudencia; si bien, tratándose de quien, como él, ha tenido siempre duros cual piedra la epidermis y el sentimiento de la dignidad, para esto de avergonzarse de alguna falta suya, grave o leve, una pena moral, y, por lo mismo, insensible materialmente, como esta reprobación que mereció, aunque general e inexorable, no era lo bastante doliente, para suplir la falta de un castigo más eficaz por afflictivo; y el único sujeto que mejor habría podido hacerle sentir, con dura mano, el lado infamante de su hazaña, o sea el dueño de la bestia, o supo en tiempo sumamente



inoportuno el uso punible que había hecho de la misma, o no lo supo nunca; pues cuando, a eso de mediodía, la fue a llevar al sitio donde se abrevaba todos los días, y a mudarla de comedero, hallóla sujeta del cabestro al tronco mismo a que la había dejado atada la víspera; sin embargo, el sudor que, al bañarla, saltaría transformado en espumas, bien pudo hacerle advertir que algún mañoso tuvo la osadía de montar en ella, sin su consentimiento; pero, aunque seguro de la verdad no haría gran caso del hecho, en vista de que no se notaba en el cuerpo del animal lesión alguna. No obstante, mucho creía el salteadorcillo en la posibilidad de que le aplicasen una pena tan dolorosa como la material a que aludimos; y, con esa idea en la cabeza, y ese temor en el pecho, unido todo al sustazo de marras, se redujo a no apartarse de su bohío más allá de veinte pasos en contorno; y si, no bien tomó esa resolución, hubiese caído con viruelas, se habría podido decir, que volviendo la divina justicia por los fueros de la justicia humana ofendidos, le mandó la enfermedad en castigo de la falta que los hombres no habían sabido corregir de una manera condigna. Pero este razonamiento hubiera sido absurdo, por cuanto, además de hacer la enfermedad su aparición algún tiempo después, era epidémico, es decir, que atacó, no a uno solo, sino a muchos individuos a la vez, y éstos, en buena justicia divina y humana, no podían ser penados por la culpa de uno solo; aunque, a decir verdad, no hubiera sido ésa la vez primera ni la última, que así ante Dios, como ante los hombres, tiene que pagar el justo, cuando no el todo, a lo menos una parte de la maldad por un perverso cometida. Se hallaba la guerra en sus venturosas postrimerías, cuando verificó la epidemia su arribo al campamento; y tuvo Lili la misma dicha de los otros atacados, que mucho padecieron, sí, pero de la clase de viruelas que se pueden llamar benignas, dentro de su propia malignidad, porque sólo por



descuido de los dolientes suelen matar al enfermo; que si le hubiesen dado de las que llaman *alfombrillas*, muy deprimidas sobre sí mismas, muy tostadas, muy mortales, que desde luego postran y aniquilan al paciente, privándole las más veces hasta de tomar los alimentos, quizás fuéramos tan felices el día de hoy, que, para bien de todos, ignorásemos que hubo tal persona como él en este mundo.

Y habría dicho cualquiera, que adredemente salió con bien del trance, para ver un acontecimiento local destituido de toda trascendencia para los otros habitantes del cantón; mas no así para él, si atendemos a lo benéfica que había de ser para sus destinos ulteriores, la influencia política del hombre a quien este acontecimiento se refiere, a quien Lilí, cual otro cuervo, acabó a la postre por sacarle los ojos. Queremos aludir a la venida del General Luperón a Maluís, poco después de aplacarse las viruelas, y que, no habiendo sido anunciada, cogió al cantón desprevenido, verificándose, por esa causa, en medio del mayor silencio. Los niños y muchachos sobretodo, que ignoraban por completo sus hazañas y su nombre, no se hubieran curado de nada semejante a esto, le habrían salido al paso, aclamándole con júbilo, por todo el camino real, como saben hacerlo en todas las manifestaciones públicas; pero, en cambio, noticiados ya de quien él era, rodeábanle atropelladamente, no bien le veían tomar asiento en uno de aquellos bohíos; y largo rato permanecían inmóviles en su presencia, mirándole con una fijeza verdaderamente infantil; mientras que las personas grandes, que le conocían de antes, y siempre habían oído hablar de sus ilustres hechos, le daban, por modos más discretos y más dignos, el testimonio de su admiración y simpatía. No pagaba él con la indiferencia la incansable curiosidad de los pequeños, sino que les correspondía con algunas caricias, o distribuyéndoles unas cuantas papeletas, nombre vulgar de la moneda



fiduciaria que constituía exclusivamente la nacional de la República desde 1844 hasta 1868, en que, con aplauso universal, la suprimió el gobierno del General Buenaventura Báez, estableciendo el régimen del numerario que ha venido imperando en el país hasta la fecha. También, como es de suponer, estuvo el héroe de visita en el domicilio de la vieja Rosa, pues no hubo familia que no procurase verle bajo su modesto techo de yaguas, siquiera por cortos instantes, bien que no hubiesen existido nexos amistosos entre ambos. Allí vio a un mozalbillo, no ya tan pequeño que mereciera ser tratado por él como niño, es decir, agasajado con caricias y *papeletas*; pero tampoco tan grande, que debiera ser tenido en más que un niño, es decir, mirando con más atención e interés que los otros muchachos. Vióle pues con la misma inconsciente indiferencia con que, digamos, en principio, había fijado la mirada en los otros individuos de menor edad. Distintos, empero, y más definidos sentimientos le consagró el mozalbillo, en esos primeros momentos: éste, o sea Lilí, fue de los que más prendados quedaron de la presencia no poco agradable del general, a caso con la excepción de poder darse cuenta de sus impulsos, o tener conciencia de lo que pasaba en su interior, con más desembarazo que los otros, cuya edad, o más bien, cuyo juicio, distante aún de aquel anticipado desenvolvimiento y desarrollo a que había llegado el suyo, no podía constituir prenda segura de la consistencia y formalidad de sus sentimientos. Fue asimismo, de los que con más vehemencia experimentaron los primeros movimientos de una irresistible adhesión, todavía virtual, todavía inexpansiva, todavía encerrada dentro de los propios e iniciales límites suyos, a causa de su presente impotencia para traducirse al punto en efectos reales, señalados por su positiva utilidad y significancia; pero que acabaría por extenderse a las proporciones indefinidas de una verdadera



y eficaz pasión política, no bien las circunstancias, que intervienen de manera tan decisiva en la formación de los partidos, e imponen los hombres que los han de dirigir, allanasen los caminos por donde había de verificar su venida o regreso a la escena pública la grande agrupación liberal que tuvo por jefe más o menos reconocido universalmente, al mencionado benemérito restaurador.

Parte no escasa tenía en este familiar entusiasmo del cantón, la naturaleza puertoplateña de aquel alto personaje; y bien vistas las cosas por este solo lado, no era ello para menos, en los habitantes de una ciudad y región singularizadas por su extrema pobreza de hombres notables, hasta el punto de no serle dable contar, en este orden, más que a los Generales Ramón Suero y Gregorio de Lora: bien que tan poco eran de primer orden las dotes por éstos poseídas; o si las tuvieron grandes, no bastaron para salvarlos del olvido en que cayeron, tan luego como apareció el nuevo general, haciendo valer entre sus coetáneos la indisputable superioridad de las suyas: en cuyo ejercicio, alcanzó el vasto renombre de que venía precedido cuando hizo su entrada en el caserío de Maluís. ¿A qué vino, cabe ahora preguntar?, ¿qué necesidad concerniente al servicio de la causa que defendía con la espada, le trajo a las orillas históricas de su localidad nativa? Ninguna. Vino, ni sabemos si antes o después de aquellos días del año 1865, como éste, para siempre indelebles de la memoria, en que suspendida la terrible acción de las armas, o mejor dicho, finalizadas las hostilidades entre ambos beligerantes, se aguardaba con la impaciencia febril y nerviosa del que ve ya próxima y segura la cabal realización de un grande, ardiente y devorador deseo, el acto de canjear los prisioneros, como preludeo infinitamente feliz del abandono del territorio por las tropas españolas, y el renacimiento inefable de la soberanía e instituciones nacionales. Creada una



situación perfectamente normal en el centro; reducido el dominio de las armas españolas a solo el litoral, es decir, a las principales plazas marítimas, Azua y Santo Domingo en el Sur, y Samaná, Puerto Plata y Monte Cristi en el Norte; y resuelta ya la evacuación formal de dichas localidades para un corto plazo que se vencía en julio del expresado año, retornaban a sus vainas los sables de los campeones que, como Luperón, los habían blandido con gloria, en las regiones interiores que primero desalojaron los españoles. Bien podían, pues, ya que acababan de acudir a las necesidades propias de la patria, volver, por breves momentos siquiera, su atención, a las necesidades propias de la familia, restableciéndola en un hogar levantado sobre las ruinas del que le arrebató la guerra, o el fuego asolador por ella encendido. No movió a Luperón otro designio, al abandonar los campos que fueron a la vez testigos y teatro de su valor: quería entregarse al sosiego de la vida privada en el regazo de los suyos, después de cuatro largos años de ausencia tan fecunda en brillantes hechos de armas. Y así hubiera sucedido, a no hacerle variar de propósito, la impetuosa corriente de los acontecimientos nada edificantes que, sobreviniendo no bien quedó restablecida la paz material con España, lo lanzaron al piélagos siempre tempestuoso de la política militante.

Pues, en verdad, espectáculo triste dieron los dominicanos, en el hecho de volver contra ellos mismos las armas con que acababan de restaurar la República. Derecho había para esperar que fuesen de paz y reconstrucción, los días que habían de amanecer inmediatamente después de aquella ruda guerra; pero el General Gaspar Polanco, apenas iniciada la suspensión de armas, y por motivos puramente personales, cual lo fue, la causa que le mandó seguir el gobierno restaurador, de asiento en Santiago de los Caballeros, por haber ordenado, siendo jefe del cantón de Las



Habillas, la muerte inicua que recibió en 1864, en plena guerra, el General José Antonio Salcedo, ex-presidente de dicho gobierno, emprendió, bajo los auspicios de un agente secreto de Haití, un alzamiento que no tuvo consecuencia, y que, sin efusión de sangre alguna, terminó a los pocos días en el pequeño puesto militar de Blanco, perteneciente al distrito de Puerto Plata, el cual había él ocupado con una treintena de secuaces, en unión del agente secreto, y tremolando la bandera haitiana. Después, pasados pocos meses, y apenas retirados los españoles, empezó el prolongado período de nuestras contiendas intestinas, aunque no a consecuencia de resentimientos personales, ni a instigación de algún ambicioso caudillo impaciente por alzarse con el mando; sino por la imprevista realización de un suceso que, si no pudo menos de ocurrir en fuerzas de ciertas circunstancias que quizás daremos luego a conocer, tan poco podía menos de provocar una protesta, y a mano armada, en razón de otras circunstancias bastante análogas a éstas. Pero no pasaremos a referirlo, sin desandar algunos pasos, a fin de traer desde algo más lejos el hilo de la narración, y por su propio conducto volver cómodamente al mismo punto de partida.





IX

Ninguna duda cabe de que supo Luperón, por el genio, y, si no gustarle tal palabra, digamos más bien por el talento, y si tampoco ésta, por la inteligencia natural, o el carácter, levantarse a más altura que los otros campeones eximios de la Restauración. No sobrepujó a ninguno en desnudo y heroísmo; no descolló a fuer de patriota por cima de los otros; la palma no se llevó en lo benemérito; pero reveló tener más talla, más talla virtual, por si desagradare que la denominemos efectiva; es decir, reveló poseer mayores aptitudes para realzar, ensanchando, la que tenía desde luego. Por lo demás, decimos esto, sin que nos sea dado acertar en la determinación exacta del papel que, a no pasarle los españoles por las armas, como le pasaron en Santiago en 1862, habría desempeñado en aquella gran campaña el General Antonio Batista, uno de los iniciadores conspicuos de la misma en el Cibao. Sin embargo, este mártir era tan discreto apreciador del entusiasmo, resolución y competencia de Luperón, entonces fugitivo y perseguido por do quiera, que presintió, y predijo al pie de la letra, la grandiosa parte que había de tener en esa ocasión excelsa; y así, como algunas horas antes de ser ejecutado, varias



personas, de entre las numerosísimas que le visitaban en su fúnebre calabozo, empezaron a deplorar el descalabro que, a juicio de todos, había de recibir con su muerte la causa restauradora, el espartano general infundió en sus ánimos afligidos, la infalible consolación de que no sería jamás vencida esa causa, en tanto que la sirviera “ese muchacho”, como dijo refiriéndose a Luperón. Ese pues era el juicio del General Antonio Batista, que conocía bien a qué atenerse cuando lo exponía; y en cuanto al nuestro personal, si por ventura parece infundado, entonces fuera buena ocupación la de los que se contrajesen a explicar por qué maña o arte, sin duda oculta, hubo Luperón de ser más conocido, es decir, pudo adquirir más fama que sus compañeros, al extremo de salvar ésta los horizontes nacionales, y dilatarse más allá, por extraños países; al paso que la de los otros, apenas dio la vuelta, por limitadísima de suyo, a la jurisdicción de las localidades donde rodaron sus cunas, y donde por tan heroicos modos contendieron. El hecho mismo de ser apellidado “Héroe de Capotillo”, sin dar margen ninguna para la contestación y protesta de cuantos podían, quizás con justo derecho, rehusarle toda participación en ese título, indica muy bien cómo estaban todos persuadidos a que nada, en punto a honra se debía regatear a quien supo adquirir tan superior y merecido renombre. Así fue como siempre lo hubo de considerar el Dr. don Melitón Valverde, que pertenecía también a la estirpe clásica de nuestros grandes repúblicos, y asimismo restaurador, el cual, poco después del triunfo de aquella causa, hizo a Luperón, a guisa de recuerdo, el presente de un libro *–El hombre feliz*, por Almeida,– cuya dedicatoria decía textualmente: “Al bravo entre los bravos de Capotillo.” Pues bien, nadie pare mientes en lo de “bravo entre los bravos,” aunque no viene sino a comprobar muy altamente lo que dejamos dicho acerca de los incomparables méritos



de Luperón; fijémonos tan sólo en la verdad de que, las palabras esas, a no probar gran cosa, dan por lo menos a entender, que lejos de concretarse a la cita o presencia real de varias personas en determinado lugar, para ver de hacer efectivo un designio también determinado, el epíteto “Héroe de Capotillo”, salvando así los estrechos linderos de una significación particular, para extenderse a otra más vaga por lo amplia, y más generosa por lo equitativa, se refiere más bien al punto de partida moral o indefinido, esto es, al hecho de lanzarse sucesivamente, y no de una manera simultánea, o en tiempos y espacios diferentes, dentro de un mismo espacio de tiempo inicial y coetáneo, al acometimiento de una empresa patriótica, cuyo mérito soberano consistía, no en haber sido principiada, sino en haber sido conducida con acierto, valentía y abnegación al término y remate para que había sido acometida. Y a este propósito, téngase muy en cuenta, finalmente, que no se llevaron a cabo hazañas en Capotillo, sino que sólo se dieron gritos más o menos ensordecedores; que las hazañas vinieron después de los gritos, los hechos después de los dichos, y con los primeros, y no con los segundos, y gracias a los que los realizaron, entre ellos Luperón, fue con lo que se alcanzó al fin la difícil restauración de la República.

Sin embargo, aun siendo esto así, como lo es, hayamos nosotros que más convincente o terminante argumento en el punto capital que venimos dilucidando, no puede haberlo en parte alguna, como el que nos suministra el hecho mismo de haber logrado situarse nuestro patriota, una vez acabada la guerra, en una posición política independiente, o nada subalterna, como la que le dieron las circunstancias personales suyas, de acuerdo con las nuevas circunstancias generales del país, exaltándole, de hecho y de derecho, a la categoría de jefe de partido; en tanto que, incapacitados por mil motivos los demás grandes restau-



radores, para encabezar agrupación alguna, por poco numerosa que fuese, retornaron unos a la sombra de su antiguo estandarte baecista, porque hay que saber que todo matiz político había quedado como borrado durante la lucha por los colores nacionales, que solos y soberanamente brillaban dentro y fuera del alma de cada dominicano, con exclusión radical de todo color de partido. El resto de ellos ingresó en las filas de la nueva colectividad, que mirándolo bien, tan sólo era nueva, porque nuevo en la vida pública y en la política era el caudillo por la mayoría de esa colectividad reconocido. En efecto, el General Báez, que no quiso ser ni fue restaurador, y sí su hermano José, fusilado con el General Francisco del Rosario Sánchez y demás patriotas en El Cercado, por los españoles, en 1861, reorganizó la hueste de sus antiguos adictos, de los cuales sólo algunos pocos juzgaron digno y decoroso dejar de hacerlo; y los que habían constituido el partido del General Pedro Santana, deshecho por la anexión de la República a España, por él mismo consumada, si no más bien por una fracción del mismo, reconocieron como jefe, sobre todo en el Cibao, al General Luperón, cuya divisa ostentaron desde un principio, y hacer posible la hubieran puesto en sus corazones, una innumerable falange de hombres nuevos, jóvenes casi todos, que sin haber tenido participación alguna en los recientes choques por la patria, o habiendo tomado en ellos una parte cualquiera, se lanzaron al ruedo de la política, ganosos y ávidos de hacerse a los combates de los partidos, y decidiéndose, como era lógico y natural, a entrar en el bando del caudillo a quien más la fama legítimamente celebraba.

Esta división profunda e irreconciliable de los que juntos estuvieron en la guerra, y juntos deberían haber permanecido en la paz, a fin de robustecer con una entusiasta y decidida consagración al bien común, la gigantesca recon-



quista que acababan de llevar a cabo; esta reconstitución de las dos parcialidades antecedentes, güelfa la una, y gibelina la otra, cuyas querellas habían ensangrentado el patrio suelo, y habían de seguir ensangrentándolo todavía en mayor escala, no se produjo por la lógica de los hechos consumados, ni por su propia virtud repulsiva, ni por efecto natural de la paz que principiaba, y cuya inmediata consecuencia debía ser ésa; se produjo en los momentos en que, como primer acto emanado de la soberanía nacional recién recuperada, tuvo efecto la proclamación, o mejor dicho, aclamación del General Báez para la presidencia de la República, hecha por sus antiguos partidarios, restauradores casi todos, que sin duda creyeron encaminarse así por una senda pacífica en que serían seguidos sin tardanza de los demás prohombres compañeros de armas suyos. Pero éstos, obedientes a la inflamada voz de Luperón, mejor quisieron requerir las armas, apenas depuestas, y oponerse con ellas a un hecho que consideraban, a más de inconsulto, tres veces inadmisibles o inacatables, como repugnante a la pureza de los principios sustentadores de la Restauración, como ofensivo al patriotismo de todos los baecistas y no baecistas, que se habían batido con los españoles por esos principios; y como ignominioso para la dignidad de la nación, o más bien, para la dignidad de cada uno de los ciudadanos que la componían; y apoyaban estos juicios, así en el hecho de haber consentido el General Báez, en todo el rigor de la guerra, o desde sus principios, en aceptar el grado de mariscal de campo del ejército español, a que fue promovido por el gobierno de S. M. la reina doña Isabel II, como en el acto del ofrecimiento de sus servicios hecho entonces en Madrid a ese gobierno por dicho general en persona, poco antes o después de concedida aquella gracia. Claro y evidente resultaba para ellos que, con ambos actos, la descarada e inconcebible



aceptación del alto grado militar, y el no menos y mucho más infidente ofrecimiento de sus servicios personales, oficiales, oficiosos y privados, al gobierno que le agraciaba, se había desertado al partido de aquel gobierno y convirtiéndose, a los ojos del orbe entero, en enemigo de la República Dominicana, tan acérrimo y capital como los mismos españoles; y mal habían de tolerar, que una vez salvada y reconstituida esa República, tan a despecho y pesar suyo, fuera él, y no un restaurador benemérito, el primero a quien se llamase a presidirla. Nunca, en su sentir, había consagrado la suerte con ironía tan mordaz el suceso brillantísimo de una causa justa. Mas hoy, treinta y cuatro años después de aquellos acontecimientos, se debe tener en cuenta que al General Báez le llamó espontáneamente su partido. El cual estaba en el caso de hacerlo así, porque los fueros de la lealtad, acallando lo que parecían exigir de consuno los principios, el patriotismo y la dignidad nacional, le imponían el deber, no de repudiar a su jefe y reemplazarle con otro, como era de esperarse, sino de realizar en su favor un acto de franca y noble consecuencia política, rehabilitándole de su falta por ante la nación, de la precisa y única manera que podía quedar rehabilitado a entero contento suyo, y a contento del partido. Y con tanto más derecho se creía para dar este paso grave, pero generoso, cuanto que, con no menos intrepidez que los otros, acababa de cumplir con sus deberes patrióticos, en lo que tenían éstos demás necesario y meritorio, batiéndose por el triunfo de la causa nacional, aun a sabiendas de lo hecho por su jefe. Ahora no intentaba más, que volver a la suspensa práctica de sus derechos exclusivos, aquellos que sólo al partido competían, dentro de la esfera de sus asuntos privados; lo que, a fuer de buen dominicano, debió haber hecho el General Báez, suplirlo con dedicarle, por vía de habilitación, el goce de aquellos merecimientos



honoríficos a que podía el partido ser acreedor, en virtud de los servicios que acababa de prestar a la patria; como queriendo dar por sentado, que lo hecho por la colectividad entera, debían los demás considerarlo como hecho por el mismo Báez. Y ¿Por qué no poner desde luego en práctica este modo de pensar? ¿A quién había que temer? ¿A los antibaecistas? Estos nos tenían la potestad de hacerle blanco de sus reproches y censuras, porque pertenecían al partido que anexó a España la República; y para formar idea clara y precisa de lo significado por eso, no había más que hacerse cargo de que la soberanía es como la vida, sobre la cual ninguno tiene potestad, como no sea para conservarla, y gozarla, y hacerla fecunda en todo linaje de beneficios para la sociedad y para el individuo; por tanto, atentar a ella, o suprimirla, fuera de la monstruosidad que encerraba el determinase a cometer un crimen tan inicuo, tan atroz, y tan execrable, era un brutal y odioso contra sentido, que confundía e irritaba todo a un tiempo a la razón y a la conciencia, por chocar demasiado a la una y a la otra. Fácilmente pues se podía inferir de ahí, como les faltaba la condición de ser intachables, para reprender con derecho de autoridad competente la limpia conducta de un partido que no delinquía en modo alguno, al volver a su jefe los ojos y no la espalda, y, con el valor de sus recién ganados prestigios, redimirle del cautiverio de una desairada posición política, cuya causa no tuvo la menor influencia en la suerte de las armas vencidas, ni en el éxito de las armas vencedoras. Para reducirle a que le dejase solo, sin renovarle nunca más el testimonio de su confianza y su adhesión, hubiera sido menester que Báez se hubiera mostrado ingrato, no correspondiendo al llamamiento; y si esto no, hubiera sido preciso variar hasta su esencia misma de partido: que de otro modo resultaba imposible la empresa, porque los partidos políticos dominicanos, son partidos



personalistas, que sólo tienen por ley colocar a su caudillo en la presidencia de la República, para que gobierne con los suyos, excluyendo de las funciones públicas, y hasta de su gracia y agrado personal, a todo aquel que pertenece a opuesto bando; el nombre de tal caudillo es su bandera; y la persona del mismo, el blanco de su actividad y sus servicios, el centro hacia el cual gravitan perennemente su fe y sus convicciones: sin que valga para ellos gran cosa el culto de las ideas y los principios, por no estar de acuerdo idea ni principio alguno con los intereses personales del jefe, que son los intereses mismos del partido. Se necesita que sea de mucho bulto y efecto una idea, para que les entre por el sentido, y entrándoles la sientan, y sintiéndola recuerden que, ante todo, tienen el ineludible deber de ser patriotas, y recordándolo, la prohíjan, aclamen y defiendan, sin curarse de los bastardos intereses que poco tiempo antes defendían. Solió alguno inclinarse a las prácticas de los partidos de principios, que son los verdaderos partidos políticos, y ser muy consecuentes con ellas en el poder, como también observarlas con más o menos fidelidad fuera del poder, aún en los casos en que no había de contar con la reciprocidad de los otros partidos, siempre severos con él, cuando estuvo por debajo, a medida que fue generoso con ellos cuando estuvo por arriba. No obstante, nadie podía decir que hubiera depuesto su condición de personalista, en todo ni en parte, al ceñirse a sus prácticas jamás seguidas de los otros; antes al contrario, era entonces cuando más engolfado estaba en su personalismo, por cuanto, en lugar de obedecer a sus propios móviles internos, subordinando a su decisión cualesquiera otros, lo que hacía era poner al unísono sus sentimientos colectivos con los individuales de su jefe, y adoptar sus ideas liberales y progresistas, más por ser ideas suyas, que por lo que tenían de liberales ni de progresistas. Quiere decir que los partidos



nuestros han sido ni más ni menos de lo que han sido sus caudillos: malos, si aquellos no fueron más que hombres de mala fe; y buenos, si, al contrario, fueron hombres bien intencionados; y la tendencia de los hombres verdaderamente liberales entre nosotros, ha sido ver de que se conviertan esos partidos a la religión esplendorosa de los principios, y den por siempre las espaldas al deprimente paganismo de los caudillos banderizos: en lo cual no se ha podido hasta hoy adelantar ni un solo paso. No fue otro el partido a que aludimos, sino aquel en que, según dejamos explicado, se vino a refundir el antiguo santanista, después de la guerra restauradora. Y fuera de un grupo capitaleño, escaso en cantidad, pero crecido en calidad, cuya influencia se dilataba por todo el Sur de la República, y de algunos liberales sueltos muy prominentes del Cibao, que, a imitación de aquel, aunque llevando también el mismo color y siguiendo los rumbos generales del partido, componían en su seno una fracción independiente, sustraída siempre a la obediencia disciplinaria de todo director o caudillo, el resto, es decir, la mayoría, bajo la denominación común de *Partido "Liberal", "Nacional" o "Azul"*, comprensiva de todos los correligionarios indistintamente, así ortodoxos como heterodoxos, aceptó la jefatura de Luperón y militó bajo sus inmediatas órdenes, hasta que, al cabo y a la postre, persuadida de que jamás se realizarían sus deseos de tenerle al frente de los negocios públicos, siquiera de vez en cuando, e indignada de la ingratitud con que hubo de corresponder la última vez a esos deseos, le perdió por completo la voluntad y la confianza, y se disgregó intestinamente, por falta de otro ciudadano digno a quien rendir acatamiento como jefe. Porque nuestros bandos políticos, a fuer de personalistas, sólo creen de ver cambiar de corifeo, a la muerte del que tienen actualmente, o cuando éste, aferrándose con razón o sin razón a no encargarse de las



riendas del Estado, prueba no saberse identificar con el espíritu del partido, ni saber cumplir los fines para que se le tiene colocado a su cabeza. Si en este último evento no dan con un ciudadano de su agrado a quien confiar sus destinos, lo más que hacen es dividirse a un tiempo en tres fracciones, de las cuales, la primera, se abstiene de tomar parte activa en pro ni en contra de los gobiernos; la segunda se acomoda con la situación gobernante; y la postrera conspira sin descanso, juntamente con las otras oposiciones, o sola, por echar abajo esa situación, mayormente si no es buena: y rara es la que lo sea. En estas distintas direcciones subsisten todo el tiempo que tardan las circunstancias en depararles nuevo director tan digno como el antecedente; pero no se disuelven nunca, pues en política perecen los individuos; las colectividades se renuevan, se transforman y perpetúan, sustentadas por la idea matriz en que han vinculado la razón de su existencia.

Juzgándose pues puros y limpios, y con razón, porque no afeaba su conducta la nota de anexionistas, suponían los amigos de Báez, que, muerto Santana, no quedaba otro recurso a su acéfalo bando, que ingresar en las filas de sus antiguos adversarios y fusionarse con ellos, de modo, que no hubiera en adelante más que un solo partido en la República: tan lejos estaban de presentir que así tan pronto se había de remover el inconveniente de su acefalía, por la oportuna y feliz aparición de un caudillo digno de llenar la vacante dejada por la muerte del primero. El mismo General José María Cabral, a quien el partido azul llevó al poder en 1866, compartió el error casi común de que se iban a convertir al baecismo todos los dominicanos; pues siendo protector de la República en 1865, no sólo coadyuvó al acto de la aclamación, sino que se prestó a formar parte de la comisión encargada de trasladarse a Curazao a fin de acompañar al aclamado en su regreso a las playas



nacionales. Pero no era ello posible, y de serlo, no podía redundar en bien alguno para el país, ni para los que compusiese esa formidable agrupación única. Más práctico y racional hubiera sido que Luperón, de todos modos, hubiese aprovechado el oportuno concurso que las circunstancias presentes le ofrecían, para ponerse a la cabeza de los santanistas, como lo hizo; pero que, al propio tiempo, encariñado, como estuvo siempre, de las ideas y procedimientos de la democracia, se hubiese conformado a la evolución operada por los otros a favor de Báez, y hubiera ocurrido con todos sus parciales al recurso de una bien organizada oposición legal y pacífica, mejor que acudir al recurso de las armas, para obtener soluciones y mejoras que bien se podían realizar sin ellas. Así hubiera quedado sin vida el espíritu revolucionario en los momentos mismos en que había de revivir; y algo del sentido de la ley hubiera penetrado en las masas populares, lo suficiente para generar en los ánimos una tendencia irresistible a imponer la observancia estricta de sus deberes constitucionales a los gobernantes, tan hechos a menospreciarlos, siempre con grave perjuicio del bienestar común. Al mentar oposición, menos hemos querido decir oposición sistemática y ciega, semejante a la que los partidos personalistas, señalados por su temeraria intransigencia, suelen hacer a todo trance a los gobiernos constituidos por sus adversarios, que a una más razonable y equitativa, como no negada jamás al apoyo y aplauso de los actos gubernativos merecedores de su aprobación, y atenta sólo a revelarse como tal, con toda la energía de que puede hacer alarde, cuando los gobiernos, de alguna manera, desatienden y perjudican los grandes intereses nacionales de que son depositarios y guardadores. Empero, no podían entregarse aquellos hombres, aun cuando quisiesen, a este género de consideraciones, más propias de una época remota, en que únicamente



con el auxilio de los recuerdos fuera dable juzgar los hechos pasados, y no de acuerdo con sentimientos y pasiones que sólo estuvieron en aptitud de abrigar los que, a su debido tiempo, tales hechos presenciaron. No estaba extinguida todavía en los ánimos suyos, la indignación que los había poco antes llamado a las armas, y los alentaba en los combates, aquella indignación saturada de odio ardoroso, así al régimen anexionista establecido, como a todos cuantos de alguna manera contribuyeron o pretendieron contribuir a sostenerle; y ufanos con su renombre, simbolizado en el ramo de laurel ideal con que traían ceñidas las cabezas; complacidos tan sólo en no distraer su pensamiento, ni un instante siquiera, de la ocasión radiosa, con sus infinitas peripecias, en que ganaron ese laurel inmarcesible, nadie debía pretender que dejasen de apelar a las armas contra un suceso que, a juicio suyo, estaba en contradicción con el genio eminentemente patriótico de aquellas circunstancias; nadie debía esperar que apoyasen a sus compañeros de ayer, que por aberración, a primera vista inconcebible, mancillaban sus recién adquiridas glorias, al dar la razón, como la daban en la persona de uno solo, a cuantos habían optado por el partido contrario a la República; y que desprendidos de lo pasado hasta el punto de no tener detrás objeto alguno hacia el cual volver la vista, dejasen de fijarla en lo porvenir, a despecho de los que no titubeaban en tornarla inconscientes a ese mismo pasado. Además, eran todos enemigos de Báez, como antiguos partidarios de Santana; y antes que suprimida la distancia natural que de aquél los separaba, la veían ahora tanto más ensanchada, cerrando así de todo punto las vías conducentes a una reconciliación, cuanto que son nuestros partidos completamente vencidos, o completamente vencedores, toda vez que, depuro personalistas, sólo saben librar el éxito de sus pretensiones a las armas fraticidas, amparadoras del odio



y la venganza; el que sube al poder, constituye una situación ajustada también a su propia capacidad, que no deja expedito espacio donde puedan moverse los otros con la necesaria seguridad y desembarazo: pues en las idas y venidas que verifican; en aquellos movimientos característicos de su vida interna, que no pueden menos de manifestarse al exterior, únicamente quiere ver, suspicaz y temerario, el proceso y trama de una conspiración inminente, a la cual se debe poner fin con la persecución inexorable de los que la urden: lo cual, si prueba patentemente que ni uno ni otro, ni el de arriba ni el de abajo, saben ni quieren saber lo que sea obedecer a las leyes, que es el único medio que hay y que debe haber, para que ambos a dos se respeten y vivan en paz octaviana, no es menos cierto, que sólo tal cual vez deja de ser responsable de todo el de arriba, porque rara vez hay partido gobernante que no sea perverso, y que, siéndolo, no sea por eso mismo intolerable para el gobernado y hasta para sí mismo. Ya notamos cómo tenía el bando azul contraído el hábito de la tolerancia con las otras comuniones políticas; mas lo regular y ordinario ha sido en todo tiempo, que así como el destino del vencedor sea el poder, el destino del vencido sea el destierro, como que allí sus principales individuos encuentran la libertad de que no pueden gozar en el propio suelo, a menos que consientan en someterse a la condición de no dar señales de vida como partido; porque la libertad política, nunca corrió parejas ni anduvo el mismo camino entre nosotros con la libertad civil, la única que, aun a fuer de lata en el más alto grado, se ha impuesto siempre al respeto de nuestros gobernantes. Por último, impropriamente se dio nombre de fusión a la concordia de dos partidos, que se juntaron para derribar el gobierno de un tercero, enemigo común de ambos; impropriamente, porque siempre duraron unidos el tiempo que uno de los dos tardó



en sobreponerse al otro, por esta preponderancia relegado de nuevo a la misma situación de vencido en que antes del triunfo común se hallaba; entonces le quedó camino abierto para volver a probar fortuna pactando paces, o mejor, una tregua transitoria, con su antiguo adversario, a fin de arrebatarse a su compañero de ayer las riendas del gobierno. Sucedió así desde 1873, o con más exactitud, desde 1876; no antes, por ser del 73 a esta parte desde cuando viene figurando en nuestra escena política otro partido más, el verde, capitaneado por el General Ignacio M. González, el cual partido no pudo formarse sin notable merma de los dos que le antecedían, bien que no fue tanta esta merma de la parte del azul o luperonista, que casi quedó intacto, como de la parte del baecista o rojo, que fue a quien tocó suministrar la mayor parte del contingente; quedando tan debilitado por esta excisión tamaña, que no tan sólo tuvo que coligarse con el verde, su detestado enemigo, para poder lanzar del mando al azul en 1876, sino que, combatido en seguida por el azul y el verde unidos, apenas se sostuvo trece meses por cima de los dos, él que pudo gobernar seis consecutivos años, sostenido por la sola virtud de aquella cohesión sin segundo que le hacía tan formidable allá en los buenos tiempos suyos, cuando no le disputaba el poder más que un solo partido, y componían sus miembros las dos terceras partes de los dominicanos. Por esta razón pudo aventurar un paso tan atrevido, como el que dio con éxito feliz en 1865; pues sin fortuna osaron oponérsele Luperón y los suyos, a quienes desbandó en las sabanas de la línea Noroeste, que ambos a dos habían elegido para teatro de su sangriento choque.



X

Fugitivo atravesó Luperón aquellas dilatadas estepas, no sin verse a punto de perder la vida en una emboscada que le prepararon en las inmediaciones de la casa del General José Ramón Luciano, en “Esperanza”, de Guayubín, de la cual acababa de salir. Al estruendo de la descarga que le hicieron, saltó del caballo al instante, y huyendo por entre unos cerrados tunales, salvó en pocos días, por el camino de “Tiburcio” y “Los Ranchos”, la enorme distancia que le separaba de Puerto Plata; donde su primer cuidado, así como llegó, fue despachar emisarios en pos de sus principales amigos, quienes, viéndose amenazados, habían dejado la ciudad y salido en una velera goleta, llamada *Carlota*, con dirección a un punto de la costa abajo, donde suponían poder reunirse con su jefe. Mas no pudo él aguardar su vuelta, como debía, porque, sabedores de su llegada, marchaban los rancheros sobre Puerto Plata para ocuparla por Báez, y no era posible organizar una resistencia eficaz que oponer a tantos enemigos. No le quedaba más recurso, que dirigirse al puerto y embarcarse con rumbo a su primer destierro. Por la vía de Monte Cristi salió, en efecto, para las islas Turcas, el mismo día que volvió la *Carlota* con sus



parciales a bordo. Poco motivo tuvieron ellos de sentir no haberle hallado, porque, aproximándose los rancheros, apenas pudieron permanecer en tierra algunas horas; por tanto, se reembarcaron: y mucho los urgía el tiempo a que lo efectuasen cuanto antes, pues levaba la nave anclas en los momentos mismos en que, traspuesta ya “La Guinea”, o entrada de la población, y luego la Plaza de Armas, hoy parte Parque de Recreo, se adelantaba el numeroso ejército de baecistas hacia la Fortaleza de San Felipe. Abocados le tenían los cañones, repletos de metralla, los que la guarnecían, que tampoco eran escasos; y hubiera desde luego habido cuantiosa efusión de sangre, de una y otra parte, a no considerar aquellos, ser más acertado partido, deponer toda resistencia, pues ya la goleta efectuaba su salida del puerto con los jefes sobre cubierta, incluso los que se hallaban poco antes en la fortaleza; y ellos, simples soldados y oficiales de baja graduación, quedaban en callejón sin salida, donde ninguno habría escapado al fuego mortífero del enemigo vencedor; el cual subió al fuerte sin dificultad, y lo que más importaba en aquellos supremos instantes, sin rencor alguno; pero viendo todavía tan cerca la goleta que salía y noticiado de la clase de pasajeros que llevaba, volvió en esa dirección la boca de una pieza cargada con bala rasa, e hizo tres bien dirigidos disparos. Hermosa era la hora, la una o dos de la tarde, y fresca la brisa, esa brisa del Nordeste, tan constante la mayor parte del año en las playas puertoplateñas; ondulado el océano cerúleo, que al contacto continuo del viento, cubría de instantáneas y sucesivas espumas su dilatada superficie; veloz y serena la gentil *Carlota*, cuya pujante arrancada la salvó de los proyectiles, que inmediato iban cayendo, y se hundían festejados de los hurras y aplausos de los pasajeros, y de los saludos con que contestaban a cada disparo, subiendo y bajando alternativamente la cruzada enseña por la goleta



enarbolada. El día siguiente surgieron en Turk Islands, o Grand Turk, la mayor de las islas Turcas, situadas al Norte de Puerto Plata, y pertenecientes al grupo de las Lucayas o Bahamas.

A poco arribó a ese dominio de Inglaterra, como Curazao, continuo e inviolable refugio del proscrito dominicano, la grande y hermosa goleta *Federico*, propiedad, como la *Carlota*, del inolvidable don Juan A. Poloney. A su bordo se hallaba Luperón, el cual tuvo que permanecer varios días en el puerto de Monte Cristi, oculto en los espaciosos camarotes del buque. Todos los expulsos que se le anticiparon en llegar a Grand Turk, acudieron a recibirle con miles muestras de afectuoso y entusiasta contento; y por haberse agregado a ellos, desde la salida de Puerto Plata, sin previa invitación de parte de ninguno, aparecía en el numeroso grupo un individuo casi extraño a ellos, que no era sino Lilí. Vamos pues a rasguñarle un poco el pellejo, dejando a un lado a los amigos serios de Luperón, que se gozaban infinito con él en verse juntos y reunidos otra vez, aunque fuera en extraño suelo. Lilí parecía de los más contentos, y no dudamos que de veras lo estuviese; como también creemos que si alguna vez tenía motivo para sentir tristeza, no debía de ser de verse lejos de su tierra, sino porque al llevar maquinalmente la mano a uno de los bolsillos del traje que vestía, no le era dado topar en ellos ni pizca de cosa que se llamase plata. La verdad era que, con la salida impensada que hizo de Puerto Plata, no había tenido lugar de hacerse de algún recurso; y así era que, alcanzado como estaba, y sin oficio ni profesión con qué ganar la subsistencia, tenía que desayunarse, almorzar, comer y merendar a costa de los demás, y residir con ellos sin pagar alquiler de casa, ni lavadura de ropa. Por este motivo, era de ver lo voluntario que, a la menor insinuación u oportunidad, se brindaba para verificar, como mandadero,



la compra de ciertos objetos que alguno había menester. Viendo lo cual, creían todos hacerle justicia, encomiando en él lo servicial, hasta que descubrieron el interés que llevaba en su diligencia, que no era sino el de distraer de las sumas de dinero que recibía, unos cuantos peniques, o algún chelín, según la suma, para tener en los bolsillos con qué refocilarse de vez en cuando, allí donde la ocasión no faltaba nunca. Un chelín, y hasta cierta cantidad de peniques inferior a un chelín, por lo costoso que siempre ha sido en las colonias inglesas para el proscrito el conseguir recursos pecuniarios, no son allí numerario insignificante, como entre nosotros una peseta o cinco centavos. Teniendo pues en cuenta esta razón de peso, nadie desaprobará que alguno de los que menos boyantes de *cum- quibus* se hallaban entre aquellos expulsos, y que, creyéndolos de buena fe, no habían titubeado en utilizar los *espontáneos* servicios del garzón mañoso, le afearan amigablemente, como le afearon, su falta de probidad. El cual, viéndose cogido, y demostrando en la inmutación de su semblante la imperturbable quietud de su ánimo, y por ella su falta de vergoña, contestaba con esas mismísimas palabras:

—¡Ea, menester es que me quede siquiera para cigarros!

—Pero, cínico, si nadie te ha rogado que nos hagas compras, le reconvenía entre dientes uno de los escamoteados, que reposaba en sus habitaciones.

—Pídelo, y no abuses de nuestra confianza, murmuraban otros aparte, mirándose significativamente.

—Mal fin tengas, guachinanguillo, gruñía con no menos recato algún otro, perteneciente a la misma clase de los menos generosos entre aquellos expatriados.

¿Mal fin, decimos nosotros ahora? Bien podrá tenerlo, si nos acordamos de un tal Solón, que decía que nadie



hasta el fin es dichoso; y verdad decía, porque a ningún hombre se le debe llamar dichoso, hasta no ver como muere. Sin embargo, la política es tabla de salvación para los que naufragan en el piélago de la deshonra; plumero que quita todo polvo, esponja que seca toda agua, velo que cubre toda escoria, escala por donde ascienden los malvados, lo mismo que los buenos, a las más elevadas jerarquías de la República; con la irritante diferencia de que, hallándose, por el solo hecho de ser políticos, en el medio más adaptable a su rehabilitación moral, vienen a ser tan aceptos y considerados, como los mismos buenos; porque la sociedad, que detesta en principio a los primeros, ya cuando los ve constituidos en autoridad, y aunque no sea más que mirando al prestigio del puesto, y no a la persona que figura en él, hace de tripas corazón, y acaba por distinguirlos con la misma deferente acogida y las mismas consideraciones que, obediente a su deber de honrar al mérito y a la virtud, dispensa y tributa a los hombres intrínsecamente respetables. Meterse pues un bellaco en ese terreno, que debiera ser más vedado, de la política, donde las nobles conciencias no hallan más que abrojos punzantes para el cuerpo, y amargos para el alma, es abrazar la carrera más a propósito para llegar fácilmente a obtener, aunque de una manera viciosa y nada envidiable, una de las más ventajosas y difíciles posiciones a que pueden llegar los hombres. Dígalo si no el Lilí de nuestros días. ¡Quién lo creyera!

Por último, en tanto que así de él mismo era bien poco respetada la propiedad en aquella pequeña República proscripta, el derecho que todos, como comunidad política, tenían de apelar a la insurrección contra el gobierno que les cerraba las puertas de la patria, o que no les hubiera tolerado su permanencia en ella como enemigos, ese derecho iba corriendo mejor fortuna, porque se aproximaban



los acontecimientos que habían de coronarlo con el más completo éxito. Efectivamente, pocos meses después de su llegada, Luperón, que, dicho sea de paso, ignoraba los pormenores de la vida privada de sus compañeros, porque residía con su familia en casa distante y aparte de la de aquellos, se ausentó para San Thomas, obedeciendo a planes de sus amigos residentes en la República; y a poco retornó de aquella isla, con esperanzas tan halagadoras, que no tenía ya más que hacer, sino aguardar con plena confianza el día, ya inmediato, en que, alzada sus huestes en el país, había de ser llamado por ellas, como le llamaron a fines del referido año, para efectuar con su concurso personal y el de los demás expulsos, el derrocamiento del gobierno. La empresa no era difícil, porque, no obstante la superioridad numérica y pujanza consiguiente del partido baecista, a la cual debió éste la victoria en meses anteriores alcanzadas, los respectivos campos de ambos partidos no estaban aun deslindados de manera que no hubiese, como había, un respetable número de prohombres influyentes que, si bien figuraban en la situación como funcionarios y sostenedores suyos, antes eran azules que baecistas; y algunos personajes prestigiosos, no muchos, tenidos en el concepto de azules, lo eran sólo en apariencia, pues entraron más tarde a figurar entre los baecistas, poco antes derribados con su auxilio. Los campos estaban por este bando, que precisamente representaba la mayoría, porque son ellos los que se la dan siempre a todos los partidos. Los luperonistas tenían de su parte a las ciudades, pero con la gran ventaja de que siempre son los campos dirigidos por ellas, estén o no estén contrapuestos entre sí sus intereses políticos u opiniones; de modo que, normalmente, el destino de los campos es seguir el rumbo político que llevan las ciudades, así como, fuera de lo normal y ordinario, los campos vencen a las ciudades, haciendo predominar



sus creencias políticas sobre las suyas. A esa razón se agregaba otra de considerable peso; y era, que las ciudades, albergue de la minoría luperonista, tenían todas las armas; y los campos, cuartel y dominio de la mayoría baecistas, estaban sin ellas; y como cada partido ha contado en la vecina República de Haití con un gobierno que le favorezca, entonces mandaba en dicha República, como magistrado supremo, el General Fabre Geffrard, de quien por ningún caso podían los baecistas esperar ni obtener socorro alguno. Porque los elementos bélicos se habían agotado en la guerra de Restauración, originándose de ahí una gran escasez de armas, que duró hasta que nuestras frecuentes revueltas proveyeron con creces a su remedio; y en realidad de verdad, no tocó el partido rojo a las puertas del no contrabalanceado poderío que luego alcanzó, sino en 1867, cuando, derribado en la vecina República el Presidente Geffrard, sucedióle su competidor Salmave, de quien, no sin mucho solicitar, obtuvo el General Báez los elementos de guerra con que, a fines del mismo año, echó a bajo a Cabral e inauguró el período tristemente célebre de los seis años. Así, pues, en la lucha que precedió a ese triunfo, fue cuando vino a quedar definida con precisión la línea divisoria de ambos partidos; entonces fue cuando cesó definitivamente la promiscuidad, tal vez loable, habida entre ellos durante la efímera segunda administración nacional que tuvo la República después de la guerra, y que Báez sin merecerlo presidía. El Protectorado de Cabral fue la primera, de duración todavía más corta que la de Báez.

El rápido movimiento revolucionario que a ésta última echó por tierra, se fraguó con la poderosa cooperación de Puerto Plata. Esta ciudad, cabecera del distrito así denominado, es la localidad marítima que ofrece, más expedito y breve acceso al centro del Cibao; por la cual ventaja topológica estuvo siendo durante décadas y centurias,



sin que del todo haya dejado de ser todavía, el puerto natural del en tiempo no muy atrás pujante comercio interior cibaeno, y el apoyo más eficaz, o el punto de partida más ordinario y decisivo de cuantas revoluciones han habido en aquella hoy abatida, pero vasta y famosa región de la República. Gobernaba como comandante de armas el distrito a ese tiempo, el nunca bastante bien llorado repúblico General Manuel Rodríguez Objío, amigo particular y partidario de Luperón; y había sustituido en aquel importantísimo cargo, al General Miguel Lovera, seibano adusto y violento de carácter, a quien los puertoplataños detestaban por sus tropelías; siendo en esta parte la figura correlativa de los generales baecistas, correligionarios suyos, Manuel el Chivo, terror de Moca, y Pedro Guillermo, que lo fue de El Seibo, y también de la ciudad de Santo Domingo; a una de cuyas principales calles, la del comercio, había por ese tiempo, según dicen, abocado un cañón dispuesto a descargarlo sobre todo ser viviente que por ella circulase. Sin embargo, viendo a ese terror universal de la República, que se llama Lilí, se debe hacer hoy justicia, y mañana y siempre, a esos hombres desapoderados, que si bien temidos de todos, no eran perversos en el fondo: pues en ser baecistas fanáticos, idólatras, intransigentes, carecer de inteligencia y no haber recibido educación alguna, circunstancias todas que, a fuer de hombres públicos, los hacían insociables, consistía su capital y notorio defecto. Por lo demás, poseían preciosas prendas de carácter, como que tenían crianza, y eran hombres morales, y hasta buenos en lo privado. En cuanto a Lovera, que es lo que hace al caso, se podían contar los desmanes que cometió, de los cuales, sólo uno se recuerda todavía, por lo enorme y por lo célebre; y este uno, con la pieza de artillería del General Pedro Guillermo, quizás fue a su vez el suceso particular de más relieve que ocurrió en el país en una época tan



fecunda en grandes trastornos políticos, que daban margen para los mayores excesos públicos y privados. Contemos pues ese suceso. Por cualquier delito común, o de los que llaman políticos, llevaban presos una tarde a dos pobres individuos, cuando acertó a encontrarse con ellos Lovera, que, según lo tenía por costumbre, andaba ecuestremente. Inquirida la causa de aquella conducción, se arrebató de ira con los detalles; hace del revolver, arma recién introducida en el país, y, como aun no estaba bien diestro en el manejo de ella, por herir y matar a los presuntos delinquentes, da muerte a su propio caballo. En tan involuntario caso, y viendo en el suelo su bestia, y habiendo él llevado una gran caída, natural era que con más veras llevase a cabo su homicida intento; mas no lo hace así, antes bien depone la cólera; vuelve a pie a su comandancia; dicta ciertas órdenes en el acto; y, presa de una pesadumbre muy grande, no sale de allí en todo el resto del día, ni durante la noche; pero, cumplidas las veinticuatro horas, va con gran acompañamiento de civiles, militares y tropa, al lugar del trágico suceso; hace llevar el cuerpo del animal, en una carreta tirada por un buey, a la más inmediata orilla del mar; y tras algunos momentos, los necesarios para preparar el acto, remata todas esas extravagancias con la mayor de todas, que consistió en dar sepultura, en amplia huesa, y con mucha solemnidad, a su malogrado y sentido caballo. El cual rasgo inaudito, a pesar de todo, revelaba bien la no vulgar condición íntima de aquel hombre, aun oculta como estaba debajo de la ordinaria y repulsiva corteza de la rusticidad y barbarie.

A los pocos meses de reemplazado por Objío, tuvo lugar el pronunciamiento de Puerto Plata contra Báez y a favor de Luperón. En este tiempo habían efectuado el suyo la línea Noroeste, Santiago de los Caballeros, La Vega y alguna otra población importante del Cibao. A la magnífica



goleta dominicana *Federico*, que condujo al jefe de los azules al destierro, tocó llevarle ahora la comisión diputada para restituirle a su patria, comisión presidida por el Sr. General Segundo Imbert, a la razón simple coronel de ejército; y suya fue la primera vela señalada por el vigía de Puerto Plata, principiado a construir en esos mismos días, a imitación del de Curazao: del cual se diferencia en las banderas de diversos colores que usa, reducidas hoy a tres, porque más tarde se suprimió una de color amarillo, que se izaba, sin acompañarla de otra señal alguna, para dar aviso de que había buque a la vista; de modo que hoy quedan en uso: una de color azul, que se sube cuando viene de arriba un buque, cuya clase y demás circunstancias suyas se dan a conocer por medio de discos negros, como en Curazao; la segunda roja, para indicar que su rumbo es del Oeste; y la tercera dominicana, mayor que todas, para dar a entender que pide práctico, y que debe salir éste sin dilación a conducirlo al puerto. Sólo se había tenido tiempo de levantar el mástil; de manera que todavía se alzaba escueto, faltándole las tres vergas con sus seis discos negros, de tamaño bastante grande porque se puedan ver distintamente desde cualquier punto de la población; pero estaban listas las banderas, sin duda mandadas hacer con la mayor urgencia para ese día; y como la goleta remontó con exceso durante la noche, la señal estrenada fue de una vez una banderita azul, tan sólo significativa entonces de que un buque indeterminado, cuya clase no se podía señalar, venía de la parte de arriba del océano. Como no se sabía precisamente qué nave quedaba de aquel modo señalada, unos estaban indecisos entre si sería o no la *Federico*; pero sabiendo los más expertos en estos achaques, como podía muy bien haber subido mucho en la noche anterior, daban por seguro que, con efecto, no era otra sino ella; y así era la verdad.



Caía la tarde, cuando, tras cuarenta horas de navegación, y unas cuatro de señalado (porque no hizo viento sino al declinar del día), verificó el primer buque anunciado por el vigía de Puerto Plata, todavía incompleto, su dichosa entrada en el puerto con su interesante carga de proscritos a bordo. Pasemos por alto el caluroso y cordial recibimiento que se hizo al caudillo, y que fue una efusión estruendosa y delirante del entusiasmo popular, hasta entonces reprimido por los reveses, y que ansiaba, por estallar y desbordarse, no una coyuntura cualquiera, sino la presencia del hombre que más poseía la mágica virtud de despertarle, y cuyo nombre solo, con oírle los suyos, era bastante parte para henchirlos de las más inefables emociones; porque deliraban sin tregua con el recuerdo de la persona que tal nombre llevaba, siendo este un género de simpatía de que sólo han gozado cuatro ciudadanos en la República: los Generales Santana, Báez, Luperón y González.

En medio del universal regocijo, y mientras que por un lado le saludaban a bordo y le felicitaban en tierra y le agasajaban de maneras mil por doquiera, en su domicilio, en la calle y en las casas de los miembros principales de la sociedad puertoplateña; por otro dictaba disposiciones relativas a su marcha con dirección al interior, para debelar con su sable la resistencia de algunas poblaciones adictas aún al gobierno desconocido. La siguiente madrugada partió en efecto para Santiago, y varios días después acometió la toma de Moca, que fue su postrero hecho de armas; y quedó pacificado todo el Cibao, y en camino de serlo presto la República entera, con la capitulación de Santo Domingo y el embarco de los que componían el gobierno; de modo que al lucir los albores del siguiente año de 1866, se había instalado del todo un orden nuevo de cosas, que, completado luego con la elección del General Cabral para presidente constitucional de la República, no había de ser,



por cierto, mejor que la situación pasada, con sus Guillemos, sus Loveras y sus Chivos, y debido a la cual causa tenía que desaparecer no muy tarde, para dar paso a la restauración del régimen caído, a su propia vez más detestable infinitamente que aquel otro.

Estaba Moca bien guarnecida de fuerzas, y los campos circunvecinos suyos eran todos, como ella, hostiles a la revolución. Las plazas inmediatas, como Macorís, La Vega y Santiago, y aun las no inmediatas como Puerto Plata, con “Los Ranchos” cerca y dispuestos a sorprenderla y embestirla en cualquier momento, y la línea Noroeste, que todavía no era distrito independiente, sino común de la provincia de Santiago, no podían quedar desprovistas de tropas. Así que, para marchar sobre Moca, se necesitaba tener a la vez aquellos campos a raya, bien por medio de fuerzas efectivas, apostadas en sus inmediaciones, bien, a falta de tales fuerzas efectivas, por medio de algunas estrategias, que de todos modos produjeran el mismo resultado, esto es, el temor y la quietud en los ánimos de sus levantiscos moradores. Por consiguiente, no pudo ser numeroso el ejército de Luperón, y sí, a lo más, tan considerable como aquel con quien se proponía batirse. Además, preciso era librar una verdadera campal batalla, porque había que combatir de frente a un enemigo bien apertrechado, resuelto a defenderse, y a vencer, si era posible, y cuyas posiciones, bien que todas en campo raso, no podían ser embestidas más que por una parte sola, por lo mismo que no eran superiores en número las fuerzas contrarias. A todos estos pormenores había que añadir otro, no menos digno de particular atención, a saber, que a los de Moca mandaba un jefe conocedor de lo que traía entre manos, como lo era el valiente General Juan de Jesús Salcedo; de modo que se requería tal vez más cabeza que valor, o entrambas cosas a un tiempo, para salir airoso en



la empresa de atacar a un enemigo en las condiciones ventajosas en que aquel se hallaba; todo esto, sin contar con que había que ir rompiendo por entre sus filas desde la salida de Santiago, pues el camino de allí a Moca, de más de tres leguas de longitud, estaba casi literalmente ocupado por él. Así pues la toma de dicho pueblo, hizo ver patente una vez más, acaso la última, lo militar que Luperón era, y lo valiente, no a la usanza de los peleadores que aprovechan sus despreciables victorias, o el poder que por éstas adquieren, en pasar por las armas o perseguir al vencido incapaz de toda defensa; sino como el jefe magnánimo (cualidad característica del verdadero valor), que tiende su generosa mano a ese mismo vencido por cuanto no queda en aptitud de hostilizarle. Empezó la acción en la mañana del mismo día en que cayó Moca, y en las primeras horas de la tarde se hallaban entre ambos contendientes aun en lo recio de la pelea; la cual se vino a decidir con un pequeño refuerzo traído de Santiago por el General Enrique Favart, pues Luperón no salió de aquella ciudad, sin haber prevenido, entre otras medidas, los auxilios de que pudiera verse necesitado durante la batalla; también el General Severo Gómez había salido de Puerto Plata con algunas fuerzas, por el camino de Palo Quemado, con dirección al mismo punto; y salvó en breve tiempo la distancia que media entre aquella ciudad y la de Moca, que no es muy corta; pero con todo eso, llegó en momentos inoportunos, si bien hubiera podido, en caso de necesidad, auxiliar eficazmente a Luperón, porque se presentó con su gente cuando, vencidos del todo los contrarios, iba éste a efectuar su victoriosa entrada en la plaza. Esto sucedió poco más o menos a las cinco de la tarde; a esa misma hora, Salcedo, a caballo, y herido, se rindió gallardamente a Luperón; y éste, no sólo le dejó las armas y la libertad, sino que le buscó médico que le curase las catorce heridas que había recibido



en aquella pelea, la única buena, si es digno que las haya, entre cuantas acciones se han librado después en el inacabable proceso de nuestras revueltas fraticidas. Bien es verdad que tuvo su parte funesta; porque cuando indecisa estaba, ocurrió que viendo Luperón, la vez primera en un combate, la viveza característica de Lili, como también el ánimo entusiasta y resuelto con que, apenas daba una orden que debía ser llevada lejos, se adelantaba éste atropellando por entre otros ayudantes, quizás más tardos, pero no menos valerosos, y a través del nutrido fuego volaba en su caballo a ponerla en conocimiento de aquel a quien iba dirigida, quedó tan admirado de aquella celeridad e impavidez congénitas, que ningún trabajo le costó creer desde luego que podía el mozo servir para algo bueno más tarde, para algo bueno distinto de cuanto se apedillase matar, robar y corromper, las tres cosas únicas para las cuales ha probado siempre tener las mejores aptitudes, y en las que nunca detuvo Luperón su pensamiento, porque no tenía el alto don de antever los sucesos futuros. El mal estuvo, no en haberle creído bueno para algo, aunque nunca se vio error más grande ni más desastroso que creer a Lili capaz de alguna cosa buena: el mal estuvo en haberse Luperón propuesto darle la mano, con la expresa mira de ayudarle a que a todo trance fuese algo en el país. Era hombre Luperón que tenía suma confianza en sí mismo, y a pie juntillas se figuraba siempre no estar equivocado en sus juicios ni en sus deseos y esperanzas. Verdad es que quien se vio en capilla para ser pasado por las armas, como estuvo él a pique de serlo por el famoso Pedro Florentino, en todo el medio de la guerra nacional; quien se lanzó a ella con la fe del patriota que abriga la firme convicción de ser invencible la causa que abraza, y, a despecho de peligros sin cuento, saborea después invicto la suprema e infinita dicha de ver su término tan glorioso como se lo



había representado el deseo, razón había de tener sobrada para creerse afortunado y en aptitud de hacer que lo fuesen aquellos a quienes acogía debajo de su culminante patrocinio. Por lo menos, para que, a partir de aquellos principios, fracasasen los hados de Lilí, era menester que le saliese al encuentro una certera bala, o subiese a un patíbulo, pues zampado en la barca que conducía la fortuna de Luperón, naufragaría si la barca zozobraba, y no zozobró. Lilí mismo, si ha considerar separa la edad en que nada era, tal vez sin esperanza, ni menos presentimiento, de ser un día cualquier cosa, no podrá eximirse de convenir en que, sin topar en su camino con un hombre como Luperón, que le acogiera, como decirse suele, bajo el ala, que le franqueara el acceso a su cariño, a fin de que no tocase a él en balde las veces que quisiese, no fuera, con toda seguridad, su hacha y su machete la política. Sin Luperón, le habría precisado, no diremos manejar un garlopín en una carpintería, o un martillo en una fragua, sudando la gota gorda, y palpando al mismo tiempo cómo es honroso, productivo y santo el ganar el cotidiano pan con el sudor de su frente, sin privar de su derecho a ningún conciudadano suyo, sin privarle de la vida, sin ser aborrecido ni execrado de ninguno, sin sumir a la República en la miseria y el abatimiento, sin llevar el luto y la desolación, o más bien la desesperación, al seno de las familias; sin dejar de ver, en cuantos bienes posee, incluyendo desde las piezas con las que cubre su cuerpo, hasta el techo que lo cobija, otras tantas como compensaciones de su vertido sudor, el blanco y destino final del fruto exclusivo e indispensable de su constante trabajo, el resultado genuino y satisfactorio de su honesta laboriosidad; pues no se nos escapa que jamás en su vida, por desesperada que fuese su situación, y no sabiendo ninguna profesión u oficio, jamás se hubiera consagrado a uno áspero para remediarla, y siempre hubiera procurado



vivir atendido a los más suaves y aristocráticos, que son aquellos que menos fatigan, y menos hacen sudar la frente; no le negaremos que ha seguido los pendones y estandartes de otro jefe banderizo, éste le hubiera conferido los mismos grados, desde capitán, o sea desde su primera promoción, pues nunca sirvió como soldado raso, hasta general de brigada inclusive, a que Luperón, en uso de sus facultades como caudillo de diferentes revoluciones, fraguadas sin éxito contra el gobierno del General Báez, le fue ascendiendo en el espacio de los seis años; grados en cuya posesión fue confirmado después, en 1874, por el gobierno del General González, al expedirle a instancia, solicitud o encargo del mismo Luperón, el último de la escala militar dominicana, o sea el de general de división; también queremos acordarle, que antes que al favor y al cariño, debiese sus promociones a la cuantía y brillantez de sus servicios, suponiéndolos tales. Pues con todo eso, de poco, cuando no de ningún provecho, le habría sido esta ventaja en un país donde generales más dignos como ciudadanos y como militares, se han visto y se ven reducidos a la necesidad de apelar a un oficio extraño para sostener la vida, ya ejerciendo el que profesaban con anterioridad a su generalato, ya desempeñando la portería de algún ministerio, ya trabajando en los muelles como un jornalero cualquiera. Siempre lo habría precisado atenerse al mezquino sueldo que ganan los generales más sonados, o vivir de bajos expedientes, como vivió en Grand Turk y en los seis años; hasta que, desesperado de tanto servir sin mayor merecimiento, como tantos otros mejores que él, se retirase a vivir ignorado en humilde hogar, o sin legítima familia, sin honrosas amistades, o comido de sus propios vicios, y sintiendo cada vez más abrumador el peso, no digamos del desprecio, sino de la indiferencia de la sociedad, rindiese la jornada de la vida en medio de una no tanto grande como



ignominiosa pobreza. Pero no habría jamás alcanzado la honra inmerecida de ser recibido y figurar en las más elevadas esferas sociales, porque como sucede a los que no tienen más dotes que las estrictamente macheteras, siempre hubiera merecido de cualquier otro jefe de bandería, por delante las atenciones, y por detrás el desprecio; habríase visto muy solicitado en los días de peligro, que son aquellos en que valen y medran y brillan los peleadores de profesión, pero postergado y arrinconado con desdén tan luego como quedase la tranquilidad restablecida. Y hecho, como expresamente, para no ascender a nada por sus solos esfuerzos, sino con ajeno auxilio; le hubiera faltado el hombre poderoso que, con su apoyo, tanto moral como material, le facilitase subir a los destinos públicos que han sido las puertas por donde, a partir del año 1878, se pudo ir introduciendo en los círculos sociales, sin otros títulos, que hallarse desempeñando un cargo militar o civil más o menos considerable. Jamás hubiera llegado a ser delegado, ni ministro, jamás a presidente, porque nadie habría hecho caso de él, siendo así que los demás se lo hacían, en vista del amor casi paternal que Luperón le profesaba, y del empeño inflexible con que, prefiriéndole a personas de mérito sobresaliente o de buenas esperanzas, y apoyándole con todas sus fuerzas, que no eran pocas, a fin de que nadie osase derribarle con su desprecio, lo imponía temerariamente a todas las situaciones, a todos los gobiernos, y aun a todos los particulares; que de haberle desdeñado Luperón, o visto con alguna indiferencia como a tantos otros, ¡ah! todos le habrían visto con indiferencia, sin que le quedase arbitrio para emprender la carrera por sí solo, abriéndose camino a fuerza de brazos a través de tanta indiferencia. Pero antes habría Luperón consentido en abandonar la existencia, que convenir en hacer a Lilí, objeto, de su parte, de alguna desestimación y desvío.



Bien se colige que llevar a seguro puerto la suerte de éste, fue una empresa en que tuvo Luperón la parte a al vez mayor y más dificultosa, por los riesgos que corría su gran prestigio en tal empresa, y por la cual circunstancia le costó tan caro, teniendo al fin que sufrir y aun que padecer tanto por ello. Lili mucho habría debido hacer de su parte, para ese logro; pero en los primeros momentos no podía salir a flote por sí mismo; no tenía, como los espíritus superiores, sin ir más lejos, como Luperón mismo, la capacidad, el don, la virtud no adquirida, de sobreponerse por sí sólo a las circunstancias que le rodeaban entonces, y dominarlas, en vez de quedarse por debajo y ser juguete de las mismas. La guerra es su fuerte, pues para guerrear nació; pero estando su partido por debajo, nunca dio, de ser hábil peleador, las señales que dio cuando estaba su partido por arriba, cuando todo lo encontraba hecho y a la mano, y no tenía nada que crear, que formar, que improvisar, aunque cierto sea que, sin embargo, hasta 1878, fue más veces derrotado y vencido, que vencedor; y hasta 1886 inclusive, no libró ningún combate sin tenerle Luperón desde lejos bien guardadas las espaldas con el poder de su influencia, equivalente a una grande autoridad. Tras la feliz acción de Moca, quedó, como ya se sabe, su partido por arriba. Cuando un partido está por arriba, muy a diferencia de cuando está por abajo, se necesita que sus prohombres, o los que deben atender al superior servicio de los intereses materiales y morales de la situación, no correspondan, por su inferioridad, a lo que las circunstancias exigen, o que, aun con el instrumento del poder en la mano, se vea exhausto de recursos y tenga por contrario a otro partido superior a él en todo linaje de fuerzas, para que deje todo de ser ventajas y facilidades respecto de los llamados a defenderle con la espada. Y en tiempos inestables, como lo son los de revolución, hay campo para todo género



de servicios, grandes y pequeños; sobre todo, se prestan a maravilla para que los espíritus belicosos, impacientes o capaces de gloria, se distinguan, realizando acciones que despejen y salven la situación comprometida. Con todo, Lili, que tenía dieciocho años cumplidos, nada hizo; nada hizo en edad en que ya Luperón había dado batallas, equiparadas con las cuales, han sido meras escaramuzas las peleas posteriores de Lili. Nada hizo, como no fuera tirar a tontas y a locas tiros, pero sin poder servir a Luperón de utilidad, no porque a éste desagradara emplearle desde un principio en operaciones de alguna importancia, sino porque no daba de sí lo bastante, ni mucho menos, para infundir la seguridad y la certeza de no haber empresa militar superior a sus tempranas aptitudes, y de tener cabeza para desempeñar por sí solo, de airoso modo, cualquiera que se le confiase. Tan cierto es que así se dio Luperón a entenderlo, que se contentaba con tenerle a su lado como edecán o lo que fuese, antes que honrarle con el mando de alguna gente armada, para que, por su cuenta y riesgo, la llevase a la campaña. Sólo le merecían esta confianza sus denodados tenientes, entre los cuales descollaba el General Severo Gómez, hombre de notable temple, que no hubo menester acreditar su valor en el período de las luchas en que comenzaba Lili a iniciarse, porque dándolo a conocer estuvo mientras duró la próxima pasada guerra magna, en la cual y por riguroso escalafón, ganó todos sus grados; y hasta su muerte, ocurrida por los años 1870, defendiendo la libertad que había contribuido a reconquistar, fue lo que vino más tarde a ser el propio Lili, el ayudante predilecto de Luperón, bien que no indigno, como Lili, del cariño y preferencias de su jefe.





XI

A imitación de los romanos, tuvo la República su Triunvirato. Este gobierno, el tercero constituido después de la guerra restauradora, pues el segundo fue, como vimos, el anterior, por el General Báez presidido, se instaló tan luego como hizo la revolución su entrada triunfal en Santo Domingo; y duró hasta quedar inaugurada la subsiguiente administración de Cabral, a mediados de 1866; componíanle los Generales Pedro Antonio Pimentel, Federico de Jesús García y Gregorio Luperón. Éste último se negó a residir en la capital con sus colegas, y con el título de Triunviro, delegado en las provincias del Cibao, regresó a Puerto Plata con sus tropas. Pero jamás hubo entre ciudadanos investidos de unas mismas funciones públicas, armonía más perfecta, es decir, más patriótica, que la que reinó entre todos ellos, mientras manejaron como gobierno las cosas del Estado: ninguno experimentaba esa sed del mando supremo, en muchos otros y en circunstancias idénticas, voraz e insaciable; ninguno daba en su pecho abrigo a más ambición, ni más pretendía, que ver acertadamente gobernada la República, y cooperar con el contingente de sus desinteresados servicios, con el arrimo de su influencia, virgen de todo



quebranto, a mantener la pública quietud, como única necesidad esencial e indispensable al progreso positivo que debía ser natural e inmediata consecuencia de la reciente redención del país, y que ya todos, sin más ni más, daban por asegurado. En medio pues de acuerdo y perspectiva tan excelentes, surgió la candidatura del General Cabral para la presidencia de la República. Con este motivo, el primero en dar otra no menos brillante muestra de su oportuno civismo, fue Luperón, que deseando votar por él los suyos, y con probabilidades, podía ser que mayores que las de otro alguno, de alcanzar el triunfo en las inmediatas elecciones, los disuadió de su propósito, a fin de asegurar con su concurso la elección de Cabral, en quien tuvo el Triunvirato la gloria de resignar sus bien ejercidas facultades dictatoriales, sin que durante su autoridad soberana lograsen prevalecer ni un momento siquiera los conatos de los caídos por alterar la paz de la República, bajo cuyos auspicios se había constituido. En época de máxima corrupción como la presente, pocos estarán capacitados para comprender la extensión dilatadísima que alcanzaba la palabra de paz, y el movimiento de profundo anhelo con que la invocaban los espíritus en aquellos días memorables. Entonces la paz era lo más, porque nada faltaba sino ella: no había nadie oprimido, ni era nadie opresor; la prosperidad, que consiste, bien miradas las cosas, en la falta de necesidades, o en su impotencia para poner a los unos, a los menos favorecidos de la ciega fortuna, en el caso de codiciar, ora el pan material, ora las conveniencias supervacáneas de los más favorecidos, esa prosperidad existía, y en ella sobrenadaban y tenían todos participación, hasta el preciso punto, de no entreabrir su baúl el más escaso de fortuna, sin ver relucir en un ángulo del mismo, por lo menos un par de bien habidas onzas de oro; la moralidad, entre nosotros espontánea de antiguo, y en todas partes imperante, reverberaba, sobre todo en las



esferas oficiales; el comercio, que debía llegar a su máximo florecimiento bajo el gobierno, por esa razón y título benéfico, del Presidente Báez, de 1868 a 1873, inclusive ambos, sustentaba de continuo, en solo Puerto Plata, unas cuarenta naves extranjeras, recibiendo a su bordo el entonces valioso tabaco cibaño, y otros productos propios para la exportación; o desembarazándose de sus cargamentos de provisiones y artefactos riquísimos, procedentes de las manufacturas europeas; el fino tejido, desde la seda y el raso, hasta el casimir y paño de más subido precio, cubrían y ataviaban aún a los menos llamados, por la poquedad de sus posibles, a gastar en sí propios géneros de tan exquisita clase. ¿Y hoy? ¡ah! hoy la paz es lo de menos, porque nos falta lo demás, sobre todo la libertad y la honra; y, por tanto, aherrojados en las latomías del despotismo; proscriptos del país; agobiados de la miseria; sumidos en la abyección, peor que la miseria, los que no han sido pasados por las armas, hoy, al volver la mirada, con el mismo anhelo que antes, a los tiempos en que no era compatible la ignominia con el estado de revueltas en que se vivía, hoy hacen más que invocar la guerra, que ayer detestaban, hoy bendicen el único arbitrio que a la mano tienen para restituirse al goce de los derechos y bienes que la paz debió haberles asegurado, y reivindicar esa inapreciable dignidad de pueblo libre, que no han podido conservar con ella.

Inaugurada su administración, fecunda en buenas intenciones, y estéril en resultados, visitó Cabral el Cibao, por ver mayormente de contribuir en persona, con la mano que tenía en los ánimos como jefe del Estado, a que una gran parte de los cibaños, sumisos a la voz del consejo, depusiesen sus designios manifiestamente hostiles a la situación, y secundasen sus esfuerzos, encaminados al afianzamiento del bienestar común. Eran los serenos principios de 1867, cuando inducía todo a confiar en la prolongación



del sosiego empezado un año antes, pues ni remotos indicios se advertían de la tempestad que se aproximaba. Para nadie hubiera sido creíble que dejase de prevalecer la tranquilidad, con una falange macedónica de hombres más o menos nuevos, pero que se podían considerar por el prestigio de sus sables unos, por el brillo de su inteligencia otros, y todos por la pureza de su patriotismo, cual otras tantas columnas incommovibles del orden de cosas establecido. En efecto, el partido azul, desde los tiempos de Santana, su fundador, abundó más que otro alguno, en toda suerte de hombres conocidos por su notabilidad, cívica, militar y política; y si hubiesen tenido imitadores, si hubiese habido correligionarios suyos que, cediendo al ascendiente de sus virtudes patrióticas, de que dieron alto ejemplo, sólo hubiesen vinculado su orgullo en perpetuarlas emulándolas sin descanso, excelsa gloria sería la del partido, porque subsistiría el linaje de sus prohombres immaculados; y grande la dicha de la República, porque, al consolidarse la paz, con la preponderancia que, andando el tiempo, y gracias al éxito de las armas, había de alcanzar el partido tan completamente sobre los otros, hubiera quedado el país en manos de sus verdaderos servidores. De aquellos que, lejos de convertir en su exclusivo provecho personal esa paz y esa preponderancia, se habrían servido de ambas, como de dos instrumentos a cual más adecuado para labrar el ansiado bien de la patria. Entonces el mérito personal, consagrado por la probidad y los servicios, inscritos en limpia hoja, hubiera ofrecido el espectáculo de subir a los puestos del Estado, y ejercer sus funciones señero y solo, atropellando por en medio de aspiraciones destituidas de dignidad igual a la suya; y a menos que concurriesen esas cualidades en su persona, no habría jamás habido forma de ver a Lilí en posición oficial levantada por cima del nivel que le correspondía, dada su absoluta carencia de



merecimientos; pues solo pudo transponer ese nivel y hallar cabida en las más altas esferas oficiales, debido a la circunstancia, no diremos de haber quedado éstas vacías, pero sí de haber hallado brechas en ellas abiertas, o sitios en ellas despoblados por la corrupción y por la muerte. Colocado de manos a boca en medio de tanta revoluciones, pero, a la misma vez, respirando en el ambiente de tantas virtudes, supo, sí, adquirir de las unas cuantos vicios pudo hallar a la mano, sin que supiese sacar partido alguno de las otras, en el sentido de abastecer con algunas su alma, desprovista de todas. Para esto último, habríale bastado que le hubiera venido en voluntad el tomar a Luperón por modelo; pues, en efecto, que algo más tarde, y en tiempos más distantes de aquellos, no diese de sí nada bueno que imitar, no lo negamos, sino que con todas veras lo damos por evidente; pero lo que fue y era en aquel entonces, mucho había que imitar de Luperón, pues gozando de un prestigio tan bien adquirido como el que tenía desde luego, no miraba con indiferencia las condiciones y circunstancias externas en que se hallaba, para conservar le floreciente por medio de acciones no indignas, en el servicio de un partido, de quien las había ejecutado mayores en el servicio de la patria. Se hallaba en aquella parte de su existencia y carrera en que, haciendo armónico juego su vida presente con su vida pasada, podía servir de objetivo a la emulación de sus conciudadanos, mayormente de los que, como adictos y devotos, le rodeaban a todas horas o le seguían a todas partes. De todos ellos, muy contados, cuando no ninguno, pudieron comprenderle; porque, tomándose a sí mismos por punto de comparación, le veían siempre por la parte de sus defectos, y nunca por la parte de sus cualidades. El propio Lilí era uno de tantos; así fue que de nada capaz de llamarse digno le valió andar detrás y tan cerca como siempre anduvo de su protector, a quien debía ver y considerar



como maestro en el servicio de la República, seguro de que le hubieran sobrado las ocasiones de aprender a servirle de una manera decorosa.



XII

Forzado a mantenerse Luperón en incesantes idas y venidas, según lo requerían las atenciones y necesidades propias del servicio a él encomendado, estaba continuamente a caballo, y a caballo le seguía Lili, sin que viese ocurrir en sus viajes caso ni episodio tan digno de nota y remembranza como el siguiente. Venía de vuelta de Santiago, cuando ya sonaban los primeros tiros de la revolución que lanzó a Cabral de su desdichada presidencia; venía también alguna gente de tropa; y entre los lugares o secciones de la jurisdicción de Puerto Plata, denominados Bajabonico y Hojas Anchas, o tal vez más lejos, les hizo fuego el enemigo desde la cercana manigua; sin embargo, nadie contestó a los disparos, excepto un militar nombrado John Bull; éste se aproximó a la orilla del monte, y desde allí descargó su fusil en dirección de los emboscados revolucionarios, diciendo en seguida, con voz enfática, que hizo estruendo por aquellos desfiladeros abajo:

—“¡Yo me llamo *Juan Buey!*”

Por cierto que mucho agradó la ocurrencia; y tanto, que ninguno se cansó de celebrarla.



Combates verdaderamente serios hubieron a poco; pero Lili no se pudo hallar en ninguno, porque no los dio Luperón, detrás de quien andaba. En uno perdió la vida Lovera, y quedaron deshechos los baecistas, para rehacerse y desquitarse luego en Botoncillo. No ganaron ellos esta pelea, es verdad, sino las tropas del gobierno, acaudilladas por Pimentel, pero lo mismo daba, porque fue la más sangrienta, y, si no todos, la mayor parte de cuantos en ella cayeron heridos o muertos, eran contrarios de los baecistas; los cuales hicieron todas esas bajas parapetados detrás de una larga trinchera, que obstruía el camino real de orilla a orilla, y que sólo a tanta costa pudo ser tomada. Tanto cuerpo fue después cobrando la revolución, auxiliada, como dijimos, por el gobierno de Salnave, que, a los pocos meses, ya tenía por suyo el Cibao, prescindiendo de las principales poblaciones litorales e interiores, que, a pesar de verse a un tiempo acometidas y asediadas por los revolucionarios y por el hambre, seguían desesperadamente acatando la débil autoridad de un gobierno agonizante. Algún refuerzo, constante de dos batallones, el “Ozama” y el “Restauración”, vino de la capital, por cuyo lado no estaba todavía tan pujante la facción: pero éste no bastó para contenerla en modo alguno, ni pudo ser aprovechado en más combates, que los ineficaces que se libraban a las orillas de Puerto Plata, ya en las postrimerías de aquella infortunada situación política. Mucho antes, cuando se palpaba la imposibilidad de salvarla, volvió Luperón a embarcarse con rumbo a playas extranjeras, huyendo de las suyas. Con su familia, y sin más compañero alguno, arribó, como la pasada vez, al puerto de Grand Turk. Los suyos se quedaron haciendo frente a los enemigos, con frágil esperanza de saborear la dicha de volver a llamarle; pero, al fin también tuvieron que desterrarse al mismo punto; y Lili entre ellos, pero llevando en su cuerpo



las marcas de dos o tres balazos recibidos en una de aquellas últimas peleas; porque cortado la primera vez, y chorreando sangre, regresó a la ciudad para curarse de primera intención; y como en ese ínterin no cesaba el fuego, ni era grave la herida, retornó al campo de batalla, y siguió batiéndose, hasta ser pasado de otra bala; entonces, como la otra vez, volvió a la población a vendarse la nueva herida, tan leve como la primera; y vuelto al lugar en que acababa de recibirle, le atravesó el brazo una tercera bala, dejándole imposibilitado esta vez para repetir una temeridad, por cierto tan genial en él, que con rasgos semejantes a ése, fue con lo que logró hacerse querer de Luperón, en el grado extremo en que le quiso este jefe.





XIII

Queríamos poder relatar, para ingerir ahora en este trabajo, la historia del destierro a que, por el hecho mismo de triunfar la revolución baecista, como triunfó completamente al terminar el año 1867, se vio lanzada de manos a boca, una buena parte de los que, con el arma de fuego, con el machete, con la pluma, con la simple adhesión, con la influencia o el consejo, sustentaban y servían al gobierno de Cabral, tan bien intencionado y tan ganoso de propender al progreso nacional bien entendido, como desacertado en la elección de los medios a ese laudable objeto conducentes: narraríamos sucesos dignos de perdurable remembranza, que tal vez la historia patria pasará por alto; contaríamos episodios mil, y las bien sobrellavadas cuanto angustiosas miserias de los que, sin experiencia de la vida, sin la práctica del mundo, salían en la flor de los años a hollar por vez primera el suelo ajeno; y la triste suerte de los egregios varones que, como el Padre Valencia, don Tomás Bobadilla, don Pablo Pujol, el Padre Moya, don Felipe Limardo, y otros dominicanos menos o no menos beneméritos, rindieron la jornada de la vida lejos de su tierra, o en camino para ella; y el terrible destino de los que, como Rodríguez Objío



y Severo Gómez, pusieron en ella el pie para morir, el último en un combate, y el primero en un suplicio. Pero no siéndonos esto posible, será más acertado paso seguir discurriendo acerca de Lili, no apartándonos, sin mucha necesidad, de la estricta relación de sus propios sucesos, hasta no haberla del todo rematado.



XIV

Era Cabral un hombre bueno, y en fuerza de serlo bastante, faltó para que, convertido en jefe del Estado en jefe revolucionario, prestase al país un servicio de incalculable trascendencia, pues dio la orden aquella de que fuera Lili fusilado, porque las sabanas de la Otra Vuelta iban a la sazón quedando desiertas de sus pacíficos habitantes caballares y vacunos, a los cuales había declarado guerra a muerte. Un poco antes, el General Juan Abad, uno de los ayudantes de Luperón, estuvo también a punto de hacer a la República el mismo bien, que a semejanza, como se ve, de lo que llaman felicidad, se deslizaban y huía como impalpable quimera, alejándose siempre más de la realidad, a proporción que más en contacto parecía estar con ella.

Pequeño era el vapor inglés *Telegraph*, pero velocísimo, debiendo a esta circunstancia su nombre, según el sentir de algunos; aunque otros opinan que le bautizaron con ese apelativo porque guardase analogía con la tensión de cables submarinos, servicio a que primitivamente le destinaron sus armadores. Ello fue que, más tarde, utilizado durante la guerra civil de los yanquis, en lo que llama la gente de mar



correr el bloqueo, dio los resultados más apetecidos, por cuanto se colaba en los puertos de los confederados, salía de allí como una flecha, frustrando en una y otra pasada la vigilancia y persecución de los buques bloqueadores. No podía pues hacerse Luperón de nave que mejor se apropiase a la índole de la empresa que, auxiliado por el comercio de San Thomas, entonces floreciente, organizó a principios de 1869 contra el gobierno del Presidente Báez. Mas no fue parte la presencia del mismo Luperón en las costas dominicanas, para que se llevaran a cabo pronunciamientos en el país, conforme lo había prometido sus adeptos de adentro, cuando le urgían a que se decidiera por hacer efectiva la expedición; y ésta no pudo menos de malograrse, tras una sola, pero sensible pérdida, la del general expedicionario Dámaso Mañón, hecho prisionero en la bahía de Samaná, conducido a Santo Domingo, y cuatro años más tarde pasado por las armas, junto con el General Eusebio Manzueta y demás consortes. Báez triunfó de la tentativa, lo mismo por las armas, que por la vía diplomática: Inglaterra se avino a pagar quince mil libras esterlinas de indemnización, por haberse armado la empresa en puertos de las Bahamas; pero antes, y en los días subsiguientes al fracaso, había restituido Luperón el *Telégrafo* a sus dueños, y licenciado a los expedicionarios, después de obsequiar a los más íntimos, con el presente de una fina frazada, cuyo valor intrínseco, a sus ojos quedaba centuplicado con creces por el hecho de ser un regalo venido de las manos de su jefe; y así, daban abrigo a la intención de que durasen ellas en su posesión el tiempo más largo posible. Desvanecidas las esperanzas de ganar los lares nativos con el suceso que la expedición hacía creer, o buscó cada cual en el ostracismo común, en que de nuevo parecía sumirse, otro paradero donde seguir resistiendo los embates de la contraria suerte, o se acogió al amparo del mismo rincón



que había poco antes abandonado por los azares de la guerra. Luperón, Segundo Imbert, Severo Gómez, Objío y otros compañeros, tornaron a residir en Turk Islands; y optando por Haití un pelotón de que Juan Abad y Lilí formaban parte, fue a fijar su residencia en el burgo fronterizo de Juana Méndez, o como dicen y escriben los haitianos, *Ouanaminthe*. Vivían guarecidos bajo un mismo techo, como es costumbre casi general entre los dominicanos a quienes arrojan a extraños países las frecuentes borrascas políticas del suyo; ejemplar concordia reinaba en sus mutuas relaciones; animado compañerismo los apretaba entre sí con su fuerte lazo; y con excepción del ausente hogar, cosa ninguna se veían precisados a echar menos; hasta que, una mañana les participa Juan Abad haber perdido su frazada, que a más de su esencial utilidad como cobija resguardadora del frío, tenía para él todo el inapreciable mérito de una reliquia digna de ser conservada en el fondo de su maltrecho equipaje de proscrito. Ninguno estaba en pie aún, o cuando más, se habían levantado a tomar café o desayuno a las seis, si ya no a las cinco de la mañana, y en seguida habían vuelto a sus respectivos lechos, hábito no extraño ni raro en gente tan hecha, como la mayor parte de los políticos, a rendir más culto a la holgazanería que al trabajo. Por no se sabe qué indicios, sospecha Juan Abad ser una frazada con que a ese tiempo se cubría Lilí, la propia que buscaba, de donde se arma breve disputa, que atizada de un intruso azuzador, vino a parar en llamas, esto es en hechos, cuyas consecuencias salieron deplorablemente trastocadas. Juan Abad, incorporado en su tálamo, descolgó, ciego de ira, y cuan rápidamente pudo su revolver, e hizo fuego sobre Lilí, con puntería no maestra, pues le hirió en el brazo derecho, sin más gravedad que la inevitable y rara manquera que le provino del balazo, y a cuyo insignificante costo vino a conservar lo mejor, puesto que



conservó la vida; mientras que, provisto él al punto de otro revólver, que le pasó un íntimo suyo, que junto a él estaba, contestó desde su cama el disparo de Abad, causando a éste una herida en todo el vientre, de resultas de la cual falleció algunas horas más tarde.



XV

Con haberse perpetrado el homicidio en su jurisdicción, no tuvieron en él las autoridades haitianas ingerencia de ninguna suerte. Sin embargo, a la recta conciencia repugna tal aseveración, por desdorosa para la majestad de la justicia humana, pues antes que reprobar el hecho, como que con-temporiza con él, al concebir que pudiera quedar sin castigo, cuando en la posibilidad de aquella gente estaba el imponérselo cual debía; porque bien se concibe que un crimen desconocido quede impune, siendo así que lo desconocido es lo mismo que si no existiera, y la justicia no tiene intervención alguna en lo desconocido: pero desde la hora y punto que viene a descubrirse y ser notorio, es dirigir un ultraje a la sociedad presumir que no procuró infligirle la correspondiente pena. Por tanto, creemos conforme al genio de la justicia que se debe hacer a los otros, aseverar que Lili no pudo ser sometido a juicio, porque salió incontinente de Juana Méndez, huyéndole a la cárcel, o si no a la cárcel, a lo que pudieran hacer los amigos del difunto. Cuanto más, que no había entonces tribunales ordinarios en Haití, a causa del estado de revolución en que se hallaba entonces esa República; y nada hubiera costado a esa gente



aplicar a Lili la pena del tali3n, ojo por ojo, diente por diente, y hacerle lo mismo que, por distinto delito, habían hecho a su hermano. De todos modos, hubiera ido a la cárcel, y esto, si para un político no tiene nada de agradable, para un criminal tiene que ser cosa de las más peores. Así que, no se hubiera llamado Lili astuto, si no hubiese puesto pies en polvorosa, por escapar de la persecución que habría tenido de parte de la justicia; por tanto, pues, escapóse al campamento del General Cabral; y allí permaneci3n largo tiempo, unos tres años; por manera, que no pudo acompa1ar a Luper3n en 1870, cuando a trav3s del territorio de Haití, entonces accesible al proscrito y revolucionario dominicano, gan3 el general con nueva expedici3n la lnea Noroeste, y libr3 en “El Pino”, jurisdicci3n de Guayubín, a las tropas del gobierno, el desdichado combate donde Severo G3mez perdi3 la vida y fue Objío hecho prisionero; de donde le condujeron a Santo Domingo, por haberse negado a pasarle por las armas el magnánimo General Juan G3mez, cuya gente verific3 la captura. Báez le tom3 esto muy a mal, porque decía que Objío debió haber sido fusilado en el mismo punto donde había sido hecho prisionero, conforme a un decreto vigente que así lo determinaba respecto de todo enemigo del gobierno, que fuese tomado en las armas en las manos, viniendo de Haití; decreto este que los enemigos de Báez siendo a su vez gobierno, habían dictado contra él y sus amigos políticos, y como lo había refrendado el mismo Objío, que con casualidad era ministro cuando fue tomada esa rigurosa medida, Báez fue tan sanguinario, que en venganza de todo eso, cometió la barbarie de hacer fusilar a Objío, como lo hizo, poco después de haber sido llevado preso a Santo Domingo. Finalmente, no bien vio Lili emprendida la caza que Cabral orden3 le diesen, apresur3se a buscar el arrimo inviolable de su viejo protector y jefe; y lleg3 a su presencia en buena



sazón y coyuntura, para tomar desde el principio la parte que tuvo en el movimiento revolucionario de julio de 1873, en la precitada línea Noroeste. Merced a esa parte, le fue dado conjurar definitivamente los riesgos que, por la persecución más o menos activa de propios y extraños, había corrido hasta la fecha su seguridad individual; sin que, al ver de una manera práctica cuán grande cosa sea para un hombre tener siempre garantida esa seguridad, formase por eso el ardiente propósito de rendir a su vez en todo tiempo a la libertad ajena, el constante tributo de un legal y profundo respeto. Recibióle Luperón en sus brazos, en los momentos mismos en que acababa de iniciar el alzamiento, Luperón, que nunca tuvo la más leve sospecha de que abrigaba en Lilí a una sierpe cuya mansedumbre provenía de la misma mortal ponzoña que con exceso encerraba en ella. En seguida le señaló puesto acomodado a sus aptitudes macheteras, las que desplegó en esta ocasión, de la manera más adecuada para remontarse por completo, en el cariño de su jefe, hasta un grado máximo a que nadie más había de llegar en adelante; para la cual definitiva conquista, no poco le fue de provecho, según expuesto queda, la muerte del General Severo Gómez, que no hay nada más cierto que aquello de que unos mueren para que otros vivan; ¡vivir funestísimo en este caso! pues aun gozando de su existencia, el General Gómez, no negamos que de todos modos hubiera Luperón distinguido con el afecto de padre a Lilí; pero, con todo eso, no hubiera ido tan lejos, como fue al cabo, en alas de semejante sentimiento, porque para pasar por encima de Gómez como machetero, reduciéndole a una escala inferior, le hubiera sido preciso dar un salto, para el cual no estaban aparejados sus bríos, su estatura ni su carácter. En esta misma campaña, corta en sucesos prósperos, y larga en los adversos, entre los cuales merece mención señaladísima la muerte del bizarro



General Federico de Jesús García, restaurador de la patria, figuró en los postreros días, bien así como este último, un militar de vocación y de raza, el Coronel Tancredo Mieses, que a no morir de un tiro que un general haitiano le disparó, en desquite de un sablazo que recibió de él, hubiera, cuando menos, contrabalanceado a Lilí en el ánimo de Luperón, porque, a fuer de apreciador competente y justo del verdadero militar, éste, al detener la mirada en el conjunto de los que le rodeaban en calidad de subalternos y amigos de confianza, no hubiera podido eximirse de reconocer como le poseía Mieses en escala bastante grande, para llevar con ventaja la derecha entre los oficiales de su misma edad y graduación, de los cuales era el propio Lilí uno; pero parecía estar escrito que con nada semejante a émulo, había este hombre de topar en esa parte de su carrera, en que tan bueno habría sido que se hubiera presentado quien le hiciera abierta y positiva competencia.



XVI

Fuera pues del provecho que tuvo para él la revolución, cabe decir ahora que tampoco tuvieron buena fortuna esta vez los esfuerzos de los patriotas que venían haciendo la guerra desde 1868 al gobierno a esa fecha establecido. Hemos dicho patriotas, pero bien entendido, que naturalmente lo decimos no por Lili, que no sólo no lo ha sido nunca, sino que sería el mayor ultraje que podríamos hacer a la memoria de los que lo han sido, lo son y lo serán, el poner debajo de tan sublime calificativo, el nombre de semejante forajido, que sin apelación alguna, ha de ser puesto, en vida y en muerte, ante la justicia de Dios y de los hombres, inexorablemente fuera de toda ley y de todo derecho. En dicha revolución alcanzó al grado de general de brigada, que le confirió la Junta Revolucionaria de Juana Méndez, por Luperón presidida, y de la cual eran miembros, entre otros, don Segundo Imbert, ya para entonces general de división, y don Juan Isidro Jiménez, jefe hoy del Partido Revolucionario Dominicano, del cual partido (exceptuando con dolor, entre muchos otros, a José Remedio Cordero, que murió en Puerto Cabello el año pasado, y Agustín F. Morales, que acaba de morir en defensa de nuestras libertades), son



connotadas y dignísimas entidades: Eugenio Deschamps, mandado asesinar por Lili, a Puerto Rico, pero milagrosamente salvado de sus heridas; Horacio Vásquez, Carlos Reinoso, Ricardo Martínez, José Eugenio Villanueva, Carlos Parahoy, Juan Jiménez, ambos Lamarche (el Padre Armando y Ostormán). Pedro Emilio y Miguel Angel de Marchena, Damián Báez, Pablo Báez Labastida, Ramón Benavides, Manuel de J. Mercado, Ignacio M. González, Abelardo Moscoso, Jerónimo La Manta, Toribio García, S. Oviedo, Candelario de la Rosa, Prieto Almonte, José Reinoso, Pbro. Medardo Font Bernard, Armando Rodríguez, José M. Nouel, Luis Chaves, Salvador Paradas, y un sinnúmero más de beneméritos proscriptos.

Échase de ver lo fuerte que sería el gobierno de Báez, en que, al cabo de seis años, gastados por Luperón, Cabral y otros muchos en incesantes ataques, a cual mejor dirigido, todavía le quedaban y sobran medios para seguir defendiéndose con propicia fortuna. Por eso pudo al fin reducir a la impotencia y debelar esta nueva revolución, que parecía ser la última, la redentora, conforme lo auguraban excelentes auspicios, fundados en el mismo estado político de la República, ya cansada de Báez, de su despotismo, y de sus atentados de lesa patria; y por eso mismo nunca, como entonces, tan favorable, al parecer, al triunfo de cualquier empresa revolucionaria, siquiera fuese menos potente que aquella; también se ha de tener en cuenta, que la patrocinaba, como a otras anteriores, el gobierno haitiano, que hasta permitió a Luperón establecer su cuartel general en Juana Méndez, donde, digámoslo de paso, dio un día un balazo al General Juan Rivas, que con el intento de asesinarle, salióle al encuentro con el también General Wenceslao Álvarez, antiguo gobernador civil de Puerto Plata, y otros conjurados más, los cuales emprendieron todos la fuga, tan pronto como vieron caer herido al encabezado del complot.



Contaba pues con elementos y recursos llamados a no agotarse fácilmente, amén de una inexpugnable base de operaciones, desde la cual podía ir tomando cuerpo y adquiriendo terreno en territorio dominicano, sin llevar derrota de que, por desastrosa que fuera, no pudiese cómoda y prontamente rehacerse. Además, bien así como los anteriores levantamientos efectuados en el Norte durante todo el período de los seis años, tenía un consistente apoyo natural en el Sur, donde, siempre con las armas en las manos, sin sosegar un punto, estaba el patriota Cabral, a la vez animoso, perseverante y desdichado en todos sus ataques, pero que, a lo menos, servía para poner al gobierno en el caso de dividir su atención, y no tenerla puesta toda entera en un solo punto. Con todo eso, no pudo esa revolución, salvando las aguas limítrofes del Masacre, hacerse fuerte siquiera, en el espacio limitado por la circunscrita línea de Dajabón, ni encaminarse, siquiera paulatinamente, al logro del brillante resultado que a los principios prometía. No diremos aquí la causa real y verdadera de todo, porque tendríamos que hacer un juicio crítico demasiado largo; pero sí hemos de advertir, que no nos referimos más que al resultado directo, pues indirecto, a decir verdad, le tuvo cuan grande se requería para que resarciese con mucho el directo no logrado, si atendemos bien a que, cuando de puro localizada e impotente daba sus últimas boqueadas, estalló en Puerto Plata la gran revolución del 25 de noviembre del mismo año, a la que dio ancha margen, y en la que renació el mismo espíritu patriótico suyo, encarnado en los principios salvadores de la sociedad y de las instituciones, a quienes Báez retorció el pescuezo: principios que, por la primera vez en nuestra historia política, servían de atinada y explícita profesión de fe a un movimiento revolucionario. Gracias pues a éste, mil veces memorando, consiguió el considerable número de dominicanos encarcelados y



expulsos, saludar el término de su larga prescripción y cautiverio; y sobre todo, vivir en el país al amparo de libertades que no habían dejado ni visto allí practicar hasta entonces, y por cuyo triunfo y establecimiento acababan de librar tantos y tan costosos combates, sin poder ganar ninguno. Es lo mismo que ambicionamos hoy en absoluto cuantos venimos sobrellevando los rigores de una expatriación más prolongada, con la entereza invicta del hombre que acepta el infortunio, sea cual sea el aspecto bajo el cual se presente a sus ojos, y va derecho a él, antes que renunciar de ningún modo que sea, ni en pensamiento, a la profesión esclarecida y conciencizada de las prácticas y dogmas políticos mejor conciliados con su propia dignidad personal, y con la dignidad, ventura y grandeza de la República. Pero como el cielo de la tierra, estaban tan lejos ellos de rendir culto a esos principios, con los rectos propósitos, es decir, con la recta buena fe que aparentaba encerrar esa decisión y presteza con que, a cualquier hora y en todas partes, acudían a la defensa gratuita de los mismos principios esos; pues jamás estuvo en parte alguna la práctica tan separada de la teoría, como en ellos; nadie los sobrepujó en lo liberales, ni en lo buenos, fuera del gobierno; nadie se los ganó a malvados en el gobierno. Allí extremaron por modo ignominioso la inconsecuencia y apostasía en todos sus puntos, hasta derribar con la mano siniestra, lo mismo que habían levantado con la diestra: ese reciente pasado, que, limpio y puro de todo crimen, constituía y hubiera constituido en toda circunstancia de tiempo y espacio, un título mejor que muchos otros, para investirlos de un derecho perpetuo a la gratitud y preferente consideración de sus conciudadanos; y así, aunque abultándolos siempre más, incurrieron en los mismos errores y atentados que, a guisa de argumentos, solían sacar a plaza para desacreditar y hacer aborrecible a los ojos de la nación entera la



tortuosa conducta de sus más combatidos enemigos y en medio del frenesí con que, cual energúmenos, dijeron a confundir en un desatentado atropello leyes, costumbres, tradición, derechos, orden, moralidad, civismo, no sabían tener presente, cómo, si se iban a ver y pesar bien las cosas, salían mejor librados esos mismos enemigos suyos, porque amparados del poder, o lejos del poder, sabía el mundo entero a qué atenerse respecto de su manera de pensar y su manera de proceder, toda vez que nunca intentaron hacerse pasar por lo que no eran, ni alucinaron al pueblo con promesas que no habían de realizar, o que no habían de consagrar con su respeto una vez realizadas; perversos fueron, pero siquiera no se habían vendido por buenos antes: siquiera no habían engañado la buena fe de nadie con el ofrecimiento de serlo; poseían a lo menos el innegable mérito de ser más lógicos que sus fementidos adversarios. Empero, antes que la República padeciese la decepción acerba que le causó el verlos despojarse de todo disfraz, y ofrecerse a ella tales cuales eran en sí, pasaron varios importantísimos acontecimientos; pero ante todo transcurrieron los años 1874 y 1875: los cuales forman época en nuestra historia, por el desenvolvimiento que empezó a cobrar el periodismo entre nosotros, y la preeminencia que adquirió en nuestra política, durante su transcurso, el espíritu liberal ilustrado; y, singularmente –lo que de una manera histórica constituye un imperecedero título de gloria para el General Ignacio María González,– por haber invalidado y rescindido este general, en uno de dichos años, el de 1874, siendo a la sazón jefe supremo de la República, el contrato de arrendamiento de la bahía de Samaná celebrado con los Yankis en 1872 por la precedente administración baecista; porque Báez fue, sin que lo pudiera desmentir jamás, un enemigo mortal e irreconciliable de la República, de su propia patria, tanto más peligroso y tanto



más temer, cuánto que la gobernaba; que lejos del poder, nada hubiera importado que lo fuese. González, pues, recuérdelo siempre con inalterable y ardiente gratitud los dominicanos, González hizo mil pedazos ese contrato, profundamente inmoral, profundamente mal intencionado, profundamente pernicioso, profundamente indignante a los ojos de propios y extraños, porque pecaba contra el dogma nacional de la integridad absoluta del territorio de la República.

Además, evocan entrambos años, el recuerdo de una de las más excelentes oportunidades que se han ofrecido jamás a un gobierno para prosperar los verdaderos intereses nacionales, mediante la obediencia incondicional a las leyes, que sin más trabas que las por ellas establecidas, de acuerdo con los preceptos de la ley natural, garantizan a los ciudadanos el amplio ejercicio de todos sus derechos. Por otra parte, ligados en el designio de hacer ineficaces los conatos del partido rojo conspirante, se hallaban por manera tácita el partido verde, o gonzalista, y los azules desde su regreso a la patria, cuyas puertas les abrió el mismo González, con la llave maestra de su revolución del 25 de noviembre, para todos, y más para los azules, la vuelta de los baecistas al gobierno, era la proscripción inmediata, inmancable y forzosa de sus contrarios, y había por demás amarga sido la que acababan de padecer; para que no se inquietasen sus ánimos cada vez que se les ocurría que podían ser proscriptos de nuevo, y no hiciesen de su parte los mayores empeños por conjurar las ocasiones de volver a serlo. Que no erraban en sus conjeturas, se lo decían bien claro, 1º, el brusco alzamiento baecista de Santiago, Moca y otros puntos del interior; en agosto de 1874, el cual apenas principiado, terminó con la muerte trágica de un buen ciudadano, el General Juan Nepomuceno Núñez, y la fuga y expatriación del General Manuel Altagracia Cáceres,



jefes del movimiento; y 2º, el fracaso de cuantas intentonas fraguaron después los mismos baecistas, a fin de adueñarse del mando, atendidos a sus solos esfuerzos, los cuales iban cada vez a estrellarse de la peor manera en la coalición instintiva de los dos citados partidos. Por lo que a la simple administración pública concernía, es decir, a la gestión de los intereses nacionales por el gobierno actual, no quisieron ni pudieron acordarse los azules en ninguna forma con los verdes; y en virtud del distinto discernimiento, recto en los azules, oscuro y apasionado en los verdes, con que veían esa gestión, vivieron siempre separados, los verdes en el campo francamente ministerial, y los azules en el de la oposición pacífica y legal a los actos del gobierno, tan poco practicada entre nosotros, a causa de la sistemática y las más veces temeraria suspicacia de los que mandan. Así definidas las actitudes de ambos partidos, o su mutua política, teniendo al rojo a proporcionada legal distancia, pensaron los más connotados de los azules cibaeños, poder encaminarse gubernamentalmente a la consecución de una paz fecunda y estable, practicando la libertad política, mediante la defensa perseverante y enérgica de los intereses públicos, circunscrita del todo al medio de la más correcta legalidad. Sensatos como eran, creían que, por mal administrados esos intereses, y no por otra causa, conmovían la República tan continuas disensiones; y que, sin esa defensa legal, seguirían siéndolo, pues no quedaba en ese caso al derecho popular más arbitrio para ver por ellos, que seguir apelando a los mismo que desean evitar, al uso ilegal y funesto de las armas, a las revueltas, que antes agravan, que remedian los males del Estado. En consecuencia, procedieron a realizar su idea, y bajo el nombre de *Liga de la Paz*, fundaron una sociedad cívica, en que, si bien predominaba el elemento azul, no tenían escasa cabida en principio, individuos pertenecientes a otras



comuniones políticas, como rojos o baecistas, y aun verdes o gonzalistas: hasta los extranjeros, entendiendo por tales a los que no eran dominicanos de nacimiento, pero que daban pruebas de ardiente dominicanismo, encontraban abiertas de par en par sus puertas; por la cual razón figuraron en ella personas de tanto valer como el buen cubano *Federico García y Copley*, docto en las letras, y el también digno puertorriqueño Eugenio María Hostos, publicista ilustre. Como auxiliar de *La Liga*, creó este último en Puerto Plata, donde residía, una sociedad también popular, *La Educadora*, muerta casi no bien nacida, pero cuyas pocas sesiones fueron amenísimas conferencias sobre la democracia práctica. Eso mismo resultaban ser a menudo las de *La Liga*, conferencias, pláticas, encaminadas a instruir en el derecho público al pueblo, dignamente representado, en sus diversas clases, por los afiliados en la corporación: los cuales, así en Santiago como en Puerto Plata (porque la sociedad constaba de dos centros genuinos, de los cuales el de Santiago era el capital), no se sentaban en sus bancos, sin la previa prestación de un juramento, cuya fórmula, entre larga y breve, discurrió con sagacidad el Sr. don Manuel de Jesús de Peña y Reinoso, preclaro institutor y humanista dominicano, que fue, como Luperón en *La Liga* de Puerto Plata, el verbo y el alma de *La Liga* de Santiago. Juraban, “por Dios, su honor, y todas las víctimas de nuestras contiendas civiles,” “cumplir y hacer cumplir los fines de la asociación en la fórmula misma enumerados”. Y se hubieran cumplido en todas sus partes esos fines, y sin la más leve alteración del orden público, dejando establecida sobre los mejores sustentáculos la concordia de los dominicanos; pero no tardó mucho la institución en tropezar con obstáculos y peligros que no podía menos de acarrearle la misma naturaleza de sus tendencias democráticas, dadas las inquietudes y recelos que se apoderan del



ánimo de nuestros gobernantes, así como ven al pueblo, y si no a individuos del pueblo, engolfarse alguna vez en la práctica de ciertos derechos propios para interceptarles el paso a esa omnímoda o no residenciable autoridad de tan grato sabor para ellos, y a que, por lo mismo, se muestran siempre tan inclinados. Fueron esas tendencias aceptas desde luego a la pública opinión, la cual patentizó su contento, abriéndose al ascendiente insólito que tuvo en ella la sociedad, hasta los precisos instantes en que, debiendo tener más garantida la existencia, vino a perecer ahogada en el raudal de los mismos acontecimientos a que dio motivo. Digamos mejor, a que dio motivo el gobierno, con provocaciones cuyas consecuencias en modo alguno podían serle favorables; pues habiendo dado en la idea, tan ajena de certeza, de que se trataba, en vez de una quieta sociedad política, de una solapada conjuración, que urgía reprimir con mano fuerte, incurrió en el insubsanable y calamitoso error de lanzarse a las vías de hecho, persiguiendo a Luperón, que tanto valía como perseguir a la *Liga* entera y al único partido extraño con quien el propio gobierno podía contar, para sostener hasta el fin la situación por él encabezada. Creíase muy fuerte para tanto, debido a que conceptuaba como intrínseca e incommovible firmeza propia, la que no le había faltado hasta entonces, merced al concurso espontáneo de aquel partido. Por ese concurso, y no más, fue por lo que pudo ejercer sin quebranto alguno sus funciones durante dos años consecutivos (1874 y 1875), frustrando los planes sediciosos del partido baecista, el único que le guardaba ojeriza, y en quien no podía pretender hallar apoyo que no fuese aprontado con la mira maquiavélica de hacer más inevitable y rápido su derrocamiento. Pero carecía de facultad para llevar por sí solo la consideración más allá de los siniestros designios en que la tenía fija, ni figuró a su lado un político influyente y digno de



llamarse tal, que le señalase, con índice bien certero, el precipicio a donde había de conducirle su temeridad, y las desastrosas convulsiones que su caída debía ocasionar a la República. Puso pues manos a la obra; y tras algunas arbitrariedades y agresiones puramente privadas, poco antes cometidas, autorizó con insensata resolución los inauditos sucesos del 23 de enero de 1876.

Como héroe hizo frente Luperón a las agresiones de que, por parte de las fuerzas militares de la plaza de Puerto Plata, fue blanco ese día en su propio domicilio, donde permaneció encerrado, hasta que sobrevino el pueblo y le libró de toda ulterior persecución, poniéndose bajo sus inmediatas órdenes en la madrugada del 6 de febrero siguiente. Pero tanto como Puerto Plata misma, llegó a conmoverse Santiago, y en tal manera, que no contenta con fulminar oportuna e indignada protesta contra esas inicuas arbitrariedades, inició el 27 del mismo mes, o sea cuatro días después del 23, un movimiento político del todo nuevo en nuestro país, y bien compadecido en sus medios y sus fines con la esencia de la más incontaminada democracia: en sus medios, por cuanto se verificaba sin el empleo de más armas que la palabra, sin más ejército que las muchedumbres populares que lo sustentaban, y sin más baluartes que sus pacíficos y genuinos centros, las salas de la *Liga*, en las cuales acaba de tener origen; y en sus fines, porque, ceñido al espíritu y letra del dogma constitucional en que se vinculaba ese derecho, trataba de hacer comparecer al presidente de la República, por ante los altos tribunales llamados a condenarle o absolverle de los delitos políticos a él imputados en un *Acta de Acusación*, constitutiva del manifiesto y bandera del propio movimiento; sobre la cual firme base descansaba el motivo de haberle denominado *Evolución* sus autores, y con el cual nombre le saludó Puerto Plata el sobredicho 6



de febrero, en que realizó entusiasmadísimo el acto de su adhesión al mismo, sin derramamiento de sangre alguna, sin que sobrara un solo disparo siquiera de revólver, gracias sobre todo a la prudencia circunstancial de su gobernador el General Francisco Ortea, interesado como el que más en hacer preso a Luperón, pero que, con laudable cordura, depuso el mando aquel mismo día, sometiéndose a la voluntad del pueblo soberano. Era evidente que desde cualquier paraje que se considerase dicho movimiento, circundaba con fulgurante prestigio el vocablo dominicano; pero se deja comprender asimismo lo inmensa que hubiera sido su fama, si hubiese llegado a término en completa paz como empezó, pues no habría tenido parecido en ese caso con ninguno de nuestros ordinarios conflictos armados, y habría llevado bien puesto, hasta lo último, el nombre original con que lo bautizaron. Por desgracia, tuvo al fin que adulterarse y degenerar en verdadera revolución, o evolución con erre inicial, bien que no se alteró por eso su esencia íntima de movimiento democrático: ni dejó de ser en la forma revolución sin erre, sino a pesar suyo, esto es, constreñido por la grande precisión y necesidad en que vino a verse, sin esperarlo ni presumirlo, de rechazar la fuerza con la fuerza, y por este medio hacer prevalecer un derecho imposibilitado de alcanzar victoria alguna por las vías pacíficas y perfectamente democráticas que había emprendido. Al gobierno se debe imputar la causa entera de semejante trastorno, por haber empleado la resistencia desesperada que opuso al pueblo, y por haber preferido su propio hundimiento y la ruina del bando que le era incondicionalmente adicto, una ruina de que se levantaría más tarde, pero demasiado maltrecho para poder tenerse de suyo en pie, a dejar expedito el paso al cumplimiento del precepto constitucional relativo a la delincuencia posible y contingente de su mismo jefe, y hacer que se rindiese,



no al pueblo que le acusaba, sino a la ley, a la Constitución del Estado, en cuyo texto explícito se cimentaba la facultad que tenía el pueblo de acusarle ante un supremo tribunal determinado. Sorprendió tanto más este caso a los ciudadanos todos, cuanto que ninguno había que no esperase ver pasar las cosas en opuesto sentido, según era suprema la justicia en que abundaba la causa popular a los ojos de todas las conciencias rectas. Y por nadie más que por la persona misma del presidente se debía sentir que no correspondiesen los resultados a tan lisonjeras esperanzas. Pues en efecto, apartemos la vista de la honra, para fijarla en el provecho que hubieran reportado él, su gobierno y su partido, en desceñirse la espada de magistrado y ocupar el asiento de los acusados en justicia. El paso habría vestido a sus ojos las proporciones de un espantoso sacrificio; quizás hubiera bajado para no subir a poco absuelto y rehabilitado por el tribunal ante quien compareciera; mas ¿qué hubiera sido todo esto? ¿Qué hubiera importado perder la presidencia por haberla ofrecido en holocausto a la gloria del pueblo dominicano? ¿De todos modos no la perdió al fin? y ¿qué más ventajoso no hubiera sido caer por ceder, que no caer por resistir? ¿No se debe un ciudadano a su patria? ¿No se debe sacrificar por ella todos sus intereses, hasta su vida misma, que es el mayor de todos los intereses? Se ha de aceptar el poder con todas sus responsabilidades y consecuencias; y el que bien lo ejerciere, ha de esperar la recompensa, que no es más que aquel derecho incontestable que le da su noble proceder a que todos con amor le sostengan, siendo contra ellos toda la indignación, todas las condenaciones y todos los anatemas, si no le sostuvieren; así como quien mal lo desempeñare, ya que fue hombre para portarse de una manera indigna en él, debe ser hombre para reconocer su falta, e inclinar sumiso la cerviz, soberbia de primero, ante la majestad o el rigor del



castigo que le fuere impuesto en expiación de su delito, aun cuando ese castigo haya de ser la misma muerte, mediante la cual no le sea dado quedarse riendo de los demás, y al cabo de todo venir a morir tranquilo en su cama, como Rosas, como Francia y como tantos otros, después de haber cometido las mayores iniquidades. En efecto, para nosotros tenemos, que la más varonil, y digna meritoria manera de limpiarse la mancha de una falta, es arrostrar con serenidad sus consecuencias, y padecer la pena material o moral que mereciere, sin temerla, esto es, sin tratar de sustraerse a ella por ningún linaje de camino, que sin duda es conmovedora y de una belleza extraordinaria e incomparablemente sublime, la acción que realiza el culpable, reconociéndose como tal, y sufriendo tranquilo e impasible como el estoico, si acaso no como héroe verdadero, el castigo, sea cual fuere, de la sociedad, único capaz de reparar la culpa en que se incurrió, y de aplacar el terrible torcedor de la conciencia. Nadie pues debe suicidarse, nadie debe huir, nadie debe resistir, sino esperar. Fuera de todo eso, y mirándolo todo bien, ¡hasta dónde no dilatara su vuelo, a través de tiempos y lugares, la reputación del presidente que no excusara obedecer a las leyes, aunque acarreará con ello perjuicios grandes a sus propios intereses y persona! Y esto que, lejos de condenar a González, quizás sus jueces le hubieran absuelto; por lo mismo que no le faltaban, sino que antes bien le sobraban medios, para obtener, en gloria del foro dominicano, una sentencia que hubiera dejado frustrada tantas y tan apasionadas esperanzas fundadas en una condenación ineludible. Las sobrado exigentes o intransigentes circunstancias en que hubiera sido absuelto, le habrían encerrado en el círculo estrecho de una situación tan crítica y por cualquier legal conducto insuperable, que bien por su propio decoro, bien por el decoro de la República, siempre se hubiera visto en



el caso forzoso de resignar en el acto sus funciones y volver al seguro de la vida privada; que de un pueblo revoltoso, de un pueblo extremado en todos sus movimientos, en sus deseos y satisfacciones, en sus iras y templanzas, en sus simpatías y sus odios, y en quien carece de fijeza, no digamos el sentido de la democracia, digamos tan sólo el respeto racional y justo a los hechos por él mismo consumados, que pocas veces ha sido para bien, y no pocas para mal inmenso suyo, no se deben esperar pruebas ni señales de cordura y equidad, cuando, ya entregado al señorío de sus mismas pasiones, defrauda sus esperanzas una decepción profunda, o puede sacar de una situación cualquiera todo el partido que, a su precario parecer, tenga con su seguridad o bienestar relación de inmediata conveniencia. Pero con tan brusca e involuntaria resignación, hubiera perdido su fortuna presente, no el derecho de alcanzar en un más tarde no distante, una fortuna parecida. Y tan obligado a respetar la ley está el poder que con ella debe regir al pueblo, como el pueblo, que con ella debe ser regido: la cual no favorece unos intereses con perjuicio de otros, sino que para todos es la misma, y lo que por ellas se pierde, por ella puede ser recuperado. Lo más cierto era, pues, que después hubiera reasumido el mando con ayuda de los sufragios del mismo pueblo que legalmente se lo arrebatara: caso éste de fácil realización, si bien se atiende a que le quedaba, fiel a su persona e intereses políticos, una porción del pueblo llamada su partido, exento de todo descalabro, y capacitado, por su importancia numérica, para obtener en la venideras decisiones del pueblo, tantas ventajas para su caudillo, como cualquiera otro para el suyo, sin que ninguno, como no sucediera que incurriese de intento en arbitrariedad y atentado fragrantes, pudiese pretender estorbárselo; porque ninguno, llámese pueblo, gobernante o partido, tiene autoridad por la ley para excomulgar a un ciudadano, poniéndole



fuera de la misma, o disponer, a su antojo, de la libertad que garantiza la Constitución a cada uno. Caer en tales condiciones, hubiera equivalido pues a quedarse arriba, o hubiera equivalido a bajar, con el designio de subir después y encabezar un gobierno duradero, un gobierno provisto de fuerzas más suyas y, por lo tanto, menos inconsistentes que las prestadas de que había gozado el anterior; y más bien, hasta hubiera hecho con toda probabilidad y certeza, lo que, puesto en su lugar, no hubiera dejado de hacer por nada del mundo un político de los que ante la cierta perspectiva de bienes venideros, tan cuantiosos como duraderos, saben despreciar la transitoria posesión de los bienes presentes; a saber, hubiera mirado con olímpico desdén el ejercicio del gobierno, porque no se le malograra lo mucho que había que ganar en quedarse abajo, alejado temporalmente de los negocios públicos, pues hubiera esto valido tanto como quedar por cima y no por bajo del pueblo que acababa de acusarle, y exaltarse así a una posición política superior a cualesquiera otras, fueran del género que fueran; porque nadie habría tenido competencia para negarle la facultad que poseía él sólo entre sus compatriotas, de pedir o exigir a ese pueblo, con legítima exigencia, que no fuese inconsecuente con la justicia ni el deber, y perseverase sin tregua en la senda que había comenzado a trillar; que probara que no era un pueblo intemperante, un pueblo díscolo, un pueblo voluble, sino que antes bien, sabía tener formalidad y ser un pueblo serio, un pueblo respetable; que lo probase, midiendo a todo funcionario público, en lo sucesivo con la misma vara con que le había medido a él primero. Y en hecho de verdad que no sabemos cómo se habría ese pueblo exonerado del caso crítico, de la embarazosa situación, del grande aprieto en que se habría de ver, empeñado en defender la ley y hacerla cumplir y acatarla del modo preceptuado por ella misma, sin poder



ofrecer garantía de su perseverancia, por lo mismo que le faltaba esa segunda naturaleza que se adquiere con la práctica de todos los días, y se llama el hábito y la costumbre, indispensable de todo punto para salir adelante con la obra comenzada. Un ensayo (y no era otra cosa lo que hacía), un ensayo no sale bien desde la primera vez: necesita repetirse varias, para que salga bien la empresa; y en la repetición estribaba precisamente toda la dificultad del suyo, supuesto que lo más seguro era que no habría osado hacer con un presidente fuerte, como Báez u otro cualquiera, lo que con González había hecho, y al fin hubiera cejado con ignominia, para ir a parar en un punto muy diferente, por lo bajo, de aquel de donde había partido de primero. Una vez situado ahí él habría tendido cuidado de no levantar la cabeza, en otros tiempos orgullosa; y mucho habría tenido que alzarla, si hubiera intentado dirigir a González una mirada, como a la postre se la hubiera dirigido, y no muy tarde, para ofrecerle de nuevo sus votos, no en desagravio de haberle acusado, porque nada se podía objetar a ese legítimo y honroso paso; sino en castigo de sí propio, por no haber perseverado en la tarea de someter a juicio a todos los transgresores de las leyes. Entonces él, de acuerdo con las ordenanzas de la generosidad, único árbitro llamado a decidir en este punto y coyuntura, se hubiera servido corresponder al testimonio de confianza que, con ese requerimiento, le daba el pueblo, volviendo por éste a la vida pública y al goce de la perdida presidencia; con lo cual, habría sido ésta la sola vez en que le hubiera honrado, y más, si cabe, de lo que se hubiese honrado a sí mismo en aceptar el cargo y ejercerle. Así hubiera tomado de su acusador la más noble y reparadora venganza; o más bien, así alcanzado hubiera de manos tan dignas y tan propias, el galardón a que se habría hecho acreedor, por haberse dirigido con resignado ánimo al encuentro de una desgracia



tal vez irreparable, al acatar la ley en los momentos en que, al parecer, convenía mejor a sus intereses políticos sus traerse a ella. Por desdicha, no le llamaba Dios por ese camino, pues no le permitía su genio malo ver en la Evolución, otra cosa que no fuese una revolución sin erre; y afianzado en esa errada creencia, emprendió viaje al Cibao a mediados o a fines de febrero, acompañado de su Ministro de Guerra y Marina, General Pablo López Villanueva. En La Vega estableció su cuartel general, desde donde rompió las hostilidades contra Santiago. Esta población, hasta esa hora en actitud pacífica, ocurrió a su defensa, requiriendo las armas, sin acometer con ellas hasta no apurar los medios adecuados a la conjuración de todo rompimiento; el cual se hizo inevitable, desde que principiaron a formarse cantones hostiles al rededor de la ciudad. Excluyendo toda otra consideración, imponíase ya la necesidad de proveer a la salud del pueblo, que siempre ha sido la suprema ley, o si mejor se quisiere, a la salvación de la causa popular, que, una vez subvertido el orden, no se podía conseguir sin alguna efusión de sangre. La primera que se derramó fue la del digno General José Mauricio Fernández, jefe del primer cantón que puso González en las inmediaciones de Santiago. Atacado este campo enemigo por las tropas populares, bajo el mando del General Eugenio Valerio, comandante de armas de la plaza, dispersóse a la primera descarga, quedando herido el General Fernández, pero de tanta gravedad, que, llevado a la población, espiró el mismo día, y le deploró todo Santiago. No bien pasada esta desgracia, sucedieron al disperso cantón otros varios en distintos puntos; y de resultas, se vio la ciudad puesta en grave conflicto, al que daba cuerpo, a cada paso mayor, la circunstancia de que las fuerzas que poseía no eran suficientes para conjurarlo. Empezaba la situación a ofrecer los más alarmantes aspectos, y sin el



auxilio de Puerto Plata, se podía dar todo lo hecho por irremediablemente perdido. En este aprieto, Luperón, a quien tocaba salir a campaña, pero que, al parecer, había jurado no hacerlo más nunca en su vida, o lo más seguro porque su presencia en la ciudad era de todo punto necesaria, mandó en busca de Lili, tenido en su propio concepto por el más hábil de sus actuales subalternos. Había éste fijado su residencia en Juana Méndez, una vez que ya no tenía que temer ninguna persecución por la muerte del desdichado Juan Abad, pues ese crimen había como prescrito desde la última campaña revolucionaria en que tomó la parte que dijimos. En aquel tiempo habíase amancebado con una viuda haitiana, entrada en años, aunque muy hacendosa, como suelen serlo las mujeres de aquel país; y por ver de acrecentarlos, habíala hecho depositaria de todos sus intereses, consistentes, así en la fuerte suma de dinero en efectivo que le reportó la venta de las reses salidas de sus grandes hatos y dehesas de la Otra Vuelta, como en una tienda de mercancías, montada con una parte de aquel dinero en la misma casa de la mujer, donde vendía él mismo los efectos a los marchantes, que no eran muchos, porque, falto de toda equidad y buena fe innatas o adquiridas, usaba dos pesos y dos medidas, una para comprar, que era la más grande, y otra para vender, que era más pequeña; de modo que siempre daba menos de lo justo en todo cuanto pesaba en su peso y medía con su vara y con su almud. Ocupado en una u otra faena diaria, lo halló el propio de Luperón; y, amigo, como era, de pelear, no perdió tiempo en trasladarse a Puerto Plata, obedeciendo a la llamada. Encargóle Luperón de rechazar al ministro de guerra, que ya se adelantaba sobre Puerto Plata por el camino de Palo Quemado, a la cabeza de un buen número de fuerzas. Tuvo, en efecto, la suerte de batirle y despejar de contrarios todo el resto del camino hasta Santiago, cuyos habitantes acu-



dieron en tropel a recibirle, aunque debido este acudimiento, en mucha parte, a la creencia en que todos estaban, de que iban a recibir al General Luperón en persona. No los desconcertó, empero, la contrariedad, bien que ya no cifraron su alegría en ver a una sola persona, sino que, prescindiendo del jefe que las guiaba, hicieron entonces objeto de su alborozo entero al conjunto de las tropas bizarras con que los auxiliaba su hermana Puerto Plata. Contento como el que más, puso don Máximo Grullón, las existencias de su establecimiento mercantil, a la disposición de la expedicionaria columna, creyendo, tal vez, que se haría entre los soldados un equitativo y escrupuloso repartimiento. Era mucho esperar de una pantera como Lilí, a quien hubo de tocar verificarlo; el cual se condujo en la operación con tal habilidad, que apenas si repartió a su gente una cuarta, o a lo más, una tercera parte de las mercancías. El resto de ella se lo apropió, sin que se le alterase la conciencia. Viendo lo sucedido, y además, lo quejosos que los soldados estaban de la fechoría, pensaron en Santiago, cuán conveniente no hubiera sido dejar señalada la parte que a cada uno debía corresponder, con sujeción a los reglamentos de una perfecta justicia distributiva; y no dejar la diligencia tan sólo a cargo de uno solo de los interesados. Esto es lo que bien se llama: después del burro muerto, la cebada al rabo; pues lo deplorable fue que hubiesen echado de ver el error tan a deshora; mas, ninguno conocía entonces a ese sujeto, que tan oprobiosa celebridad había de adquirir dentro y fuera de la República en los años venideros.

La presencia de las tropas puertoplateñas en Santiago, fue causa del abandono que, al mismo tiempo, hizo de La Vega el presidente de la República. Este volvió con su ministro a Santo Domingo por el mismo camino por donde había venido al Cibao: con la cual retirada suya, quedaron en paz completa la vecindad de Santiago con el



resto del mismo Cibao, y Lili en libertad de tomar el rumbo que gustase, como lo tomó, retornando a Puerto Plata, coronado de laureles, y de ahí a su madriguera de Juana Méndez, a donde acababan de llegar las acémilas cargadoras del botín con que se recompensó de su anterior movida. Poco había de durar allí entregado al descanso, como la tragavenados en el período de la digestión, una vez que iba la paz a interrumpirse de nuevo, y él imitaba siempre a las alimañas, en eso de no ausentarse de su casa para nada que no fuese derramar la sangre de sus semejantes, ni le llevaba diferencia en esto al cuervo, el cual no despliega y bate sus alas, a menos que no sea en busca de alguna putrefacta mortecina.



XVII

De vuelta el acusado funcionario en la capital, hizo el Congreso lo que debió haber hecho antes de su infortunada salida: examinó el *Acta de Acusación*, o manifiesto del movimiento democrático; pero a vista de tales o cuáles motivos, que a los mismos evolucionarios parecieron después razonables, tuvo a bien decidir que no había lugar al enjuiciamiento en los términos en que lo exigía la parte que acusaba. Esta decisión se hizo pública de una manera extraoficial y silenciando las razones que le servían de apoyo, y que constaban en el acta correspondiente, la cuales se vinieron a conocer poco después; por tanto, fue causa esta involuntaria omisión, de que los ánimos cibaños se indignaran contra el Congreso, por suponer que obraba de mala fe al no realizar la substanciación de la causa; y estaban todos resueltos a no dejar las armas de la mano, en tanto que no llegasen al fin especial que con tantas veras deseaban. Por fortuna, el mismo acusado puso término a semejante desconcierto, resignando el poder y dejándolo a cargo de sus ministros, porque no reconociendo al movimiento ningún carácter que no fuera el puramente revolucionario, sabía que con una revolución no valen términos medio, ni



transacciones desacordadas con su absoluto triunfo y predominio; hecho lo cual, se ausentó de la República, por no quedar a merced de un pueblo que, fuera por la causa que fuera, y tuviera la culpa quien la tuviera, defendía su derecho con las puntas de las bayonetas, o sea de la manera menos adecuada para infundirle la confianza de que no atentaría luego a su seguridad individual.

Por cierto que, con arreglo a justicia, estaba el pueblo en el deber de corregir su propio movimiento, quitándole todo viso de violencia, donde pugnaban las circunstancias por engolfarlo; pues así como, por haberse retirado de La Vega el rebelde presidente, quedó repelida la fuerza con la fuerza, y preponderante la causa por cuya salud la requirió forzosamente, le correspondía de todo punto suspender el uso de las armas de fuego, y conquistar el éxito definitivo con ayuda sólo de las que le suministraban las leyes, que son las únicas que dignifican la defensa del derecho. Así, sólo se hubiera dicho que se salió de los límites de la verdadera democracia, para cobrar mayor prestigio volviendo a entrar en ellos; y hubiera salvado su honor, al no caer en el precipicio que se había propuesto desechar, la guerra civil, la apelación a las armas fratricidas, todas las veces que le apurase la necesidad de salir de una peligrosa situación o mejorar de suerte. Pues, bien que todos los principios invocados por la Evolución eran democráticos, y democrático por antonomasia el fin a que propendía: desde que, para sustentarlo, no supo utilizar otro arbitrio que tirar tiros, tenía por necesidad ineludible, que degenerar en revolución semejante a la mayor parte de las revoluciones, las cuales no dan resultado alguno que se pueda llamar apetecible, sin dejar expedita la senda por donde vengan otras a destruirlo; pues lo que se gana con la fuerza, cuya cualidad esencial y necesaria es la violencia, también con la fuerza misma se pierde; y nunca lo que se gana



compensa, ni siquiera en la mitad, el bien que se malogra. Sin embargo, una condición se requería para proseguir derechamente por la senda de la legalidad, y hacer las cosas como era justo haberlas hecho: se requería que las circunstancias fuesen de tal suerte contenidas y avasalladas por el pueblo, que no le costase mayor trabajo desviar el curso de los acontecimientos, y hacerlos concurrir a la realización del saludable designio que abrigaba. Pero el pueblo, persona pasiva, como lo son todas las personas morales y todas las colectividades humanas, ineptas de naturaleza para todo lo que sea dirigirse por sí mismas a la consecución de un fin determinado, el pueblo necesitaba ser dirigido, habida cuenta de que, por sí sólo, en balde habría hecho esfuerzos por atinar con los medios adaptables al éxito de una empresa de tales proporciones; necesitaba cabezas, y cabezas adecuadamente organizadas, o tan sólo una que llenara ese indispensable requisito: y el nudo de la dificultad estaba en que no era posible hallar en su seno siquiera una tan privilegiada, o de otro modo dicho, un estadista, un político, que a fuerza de combinaciones y medidas prácticas, comunicase a la enclenque acción de las leyes el necesario vigor y eficacia, y formase una como valla incontrastable al rededor de la nueva situación, o bien, a manera de bien tramada telaraña para los ánimos turbulentos, y hubiese resuelto el problema de contener a los enemigos, antes que dirigiesen sus tiros contra dicha situación, o de hacer tan impotentes esos tiros, como su los disparasen sin ese invisible proyectil que, por vulnerador, constituye cuanto tienen de peligroso y de temible los tiros hechos por los enemigos del orden público. Mas, no digamos grandes políticos en el período propiamente dicho evolucionario, en que, de todos modos, cuanto se hacía era tan sólo echar las bases de un orden posterior de cosas que, por su excelencia, viniese a ser cumplido remate y coronamiento



de aquel glorioso período de transición; que ni siquiera cuando más importaba y urgía que los hubiera, pudo darse a conocer uno, aunque fuera de mediana competencia, que fue cuando, una vez establecido ese orden posterior de cosas, convenía proceder, ante todo, a organizar su defensa presente, ya que le tocó surgir en medio de peligros que, para dar con él al traste, pedían únicamente que no se previniesen a tiempo ni se aplicasen con actividad y energía los medios a propósito para conjurarlos.



XVIII

La elección de don Ulises F. Espaillat para la presidencia de la República, efectuada en marzo del año referido (1876), puso digno término a la defectuosa obra popular dos meses antes principiada. Entre demostraciones inequívocas del contento de propios y extraños, lo que respecto de ningún otro presidente ha sucedido, subió a ese alto puesto aquel integérrimo dominicano, respetado en vida y en muerte, como particular y como político u hombre público, por la universalidad de sus compatriotas y por los partidos opuestos al bando azul o luperonista en que militaba; testimonio tanto más honroso, cuanto que todos nuestros partidos, incluso el último, y dados sus mutuos odios, que los han dividido más que sus encontradas opiniones, han sido rebeldes a la justicia en todas épocas, con más veras al tratarse de rendir a un adversario digno, el homenaje de su consideración y su respeto. Fuera de ningún camino iban cuantos tenían ciega confianza en la seriedad de don Ulises, y esperaban que haría prácticas, durante su administración, las doctrinas en sus escritos encerradas. Pocos hombres públicos hemos tenido tan puros y tan ejemplares como él, bien pocos de convicciones tan invariables como



las suyas, ni tan cifradas en la esencia de la política científica, como queremos llamar la verdadera política de principios, que impera en todas las naciones perfectamente civilizadas, y nada tiene que ver con la rutinaria y grosera política que nos rige, y que no acertaba él a ejercer. Pues esta misma diferencia entre los que sabía él y lo que se hacía en punto de gobierno en el país, o sea entre sus rectas y concienzudas teorías y la práctica usual, ocasionó su fracaso. Don Ulises juzgaba por él a los otros; como si todos los tiempos fueran iguales, creía que la buena fe que reverberaba en los espíritus durante la Restauración, en que prestó a la República sus mejores servicios, y en los tiempos anteriores a la Restauración, en que prestó pocos, o no pudo prestar ningunos, se conservaba entera en los presentes; no distinguía bien lo actual de lo pasado, ni lo actual ni lo pasado de lo porvenir; conocía mal o al revés a su país, desde que le consideraba tal, cual debía ser algún día, por obra de los buenos gobiernos, y no tal, cual era en aquella época, por obra de los malos; no era dote propia suya la sagacidad, nació para gobernar en tiempo de paz, y no en tiempo de facciones, cuando fuera preciso imponer con la mayor energía el respeto de su gobierno a los opuestos bandos: pues más le gustaba ser clemente, que justiciero; más dar libertad, que quitarla; más dilatar el goce de las garantías constitucionales, que suspenderlas; más defenderse con el frágil escudo de las leyes ordinarias, que amparado de las facultades dictatoriales que acuerdan las mismas leyes a los gobiernos en días de trastornos intestinos; pertenecía bien a la prosapia de los políticos que llamaremos perficientes, de los que deben venir después de los que diremos zapadores, y no antes; de los que sirven para dar la última mano a la obra imperecedera de salvar a un pueblo, y no para empezarla. Por lo mismo, poco deberían gloriarse, si es que se glorían, los que, lejos de aguardar mejor coyuntura para ponerle,



por decirlo así, en evidencia, le llamaron al poder o le hicieron ir a él en 1876, para que se malograra, cuando tan bien señalado estaba don Máximo Grullón como el hombre civil que le debía preceder en el desempeño de aquel alto cometido. No embargante, si los otros erraron en escogerle así en hora tan prematura, él por su parte, daba doblemente asidero a la creencia de que sólo en su persona convenía confiar el cargo, y a la esperanza de que íntegramente cumpliría en ese cargo el período que la Constitución le demarcaba, el cual, obtemperando a sus generosos deseos, había quedado reducido a dos años, de cuatro que antes era. Con efecto, cuando todavía no era más que presidente electo, dijo al Sr. Peña y Reinoso, en la invitación que hizo a éste para que le acompañara en el gobierno, que probaría como se podía ser tolerante sin ser débil, y enérgico sin ser tirano; y esa libre promesa, hija nada más que de un buen deseo, perfeccionó la fe de los demás en que no podría menos de ser dichosa en tales manos la suerte de la República; y por más que, no bien prestó juramento, empezaron los gratuitos enemigos de su administración, verdes y baecistas, con sus conjuraciones y alzamientos, a nadie causaban mayor cuidado; antes al contrario, no había quien no tuviera esos conatos por vanos e inútiles tentativas de hombres desacreditados a los ojos del pueblo, cuyo sano entendimiento sabría para siempre apartarle de sus intereses políticos. Era de aplaudir esa tendencia noble a no hacer al pueblo responsable de la obra de los bandos que desapoderados ambicionaban el poder; y a no suponerle sino muy animado del más profundo sentimiento de adhesión al gobierno por él constituido. Por lo menos, se podía decir que del pueblo, toda la parte que piensa, estaba con él. Pero precisamente lo que debía remediar la situación, era lo que más la empeoraba cada día: la rigurosa legalidad con que procedían en todos sus actos el gobierno y



sus funcionarios, a mayor abundamiento en lo relativo a la persecución de los conspiradores, que ya infestaban el país; porque sin pruebas, o por solas sospechas, no era permitido hacer efectiva la persecución, y a ellos fácil les era disponer sus cosas de modo, que, por lo mismo que no podían alejar de sí las sospechas, sólo fuesen sospechados, y no sorprendidos con las pruebas de su culpabilidad, y si lo eran, debían las autoridades entregarlos a la justicia ordinaria, única competente para imponerles la pena requerida: todo como se acostumbra en las naciones bien organizadas; y los conspiradores no necesitaban de más lenidad, para satisfacer, sin obstáculo alguno, su gusto de subvertir la República. Por donde se ve cuan abastecido estaba de razón Rodolfo Ovidio Limardo, cuando dijo por aquellos días en *El Porvenir*, de Puerto Plata, estas célebres palabras suyas: ¡La legalidad nos mata! que, al parecer, encerraban un contrasentido, y, en puridad, no eran más que un enérgico grito de alerta, que, por desgracia, no vibró cual debía en los oídos del gobierno. Y cuenta que no traemos a colación este caso: que don Ulises, ahora fuera por querer alejarse, lo más que pudiese, del sistema exclusivista de los gobiernos banderizos, y dar al suyo un carácter esencialmente nacional, o ya fuera imitando a la Evolución, que se condujo así porque no quiso ejercer ningunas funciones administrativas, ni había para qué, dados sus principios, no se curaba de que fuesen o no fuesen de contraria opinión los encargados de los puestos públicos; y, consecuente con ese principio, no sustituyó, con gente de su partido, sino a muy pocos de los ciudadanos que servían al gobierno anterior, no tanto como empleados, cuanto como ciegos partidarios suyos: sobre lo cual hubo Luperón de advertirle, aunque sin resultado, que quien no gobierna con los suyos, se suicida: oportuna máxima esta, que después debió de dar mucho que pensar a don Ulises, atento a que,



más adelante, podía tener desahogada y cabal aplicación su método, no entonces, porque lo que con éste hacía, era poner sus mejores armas en manos de sus solapados enemigos, y él quedarse sin ninguna. Luperón estaba pues en lo cierto.

Las operaciones militares en que volvemos a tropezar con Lilí, y de las cuales dependía de todo punto el despejo de la situación, una vez que no hallaba el gobierno cómo defenderse ni cómo librarse de sus sistemáticos y gratuitos enemigos, por medios que no aprovecharían a ellos más que a él, se resentían de aquella temeraria templanza suya, propia para usada con gente muy mansa y muy quieta, no con esa otra, que provocaba tanto a ira con su inmotivada rebelión y alzamiento; y en lo general eran a ese tenor flojas, lentas y dadas a unos miramientos caballerescos, que con seguridad, no se habrían tenido a otros enemigos en más propicia coyuntura. Fue su teatro, como era de rigor, el Norte de la República, tierra de la gente más esforzada, como también más turbulenta; y en el Norte de la República, la región cibaëña tantas veces por nosotros nombrada, la línea Noroeste: porque allí comenzó la revolución, para cuyo logro se fundieron en uno rojos y verdes, previamente olvidados de su pasada enemistad, para renovarla en cuanto llegasen al objeto primordial de su presente acuerdo. Los generales enviados a ejecutarlas, iban con poca gente a parajes tan vastos, por no haberse atendido desde los principios a levantar las más tropas posibles: y no hacían otra cosa que no fuese andar, sin combinación ni plan alguno, tras unos rebeldes que daban el frente un momento, para salir huyendo después de algunos tiros; y repetían, siempre más allá, la misma estratagema, rehaciéndose con presteza en un punto, si ya los habían dispersado en otro, y volviendo de los más distantes a los mismos donde antes habían estado por breve tiempo, sin



saber nunca lo que se llamaba cansancio, en ese huir y detenerse de distancia en distancia, delante de las tropas dirigidas en su persecución; a lo cual se reducía toda la ofensa que recibían; y la revolución cobraba fuerza, por lo mismo que no se dictaban contra ella medidas más enérgicas, sino que se quería debelarla por los simples medios ordinarios. No quiere decir esto que dejase de ocurrir algún desmán, que, a los ojos de los enemigos, contradijese los honrados propósitos del gobierno: pues siempre se cometió uno muy execrable; y si no hizo el ruido que debía, fue por la distancia y soledad de los lugares en que lo consumaron; ni hay para qué decir de antemano por quién fue cometido, desde que se sabe que andaba en aquella campaña el hombre capaz de otras acciones a ésa semejantes. Los rebeldes, en una de esas paradas momentáneas, de un tiro derribaron de su caballo a Lili, que los perseguía: éste fue a caer sobre unas tunas, de donde se levantó, sin dar tiempo a que su gente acudiese a recogerle, porque la leontina de que pendía su reloj, y que rodeaba la mitad del cinto del machete de cabo que cargaba, desvió la bala, que, sin tropezar en ese obstáculo, le hubiera taladrado el vientre, poniéndole fuera de combate. No así las tunas, que armadas de largas y agudas espinas, como un erizo, se las sepultaron por doquiera, ocasionándole fuertes dolores. Con ellos prosiguió el camino, parece que ansioso de topar con quien vengarse de la contusión y las punzadas, pues al llegar a la morada de un pacífico y pobre cubano, que por allí vivía dedicado al comercio, le hizo dar muerte sin más ni más, socolor de complicidad con los revolucionarios. Por ese tiempo, si acaso no algo después, indultaba don Ulises, a fuer de acérrimo enemigo de la pena de muerte, a un individuo condenado a esa última pena por delitos tan atroces, que todo el público de Santo Domingo vio con profundo desabrimiento es ordinario acto



de clemencia. Sólo para un inocente no la hubo, ni dio Lilí lugar para ello. Su crimen, o sea la segunda muerte que cometió, siendo la de Juan Abad la primera, no pudo divulgarse, hasta después de caído el gobierno: por lo cual no tuvo la oportuna reparación, o más bien reprobación que requería; y fue, sin ninguna duda, el único hecho bárbaro que desdoró aquellas operaciones, tan remiradas e intachables en la parte que tomaban en ellas otros jefes. Pronto, por desgracia, hubieron de quedar sin efecto alguno. La revolución, en menos de tres meses, dilató su dominio por todos los puntos de la línea, y a toda prisa tuvieron las tropas legales que abandonársela toda. Entonces fue cuando vino el gobierno a resolverse por aquellas medidas extraordinarias que de muy atrás exigían las circunstancias. Justo es, empero, consignar ahora que ya un poco antes, cuando más enfrascado estaba en su riguroso legalismo, había hecho ver lo bien que sabía revestirse de la necesaria entereza, como fuera ello preciso para mantener en absoluto pura y limpia de todo ultraje su dignidad de gobierno constituido: sólo era de lamentar que no le asistiese la misma entereza en lo relativo a conjurar su propia ruina con la ruina legal de sus gratuitos adversarios.

El General Villanueva, quiso ceñir la espada de dictador durante la Evolución. Ido el General González del país, quedaron sus ministros con el gobierno, en lugar de un vicepresidente, que para la fecha no existía; y el General Villanueva, de acuerdo con ellos, o sin él, dio un golpe de Estado: asumió en sí todas las facultades gubernativas, y echó abajo a sus colegas. Pretendía hombrearse con la Evolución y echarla también abajo; mas fracasaron sus conatos; y así, la Evolución, que había dejado de ser gobierno desde que cesó la resistencia del General González, presidente de la República, volvió a serlo desde que intentó hacer lo mismo el General Villanueva, Ministro de



Guerra y Marina; en consecuencia, se constituyó el segundo o tercer gobierno que hubo en Santiago a partir del 27 de enero, el cual llevaba por título “Junta Gubernativa Auxiliar del Poder Ejecutivo”, nombre que le cuadraba, no simplemente, sino a maravilla, visto que su destino era reponer en sus puestos a los ministros suplantados, amén de seguirle causa por el escándalo a su autor el ministro Villanueva. El cual no esperó a tanto, sino que, conocedor de la marcha sobre el capital de una fuerte columna, con que la junta de Santiago apoyaba sus plausibles propósitos, abandonó el defraudado poder, y fue a buscar refugio en uno de los países extranjeros más inmediatos a la República. De allí salió después en requerimiento de sus lares, a bordo del vapor mercante norteamericano *Tybee*; y como se sabía que conspiraba contra el orden, y que venía desprovisto del indispensable salvoconducto, no le permitieron su desembarco las autoridades de Puerto Plata, primer puerto de la República en que tocó el vapor; y él, a su vez, no quiso saltar en tierra en Santo Domingo, lugar de su destino, según lo testificaba su pasaporte. Viendo el gobierno lo cual, intimóle la orden de bajar a tierra; pero fiado él en el pabellón extranjero a cuya sombra se vía, desobedeció el mandato: lo que determinó al gobierno a desembarcarlo por la fuerza, una vez que se había negado a verificarlo por la razón; y puso manos a la obra. Como si fuera un gobierno fuerte (y lo era en su derecho), no se curó de la vigorosa negativa que opusieron de consuno a su requerimiento el capitán del *Tybee* y el cónsul de los Estados Unidos. El capitán pretendió efectuar la rebeldía de abandonar con el pasajero a bordo el puerto; y lo hubiera puesto en ejecución, a no estorbárselo el gobierno con cuatro cañones que hizo situar en un punto conveniente, para hundir el vapor en los hondos senos de aquellas aguas, tan luego como se pusiera en camino. El cónsul, a su turno,



desplegó la bandera de su nación, sobre la parte de la cubierta por donde había de pasar el funcionario judicial encargado de hacer preso al pasajero: el cual recurso no fue parte para intimidar al representante de la justicia, pues con mucho comedimiento, y sin decir palabra, se inclinó y recogió la discolora tela, representativa de una de las naciones más poderosas de la tierra; hecho lo cual, entró a bordo y se apoderó del general, sacándolo de su camarote, donde se había ocultado. Tenía don Ulises la más profunda y perfecta conciencia del derecho, y procedió en este conflicto sin que modificasen la firmeza de su ánimo a la más leve indecisión ni el más leve apocamiento. El mismo gobierno de los Estados Unidos inclinó la frente, sin vacilar, antela legitimidad del hecho y del derecho, como lo demostró paladinamente, declarando no tener nada que objetar en este caso concreto, por cuanto no había el gobierno dominicano vulnerado ninguno de los derechos diplomáticos de la República norteamericana. Por tanto, confundidos y confusos quedaron los enemigos del gobierno, los cuales pronosticaban un desenlace mucho menos satisfactorio.

Cosa poca pasó al General Villanueva después de su extracción: algunos meses de cárcel. Al gobierno faltó tiempo para seguirle juicio, como era su propósito; y hasta comenzó a dar desde luego los pasos encaminados a ese objeto; pero atenciones urgentes a lo sumo le persuadieron el aplazamiento del juicio para circunstancias más adecuadas; y las presentes no hicieron más que seguir agravándose, hasta constreñirle a poner en estado de sitio la mitad de la República. Esa medida, reforzada, si vale decirlo así, con el nombramiento de un general en jefe de las tropas antirrevolucionarias, recaído en persona de tanto nombre y tanta mano como Luperón, puso al gobierno en aptitud de atender mejor a su defensa, de lo que antes había



hecho. Y ya era de todo punto imprescindible, atento a que, con haberla tomado, acabó a los pocos días la revolución por arropar a todo el Cibao, excepto algunos puntos, tales como La Vega, Moca, Santiago y Puerto Plata, que no pudieron ser ocupados en ese primer empuje, y fueron los oasis de la legalidad, en medio de la envolvente anarquía que a su vez formaba el natural y propio medio suyo. Al aproximarse a la última de aquellas ciudades, que al cabo sólo vino a quedar libre por el lado del mar, despachó el general en jefe a su encuentro buen número de milicianos, a las órdenes de Lili, con el ánimo de que la rechazara, o cuando no, la contuviese; y éste, no digamos que no pudo, digamos que no supo conducirlos a una fácil victoria, como cuando estaba el Presidente González en La Vega, o a una retirada siquiera no tan honrosa como la que verificaron en esos días los batallones de Santiago y Puerto Plata, de guarnición en la línea; los cuales, una vez insurreccionada ésta en masa, y llamados a Santiago con urgencia, ya para entonces sitiada, o a pique de serlo por completo, rompieron, a fuerza de tiros hechos día y noche, por entre los enemigos que casi los ceñían por doquiera, dominando una buena parte del espacio de más de treinta leguas que los separaba de aquella ciudad, donde con paso de vencedores, efectuaron tres días después su brillante cuanto difícil entrada. Lili, pues, engañado por un enemigo que sólo veía de frente a los principios, e ignorante de que le tenía también por otras partes, por retaguardia y por ambos flancos, le fue avanzando con la ufanía propia de un niño en el período de la lactancia, hasta quedar encajonado entre dos largas hileras de punzantes e infranqueables mallas, que había, o hay, en el camino real de Santiago, en el punto denominado Los Llanos de Pérez, o Bajabonico (o Bajabonito), a pocas leguas de Puerto Plata. Fue allí lo recio de la refriega. De todas partes le hacían



fuego los facciosos, ocultos en las espesuras circundantes; y si bien les causó no pocas bajas, siendo la de más importancia la muerte de su jefe, Jacinto Puerto Rico; en cambio, no hicieron ellas ventaja de ningún linaje, ni a las que tuvieron sus fuerzas, que padecieron, entre otras, la pérdida del capitán Benito López, ni mucho menos al pavoroso sálvese quien pueda, que a los pocos momentos sobrevino. Y fue que uno de los de su gente, o bien algún taimado enemigo entre ella metido, gritó en medio del fuego: “¡Nos están echando manga!” esto es, “¡Nos cercan los contrarios!”; a la cual voz, volvieron todos las espaldas, comenzando la más atropellada y afrentosa fuga de cuantas se han visto; verdad es que lo hubieran hecho de todos modos, pues acosados por un fuego irresistible, ya no hallaban cómo hacerse, si no era dando sueltas a las patas y poniendo pies en polvorosa. Y según vemos, bien merecía Lilí que le culpasen por la desbandada, teniendo en cuenta que obró la imprudencia más indigna de perdón, en arrojar y arrojar a los suyos en un peligro que debió haber antevisto y evitado; aunque nosotros, atendiendo poco a esa inaudita falta de habilidad, le vituperaríamos de preferencia el hecho de ser el primero en la carrera, en lugar de ser el último, pues ni un gamo le hubiera hecho ventaja en ella; por lo que, como después, en conversación recordativa de la pelea, dijese a varios oficiales, por sincerarse de la derrota, que “no había oído silbar una bala, “le contestó un personaje autorizado que le oía: “ ¡Ya lo creo, si corrías más que ellas!”

Tras esta humillante derrota, ya no quedó más camino, que reducirse al recinto mismo de la ciudad, y estarse a la defensiva, en acecho de ocasiones propicias a la ofensa eficaz de los sitiadores. Otro tanto se hacía en Santiago y demás poblaciones fieles al gobierno. Pero la situación general del mismo, distaba todavía de ser todo lo desesperada



que a primera vista pudiera creerse: aún no le disputaba la revolución el dominio de la otra mitad de la República, tanto, que no tuvo que vencer obstáculo alguno para reunir en El Seibo el ejército que mandó en socorro de Santiago, al mando del General Eugenio Miches; ejército este, que, por cierto, entró en la ciudad tan maltrecho, como su jefe malparado; porque, al acercarse a ella, no se supo cubrir con antelación los pasos en que podían cebarse los enemigos en aquella pobre gente, desconocedora del terreno que pisaba; y tal vez haya que repartir en partes iguales la responsabilidad del daño, entre las autoridades santiagueras y el general Seibano; pues a entrambos, al uno porque debió tener más presente que venía por primera vez al Cibao, y en tiempo de guerra; y a las otras, porque no ignoraban la venida de la expedición, tocaba por parejo haber visto la posibilidad y contingencia de riesgos semejantes, cuando se han de ver los riesgos que pueden sobrevenir en el curso de una empresa, que no es sino antes de haberlos corrido. Se debía la paz material de aquella porción de la República, el Sur y el Este, El Seibo, Azua y Santo Domingo, a que una buena parte del partido rojo no había entrado aún en la revuelta, por más que, pareciendo estar a decorosa distancia de ella, no dejaba de ampararla con sus simpatías y sus estimulaciones, prodigadas a mansalva unas y otras. Mientras estuvo reducida sólo a las comarcas del Noroeste, y aun después de propagarse por todo el Cibao, pasaba por verde, y no por roja, ni aun siquiera por verdirroja, pues sutiles los baecistas como zorros; cuidadosos de no dar nada que recelar a los verdes ni al gobierno, afanosos por conseguir la reconquista del poder tomando parte en la entablada lucha, no abiertamente, sino rodeando con ajena divisa las copas de sus sombreros, nada en absoluto hacían en su propio nombre, y de consiguiente, lanzaban la piedra y ocultaban la mano; debido a lo cual, no se veía



más que a los verdes en la escena. Según el común sentir, y a mayor abundamiento, según la creencia del gobierno y sus amigos, no habían de ser los rojos quienes hicieran causa común con los verdes, su constante pesadilla; y no haciéndola, claro estaba que sólo tenía el gobierno que habérselas con un solo partido, empresa menos difícil que si tuviera que averiguárselas con ambos; y como fácil es colegir, los mismo rojos suministraban pábulo intencional a tal creencia, pues al paso que también tramaban la caída del gobierno por las armas, aparentaban no querer hacer otra cosa en lo adelante, sino defender los intereses de su partido con la pluma; no querían, al parecer, ir en esto a la zaga de sus enemigos los azules; y se diría que les querían hacer ver como eran ellos no menos entendidos en el manejo de las armas morales que se llaman los principios; y así, los rojos doctrinarios, los rojos acatando un orden legítimo de cosas, en que no tenían ellos arte ni parte; los rojos ciñéndose al sistema de los procedimientos en que se venían distinguiendo de antiguo sus contrarios, era cosa tan contrapuesta de suyo a lo antes por ellos practicado, que todos, sin extrañarlo, o extrañándolo sobremanera, lo miraban con infinita complacencia, y ya se creía estar gustando el fruto que, tarde o temprano, suele producir en los espíritus la simiente de los buenos ejemplos, que tienen el poder soberano de arroparlo todo con su salubérrimo contagio; ya se creía conseguida la conversión de los rojos al civismo, merced a la persuasiva propaganda del apostolado democrático; ya como que se podían hacer apuestas afortunadas, a que sería turbado por otros el orden moral del país con maquinaciones a tiempo reprimidas, o el orden material con revueltas triunfantes o malogradas, y no por ellos en lo sucesivo, a menos que la violación de los derechos constitucionales por el siempre desatentado despotismo, los pusiese alguna vez en el caso inevitable de apelar a la insurrección,



que al fin de cuentas, es la manera con que mejor sabemos reivindicar nuestros derechos conculcados. El instrumento y artificio de su disimulo, es decir, lo que le daba forma eficiente, lo que le sintetizaba, era *El Observador*, notable papel capitalaño, cuyos artículos todos, hoy mismo, a la distancia de 23 años de escritos y publicados, parecerán de actualidad a quien los relea o los pase la primera vez por la vista, en alguna colección horadada de la polilla, o descolorida por el polvo y por el tiempo. A serio, brioso, ilustrado, contundente polemista, no le pudo ganar ninguno de sus coetáneos, los cuales enmudecían en su presencia, como bulliciosos pequeñuelos delante de un severo maestro; o apenas se atrevían a batirse con él en retirada, como con un experimentado general a quien no les fuera posible atacar de frente o avanzando; pues su fraseología, siquiera facunda, y siquiera compacta por su grande solidez, se prestaba bien a uno que otro reparo literario, que con mal encubierta timidez le hacían algunos de sus colegas capitalaños; de modo que sólo así, de flanco, y no encarándosele jamás, era como tal cuál vez osaban medir sus frágiles armas con las suyas; y de ese modo, así ponían de manifiesto su insuficiencia en materia que no fuese sacar a plaza defectos de forma, por otra parte insignificantes, como hacían que más fulgurase, por la falta misma de otra más luminosa, la nutrida y grave argumentación de su invicto contrincante; que acaso ha sido la hoja política escrita con más maduro seso y de más solicitada lectura, de cuantas han visto la luz en el país. Y a fe que los baecistas deben pasar toda la vida enorgullecidos de que tal papel como ése haya sido vocero y órgano de su partido. Sólo es lástima que fuera su destino, como dicho queda, servir de antifaz y parapeto a designios muy distintos de aquellos a que parecían enderezados sus trabajos: en cuya lectura se cimentó la confianza de que los verdes eran el enemigo, y no los rojos con



ellos, puesto que según el tenor de aquellos artículos, no abrigaban la disposición de usar otro instrumento de combate que la prensa. Jamás se vio pues de una parte y otra, de parte de los azules y de parte de los baecistas, respectivamente un error más grande ni una mala fe más consumada.

Conservaron “*El Observador*”, o sea el disfraz de opositores legales y bien intencionados del gobierno, a contar de los primeros días de éste, hasta que una fuerte remesa de recursos pecuniarios hecha de fuera, en un barril de *petit salé*, o tocino en salmuera, por los supremos directores del partido, los habilitó para lo que, por su penuria de adentro, no habían podido hacer con antes: para secundar a sus correligionarios cibaños, con las reservas zorrunas que habían todos a una creído conveniente adoptar, desde que comenzó la revolución, tanto con respecto al mismo gobierno, como respecto de sus compañeros de armas y asociados los verdes. Ya sólo iban a ser buenas esas reservas para guardardas con los últimos; no con el gobierno, que, viéndolos desenmascarados y lanzados, en su totalidad, y no parcialmente, a las vías de hecho, sabía muy bien cómo había de proceder con ellos en lo adelante. Y en tanto que venían a extremo tal como ése, por lo que hizo el gobierno extensivo el estado de sitio al resto de la República; y en tanto que también los verdes, para la causa común, recibían de su jefe desterrado otra remesa, no de dinero, de pertrechos, había la revolución dado tiempo considerable al gobierno para debelarla por completo en el Cibao, y restablecer sobre bases más estables la pública tranquilidad. Con efecto, después de llegar a las puertas de las poblaciones consabidas, y asediarlas estrechamente, fueron tan continuas y tan felices las salidas de las tropas contra ella, que al mes de sitio, necesitábase andar mucho, varias leguas en redondo, para ver algún campamento suyo, cuando antes a una milla, y aun a menos de una milla, se



topaban rebeldes sin número a quienes hacer nutrido fuego; las comunicaciones terrestres con Santo Domingo se hicieron cosa de todos los días, cuándo por el Cotuí, cuándo por Samaná; por la cual última vía llegaban correspondencias oficiales a Santiago procedentes de Puerto Plata, y a Puerto Plata procedentes de Santiago; con lo cual se ha de comprender que permanecía interceptado el camino real que a entrambas ciudades une; pero si se hubiera puesto empeño en desembarazarlo, hubiera llevado la revolución un golpe mortal con ello, y a poca costa conseguido, puesto que cerca, o en la línea de Altamira, que se puede considerar como la mitad del camino, en la sección bien internada de Río Grande, se hallaba el jefe de dicha sección, el pundonoroso General Francisco García, con fuerzas numerosas por él organizadas, las cuales no habían podido ser destruidas por los revolucionarios. Pero en Santiago, donde había más recursos en gente que los de misma especie habidos en Puerto Plata, cosa ninguna ejecutaron las autoridades en este sentido; y en Puerto Plata, donde no empece la dicha inferioridad en personas el haber hecho mucho y hasta el todo, sin necesidad de Santiago, no se tomó la empresa por lo serio, si por ventura ocurrió la idea de cosa parecida, ni se dieron los pasos necesarios para poner a ella las manos, si acaso hubo el pensamiento de acometerla. Lo más lejos a que se hubo de llegar por aquel camino, fue hasta esos mismos Llanos de Pérez, donde tantas balas habían llovido sobre los milicianos por Lili tan mal mandados. Pero nada igual pasó esta vez; y parecía que no se buscaba más, que ver hasta donde se podía llegar sin mucha resistencia de los enemigos, o en cuál proporción estaban ellos capacitados para oponerla con éxito. Y en verdad que cuanta pudieron tener preparada, con esperanza de asestar un revés tan fiero como el pasado, consistió en un cantón bien guarnecido de gente y embroquelado



de una trinchera, que obstruía el camino en toda su espaciosa latitud, frente o inmediato al profundo charco del arroyo conocido por Obispo, que no tiene otra poza ni más ni tan honda como aquella. Cualquier transeúnte hubiera dado por hecho, en presencia de la fortificación y campamento, cuando menos que una parte no pequeña de los que lo atacasen, caerían faltos del vital aliento, o con él, pero traspasados de balas, en el campo; y habría sido pésimo profeta, en consideración de que tal no sucedió, aunque lo propio era que tanto, y acaso más, hubiera sucedido. Mandaba Lilí a los de la ciudad, como siempre, desde los días anteriores al asedio de ella. No se podía negar que sus desatinadas disposiciones dieron ocasión al desbarate que ya se sabe; no se podía negar tampoco que debido a la misma negligencia suya en lo relativo a mirar por la salud de su ejército, proporcionó lo que algunos días después de dicho desbarate padecieron ellos en la subida llamada de Muñoz; y fue que sin pararse a examinar la posición por todos sus costados, sin pensar que podía el enemigo haberse puesto en emboscada en una y otra ladera de la subida, para lo cual se prestaba la gran confusión de árboles que robaban a la vista el terreno, echó a los pobres milites, uno tras otro, por el camino que surcaba la prolongada y estrecha planicie que corona el monte; y entre tanto que avanzaban sobre uno que otro enemigo que les hacía fuego en retirada por atraerlos hacia la sabana de Guainamoca, en que se inserta y remata la cumbre, los demás enemigos no hacían sino irlos diezmando desde ambas faldas, donde, al abrigo de la maleza, estaban libres y exentos de todo daño; quiere decir, que nada valía, en realidad, haber dominado todo el largo trayecto hasta la sabana, (lo que, por cierto, se consiguió, gracias a que, por escasos o exhaustos de pertrechos, tuvieron los emboscados que suspender sus tiros), nada valía no haber



sido derrotado y haber hecho próspera retirada, si esas operaciones no eran para contadas delante de las pérdidas que hubo entre muertos y heridos, y que fueron las mayores que aquellos leales defensores del orden experimentaron en toda la campaña. Pero, por lo mismo, se debía esperar ahora que, instruido por la experiencia de dos casi consecutivos descalabros, y como las veces que venció en Sabana Grande, y en Maluís, y en San Marcos, lugares próximos a la ciudad, le asistiría en esta otra ocasión el necesario juicio para no exponer su hueste a un nuevo y costoso revés. Y así lo hizo. Por tanto, llegando a tiro de ballestas de la trinchera, y al pie de un leve declive que la ocultaba del todo de la vista de sus soldados, mientras que todos ellos quedaban ocultos de la vista del cantón, los dividió en dos mitades, y al frente de la una colocó al General Federico Lithgow, a fin de que llamase por esa parte, mediante movimientos estratégicos bien hechos, la total atención de los atrincherados, en tanto que, penetrando él con la otra mitad por entre un espeso bosque desprovisto de todo sendero, que a la izquierda tenía, fuese a desembocar por detrás del parapeto y arremeter con los enemigos, de los cuales, quien, por herido, muerto o prisionero, no quedase allí mismo fuera de pelea, caería de cualquier modo que fuera en las filas del General Lithgow, lo que daba el mismo resultado: pero éste jefe, sin detener la consideración en tales menudencias, optó por ceñir él solo el pasajero lauro de tomar la trinchera; y cuando todavía iba Lilí con su parte de gente rompiendo a través de la intrincada selva, cuyo desigual terreno estorbaba la celeridad de la marcha, tanto como los mismos árboles, Lithgow, moviéndose rápidamente con la suya, llegó a fuerza de tiros al temido baluarte y le ocupó, sin dar apenas tiempo al enemigo de hacer algunos disparos, y sin experimentar, de resultas de los mismos, otras bajas, que la de su propio caballo y un



soldado heridos. Tampoco fueron de consideración las pérdidas del enemigo, reducidas acaso a dos o tres heridos, fuera del General Anselmo de la Luz, que, pasado por ambas piernas, se fue a rastras al seno del monte, donde se desangró y murió; pero ningún prisionero, porque, como se ve, hasta los imposibilitados de correr se pusieron en salvo, no habiendo quien les cortase la retirada; y apenas había Lithgow tomado posesión del campo, cuando apareció Lilí, el cual quedó sorprendido de un encuentro tan inopinado, pero con todo eso, guardó lo mejor que pudo su despecho; y como nada tenía ya que hacer allí, ordenó la prosecución de la marcha, esperando topar otros cuerpos enemigos, sedentarios o ambulantes, a quienes atacar. Taciturno iba por todo el largo trecho que anduvo más allá del desierto campamento: y los pesimistas, que no faltan en parte alguna, ya creían ver en ellos seguras señales de una ojeriza tan enconada, que podía tener malas resultas; porque sin ser perversos, y nada más que por falta de alguna experiencia, se ponían en lugar suyo, le prestaban sentimientos que, a fe, no desdecían de los siempre por él abrigados, y discurrían, que de lo hecho por Lithgow, a un golpe asestado en la mejilla con la palma de la mano, no había la más leve diferencia; en su concepto, Lilí así lo sentía, y como así lo sentía, por no dejar de suceder algo serio entre ambos, aunque fuera un tácito rompimiento tenía que haber desde aquella fecha, no importando que hubiera o dejara de haber en el hecho una perfecta reciprocidad; se hablarían cuantas veces fuera forzoso, y a Lithgow, que menos derecho tenía para estar resentido, no le costaría sacar fuerzas de flaqueza para dirigirle la palabra, y a cualquier hora, estaría pronto a solemnizar con él una reconciliación inalterable; pero Lilí no se allanaría jamás a franquearle la entrada en su reino, ni hallaría cosa tan de su agrado, como verle de reajo, y huir de tenerle la diestra, y



de la calle por donde, al encontrarse con él, tuviese que saludarle o devolverle su saludo; en resolución, no se mostraría reacio en disimular una que otra vez por conveniencia; pero, fuera de ahí, no habría forma, en todo el universo mundo, de hacerle olvidar lo pasado. En esto corrían veloces las horas de la tarde, y ya estaba formada en su mente la resolución de poner término a la recorrida, retornando a la ciudad, de donde se había tanto alejado. Pensaba, empero, retardar ese término, por ver de llegar poco más adentro, cuando al punto vino a precipitarlo el encuentro de la gente de Francisco García, quien acertaba, por maravillosa casualidad, a efectuar en día tal como ése, una expedición que a Puerto Plata tenía proyectaba, en solicitud de pertrechos y otros recursos. Se hubiera dicho que no esperaba Lilí otra cosa para salir de su sospechosa taciturnidad, según se puso de alegre, contando cuentos sin sal, o sea de la manera insípida y sin arte como sabe él hacerlo; y en todo, manifestando de nuevo el conversable talante que le había hecho compañía en la mañana, desde que dejó la ciudad, hasta que se detuvo frente al enemigo a dar aquellas disposiciones suyas, por Lithgow tan sin motivo trastornadas; quizás veía en ese impensado encuentro, algo así como la palma, el laurel, las ramitas de cualquier palo, o el trofeo, que mejor podía ostentar a la vista de los curiosos que luego habían de presenciar su entrada en la plaza; y con eso, nada le costaría consolarse de la falta de otro resultado, si con más ardor ambicionado, no tan valioso ni tan útil como aquél lo era; o tal vez lo verdadero era, que quiso, con deliberación o sin ella, fingir lo que no sentía, y los otros lo que hicieron sería levantar su fábrica de suposiciones sobre apariencias muy distantes de la realidad; porque fue muy brusco y sin transición el cambio que padeció su ánimo, para que vengamos a creer que llevaba lacerado el pecho por el rencor. No hay duda



que al atravesar de nuevo por el campo de batalla, dijo entre dientes unas cuantas voces con significativos gestos, y como que se remordió: indicio inequívoco, al parecer, de que no solamente hubo herida, sino que, a pesar del reciente contento, estaba todavía muy abierta y muy lejos de cicatrizar así en tan corto plazo. Pero de ser esto último evidente, sería tan de suyo tenues las raíces del mal, que no resistiría un choque análogo al primero sin extirparse de una vez para siempre; y al tiempo que así lo escribimos, también así lo creemos, fundándonos en que, llegado al “Corozal”, tan célebre por los espantosos lodazales que allí se forman cuando llueve mucho, parece que no necesitó más que ver los principios de aquella sabana, cubierta por todas partes de lozanas yerbas, para que corriera el detenido manantial de sus recuerdos y recobrasen actividad en toda sus aletargadas aficiones. No de otra suerte se concibe que se alborozara más de lo acostumbrado y que, con asombro de todo el mundo, se saliera de sus casillas diciendo en son de invitación cariñosa, como dijo, nada menos que al mismo General Lithgow: “¡Vamos a sabanear!” Los que moran en sabanas, o cerca de sabanas, máxime si son éstas de alguna extensión, llaman *sabanear* un ejercicio que consiste y estriba en recorrerlas, a pie o a caballo, en busca de alguna pieza de ganado que atrapar con un lazo, que, las más veces, llevan, en unas cuantas vueltas, terciado al pecho. De consiguiente, donosa cosa era un general en campaña, sustraerse a las nobles atenciones de su ejército, por saborear el placer criminoso de andar enlazando animales que no le habían costado su dinero, y en heredades y dehesas que tampoco le pertenecían: a riesgo de recibir ignominiosa muerte de las manos del legítimo propietario, cuando no de algún diligente baecista o verde, que tanto a su causa, como al derecho de propiedad librase para siempre de un enemigo en aptitud



de ocasionarle tan continuos como irreparables y funestos perjuicios. Prueba eso bien cómo ha entendido Lili el honor militar y el cumplimiento de los deberes propios de los empleos de toda clase y categoría que le han sido distintas veces confiados en su ya demasiada larga vida pública. El fruto de aquel breve *sabaneo* fue un hermoso toro negro, que llevado esa misma tarde a la ciudad, fue dos o tres días después vendido en treinta duros, según confesión espontánea del Comandante Gregorio Artiles, encargado por Lili para realizar el negocio. En el alma le pesó después al sujeto con quien lo realizó, conviene a saber, al comprador; el cual se pondría, lo más cierto, a echar sus cuentas sobre la res ya suya, sin saber cómo ni de qué manera fue habida, y con más fuerza de razón, sin imaginar que aquel a quien se la sustrajeron podía también estar echando las suyas para ponerlas en ejecución tan luego como la guerra terminara. No escogió, como era natural escoger, el partido de beneficiarse del animal en una carnicería, quizás pensando destinarlo a una carreta, pues en Puerto Plata son estos vehículos tirados por bueyes; y en verdad que quien tuvo la suerte de que así sucediera, fue sin duda el verdadero y legítimo amo del toro, quien, al quedar la plaza en poder de la revolución triunfante, pudo practicar las oportunas diligencias en averiguación del paradero del animal, y hacer valer su derecho, y sin más dificultad recobrar su cosa ilesa de todo género de menoscabo: lo cual no pudo verificarse sin gran perjuicio del comprador, que perdió irremisiblemente su dinero.

Algunos días después de lo de Obispo y el Corozal, trajeron a Puerto Plata la noticia de haberse iniciado la reacción en la línea Noroeste. Se dio este nombre a la contrarrevolución comenzada por los amigos del gobierno, que habían quedado dispersos en aquellos lugares, hasta esa fecha revolucionarios en su totalidad: movimiento que



había estallado consumando un hecho tan digno de atención y tan alentador, como la toma de Monte Cristi, cabecera del distrito. Y era que, como no hacía el gobierno serios esfuerzos, o no realizaba uno supremo, en vista de anonadar a la revolución, la revolución, antes de acabar con él (y poco le faltaba ya), le ofrecía la coyuntura y hasta los medios de acabar con ella. Porque tienen eso las revoluciones, que, cuando no las vencen, y no pueden ellas vencer, ofrecen mil veces, sin quererlo, la ocasión de ser vencidas. Esta debió haberlo sido más de una vez, que no una sola, máxime cuando llegó a tal grado de impotencia, que ya no sabía qué hacer, y no hacía nada; en lo cual, para que al fin prevaleciese, le cupo la fortuna de que tampoco el gobierno hacía cosa que se pudiera llamar la trascendencia contra ella. La causa de tal postración no se debe buscar en la carencia que durante un tiempo largo tuvo la revolución de los necesarios elementos de guerra, porque así sería forzoso, entre otras cosas, admitir que no era fuerte sino débil el gobierno para debelarla; y a la verdad, no le era necesariamente. Lo mismo le hubiera pasado con esos elementos a su disposición: siempre se habría echado de ver su impotencia, porque siempre hubiera caído en ella, por cuanto traía su origen este inconveniente, de una causa más general y más fija, que llamaremos ley, y es ésta: que salvo una que otra excepción, de que no puede librarse ninguna regla, las revoluciones tienen tres períodos: estallan con ímpetu y estruendo, y ganan mucho terreno, en gran parte debido a la poca resistencia que hallan en el gobierno, a quien, por lo regular, cogen desprevenido; pues en efecto, la revolución es como una ola: de su fuerza y proporciones iniciales depende que avasalle todo el país de un golpe, o sólo una extensión más o menos considerable de territorio; pero desde que ocupó lo que desde luego podía ocupar, en virtud de su inicial impetuosidad, no sigue adelante, y



queda paralizada; y así paralizándose, termina y se cumple su primer período, y toma principio el segundo, que se puede nombrar el período de la lucha; lo cual es así, porque ya el gobierno, repuesto de la sorpresa, repuesto del primer choque violento, que ha podido ser más o menos contundente para él, y no mortal sino rara vez, ha opuesto a las fuerzas revolucionarias una resistencia siempre, o las más veces, superior a ellas, por cuanto el gobierno dispone siempre, o casi siempre, de más medios para resistir, que la revolución para avanzar: entonces lucha ésta contra él brazo a brazo, y o sigue adelante, o cesa, perdiendo parte del terreno ganado, cuando no lo pierde todo de una vez, y muere; porque todo solamente de la resistencia depende: si ésta puede ser arrollada por la revolución, esto es, si el gobierno afloja, el gobierno cae, si la revolución puede ser arrollada por ella, es decir, si la revolución cede, la revolución fracasa. Este segundo período, de duración indefinida, cuándo corta, cuándo larga, es el más laborioso y el más arriesgado de toda revolución; pues en éste, siempre son vencidas. En el tercero triunfan. No todas, empero, alcanzan este último período; pero no hay ninguna que por el segundo no pase o en él no se quede, a causa de que siempre se localiza en un distrito, provincia o región, sin conquistar ninguna plaza, sin avanzar un palmo de terreno, hasta que allí fenece; y todavía en sucesivas expansiones abarque armipotente toda la extensión del país, siempre queda estacionaria un tiempo, pues le quedan al gobierno las plazas fuertes, que serán a manera de diques infranqueables para ella, mientras aquel fuere potente para defenderlas y conservarlas, defendiéndose y conservándose a sí propio. Por tanto, un gobierno puede muy bien ser sorprendido por una revolución, y esta revolución tomar de una vez proporciones alarmantes; eso nada importa, siempre que prevenga el ataque con actividad y reciedumbre, dando el más



acertado y diligente oficio a los recursos que la ley, su influjo, su poder, su autoridad misma de gobierno amontonan en torno suyo; pues para toda revolución, la dificultad está en saber superar esos recursos, lo que, bien mirado, nunca o rara vez debiera poder. En fin, el caso es no dar tiempo a que pase de su segundo período; y las más veces, nos se necesita que salga de él merced al movimiento de sus propios esfuerzos: una causa cualquiera, interna o externa, dependiente o no de la ciega casualidad, pero independiente del gobierno y ella, una complicación con que nadie contaba, un conflicto, una repentina y vil alevosía, aun traición, puede hacerle accesible la entrada en el tercer período, en los momentos en que más difícil lo veía, y al cual pasa siempre de manera tan insensible y subitánea, como pasa del primero al segundo período. No debe pues un gobierno jugar con una revolución; no debe usar de contemplaciones con ella: lo que valdría tanto, como usarlas con la fiera que pretende y quiere devorarlo, cuando lo propio es evitar ser devorado, dándole cabal y pronta muerte.





XIX

Los reaccionarios montecristeños, en quienes, como bien se mira, brillaba encendido en la luz de un nuevo, puro y noble significado esa vieja palabra, de ordinario tomada en desdorado sentido, como signo habitual de una idea retrógrada y nada buena, daban el parte de su acción, encareciendo la necesidad que tenían de gente armada, para llevar adelante la obra emprendida; en consecuencia de aquella urgente demanda, salió el otro siguiente día, en dos goletas a que otras dos se agregaron en la travesía, una parte de la guarnición de Puerto Plata, puesta por el general en jefe bajo el mando de Lili, a quien, como de costumbre, creía el más apto para todo género de operaciones militares, a mayor abundamiento, tratándose, como en este caso se trataba, de la línea Noroeste, donde aquél había tanto batallado, y era, por eso mismo, ventajosamente conocido. No fue óbice la grande penuria de la hacienda puertoplateña, para reunir, amén de una crecida cantidad de vituallas, una regular suma de dinero, destinada ex-profeso al racionamiento posterior de la expedición, la cual suma fue puesta en las manos, para el caso tan buenas, como las del mismo general expedicionario. La siguiente mañana tomaban las naves tierra en Monte Cristi, pero no se pudo saltar en ella.



La patriótica reacción había sido vencida, y la localidad recaído en poder de los revolucionarios, que a esa misma sazón tocaban la generala y en gran número estaban formados en la Plaza de Armas, cosa que la distancia no estorbaba ver desde las goletas. En esta emergencia, vino muy a mano un extenso cayo situado a un lado de la bahía, pues en él pudo alojarse la expedición, ínterin continuaba Lili por mar para el puerto haitiano de Fort-Liberté, con el fin de pasar a Juana Méndez, que inmediato quedaba, y desde allí ponerse al habla con los reaccionarios, que a los contornos de Dajabón se habían retirado tras la pérdida de Monte Cristi. Cuatro días duró su ausencia, y en la madrugada próxima hizo vela con la expedición para la bahía de Manzanillo. Se operó el desembarco en playas haitianas, por *Marie Barou*, como llaman en francés a la importante porción de llano y numeroso terreno, que arranca de la izquierda orilla del Massacre, se interna bien adentro, baja bien abajo, y linda con la desierta costa, sustentando a pocos pasos de la desembocadura del rayano río, los vestigios de una de las fortalezas levantadas para la propia defensa durante las guerras habidas por luengos años entre haitianos y dominicanos. Eran las cuatro de la tarde cuando todo se hizo a un tiempo, saltar en tierra, y seguir ruta, por un angosto sendero, con dirección a la referida Juana Méndez, por donde se verificaría el tránsito a la tierra dominicana que se buscaba. No conociendo esos lugares, había tenido Lili la precaución de traer del citado pueblo haitiano a un mozo llamado Manuel, para que le sirviera de práctico, pues aunque dominicano, conocía palmo a palmo la vasta faja de territorio componente de la circunscripción del Cabo Haitiano. Y viéndolo bien, eso hubiera ocurrido a las mientes de cualquiera; por lo cual no es para elogiada semejante prevención. Lo que sí hubiera constituido en Lili un mérito de primer orden, habría sido



que, al pensar en hacer toda la marcha por ese mismo pedazo de territorio, se le hubiera representado la contingencia de que las autoridades haitianas se opusieran; o que hubiera conocido el derecho internacional lo bastante, para saber que debía recabar, antes que nada, un permiso escrito de las autoridades de Fort-Liberté; o ya que no le era posible saberlo, le habría sido menos honroso, que a la manera de un general experto, hubiese discurrido preliminarmente más atinado y seguro itinerario: con lo cual hubiera hecho una cosa muy grande, pues hubiera con ella ahorrado a la expedición las a él solo imputables penalidades pasadas por ella en todo el curso de aquella noche, no del todo compensadas con un plácido amanecer en medio de cariñosa gente amiga. Porque la luna, en toda su plenitud, esclareciendo el camino, y las viviendas aisladas, y los compactos caseríos, que a trechos lo ladeaban, perdió por inevitable modo a todos; pues favorecido de ordinaria oscuridad, el paso de tanta gente armada, se hubiera efectuado sin que nadie lo advirtiese, dando, a ser ello menester, la última mano a ese condicional supuesto, el omnímodo silencio con que iban todos andando; pero con tanta claridad, tenían que ser advertidos e infundir en aquellos vecindarios una justificable alarma, capaz, no de dejarlos pasmados de temor, sino de moverlos en el acto a inquirir de una manera soberana el motivo y razón de aquel para ellos extraño tránsito. Y así sucedió a las nueve en punto. Se había dejado atrás, ratos hacía, la estrecha vereda, y desembocado en un camino real conducente a Juana Méndez; y apenas pasado un nuevo caserío, el último que se vio, salieron por la delantera del camino dos individuos armados, sin duda policías del lugar, ordenando a los expedicionarios retroceder, con palabras tan destempladas, groseras e imperativas, como si trajeran con ellos un poderoso ejército en apoyo de su pretensión. Los nuestros



quedaron estupefactos, no de la orden importuna, que al pronto desobedecieron, sino de la extraordinaria ligereza con que la noticia cundió de unos caseríos a otros por ocultos caminos, que no de otra manera se debía interpretar el hecho de haberles salido de improviso por delante aquellos hombres a pararles la marcha que acelerada llevaban. Y si era verdad que no traían fuerzas consigo, también lo era que las tenían bien a la mano, pues bastó a uno de ellos, comisario según cuentas, dar dos o tres voces determinadas, resto quizás de los usos especiales que imponían en esos lugares las necesidades propias de las guerras pasadas, para que los vecinos de todas partes acudiesen armados al camino; y tantos fueron, y con tal rapidez iban llegando, que sobrepujaron en breves minutos el número regular de nuestros expedicionarios. Viéndolos aparecer de todas edades y por todos lados, teniendo todo género de armas, los más con carabinas, vestidos unos, y otros a medio vestir, se hubiera dicho que los abortaba el monte mismo por donde salían, corriendo en confuso e inquietante tropel. Forzoso se hizo entonces a nuestra gente volver pies atrás. Hiciéronlo pues así, llevando en paciencia los rudos e inalcanzables terminachos con que, siendo ahora el más fuerte, y blandiendo con furiosos ademanes su habitual garrote (*coqmacaque o cocomacaque*), pretendía el comisario reprenderlos, porque atravesaban por su lugar de aquella guisa. En esto advierten que no estaba Lilí con ellos, y ninguno sabía dar razón del rumbo que había tomado. Con esta nueva contrariedad comienzan a estar inquietos, cuando, unos cien pasos más allá, dan con él en un recodo del camino. Le hallaron departiendo con el jefe de aquel litoral, que, a la novedad, también había salido de su domicilio a tales horas. Era todo un general, de los que hay que saludar con muestras de la más acendrada reverencia, y a quienes hay que hablar con un rimero



de atenciones por delante; pero lo que había en él de riguroso en esa parte, se reducía de suyo a nada, en presencia de su bondadoso carácter, lo que le ayudó sobre modo a darse cuenta cabal, ante las explicaciones que le hizo Lilí en francés, o por mejor decir en el patués que hablan los haitianos, de que no había perversa intención en el hecho que tan alborotados traía todos esos contornos; y rendido a esa propicia persuasión, consintió en que, donde no faltaban caminos para ir a cualquier parte, se buscase, sin pasar más adelante, alguna senda que fuese a morir en breve tiempo en la misma línea fronteriza, o sea en el río que la constituye, puesto que no estaba investido de autoridad bastante para permitir que, por aquella vía, ni por otra que no fuese la señalada, se pasase con armas a Juana Méndez con destino al territorio dominicano, al que por la misma razón, era preciso llegar a la mayor brevedad posible. Sin tiempo pues que desperdiciar, fue Manuel requerido para sacar de aquellos parajes a la gente como pudiese; y él, a despecho del conocimiento que tenía de las grandes asperezas del terreno que iban a hollar, y del cúmulo de trabajos que aparejaban ellas, por allí mismo se metió en el monte, seguido de los demás, los cuales empezaban a sentir lo que a esas horas era el hambre, así, en lugares donde no había medio alguno de satisfacerla. Y tal parecía que se abría el camino al paso de Manuel, según la seguridad con que se internaba, buscando aunque fuera un ligero rastro que hiciera menos incómodo el trayecto. Como sabueso que pierde la pista, se apartaba de la gente a veces, para buscar, siempre más adentro, el carril o claro del suelo interrumpido por un accidente cualquiera, y ahí mismo volvía por los demás, que, lo más fijo, de pies todos, sin rendirse al cansancio, compartían el mismo pensamiento, de que, por culpa de su jefe, que no tenía conciencia del peso de las funciones que venía ejerciendo,



daban aquel mortificante rodeo, que les alargaba el camino cincuenta veces más de lo que, por el que llevaban, o por otro mejor elegido de antemano, hubieran tardado en llegar al punto de su destino, donde, a esas horas, al presente de dolorosa vigilia, estarían entregados al goce de un tranquilo sueño, después de gustar de algún alimento, bastante a moderarles el hambre que llevaban, cuando no a mitigársela del todo. No fue pequeña ventura tener lumbrera tal como la refulgente luna que hacía, bien que alumbraba tan sólo la mezquina porción de suelo a que podían alcanzar sus rayos, penetrando por los claros e intersticios del complicado follaje, cuya insistente sombra ocupaba siempre lo más. Por lo tanto, esta casualidad de ser la luna clara, hizo frente, con suceso, a no escaso número de dificultades por entre monte inmenso, en que la trilla, más de animales montaraces que de gentes, desaparecía todas las veces que le daba la gana. Con todo eso, ni aun en medio de la más densa oscuridad, se hubiera encontrado perpleja la destreza de Manuel: pues era un baquiano de los que improvisan un sendero allí donde no hallan ninguno, y en el suelo donde afirman la planta, de noche o de día, con luz o sin ella, no encuentran riscos, quiebras, hondonadas, elevaciones, fragosidades que los desorienten; pues son como nautas de la tierra; donde quiera caen de pies, como los gatos, y expeditos para seguir su camino en dirección exacta del punto a que les interesa dirigirse. Y cuando, por haber andado atendidos a lo mucho que, por dicha, daba de sí esa grande habilidad del mozo, no había más forma que pasar por sobre lo que se ofreciese, y seguir adelante, de manos a boca se presentó una laguna, cuyo encuentro no se pudo evitar, dada la recta dirección al Este, que se llevaba. Media hora mortalísima, vestidos todos, y calzados los que venían de este modo, anduvieron por el agua y con ella siempre a las rodillas. Algo más allá corría el Massacre, y



con tan sereno y silencioso movimiento lo hacía, que ninguno lo percibió hasta no arribar a sus márgenes cenagosas; de modo que, aunque doloroso, el paso de aquella laguna fue a guisa de necesaria preparación para cruzar el caudaloso y ni angosto ni ancho río; así que, verlo y atravesarlo por un cercano vado, todo fue uno; con lo que acabaron los trabajos del agua para continuar los de la tierra por ellos interrumpidos, porque no habían todavía llegado con éstos a su colmo y superávit, los que traía esa tremenda noche aparejados, en la que faltó solamente la persecución activa de un enemigo aguijoneado por la saña, la persecución verbigracia de los mismos haitianos, para que viniera en todo a ser igual y semejante a esas noches por excelencia tristes, en que un ejército incapaz de seguir batiéndose, ni de conservar sus posiciones, ha emprendido una difícil y forzosa retirada, por no rendirse a la siniestra merced del enardecido vencedor.

Creían los de aquella expedición, compuesta, en su mayoría, de gente bisoña, que finalizaría por encanto el amargo penar suyo, no bien tocasen, cual Anteo, la tierra de promisión de que airada deidad los alejaba con obstáculos tamaños. Razón no les mancaba. Esperábanlos allí mejor suelo, mejor camino, mejor luna, mejor ambiente; pero en comercio íntimo con miserias, si no del jaez de las que acababan de pasar, a lo menos enderezadas en sentido paralelo a todas éstas. Porque ya no había de ser como en territorio haitiano, donde, salvo la penosa parte que acababan de dejar detrás, a cada paso aparece una casa o lugar cualquiera, cuya vista recrea el ánimo del viandante, y apenas de le deja notar que hace tiempo que va caminando hacia un punto algo distante; a más, que hay siquiera la posibilidad de acallar los reclamos del hambre, con cualquier comestible cocido, comprado de pasada y consumido al compás del paso que se lleva; sino que por allí, la soledad



era completa; y el mismo caminar por sitios llanos en extremo, como aquellas sabanas anchurosas, que parecen una sola en cuanto a lo sucesivas, iba siempre haciendo sensible, con angustia y desaliento, lo largo del trayecto que había que transponer para llegar a Dajabón, la meta de su viaje. La inevitable aridez de aquellos sitios, vasallos perennes de un sol abrasador, no dejaba parar sobre la superficie del suelo cosa que se llamase agua, para que pudieran tomarla de cualquier manantial vecino en el hueco que forma la mano encorvada sobre sí misma, y humedecer sus gargantas, en el caso de que las trajesen abrasadas por la sed; pues el hambre misma, que no había encontrado aún en todo el camino, como la sed, materia con que saciarse, deponía sus incomodidades, anonadándose de suyo ante la convicción dominante ya en todos los ánimos, de que, ni a tales horas, ni en toda esa mísera noche, depararía la fortuna el codiciado pábulo. En permuta, se presentaba el hielo natural con que, sea en las montañas, sea en los espacios abiertos a todas las corrientes del aire, contesta siempre la media noche al calor más o menos sofocante del medio día; y de consumo con la humedad de la ropa y los calzados con que pasaron el agua, engendraba un frío sutil, que les llegaba poco menos que a los huesos. Por otra parte, apenas daban un paso sin perder el dominio sobre sí mismos, e irse uno sobre otro, como si no tuviesen presente que caminaban, o una fuerza misteriosa los empujase, por ver de hacerlos caer de bruces en aquella ingrata vía, y así acabar la empresa de rendirlos; la cual fuerza era menos una ilusión, que una viva y patente realidad, en cuanto que a todo trance bregaba por cerrarles los ojos, y acrecía su invencible reciura mientras más cuidado y atención ponían ellos en tenerlos abiertos; pues era el sueño, que les embargaba los sentidos, que los dominaba, que hacía valer en ellos sus fueros, nunca impunemente



conculcados, cobrándoles con desapiadada inflexibilidad el tributo que a esas altas horas acostumbraban a satisfacerle, y que no podían eludir, por más que aquel movimiento mismo de la marcha, y los cabeceos, y las vacilaciones, y los choques de uno con otro, y el agudo frío que todos padecían, y los tropezones continuos, dolorosos en particular para los que iban con los pies descalzos, los estimulasen a poner en juego todas las potencias de su espíritu, para vencer la necesidad de dormir; hasta que cesase la imperiosa precisión que tenían de no ceder a esa necesidad en parte llena de no pocos peligros para ellos, como la vía pública. Por fin, estropeados de cuerpo y ánimo, pisaron las orillas de Dajabón a las cuatro de la madrugada. Dejólos allí Lilí, en tanto que se aseguraba de que no había gente sospechosa en la población; y para ésto, entró con sólo Manuel en ella, y exploró sin tropiezos todos sus puntos, hasta el baluarte que la defendía. Finalizada esta diligencia, entraron todos gozosos, o para decirlo más bien, atravesaron de Norte a Sur la plaza, en dirección de un sitio agreste a propósito para dedicar al sueño lo que tardaba en esplender la mañana del nuevo día. No bien se pusieron en pie, después de sosegar esas breves horas, verificaron el acto de poseionarse del pueblo; acabado lo cual, acudieron a él, armados de todas sus armas los amigos, los de la reciente acción de Monte Cristi, advertidos con anticipación bastante de la venida de sus nuevos compañeros. Acto continuo, el que hacía de habilitado, racionó a unos y otros, de los fondos traídos de Puerto Plata para los gastos de la expedición. A ese tiempo, atraídas por la noticia, y por ser sábado, día de feria en Juana Méndez, estaban a la orilla del río limítrofe, pregonando sus apetitosas mercancías, puestas casi todas en sendas bateas a la vista, unas cuantas vendedoras de café, leche, infusión de jengibre, calientes bollos, empanadas, longanizas aderezadas, queso de flandes, con



su correspondiente bastimento de fresco pan y tajadas fritas de plátanos amarillos, y de retaguardia, trozos de sabroso piñonate y otros agradables dulces, que no entraban mal después de aquellos condimentados alimentos. No vino nunca en socorro de un hambre trasnochada, sin solicitarle a costa de alguna fatiga, o sin hacerlo prevenir a costa de alguna espera, un desayuno tan copioso y confortable por su excelente calidad; ni tampoco vinieron nunca tan a tiempo los medios de saborearlo, una vez preparado por quien no había de servírselo gratis a ningún desconocido. Era cosa digna de ver el entusiasmo con que, terminado el festín, se prometían entre sí, vendedoras y parroquianos, hacer lo mismo todos los días, aquellas producir la misma clase de viandas, y éstos consumirlas. Había quien encargaba un marmitón de jengibre para tomarlo con tostadas de pan untadas de mantequilla; otro, ansioso de cobrar fuerzas, pedía ponche de leche batido con huevos, especias, y un poco de brandy dentro; alguien, chicharrones de barriga; éste, una taza de sancocho; el de más allá, gallinas asadas; tal, lonjas de jamón fritas con plátanos y huevos, separada cada cosa; tal otro, frutas en almíbar, y hasta vino de Oporto, y otras gollerías. Hacían todos cuenta, que aquello había de durar, repitiéndose, mientras permaneciesen por allí, de la manera misma que había principiado; nada les parecía más natural, ni más razonable: tan lejos estaban de suponer que, no se habían de convertir en realidad alguna esas fantásticas esperanzas. Y aún no habían acabado de forjárselas, o estaban revolviéndose a sus anchas en el deleite que les producían, cuando tuvieron que salir del pueblo, en acatamiento de una disposición tomada por Lillí, antes que inspirado por su personal prudencia y precaución, en fuerza de la necesidad, o de lo que había siempre visto hacer por allí en otras circunstancias iguales a las presentes. Y no podía ser de otro modo. La misma naturaleza de



aquellas comarcas de la línea, por do quiera uniformes, por do quiera extensas, impone la ley de que no acampen tropas en las poblaciones, a no ser en tiempo de paz, o a menos que, por numerosas, puedan tener de su parte todas las ventajas, o superar las posibles desventajas de la localidad. Fuera de ahí, en tiempos de revolución, acampan en las sabanas circundantes, bajo los palos de algún montecillo, que las defiendan de los ardientes rayos solares; pues allí, las raras veces que no tienen que hacer salida en busca del enemigo, permanecen todo el día en espera suya; y si éste se presenta en número superior a ellas, les queda el recurso de una retirada fácil hacia donde conveniente les sea; mientras que, dentro de una población, se verían estrechadas, hasta tener que rendirse, faltas de campo abierto por donde ponerse con tiempo en decoroso salvo. No conociendo pues esa circunstancia, esperaban nuestros hombres tener a Dajabón por campamento. Sin embargo, no iban lejos en busca de otro paradero, menos cómodo, es verdad, pero, en cambio, menos peligroso; no iban más que hasta doña María, lugar situado a unas dos millas o a una legua de la población, y de los más adecuados para el caso, pues sobre no pasar cosa, en muchas millas a la redonda, que desde allí no se divisara distintamente, había constante y regalaba sombra, y brindaba con fresca y abundante linfa un tranquilo arroyuelo que a un lado y a pocos pasos de allí se deslizaba. De consiguiente, no había por qué lamentarse de la separación y la distancia, siempre que cada uno tuviese todos los días el dinero indispensable para satisfacer su refinado gusto, sin el más leve quebranto de sus deberes disciplinarios; pues teniéndolo, haría venir de la población cuanto quisiese, sin omitir las encomiendas hechas a las mujeres, a menos que, viéndolos partir, y sin saber a dónde iban; dieran éstas por no celebrado el compromiso con ellos, como efectivamente lo dieron. Sobre



las cinco de la tarde, ya bien hallados todos con el lugar, los sorprendió desagradablemente nueva orden de marcha. No obstante, les duró el desagrado el poco tiempo que tardaron en comprender que debían pasar la noche, no allí donde acababan de pasar el día, tal vez sirviendo de cómodo blanco a la siniestra mirada de algún distante y cauteloso espía, sino donde durmieran entera la noche, a cubierto de ser sorprendidos y atacados cuando menos esperasen. Para ese fin, allá en lontananza, opuesto al sol que declinaba, y de lleno alumbrado por sus rayos gradualmente horizontales, se vía un conjunto caótico de árboles y arbustos, formando bosque, o formando isla, porque no semejaba otra cosa en medio de la sabana, tan análoga al océano. Su extensión y distancia no podían ser apreciadas a la simple vista; mas ellos, que hacia ese preciso punto enderezaban los pasos, tuvieron, sin quererlo, que ir recordando, con amargura, el caso entero de la pasada noche, desde que, contando, al ponerse de una vez en camino, con que, a lo más, emplearían diez minutos o un cuarto de hora en llegar, comenzaron a darse cuanta de una ilusión que se padece de ordinario en aquellas grandes sabanas, y que consiste, sin alteración alguna, en verse los objetos siempre más próximos de lo que se hallan en realidad: los cuales como que se van alejando, a medida que hacia ellos se avanza: sin que haya quien, siquiera una vez, no se deje seducir por el testimonio, nunca más engañoso, de la vista, por cuanto es una especie de noviciado que allí siempre paga el forastero. Bien pues lo pagaron ellos por su parte, y con creces, debido a la misma causa, esto es, a la ausencia en ellos de un anticipado criterio con que apreciar desde un principio la distancia, y no ser burlados por engañosas apariencias. Los días venideros, con excepción de uno solo, tendrían que hacer la misma peregrinación en pos de un dormitorio siempre distinto del anterior, y hasta que recorrer una distancia



más grande a veces, a fin de dar con uno siempre menos expuesto a un desastroso rebato; pero con la recién adquirida experiencia, ya no sentirían tanto lo largo del camino, ya no lo sentirían pesado, ya no saldrían chasqueados en sus cálculos sobre la distancia de unos lugares a otros, al estimar en diez minutos la que debía ser apreciada en media hora o acaso más; ya no extrañarían llegar de noche al punto de parada, no embargante haber salido temprano del punto de partida, como habían salido esa tarde y como habían llegado esa noche, aunque sin sed y sin hambre, por haber comido y bebido a su cabal satisfacción durante todo el día, y con la infalible seguridad de reponer en diez o más horas de imperturbable y reparador descanso, lo que les quedaba de somnolencia después de haber dormido las dos primeras horas de la mañana de aquel sereno día.

De vuelta en su cuartel de doña María la mañana siguiente a las siete, ninguno había que no estuviese acordándose del delicioso desayuno de la víspera, creyendo estar a punto de llegar los momentos de comer otro no menos excelente. Se diría que para comer buenos desayunos habían ido a la línea, y no para pelear, a fin de ir mejorando la situación por aquella parte cuanto les fuese posible; pero lo cierto era que ni había enemigos en todos esos contornos, ni podía la hora ser más adecuada para sólo pensar en satisfacer el apetito lo mejor que se pudiese. Las primeras diligencias de la mañana iban enderezadas a ese fin; Lilí en persona debía practicarlas en su parte más difícil y esencial; en esa virtud, acompañado de algunos oficiales y soldados, que habían de ser los portadores de las raciones, siguió para Juana Méndez adonde, antes de salir de Dajabón el día anterior, había, hecho llevar todo el dinero, para tenerlo allí en depósito, como diría cualquiera, y ahorrar así el embarazo que le hubiera traído el tenerlo en el propio lugar donde acampaba.



Sin duda que por una decepción o disgusto grande, se había retirado a Juana Méndez, con su familia, don Máximo Grullón, desde los principios de la presente discordia, o más bien desde que tomó las alarmantes proporciones por las cuales se vio el gobierno forzado a usar contra sus promotores, de las extremas medidas de que había omitido echar mano en tiempo más oportuno. Grande sin ponderación fue la falta que hizo en Santiago este prócer en aquellas difíciles circunstancias, en que, para salvar el orden y todo lo que había entonces que salvar con el orden, como la inmensa honra que trajeron al país los actos y sucesos de principios de año, se necesitaba en esa ciudad, lo mismo que había en Puerto Plata, un hombre de gran energía de carácter y esforzado espíritu, que tuviese dependientes de su arbitraria disposición e iniciativa, los asuntos de la guerra, y de consiguiente, las operaciones constitutivas de los medios únicos con que se podía darle pronto fin, en exclusivo provecho de la situación y total ruina de sus encarnizados enemigos; pues así como nada hubiera hecho Grullón en Santiago, sin tener en Puerto Plata el apoyo de un hombre como Luperón, así fracasó Luperón en Puerto Plata, por no haber tenido el apoyo de un hombre como Grullón en Santiago. El mismo Luperón no dejó esos días de reconocer lo mucho que se hubiera hecho y lo mucho que se hubiera ganado con el concurso de un hombre de acción y de cultura de los quilates de aquel patricio; pues no se hubiera malogrado la situación. Y Lili, que conocía no tener mas que tocar a sus puertas, estando de por medio la salud de la República, para que sin vacilar le atendiera con su patriótica contribución, se fue derechamente a él, sin tocar en parte alguna, ni aun en su propia casa; y ora trajese instrucciones expresas o verbales al efecto, para en caso de verse falto de recursos, o ya no trajese ninguna y procediera de mala fe, como en



todos sus actos procedía, le hizo creer que le faltaba para ese día, y consiguientemente para lo sucesivo, con qué racionar a sus soldados, por haber traído fondos de Puerto Plata lo mas para las atenciones del primer día. En consecuencia, le pidió le auxiliase con una determinada cantidad de provisiones, de las que más rindieran, como macarelas, bacalao, arroz, y pan de munición. Nada le dijo de aliños o especias, nada de manteca, nada de saín o tocino, que llaman en francés *petit salé*, para dar buen sabor al arroz, ni de azúcar o melado de caña con que tomar café por la mañana, o infusión de jengibre, o de cualquier yerba que a ello se prestase, y que no era difícil hallar en la sabana; y esto, que sabía como una buena parte de los expedicionarios era gente de mucha delicadeza, que se habían de hastiar a las dos o tres veces que comieran una misma comida, sin ninguno de los ingredientes que hacen pasable y hasta sabrosa la vianda más de suyo rebelde al gusto de personas hechas a tomar buenos manjares. El patriota hizo más que darle las provisiones para ese día, le dio entera seguridad de suministrarle la misma clase de artículos, mientras allí durase con su tropa; y él, gozosísimo del éxito, se retiró entonces a su domicilio. Antes había remitido las vituallas con los soldados, los cuales al echárselas al hombro, en sacos y en cajones contenidas, concibieron cierta duda, como sintiendo que ya no iban a venir exactamente las raciones a la medida del deseo de cada uno; y cuando llegaron a doña María, se apoderó de sus compañeros el mismo indeciso recelo suyo, a la vista de los víveres; pero ni unos ni otros dieron entrada en ellos al desencanto, porque, no una, ni dos veces; incontables veces habían tenido raciones dobles en Puerto Plata, una de comestibles por la mañana, y otra de plata por la tarde, cuando no a un mismo tiempo la de comestibles y la de plata; y si así pasó muchas veces en la ciudad de donde



todos eran, y donde tenían todos sus casas y familias, con más veras debía pasar así en la remota jurisdicción de Dajabón, donde todos eran forasteros, no contando a los vecinos, que sin confundirse del todo con ellos, llevaban en su compañía el mismo género de vida. Cuando se desvaneció a sus ojos el error y de una vez languidieron sus espíritus a impulsos del desencanto, fue tan pronto como, viendo llegar a Lili, que volvió al cabo de algunas horas, no percibieron ruido de cosa que sonase como plata: prueba para ellos evidente de que nada de metálico traía consigo. Esta por cierto absoluta certidumbre suya, bastó para que comprendieran entonces, como si ya lo estuvieran palpan-do, cuál había de ser su situación en esos lugares, durante los días larguísimos y nostálgicos que iban a permanecer en ellos: no verían en forma de metal acuñado ni un cobre, como los que abundaban en Haití, donde con una pieza de tan ínfimo valor se halla siempre a comprar una suculenta golosina; pasarían el día tétricos, cariacontecidos, de puro arrancados; y de semejante suerte, no habría vendedora de comida que los visitase: aunque con esta circunstancia, se ahorrarían el suplicio de ver al inmediato alcance de su mano los mejores sustentos, y no al inmediato alcance de su fortuna; y sobre no quedarles más arbitrio que aceptar lo que les dieran, atropellando con el tedio de parar la mirada todas las mañanas en el espectáculo, siempre monótono, por lo invariable, de las mismas raciones, de los mismos efectos, tendrían ellos mismos que acarrear el agua, que acarrear el combustible, y ser sus propios cocineros, comiendo seco pan por desayuno, y, en anchas hojas o en pedazos de yagua por platos, y con lengüetas de los mismo por cucharas, aquel arroz por almuerzo y por comida, revuelto con pescada, hora hecho pasta, hora hecho to-llo, y puesto en aversión cada vez más invencible; y gracias que tuvieran marmitas de hoja de lata, traídas de Juana



Méndez, y gracias igualmente, que la salazón diera de suyo sustancia bastante para no sentirlo desabrido. El dictamen de muchos era, que la filosofía de haberse tan a la ligera evaporado los fondos, estaba en que, al ver tanta plata, quizás buscaba Lilí cómo acrecer el acervo de sus intereses particulares, con una ganancia lograda en breve tiempo y fácil operación mercantil, y habría invertido toda la suma en una cantidad de provisiones que le alcanzase para dos cosas, para dar cada día de comer a su gente, y para revender por menor una parte de las mismas a los parroquianos de su casa. Tal vez (calculaban otros), hizo la inversión, pero con designio perfectamente honesto, es a saber, por haber discurrido que, dado el tiempo que había de durar la expedición, se agotarían las arcas, y tendrían todos que padecer los tormentos del hambre y que vivir de requisiciones, enajenándose la voluntad de los vecinos que pudieran y quisieran serles útiles, y facilitándoles fuerzas a los enemigos en vez de hacerlos decaer de las que tenían; y que, para conjurar esos trances, valía mejor dar principio por donde, a la postre, se había de dar remate, por no racionar más que con provisiones de boca, dando a la totalidad de aquel dinero un giro acomodado al fin de asegurar para todos los días indefinidamente, una cantidad proporcional de las de mayor rendimiento. Sólo unos pocos dieron en el clavo de la verdad medio a medio, al conjeturar que, sorprendiendo la buena fe de los dominicanos residentes en Juana Méndez (pues también allí vivía por entonces don Juan P. Julia con su familia), Lilí había llamado a contribución el patriotismo de todos ellos, a fin de apropiarse la plata efectiva, los intereses de la comunidad, de que, con esa intención deliberada, se había hecho depositario y guardador. Y tal fue lo sucedido, alzarse con lo que no era suyo, conociendo que nadie había de pedirle cuenta de su sórdido proceder, ni él a nadie había de



dársela. Tal fue también la sola proeza por él realizada en un mes o poco menos de un mes que permaneció en el Noroeste; pues en todo lo demás, dio infinitas pruebas de una ineptitud tal, que por su sola culpa no dio la expedición ningún resultado positivo, viniendo al fin a ser del todo tan inútil, que hubiera valido más no haberla mandado a parte ninguna; que no era hombre Lili, a pesar de Luperón así creerlo, ni aun para efectuar lo que debió haber hecho desde su llegada, que era incorporar a su gente a los anti-revolucionarios que abundaban en la línea, y que para servir con fruto al gobierno, necesitaban no más que un jefe de grandes y esclarecidas aptitudes, que los buscase dondequiera que se hallasen, y los mandase; y como no era hombre para eso, siquiera para organizar un buen ejército con tan allegables contingentes, menos era hombre para lo que de la organización de un buen ejército se debía seguir como lógica e infalible consecuencia, para organizar la reacción y darle vida propia con ese fuerte apoyo, y pacificar plaza por plaza la región entera, en diestra y activa campaña de veinte días, o a lo más de un mes, contra un enemigo mal organizado, contra un enemigo que, a pesar de la favorable situación de la localidad, estaba poco habilitado para moverse con el fin de hostilizarle, a causa de su grande y notoria pobreza de pertrechos. Así, todo el tiempo lo pasaban, ellos en la holganza, ellos, afanosos por emprender alguna larga marcha, ejecutar alguna operación, dando de mano a la sedentaria vida que llevaban; y él, por la mañana, en Juana Méndez, y de medio día abajo en doña María. Unas veces regresaba casi a la hora de salir todos a buscar donde pasar la noche; otras, estaba de vuelta el siguiente día. Esto último, dicho sea en verdad, no lo hizo más que una sola vez; y así, como los que hacían sus veces no le veían venir, no disponían ni ordenaban nada en orden a la excursión vespertina de costumbre; y en espera



suya, se pasó en el campamento la única noche que se durmió allí, que fue también, por ser la única, pésima en gran extremo, a consecuencia de torrencial aguacero caído esa tarde con mucho acompañamiento de truenos formidables, y que los bañó de pies a cabeza, y apagó la lumbre de los fogones, a cuyo amor se hubieran calentado y hubieran secado sus trapos, a fin de no echarse a dormir sobre la húmeda tierra, como lo hicieron, con ellos empapados. Una mañana (como para que volviese más temprano en lo sucesivo), una mañana se presentó a lo lejos una partida de jinetes enemigos, y hubo que mandarle llamar a toda prisa. Los pechos se abrasaban de júbilo ante la perspectiva de quemar algunos cartuchos y descargar algunas cápsulas, en campal combate de todos apetecido; ya estaban en línea de pelea, impacientes de romper los fuegos; ya no faltaba más que la orden suspirada de romperlos; ya esperábase tan sólo que los jinetes se acercaran, y de no, avanzar resueltamente a su encuentro, gozándose todos con la idea de dar algunas carreras por esos ámbitos extensísimos, cuando de pronto se descorazonaron, se les murió la esperanza, y mal de su grado, amainó el bélico ardor suyo, hasta extinguirse, porque la partida, en vez de acercarse, lo que hizo fue volver grupas atrás y desaparecer, después de algunos tiros por ella hechos, sin que los proyectiles pudieran atravesar todo el amplio espacio que la separaba de nuestra frontera hueste. Desvaneciéndose así la única ocasión que se les ofreció de matar el tiempo y distraer sus ocios, con algo de utilidad, siquiera baladí, siquiera impalpable, para la situación, que les había puesto las armas en las manos, a fin de que la defendiesen con más actividad e inteligencia.

Otro día no fue gente de a caballo, no fueron enemigos a distancia los que se presentaron, fue un anciano, que vino hasta el mismo campamento a implorar de la dadivosidad



de los presentes, no una limosna propiamente dicha, porque, si bien valetudinario, no era un pordiosero; pero sí un socorro cualquiera, con que aliviar en algo las apremiantes necesidades privativas de su edad y sus achaques. Aunque bastaba el testimonio viviente de su senectud, para mover la humanidad de aquellos semejantes suyos, sin embargo, quiso exhibir a sus piadosas miradas otro no menos elocuente, no menos venerable, no menos edificante, a fin de mover a compasión su patriotismo; y desnudándose de una manga de la camisa, les presentó cuanto le quedaba del brazo derecho, amputado por más de la mitad, a consecuencia de una herida que recibió en cierta remota ocasión, cuando todavía era joven. —¿Dónde?, y ¿Cómo la cobró? le interrogaron con interés los circunstantes; y, por toda respuesta, el anciano les contó la historia de su vida. Le habían hecho tomar asiento en un trozo de madera que allí había, y en posiciones diversas, de pies, recostados contra los troncos de los árboles, en cuclillas, sentados en el suelo, le oían muy atentos, mientras que la hora del almuerzo se aproximaba, y suspendiéndose, por la dilatación del vapor, unos pedazos de hoja de lata que servían de tapaderas a las marmitas, daban paso al líquido que adentro hervía consumiéndose, y que, al derramarse sobre los fogones incandescentes, producía el estrépito que forman las brasas cuando les derraman agua encima. La historia les iba revelando en quien la narraba, todo a la vez, un varón moral e íntegro, buen ciudadano, buen amigo, buen hijo, buen padre de familia, bien que ahora solo en el mundo, por haber sobrevivido a la temprana desaparición de todos los suyos: un hombre verdaderamente bien nacido, a pesar de los deleznales y lastimosos andrajos que vestía: uno, en fin, de tantos valientes como, al grito de ¡a las armas! acudieron a tomarlas, sin más pensamiento que contribuir a crear la nacionalidad y la patria, tal vez a sabiendas de



que no les iba después a quedar por recompensa de sus servicios, más que la libertad de referirlos delante de aquellas almas dóciles, por bien nacidas también, a los estímulos de una bien entendida y oportuna beneficencia; verdaderos patriotas, verdaderos héroes sin nombre, que figuran en el campo santo de la historia sin que sepa nadie quienes fueron, y se conmemoran anónimamente, como los muertos de quienes no existe más memoria que su propia sepultura, o una modesta cruz sin epitafio, que sólo sirve para señal sencilla del paraje donde yace algún difunto. Los oyentes se iban conmoviendo a medida que la narración avanzaba, y a tal punto había llegado su enternecimiento cuando concluyó, que, por abrigar el orgullo de haber socorrido a un patriota pobre, a un patriota menesteroso, una fortuna hubieran arrojado a las plantas del anciano, si una forna hubieran poseído. No fueron pocos los que, cediendo a maquinal movimiento de generosidad, se registraron los bolsillos, a ver si hallaban en ellos una moneda que no poseían, para ponérsela en la mano. Algunos, de intento, volvían los ojos hacia el tronco de que pendían, cuidadosamente liadas, las raras piezas de vestir que tenían sobrantes, y buscando en pensamiento la mejor, advertían cuál había de ser, y en seguida iban y sacaban del envoltorio una no del todo usada, y se la traían; y aceptábala él con vivo y cordial agradecimiento, por ver la viva y buena voluntad con que le agasajaban. Entretanto, vino la hora del rancho, y el primer plato fue para él. Hubieran querido que fuera el mejor, en vez del primero; mas el mejor, el jefe sobre quien recaía toda la culpa de que no lo tuvieron ellos, el jefe solo estaba en aptitud de pasárselo, si, por algún escrúpulo mal fundado, no le hubiese agradado que fuese a comerlo sentado a su propia mesa de campaña; y este jefe, que, por haber vuelto ese día más temprano que otras veces, había presenciado su llegada, y todo lo había oído,



y todo lo había visto desde su hamaca, colgada no lejos de la reunión, de nada hizo caudal, de nada pareció impresionarse, de nada condolerse, ni de las ansias generosas de sus soldados, por servir como era debido a un huésped tan digno, ni de la conmovedora relación de sus tristes acaecimientos, ni de su manquera veneranda, ni del miserable alimento que le presentaron, a falta de otro más propio para un especial obsequio. Y con casualidad, al tiempo que los demás deban principio a su aborrecible, por desagradable almuerzo, sobre un cajón que hacía oficio de mesa para él solo, y con limpia servilleta cubierto, se servía, en dos platos de china contenidas, humeantes y succulentas viandas, que le habían mandado de su casa. En haber prescindido de aquel almuerzo, en habérselo quitado de la boca por obsequiar con él a un patriota, en verdad que no hubiera sacrificado ninguno de sus gustos favoritos, una vez que (sin atender a las miras con que lo hacía), no se desdeñaba nunca de comer de lo mismo que comían los otros: y así ellos, a la vista de tal ejemplo, sufrían con austera paciencia la indispensable necesidad de comer todos los días el mismo pésimo bocado; y además, si exceptuamos algún guiso especial que solían enviarle por las tardes, o alguna cotufa para merendar entre horas, y que, de ordinario, no son para paladares de soldados, era ésa la primera y única vez que le venía de fuera cosa de aquella especie, pues la verdad sea dicha, nada mandaba buscar, ni nada le traían en las horas ordinarias de comida. Pero él, apenas retiraba los ojos del plato que tenía delante, para dirigirlos, en veces, hacia los que (salvando la enojosa para ellos desigualdad de manjares), hacían lo mismo que hacía él; y puesto caso que no pusiera mientes en lo mucho que contrastaba esa recia indiferencia suya con los sinceros, y casi se pudiera decir, filiales sentimientos que daban ser a la loable solicitud de sus soldados, tal fuerza de voluntad



empleó en sostenerla, y tanto alcanzó a extremarla con ella, que se quedó inmóvil, impasible, lo mismo que si nada viera, cuando el viejo, como si materialmente levantara la mole de sus años, fija sobre sus espaldas encorvadas, se puso en pie para marcharse. Cualquier otro jefe, no habiendo antes hecho nada, hubiera expiado y aguardado ese postrer instante, movido por el deseo de correr a darle la mano, a fin de que se levantará sin esfuerzo, y le hubiera ofrecido el brazo, convidándole a que se apoyara en él, en tanto que daba los primeros pasos para separarse del recinto; y al despedirse, con ambas manos le hubiera estrechado la suya, tan digna de ser besada, y trémula, no tanto a causa de su longevidad, como de la emoción que le habría dimanado de verse a la vez honrado y acorrido, no era hora tardía, por las atenciones reverentes del superior mismo de aquellos solícitos y generosos milicianos.





XX

En la capital de la República, en la ciudad de Santo Domingo de Guzmán, Primada del Nuevo Mundo, predilecta de Colón, recibía el Sr. don Ulises F. Espaillat, en el palacio presidencial, con grande antelación al caso anterior, la cortés y poco sonada visita, no de un individuo cualquiera, encendido en vivos deseos de conocerle; no de un desconocido y estropeado paladín de nuestras guerras con Haití, que a presentarle fuera el memorial de sus servicios, por ver si alcanzaba una pensión de la munificencia de su patria; no de un mero personaje o dignatario de la política dominicana, más o menos allegado a su persona, más o menos adicto a su gobierno; recibía la visita de un príncipe de los más altos y de los más ilustres, de todo un pretendiente a uno de los tronos más gloriosos de la tierra, de don Carlos de Borbón y de Este, que más de medio siglo hace que aspira en vano a ceñirse la corona y empuñar el cetro de sus antepasados los Reyes de España. Nuestros papeles públicos, reducidos, por culpa de la revolución, a uno que otro, de tantos como eran, silenciaron el suceso, sin duda porque viajaba el pretendiente de riguroso incógnito; así fue que nada se vino a saber por ellos. Súpose la noticia



por los periódicos de las antillas españolas, más interesados que los nuestros en darla y en referirla; y no queriendo publicarla pura y simplemente, diéronse a comentarla de varias maneras, peregrinas las más: pues hasta supusieron que viajaba el príncipe y había llegado a la capital dominicana, con miras de verificar el establecimiento de una monarquía en las antillas; cuando, según el pensar de los más sensatos de todos ellos, lo probable y seguro era que, por lo mismo que viajaba por América, fuera, como buen español a conocer la cuna histórica del extendido imperio colonial de su patria, emancipado de su dominación política, pero sujeto a ella por compensadoras e infinitas relaciones que han menester, para disolverse algún día, de la violencia incontrastable de los más terribles cataclismos de la naturaleza. Pocos españoles distinguidos, pocos distinguidos turistas españoles, han verificado ese viaje; y, a ciencia cierta, es un rasgo, es un hecho que honra la vida de quien codicia el mando supremo de la nación que por allí comenzó a tener colonias, porque por allí comenzó la empresa de colonizar regiones apartadas, después de haberlas invenido. Por otro lado, ir a ver lo primero que hicieron sus compatriotas en América, lo primero que levantaron sobre su salvaje superficie, para que durase a despecho y a pesar de las permanentes injurias de los siglos, no equivalía en modo alguno a emprender una quizás enojosa navegación (porque ni cómodos eran del todo los raros vapores que por entonces tocaban en Santo Domingo) para ir a ver una más o menos considerable aglomeración de vetustos edificios, entre los cuales ni uno que otro hubiese digno de presentarse a su vista, familiarizada con los monumentos, con las maravillas que bajo ese respecto encierran y ofrecen las capitales europeas por él de continuo frecuentadas, no; que después de ver, desde alta mar, en aspecto terroso que a lo lejos ofrece la ciudad; después d



contemplar aquella triste ría, con sus peñascos revestidos de negra lama, y aquellas sombrías cavernas, formadas por el eterno batir de las olas contra la maciza roca que la limita, y aquellos mugrientos paredones de la fuerza, cubiertos de gruesas, importunas e inurbanas plantas parietales; después de remontar las turbias aguas del Ozama, para dirigirse al desembarcadero, tal vez en algún mezquino y desaseado bote; después, en fin, de fijar sucesivamente la mirada en cuantas exterioridades, al entrar, predisponen el ánimo contra la policía y cultura de los que dentro moran, o desdicen de ambas en el concepto del extranjero que los visita, le debió de sorprender el contraste, le debió de sorprender el no desagradable golpe de vista interior de Santo Domingo, capaz de modificar en parte, si no en todo, sus anteriores primeras impresiones, que a veces los pequeños efectos abren las puertas a los grandes, y no se da con el bien, sino por el erial de los padecimientos; por lo que, hay que ver lo último, y esperar lo último, antes que aventurar el juicio a través de cualquier género de apariencias. Y después, en medio de las múltiples e imborrables huellas del genio de la nación española, que se le pondrían de manifiesto a cada paso que daba, las más veces quizás, y aun sin quizás, acelerando las palpitations de su corazón de vencido y de proscrito, no muchas cosas, pero alguna propia de su atención discreta e ilustrada, le movería de continuo a verla con embeleso bastante para grabar en su memoria un nuevo recuerdo, de los innumerables que le harían experimentar alguna placentera sensación al evocarlos. Llevado de sus hábitos religiosos, visitaría las tantas casas del Señor, que la ciudad encierra; presenciaria el incruento sacrificio de la misa en nuestra catedral metropolitana, teniendo así la ocasión de ponderar la mano maestra de antiguo e ignorado artífice, compatriota suyo, por quien poseemos un monumento arquitectónico, que



se lleva la palma del primor sobre cuantos encierran Cuba, Puerto Rico, las otras antillas, Venezuela y las demás Repúblicas bañadas por el Mar Caribe. No obstante, careciendo Santo Domingo, por entonces, hasta de buenos mesones, cuanto más de casas de huéspedes de primer orden, pasaría los días asediado de incomodidades bárbaras, él, que no podría, por exigencias de su condición social, hallarse a sus anchas en parte alguna, como no fuera en los mejores hoteles o en los mejores palacios; por tanto, este irremovible inconveniente le pondría en el caso de abandonar para siempre las orillas del Ozama, en el primer mal vapor que arribase a ellas, y restituirse a su hogar proscrito, o más bien, regresar adonde antes pasaba la vida con la esplendidez que a sus regios hábitos correspondía. Y bien fue que partiese cuanto antes; porque si hubiera prolongado por algunos días su permanencia entre nosotros, o si hubiera venido con alguna posterioridad a la fecha en que arribó a nuestras playas, nadie sería capaz de negar que no hubiera sido espectador y testigo de un escándalo político de los que más nos han amenguado ante nuestra propia conciencia; y por haber partido tan a tiempo, no le fue dable llevar anotado en su cartera de viaje, o impreso en la mente, algún suceso inaudito que referir en las tertulias de los príncipes, y de que reírse a más y mejor con ellos o con su propia familia muy a costa nuestra. Nos referimos al inicuo y execrando pronunciamiento llevado a efecto en la misma capital, a principios de octubre, contra el gobierno allí presente, por el General José Caminero, gobernador de la provincia de Santo Domingo, uno de los empleados procedentes de la pasada y anterior administración, que no quiso el Sr. Espaillat destituir, por fundar sus actos en una política menos egoísta y más generosa que la de los gobiernos antecedentes. No hacía mucho que había sido la revolución provista de algunos elementos de guerra por



sus jefes, residentes en Curazao y Puerto Rico; porque, si bien no aclamaba más que a González, la revolución tenía dos jefes, y era Báez el otro, los cuales daban sus pasos sin acuerdo alguno entre ambos, y ellos contaban, en todo, con la complicidad o la indiferencia, de todas maneras culpable, de los cónsules dominicanos acreditados en esos puntos; lo cual conocía muy bien el gobierno, pero no se hacía cargo de que podía precaverse de las funestas consecuencias del mal, con ser menos confiado, y tener en continuo servicio retenes y corsarios en las costas, para tenerlas resguardadas de todo peligro, sobre todo en sus puntos más accesibles al desembarque de cualquier contrabando de guerra. Pues con todos esos beneficios a su favor, a lo más que hubiera llegado la revolución, hubiera sido a estar en condiciones de reponerse un tanto de los quebrantos pasados, y continuar la resistencia todo el tiempo que se lo hubiese permitido la repugnancia del gobierno a contradecir el espíritu liberal de las leyes, persiguiendo con severidad a sus enemigos, aun cuando fuesen todos enemigos voluntarios, o por lo mismo que lo eran; pero no habría triunfado nunca, de la manera que triunfan de ordinario las revoluciones: librando combates a las fuerzas contrarias, y ganándose los, hasta llevarlas al trance de echar mano al desesperado y definitivo recurso de las capitulaciones. Si al fin tuvo éxito, fue por haberse ganado a Caminero, cuyo mando superior, a la vez civil y militar, le daba cuantas facilidades había menester para pronunciar la ciudad, asiento del gobierno, y así coronarla por cierto ardua empresa de dar con él en el suelo. Y a pesar de lo mismo, el gobierno tuvo tiempo de conjurar su inminente caída, con haber hecho prender al traidor, oportuna y enérgica medida, con que se hubiera salvado para entonces y para lo adelante, y, especialmente, hubiera correspondido bien a los infatigables esfuerzos que, lejos de la capital, y en los alrededores



de la misma capital, habían hecho y hacían sus leales servidores porque se tuviera en pie, a pesar de las dificultades que les aparejaba el tener que proceder en todo ceñidos a su benigna manera de mandar, embarazosa e impolítica en medio de turbulencias, como las de aquella época. Uno de ellos, el impertérrito General Isidro Pereira, fue muy apresurado a palacio, a dar parte de la tramada conjuración a Espaillat, la víspera misma del día en que la pusieron en efecto; le señaló el remedio, y no contento con señalárselo, le pidió le permitiese apoderarse de Caminero al punto, y llevar a cabo en persona su inmediato encarcelamiento. Espaillat dudó que un funcionario de la categoría del gobernador de la capital, en quien tenía el gobierno gran confianza, fuera tan miserable, que se infamase con cosas tan de suyo inicua y vil como una felonía: Espaillat creía lo que no era propio de un político, creía en la buena fe de los hombres; tenía confianza en ellos; sabía con qué facilidad los despedaza la calumnia; juzgaba que no había vínculos que tanto sujetasen a un alto empleado a su puesto, como el deber, en cuyo ejemplo los inferiores aprenden a no descuidar el cumplimiento del suyo; hallaba duro sospechar siquiera, que faltase a su palabra un militar, que la tenía empeñada por ante un juez tan poderoso para obligar, como el honor. Así pues el intrépido Pereira salió desairado en su diligencia; y presa de una desolación de las más desgarradoras, se resignó a desempeñar el papel de indignado, pero pacífico espectador de la infanda catástrofe, que su denuevo hubiera hecho abortar sin riesgo alguno aquel mismo día. Y la mañana del día siguiente, mientras los actores de la traición recorrían con sus prosélitos las calles de la sorprendida y escandalizada capital, ¡oh infamia incalificable! victoreando al General González y dando mueras a Espaillat, fue Pereira de los que voló a librar a éste del peligro que corría su persona en esas peligrosas circunstancias, y le acompañó



en su precipitada traslación al consulado de Francia, donde permaneció asilado los cuarenta días cabales que duró la nueva situación.





XXI

Primero tuvieron conocimiento del golpe de mano en Curazao, Puerto Rico y San Thomas, que allí donde sin pérdida de tiempo debió haberse sabido, en el Cibao. A lo que parece, no hubo quien se atreviese a llevar la noticia fuera, o los conjurados se descuidaron en este punto, esperando que por su misma gravedad se divulgase; pues los mismos de la revolución estuvieron bastantes días ignorando lo que acababa de pasar allí en su particular provecho y beneficio. Con el Sur no debió de suceder otro tanto. Ya que no todo, pudo ser que algo se trasluciera por allá prontamente; y el General Timoteo Ogando, de San Juan, debió de ser de los pocos que se hallaban al tanto de lo hecho; y como en esos días puso a su macho la silla, y vino a Doña María (pues apenas será de dos días, o a lo más de día y medio, la distancia de Dajabón a San Juan), haciendo parte del camino por territorio haitiano, a causa de la revolución, pudo ser que se pusiera en viaje con la única mira de pasar oportuno y reservado aviso a Lilí, con quien le ligaba cierto parentesco de afinidad, y el cual, desde su llegada, no había dejado de ponerse con él en comunicación, bien así como con Cabral, su antiguo perseguidor, y otros personajes



sanjuaneros. Ello fue, de todas maneras, que pocos días después, sin orden ni llamamiento alguno de Puerto Plata, y apenas supo que las goletas o corsarios estaban surtos en Manzanillo, a obra de las tres de la tarde, después de hacer soltar las ligaduras a un pobre soldado de los de por allí, que siempre se llevó preso, y a quien había hecho temblar con la terrible amenaza de fusilarle por haber faltado al General José de Calasanz Carrasco, mandó levantar el campo, y después de hacer al mismo General Carrasco la entrega del mando con una parte de la gente de la línea, con gran regocijo del resto, para quien fue aquél un verdadero día felicidad, emprendió ruta, seguido de todos, con dirección a la costa y bahía susodichas: a las que llegaron sobre las diez de la noche; sin tocar un solo palmo de tierra de Haití, que con tan mal pie hubieron de pisar a la ida. Echados en un punto del curvo playazo, de mugrientas y menudas arenas, y cortado a trechos por las anchas bocas temederas de varios caudalosos ríos, pasaron despiertos lo más del resto de la noche, ocupados en la triste tarea de acosar en balde la plaga de famélicos jejenes, que siguiendo, sutiles como el aire, por el hueco de los pliegues y dobleces de las frazadas con que se cubrían, o atravesándolas con sus agudos dardos microscópicos, o ya introduciéndose por las roturas y partes más desgastadas de las mismas, les atarazaban sin tregua y con extremada dureza el asendereado pellejo. La mañana los redimió de aquella mortificación tamaña; y mientras por un lado no veían más que ásperas soledades, cuyo salvaje silencio sólo se rompía de vez en cuando con las carreras y saltos que daban, en la cercana boca, los peces que huían despavoridos de sus voraces perseguidores, que no eran sino los más grandes de su especie; por el otro les traía solaz indecible la vista de las goletas, que, aferradas a sus anclas, a distancia los aguardaban para llevarlas. Pronto se vieron a sus bordos, y



días después pisaron las playas de la querida y suspirada ciudad, de donde, habían partido un mes antes en tan infructuosa expedición. Y así como vio a Lilí, sin decirle palabra, le mostró Luperón su desagrado por la llegada. En otro rato del día debió Lilí de hacerle sus excusas, y, admitiéndolas Luperón, pudo ser que lo diera todo por bien hecho, en reconocimiento de la causa; pero ni él ni nadie los esperaba. Otras goletas eran las aguardadas ansiosamente todos los días; y en la fe de que fueran ésas, bajaron muchos al desembarcadero, sito por esos días al pie del fuerte, para recibir en sus brazos a los deudos o amigos que debían venir a bordo; asimismo, más de una madre mandó a un pequeñuelo suyo a la misma playa, para que corriendo volviese con las albricias de haber saltado en tierra el hombre de la casa, o el hijo, que navegaba con los demás en esos buques; y como no eran éstos los que creía que habían llegado esa mañana, se contentó con abrazar y bendecir a alguno más de los suyos, que acaso venía entre los recién llegados; y se conformó a seguir esperando, muy confiada en que al cabo no dejarían de aparecer las otras naves.

El mismo día y mañana, en medio de la silenciosa y significativa seriedad con que le hubo de recibir Luperón, se retiró Lilí a su casa, donde se quedó como recluso varios días. Durante su ausencia en el Noroeste, pasada según referido queda, se habían hecho grandes adelantamientos en la ruda labor de apagar de un todo el hachón revolucionario en el distrito. A nada quedaba ya reducida la oposición del enemigo, el cual no hacía más que huir delante de cualquiera que le atacase. Ya se llevaban a término, sin daño alguno, jornadas, como la de partir unos cuantos en una goleta, desembarcar a quince o más leguas de distancia, en el Rincón de Yásica, o cerca de la Boca de Orí, hacer algunos prisioneros entre los cuales el General Carlos



Scherffenborg, el más importante revolucionario de aquellos lados, y atemorizar profundamente a los vecinos en armas, dejándolos casi en vía de avenirse a cualquier composición beneficiosa para la legalidad que se defendía. Con algunas pocas operaciones seguidas, y de aquella clase, quedaría de una vez asegurada la pacificación total del distrito y la de la provincia de Santiago con ella, lo que bastaba para salvar enseguida la República de su total desquiciamiento. Estaban en este halagüeño pie las cosas, cuando se vino en conocimiento de que ya no había gobierno a quien seguir defendiendo. Fue portador de la nueva, el vapor inglés *Arno*, entrando en la mañana del 21 de octubre, de los puertos de San Thomas, Mayagüez y Santo Domingo. Todo se supo a la vez entonces: el pronunciamiento de la ciudad desde los primeros días del mes, el arribo a ella del General González, de Mayagüez, y el establecimiento de un gobierno interino, presidido por este general con el título de jefe supremo de la República; y daba detalles amplificativos de los sucesos estos, un periódico de San Thomas (*The Times*) llegado por la misma ocasión; no una hoja nacional, porque, fuera de que la prensa, que no florece sino en tiempo de libertad, enmudeció con la instalación del nuevo orden de cosas, y ruina del antecedente, ni pasajeros ni cartas de la ciudad dominicana llegaron por el vapor; y como, para la fecha en que salió de San Thomas, se sabía en esa isla, y se había publicado lo sucedido, fue fácil conocerlo por esa procedencia extrajudicial, antes que por su propio y ordinario conducto dominicano. Un rayo caído con horrible fragor en medio de todos, no les hubiera producido aturdimiento tan tremendo, como el que les causó la inesperada e indignante noticia; el sentido no se les fue, pero el desaliento, que sigue de cerca siempre a una ruda decepción, se retrataba en los rostros, poco tiempo antes tan serenos; y como suele, cada vez que una grande aflicción



lo embarga, el pecho se les cerró, ese pecho a quien, no hacía mucho, dilataba la viva y halagüeña esperanza, o mejor dicho arraigado convencimiento, de que ya estaba por inmancable modo asegurado el éxito y salvación de tan noble causa como la justa y santa que venían sosteniendo; leían y volvían a leer la noticia, porque una vez sola no bastaba para dar pleno paso a la verdad, tan de suyo irrefragable; y se quedaron largos ratos pensando en el suceso, mudos y consternados, ni más ni menos que si una cruel calamidad personal les hubiera hecho su visita; la idea tremenda de que todo estaba perdido, los confundía y anonadaba: y de cualquier desesperado recurso hubieran echado mano, porque no quedaran sin fruto alguno tantos días de lucha, tantos esfuerzos nobilísimos, tantos desvelos, tantas pérdidas, tantas desdichas, que, a la verdad, prescindiendo de toda principal consideración, y aun de su propia causa y objeto determinante, merecían nada más que por lo que de suyo propio tenían, menos triste, y estéril, e injusto desenlace; algunos deseaban que la República tuviese cabeza, para no titubear en cortársela, porque los enemigos no gozaran del triunfo que iban a obtener: pues aumentaba su consternación, la lúgubre idea, no del todo gratuita o insensata, de que, con ese triunfo, corría serio peligro la existencia de la República, es decir, aquello mismo a que no deben alcanzar jamás las consecuencias, sean cuales fueren, de nuestras luchas intestinas.

Creían en Santo Domingo que iba Luperón, a dar en Puerto Plata mucho que hacer a la triunfante revolución: fácilmente no haría entrega de la plaza, y cuanto de su parte fuera menester, pondría en ejecución impetuosamente, por reanimar el yerto cadáver del caído gobierno: enemigos y amigos a una esperaban allí que no de otra manera sucediera; y no puede nadie decir el punto hasta donde hubiera él llegado en el camino de la reacción y



resistencia contra el incipiente orden de cosas: podía ser que se le hubiera mostrado contraria la fortuna, podía ser que se le hubiera mostrado propicia: no se sabía; de modo que todo el mundo extrañó, poseído de cierta sorpresa, lo hecho de una vez y sin tardanza por él aquella mañana; y fue que, por ahorrar nueva y tal vez más copiosa efusión de sangre, o por entender, mejor que ninguno, como no podría conseguir con su resistencia resultado alguno favorable, mandó llamar al ayuntamiento, y delante de toda la guarnición, debidamente formada, trató con él sobre las bases de una inmediata capitulación, la que, una vez celebrada, firmaron ambos, y también, para la debida seguridad y garantía de lo pactado, los cónsules de las naciones que los tenían acreditados en la ciudad; y él con su familia embarcóse pocas horas después en el mismo vapor *Arno* con destino a San Thomas, o sea con destino al destierro. Varios funcionarios y servidores civiles y militares, lo habían hecho antes con rumbo a Cabo Haitiano en un vapor alemán entrado también el mismo día; y a disposición de los últimos que debían extrañarse, quedaba una goleta fletada, cuya salida tuvo efecto en la noche, por la causa que diremos. Al resignar, o después de resignar al mando en el ayuntamiento, que por ese acto quedó hecho cargo de la plaza, hizo Luperón a este cuerpo una petición de recursos a favor exclusivo de los individuos de la guarnición que quisiesen dejar las playas de Puerto Plata y no tuviesen los medios de realizar la partida; porque, tan gran sentimiento había en aquellos leales corazones engendrado la tumba del gobierno que sostenían: era tan inminente para ellos la ruina de la patria, caída en poder de los partidos contrarios; y tan excepcionales las persecuciones de que, a su juicio, serían objeto cuantos habían pertenecido a la fenecida situación, que no fueron pocos, ni de los de menor significancia, los que, al saber la noticia y comentarla,



manifestaron la resuelta voluntad de marcharse a otras tierras, por no ver entrar en la ciudad a sus ahora más que otras veces terribles enemigos. Con ese fin, corrieron a inscribirse todos en una nómina que se abrió desde luego en uno de los cuarteles, llevada por el General Lithgow, que asentaba los nombres en un pliego, y por Lilí, que los dictaba. El municipio, cumpliendo la recomendación del jefe ausente, a quien además respetaba como a un ciudadano en todos conceptos digno y merecedor de la mayores atenciones, se dio a buscar esos recursos, porque no tenía en caja ningunos; y no los pudo hallar sino entrada ya la noche, y esto en cantidad insuficiente: por lo que, muy mal de su grado, tuvieron muchos que resignarse a ser testigos oculares de lo mismo que no querían presenciar por nada en el mundo, es decir, del para ellos espantoso cambio material de situación. A las ocho de la noche vino a la fortaleza una comisión municipal con una suma de dinero montante a más o menos trescientos pesos fuertes en plata yanki, que era la circulante desde 1868 en la República. Ya estaban a bordo unos tantos, la goleta esperaba, quedaban todavía bastantes en tierra, entre los cuales el General Norberto Reinoso, el General Zacarías de Luna, y Lilí, que tenía la lista citada, que se había rezagado, para irse junto con los últimos en una incómoda goleta, pudiendo haberse ido junto con los primeros, como Imbert, como Lithgow, como Rodolfo Limardo, como Felipe Arzeno, como Juan Garrido y otros, en un cómodo vapor; y a quien la comisión entregó la cantidad, por ser el único jefe reconocido que ya quedaba en aquel casi desierto recinto. A esto no hay que decir una palabra, no hay que hacer nada, sólo hay que admirar en elocuente silencio esa fortuna que ha tenido Lilí, en que, con ser, como eran y como son, nada limpias sus manos, con todo, siempre haya encontrado la manera de tener intereses de alguna comunidad



en ellas; que tan detestable administrador de los bienes ajenos, siempre ha tropezado con algo ajeno que administrar, bien sea que haya buscado la ocasión, o que la ocasión le haya buscado a él, como la vez presente; aunque, todo bien considerado, ha sido él quien de intento se ha puesto en punto donde la ocasión no haya podido menos de acertar a dar con él aun sin quererlo.

En conclusión, sobre las doce de la noche dieron velas al viento para el cabo, dejando al país envuelto en las sombras caliginosas de otra noche, la del oprobio, de que jamás se había de lavar en fechas posteriores, y para cuya justa y cabal apreciación, no eran bastantes ni aun las ponderaciones de la pasión política y del espíritu de partido, impuestos de suyo a no ver los defectos de los hechos contrarios, como no sea bajo el vidrio de aumento de una ciega y sistemática exageración. A esas mismas horas, todavía no cesaba de afluir a los distantes cantones, el tropel de los partidarios pasivos o caseros de la revolución, de los que no habían tirado un tiro, ni padecido ninguna persecución por ella, o contra su voluntad, aunque por no irse para la manigua como los demás, habían servido en las filas del gobierno que detestaban, y ahora salían para congraciarse con sus correligionarios, compartir con ellos las alegrías del triunfo, entrar juntos con ellos en la ciudad, luciendo laureles que no habían ganado, y acreditarse para el logro de alguna colocación, reverenciando la mano de quien había de firmar y otorgar los nombramientos provisionales para el desempeño de los diferentes destinos públicos de la localidad. Esta inacabable peregrinación, hecha con algazara estruendosa, que daba bien a entender como no había en todo el largo trayecto y camino peligro alguno en que ponerse, había comenzado en la mañana, con los que, una vez levantados los puestos de guardia que cubrían las diferentes entradas de la ciudad, volaron a los campamentos



los primeros, a llevarles la recién llegada noticia. Mudos, suspensos, estupefactos, mirándose unos a otros con júbilo todavía indeciso, quedaron por breves momentos los pocos que allí estaban, en oír lo que les iban a participar los voluntarios mensajeros; parecíales al pronto así como dudoso, así como imposible que les hubiera el temeroso Luperón evacuado de la plaza con facilidad tan maravillosa, y que con la misma, y sin más ni más, tomara el portante para extranjeros países; y abriendo luego tanta boca, invocaron el nombre de Dios en inefable acción de gracias, que no podía ser más que un grave insulto a los ojos de los que, sin duda con mejor noción de la divinidad que ellos, la conceptúan incapaz absolutamente de impartir su patrocinio a los sustentadores de una causa injusta y mala como la por ellos sustentada. En resolución, tan lejos estaban de presumir y esperar semejante suceso y desenlace, y en tal desprevisión los topó, que bien hubieran podido hacer inmediatamente su triunfal entrada en la desgarnecida plaza, o a más tardar en el discurso del siguiente día, pero de la manera más desairada y ridícula; porque, llamados a una formación y parada cuantos en los cantones, pero en todos los cantones, había entonces, dado que a cincuenta individuos hubieran alcanzado, habría sido muy a duras penas: de tal forma y suerte, que se les hizo ineludible, a fin de hacer número y organizar cuanto antes un personal más o menos presentable, disponer sobre la marcha una recorrida de muchas leguas en redondo, e ir poniendo fuera de casa y echando por delante cuanto en ella topasen, así fuera mozo, viejo, gente de armas tomar o de la que no se mezcla en pependencias, mucho menos si son políticas. En vuelos de tal diligencia fue como, por fin, pudieron venir a la ciudad en cordón bastante largo y ocuparla, tres días después de su sorprendente capitulación: y por cierto que su entrada en ella la verificaron muy limpiamente vestidos,



en cuanto que tuvieron lugar los más, en ese intervalo espacioso, hasta de mandar lavar sus ropas, cosa en verdad a que jamás había nadie atendido en otras circunstancias a las presentes parecidas; limpios igualmente venían de mala intención y designio: que no embargante la verdad de que ya no había contra quién usar de tropelías y dejarse conducir de las pasiones, en tales casos siempre arrebatadas, fueron tan fieles guardadores de los estatutos del orden, que con él hicieron su llegada, y no lo alteraron con la perpetración de la menor injusticia en parte alguna de la ciudad. Distintos sucesos de los anteriores pasaron en la de Santiago, tomada poco antes o poco después por la gente de sus respectivos cantones, sin querer adelantarse a concluir con ella un tratado en cuya fe operase su inevitable rendición, a cubierto de todo desmán y perjuicio de parte de sus enemigos. El odio sin razonable causa encendido en los pechos de los vencedores, y en consorcio de las demás pasiones políticas, los echaba por el bárbaro y aborrecible camino de las represalias, las cuales no se redujeron a más, por dicha, que a torpes fechorías contra las haciendas de los vencidos; no obstante, si éstos libraron la vida sin darse trances en que alguno la perdiese a manos de aquellos, se debió a que no pudo ser ninguno habido por entonces: pues no le hubieran dejado con ella, según pusieron interés y empeño en descubrir el resguardado escondite de cada uno, y siempre vinculando más especial ahínco en dar con el del Sr. don Manuel de Jesús de Peña y Reinoso, ministro de lo Interior que acababa de ser, como también delegado especial del gobierno en la provincia santiaguera, durante aquel triste período revolucionario, y el cual, con no escasa pena, dejó atrás, al cabo, todos los peligros, habiendo arribado con bien, a un puerto de la isla, por donde pasó al ingrato pero seguro asilo del destierro.



Así acabó de fenecer aquella situación, cumplidos los nueve meses de sus establecimiento, a contar del 27 de enero precitado; y sucumbieron las únicas autoridades legales del país, las últimas reliquias de aquel tolerantísimo y bien intencionado gobierno de Espaillat, derribado seis meses después de su constitución: en la cual caída se llevó como para que jamás otra vez se levantaran de sus escombros, aquellos hermosos y pocos ejercitados principios de cultura política y de civismo, tal vez en mucha parte renacidos y renovados en enero, y que menos eran enaltecidos para él, que los encarnó y personificó todos juntos, que para el humilde nombre que llevamos, y para la modesta tierra que nos lo dio por ser sus hijos, y a quien procuraron, en su breve práctica, el amor y respeto de los extraños: que con ambos son galardonados los pueblos que, siquiera pobres, y humildes, y aun abatidos por las mudanzas de la fortuna, se saben distinguir por sus virtudes; al paso que con el íntimo desprecio suyo, nunca tan desdoloroso como entonces, castigan las gentes, cual jueces inexorables, a los que se presentan siempre a las miradas de su consideración, cubiertos por la ignominiosa lepra de los vicios. Ni es justicia dar nombre de revolución a un movimiento de la clase de aquel, porque, donde se han visto escándalos armados en tan gran número que causan espanto, como en nuestra República; donde las competencias de las banderías, apellidadas partidos, no han tenido, la mayor parte de las veces, por causa, móvil y aliento, más que la personal ambición de mando y de preponderancia política de los pocos que por su posición u otras eficaces circunstancias han poseído más fácil proporción de alcanzar entrambos objetos inestimables, una muchedumbre se puede contar de todas ellas, mucho más tolerables, o por mejor decir, mucho menos perniciosas, mucho menos desatentadas, mucho menos inicuas, que, sin embargo, no merecen llamarse



revoluciones, a lo menos si morales como han de ser los que no se depravan jamás con el contagio de ninguna perversión, consideran que pues nos han con tanto extremo envilecido, hay que diferenciarlas con otro término y de un solo rasgo, de las revoluciones que alguna vez nos han regenerado. Se levantó, no en nombre de una idea, de un derecho, de una causa cualquiera, capacitada para servirle de alguna clase de disculpa, ni halló siquiera un pretexto de los más fútiles que darse puedan, con quien autorizarse, aunque bien a las claras se descubriese su execranda sin razón y vil engaño: se levantó sostenida y apoyada en su propia temeridad y rebeldía, en el atentado constitutivo de la propia e íntima esencia suya; y así, no existe memoria de que osase hacer pública manifestación de los motivos y razones que legítima y decorosamente le asistían e impulsaban; porque si en ello bien se mira, y aun sin mirarlo de ninguna suerte, a nadie se le alcanza qué le hubiera sido posible alegar en su justificación, ni dónde, ni cómo hubiera podido dar con ese facundo lenguaje, con esa convincente dialéctica, con esos triturantes argumentos que le habría sido menester de todo en todo para tocar los lugares comunes que componen y llenan toda la grande armazón de los manifiestos revolucionarios, y hablar gallarda, razonable y persuasivamente de libertad, de orden, de moralidad, de probidad, de honradez, de bien público, de patriotismo, contra un gobierno que, de todo lo atañante a los intereses materiales y morales, a la dignidad, al crédito, luz y gloria de la nación dominicana era, sin disputa, la más cabal garantía que había logrado poseer en luengos años de dolorosa expectativa. Y es que las revoluciones se debe hacer por la sola causa del pueblo, y esta causa no se justifica sino contra la tiranía; siendo por tanto así que donde no hay tiranía, no debe haber revolución, porque la desamparan entonces los únicos motivos en que tienen



que fundarse, si ha de ser justa y beneficiosa para la República, y si no han de querer llevar el estigma de vagabundos y criminales los que las promovieren y sustentaren; la libertad no puede darle asidero, en razón de que, como no sea cometiendo un absurdo, como no sea facilitando un imposible, como no se destruyendo hasta en sus cimientos la sociedad civil, eterna base del Estado, y de la cual no se independiza hombre alguno si ya no es en el fondo de la tumba, fuera de la ley, alma de la sociedad, no puede haber libertad, sino en la ley. Y ¿qué es la libertad? La libertad es un derecho; pero tampoco puede haber derecho, en no siendo al lado y en compañía de un deber, ya expreso, ya sobrentendido, y absolutamente universal como el derecho; que no lo haya, es inconcebible, o a lo menos, es una infame, atroz e intolerable supresión: porque tanto absurdo envuelve concebir el derecho solo, sin el deber, como concebir el deber solo, sin el derecho; pues cada uno, en su acción privativa, es el equilibrador y compensador del otro, siendo entre sí tan necesarios, que una vez dado el uno, de una vez se ha de seguir el otro, sin que nunca falle o falte: y la ley no asiste con ningún estímulo a la práctica del primero, ni con premio alguno al ejercicio del segundo, por no ser esto de su esencia y naturaleza, como no se repute por estímulo y premio al fin mismo de la ley, o sea el orden y conservación de la República, de donde no hay quién particularmente no se beneficie; pero sí es de la naturaleza y esencia de la ley, dada la perversidad humana, virtual o práctica, proveer, con el señalamiento de las proporcionadas penas, al castigo de la falta que se pone de manifiesto en el hecho del deber no cumplido, por la misma razón de que se abusa del derecho, e implica este abuso, en cierto modo, la violación de él: porque quien falta a su deber, por fuerza falta en ello a su derecho: de donde se sigue, que viola y pisotea su propio derecho,



todo aquel que faltare a su deber; que bien y muy en cuenta se ha de tener, como el derecho no lleva en sí mismo sus demarcaciones, límites y fronteras, sino que las tiene fijas en el deber, que por su parte no tiene las señales de sus linderos y confines, sino en el cansancio y fatiga que naturalmente ha de causar el cumplirlo más de lo debido: que nunca trae perjuicio alguno el bien que abunda. Y en este juego del derecho al deber, y del deber al derecho en el campo cerrado de la ley, es en lo que consiste y se contiene con infinito desahogo todo el aparato y máquina de la libertad, donde no es razón que tenga cabida mezcla alguna de despotismo y tiranía, ni nada de lo que siempre acompaña y hace coro al despotismo y tiranía: no puede haber esto sino fuera de la ley, en el cual caso, si no hubiere otros medios legales, no se comete atentado ni delito de ningún género en requerir las armas y turbar con ellas el orden público, en defensa de la propia libertad: porque así como nadie tiene el derecho de ser tirano, nadie tiene el deber de consentirlo. Pero ya no hay derecho, ni deber, ni otra cosa alguna, cuando se hace una revolución contra un gobierno bien intencionado, contra un gobierno que se afirma en la ley; ahí no se trata de nada bueno, ahí no hay de por medio, más que un crimen odioso, que aun cuando quede sustraído a la jurisdicción de la justicia ordinaria, siempre cae bajo la jurisdicción de la conciencia pública, que ¡ay de aquellos a quienes execrare! porque siempre pagan y expían con el mayor rigor el delito con que dieron margen para que los execrase: de todo lo cual existen notorios y repetidos ejemplos entre nosotros, y en los mismos días que alcanzamos.

No puede ser pues calificada sino de criminal en todo extremo esta revolución (por cierto llamada restauradora), en cuanto que tuvo su origen y nacimiento en el deseo teni-do por sus autores, de vengarse a su talante, arrebatando el



mando supremo de las manos de los que se lo habían poco antes arrebatado a ellos; y esta es una mala clase de venganza; porque buena hubiera sido, si, contando con la existencia de un acto inmoral, inconstitucional, arbitrario, siquiera insignificante, de que hacer culpable a Espaillat, se hubiera ceñido a la ley, que cual verdadera providencia, provee a todos los males y necesidades de la República, sin dar lugar a que se busque jamás el remedio en otra parte alguna, ni por otros medios que los suyos propios, y le hubiera hecho comparecer ante los supremos jueces a quienes tocaba conocer del delito de que se le hubiese inculcado: que aunque no hubieran obtenido el éxito que buscasen por esa vía legal, con todo, incomparablemente más habrían ganado que perdido: no se hubieran hecho acreedores a ninguna reprobación por parte de la conciencia pública (temible, como hemos dicho, cuando anatematiza porque nunca dejan de tener efecto sus imprecaciones), y habrían quedado en situación menos desairada y abatida, que la en que hubieron de quedar con el triunfo que alcanzaron por la vía revolucionaria, puesto que solamente les fue dado gozar del mismo el menguado y ridículo espacio de cuarenta días cabales, a cuyo término, por ser los menos y más débiles, fueron a su turno vencidos y echados del poder por los más y más fuertes, por sus compañeros de antes, para quienes al fin, vinieron a trabajar sin sospecharlo. Este nuevo movimiento, tan rápido, que no tardó sino muy breves días en dar en tierra con aquella efímera y menguada situación, sin derramar una sola gota de sangre, rompió asimismo en la capital, a principios de diciembre; y gracias a él, llegó al fin la hora de la libertad para don Ulises Francisco Espaillat, el cual es pública voz y fama, que por la misma puerta del consulado por donde salía, vio entrar, y hasta saludó también, como él, caído presidente, General Ignacio Ma. González, que allí acertó a buscar



refugio, huyendo del tumulto popular que acababa de derrocarlo: ¡triste, y cómico, y al mismo tiempo merecido fin y término de la preponderancia y señorío de tan mala causa como aquélla!



XXII

Pocos malos años habrá que hayan tenido tan buenos principios; y al ver con el envilecimiento que medió y acabó ese irónico 76, no se diría que de harto mejor manera empezó, se diría que tales habían sido sus estrenos, cual fue su desastrado desenlace: fue vívida y centelleante luz, al despuntar, que deslumbraba; luego, sombras importunas, que parecían tender a disiparse, antes que a extenderse más allá de adonde habían alcanzado; y al fin, abominable lobreguez, que lo eclipsó todo en nuestra tierra, desde la ley hasta el civismo y el derecho, que de tales resultas, no han vuelto jamás ni a tener brillo alguno siquiera, cuanto más a esplendor con la grande, pura y noble refulgencia de mejores días. Y efectivamente, año más nefasto no registra la historia dominicana; y tanto, que no lo daríamos nosotros en cambio y en trueque, ni aún por el de 1861, en que se forjó en el yunque de la ignominia nuestra anexión a España: por cuanto éste nos condujo a recuperar, a costa de nuestra sangre y ruina de nuestras haciendas, pero colmándonos de invalorable honra, lo mismo que nos arrebató; y aquel nos llevó a la pérdida irreparable de lo mismo que nos había legado: y con este despojo, abrió paso franco a los desastres



de toda forma y medida que nos han sobrevenido en los años a él posteriores, los cuales, por él contaminados, de pérdida en pérdida, nos han ido precipitando a la mayor de todas ellas, porque después del patriotismo y la vergüenza, no vemos qué cosa más, de algún alto y supremo valor, se pueda perder en pueblo alguno. En fin, sus consecuencias duran, en tal manera y suerte, que pocos habrá capaces de no persuadirse a que la parte mayor de nuestras presentes desventuras, si ya no todas ellas juntas, son todavía otros tantos lógicos y geniales efectos de la misma citada causa. No hay que dudarle; y además de lo dicho, no le faltó detalle alguno para ser contado por eminentemente calamitoso, a pesar y despecho de los radiantes auspicios que lo lisonjearon en la cuna, y de los cuales fueron baldón y mengua sus entenebrecidas postrimerías. Nada le hizo falta. En efecto, el viernes santo, las campanas parroquiales, que no debían romper con tañido alguno suyo el universal, solemne y fúnebre silencio de la naturaleza por la muerte del salvador del mundo, fueron puestas en el imperioso término de cometer el inaudito sacrilegio de no cumplir tan sagrado precepto y ordenanza, por la necesidad de llamar con grande apresuramiento y sobresalto, como llamaron a todo el mundo, a contener y extinguir la perversamente intencional, según de público se dijo, y horrorosa conflagración que comenzó a las altas horas de la noche, y cesó en la mañana del sábado siguiente, dejando tras sí a humeantes pavesas y cenizas reducida una porción de la parte más céntrica y agradable de la ciudad de Puerto Plata. Dos meses después de este suceso, a fines de junio, víspera de San Juan Bautista, dio allí mismo lugar y motivo a más prolongada, intensa y execradora consternación que la por este incendio producida, un hecho espeluznante, atroz y nunca visto ni oído, que hubo tenaz y hasta desesperado empeño en imputar a manos dominicanas, siempre,



por dicha, limpias, inocentes, e incapaces, si se quiere así, de crímenes de tal linaje. Un señor cubano, con su domicilio en el campo, y de camino para la población, por la mañana, horas más, horas menos, guió su caballo a una humilde casa que a la orilla o algún tanto apartada del camino estaba; y llamando a la puerta con intento de dar parabienes al Juan o Juana que por ventura se presentase, de nadie recibió respuesta: lo que le movió y tentó a inclinar la cabeza en ademán de ver por la puerta, no cerrada, si estaba la casa sola; y apenas se hubo asomado, cuando de pronto desvió el rostro, en gran manera horrorizado de ver tres o cuatro cadáveres o cosa parecida, que delante se le ofrecían, cercados por todas partes de horrible lago de sangre: tres eran de varones, casi todos menores, y uno de una mujer en cinta, que tenía entre los inmóviles brazos un niño también cadáver; y tornando a mirar, advirtió como estaban todos casi descuartizados a puros machetazos. Tras lo cual, aguijó la caballería, por llegar sin más dilación con la noticia del caso a la ciudad. Las autoridades todas, con la precipitación del caso requerida, se trasladaron al trágico lugar, con numeroso acompañamiento y séquito de conmovido pueblo; y ante todo, hicieron registrar el monte que a la redonda de la casa se veía: en lo cual acertaron, como bien lo mostró el hallazgo que de allí a poco se hizo de los cuerpos inanimados de tres niñas, dos de doce a catorce años, y una de quince, quienes conducidas a la fuerza lejos de la casa, las estrangularon los malhechores, después de cegar, feroces y brutales, la flor purísima de su virginidad e inocencia. También se halló moribundo en lo más espeso del monte, y no bien lejos de los cadáveres de las vírgenes, un muchacho de algunos trece años, que sin echarlo de ver los matadores, después que le hirieron de gravedad, con grandes esfuerzos superiores a lo que daban de sí sus años, salió a rastras de la casa, y trató de llegar de aquel modo al más



vecino bohío, donde hacer saber los tristes casos de los suyos: lo que hubiera logrado, a no tomarle un desmayo en el punto mismo donde fue hallado de los agentes de la autoridad. Era toda una buena familia de labriegos, venida de la isla de Cuba, por causa de la guerra que allí por entonces había. Solicitados reiteradas veces los jefes de ella, para que ingresaran en una vasta y secreta compañía de caballeros de industria y facinerosos, organizada y establecida en Puerto Plata, una especie de *mafia*, de la cual formaba parte principal un antiguo esclavo de Puerto Rico, nombrado Juan Bautista Carrasco, se habían rotundamente negado, persuadidos y convencidos muy en lo íntimo, de ser otra la conducta que los obligaba con la tierra y gente que con discrecional hospitalidad los convidaba y acogía. La malvada sociedad no se había dedicado, hasta ese punto y hora, más que a ínfimas fechorías en campo y en poblado, por las cuales a nadie podía ser fácil venir en conocimiento de la oculta madeja de su existencia; de modo que su primer acto de bulto y consecuencia lo constituía el inicuo y horrendo asesinato de aquella pobre y bien intencionada familia, en cuya sangre quiso y pretendió, a lo que parece, disolver la posibilidad de una inopinada y desastrosa denuncia. Con todo eso, por funesta ventura, el padre que junto al cuerpo de la mujer, su esposa, yacía, en aquel suelo anegado en su sangre, en la de ella y la de sus hijos, aun no había muerto, por haber faltado tiempo a los bandidos para echar de ver, al marcharse, que todavía estaba con vida; y aunque ya no pudiera balbucear una palabra, conservaba el uso de casi todos sus sentidos, y de consiguiente se daba entera cuenta de cuanto en torno suyo sucedía. Trasladáronle a la población sin más tardanza, en compañía de sus difuntos mujer e hijos, a quienes prontamente se dio cristiana sepultura. Breves horas tardó en reunirse con ellos en la tumba: sin que perjudicara esa brevedad a los fines y



misión de la justicia, la cual siempre obtuvo, no de su boca, porque no la podía mover a dar ninguna respuesta, ni a proferir un débil ¡ay! siquiera; sino de su cabeza, con la que aun podía, bien que con gran trabajo, hacer signos afirmativos y negativos, mudas, pero elocuentes declaraciones que suministraron las luces que pusieron a los jueces en el buen camino de dar con los salvajes autores de tan horrorosa matanza, y hacer el descubrimiento de la existencia de la inicua compañía, despejando con esto, de pasada, el misterio que había servido de impenetrable tapa, por largo tiempo, a un sinnúmero de cuatrерías y otros menudos delitos suyos, que de otra manera no hubiera sido fácil poner en claro. Y en tanto que a las preguntas sobre si conocía que fueran dominicanos o gente de otra parte los asesinos, satisfacía cumplidamente, o mientras a lo uno contestaba que no, y a lo otro que sí, con aquellos signos capitales, que a lo sumo, eran los únicos movimientos conscientes que le permitían su extremo trance y postración, las más veces, con extraordinaria energía de voluntad, desviaba el rostro de la vista de los circunstantes, con los ojos anegados en lágrimas, y esto lo hacía siempre a manera y modo de indignado y despavorido, a causa sin duda de parar la mirada en algo que no querría tener cerca de sí por nada del mundo en esos supremos instantes de su vida. Discurrían todos, a los más de los presentes, que debía de provocar ese llanto en él, y ese movimiento de cabeza, o ya el inmenso pesar que le daba el no tener en torno de su lecho a un miembro de su familia, no fuera más que uno solo, a su solícita consorte, que recibiera en su alma la última palpitación de la suya; o ya el dolor indecible producido de sus profundas y mortales heridas, que le cogían, desde la cabeza y cuello, hasta las extremidades del cuerpo, ya helado a medias por el implacable frío de la muerte. No muy después de la inhumación de sus yertos despojos,



cuando habían caído en poder de la justicia los más de los bárbaros homicidas, y nada se desconocía ni silenciaba de cuanto decía relación a la horrenda banda de donde provenían, se vino a dar en la cuenta de la causa de aquel llorar suyo, y aquel volver la mal herida cabeza, tantas veces, a la parte de la pared donde no veía lo que absolutamente no quería echar de ver: y era que uno de aquellos espantosos vasallos del crimen, joven, y hasta de buena presencia, tan audaz era, y tan descarado en medio de su audacia, que por quedar exento de sospechas y pasar plaza de hombre de bien, no se contentó con lo que hizo en la madrugada de aquel día, después de asistir como actor a la horrenda función de muerte, no se contentó con desnudarse la ropa salpicada de sangre y presentarse satisfecho, y con elegancia vestido, en un baile a que había sido invitado algunos días antes, y bailar en sociedad y compañía de honestas y cultas personas; sino que también fue al campo con los funcionarios judiciales, y prestó su ayuda con mucha diligencia en las pesquisas que dieron por fruto el hallazgo del muchacho agonizante y de los cuerpos de las tres niñas, que a todas luces había él mismo contribuido a violentar, antes de arrebatarse la existencia; y finalmente, vino y traspasó los umbrales de la triste morada donde se hallaba presa irredimible de mil suertes de atroces y desesperados padecimientos el pobre padre, hasta llegar al borde mismo de su lecho ensangrentado, e importunarle con ponerse a presenciar el estertor de su dilatada y cruel agonía, que le privaba de voluntad y fuerzas para siquiera señalarle con el dedo, ante los que allí mismo hubieran podido aprehenderle al punto y hacerle conducir a seguro calabozo. Con eso y todo, no dejó este caso de sucederle transcurrido ese día, ni pasó menos en ese tiempo a los otros perpetradores de aquel monstruoso delito; y cuando por causa de la revolución que principiaba, no se les pudo seguir ordinario



juicio a todos, ni después de restablecidas las cosas en su habitual sosiego se hizo más cuenta del asunto, siempre algunos purgaron su monstruosa culpa, según lo autorizaba el espíritu de las circunstancias, que fue por vía de un sumario y más que condigno y reparador fusilamiento.

Por último, en todo el medio de la vorágine revolucionaria, día 13 de septiembre, al caer de la tarde, comenzó a soplar una de esas horrendas calamidades llamadas huracanes, tornados o ciclones, dentro de la cual podía haber una suma considerable de desgracias como las dos que acabamos de contar, y todavía quedaba holgado espacio para un número incalculable de las mismas; y vino al fin y remate de cuentas, como a completar cuanto habían dejado por hacer el incendio y el asesinato: fue así que, ocupada la imaginación con este general acontecimiento de la naturaleza, ya nadie se acordó más de los sucesos particulares de los hombres; y a esta misma hora presente, bien pudiera ser que más memoria se conservase allí de lo uno que de lo otro. Y a buena fe que sobra de razón tenía Puerto Plata para dolerse del nuevo accidente más que de cualquier otro, por más sensacional, deplorable y funesto que fuese; ningún otro punto de la República experimentó tan de lleno la violencia del meteoro, violencia, empero, por decirlo así platónica, con poca cosa de diferencia, si se mira bien a que los daños que fueron obligada consecuencia de su paso, necesariamente devastador, no alcanzaron a la categoría, de los que, por extraordinarios, reciben el nombre de estragos y desastres: pues toda la injuria se vino a reducir, a despojar de sus cobijas algunas casas y bohíos, que de livianas yaguas las tenían, y levantar en peso el sólido techo de uno de los recién construidos cuarteles de la fortaleza, y arrojarlo a plomo en tierra: todo esto sin que un trozo de madera ni algún otro material, lanzado por el viento, derribase o hiriese a nadie al caer de alguna



parte; y en el campo, añosas ceibas, y otros árboles de distintos tamaños, eran arrancados de raíz, o partidos por el tronco, y echados al suelo con fragor, o bien venían a tierra sus ramas, por el viento desgajadas, pero siempre sin traer daño alguno a cosas ni a personas; las cuales sólo en sus destrozados platanales (porque conucos de otras siembras no los había con la revolución), o en los animales que les arrebataban las corrientes de las quebradas, arroyos y ríos desbordados, y se ahogaban en ellos en gran número, era en lo único que podían decir que les había venido algún perjuicio con la tempestad. No así en el mar, donde ya fueron infinitas veces peores sus consecuencias, como quiera que, a diferencia de lo que pasa en la sobrehaz de la tierra, pues aquí los vertiginosos huracanes extienden su pujanza tan sólo a derribar en ella o arrastrar fuera de su sitio los objetos; en el mar, o los barren de su agitada superficie, o los sepultan en sus infranqueables senos, cuando no los hacen varar en alguna playa, o encallar en algún escollo, contra el cual los estrellan a veces; y tal fue lo acontecido a tres miserables goletas ocupadas, con otra más, en un crucero de los tantos que se hacían en la costa por aquel entonces al occidente de Puerto Plata: las cuales, cumplida su correría, o dándose tregua en ella, se hallaban, de regreso al puerto y punto de partida, frente a la desierta y solitaria costa de Isabela, donde por los europeos erigida muy inmediato a los días del descubrimiento, se levantó la primera ciudad del nuevo mundo, así llamada en honor de la gran reina Isabel la Católica; y allí las tomó el vórtice del mal tiempo, al entrar de la noche, que cerró con más anticipación que otras veces, y asistida de todo el innumerable cortejo de sus horrores, singularmente de aquellos más tremendos, que siempre tienen reservados en su seno inmenso, en las épocas de mayor serenidad y bonanza; y puestas al paio unas, y a palo seco alguna otra, se abandonaron luego a lo



que bien quisiese la fuerza incontrastable del viento desencadenado, y los furiosos embates del formidable oleaje: sin el dulce consuelo de que, abriéndose camino a través de todo aquel revuelto y sombrío medio, llegasen a ellas rielantes los destellos de providente faro, indicador de sí mismo como accesible punto de refugio y de salud para los que naufragan, o bien de la vecindad y cercanía de amigo puerto, de amiga playa, de algún ordinario peligro, mil veces menor que aquel que los cercaba, y hacia donde les fuera posible inclinar la combatida proa, en requerimiento de la salvación, que no se les ofrecía bajo ningún aspecto ni forma en otra parte alguna. Solamente subitáneos relámpagos hendían la maciza y siniestra oscuridad ambiente, la que surcaban como si fueran nuncios y mensajeros de la muerte, pues a su siempre deslumbradora claridad, ningún indicio aparecía de remota o próxima esperanza, ni alcanzaban a echar de ver los ojos afligidos, más que, arriba, la informe y aterradora cerrazón de aquel cielo inaplacable, de cuyo seno inmenso salían desprendidos torrentes de fragosa lluvia, mucha parte de la cual, sin acabar de caer jamás, volaba en alas de las irresistibles y veloces corrientes del intemperante aire; y abajo, la temerosa extensión de aquel piélagos irritado y estruendoso, donde se deslizaban, ligeras unas tras otra gigantescas e impetuosas montañas de agua, prontas a romperse, despeñarse y caer como formidable y arrolladora catarata, sobre todo lo que se tuviese flotando por la líquida extensión, y anegararlo, y hundirlo en las móviles, pavorosas y profundas simas que, precediéndolas y siguiéndolas, a uno y otro lado de las mismas se hacían. Ya sin esto, pasaban de una parte a otra por las cubiertas a cada momento estremecidas, incesantes diluvios de agua, rumorosa de continuo, a causa del desbarate de las festejadas espumas que de ella se formaban, y de continuo poblada de infinito número de imperceptibles



infusorios, cuyas plácidas fosforescencias, tan frías como refulgentes, sin ser poderosas a suplir la falta de otra alguna, constituían las solas y únicas luces que aún no se habían extinguido a bordo. Y en tanto que vibraban las jarcias como sonoras cuerdas, y mientras silbaba o susurraba el viento en cuanto pedazo y trozo de cabo quedaba pendiente al aire libre, y producía estridentes bramidos, o zumbaba, de rápido y sordo modo, al rozar las plegadas velas y los lisos mástiles que las sustentaban, no sabían los sin ventura tripulantes adonde huir, ni cómo desprenderse de los brazos de la tempestad; y apiñados dentro de los estrechos camarotes, los menos fuertes y no avezados a los peligros de la mar, a esa infeliz sazón supremos: y los experimentados y más animosos, de pies sobre cubierta, sin alcanzar a verse sus propias manos; tan prontamente alzados con barco y todo en hombros de las oleadas enfurecidas, a una considerable altura, como descendidos sobre el nivel de las ondas tenebrosas a una profundidad también considerable; a veces derribados al suelo por un bandazo u oscilación del buque, para levantarse y caer nuevamente; o teniéndose, a duras penas, de distintas suertes, asidos de los cables, trabados de las manos, sujetos a los bordes, abrazados a los palos, obligados a resistir en las espaldas el impulso inintermitente y formidable de la masa de aire en movimiento, y el golpeo perenne de las menudas o gruesas gotas de lluvia, que caían abundantes, o abundantes volaban sin caer jamás, del recio viento arrebatadas; precisados de aquel modo a mantener los rostros desviados de la propia lluvia, y del propio viento, y de las propias olas embravecidas, y ante todo a cuidar de no ser por ninguno de los tres, o por todos a un tiempo, lanzados al agua, cuya herborosa y recia corriente alejaba con espantosa celeridad los objetos, en cuanto en ella se precipitaban, así era como les precisaba sostenerse: y esto, no ya con la seguridad de



que, al fin y al cabo, había de pasar el tremendo fenómeno en bien de todos, sino esperando de consuno y aguardando, tímida e indecisamente, o sea sin querer tenerlo por cierto, ni aun siquiera presentirlo en ninguna manera, el trance inminente y aterrador de su común zozobra y naufragio; y estando así, todo vino a suceder a un tiempo mismo, pues en uno de tantos balanceos y fluctuaciones de las naves, o en uno de tantos pasos de las olas, que al mismo golpe, compás y ritmo suyo las levantaban y bajaban, ¡oh inexorable y horroroso destino! se tragaron los inmensos y lóbregos abismos a dos de éstas, que para siempre se sumergieron, una tras otra con sus tripulaciones enteras, en número de cuarenta, o a lo menos treinta y cinco individuos, marineros unos pocos, y gente de tierra los más, que pertenecían a buenos hogares y buenas familias puertoplateñas, de las cuales algunas visten aún de luto, por la dolorosa parte que les cupo en aquella común y excesiva desventura. De las dos restantes goletas, una, llevada del violento agua-je, logró irse a tierra, y hacerse toda pedazos en la playa, sin ningún otro siniestro digno de lamentarse; y la postre- ra, con sólo el inconveniente de ser echada muy abajo por la tormenta, la resistió en todo el trayecto, hasta que pasó enteramente, y así tuvo la buena suerte de salvarse; y como a su regreso no podía dar precisa y cierta noticia de las que descendieron a los abismos del mar, si muchos había que sin más ni más las dieron desde luego por perdidas, mayores en número era los que confiaban que al fin retornarían, dada la fe por ellos abrigada en que, cuando más, el viento, y las aguas del viento impelidas, las habrían arras- trado hasta dejarlas en puntos y países de donde no les fuera posible rendir la remontada en tan breve término; así que, algo más de un mes, cuando viniendo Lilí de Man- zanillo con las suyas, surgieron éstas en el puerto de su destino, aun no habían los esperanzados padecido en su



deseo y creencia desengaño alguno; y por eso se holgaron con el arribo, dando como daban por hecho, ser dos de aquellas cuatro goletas, las mismas que tanto esperaban, y que no habían de volver jamás a ver en todos los días de su vida.



XXIII

En resolución de todo, por lo mismo que no es usanza en nuestras iglesias entonar cántico alguno especial en acción de gracias por el fin y renovamiento de ningún año, lo que fue por la sola y expresa circunstancia de haber tenido el de 1877 comienzo en sustitución y reemplazo del 76, no hubiera sido mucho en modo alguno, haber hecho resonar las partes abovedadas de los templos del Señor, con un fervoroso *Te Déum*, antes o después de acabada la solemne misa del día de año nuevo: porque no de más aparente y digna manera se habría podido hacer salir a plaza la general alegría, por un acontecimiento y sucesión de aquella clase. Mas sin embargo, no ha de querer significar todo esto, que hubiera de ser muy bueno el año 77, que de suyo estuvo harto lejos de serlo; nada más que por esto, porque si González derrocó a Espaillat, en desquite González fue derrocado por Báez, que ocupó con su administración todo el año de que tratamos: de donde se ha de colegir, como consecuencia, que aun cuando el triunfo de Báez contra González contentara y fuera celebrado como lo fue de propios y extraños, eso nunca pudo ser por lo



tocante a la República, sino por lo tocante a González exclusivamente; pues en lo general, no podía ningún entero y patriota corazón sentirse ni mostrarse satisfecho del suceso, porque no había uno en quien no se conservara indeleble y palpitante aún, el recuerdo de los seis años, ni a nadie se le ocultaba, que salir de González, para entrar en Báez, era como volver a los horrores de lo pasado; y por eso, no había de ser accidente acomodado al bien moral de la patria, cuya creación y conservación en el ser que tenía, era la obra de infinitas suertes de nobles y grandiosos sacrificios. Verdad fue que Báez se había presentado en la escena esta otra vez, teniendo en la mano un papel abierto, donde había escrito un programa lleno de primores, y bien pudo ser que no tuviese presente, al asentar tantas cosas en ese pedazo de papel, que no se había de dar crédito a sus promesas: que si esto hubiera tenido en buena cuenta, no hay duda que no las habría hecho. Pues ello fue que nadie tuvo confianza en su palabra, ni se creyó que la empeñase de buena fe; porque, mas que lo negara, no estaba en él mudar de principios y escuela, como se mudaba de vestido, siendo, como es, que nuestros políticos siempre son los mismos: acaban su vida como la principiaron; y por malas que sean sus opiniones y sistemas, se aferran a ellos, como para que únicamente la muerte, que todo lo abate, aniquila y anonada, sea quien los separe de su profesión e idolatría; si admiten el progreso (pues los hay tan retrógrados y amigos del oscurantismo, que no quieren saber del progreso bajo ninguna de las manifestaciones suyas, o que tan sólo quieren saber de él en cierto sentido adaptable a sus sórdidos intereses), dentro de su propio sistema es que lo admiten, pero nunca lo quieren ver, si lo han de verificar dentro del sistema opuesto; y así, el opresor, el déspota, lo entiende a su manera, y el liberal a la suya, sin que ninguno de ambos lo fomente y patrocine del modo



que lo fomenta y patrocina el otro. Y es que no es dado a nadie cambiar la naturaleza de las cosas, y la propia naturaleza suya, menos; cuanto más, que con el vicio con que se vino al mundo, se le abandona para siempre, y lo que más pudiera suceder es que pierda el vicio, en parte o de todo punto, su actividad y eficacia en el curso de la vida, por obra de la educación y otros aprendidos méritos y virtudes. Por consiguiente, desde los primeros momentos de la vuelta de Báez, comprendióse como era de toda necesidad preciso arrancarle lo más presto el recién empuñado mando, antes que cobrase arraigo en él, como la vez pasada, por más que duro fuera resolverse a dar ocasión a nuevos desastres en el país, en lanzarle a otra guerra civil, a la cual no daban pie alguno los primeros actos de Báez como gobernante, pero que probablemente habían de justificarla más tarde porque se atendía, más a lo que podía o debía de ser, que a lo que ya era o estaba siendo: lo porvenir se anteponía de aquel modo a lo presente, y el común y práctico sentido, a las sanas sugerencias de la razón, la equidad y la justicia.

Los que habían sostenido a Espaillat, y ya caído éste optaron por extrañarse de la República, si exceptuamos a Luperón, cuyas intenciones eran por entonces tal vez pacíficas, no tenían el pensamiento puesto, sino en tramar prontamente una revolución, para echar abajo el tren administrativo de González: y en cumplimiento de tal designio, patriótico si se quiere, o bien intencionado, lleváronse todas las armas de precisión que había en el arsenal de Puerto Plata, con algunos cañones de pequeño calibre. Sucedióles, empero, a lo mejor del tiempo, un funesto percance, que fue que, no bien desembarcados en el Cabo, las autoridades haitianas tuvieron por conveniente despojarlos de aquel armamento, el cual nunca más les fue devuelto. Luego que sus triunfantes contrarios se apercebieron de que se habían



ido con aquellas armas, tildáronlos de ladrones, porque no andaban descaminados en sospechar el fin con que se fueron de aquella manera, y habiendo tumbado, no querían ser tumbados, y medidos con la misma vara: que tal es la condición de los que las revoluciones levantan, lo cual las mismas revoluciones derriban: y andaremos en este juego vil y desastroso, cuando tardemos en sustituir con el benéfico predominio de la leyes, el desdichado y calamitoso poderío de las revoluciones. Su inquietud estaba mal fundada, sin embargo: esos a quienes con tanta displicencia veía su imaginación en suelo extranjero, armados hasta los dientes con las armas de la República, y en disposición de atacarlos de un momento a otro, hubieran tenido que depone-
 nerlas, así les hubieran los haitianos consentido que las tuvieran en su poder todo el tiempo que permanecieran en aquel territorio, pues como no estaban los baecistas porque fueran los otros quienes dieran con aquella situación en el suelo, sino ellos, la derrumbaron a la mayor brevedad: pero, los que a ella pertenecían, no desconfiaban de los baecistas; y creyendo ser los otros los únicos enemigos de quienes se habían de guardar, se dieron a perseguir con encarcelamientos a una buena parte de los que nos se habían marchado del país cuando cayó Espaillat, los cuales se vieron así forzados a secundar el movimiento baecista; por lo que se dio nombre de fusión a este tácito concierto de los dos partidos, que, la verdad sea dicha, no era en ninguna manera preciso para lanzar del poder a González. Con esto quedaron francas las entradas de la República para los expulsos, en especial para los más necesitados de ellos, como eran casi todos los que se hallaban refugiados en Haití: los cuales, bien que con el disgusto de que les abrieran las puertas manos que no eran las de sus correligionarios, y a trueque de volver lo mismo que si fueran vencidos a sus hogares, prefirieron recobrarlos, a quedarse



sin recursos en tierra extraña, donde pasaban todas las angustias y trabajos relativos a la condición del desterrado. Esto lo empezaron a experimentar desde su desembarco, una vez que les faltó hasta la parte que les tocaba de los dineros que dio el ayuntamiento de Puerto Plata para todos, la noche de su embarco y salida de aquel punto: dineros que, puestos y depositados en la manos de Lilí, en ellas se quedaron, sin más merma ni disminución que la dimanada de una mediana cantidad inferior a cien pesos, que tuvo él, a bien repartir, en porciones iguales, entre uno que otro de los jefes o personajes expatriados de más nota: que lo que fue la plebe, se quedó a vivir de la misericordia de su propio destino, siquiera no del todo adverso, puesto que poco tardaron en restituirse a sus nacionales domicilios. De modo que, antes acosados del hambre que de otra necesidad alguna, volvieron a su país a poco de haber empezado Báez a ejercer sus funciones presidenciales. Pero no volvían la espalda por eso al común pensamiento de conspirar a la ruina de toda situación que no fuese la suya, considerando que cualquiera que no fuese la suya, tarde o temprano había de ser sobrado mala, y a fuer de sobrado mala, sobrado intolerable. Y si ya desde Haití habían de poner por obra ese su intento, en la parte que les concernía, con más y mayor comodidad debían de poder coadyuvar a dicho fin en la misma República: esto por ser su tierra: no porque los actos del incipiente gobierno dieran ocasión a que lo pusieran en efecto: si bien hay que hacerse cargo de que, lo que a tan mala parte lo echaba todo, eran los antecedentes de Báez, de quien no había quien no recelara por ellos. Todo el mundo tenía en cuenta no ser justicia empuñar las armas y llevarlas contra quien no había cometido arbitrariedad y desmán que lo autorizase; y, sin embargo, a pesar de tenerlo en buena cuenta, en seguida consideraba ser conveniente no dejar de llevarlo a efecto



lo más antes: y tanto era esto así, que, mientras por una parte, y por la misma pobreza de fundamentos. Se malograba en la línea Noroeste la primera revolución del año, de que fue don Máximo Grullón el caudillo (todavía, y con más veras que nunca, morador de Juana Méndez), por otra, no era parte para tranquilizar los espíritus, una carta que de su residencia temporal de San Thomas, escribió Luperón a sus amigos en Haití, para que renunciasen a la empresa revolucionaria que meditaban, cimentado en los argumentos, para todos manifiestos, de que Báez no iba gobernando mal, y que, visto el estado en que había venido el país a parar después de un año de tenaz y azarosa guerra, no le podían quedar fuerzas con que soportar el peso de los desastres que le acarrearía un nuevo levantamiento. Nadie se podía contener en los límites de lo razonable, porque lo vitado era que llegase a tomar consistencia el incipiente orden de cosas; y el país, levantado luego por do quiera con las armas en las manos, probó tener más energías, de las que, para el esfuerzo que pedía ese alzamiento, le calculaba Luperón; el cual, a la postre, y sin tener para qué moverse de su retiro, cobró más simpatías a la guerra que a la paz, arrastrado sin duda de la corriente de la universal voluntad de los dominicanos, que no se preocupaban con que si la República podía o no quedar arruinada de resultas de los azares a que de nuevo habían de abocarla. Empero, la culpa de lo que suceder pudiese, ni era suya, ni podía serlo; la culpa era, que no en balde, o no impunemente, cometen ciertos errores, e incurren en ciertas faltas pecaminosas los gobiernos: pues cosas hay, puntos hay, límites y extremos hay, a que no se ha de tocar ni llegar jamás, que son objetos sacratísimos, que han de permanecer eternamente resguardados y garantidos de toda mala intención y de toda injuria, por mínima que fuere; y si se llegan a desacatar, entonces ¡qué mucho que padezcan las consecuencias de su mala conducta



los autores de tamaña violación y delito, y que se correspondan estas consecuencias con el género de las más aciagas e irreparables que darse puedan! Y siendo esto así, como siempre ha de serlo, no debieran echar en olvido; para su propia salud, que no ya para otra salud alguna, los políticos de mala fe, los políticos fementidos, los políticos malvados, los políticos prevaricadores de los reglamentos del deber y la probidad, no debieran jamás dar al olvido, que Báez no se sostuvo en el gobierno la vez postrera que lo exaltaron a él, que Báez no volvió a ejercerlo más en su vida, que Báez no volvió a ser llamado ni aclamado de los suyos, que Báez no volvió a pisar otra vez el suelo de la República, porque no a su salvo ni a mansalva se huellan, atropellan y conculcan las leyes, las instituciones, los dogmas fundamentales de la República: porque siempre hay conciencia pública, porque siempre hay sanción social, porque siempre hay justicia, porque siempre hay moralidad, y las malas causas perecen, y nada subsiste, perdura ni prevalece por cima del bien, cuando ya no sea el mismo bien que prevalece. Y ¿cómo, y por cuáles medios hubo de volver la vez postrera Báez a la República? Ya hemos visto bien claro como: prevaliéndose del disimulo y el misterio, como el mochuelo de la oscuridad; huyendo la luz pública, ocultando su nombre como los malhechores, esquivando las miradas de sus conciudadanos, por tomarlos descuidados, y no darles lugar a volver de su descuido; teniendo cuenta de no desplegar a los vientos su propio color político, sino siguiendo los estandartes de un partido que no era más que una parte del suyo, de su seno segregada, no por decepción alguna, o por habérsele negado las debidas recompensas, mas por la enormidad y el horror de sus propios atentados: partido para él indigno, para él traidor, para él aborrecible, a quien, con todo eso, estrecha la mano, vendiéndose por compañero, por correligionario, por amigo; y lue-



go que se ve con él a solas en la palestra, que observa que no hay un tercero en discordia que le arredre y estorbe, que las fuerzas de que usaba no eran otras, por su mayor parte, que las mismas que le habían sido por él llevadas con su concurso, ¡ah! no teme, no recela, no esquivo entonces presentarse solo en el campo, ni decir quién es, ni qué pretender, ofreciendo a la entera luz de la República el bulto y cara desnudos del grosero disfraz con que los traía solapados: proceder y acciones, en sí, no vistos con malos ojos por nadie, atendida la especial ocasión y circunstancias en que se verificaban; pero que hacen bueno y testifican como no hubiera podido por vías legítimas retornar jamás al país y al gobierno. Además, que la impaciencia que padecen aquellos de quienes se apodera voraz eso que llaman sed de mando, que de continuo a tantos hombres pierde, no le concedió tomar el pulso a la situación, y echar de ver serenamente, si por ventura era para él de tanto provecho volver al gobierno de la nación, arrebatándose de las manos a ese partido, como contentarse nada más que con vivir, sin sombra de riesgos e inquietudes, en su país en paz, sirviendo de propugnáculo al mismo partido, en su gestión de los negocios públicos, hasta que por sus pasos constitucionales, viniera el tiempo, que no hubiera podido mancar, en que pudiese asumir de nuevo el mando, en la certidumbre de tener a su vez de parte suya el contingente de dicha colectividad, puesta en el trance de no rehusárselo, por las leyes de un ya contraído deber de consecuencia y gratitud. Y así, o no era sagaz, o erró, como tantos otros, el mejor camino, al escoger entre los dos extremos el primero, que no era sino el más funesto a sus intereses banderizos: con lo que realizó el acto más impolítico que puede cometer un hombre calificado de muy político; pues habría visto cualquiera, sin dificultad alguna, como había de ser cosa infalible que, con tomar el gobierno



por asalto y a disgusto y pesar del que lo ejercía, toda relación de amistad y alianza con su bando quedaba deshecha, y no dejaba más arbitrio a éste, que buscar asilo y venganza en la oposición, haciendo causa común con el otro partido derrocado. Y más, que ya sabía o le atestiguaba la experiencia, lo que valen, y la fuerza que tienen dos partidos ligados entre ambos, y en abierta competencia con un tercero, en tiempo en que no hay más que tres que pugnan, cada uno de por sí, por alzarse con el poder, y de ahí suceditar a sus contrarios; bien sabido tenía, como no fuera flaco de memoria, que por tener de frente a dos agrupaciones unidas en el propósito de no darle paso alguno, se le hizo fuerza pasar tres años, de 1874 a 1876, inclusive ambos, en el ostracismo, porque todas tuvieron mal suceso, cuantas tentativas hubo de verificar por llevarles como tantas otras veces la supremacía; y solamente pudo presentársele la posibilidad de llegar a la meta de sus ambiciones, cuando plugo a la suerte que rompieran entre sí las dos parcialidades coligadas. Pero con todo esto, siempre sintió preferible subir a quedarse abajo, muy creído que le sería más hacedero sostenerse arriba, que donde a la sazón estaba, siendo así que, de haber caído estando abajo, le hubiera fácil sido levantarse, que siempre lo habría hecho apoyado en los brazos de aquel con quien cayera; en tanto que, arriba, caía solo, y, a más de caer solo, caía para no levantarse y quedar sepultado para siempre bajo la mole inmensa de sus criminosos desaciertos: habiendo perdido el sustentáculo popular con que había contado de primero, y gracias al cual, nada de percances accesorios y funestos en sus caídas anteriores le pasaba, que fueron raras, todo el tiempo que le asistió ese sustentáculo, quiere decir, todo el tiempo que duró entero e incólume su partido, sin reducirse a la mitad de lo que antes era, como se redujo por la escisión a que dio lugar en él, a la postre y al fin, la



sórdida cuanto mal intencionada política que su jefe profesaba. No embargante, nadie podría negar, por no poder revocarlo a duda, que los enemigos de Báez, no exceptuando más que a los verdes, o gonzalistas, posteriormente le han dejado muy a la zaga de la delantera que les llevaba, según le han excedido en materia de abusos, arbitrariedades y sevicias: pues salvando apenas lo concerniente a la conservación y autonomía de la República, no hay designio, no hay acto, no hay empresa, no hay nada, que no hayan concebido e intentado cometer, ni llevado a cabo con gran exceso, en la tortuosa carrera de la desvergüenza y de la iniquidad. No lo decimos, con todo eso, en disculpa y justificación de Báez: que no puede haber ninguna para sus inicuos hechos de gobernante, visto bien que aquel, no puede jamás justificarse ni ser justificado que a sabiendas mal obró: pues en cualquier accidente de lugar y tiempo en que lo haya hecho, siempre mal obró, a juicio de la conciencias rectas, en quien tiene constituido su insobornable areópago la justicia distributiva: siempre se hallará que mal obró, aun en presencia y con motivo de los que después, en las mismas circunstancias, o en tiempos más inexcusables y adecuados al bien obrar y proceder, hayan cometido delitos mil veces peores y menos excusables que los suyos: que la maldad no tiene justificación, ni la puede tener, ya sea en grande, o ya en pequeña escala cometida.

Encumbrado pues Báez en el alto sitial de la presidencia, y por él despedido del poder González con su bando, quedó más reforzada de lo debido la oposición a que, sin eso, y no tal vez a costa de su estabilidad, había de hacer frente por suma precisión, puesto que de simple o constituida de un solo partido, que antes era, y como simple, fácil de ser contenida y contrastada dentro de sus propios términos, ahora se hacía compuesta y doble, y a más de doble y compuesta, formidable o invencible, por el hecho



de constituirla dos partidos, cada uno de los cuales, por numeroso, prestigioso y pujante, valía más que su medio partido, como bien cabía nombrarle, desde que, a consecuencia de su inopinado desmembramiento, decayó, por modo tan considerable, de sus pasadas proporciones. Aun así, ningún género de concierto revolucionario reinó a los principios entre las dos parcialidades caídas. Azules y verdes no se querían, ni se podían ver siquiera; un odio bien sentido, un odio más justificado y activo de la parte de los azules, y más mezclado de desprecio, que de la parte de los verdes, los dividía; más se aborrecían entre sí, de lo que los dos, o juntos, o por separado, aborrecían al partido baecista, contra quien, mayormente los azules, poseían infinitos motivos de profundo e implacable aborrecimiento; y tanto así era este mutuo encono suyo, que durante la revolución primera, llamada “de don Máximo”, hecha en enero, salvo que ya no lo fuera en febrero, de 1877, los verdes todos, por ser, en el color y en el personal, azul el movimiento, antes ambicionaban el éxito del gobierno contra los revolucionarios, que ver triunfar a los revolucionarios contra el gobierno; y en el intervalo, relativamente tranquilo, que separó aquel prístino alzamiento, de los sucesos ruidosos del 1 de julio, si por la calle que llevaba, veía un azul venir hacia él a un verde quienquiera, ya no proseguía entonces adelante, sino que con presteza tomaba por la esquina más próxima, o se colaba en alguna casa, por no verle la cara ni de lejos, cuanto más de cerca; mientras que cualquiera de ellos, con los baecistas bailaban y bebían aguardiente juntos, muy conformes y contentos, en cualquier reunión privada o pública. Estos que llamamos sucesos ruidosos del 1 de julio, fue la revolución a favor de González, que rompió en tal fecha o la víspera de tal fecha en Puerto Plata, capitaneada por los Generales Francisco y Juan Isidro Ortea y Manuel María Almonte, cuyas fuerzas,



compuestas de campesinos mal armados, fueron echadas de la ciudad entre medio día y dos o tres de la tarde, por los defensores del gobierno, siendo a la sazón gobernador de la plaza el General Ramón D. Pacheco. Los cuales, la noche anterior, se habían replegado al fuerte, abandonando el casco de la ciudad a los revolucionarios; y éstos habían emprendido su entrada caballeros en la confianza de ganarles a los de gobierno la parada. Se daban a sí mismos esta confianza, por ignorar lo que pasaba en el campo enemigo; y lo que ocurría en él era, que los baecistas no estaban solos, según los verdes imaginaban: pues los baecistas tenían de su parte a todos los azules del pueblo puertoplateño, así a los que se podían llamar de acción, porque para cualquiera tenían el ánimo naturalmente apercebido, como a los que no sabían ser útiles para ninguna, y era lo más a que se podían extender, a ejercitar el arma de la lengua, que para miles oficios y destinos se presta, en tales ocasiones, y es tan eficaz, a veces, para el vencimiento de una causa, como las mismas armas mortíferas de fuego. Pues ambas clases, activa y pasiva, con su concurso material la una, y con su cooperación moral la otra, de consuno ayudaron y apoyaron a los defensores del gobierno, la primera en la tarea de barrer de facciosos a balazos las calles de la ciudad, y la segunda en la de rematarlos, vituperándolos de mil apasionados modos ante la pública opinión, de suyo contra ellos predispuesta, y ahora contra ellos indignada. Contados sobreviven de cuantos fueron testigos presenciales de aquellos acontecimientos: que si a citar los nombres nos detuviésemos ahora, nada más de aquellos cuyo fallecimiento hemos ido sabiendo en nuestros largos destierros, a fe que compusiéramos aquí una lista ¡oh Dios! aterradora, no por el buen número, como por la calidad de las personas que nombraríamos en ella. Y pues pudiera ser que los que vivos quedan reciban gusto de renovar por



lo que decimos la memoria de aquellas cosas pasadas a su vista veintiún o veintidós años atrás, será bien, o por darles placer si no lo sienten, o por acrecentárselo si lo experimentan, que añadamos algo más a esas mismas cosas concerniente: y esto tan sólo sea la mención especial que cabe muy bien hacer ahora de los Generales Isidro Ortea y Manuel María Almonte: a quienes recordamos, para decir, de ambos, ante todo, que nada de notable pudieron ejecutar en esa para ellos desairada ocasión, en que por la vez primera en lo que llevamos de bregas de hermanos con hermanos, se peleó en la calles de Puerto Plata; ni podía ser ello menos, como haya que tomar en cuenta que la emprendían con fuerzas enemigas, doble o triplemente mayores que la suyas. Con eso y todo, no hizo tanto el General Ortea como el General Almonte aquel día: el uno apenas figuró en el combate, si por ventura tomó en él alguna pequeña parte: y bien podría esto ser porque anduviese ocupado con otras atenciones no menores; y si no hay por qué decir otro tanto del segundo, es porque le hubo de tocar encontrarse desde su principio en tan desigual refriega; y en el punto de la derrota, recibió un balazo, que le inutilizó una pierna con herida de tanta gravedad, que como pudo salir a los campos y en ellos salvarse, fue sacado en brazos de algunos de los de su ya dispersa gente, con todas las incomodidades y sobresaltos consiguientes a una forzosa y precipitada carrera. Por lo demás, ojalá fueran reveses como éstos los que hubieran de acontecer a entrambos generales en la vida, y no tuviéramos que hacer referencia del funesto y terrible trance que les pasó después del suceso relativamente adverso de que dejamos hecha relación; y fue que, andando el tiempo, vinieron los dos a perecer a manos del mismo verdugo que de tantos buenos dominicanos lo ha sido: y así Ortea, el primero, cuatro años más tarde, y el segundo, Almonte, cumplido el plazo de los doce, aban-



donaron el suelo sin ventura en que nacieron, aquel en Higüey pasado por las armas, y el último en Puerto Plata, salvajemente asesinado dentro de un calabozo, por mandato cauteloso de Lili, también ordenador absoluto del fusilamiento del primero. En resolución, el gobierno derrotó sin triunfar; se impuso en las calles, pero no en los ánimos; se hizo de buenos auxiliares en un momento dado, y no supo después ganárselo como servidores: y con eso, se libró del mal presente, dejando intacto el germen de otros peligros venideros, sin duda peores para él, por lo irremediable. En efecto, la unión de azules y baecistas no era cosa que ser pudiese de provecho para éstos y así, no prosperó: era una pseudo unión ni más ni menos, porque solamente se llegan a unir de buena fe los partidos de credos y doctrinas, entre sí afines, cuando ya no sean semejantes; más no los que los tienen opuestos, de modo que los del uno, sean el anverso y reverso recíprocos de los del otro; y pues cada cosa busca la de su especie con quien juntarse, no era mucho que volvieran los azules las espaldas a los baecistas, por lo mismo que traían el poder en las manos, y que, pasando por cima de todo escrúpulo e impulso impolítico de la pasión, sin mayores remordimientos acabasen por unirse a los verdes, ya que, al fin de todo, tan caídos, y vencidos eran los verdes como ellos, y tan impotentes para recuperar de nuevo el mando aquellos sin éstos, como éstos sin aquellos; y otra cosa, que no hay cerro, ni cordillera, ni sistema de odios y resentimientos, que no socave, allane y remueva tarde o temprano el azadón del tiempo, de la necesidad o el interés. Pues con este material, no fue menester otro alguno para que de allí a poco apareciesen fogones revolucionarios por do quiera, casi todos de manos verdes encendidos; que por más que pelearan juntos azules y verdes, los del segundo matiz fueron a la revolución en número, si se quiere, todavía más considerable que los



del otro. Y, en fin, en la raya del cauro fue donde primero asomó la tea revolucionaria, prendida por González desde Juana Méndez, a donde había pasado de Port-au-Prince, una vez alcanzada la protección del gobierno haitiano: y pudo así comprometer a éste, porque, inspirados los gobiernos de la vecina República en una bien considerada cuanto alta y laudable razón de Estado, se hubieron de mostrar de todo en todo adversos al baecismo, desde los tiempos anteriores y posteriores al único sujeto de importancia política que tuvo Báez por amigo en aquel país, al Presidente Salnave: por lo que no prosperaron los esfuerzos que practicó el General Damián Báez, como delegado del gobierno en el Cibao, por obtener de las autoridades constituidas de Juana Méndez, la internación o extrañamiento de González y los Ortea; ni el mismo gobierno dominicano logró a ese tiempo mejor fortuna por la vía de las relaciones internacionales: por lo consiguiente, de nada valieron las misiones diplomáticas a ese objeto encomendadas sucesivamente a los esclarecidos y dignos señores don Carlos Nouel y don Manuel de Jesús Galván, que, sin ser baecistas, sirvieron de buena fe a Báez en estas comisiones. Luego se lazó el General Cándido de Vargas en Las Zanjas, y tomó las armas el General Segundo Imbert en Puerto Plata; las provincias de Azua y El Seibo no se hicieron aguardar muchos días en secundar al Cibao; y en última, todo el año discurrió en guerra obstinadísima, que si al principio no pasó de aislados conatos revolucionarios fracasados tan luego como tenían efecto, siempre dio su fruto sazonado, cual fue predisponer los ánimos a una general y potente revolución, a cuyo impulso viniera la pesada máquina del gobierno al suelo. Y en tanto que, ora por mantener, y ora por alzarse con él, se batallaba, sin honra para los que salían vencidos, ni para los que salían vencedores; y mientras que, por una parte lloraba, o había de llorar presto la Repú-



blica, el malogramiento de tan distinguidos ciudadanos como don Máximo Grullón, que inesperadamente bajó al sepulcro en Juana Méndez; y como el Padre Calixto María Pina, de quien la fama dijo haber muerto sin duda envenenado; y como el General José Melenciano, que a manos de sicarios entregó la existencia, los turbulentos dominicanos, con su República y patria tan por ellos mal regida siempre, como siempre por ellos mal amada; en medio de la consumada esterilidad de nobles actos y sucesos en todo el año tan notable; cuando la discusión política, en principios cimentada, que quiso abrirse camino con la publicación del luminoso periódico *El País*, por azules manos redactado, abandonó la pluma, desamparó el palenque y estadio de la legalidad, y tomando el arma de fuego fatricida, degeneró en bulliciosas y sangrientas facciones, ellos, todavía envueltos en la nebulosa de los primitivos tiempos de su nacionalidad, y de quienes desde cosa de un centenar de millas más allá, o de un centenar de leguas en redondo, poca extraña gente había que no ignorara si existían, fueron, con todo eso, poderosas partes para dar en todas las del universo mundo tema inacabable a las plumas de los buenos escritores y a las pláticas de todo género de gente, principal y ordinaria, entendida e ignorante, con el famoso hallazgo de los restos del descubridor de América, efectuado en la Catedral Metropolitana de Santo Domingo, el 10 de septiembre de tan revuelto e infecundo año. En efecto, ¡que ruido metieron con tal suceso! ¡Cómo alborotaron y conmovieron con él al público universal! ¡Cómo hicieron volver a todo el mundo hacia ellos la mirada! Y a fe que –como lo saben todos–, en tener por indudable la verdad de los sucedido, estuvieron unánimes desde un principio todos los espíritus; menos los españoles, que, poseedores de otras reliquias, llamadas de Colón, sin serlo en manera ninguna, no han cesado de hacer rostro con sin igual entereza y a



brazo partido a la convicción universal, concienzuda y razonablemente formada, de no ser verdaderos restos de Colón, sino los aliados y conservados en la catedral de nuestra gloriosa ciudad primada: la cual convicción, no poco ayudaron a infundir concluyentemente con sus plumas, nuestro esclarecido Emiliano Tejera, y el digno de recuerdo inalterable don Fray Roque Cocchia, en aquella sazón Obispo de Oropesa, en Italia, y a la vez delegado apostólico en nuestra República Dominicana. Mas sea como sea, y como es, sepamos rendir acatamiento a la opinión ajena, por contraria que pueda ser ella, y por inconcusa que sea o parezca ser la nuestra; ni lastimemos con el filo de la denigración y el ridículo a quien no quisiere pensar ni creer como nosotros, siendo intolerantes y fanáticos nada más que contra quien dejare de obrar como nosotros, con tal que bien obremos; porque bien se ha de ver, que donde por necesidad metafísica, que al cabo y al fin es la más ineludible, abrumadora y fatal de las necesidades, no puede hallar lugar ni cabida en ninguna forma lo absoluto, como en este mundo, escogido para tierra, patria, casa patrimonial y vivienda perdurable de lo relativo, real y verdaderamente, tanta razón tienen los otros para abrazarse con su opinión y no ceder al ajeno dictamen la palma, como nosotros en hacer lo mismo ni más ni menos que hacen ellos. En fe de lo cual, cuando no sirva de testimonio para otra cosa el ahaico pertinaz e imperturbable con que ha cerrado España los ojos a la luz de lo que tiene por la evidencia misma el orbe entero, siquiera no dejará de servir, si acaso fuera necesario, para dar nueva y cumplida fe de la grandeza de su espíritu y de la elevación, verdad y arraigo de los sentimientos que la conmueven: pues, o ya no prueba nada esta su obcecada creencia, o bien prueba y acredita de sobra, la verdad de que Colón ha sido en todo tiempo apasionada y supersticiosamente amado por España, como a órgano



o miembro y parte componente de sí misma: y digna España, y por mil maneras merecedora, de la voluntaria dilección, nunca por el infortunio desmentida, de que la hubo de hacer objeto singular aquel grande hombre; que de no amarle con amor tan infinito, a buen seguro que tanto diera para ella poseer como no poseer sus despojos; ni menos se le haría fuerza cavar un abismo que la separe para siempre de la verdad, que a grito herido proclama y certifica, cuáles son las mortales cenizas en quien han de venerar a Colón todas las gentes, y con más justo título aquellos que por mil extraordinarios motivos, deben hacer de sus corazones otros tantos sagrarios y tabernáculos para guardar en ellos perpetuamente su memoria. Por tanto, a estrechez y poquedad de ánimo, y a cobardía, hubiera sido bien achacar su resolución, si hubiese doblado España la frente ante la realidad del hecho consumado; indigna se habría llamado, si tal hubiera hecho: lo cual habría sentado bien a una pequeña nación, desataviada de toda gran virtud, vacía de sí misma, y pronta siempre a seguir el ajeno parecer y ajena convicción, porque ninguna propia convicción ni propio parecer sabe abrigar ni abriga; pero una gran nación no lo puede hacer sin mengua, porque una gran nación no puede nunca dejar de preferir hasta la muerte, a cometer una vileza; y vileza se llama el romper, por cualquier causa, la unidad de su genio, y el desdecir de los grandes impulsos y sentimientos individuales suyos, que son a la vez los más señalados e indelebles rasgos del carácter íntimo que tiene, y que de las demás organizadas aglomeraciones de su clase la distingue. Y siendo esto así, como es, debiera causar en nosotros admiración respetuosa, lo que a nuestro ver, y en concepto de la más gente, merece bien censura en España, o para mayor claridad, en los españoles: pues con eso hay materia de sobra para comprender, por qué ha sido tan fanática esa nación y tan de veras intolerante,



dando la medida de los prodigios que obraría en el campo del humano progreso, lo que ha hecho contra sus más capitales intereses en el campo del error (que no puede llevar otro calificativo la intolerancia religiosa de que ha sido tan ardiente prosélita), puesto que, con súbita y maravillosa facilidad acabó por desocupar esa trilla desastrosa, para no dar un paso más en ella, y se ha convertido en una de las más liberales naciones de la tierra; pues nada más se necesita que conciba inclinación a una idea, o bien a una causa, o a lo que fuere, para que ya entonces vean todos cómo se extrema en profesarla y seguirla sinceramente, hasta con sacrificio de su buen sentido y de su felicidad. Así pues si sus arraigados y enérgicos impulsos le han sido tan perjudiciales y funestos en el servicio y defensa de la causa religiosa, porque han degenerado en fanatismo, y el fanatismo apenas sabe andar, como ya no sea en hombros de las más exorbitantes y asoladoras persecuciones, bien se deja ver que la traerán al goce de una nueva y deslumbradora grandeza, menos inconsistentes y perecedera que su esplendor pasado, el día que de lleno los aplique a la consecución estricta de su prosperidad y ventura por la carrera de los humanos adelantamientos.

En fin, de la manera que dejamos expuestos acabó ese año 77, ocupóle Báez con su gobierno enteramente; y fuera de alguna junta revolucionaria que debió de haber en la provincia de Azua, y otra en la de El Seibo, sin hacer gran caso de la que González encabezaba en Juana Méndez, por lo mismo que no estaba establecida en territorio nuestro, hasta en eso se diferenció el 77 del 76, en no haber habido durante su curso, por la fuerza de las circunstancias, más que unos tres gobiernos, incluso en este número que Báez presidía, siendo así que, según la cuenta que se hubo de hacer a su debido tiempo, subieron a catorce, los gobiernos provinciales y definitivos, sucesivos o simultáneos, más



o menos necesarios y más o menos legítimos unos que otros, que hubo en solo el año 76. En efecto, al comenzar ese año, mandaba González; y la Evolución, que le hizo forzoso el abandono del cargo, tuvo ella misma tres juntas de gobiernos: esto en el corto término de dos meses cabales, que fue todo lo que duró aquel movimiento popular. En eso, desempeñaron el poder ejecutivo los ministros de González, según el espíritu y letra del texto constitucional; dio su golpe de Estado y ejerció su breve dictadura uno de ellos, el General Villanueva: y vencido éste, volvió a la vida y reasumió las funciones ejecutivas el susodicho ministerio, en las que fue sustituido por Espaillat: total, ocho gobiernos en este primer período de cuatro meses, principiando en enero, y acabando en abril. Luego vino la revolución contra Espaillat, y la rigieron a un tiempo dos juntas gubernativas, de los cuales, una tuvo a Moca por capital, y la otra funcionó en Azua; y caído a su vez aquel buen presidente, se instaló en Santo Domingo un gobierno provisional, en lo que llegaba González, que fue por cuarenta días, justos y cabales, jefe supremo de la República; como también, caído al suelo este último, se formó en la misma ciudad capital de la República, otro gobierno interino, mientras venía Báez, que llegó en diciembre, y se llamó en los documentos oficiales, presidente constitucional de la República: ¡impostura notoria! como si acaso fueran constitucionales los presidentes que no llegan a esa magistratura por las vías que traza la ley fundamental de la República. Pero Báez no sabía deletrear una sílaba siquiera en las escuelas e institutos de los principios, no tenía intuición ni conciencia de los que tales cosas fueran, y así, se daba siempre a entender que principios y palabras, todo era uno. Son pues seis gobiernos más, que, con los ocho antecedentes, componen la suma de catorce cuerpos o centros directivos a que nos hemos referido. Y ahora



cabrían aquí holgadamente algunas consideraciones finales, por este asunto de tantos gobiernos en un año sugeridas; pero más vale no turbar con ninguna suerte de comentario el reposo en que yace desde tantos años esa inaudita vergüenza, y limitarnos, lo más, a desear que sean pocos en América los pueblos capacitados para echárnosla en cara.





XXIV

Por lo demás, decir se puede a todo salvo, que apenas habrá en la infinita carrera de los siglos, año malo alguno que no haya principiado bien. Esto, como es fácil advertir, no reza con el 77, que damos por de una vez concluido, sino que lo decimos por el 78, el cual, para el derecho público nuestro, y no nuestro, a buen seguro que no pudo tener más acomodado y resplandeciente comienzo. Y no vayan, los que a su guapería se atienen, imaginando que con ser guapos está dicho y hecho todo, y no hay necesidad de más nada en el mundo, no vayan a creer que nosotros, concienzudos y fríos despreciadores de cuanto en las luchas civiles se bautiza con el nombre de hazañas y aun de valor; a menos que no sea valor moral, estemos haciendo caso de aquella sonada sorpresa del Fuerte de San Luis, en Santiago de los Caballeros, hecha en la madrugada del 12 de enero, por unos pocos impertérritos mozos de la revolución. No lo vayan a creer; porque, si hemos de decir toda la verdad, por cierto que, antes que de toda otra cosa, mejor haríamos nosotros caudal, pagándonos con él a todo nuestro talento, de un cierto incidente y episodio de aquella sorpresa, mas por lo bien que recrea el humor todavía, que por las



revelaciones, graves unas, festivas otras, baladíes los más, a que hubo de abrir ancho campo; y como no podría nadie atinar con lo que sea, si no lo decimos, por más que no pasó ningún otro incidente digno de memoria, que sepamos, será bien que lo contemos sin más rodeo, para que no se quede suspenso el lector más dilatado espacio: ello fue, pues, que tan luego como tuvo lugar la sorpresa, cayó en manos de los que dieron ese golpe maestro, una gran cantidad de correspondencia oficial y particular; y como en esa emergencia no había tiempo de ver lo que contenía, fue con suma presteza recogida toda, como se pudo, y echada en un serón vacío, que se guardó cuidadosamente donde no fuera por nadie descubierto; pero así como tuvieron fin el gobierno y la revolución, aquel por haber caído, y ésta por haber triunfado, se sacó el coroto de su escondite, se leyó toda la correspondencia en él contenida, y se dispuso mandarla publicar por partes, como en efecto se hizo, sin demora, en un periódico santiaguero, que la fue dando a conocer bajo el epígrafe de *cartas del serón*: con que se hizo del dominio público el contenido de casi toda, pues una parte de ella quedó sin publicar, sin duda porque quizás carecía de todo interés actual, y no era otra cosa lo que se buscaba en la publicación. En efecto, en la que salió a luz, que fue bastante, los autores confiaban siempre al papel cosas tanto más indiscretas, o tanto más chistosas, a su costa, cuanto que, no sospechando que por cualquier imprevista circunstancia pudiera trascender al público lo que decían, expresaban sin ninguna reserva, como por desahogarse, todo lo que bien o mal pensaban o sentían acerca del punto de que trataban: y en eso consistía toda la sal y todo el mérito de las tales *cartas del serón*. Sin embargo, bueno es que digamos que algunas de ellas, de la más incontestable importancia, fueron sustraídas muy sutilmente, si bien antes de publicadas, a lo menos después de leídas



por no pocas personas de las que rodeaban el serón, examinando aquella correspondencia; y entre dichas cartas desaparecidas, se citaba una del Padre Luciano Santana, ilustradísimo sacerdote habanero, que pasó muchos años en la República; que, siendo cura de la Catedral de Santo Domingo, fue quien confesó al ilustre Objío, y le acompañó al sitio donde le pasaron por las armas en 1871; que fue amigo fidelísimo de Báez; que se hizo estimar mucho por su capacidad y otras prendas morales en los diversos curatos que tuvo; que después fue cura de Santiago; que lo era de Puerto Plata en 1877 y principios de 1878; que de allí salió a la caída de Báez, y se fue para México, donde todavía debe de residir; y que, según se dijo en la sazón de que tratamos, hablaba en su epístola, escrita desde Puerto Plata, con respecto al desdichado Padre Pina, en términos indirectos tan a la vez significativos, que así suministraba inequívocas vislumbres acerca del género de muerte que tuvo el digno sacerdote dominicano, como dejaba mal recomendados los sentimientos y la social cultura de la persona que así escribía, o sea los sentimientos y la social cultura de sí mismo. No se supo nunca el paradero de semejante carta, como sea cierto que fue hallada entre las otras del serón; y por eso, no existen indicios ni pruebas convincentes en que vincular juicio alguno definitivo, en reprobación de la muerte del Padre Pina; que pudo ser que la mano amiga que tuvo la destreza de sustraerla, y que no tuvo la suerte de hacerlo sino después de leída y conocida de una que otra persona, no perdiera tiempo en destruirla bien a su salvo, por destruir con ella el fundamento positivo de toda sospecha desdolorosa para el Padre Santana, y principalmente, sabe Dios para quienes otros más. Pero, de todos modos, lo que hay de verdadero es, que no existe prueba ninguna con quien autorizarse para fallar, con arreglo a verdad y a justicia sobre tan tenebroso negocio, como la



causa indecisa y misteriosa de aquella muerte tan sentida. Finalmente, las demás peripecias de aquella famosa jornada, es decir, apoderarse de aquella fortaleza de improviso, haciendo tomar precipitadamente las de Villadiego y abandonar la población al General Damián Báez con su gente, dejando detrás aquella correspondencia, que no acertaron a salvar; encerrarse en esa fortaleza, sin más armas ni pertrechos que los pocos rémington y cápsulas de que venían provistos, y tan pocos ellos como las armas y pertrechos; estarse a pie firme noche y día, sin la perspectiva de un refuerzo venido de cualquier parte, y cercados por do quiera; resistir las embestidas formidables de los enemigos que acudían sin tregua de todas partes, apercebidos a desalojarlos del recinto; suplir con su industria la falta de pertrechos adecuados, elaborando, con los cascarones de la cápsulas consumidas, nuevos cartuchos metálicos disparables, operación infinitas veces repetida; y en todo eso, tan combates de la intemperie y de las privaciones, el hambre, la sed, el sueño, el calor, el frío, la lluvia, el sol, como de los tiros enemigos, hasta marzo, en que cayó el gobierno, y vino con ella la paz, y pudieron salir de aquel conflicto, no son acciones, por más valerosas y hasta heroicas que las juzguemos, para celebrarlas en sus aniversarios, ni para ser inscritas en alguna suerte de anales: no ya porque mejor encajarían y tendrían cabida de suyo en el espacioso cuadro de una guerra nacional, que no en el estrecho y apocado marco de una contienda intestina, tan ordinaria como lo son las que sólo tienen por norma y ley el ampararse del mando a secas; sino en razón de que sus autores, así como los contemporáneos de ellas, siempre se quedaron en eso estacionarios, en el puro valor guerrero; y en otras empresas y jornadas, fuera de ahí, cuya ejecución pedía valor, sí, pero valor civil, siempre más lato y de más variadas manifestaciones que el monótono valor militar, no han podido



hasta la hora del día presente dar señales algunas de vida; y hasta bien se hubo de presentar el caso diversas veces, que mientras en los periódicos, en las tertulias de los cafés, en las conversaciones familiares, se colmaba de frenéticos elogios esos hechos, o se festejaban en calles y plazas de diversos modo apropiados, por otra diferente parte no se daban punto de reposo las arbitrariedades, se hacían a la vista de todos con la pobre hacienda pública miles de vergüenzas, se despojaba de su autoridad y prestigio a las leyes, a fuerza de ultrajarlas, se conculcaba cuantos derechos ellas conceden, y en virtud de los cuales se llaman hombres, personas, ciudadanos los que los disfrutaban, se cometían cuantos desacatos e inmoralidades ha podido inventar y poner en práctica la perversidad humana, ¡que horror! la perversidad humana triunfante, la perversidad humana enaltecida, la perversidad humana entronizada, la perversidad humana manejando los intereses públicos; y por más que tanto no cuesta mover nada más que la boca, y alzar nada más que la voz contra los escándalos de los que mandan, como tomar el arma de fuego para derribarlos a balazos, nadie osaba dar público testimonio de su indignación, nadie proferir la menor protesta, nadie mostrarse tan guapo entonces, en la paz, como lo había sido antes en la guerra; y ni más ni menos que si no tuvieran lengua, ni pulmones, ni fibras, ni voluntad propia, ni aliento, ni alma, o aguantando y sufriendo en silencio como si fueran acémilas, veían todos pasar el carro en que se paseaban tantos oprobios, y ni siquiera tenían valor para volver a un lado los rostros, porque no se les salpicasen de inmundicias. Y ello es que, aun cuando el plomo sea cosa de tenerle grima, y sea el número de los animosos que van o podrían ir a la guerra, infinitamente menor que la cifra que dan los que de miedo no van a ella, con eso y aun sin eso, más fácil cosa es tener valor con el arma en la mano, que dar señales



de él sin usar ninguna clase de arma; y tanto vale decir esto como aseverar que va incalculable diferencia del valor material, en sí, al valor moral, pues el último lleva con mucho al primero la corona de la supremacía, por tal tenor, que como éste no acabe para que aquél principie, y lleve adelante y perfeccione la obra por él comenzada, no tiene mérito ninguno; y cabalmente, ¿de qué vale ser patriotas con las armas, cuando no se sabe más que ser abyectos sin ellas? ¿En la guerra defensores de la libertad, y en la paz toleradores de la tiranía? El valor material, apelativo que damos deliberadamente al valor militar o guerrero, valor arrebatado y violento, que nunca se detiene a reflexionar, requiere la más fácil cosa de acuerdo con su fin característico, esto es, requiere que nos pongamos fuera de nosotros mismos, y que de nosotros mismos nos pasemos; y el valor moral, frío, sereno, austero, impassible, reflexivo, necesita el completo dominio de nosotros mismos, de acuerdo común con los únicos medios, instrumentos y armas de que puede valerse, que son la palabra y la pluma, ejercitadas en los comicios, en la plaza pública, en el palenque anchuroso de la prensa, en la tribuna de las asambleas deliberantes: eso, a menos que no tenga necesidad de órgano alguno, por saber bastarse a sí mismo. Por modo que, lo meritorio y lo grande, no se funda en ser armado patriota, sino en serlo desarmado; porque hay valor superior al valor marcial, y es el valor cívico, que sin duda ninguna es valor necesario, al paso que el otro valor no es más que valor contingente; y así, no se necesita el primero con la misma fuerza con que se necesita el segundo; el uno funciona en la guerra, el otro funciona en la paz, que nunca es menos, sino más que la guerra, porque la guerra es la confusión, y poco dura, y la paz es el orden, y dura mucho; con aquél se crean las nacionalidades, se independizan los pueblos: con éste adquieren luego reputación y grandeza, de que tantos



pueblos y naciones por la falta sola del mismo carecen, sin que pueda el otro bastar a procurárselas, cuando no sea para conducir las a una irremediable perdición; el uno pasa con la misma vertiginosa carrera del espacio de tiempo en que por derecho propio campea, y es efímero como éste: el otro, atemperando su íntima índole a la estabilidad que forma la esencia de las circunstancias en que llena sus altas funciones, permanece con ellas, y es definitivo; y se tienen las cosas todas en su propio punto, compás y medida, cuando los dos, sin adular en la parte más ínfima lo que hay en ambas de peculiar, característico e intransmisible, vienen a ser a modo y manera de dos centinelas que a su cumplido turno se relevan, o como un gobierno revolucionario, que a su debido tiempo cede al gobierno legítimo el puesto que provisoriamente desempeña. Ni hay cosa ninguna bella, con tanta mezcla de majestad y de gloria, como la transición de un valor a otro valor, cuando esa transición es inmanejable, y como dado el anterior, poder darse por seguro el posterior, y como volver al habitual ejercicio del segundo, después de haberlo breve o largamente interrumpido el ejercicio absorbente del primero; que sólo en aquellas naciones se podría, con justa razón, tener a orgullo ser valiente, donde saben defender los ciudadanos sus derechos, en cualquier terreno y coyuntura, e impedir que se los defraude un tirano; donde ninguno arrincona el arma, después de usarla, para buscar descanso en el regazo de la holganza o de la indiferencia en materia de intereses públicos, sino que, desde que la depone, ya no lleva otra cosa presupuesta, sino restituirse al uso, por la guerra interrumpido, de sus deberes civiles y políticos, que se cifran en el estricto acatamiento de las leyes, según el cual, de tanta obligación es dejar de hacer lo que las leyes privan, como hacer lo que mandan, consienten o no privan las leyes. Así que, cuando están exhaustos los pechos de cívicas virtudes, que son ornamento,



luz y gloria de la paz, sustento y salud de la República, es literalmente pueril y ridículo fundar prez alguna en la posesión de las simples virtudes guerreras, que nunca de suyo fulguran, a menos que no sea entre mil revueltas especies de consumados horrores.

Por otro lado, a buen seguro que los entonces por causas políticas ausentes de sus hogares, ora se hallaran en los campos, descalzos y de curtidos harapos cubiertos, como la infinidad de revolucionarios que por ellos vagaban, o ya estuvieran en países extranjeros, arrancados y muertos de hambre, acordándose ahora unos y otros de la infinita que por regresar a sus lares experimentaban, serían capaces de conjeturar, por su parte, que nos atenemos a la citada caída del gobierno para reputar por bueno el principio del año en que ocurrió ese suceso. Y no sería buena conjetura, porque tampoco paramos la consideración en tal acontecimiento. Además, que nunca será muy tarde, para decir que la caída del gobierno se verificó al fin, no por la revolución del Cibao, sino gracias a la bien organizada en la provincia seibana, cuyas fuerzas, al mando del hasta entonces ignorado General Cesáreo Guillermo, que de allí a poco vino a ser un Lili en menor escala, de victoria en victoria, y mientras la revolución cibaëña no se adelantaba, saliendo de los campos, a ocupar ninguna población, en poder todas del gobierno hasta lo último, se acercaron a la capital, le pusieron cerco, asilándola, por tierra del resto de la República, y forzaron a Báez a volver al ostracismo, donde murió en 1884, después de miles esfuerzos hechos por recobrar otra vez el mando, y con el mando, el rebenque terrible con que se gozaba en martirizar a sus conciudadanos. Y bien es hacer presente ahora, que formulamos y sostenemos lo que venimos afirmando, sin dejar de tener en cuenta, como tenemos, el hecho de haber acaecido en ese principio de año, cabalmente lo que ninguno esperaba,



y que, por no esperado, conmovió con no usada violencia el público sentimiento, que fue la muerte de don Ulises F. Espaillat, desgracia tal verdaderamente, que no era menester otra cosa para calificar con justicia de malo todo el año, cuanto más a sus principios. Por lo mismo, siquiera hemos de referir las circunstancias causales del desenlace de aquella existencia tan abundosa en ejemplos claros de virtudes políticas y virtudes domésticas; siquiera hemos de dilatar el discurso hasta donde posible sea, que será de fijo hasta donde, dada la estrechez y brevedad en que vamos a encerrarlas, alcancen nuestras desmayadas razones a dejar sentado que, según nos revelaban a Espaillat su fe y sus convicciones, sus ideas y sus principios, sus teorías y sus prácticas, sus dichos y sus hechos, su corazón y su cabeza, lo que se anonadó, lo que murió, lo que desapareció en él, fue un ciudadano sin segundo entre los más conocidos de la menguada época en que le tocó cerrar los ojos, dejando en la sociedad un vacío que da rubor pensar, cuanto más decir, que no ha podido ser llenado en cuatro lustros que van de aquel suceso a esta parte; significando esto, que no hemos tenido en todo ese tiempo un hombre público digno de llamarse bueno: que tanto así hemos ido mermando en lo incumbente a moralidad privada y pública; lo que murió en él, fue un repúblico, en quien nunca se vieron desacordadas las palabras con los ejemplos, como se ve y se palpa cada día en el ínfimo mundo y esfera de nuestra sórdida política; lo que murió en él, fue, finalmente, una señora ilustración, cuyos destellos, inextinguibles en esa su tierra, contada vez, por dicha, infecunda de varones prominentes en los señoríos de la inteligencia y la virtud, cuando fenecida la noche de la execranda tiranía presente, despunte y se levante de nuevo la libertad, revivificando en los ánimos la confianza en la consecución de mejores destinos, a lo menos tendrán potestad para



encender en no pocos pechos incontaminados una emulación perseverante, a cuya virtud florezca en los ámbitos nacionales, una nueva generación de prohombres, no menos benemérita que la de los extintos padres de la patria, de los cuales acaso era Espaillat el último que nos quedaba. Prodújole la muerte una enfermedad de la garganta, contraída, según dicen, un día que, delante o en la esquina de su casa, y tal vez por mortificarle, dieron vivas a González algunos individuos de la caterva de Proteos, de que se cundió Santiago después de la victoria revolucionaria. Pero lo que, siendo así, debió de colmarle la medida de la indignación, de suerte que, con el esfuerzo que debió de hacer por expresarla, se le lastimase la garganta y le viniese aquella mortal dolencia, tanto no sería el oír vitorear a González, como el saber que quienes a sus mismas puertas semejantes demostración hacían, eran nada menos que desertores de los principios inmaculados que, dos años atrás, cuando la Evolución, que los proclamó, hubieran defendido a costa de la última gota de su sangre, y que, por verlos triunfantes, a ser posible, hasta hubieran hecho pedazos en las frentes de sus adoradores, el ídolo a quien ellos ahora, sin más ni más, tributaban, como los otros, el homenaje de su culto. Fuera empero lo que fuera y como fuera, con haber convalecido y sanado del mal, nada o poco tiempo habría tardado en bajar al sepulcro: porque, teniendo en cuenta lo firme y lo austero de sus virtudes civiles, que iban a quedarse solas, en medio de la corrupción en que se habían de anegar todas las otras, por no detener la mirada en tal espectáculo, y sin querer refugiarse a otra parte, ya no hubiera sido la vista de tantos apostatas, lo que le hubiese arrancado la vida, hubiera sido una incurable nostalgia, dimanada de lo mucho que habría echado menos la patria dominicana de otros días, cuya gloria, ya que no en otras cosas quizás más positivas, se vinculaba en la



extendida y generosa progenie de servidores, tan ilustrados como incorruptibles, en cuyo partido político, y no en otro alguno, estuvo afiliado hasta su muerte.

Pues con todo eso, repetimos que los malos años tienen buenos principios. En esta fe, veamos cómo los tuvo el referido 78, y pasemos a poner por obra la narración de los hechos que así lo atestiguan.





XXV

Vacante la jefatura del Estado, acéfalo el país, azul y no verde la revolución seibana, o azules y no verdes los levantados contra Báez en la provincia de El Seibo, y según cuentas, instruido con la debida prioridad el General Cesáreo Guillermo, que de sí no hubiera dado para tanto, por el Padre Meriño, párroco entonces de El Seibo, y otros hombres bien intencionados, de cómo se había de conducir una vez ocupada la capital y fenecida la reciente administración política, no acudió a investirse de ningún poder personal, no ensayó ningún acto de usurpación despótica, no se armó de ninguna facultad ilimitada ni omnímoda, como hubo de acontecer a fines de 1876, sino que, atendiendo a que la transición de aquella interinidad a un nuevo gobierno constitucionalmente definitivo, fuese lo más democrática, lo más correcta y lo más culta que apetecer se pudiera, organizó nuevo Poder Ejecutivo, acto que no habrían desautorizado ni las más descontentadizas y austeras costumbres políticas; y como presidente del mismo, título y puesto a que le daban pleno derecho las circunstancias, a sí del país, falto de toda representación constituida, como del mando en jefe o superior que virtualmente alcanzado



había con su toma de posesión de la capital de la República, entró con los ministros al efecto nombrados, en funciones provisionales de gobierno; y fue su paso primero, de un todo acorde con las docentes instrucciones recibidas, la convocación de la Cámara que legislaba en el próximo año pasado, y que, a los primeros asomos de la revolución general, dio el escándalo de clausurar ella misma sus sesiones, nada más que por ofrecer con ello al Presidente Báez, palmario testimonio de su adhesión y servicialidad: con que le invistió, sin su previa solicitud siquiera, de las facultades discrecionales de menos responsabilidad que acordar se pueden al jefe del Estado, porque se las daba, no la defraudación desatentada, sino la voluntad espontánea y expresa de los representantes oficiales del pueblo, que siempre debieran ser los menos dispuestos a conceder tales prerrogativas al gobernante, sea quien sea. No pudo Báez hacer de aquellas facultades el dilatado uso que hubiera querido, por habérselo estorbado la invencible y arrolladora pujanza de la revolución, a quien había de combatir con ellas: que a no ser así ¡oh! sin duda que hubiera lejos con ellas ido, él, que nunca de tanto necesitó, para manejar el arma, en sus mano nunca destemplada, del grosero despotismo. Mas con ser de pública notoriedad como el tal Congreso se había hecho merecedor de acerba censura, por su antiparlamentario y servil procedimiento, e indigno, por lo mismo, de la procera representación que desempeñaba, se tuvo, según parece, por más práctico y más en armonía con el respeto debido a los actos legítimos de la popular soberanía, convocarle de todas maneras, que determinarse a elegir otro Cuerpo legislativo, así hubiera imperado la más extendida y ennoblecedora libertad en la nueva electoral campaña. No se puede negar, empero, que había de ser preciso, en el primer caso, hacer dos veces y en más largo tiempo las cosas, en tanto que salían despachadas



todas de una vez, y por tanto derechas y cabales en el caso segundo, cosa que no podía escapar de la consideración de ningún político dotado de tanta perspicacia como los aludidos; pero tampoco es de negar, cuán fácil era también echar, de ver que, de la una manera, no había de suceder lo que pasaría de la otra, y era que aquí todo resultaba ordinario, todo resultaba trivial, porque no quedaba sentado ningún precedente de que hacer honroso mérito en cualquier parte y delante de cualquier clase de personas, ningún precedente de que se pudiera derivar, u ojos vistas, alguna enseñanza y doctrina de consecuencia, en todo tiempo adecuada para instruir; y allí no, porque allí, quedaban con grande firmeza establecidas cosas muy buenas en sí, cosa bien ajustadas a los más rectos, pulcros y luminosos procedimientos acostumbrados y habituales en pueblos aptos de suyo para gobernarse a sí mismos; porque, sin tomar en cuenta como el respeto del pueblo, en cuanto es el soberano por excelencia en las democracias, ha de ser un débito tan universal como el derecho, y tan ineludible como el deber, de aquella primer manera se rendía el pleito tributo de una nueva forma de acatamiento a ese propio pueblo soberano, primero en sí mismo, y luego en sus naturales y legítimos representantes: primero en sí mismo, por cuanto se hacía valer virtualmente que lo que una vez edifica el pueblo en fe de su soberanía inmanente, de derecho no se destruye, a no ser conforme a la ley fundamental y substantiva que se ha dado él mismo por gracia y obra de la misma soberanía suya, por más que de hecho se destruya, en oposición de lo por la expresada ley estatuido; y luego en sus representantes, porque se daba inequívocamente a entender, que no habiendo alcanzado su término legal el cometido que de tal les da carácter, en tanto que no sean elegidos otros nuevos, son los viejos los legítimos, y los viejos los llamados a reasumir las funciones legislativas, si por cualquier



accidente, opuesto al régimen de la legalidad, vino a quedar interrumpido y paralizado su ejercicio: se significaba como eran ellos los legítimos mandatarios de la República, que la revolución, como a bien lo tuviese, podía desconocer y desechar, cerrándole todo camino a la reasunción de sus tareas, sin que por eso incurriera en delito ni yerro de ninguna suerte; pero que no estaba mal, sino incomparablemente bien, que la revolución, por mostrarse más generosa y más moral de lo que debía o podía ser, y por subirse a la plácida región de los principios inmanentes, de que no nada estaba lejos, y de donde lo menos que le podía provenir era su propio ennoblecimiento, los reconociese como tales mandatarios, y reconociéndolos por tales, se aviniese a que todo el organismo del Estado recibiese por ellos el movimiento y la vida de que había sido privado por ella. Eran pues ellos los verdaderos diputados constituidos de la nación, a quienes, en aquella zozobra y suspensión de los poderes del Estado, había que recurrir para renovar su actividad, para restablecer en su puesto lo que sólo a los diputados de la nación con justo título tocaba restablecer, y no a otro poder alguno. Y hacer todo eso, era lo mismo que proclamar por sobre la inconsiderada y arrolladora violencia de las revoluciones, la soberanía y autoridad de las leyes, iguales, cuando ya no superiores en principio a la soberanía y autoridad del pueblo: era proclamarlo por quien más posibilidad, aptitud y hasta competencia para el caso tenía, estando como estaba, en las mejores condiciones de hacer que fuera ello eficaz en sumo grado, toda vez que dependía todo de su arbitrio, y hacer podía cuanto quisiera; era proclamarlo, como se ve, por una revolución lograda, por una revolución que acababa de realizar el rara vez practicable derrocamiento de un gobierno. Doctrina ésa verdadera, sana, luminosa, elevada, y conforme a la manera de ver de los filósofos políticos, que viven observando



por todos costados a su nación, a ver lo que a ésta más conviene para la dicha que persigue; que trazan los rumbos que con ese fin han de llevar los que manejan el timón del Estado; y que, si ya no son ellos mismos los que sacan de sus propias teorías y llevan a la práctica los principios inmutables que profesan y difunden, deducidos de los hechos y causas que observan, no siempre dejan de dar con hombres de buena fe acrisolada, en cuyas manos nada sagrado se profana, y que, comprendiendo la significancia insólita de semejantes principios, y atentos a no desperdiciar cosa ninguna de cuantas pueden redundar en la mayor honra y gloria de la República, llegada su vez, los lleven al terreno de lo efectivo a que propenden, y donde han de sustentarse y producir sus naturales resultados. Traer las cosas de tan lejos, era pues tomarlas en el preciso punto donde se habían interrumpido, y hacer al derecho lo que las revoluciones hacen al revés, por ser de su íntima esencia no poder hacerlo de otro modo: era dignificar a la misma revolución, porque se proseguía el hilo de las funciones públicas, empatándolo en los mismos cabos donde la revolución lo había trozado; era tomar las cosas, en el punto en que podían ser renovadas, sin empecer su continuidad en modo alguno, esa continuidad tan indispensable a las instituciones del Estado, que, sin ella, no puede haber orden, no puede haber ventura, ni aun Estado mismo puede haber; por la cual causa, no se ha de tramar revolución alguna, sino cuando ya en la paz se ha malogrado la esperanza y apurado la paciencia, con las provocaciones que llevan envueltas las arbitrariedades, y no queda medio ni recurso de impedir y resolver de otra mejor manera los conflictos y peligros que piden ser conjurados a todo trance y por cualquier camino; pues por más buena que sea una revolución, siempre lleva consigo el defecto, funesto y execrable, de interrumpir aquello cuya inalterable ley estriba en continuar



perpetuamente, sin detenerse un punto; porque se funda y está en su continuidad sin término el bien que todos buscan, como a la esencia misma de la vida; y en la discontinuidad se halla todo lo contrario. Así, sólo había un poder ilegítimo, el Ejecutivo, que, por su legalismo, por la manera tan brillante cual honrosa con que preparaba los caminos al regreso del régimen constitucional, se hacía él mismo legítimo de hecho, y acreedor al aplauso siempre valiosísimo de los políticos graves y serios, que así aborrecen la falsedad y fingimiento, como reverencian y aman lo verdadero donde quiera que aparece; y un poder legítimo, el Legislativo, con quien quedaban el orden y la regularidad restablecidos en su parte más esencial en el Estado; de tal forma de suerte, que cuanto había de venir en seguida, por tan naturales y rectos carriles venía, como si se hubiera estado, no en los comienzos de una interinidad, en que todo hay que organizarlo y constituirlo de nuevo, sino en las postrimerías de una situación, en que solamente se trata de la transmisión ordinaria y regular de los poderes, sin entorpecer en lo más leve las funciones y el juego normales de la máquina del Estado. Era eso ejemplar y digno de todo encomio; eso, de una manera lisa y llana, era ni más ni menos que hacer las cosas legal y correctamente. ¡Cuántos aciertos! ¡Cuánta sensatez! ¡Cuánta enseñanza y doctrina! ¡Cuánto precedente nobilísimo, en tan corto espacio de tiempo! En verdad que no hemos hecho después, ni la parte centésima de lo bueno que hubimos de llevar a remate cumplido en tan breve término veinte años antes.

Abrió la vieja Cámara sus extraordinarias tareas incompletas, sin el número legal de diputados que habían de componerla, porque, para su complemento, faltaban unos dos o más titulares suyos, que ignoramos en virtud de cuál impedimento no les era posible su asistencia reglamentaria y regular a las sesiones, y se les consideraba



como dimisionarios. Forzoso era su reemplazo; y pues no había suplentes ningunos, aquel alto cuerpo dispuso romper por todo, y en lugar de hacer un llamamiento a los comicios locales, a quienes correspondía llenar las vacantes habidas, tomó él mismo a su cargo la tarea de completarse, y, de oficio, nombró diputado al Padre Meriño, a don Manuel de Jesús Galván y a otro, otros más, por las provincias o distritos que habían quedado sin representación en su seno. El buen sentido de los ciudadanos de las localidades así dotadas, no dio por mal hecha esa elección a lo dictatorial, porque instintivamente hubieron de ver, sin duda, el inconveniente de darse dos veces sus representantes, primero en elecciones parciales, y luego en elecciones generales, cuando de una sola pasada podían quedar elegidos en las últimas, que ya se acercaban, viniendo todo a quedar así reducido a una simple cuestión de tiempo. Esto por un lado, que por el otro, hasta se podía celebrar, como cosa dichosamente inspirada, una práctica tan nueva como transitoria, que, por lo mismo, no se había de convertir en abuso intolerable; y cabalmente, ni sola una vez más se ha repetido andando el tiempo. Asimismo razonable y justo era tomar en buena cuenta, que no habiendo en ese medio constitución alguna vigente, no podía ser, en todo vigor, obligatorio, el colmar el vacío de otra mejor manera: pues cuando en un interregno constitucional, se ha de proceder a elaborar una nueva constitución, es cosa bien natural que por esa misma circunstancia no haya ninguna en cuya conformidad se pueda tomar una medida perentoria y necesaria; pues efectivamente, según el decreto convocatorio, debía reunirse la Cámara en Asamblea Constituyente. Y quien ignorara nuestra historia política, en su parte menos edificante, hubiera dicho que se hacía en eso lo que más racional y lógico era, puesto que se procedía como hacen los pueblos que se van a constituir, que principian por darse



la ley primera, que ha de servir de fundamento indispensable a las demás; y el que a fondo nos conociera por los cuatro costados nuestros, habría echado de ver, a infinitas leguas de ahí, como en todo eso, realmente no hacíamos otra cosa, sino seguir adictos a la viciosa y fea usanza contraída desde la por otra parte famosa revolución del 7 de julio de 1857, y de que no hemos podido prescindir todavía, por inveterada, de no saber pasar de un régimen, o administración, o gobierno a otro alguno, sin dejar señalada la intersección de ambos, con el establecimiento de una nueva ley substantiva, o peor, o mejor que la que antes había: la que, al fin, ni peor ni mejor viene a resultar para el caso que luego de ella se hace, o por hablar con más acierto, para lo que se respetan las constituciones entre nosotros: pues para ello, todas son peores: y por lo mismo de no ser mejores ningunas a nuestro pobre juicio de pueblo mal organizado, y siempre por constituir, y en el aire como los pájaros, en cuanto vence y triunfa una nueva revolución, en lugar de hacer omiso caso de aquella ley por excelencia, en lugar de seguir con la que antecedió, y así dejarla entregada de modo permanente a la fuerza y eficacia de la propia inercia suya, considerando que no es la Constitución culpable de lo que nos pasa, sino su inobservancia por parte de nosotros mismos, lo primero a que atendemos, es a reformarla, o sustituirla, con poner en vigor una desusada, o con elaborar una nueva, para, cuando menos se piense, hacer también con ella, lo que ya se hizo con las anteriores: inaudita costumbre y arte, inaudito sistema y modo de buscar la felicidad, objetivo y meta de todas las humanas aspiraciones, obstruyendo el camino por donde más expeditamente y mejor nos podríamos dirigir a sus alcances. Y siendo así, como es, que a cada sacudida y vaivén revolucionario que prevalece, de jurta ha de seguir una ley nueva, sin el cual requisito y condi-



ción, ya no vemos claro qué de allí en fuera sea preciso hacer para nuestro bien, como son incalculables las oscilaciones de aquel jaez que, por un motivo y otro, ya bueno, ya malo, hasta la hora del día que corre han conmovido, trastornado y desgraciado todo nuestro suelo, arranca de ahí, como cosa de suyo legítima, propia y que faltar no debe, que tenemos más Constituciones que pelos en la cabeza. Y nos detuviéramos a enumerarlas una por una largamente, hasta dar cuenta minuciosa de todas, con mención especialísima de aquellas no debidas a nuestras bruscas y generales mudanzas políticas, sino a los mal encaminados intentos de algún gobierno fementido, que, según no pocas veces ha pasado, en plena paz, ha hecho, como en 1879, cambiar una Constitución por otra tan a su interés propicia, como desfavorable a los intereses del país; o hecho modificar determinados artículos de ella, en sentido asimismo contrario a esos mismos intereses, como cierto Congreso, flexible a las aviesas inspiraciones del presidente de la República, lo hubo de cumplir en 1873, ingiriendo en el texto de la entonces en vigor, aquello de que dicho magistrado podría ser “*elegido indefinidamente*”. Pero por más que, a todas luces, tanto habría que decir en esta peregrina materia, mejor renunciaremos a proseguir en la dilucidación de ella, por no sacar enteramente a plaza una vergüenza más, no menos abrumante que las consabidas. Pues como quiera que fuese, la Constituyente Asamblea puso manos a la decretada labor de la nueva ley fundamental, y en breves días, por un lado la coronaba, y por otro daba la ley electoral, que sólo ella expedir podía, y en cuya virtud se había de nombrar el jefe del Estado. Por demás primoroso salió de las manos de tan consumados artífices el nuevo constitucional edificio; y entre otras reformas buenas que de las demás anteriores fábricas congénicas suyas la diferenciaban no poco, sin pasar por alto



la inocentemente indiscreta del diáfano voto oral, que causaba unos como escalofríos en ciertos ánimos, y que se hubo de usar con la mayor dignidad y pulcritud, por ser tan plausible y laudable, puesto que se trataba de apaciguar con ella el embravecido piélagos de las ambiciones, no hagamos singular referencia, sino de la encarnada en la reducción del período presidencial a la cifra insignificante de dos años, de cuatro que había sido hasta esa fecha: bien que nada nueva era la modificación, si recordamos que don Ulises F. Espaillat no quiso aceptar la presidencia en 1876, sino por igual término y plazo, y movió a la Cámara Legislativa, como se llamaba también la Representación Nacional de aquel entonces, a redactar en el sentido de su deseo el artículo constitucional consagrado a esa materia: cosa que bien se hubiera podido excusar, por contraproducente, con haber ese ciudadano expresado, de una manera simple y pura, que tenía la irrevocable resolución de salir de la presidencia cumplidos los dos años, y así dejar incólume, sin tocarlo en nada, el período de cuatro años fijado; aunque preciso es atender a que se abrigaba la confianza de que surtía mejor efecto que constase la enmienda como queda referido, y por tanto así constó. Pero tantas esperanzas halagüeñas se vincularon en la eficiencia del paliativo, que al fin, quizás por eso mismo, de nada hubo de servir; porque así en aquella como en esta ocasión, bastó que una vez nos acordásemos de la clase de gente que somos, para que no nos desmintiésemos ni en el más mínimo detalle, y como si fuéramos tierra movediza, y sobre la tal tierra se sustentara el lisonjero artificio constitucional, con un estremecimiento de nosotros mismos lo echáramos todo abajo en un momento. En suma pues, cuando apareció el decreto de la constituyente, mucho hacía ya que los partidos habían dado por abierta la campaña electoral, como que desde la hora que anonada-



ron al común enemigo suyo, si bien depusieron las armas que a ese mismo intento manejaban, aunque teniéndolas guardadas en sus hogares, no se licenciaron entre sí, ni rompieron sus filas: antes permanecieron en formación y organizados, en espera de la definitiva y pacífica batalla que habían de librar entre ambos, y en la cual, como en los singulares encuentros de los antiguos caballeros, iba el vencido a quedar a la disposición del vencedor, pero en esta forma: que por los solos méritos de su victoria, sería el primero gobernante, triunfaría para ser director, sin aumentar ni una sola pulgada en su derecho: y el otro, en razón de su derrota, sería gobernado, es decir, perdería, para venir a ser dirigido de su antagonista, sin perder su libertad: que sólo se ve todo eso en las luchas consentidas y consagradas por la ley, donde, como vencido, queda uno de los bandos contendientes con la misma dignidad que asiste al otro como vencedor: sin embargo de que no hubieron de pasar las cosas aquella vez con tanta exactitud como lo decimos, ni con mucho. Mas lo cierto es que aquella campaña electoral, en lo que fue tal campaña o en sí misma, hubiera hecho alto y grande honor a cualquier país del mundo, por más que fuera superior al nuestro en todo género de cultura: y es que cuando nos proponemos hacer bien las cosas, con el buen sentido que no ha dado Dios, no nos gana ninguno; pero, en cambio, nadie corre parejo con nosotros, cuando nos entra en delirio el hacerlas mal. Por tanto, desde aquel intervalo anterior a la legal apertura del campo eleccionario, andaban por extraordinario modo diligentes y agitados los partidos en la propaganda sana y de buena ley con que, haciendo en competencia discreto y remirado uso de todos los resortes, armas, instrumentos y medios que indica y prescribe la legalidad a los partidos en tales coyunturas, cada uno sustentaba su respectiva candidatura, y pugnaba por llevarle al otro las



mejores ventajas y delantera, porque llegado el trance decisivo del debate, alcanzara la completa victoria que solicitaba. Esos partidos no eran más que dos, el verde y el azul; pues el rojo no hizo figura de importancia en la contienda, de maltrecho e inválido que ambos a dos le dejaron, en la derrota que le dieron. Ciertamente que, de haberlo querido así, no se habría encontrado cómo estorbarle tomar parte, por la suya, en lo que tanto derecho poseía como el que más; pero fue hartamente contundente su descalabro, y su decadencia tan de resultas rápidas, como irremediable, para que le viniese la voluntad de alistarse para concurrir, a la función aquella; y hasta bien fue que así sucediese, porque con eso se ahorró la vergüenza de ser vencido por los votos, ni más ni menos como ya lo había sido por las armas; que para un resultado que se conoce que no ha de ser satisfactorio, es de discretos hacer otro uso del tiempo que se puede gastar en alcanzarlo.

De cincuenta días a sesenta, bien más, o bien menos, duraron los trabajos y competencias de las comuniones militantes. Los azules tenían por baluarte a Puerto Plata, residencia de su jefe y candidato Luperón, que, a la verdad, ningún empeño puso de por sí en llevarse la corona de la victoria, como es lícito que lo hagan los candidatos, los cuales, hasta están en el deber de prestarse a secundar, con sus personales diligencias, la propaganda colectiva y general de su partido. La fortaleza de los verdes era Santiago, donde acampaba su corifeo y también candidato González, que sí practicó en persona lo que a él hacer tocaba en los límites y medida del decoro, para coadyuvar con los suyos al éxito perseguido. Y llegado el plazo de la batalla, comparecieron en apretados grupos las huestes de las dos parcialidades, ante las mesas electorales, a dar sus votos, no por medio de un pequeño pedazo de papel doblado de modo que pudiera ser introducido por la hendidura lon-



gitudinal practicada en la tapa de la urna aleatoria, hecha siempre a manera de alcancía; sino por medio de la simple boca, con la que manifestaban, en alta voz, delante del personal de las mesas, el ciudadano a quien querían por presidente, a Luperón, a González o al que fuera de la voluntad y gusto del votante: fue así que, todavía con ser verde, como era, el digno y malogrado General Juan Isidro Ortea, usó de la no practicada cortesía de votar por Luperón, y no por González, el cual sufragio hubo de ser muy celebrado en toda la República por lo caballeresco, si ya no por lo irónico; Luperón dio el suyo por el benemérito Padre Meriño, que fue un voto que podemos llamar audaz, porque pocos se daban cuenta cierta de que un sacerdote pudiera desempeñar el cargo profano de presidente de la República, y estaba la fineza del acto en eso mismo, en que no había de aprovechar de modo ninguno a la persona por quien se realizaba. Por otra muy distinta parte, honroso vino a ser momentáneamente para Luperón, que cuantos connotados baecistas acudieran a cumplir y practicar el a la vez deber y derecho cívico del sufragio, de que ningún ciudadano que de tal se precie y glorie ha de prescindir en caso alguno, aun cuando pocos fueron, ninguno dejó de darlo por aquel irreconciliable adversario suyo, y no por González, y ni aun por Báez, su propio corifeo. Finalmente, los secretarios de dichas mesas, asentaban las verbales declaraciones de los sufragantes, junto con sus nombres, al mismo tiempo que las hacían; y de aquel modo, se pasaron los tres días consecutivos, señalados por la ley para las votaciones, en tan peregrina forma practicadas. Lo que ayudó en especial a su esplendor incontestable, fue, sin duda, el orden consumado con que se hicieron en todas partes; siendo así que no se dio el caso, ni de un solo cohecho, ni se presentaron a los comités ningunas listas de individuos que no podían votar en persona, ni lo hizo nadie



dos veces, cambiando de traje, y presentándose con supuesto nombre ante dos o más mesas distintas; ni se turbó la paz de los sepulcros, con tomar los nombres de los que yacían en ellos, así como también los de los santos del almanaque, para fabricar con ellos actas apócrifas, que remitir al Congreso, en favor de tal postulante presuntivamente vencido, como el infame Lilí lo hubo de hacer más tarde, allá en 1884, gracias a la cual superchería, el General Francisco Gregorio Billini, candidato del gobierno (por el mismo Lilí presidido), logró el triunfo contra el General Segundo Imbert, candidato del pueblo para la presidencia de la República; ni, en resumidas cuentas, hubo delito, ni hecho ilegal, por una ni otra parte cometido, sino sobrada libertad, y notorio defecto de perniciosa influencia gubernativa: en cuya virtud, frustráronse, de todo en todo, los empeños de cuantos andaban ojo avizor y diligentes, por descubrir algún acto, legalmente punible, de que hacer cargo justificable al contrario partido. En resolución, a justa y buena fe que mejor campaña electoral, ni aun tan buena, no la hemos jamás tenido en le República; porque sobre lo de reñida, pues hubo lo que se llama verdadera lucha, verdadera competencia, y fue tan rigurosa y eminentemente legal, que guardaba entera semejanza con los comicios de los pueblos que, por mil clases de motivos, merecen reputarse como democráticos, y están capacitados para ofrecerse a la vista y admiración de los demás de la tierra, como permanente patrón, modelo y dechado de acabada cultura política. Sólo la campaña de 1844 hubiera podido equipararse a ella, si la mano sacrílega de aquel perverso no la hubiera deshonrado, con las sórdida y arbitraria intervención que tuvo en ella, prevalido del influjo que le daba en los negocios públicos su carácter y calidad de jefe del Estado. Así que, después, ni antes, otra campaña más no se ha visto, tan brillante y enaltecedora; pues aun cuando



se han elegido buenos ciudadanos en las otras, como Cabral, como Espaillat, como Meriño, el considerar que, fuera de que no los eligió la universalidad de sus conciudadanos, no tuvieron competidores, y no fue por tanto su elección el resultado de una cantidad superior de sufragios obtenida con ayuda de la suerte, y no con el apoyo del gobierno, la priva, sin remisión, de las partes meritorias que, a los ojos de propios y extraños; tuviera, si lo aleatorio, que sólo está donde hay lucha, donde hay porfía, donde hay rivalidad eleccionaria, hubiera intervenido en la medida y proporción exigida, para señalarla con los distintivos de una elección real y verdaderamente disputada, real y verdaderamente lograda por el triunfo de un partido, en los comicios electorales, contra un adversario desafortunado en las decisiones de la suerte. Y más, que Santana, Báez, Cesáreo Guillermo, Lilí, nunca tampoco vencieron, en las veces distintas que fueron designados para la presidencia (excepto Guillermo que sólo fue designado una sola vez), porque no lucharon nunca, porque sus lecciones fueron oficiales y no populares; y así, no se cumplió con el requisito sin el cual esos actos no pueden tener en sí mismos virtud alguna, porque a los tales ha de ser la competencia legal quien los amerite y haga merecedores y dignos de mención y remembranza. De lo que se ha de inferir, que la única y sola diferencia que va de la elección de Cabral, Espaillat y Meriño, a la de los otros, es que a ellos no los honraba y enaltecía tanto la elección, como, por su glorioso renombre y cualidades, era esta elección honrada y enaltecida por ellos: y siendo esto así, como es, a lo menos debiera contentarnos, y satisfacernos, y colmar la medida de todas nuestras aspiraciones y de todos nuestros deseos, el que siempre a Dios pluguiese que fuera entre nosotros aquella simple circunstancia no nada tardía, no nada rara, sino con notable frecuencia repetida en adelante. Por último,



el resultado definitivo de la campaña, el desenlace de ella, que a ninguno de los dos partidos, independientes del apoyo gubernativo u oficial como ambos estaban a dos, era dado antever con precisión, en el período de los trabajos preparatorios y de propaganda, cuál había de ser, si bien cada uno por su parte, confiaba en que sería propicio a su correspondiente candidatura, vino al fin y remate de todo a coronar los esfuerzos de quien menos se creía. Porque, sentados ciertos antecedentes y premisas de que nunca más haremos mérito en lo sucesivo, por los manoseados y enojosos, razón era (y hasta fuera de la República lo esperaban así), que habiendo competencias entre González y Luperón, y habiendo de ser decididas en los comicios populares esas competencias, Luperón venciera y derrotara en ellos a González; mientras que lo sucedido fue, que González venció y derrotó a Luperón; pues en efecto, verificado el cómputo general y totalización de los sufragios, se halló que tocaba la mayoría de los mismos a González; y éste por tanto, se ciñó entre las justificadas y legítimas aclamaciones de los suyos, el más espléndido y más bien adquirido lauro: de forma que si alguna vez hay motivo para gloriarse de un éxito alcanzado, es ésa una, y ya no en verdad porque fuera González el primer dominicano que tal suceso lograra, nada menos que contra otro dominicano prestigioso, ni porque triunfara para subir al punto culminante de la sociedad, a la más excelsa cumbre del Estado, a donde natural es que contados ciudadanos sean los que arriben, sino también porque una victoria obtenida sin el derramamiento de una sola gota de sangre, sin la efusión de una sola gota de lágrima que no fuera de alegría, sentaba y cuadraba perfectamente bien a quien, como él, ninguna lágrima de dolor había hecho verter en sus gobiernos, y conservaba limpias e ilesas de toda mancha de sangre a la par sus manos y su nombre. Así pues quedó rehabilitado de lo del 76 por el



pueblo, el cual viene a ser, en ocasiones, a modo de piscina benéfica, donde algunos alcanzan la indecible dicha, no a todos concedida, de quedar ante el pueblo, aunque no ante la historia, limpios y purificados de la mancha de sus pasados desaciertos.

Y si no siempre se ha de pasar en silencio el por qué, la razón y causa de las cosas, verdaderamente que será bien echar de ver, que González mereció el haber ganado la batalla contra Luperón, al caso y accidente de haberse operado una división de importancia en el partido azul, a tiempo que más conveniente y necesario era que se mantuviese unido y entero en torno del candidato de la mayoría del mismo: y consistió ese mal en que, mientras esa mayoría votaba íntegra y compacta por Luperón, el resto del partido lo hizo por Cesáreo Guillermo, un ambicioso que, habiéndole cobrado afición al mando supremo, durante su corta estancia en él, y mal aconsejado de los que le rodeaban de muy cerca, pues ya el saludable ascendiente del Padre Meriño en él, no tenía virtud alguna, dejó que la división se produjera, enorgullecido con la idea de haber llegado tan presto al punto de ser cabeza de partido, y aun advirtiendo, como no dejarían de advertir él y sus allegados de consuno, que no había entonces de redundar en ningún provecho efectivo para él los votos de tal partido: así que, la mala intención todo lo echó a perder en un momento. Mas, sin embargo, es de sospechar que a los amigos de González se debiese, más que a ningún otro, más que a Guillermo mismo, este malhadado suceso; en el cual caso, Guillermo, con su ignorancia y ambición, no debió de ser sino instrumento inconsciente de sus propios enemigos. Es de creer que las cosas no hubieron de pasar de otro modo; y en tal virtud, si censura merecen los azules, por faltos de tacto y discernimiento, y, por ende, tan ciegos, que ni reparar pudiesen como en la división estaba cimentada



la causa de su ruina, no se deben escatimar las alabanzas y el aplauso a González y a los suyos, porque a la vez que supieron ser previsores, o sea ser políticos, y en consecuencia, echar de ver a tiempo, que no alcanzarían sus fuerzas a ganar la victoria contra todo el opuesto partido unido en un solo y único designio, en lugar de cruzarse de brazos y aguardar pasivamente lo que viniera, fuese próspero, fuese adverso, vieron cuán preciso era fraccionarle a fin de asegurar certeramente su derrota; y acometieron este trabajo con tal habilidad y discreción, que le dieron cima sin echarlo de ver aquellos contra quienes iba enderezado. En fin, habiendo vencido de la manera espléndida que ya hemos dicho, salió de Santiago para Santo Domingo el nuevo supremo magistrado, verdadero elegido del pueblo, y tomó inmediatamente posesión de su bien ganado destino, previa prestación del juramento constitucional: sin la cual fórmula y ceremonia no puede ninguno entrar por ningún caso a ejercerlo. Y en el primer documento y decreto a que puso su firma, que fue aquel en que nombraba los altos dignatarios de su gobierno, ¡con cuánta propiedad, exactitud, verdad y hasta filosofía se llamaba *Presidente Constitucional de la República!* ¡Qué maravillosa indirecta! ¡Cuán culta, fina, sutil y contundente crítica para Báez, que, no embargante subir por vías extrajudiciales al poder, opuestas en todo a las legítimas, y brillantes y honorables por González transitadas, no tuvo empacho de llamarse, poco antes, con el mismo título de *Presidente Constitucional de la República!* ¡Cómo se tenían a flote, y cuán derechamente sobrenadaban en González el sentido moral y los principios! y ¡cómo en Báez se sumergían de una vez y zozobraban!

Los recién vencidos, por su parte, no se curaban ya de principios ni de cosa que tal valiera; y si se habían dividido involuntariamente para dar paso a González, ahora se



unían de propósito para derribarle: porque desde que se hizo cargo de la presidencia, o desde antes de subir a ella, cuando era ya conocido el resultado de la elecciones, sus enemigos no tenían más que puesto el pensamiento en arrebatarla en más o menos breve término, y desquitarse con las armas, de no haber podido vencerle con los votos. Era eso indigno, era eso infame; pero también era verdad; y claro había de ser, que si divididos fue como pudo derrotarlos, unidos no podría resistirlos: de modo que, al lanzarse a las vías de hecho, no lo hicieron a tontas y a locas, sino a horcajadas sobre la seguridad de que iban a ganarle la partida. Mutuo recelo parecía encaminar las cosas con fatalidad incontrastable a tan violento desenlace, pues tanto desconfiaban los azules de los verdes, como éstos de aquellos, los unos temiendo ser perseguidos, los otros temiendo ser atacados: bien que, si vamos a decir lo cierto, los indicios de una hostilidad inminente, no aparecieron desde un principio tan manifiestos de la parte de los verdes, como de la de los azules; y hasta se pueden aseverar a todo salvo, que los azules, con su arrogancia y su soberbia (que de una y otra estaban poseídos, y no buscaban los medios de templarlas), los azules era los provocadores, los verdes eran provocados, ¿a qué? A sospechar de los azules. Pero de cualquier manera que fuese, justo será reconocer, que de una y otra parte no dejó de ofrecerse la oportunidad de llegar, cuando no a un cumplido avenimiento, a una decorosa tregua, que retardase cuanto posible fuera la ejecución del golpe que se meditaba, una tregua capaz de prolongarse y hacerse definitiva, en fe de las seguridades que tuviera cada parte, de no ser molestada por la otra, en el ejercicio de sus funciones gubernativas la una, o en el goce de su libertad la otra. Fue González quien primero facilitó el medio de celebrar una satisfactoria transacción una vez que, al poner su ya logrado éxito en conocimiento de su



competidor; dejaba expresamente a la elección del mismo, cualquiera de las cinco carteras que tuviese a bien aceptar en el nuevo gobierno. Era esta invitación simple muestra de cortesía, es verdad, a que no se había de corresponder de otra manera, que con una sencilla cuanto fina expresión de reconocimiento; pero en la cual fácil era descubrir algo así como un homenaje al principio democrático de la representación proporcional de las minorías, o de los vencidos en las elecciones populares; y no es tan usual como debiera entre nosotros, a causa de no haber forma de hacerla con nadie a menudo, por ser en su mayor parte de sólo un postulante, o sea sin oposición intestina, nuestras elecciones; en tanto que se ha hecho gala de la misma en las contadas que han sido de dos postulantes, o con oposición, como en las que se sustentaron las candidaturas de González y Luperón, y Billini e Imbert. Así, pues, hizo Luperón con puntualidad lo en tal caso correspondido, que fue rehusar el ofrecimiento, agradeciéndolo con la misma cortesía con que le había sido hecho; pero si lo anhelado era vivir una vida no insegura, ni al menor descuido amenazada por culpa de la suspicacia del gobierno, era ese, a ciencia cierta, el momento más oportuno de pedir o exigir a González las consiguientes efectivas garantías; y así, o no era eso lo apetecido con ardorosa voluntad, o faltó a Luperón todo el sentido político que necesario era, para bien echar de ver, que no había de ofrecerse ocasión mejor, de arrancar a sus enemigos las tales indispensables garantías. Y González, en los días que siguieron inmediatamente a la inauguración de su gobierno, a fe que no dio palmario testimonio de mejores dotes de político que Luperón, por haber malogrado la coyuntura que tuvo de asegurar de antemano la estabilidad de su presidencia, cosa que, a nuestro parecer, habría logrado de un todo, en nombrar para gobernador del distrito de Puerto Plata, no a determinado prohóm-



bre de su partido, capaz de inspirar confianza sólida y grande a los demás, sino a personaje tal como Lilí, de conformidad con los deseos de Luperón y lo suyos, que para ese destino expresamente se lo hubieran de proponer con demostraciones y señales indubitables del interés más vivo y extremado; y decimos que hubiera por ese medio asegurado la estabilidad de su presidencia, porque hasta el más corto de vista hubiera echado de ver en ese nombramiento, no lo que parece que vieron González y sus consejeros, un ardid bien concebido para conspirar a mansalva contra su gobierno, y hacerle de una vez la revolución, teniendo desde luego por punto de apoyo, todo el importante distrito sometido al mando de tal hombre, sino la más eficaz y más satisfactoria garantía que podían alcanzar, de que su seguridad y prerrogativas quedarían resguardadas y a cubierto de toda forma de atentado, de arbitrariedad y de injusticia emanada del gobierno; y cuando de todas maneras lo hubieran hecho la revolución, que a la verdad era lo más verosímil, y se hubieran alzado con todo el Cibao, sin que los suyos dejaran de aceptar el hecho consumado, volviendo así las espaldas a su jefe, como mayormente sucedió en Santiago, donde antes que hacer causa común con Puerto Plata, se pudo y debió hacerle obstinado frente, así no fuera más que por patentizar a todas luces que no se había extinguido el honor en tantos pechos, a lo menos habría saboreado mejor fruto, por más consistente y menos miserable, que aquel que recogió, sin merecerlo; porque siquiera hubiera gobernado tiempo más largo que los menguados días que alcanzó a desempeñar un mando tan legal y dignamente obtenido. Con todo eso, dicho sea cuanto antecede, sin menoscabo ni desdoro de otras más generosas, y más equitativas, y más apropiadas consideraciones que González, en el actual concreto caso merece de todo el que le juzgue sin pasión en esta parte y en este



momento histórico, a todas luces plácido e intachable, de su ya para entonces casi larga vida y carrera política. Porque si pudo no ser político, si pudo no comprender cuáles eran los intereses reales que no había de sacrificar, porque no era prudente ni a firme razón ajustado que los sacrificara, sin duda eso fue todo lo que pudo y no más, y en eso mal ninguno hizo a tercero, ninguna infamia cometió, ni oyó ningún deber, obligación ni fuero, por cuanto se hallaba en una de aquellas situaciones supremas, en que todo, la verdad, la razón, la justicia, el derecho, lo tiene por entero un hombre de su parte, y por tanto, le es protestativo hacer o dejar de hacer una cosa, sea cual fuere, y por inconveniente o conveniente que fuere para él o para los demás; en fin, una de aquellas situaciones, en que tiene de un todo el derecho de acertar o equivocarse, y hacerse digno de alabanza en el primer caso, pero no merecedor de vituperio en el segundo. Mas no iría tan fuera de buen camino, el detenernos a considerar de paso una cosa, que si pecare por accesorio, no dejará de venir en buena sazón ahora, ni más ni menos que si fuera el mismo asunto principal que siguiese por vía ordinaria su no interrumpido curso; no sería mal detenernos a ver, de acerba pena transidos, lo mucho que ya de dos años a esa parte habíamos declinado de aquel decoro y estimación de nosotros mismos, que instintivamente, y junto con la más lúcida y precisa idea de la dignidad nacional bajo todos sus respectos, sabíamos tener y guardar cada y cuando se trataba de la promoción o exaltación de un ciudadano, ahora por elección popular, ahora por vía de nombramiento gubernativo, a un destino, ya fuese político, ya fuese administrativo, siempre con mayor razón, si no carecía de alguna capital importancia. Si va, empero, a decir verdad, la corrupción de nuestras costumbres política, costumbres que Báez respetó, y que respetaron todo los gobiernos anteriores a la



Revolución de Noviembre, principió con ésta, y principió por dádivas: porque allá en otros mejores tiempos, los adictos a un jefe como Santana, como Báez, como Luperón, como Cabral, servían a sus correspondientes banderías, sin merecer ninguna remuneración de aquellos hombres, y sólo se les retribuían sus servicios cuando se los prestaban al Estado, bien como empleados públicos, o como militares, o como encargados de alguna comisión extraordinaria: la opinión era el único vínculo por quien estaba un individuo ligado a un partido; y generales famosos, alistados bajo las banderas de alguno, se veían a cada paso que, hallándose sin empleo nacional, tenían la necesidad de trabajar para ganarse la subsistencia, porque su gobierno y su jefe político no les pasaban pensión alguna ni socorro. Y verdaderamente que los enemigos más encarnizados los tuvo don Ulises F. Espaillat en los descontentos, pues siendo, como era, hombre de principios, a ninguno daba nada para ganárselo, y muchos esperaban medrar a la sombra de su gobierno, como habían medrado a la sombra del otro; por el cual motivo, hubieron de acogerse a la revolución que le arrebató las riendas del poder. No obstante, ojalá no hubieran pasado más allá las cosas, ojalá no se hubiera reducido más que a esta inmoralidad todo el corrompimiento que siguió después; porque mientras esto sucedía durante la época novembrina, por otra parte, no se otorgaban a quienesquiera los puestos públicos; y antes de hacer efectivo un nombramiento, se paraba la consideración, así en el decoro del destino, como en el decoro del público; se temía bastante al qué dirán, y se huía de su vulneradora censura como de un brasero. En principio era todo candidato examinado por la parte de los méritos, del carácter, la posición social, la íntima respetabilidad suya, que no tan sólo por el lado de la fe política que profesaba. Pero después de la Revolución de Noviembre, y sobre



todo, así como entraron a mandar los azules, cual dueños y señores únicos de la cosa pública, no solamente se daban a menudo casos negativos de también concebidos es-crúpulos, sino que desaparecieron éstos por derecho: entonces fue cuando se comenzaron a ver cosas antes nunca vistas, y a que no estaban el pueblo ni el público habituados, siendo esas cosas de tal naturaleza, que sólo con mentarlas ofenden el pudor, cuanto más con presenciarlas: únicamente que a fuerza de repetidas, ya no causan estupor ninguno a nadie. Todo eso principió en 1878. Todavía en 1876 nos encontrábamos, a ojos vistas, bien por esa parte: pues todavía los destinos tenían sus exigencias, a que no se podía dejar de dar satisfacción, y sus fueros, a que no se podía dejar de tributar respeto: para subir a ellos se necesitaba de mucha honorabilidad, y hasta de mucha estatura: no podía cualquiera ser juez, presidente de tribunal, administrador de hacienda, interventor de aduana, comandante de puerto; ser gobernador, era de lo más grande que haber podía: ser ministro, era cosa tan excelsa, que se perdía de vista, en la imaginación aun de la parte menos simple de los ciudadanos, a cuyos ojos, la persona encumbrada en tan alto puesto, se ofrecía como circundada de un prestigio deslumbrador: y el gobierno de don Ulises Espaillat fue honroso para el pueblo dominicano, tanto por el valer personal de aquel personaje, como por la categoría social de los otros dignatarios, pues todos eran de lo mejor que teníamos en materia de ciudadanos respetables, tales como los Sres. Peña y Reinoso, Galván (don Manuel de Jesús), Luperón, García (don José Gabriel), Cestero (don Mariano). Y fue sin duda no por otra causa, sino por las razones que dejamos expuestas, que, a despecho de su alto grado militar, ni siquiera para comandante de armas osó Luperón proponer a Lilí en 1876, y le retuvo a su lado en clase de simple teniente o caballo de batalla, ocupándole sólo en aquellas



operaciones militares, felices unas, mal dispuestas otras, con quien ya tenemos trabado perfecto conocimiento; y hasta muchos no hechos a la vulgarización o prostitución de las altas jerarquías del ejército, vieron con asombro que González, durante su primera presidencia, le promoviese a ese último grado: aunque, dicho sea en verdad que dimanaba el asombro de la edad que a la sazón tenía, la que, a los ojos de todos, no abonaba tamaña gracia fundada sobre la débil base de tan exiguos merecimientos como los suyos; y era público y notorio, que mediante Luperón, por quien Lilí algo valía, y no por sí propio, fue como vino a ser distinguido con ella, una vez que, por solicitud personal de aquel jefe, se la hubo de otorgar González. Y siendo indudable, como lo era, que no hubiera Luperón osado proponerle para comandante de armas, cargo que no ha revestido entre nosotros toda la independiente y prestigiosa importancia que de suyo merece, mucho menos habría ni pensado siquiera en llevarle a destino tan alto como la gobernación del distrito, a la cual no era cualquiera llamado, como no perteneciese a la más distinguida clase de ciudadanos: tanto, que atendiendo a ese requisito solo, cuando en 1876 depuso el anterior gobernador, General Francisco Ortea, el mando en manos del pueblo portoplateño, éste, que había quedado en libertad de darse soberanamente su primera autoridad, escogió por unánime acuerdo para ello, con asentimiento y beneplácito de toda la población, al General Segundo Imbert, que fue así objeto de una honra, que se puede juzgar por única, con tanto más razón, cuanto que, ni antes, ni después, ha podido gloriarse otro alguno de haberla recibido, y la cual tuvo luego la consagración de don Ulises Espaillat, por haber sancionado la elección hecha por autoridad del pueblo, con un nombramiento confirmativo del cargo alcanzado por ella, y que nadie osó disputar a Imbert, como sucede



no pocas veces, que se presentan varios aspirantes a la posesión de un puesto vacante o provisionalmente desempeñado. Y ahora, ¡cuánta diferencia y mudanza en cosas y personas al cabo de dos años! ahora, sin la notación de algún señalado progreso en merecimientos, y ni siquiera en servicios, no se titubeaba en sacar a la luz del pleno día, lo mismo que, dos años atrás, por faltarle la necesaria compostura, de que todavía distaba infinito, se tenía por impropio para sacado de las sombras algún tanto lóbregas que lo envolvían, y que lo ocultaban de una infinidad de severas y vergonzantes miradas, cuyo pudor, irritable y escrupuloso, tenía cualquier hombre no porque, amedrentada por algún ruido ni otra causa alguna, se mudase a más retirada y segura espesura, sino porque se acababan de poner, cual otros soles, el patriotismo, la moralidad y el honor, y sobrevenía la noche horrible de la corrupción y de la iniquidad, que presto habría de cubrir toda la extensión del patrio suelo. Porque, cuánto más espacio granjéase la influencia de Lili, cuanto más medrara él en elevación y preponderancia, tanto más había de perder en dignidad y buena fama la República, tanto había de venir a menos el nivel moral nuestro, quedando reducidos a tal estado de abatimiento y de desmoralización, que ni aun nos conociéramos nosotros mismos, pues menguarían nuestras fuerzas vivas y nuestro espíritu incomparable, hasta llegar a faltarnos lo limitado del uno y de las otras, para levantarnos de tanta postración a reconstituirmos en el ser y estado que antes habíamos tenido: que ningún otro fruto se cosecha cuando tienen los perversos francos el paso a los mejores puestos del Estado, por cuanto, de uno en otro van remontándose, hasta que llegan al último y supremo, donde no saben sino entregarse a infinitas especies de odiosos atentados contra la vida, la libertad, la honra, los destinos, los intereses múltiples de la patria.



En resumen, no era razón pretender que hiciera González el gusto ajeno, antes que su gusto propio; no se podía, sin cometer injusticia tan notoria como exorbitante, hacerle la exigencia de que defiriese a todo trance a los deseos de sus enemigos, en una cuestión exclusiva del albedrío suyo, en que, si era bien condescender con esos deseos, suponiéndolos bien intencionados, no lo era menos hacer todo lo contrario, defraudándolos: y más, que sin tomar en consideración uno que otro hecho análogo, antes a propósito para excepción que para regla, era lo cierto que no había ejemplo ni precedente definido y perfecto que invocar en apoyo de semejante pretensión, pues ni había sido antes presentada por ningún partido derrotado a un partido vencedor, ni, salvo algunas imperfectas excepciones, como decimos, había dejado de suceder que los empleados de una situación, altos y bajos, perteneciesen todos al partido progenitor y sustentador de aquella situación, y quedasen los individuos de los otros partidos sin empleo alguno en el Estado: cosa persuadida, no por el egoísmo de cada uno, como a primera vista creer se pudiera, sino por su propio instinto de conservación, cuyas exigencias, imperiosas siempre, no podían desatenderse, so pena de perder su íntima personalidad, servir de juguete vil a sus congéneres mal intencionados, hacerse una nulidad, y hasta desaparecer como partido: pues en país se vivía, donde, para poderse sostener en el mando, necesitaba cada partido gobernar con los suyos, excluyendo a los individuos de otros partidos, procedimiento no desacordado con el principio bien conocido, por bien democrático, de la alternabilidad en las funciones del gobierno. Pues si esto sucedía en las épocas en que todos ellos, sin exceptuar ninguno, subían al poder montados sobre las revoluciones, que no es la manera moral, ni decorosa, ni legítima de subir a él, con más veras había de repetirse lo propio en aquella cir-



cunstancia, en que se entraba en posesión del mismo, caballero en el sufragio universal, solo medio por el cual se gana y asume inmaculadamente la facultad de conferir, a su buen talante y arbitrio, los cargos públicos y proveer a los servicios del Estado. En resolución, no estaba González, en buena ley, obligado a nombrar a Lilí para un puesto de confianza como el de gobernador de Puerto Plata, de todas suertes ventajoso, bien para el gobierno, bien para la oposición, según y como fuesen de buena o mala fe desempeñado: cuanto más, que quien de allí a un año, llamado por Luperón a un movimiento revolucionario contra el gobierno despótico del General Cesáreo Guillermo, había de acudir a la invitación y revelarse contra el gobierno, a quien servía como delegado en el Cibao, sin hacer siquiera dimisión anticipada de su cargo, por ver de dar color menos inmoral a su manifiesta felonía, no había de ser maravilla que, ahora gobernador de Puerto Plata, se alzase con gobernación y todo contra el supremo magistrado a quien debía disciplinaria obediencia, en su doble calidad de militar y funcionario. Era eso lo verosímil, eso había de ser lo infalible.

Por lo demás, quien a despecho y pesar de su referida falta de tacto y algún otro sentido político más, dio en seguida pruebas de tenerlos todos completos y cabales, o siquiera parecía muy de veras animado de buena intención, y así lo probó de una manera inequívoca, sin duda que no fue sino el mismo supremo magistrado, el mismo González: puesto que, si bien rehusó acoger la candidatura de Lilí, por enemigo ni por lo que fuese, por otra parte, creído tal vez que la idea de patria, que necesita que sea empedernido sin ponderación el pecho a quien no conmoviere, podría obrar en los designios de los patrocinadores de la tal candidatura, más vencedor y benéfico influjo que la de sus particulares intereses, y que así quedaría partida la diferencia completamente a satisfacción de todos en general, dio un



paso en firme, allí en el mismo punto donde acababa de darlo en falso, que fue usar con ellos del caballeroso miramiento de darles por gobernador al hijo del gran Francisco del Rosario Sánchez, cuya descendencia, junto con el contacto que con ambos partidos tenía, si se reflexiona que había sido azul hasta el año anterior de 1877, y ahora, sin merecer la nota de traidor, figuraba en el partido de González desde que triunfó la revolución contra Báez, le habilitaba y adecuaba, más que a ningún otro verde o azul, para llenar el alto cometido de conciliador entre unos y otros, y mantenedor, con su autoridad, del equilibrio de sus opuestos intereses y opiniones, en tal modo, manera y forma, que no mediase diferencia entre ellos en lo relativo al derecho público, y viviese cada cual entregado al ejercicio del suyo, dentro del radio de la legalidad, sin sospechas ni desconfianzas mutuas, y sin temor de ser agredido cuando menos se pensase, ni de ser a cada paso inquietado por el monstruo de las persecuciones y demás arbitrariedades, posibles cuantas veces deja de haber autoridad que, dando conciencia, generosa y equitativa interpretación al fin y objeto definido para que ha sido constituida, no haga inclinar la balanza del derecho nunca del lado de un partido en perjuicio de otro, sino que la mantenga en su justo fiel constantemente, porque tanto peso tenga la razón que al uno asiste, como la razón que asiste al otro. Verdad es que, al parecer, tanto así no entendía González que había de ser el nuevo gobernador, bien que fácil era tanto y más aún hubiera sido, siempre que se le hubiese dispensado acogida tal como el deber de buenos ciudadanos imperiosamente lo exigía. Y si con tanta exactitud como lo exponemos no pensaba González, siquiera dejaba preparado cuanto terreno era de necesidad para que lo fuese, si nos paramos a ver que, no gustoso con el nombramiento, hizo a Luperón cortés y amigable carta, para presentarle al agra-



ciado, como persona en quien concurrían título y circunstancia de tan alta valía, como el tener por progenitor al mencionado padre de la patria: ejecutoria que lo menos que imaginaba González era que hubiera de ser vista con indiferencia, sino que se le había de rendir los correspondidos homenajes de un profundo, patriótico, e inviolable acatamiento; y lisonjeado por esta idea quimérica, lo recomendaba con calor, para que, acogiéndole cual cumplía y era procedente, se le facilitara el buen desempeño y ejercicio del empleo que se le confiaba. Y no de otra manera debió haber sucedido. Pero habíase ya en tal modo apagado en los corazones azules el antes en ellos acendrado patriotismo, y tan resueltos se hallaban a intentarlo y llevarlo todo a efecto en la carrera de la maldad y el interés desprendido de toda nobleza, por donde ya estaban a pique de aventurarse, que lo menos para ellos y lo último que hablaba era la patria, y con la patria, no importa cuál idea, ni cuál objeto, que con ella de algún modo tuviera que ver, y de algún modo se relacionara, en la moral y en lo físico, en el tiempo y en el espacio, en la sociedad y en el Estado. De manera y modo, que amargados con este nombramiento, como si recibieran bárbara e inmerecida decepción con él, como si desheredados de toda ventura en la patria, ya no les quedara otra esperanza ni apelación, sino acudir al recurso más desesperado, para ver de salvarse de la catástrofe que los esperara, o mejor, tomando de tan poca cosa, suficiente o demasiado pretexto para entrar a saco en la República con todo (pues a juzgar por lo que inmediatamente y después hicieron, no por otra cosa se consumían y deliraban en los consecutivos accesos de su ambición indisputable), cuando no habían llegado a su cumplimiento los treinta y siete días del nuevo gobierno, en tan corto espacio todavía impecable, y ante todo, sintiéndose los más fuertes, levantaron contra él la sangrienta enseña revolucionaria, entonces, por sus



resultados, más abominable que nunca, o tanto, como lo fue la rebelión de 1876 contra Espaillat; y con celeridad tan extraordinaria cedió todo el Cibao el paso a las inicuas armas azules, ante las cuales se postraron acobardados cuantos en Santiago, en Puerto Plata y en otros puntos, habían luchado por González, en la recién pasada campaña electoral, que no fue menester que transcurrieran más de quince días, después del movimiento inicial, para quedar sustraída toda esa región al imperio y autoridad del gobierno; además, que los baecistas, en odio implacable de los verdes, secundaron con sus simpatías a los azules, a quienes quizás hubieran puesto en conflicto nada mínimo, si hubiesen preferido salir a la causa de los verdes; y Cesáreo Guillermo, así como tuvo noticia del alzamiento de Puerto Plata, otro tanto hizo en la provincia de El Seibo; de modo que, cuando Lilí, nombrado jefe de operaciones sobre la capital, por el gobierno provisional creado en Puerto Plata y luego trasladado a Santiago, llegaba con sus doscientos o trescientos hombres a los alrededores de ella (porque no ascendían a más los que consumaron tal proeza en el campo de la cobardía y el deshonor), o ya estaba Guillermo allí con su gente, o no tardó en reunirse con él; la cual concurrencia produjo el resultado, (que de antemano se podía dar por inmancable), de la capitulación del gobierno, cuyo jefe, González que con igual derecho y legitimidad lo era del Estado, abandonó las riendas del mismo a los que no le habían podido supeditar en las elecciones; y seguido de algunos buenos y fieles partidarios, tomó la dolorosa vía del ostracismo, a donde, tras algunos años de permanencia en el país, volvió por última vez en 1893, y donde todavía se halla, trabajando sin descanso, como los demás expulsos, por librar a la República de la tiranía de Lilí.

Y como después que sobreviene un percance, un suceso desgraciado, es cuando se piensa con formalidad en



la causa de donde dimanó, y se ve lo fácil que habría sido evitarlo, con remover a tiempo esa causa, empresa esta última siempre, a nuestro modo de ver, la más fácil del mundo, después que, por haberse producido la catástrofe, ya no hay como remediarla, corramos también nosotros por esa trillada ruta desbocados, en averiguación de la causa real y verdadera de la caída indigna del Presidente González, por tanto, de la caída del partido verde, y si también se quiere, de la caída definitiva del partido rojo, porque, aun cuando éste hacía tiempo que había caído, a lo menos se sostenía, mal o bien, arrimado a su derecho, que conservó, en potencia, todo el tiempo que duraron las competencias de los azules y los verdes; y así, aunque de una manera subalterna, de alguna utilidad fue a los primeros en su reciente brega con los segundos; pero así como éstos fueron echados del escenario por aquellos, quedó éste de tal modo invadido y ocupado por los primeros, que ya no hubo lugar propio en que se pudiera sostener el rojo; y cediendo al caso forzoso, puesto que mandaba la ley del más fuerte, no le quedó más arbitrio que abandonar el campo, y correr la misma suerte del verde hasta la presente fecha. Así, pues, el partido verde cayó, por su rematada carencia de buenos e idóneos peleadores; pues en país hecho a vegetar bajo el régimen grosero del machete, como el nuestro, porque los gobiernos se apoyan en los partidos, y no en la opinión pública, viven y prosperan solamente los que con más o mejores hombre de machete cuentan: porque son todos partidos personalistas, porque son todos partidos turbulentos, verdaderas facciones, que no suben al poder sino a caballo sobre las revueltas, ni se sostienen allí más que combatiendo con las armas, no con los principios, a los otros, que, a su vez, y por los mismos procedimientos, pugnan sin tregua por arrebatárles el mando; y por consiguiente, caen sin remedio, como no cuentan con buenos



hombres de pelea, que los defiendan y los libren de sus enemigos, conteniéndolos, como los santanistas a los baecistas, como los baecistas a los azules, y como los azules a los baecistas y a los verdes; y caen hasta seguidos del escarnio de los mismos a quienes toca buena parte de la vergüenza de haber caído. En cambio, al rojo no le fue dado levantar cabeza, por haberse dividido en dos, reduciéndose a la mitad de lo que había sido en pasadas épocas; porque si bien era verdad que no le sirvió de óbice alguno esa mutilación para dar en tierra con el azul, pues para ello acudió a unirse con el verde, tampoco dejaba de ser cierto, que después de los últimos acontecimientos revolucionarios, no hubo posible ninguna reconciliación ni acuerdo posible entre ambos; tanto, que se diría que los separaba la distancia de un insondable abismo; y todavía hubieran suprimido ese abismo entre los dos, y se hubieran aunado como en esa otra vez pasada, ni aún con todo eso habrían podido franquear los confines de la impotencia que tan insuperables trabas opuso siempre al juego de su acción individual y colectiva, impotencia proveniente de la desmoralización rayana en no disimulada cobardía, en que ambos a dos quedaron tras el último suceso del azul, y que fue tal, que no volvió ya más a tener eco en ningún baecista de los residentes en la República, la voz, en otras ocasiones tan escuchada y tan obedecida, de su jefe, que desde la expatriación los conjuraba sin descanso a que hicieran uso de las armas para derrocar a sus ahora más que antes desatentados enemigos. Ni nadie hubiera sido poderoso a conjurar la deserción que, a ese tiempo, se produjo del verde a las filas azules: con que vino a quedar aquél en la mitad, y acaso en la cuarta parte de su todo, si es que no se disolvió enteramente, rindiendo parias, de tan vergonzoso modo, al éxito que contra él mismo alcanzaban los azules. Pero sucediera lo que sucediera después



con todos, con rojos y con verdes, no es discreción atenernos a ello, por indigno, cobarde y sórdido que fuera, sino atender no más que a ése mismo éxito, a esa misma revolución azul, que semejante suceso tuvo, cuando bien merecía fracasar de la más ruidosa y ridícula manera, por el embarazo latente de la enorme y escandalosa injusticia que sintetizaba. Y efectivamente, ¡qué crimen! ¡Qué iniquidad! ¡Qué ignominia! Pues cuanto de bueno habían ejecutado los azules hasta ese punto y hora desde tiempo inmemorial, lo pisotearon en un momento, llenándose de abominable cieno hasta el alma; descendieron muy por bajo de sus por ellos denigrados enemigos, desdijéronse de sus dichos, apostataron de sus ideas y principios, degeneraron de sus antecedentes, de su pasado, de su gloria, e incurrieron en la mayor y más criminal locura que puede hacer un partido conceptualizado como serio y como de vergüenza, que fue cavar una huesa, y enterrar en ella vivas su formalidad y su reputación. A partir de ahí, ya no habían de tener paradero nuestra decadencia moral, ni nuestras desgracias, cuyos efectos se harían a veces menos sensibles, o hasta insensibles de todo punto, para perseguirnos y castigarnos luego con furor mucha más desencadenado, como cuando se pasa del centro relativamente bonancible, a lo más vortiginoso y violento de una deshecha tormenta; y de una en otra inmoralidad, de un escándalo en otro escándalo, y de atentado en atentado, habíamos de correr como arroyos y como ríos, unas veces con precipitada carrera, y otras con sosegado paso, pero sin detenernos un punto, hasta rendir la jornada en un inmenso mar de oprobio, en medio del cual habíamos de padecer quebrantos serios, hasta en nuestro sentido nacional, sin el que no es dado a un pueblo independiente y libre tener personalidad ni genio propio.

Pero antes de tomar de una manera decisiva la vía conducente a ese término, antes de trasponer el rubicón



de nuestra honra, siempre se hubo de hacer algo, que fue lo único y lo último bueno que se hizo, que fue ni más ni menos que la postrera boqueada de nuestra ya casi inánime honradez política, y de nuestro moribundo republicanismo. Forzado el Presidente González a no quedarse ya más en el país, después de la capitulación que tuvo que celebrar con los Generales Lili y Cesáreo Guillermo, jefes de las fuerzas rebeldes y sitiadoras de la capital, sino a separarse del poder, e ir a buscar para su persona, libertad, seguridad y tranquilidad en medio de las penalidades anejas a la expulsión, faltaba ver cómo y de qué manera se había de proceder a llenar de modo cumplido la vacante que tras sí dejaba; porque de hombres desheredados de principios como los dichos generales, que no los tuvieron antes, ni los tenían al presente, ni los habían de tener en lo sucesivo, era de darse por seguro, que no hubieran pensado sino en establecer una dictadura, como medio, para ellos, el más llano y razonable de salir del paso y enlazar los dos extremos, aquel donde se había interrumpido el orden constitucional, con aquel donde había de reanudarse; mas por entonces carecían ellos de toda influencia política, y nada les era posible hacer fuera de lo que les había sido prescripto en previas y explícitas instrucciones oficiales u oficiosas; y así fue que, no pudiendo hacer por su sola cuenta o a su propio arbitrio cosa ninguna, sino de un todo ceñidos a la letra y contexto de ellas, lo que llevaron a efecto, así como tomaron posesión de la expresada ciudad, fue consagrar el orden legal preexistente, con acto tal, como el llamamiento del íntegro y esclarecido repúblico don Jacinto de Castro a las funciones de presidente constitucional de la República, que a él tocaban y correspondían como presidente actual de la Suprema Corte de Justicia, según establecido estaba en los cánones de la Constitución vigente: paso éste muy acreedor en verdad a las mayores alabanzas



y enaltecimiento, no por otra cosa más, sino por la espontánea y grande complacencia que trae, y por la inefable belleza que constituye de por sí el acto integrante de cualquier deber cumplido: y ya que no de borrar la excesiva injusticia por la revolución constituida, siquiera de atenuar un tanto su demasía hubiera sido capaz, si se hubiera conservado en su primitiva pureza y majestad, si las ambiciones desapoderadas que se sustentaban sobre las alas de la misma revolución, no le hubiesen deslustrado y privado enteramente de su mérito, en haber hecho que aquel ciudadano meritísimo, aquel ciudadano a quien cuadraban tan a maravilla las funciones de primer magistrado de la nación, por antes forzosa que voluntaria renuncia, cesara en el ejercicio del poder, que vino a quedar a cargo de los funcionarios que con él componían el personal de su propio gobierno, y ahora quedaba constituido por ellos solos: de los cuales, el ministro de lo Interior, Policía y Agricultura, o sea el jefe nato del ministerio regente, fue quien más motivo tenía que otro alguno para desear el acaecimiento de semejante crisis, y quien con más afanoso interés hubo de conspirar a ese triste desenlace, porque así consideraba menos distante y más asegurado su advenimiento a la presidencia definitiva, por cuya posesión se desvivía desde que una vez le tomó gusto al mando supremo, por haberle desempeñado, no fuera más que de un modo transitorio. En este tiempo, como una pieza de vestir que con toda prisa nos mudamos por molesta y embarazosa, o tan ligeramente como se arroja en tierra una carga demasiado pesada para los hombros que la llevan, se puso manos a la labor de una nueva e inmotivada reforma de la Constitución, cuando aun no tenía sino poco meses de hecha y promulgada la existente; y esta nueva compostura o descomposición de la máquina constitucional, en que se sacrificó y perecieron cuantas innovaciones, útiles unas, bellas otras, prac-



ticables todas en nuestro país, atesoraba el anulado texto anterior, como la del voto oral, la del período presidencial reducido a un bienio, que ahora se aumentaba en dos años más; la del poder que hace las leyes, constante de dos Cámaras o Cuerpos colegisladores, y otras muchas más, no tenía que ver con ninguna pública necesidad ni utilidad perentoria que tal retroceso persuadiese (lo que prueba como no ha dejado de ser nuestro país en todos sus tiempos, así prósperos como adversos, propiciamente adaptable a cualquiera de las formas y manifestaciones del político y social progreso); sino que se hubo de acometer a causa de que, algunas de aquellas reformas, y más la del sufragio verbal, tenían gusto de amargaleja para los que, por lo mismo, influyeron porque se aprovechase aquella oportunidad revolucionaria en suprimirlas cuanto antes; y sobre todo eso, se buscaba cómo poner el texto que las encerraba en armonía con la naturaleza de la voluntad del que, de allí a poco, había de prometer con juramento mil veces fermentado, cumplirle y hacerle cumplir como supremo magistrado de la República. Por de pronto, nada parecía más acomodado a ese propuesto fin, que principiar por despojarle del rico atavío de las reformas susodichas. Después, en menos de un año, se había de dar un paso más insensato y audaz aún en ese reaccionario sendero, hasta conseguir hacer del ya de suyo arbitrario presidente de la República, un autócrata, un dictador, un déspota, un tiranuelo constitucional, a lo que vino a poner coto en buen tiempo la revolución del 6 de octubre de 1879: y se había de dar ese paso en poner en vigor la Constitución de 1854, la más retrógrada que han podido dictar los legisladores nacionales, si por ventura la única en correr parejas con ella no fuera la de 1873, la misma donde tomó carta de naturaleza la grosera novedad de que el presidente de la República se podía constituir en funcionario vitalicio. Pero ya otra vez



no quisimos dejar correr la pluma por la vía dolorosa de nuestros oprobios, estimando que bastaba con exponer tan sólo el que ha constituido y sigue constituyendo Lili para la maltrecha patria dominicana; y en cumplimiento de tal designio, daremos paz a esta particular materia, con la esperanza de que corran abundantes y sin detenerse, por ella, las anegadoras aguas del olvido. Pues todavía en 1878, con haber sido candidato de un partido para puesto de tal clase como el de gobernador del distrito de Puerto Plata, y con habérselo designado para jefe de operaciones sobre Santo Domingo durante la revolución que se le hizo al inculpable Presidente González, porque no le nombre gobernador, y con haber triunfado, fuera como fuera, y sin tener en cuenta la ocasión en que triunfó, y a despecho del juicio parcial de Luperón, quien temeraria y gratuitamente se había empeinado en atribuirle buenas cualidades y aptitudes para todo en la República, todavía no pasaba Lili de ser un simple y estricto machetero, en el concepto de la parte más cuerda y sensata de sus conciudadanos, y asimismo en el de los señalados entre ellos por su falta de sensatez y de cordura: un simple y estricto machetero, a todas luces impropio para promovido y exaltado a ningún relevante destino civil o político, en un país donde no estaba extinguida la estirpe de los ciudadanos idóneos para los mejores empleos públicos, y con quienes no podía ser Lili parangonado, a causa de la inasequible superioridad que le llevaban en todo linaje de méritos y servicios. Quien resurgió con los acontecimientos subsiguientes a la revolución, fue Cesáreo Guillermo; y resurgió, más que como una figura indefinida del nuevo estado de cosas, como candidato casi obligado y natural, no a gobernaciones ni otros empleos de igual cuantía, sino a la misma presidencia de la República, ya otra vez vacante por la dimisión del preclaro patricio Sr. Castro, que precisamente fue uno de



los acontecimientos aludidos. De los cuales, el que se ha de calificar como decisivo en ese caso determinado, vino a ser, sin disputa, el malogro de cuantos pasos y esfuerzos se hubieron de hacer y dar cerca de Luperón, siendo los últimos los practicados por el Padre Meriño en persona, para que aceptara la presidencia, que su partido y aun el pueblo todo, tenían el buen ánimo de confiarle: como se la hubieran confiado, eligiéndole de preferencia, en las próximas elecciones, a cualquier otro dominicano: con que –tal es nuestra íntima creencia– no se sabe hasta dónde, ni hasta cuándo se hubieran ahorrado las muertes, los desastres, las calamidades venidas luego, y que para enumerarlas falta espacio. Entonces, ni por las mientes de dicho general pasó la idea de proponer a Lilí por candidato para la misma presidencia, ni de que pudiera éste ser propuesto en lugar de Cesáreo Guillermo; ni Lilí mismo hubiera osado pretender alzarse tan a mayores. Pero de ahí no colija ninguno que fuera Cesáreo Guillermo un ciudadano patriota, benemérito, y digno del alto destino que a punto estaba de ocupar; pues, a decir toda la verdad del caso, su elección para ese destino, elección antes oficial que popular, pues que no tuvo el verdadero pueblo interés ni parte alguna en ella, también patentiza lo mucho que habíamos ya degenerado en tan breve tiempo, y cuán desaladamente corríamos hacia el inmediato sumidero de nuestra propia corrupción. Y efectivamente, satánica como la de Lilí, era la naturaleza del General Cesáreo, y tal, que no pudo aquel otro tener mejor antecesor; bien que, por seguir sus huellas con fidelidad tan rigurosa, la única posible por cierto en el temperamento de Lilí, le aventajó por todos caminos, hasta dejarle, tras sí, a un trecho de distancia incalculable. Fue padre de tan triste personaje, aquel General Pedro Guillermo, que, allá en 1865, se hizo famoso por dos motivos: primero, porque nunca se le vio por las calles sino con un trabuco na-



ranjero al brazo; y segundo, porque, a tal extremo de barbarie llegó, por entonces, en su apasionada y ciega intolerancia política, la cual le vedaba consagrar respeto alguno a las manifestaciones de cualquier opinión distinta de la suya, que un día, que hubo un pequeño suceso que no era de su agrado, sacó de la fuerza una pieza de artillería, e hizo que media ciudad de Santo Domingo cerrara sus puertas, movida del pánico que le causaba el saber lo capaz que hubiera él sido de hacer fuego sobre lo que se le antojase, fuera lo que fuera, con tal que, a su juicio, tuviese alguna relación con sus odiados enemigos. Pero no perdamos tiempo en declarar, que no es el padre apropiado cimiento para fundar en él la procedencia y origen de la perversidad del hijo, puesto que, malvado como Lili, no ha venido al mundo en nuestra tierra hombre alguno, ni otorguen los cielos que jamás venga; y sin embargo, es y ha sido persona digna su padre, y no ha dejado de gozar de grandes y buenas consideraciones en la sociedad donde vive más de medio siglo hace. Cuanto más, que lo que tenía el General Pedro Guillermo de reprehensible, no pasaba la raya del espíritu de partido y del fanatismo político que le dominaba, y que la índole de la época no dejaba de disculpar bastante; pues en todo lo que le sintetizaba como persona particular, y en la vida privada, era un hombre intachable; al paso que su hijo se podía considerar, así en lo privado, como en lo público, pero nunca en la misma escala que Lili, como un hombre autoritario, despótico, inmoral, depravado, y por ende, pernicioso: un verdadero peligro para la honra de la sociedad; siendo, además, un verdadero terror para la de la capital, como en lo político lo fue para El Seibo y Azua, ya que no para la República entera como Lili. Es cierto que por eso, ni por mucho menos, se había dado a conocer cuando, ignorado de todos, y gracias a la revolución contra el Presidente Báez (que tal es el gaje positivo de las revolu-



ciones), entró, sin antecedentes malos ni buenos, a desempeñar la presidencia del gobierno provisional, instalado después de la caída de aquel último magistrado; y precisamente, porque no tuvo vagar para incurrir en torpezas y atentados que se le pudieran echar en cara, y de que acriminarle con buen éxito ahora, o por no parecerle discreto darse de una vez a conocer en el punto de partida de su vida pública, fue por lo que se le tuvo alguna confianza en esta segunda ocasión, y no desagradó a ningún honesto dominicano verle, como ministro de lo Interior, entrar a formar parte del gobierno del Presidente Castro, en tanto que, a ese mismo tiempo, su conmlitón Lilí, era nombrado delegado en el Cibao, con lo que daba indubitable testimonio, de que ganaba su fortuna una nueva victoria, cuyo campo de batalla era el de nuestra propia desmoralización: que así, por tanto, ganaba él, lo que la República perdía. Tampoco hubo de ser parte para infundir en los ánimos el más leve asomo de disgusto ni recelo, el ver al mismo Guillermo, tras la renuncia de don Jacinto de Castro, de la cual era causante la irresistible ambición de mando que le abrazaba, convertido, por la principalidad de su ministerio, en efectivo jefe del gobierno, y, además, en potencia propinqua de ser definitivamente lo mismo que ya dos veces había sido de una manera provisional, o sea presidente y primer magistrado de la República: el primero entre todos sus conciudadanos: lo que se le facilitó al fin hasta lograrlo enteramente, por la sistemática negativa de Luperón a empuñar las riendas del gobierno, dejándose elegir como se le pedía: lo cual, el día que voluntariamente lo desease, no le había de ser dado conseguirlo, como le hubo de pasar en 1888.





XXVI

En el transcurso de aquella interinidad, y en tanto que a su término se llegaba, sucedían cosas de índole diversa, que daban claros indicios de la clase de orden y administración que habíamos de tener, y descubrían cuáles habían de ser las tendencias del gobierno, y con qué peregrinas escenas y espectáculos había de ser edificada la nación en los días venideros, por los liberales, patriotas e impecables azules. Los cuales, como mercenarios entregados al pillaje de una plaza tomada por asalto, se abalanzaron a la ya nada boyante hacienda pública, y salieron de la pobreza, que hasta entonces había sido su más preciada ejecutoria, con el barre campo que hicieron en ella, el cual no había de ser sino preludio de otros muchos; con que harto pagados quedaron de sus pasados servicios a la patria, para que hubieran de seguir decantando con su habitual cinismo el desinterés con que decían habérselos prestado. Y mientras saciaban su codicia de los dineros nacionales, con rapacidad que hubieran envidiado las mismas aves de rapiña, por otra parte se daban al inicuo ejercicio de su criminal y despiadada tiranía, bien no sin llevar en la misma culpa el castigo, como que habiendo comenzado por descargar su dura férula sobre



las espaldas de sus enemigos, y arrebatárles sus derechos comunes, como si en lugar de ser de todos la patria, no fuera sino de unos pocos, esto es, de los más fuertes, a la larga se tiranizaron unos a otros, y se arrebataron entre sí esos derechos; porque surgió uno entre ellos, Lili, que descargó el brazo fuerte de su despotismo, indistintamente sobre correligionarios y enemigos, midiéndolos a todos por el mismo rasero, los igualó en la pérdida de las mismas libertades, se hizo dueño de todo, sin exceptuar cosa alguna, y sólo dio su consentimiento para que los demás usasen de las migajas que fuera él servido arrojarles para su común jolgorio. En todo eso, si bien lo vemos, él no hizo más que proseguir y llevar a su remate, lo que Cesáreo Guillermo había empezado y dejado a medio palo: aunque no es menos verdadero, que no dejó Lili de poner también todas sus manos en ese luctuoso principio de obra. Pero de cualquier modo que sea, el que hubo de principiar, y dio el mal ejemplo, y emprendió la sangrienta vía, primero que otro alguno, fue Cesáreo Guillermo: él mandó dar muerte a los famosos sicarios de los seis años, Baúl y Solito, que si debían ser tenidos antes por criminales comunes, que por criminales políticos, y merecían esa muerte por las vidas de tantos dominicanos que habían segado, no por eso dejaban de ser lo que siempre habían sido, esto es, baecistas; él, en pleno período eleccionario, con gran consternación y horror de las familias capitaleñas, hizo una noche asesinar en Santo Domingo al General Manuel Altagracia Cáceres, competidor suyo, como candidato presentado por el partido rojo para las segundas elecciones presidenciales de 1878; él, en fin, mandó proscribir, de igual modo, a otros baecistas más: los cuales hechos no dieron lugar a ninguna paladina reprobación, por parte de los azules, por tratarse de individuos afiliados a un partido que no era el suyo; que si también hubiera hecho con azules



otro tanto, seguro que habría caído despeñado por todos ellos de las alturas del poder. Pero siempre justo y debido será decir como el General Manuel Altagracia Cáceres, era una connotada y culta figura de nuestra política, y notable, digno y bueno como militar, como ciudadano y como hombre, y que (hablando con toda verdad y toda justicia), no tenía merecido el salvaje fin que tuvo, de manos de asalariados asesinos, cuando se ocupaba, no en la trama de una solapada revolución, sino en el pacífico ejercicio de un derecho. Era digno de ser sentido, aunque perteneciese a opuesto bando; y este bando, con mayor razón, no podía ser indiferente a tamaño atentado, ni a los otros de que venía él solo siendo víctima: él solo, porque al verde no se le hubo de tocar ni en uno siquiera de sus individuos, porque, reducido a la impotencia, como estaba, por la disolución en que había caído, no se hallaba en aptitud de acometer hostilidades contra el opresor partido, ni aun de hacerle una oposición a lo menos reveladora de su existencia como partido independiente. Sólo el rojo andaba inquieto y alborotado con tamañas provocaciones, sin razón justificativa hechas; y hasta podríamos aseverar que, sin eso, lo propio habría sucedido: pues nunca hubiera dejado él de conspirar contra el orden de cosas establecidas por los azules, sólo por ser ellos quienes eran, y aunque hubiese carecido de plausible fundamento para ello, como ya lo hubo de hacer contra don Ulises Espaillat. Decimos esto, sin perjuicio de reconocer que también ellos, los azules, trocados los papeles, hubieran seguido a su vez una conducta no nada contradictoria de la de aquél, como en efecto lo hubieron de hacer bueno en 1877. Además de todo, la verdad era que sus fechorías contra las rentas públicas, que fue lo primero a que se dedicaron en cuanto se vieron solos, eran de suyo bastantes a justificar todo conato y tentativa revolucionaria por parte de los rojos, cuanto más el bárbaro



martirio que ya tantos de sus miembros habían padecido, siendo el más atroz, el referido asesinato del digno General Manuel Altagracia Cáceres; ni vemos tampoco qué más había de hacer en la proscripción a que le redujeron, sino lo mismo que han hecho todos los partidos proscritos, pugnar sin tregua por volver al regazo de la patria. Porque adentro no era donde se le debía buscar: se le debía buscar allí donde se le facilitaba el moverse con la libertad que adentro le negaban para todo, y adonde se había refugiado lo que llamaremos su plana mayor, en tanto que las clases comunes suyas, quedaban en el país como en cautiverio, sin que les fuera dado tomar la iniciativa en movimiento alguno, sino aguardar de fuera el impulso a que debiera obedecer: puesto que si a punto tan crítico hubieron de llegar para el partido las cosas, por sólo presentar un candidato suyo para las próximas elecciones, lo cual no entrañaba más oposición que la de natural derecho, ajustada de suyo al espíritu de las leyes, se podía dar por hecho que, como se hubiera propasado a una oposición revolucionaria en el interior, le habrían sin remisión alguna exterminado. Y era precisamente lo que más apetecían los azules, sobre todo los del Cibao, que no habiendo tenido lugar aún de hacer morir ni a un baecista siquiera de los de aquella región, de la manera que lo había hecho en el Sur el General Cesáreo Guillermo, deseaban, hasta con desesperación, que ocurriera en aquella parte un alzamiento cualquiera de sus enemigos, para escarmentarlos, castigándolos con extrema severidad, una vez que se consideraban, no sin razón, fuertes en arbitrios adecuados al buen suceso de tan bárbaro propósito. Y cuando no un alzamiento mismo, siquiera se desviaban porque se les ofreciera una coyuntura favorable al fin y objeto de darles un golpe tremendo, que los amedrentase, y fuese a la par no menos poderoso a disuadirlos de revolucionar contra la imperante situación. Y los baecistas de



afuera, pues los de adentro estaban quietos, no llevaban, por desgracia, otro rumbo, sino el conducente al resultado de los azules tan apetecido; lo cual sucedió de tal manera, que, sin pensarlo, dieron a éstos la ocasión que necesitaban para poner en ejecución sus inicuas esperanzas; y fue que, no atreviéndose ninguno a tomar la delantera en el país, y tremolar la bandera revolucionaria, proveyeron los expulsos baecistas a este fin, en despachar de Puerto Rico, donde a la sazón paraban todos, a los Generales Valentín Pérez y Manuel María Caminero, para el Sur de la República, por la vía de Haití, a fin de que levantasen aquellas limítrofes comarcas, tenidas aún por adictas al baecismo, con el mismo fervoroso entusiasmo de otros mejores tiempos, y donde, por ser azuano, tenía extendida influencia uno de los dos cabecillas, el General Pérez, tan valiente como bueno y generoso, en especial para con sus adversarios. Secretamente pues verificaron su embarco en Mayagüez a últimos de noviembre de 1878, en uno de los vapores de la línea española de las antillas, que, como de costumbre, hacían en su viaje de retorno al punto de partida (La Habana), las mismas escalas que hacían en la subida, y tocaban, por tanto, en Puerto Plata, y creemos que para entonces en Cabo Haitiano también, último punto de nuestra isla en que tomaban puerto antes de pasar a la de Cuba, y donde ambos pasajeros habían de saltar en tierra, con las mismas precauciones tenidas en su embarco; y como no conocían el Cabo, de donde, a través de aquel territorio, se habían de trasladar a nuestro Sur, acordóse o bien creyóse coadyuvar a su pronto y feliz despacho en la ciudad haitiana, con una carta de recomendación para el Sr. Dr. don Carlos Castellanos, caballeroso cubano allí residente, que por sus inagotables atenciones y beneficencia, vive, como, por la misma razón, vive también la no menos distinguida y generosa familia francesa de los Giordani, así en la memoria,



como en los corazones de cuantos dominicanos perseguidos de la tiranía en estos últimos veinte años, han arribado a las hospitalarias playas de Haití. Pero fuera que, según acontecer solía, el vapor no había de hacer escala esa vez en la ciudad citada, o que, no debiendo los recomendados llevar consigo la carta, cosa que del contexto de la misma se desprendía, se llegase al correo a última hora con ella, o porque los mismos interesados la entregasen al sobrecargo del vapor con tal fin, o por otro ingente descuido, negligencia, ignorancia o torpeza, ya de los de tierra, ya de los de abordó, ello sucedió que no sólo iba suelta la carta, y fuera de valija, sino que vino a dar a la oficina postal de Puerto Plata, como adredaña, a fin de que allí, por la misma ocasión, u otra cualquiera, la encaminasen a su ya cercano destino. Y verdaderamente que así hubiera pasado esa mañana mismo –pues el vapor entró mucho antes del medio día–, si uno de aquellos curiosos, y casi siempre desocupados, que frecuentan nuestras administraciones de correos, para tertuliar, si no es día de correspondencia, o para ver la lista de las cartas llegadas, y aún leer los sobres de las mismas, sin tener las más veces quién les escriba, no hubiese acertado a llegar al correo en el momento en que un empleado de la oficina, en ausencia del titular, se ocupaba en abrir un pequeño paquete, contenido de alguna correspondencia procedente de Mayagüez, en tanto que la epístola fatal, yacía sola y única sobre la mesa de despacho. El hombre, que además era persona de confianza y consentida, y hasta del número de los mimados de la situación, introdujose, sin más ni más, en el departamento de trabajo, reservado del público, y clavó indiscreto la vista en la yacente misiva, que, pareciéndole sospechosa por el sobrescrito, se lo previno al empleado, para que llevara el caso, como lo llevó sin pérdida de tiempo, a conocimiento de la correspondiente autoridad, o sea del



gobernador del distrito; quien, a su vez, lo puso en noticia del delegado del gobierno, que no era otro sino Lilí: todo lo cual dio por resultado, que los dos en el acto se impusieran del contenido del cerrado pliego, que revelaba, en primer lugar, que iban en el buque portador aquellos dos sujetos (circunstancia que un espíritu previsor hubiera omitido, ya que se debía efectuar el viaje con el más consumado sigilo); y se reducía lo demás de él, a recomendarlos a la benevolencia y buenos oficios del digno Dr. Castellanos, por más señas, amigo particular del remitente de la carta. No acertaríamos a encarecer ahora el contento ingente que recibió Lilí de la no soñada nueva, que obró acto continuo en el ánimo suyo, el efecto de un incitativo, no de aquella sed de agua, que a menudo saciaba, sin más molestia que sacarla de la tinaja que la contenía, sino de aquello que llaman sed de sangre, que lejos de ser tal sed, es a modo y manera de fiebre delirante y abrasadora, que se apodera de todo aquel que recibe gozo y solaz en verla derramar o derramarla. Y en efecto, el jaguar de América, la pantera de África, el tigre real de Bengala, que impelido de su ferocidad y hambre se arroja intrépido al ganges, por acometer al tripulante de la barca que allá, en medio del undoso río divisa, no son estremecidos de tan profunda fruición, al ver segura la viviente presa que persiguen, como Lilí cuando posee la certidumbre de poder pasar desde luego a un adversario suyo por las armas; y quien habiéndole visto indiferente y armado de toda su estudiada flemma poco antes, le viese ahora en aceleradas idas y venidas, pronto en sus movimientos, vivo de ánimo, y sin saber darse punto de reposo, se habría puesto a presumir que alguna tormenta interior, ni más ni menos parecida que a la de las pasiones agitadas, le traía fuera de sí, precipitándole a cualquier suerte y forma de acometimiento. Así pues dictó sin demora medidas enderezadas al espectáculo que luego



se proponía dar a la población, tranquila y ajena de lo que ya no fuesen las necesidades, los intereses, los afanes, las angustias del ordinario vivir, y de la lucha ineludible y fatal de cada día por la existencia. Mudóse de ropa, vistióse unos pantalones de dril blanco, y una chaqueta de fuerte azul, o fuerte diablo, como también llamamos a ese género; púsose un sombrero de Panamá, y en el caballo que ya le tenían enjaezado a la puerta de su casa, pasó a la gobernación, dispuso nuevas medidas, dio unas cuantas órdenes, y, acabando de darlas, tomó el camino de la marina, con el gobernador, otras autoridades subalternas, y algunos particulares acompañantes. Ya en esto sonaba en el fuerte las cornetas de bronce, llamando a los militares de la guarnición, por entonces fuera de sus cuarteles; los cuales iban acudiendo a él con tal despacio e indiferencia, que ni las familias que los veían pasar, ni los transeúntes que los topaban, les ponían atención, ni los detenían, para interrogarlos sobre lo que acontecía, por no encontrar, en sólo esto, motivo alguno de alarma, ni saber achacarlo a ninguna novedad extraordinaria. Y allá en el puerto, contenido dentro de los límites de una relativa calma, porque no había el movimiento y actividad de otros ordinarios días, y mientras apenas se oía ruido alguno estrepitoso por cima del constante rumor de las olas al estrellarse contra la playa, donde no se advertían más que gente de mar y tierra, o jornaleros entregados a sus habituales ocupaciones, a bordo del vapor, sobre el cual se cernía ya victorioso el genio de la muerte, los dos proscritos, confiados en su estrella, y libres de preocupaciones ni presentimientos fatídicos que turbasen la serenidad amena de sus ánimos, apacentaban, por la ventanilla circular de sus respectivos camarotes, apacentaban recatadamente la mirada en una porción de su patria, que bien podían considerar como ausente de su presencia, por más que la tenían delante,



pues no les era concedido poner en libertad la planta en ella; y observaban las idas y venidas de los boteros, y contemplaban la ciudad, bien conocida del uno, Caminero, vista la primera vez por el otro, Pérez; y tendían a intervalos la mirada, tan ávida como insaciable, hacia esa fortaleza, de donde les traía el aire los toques de las cornetas, y donde notaban el movimiento de los soldados, que iban, y venían, y discurrían por doquiera, provistos de las armas con que, dentro de breves horas, habían de quitarles la vida. También allí habían de ser cavadas luego las huesas destinadas a recibir sus inánimes cuerpos, acribillados de balas, y tan menguadas, que hasta espacio les había de faltar en ellas donde yacer tendidos de largo a lago, y tierra bastante para cubrirlos.

La lúgubre comitiva paró en el local de la comandancia de armas y administración de correos, separada esta última de la otra oficina, por una pared medianera. Pero las cosas no habrían pasado adelante, y el vapor siempre hubiera zarpado con sus pasajeros, y sin contratiempo alguno habrían éstos hollado la playa en solicitud de la cual se dirigían, a no ser por falta de carácter y entereza en el cónsul español, Sr. don Luis Merry y Colón, que no titubeó en cumplimentar el requerimiento de aquellos caníbales, tocante a que les fueran entregados los pasajeros por el pundonoroso y digno capitán del vapor, que había ya contestado a semejante pretensión con una rotunda y categórica negativa; y así, mediante orden escrita, le intimó la entrega de ellos, orden a que tuvo que rendir obediencia, como dictada de su cónsul, bien que respaldándola con indignada conminatoria protesta, que formuló en el momento de poner los pies sobre la cubierta del vapor, los esbirros encargados de la extracción de aquellos infelices: cuyo execrables sayones daban por legalizado el hecho con la intervención oficial del cónsul, tras la cual quedaban escudados y nada



tenían que temer en buen derecho internacional; pero es posible que alcanzaron esa intervención, a sus designios tan propicia, con la promesa y palabra dada por ellos al inexperto funcionario, de que no había de tener la extracción más consecuencia, que la del encarcelamiento indefinido de los generales: porque no es para creerse que tales sentimientos palpitaran en su pecho, que a sabiendas, o teniendo barruntos de que habían de ser, tarde o temprano inmolados, consintiese que los desembarcaran en manera ninguna: y lo decimos de la suerte que lo decimos, por considerar, como en conciencia consideramos, ser esta que hacemos, una declaración conforme de un todo al deber que tenemos de dar siempre y sin rodeos a cada cual lo suyo. Sacados pues del vapor, traídos a la comandancia del puerto, donde los aherrojaron con sendos pares de grillos, y conducidos a la fortaleza, donde, mientras tanto, los encerraron en seguro calabozo, actos que, por una parte atraían ya mucho concurso de pueblo a la marina, y por otra, daban espacio a un desasosiego y ansiedad grandes en los ánimos, mandó Lili bajar a tierra los equipajes que traían, consistentes en dos medianos baúles; y allí bajo sus propias miradas, y en la misma oficina marítima, hizo registrar el contenido pieza por pieza, no por cierto con entero mal éxito, porque si con nada se topó semejante a documento, en que jurídicamente poder fundar acusación o cargo excusable del atentado en la parte ya consumada del mismo; sin embargo, a poco registrar el baúl perteneciente al General Pérez, se dio con algunas onzas de oro, tres o cuatro, si más no fueron, que de una vez pasaron a las manos del propio Lili, sin lograrse saber después a punto fijo el destino y paradero que hubieron de tener en ellas, que a buen seguro, como todos han creído siempre, no sería distinto del que tuvieron la ropa, y otros, aunque pocos, objetos registrados, los cuales, al par de los equipajes, nunca llegaron a poder de los dolientes



de sus desdichados propietarios, pues al fin hubo quien se quedase con todo, porque no hubo quien pusiera empeño en estorbar esa otra infamia, que horroriza tanto como la muerte misma de aquellos desdichados. Pero sí hubo allí no pocas personas de conciencia, sin ir más lejos, los mismos practicadores del registro, que vieron y opinaron entre sí, que bastaban y sobraban las nefandas circunstancias de tan sórdida operación, para no insistir en el pensamiento inicuo de llevar a cabo la matanza que se hizo luego, y que cualquier otro individuo capaz de adueñarse de aquellos dineros, con tal que le quedase un resto de buen nacimiento, no habría sido capaz de quitar a los dueños la vida: todo eso sin dejar de comprender, que no era preciso más que tratarse de Lilí, para que todo fuera posible de una sola vez, el quedarse con los unos y despojarlos de la otra, como en quien venían siempre a quedar invertidas las reglas permanentes del sentido moral y la conciencia. Y pues había de ser así, como fue, una vez concluido el indecoroso acto escudriñador, dejó Lilí el despacho marítimo, con las onzas dentro de los bolsillos de los pantalones, y pasó con su gente al fuerte, y se ocupó en su patibulario negocio, armado entonces de tan rara sangre fría, que ya la mayor parte de los de su séquito, que no estaban, dicho sea en verdad, ansiosos de otra cosa, le creyeron, de buena fe, mejor intencionado, y confiaban en que todos aquellos aprestos, no tendrían más consecuencia que la de una pura y sencilla comedia, dispuesta por ver de dar un susto momentáneo a nuestro dos proscriptos, y acabar el aparato en dejarlos presos en aquel recinto por tiempo más o menos dilatado: piadosa creencia, que por lo mismo que no había de hacerla buena Lilí, ojalá tan gran virtud haya encerrado, que por ella quedasen destinados, desde aquellos infaustos momentos, los que la hubieron de abrigar, a tener en la tierra, por favor especial de los cielos, la felicidad que no



alcanzaron en la suya los atribulados de cuya suerte sinceramente se condolieron, sin que les fuera dado remediarla! De camino, pues, inexorable, hacia la final ejecución de su lóbrego designio, ante todo previno Lili a éstos, por segunda persona, que debían apercebirse a recibir los supremos auxilios de nuestra religión, anuncio que oyeron sin ningún estremecimiento visible; y sobre la marcha, entre dos filas de soldados, los hizo llevar a la iglesia, para que hiciesen al cura la confesión de sus culpas, de que debieron de quedar lavados, desde la hora y punto que tomó principio su tribulación inmerecida. Era ya mediodía, tiempo en que todo Puerto Plata suspende, por dos horas consecutivas, las faenas que constituyen la balumba del combate, batalla y lucha por la existencia, y habiendo hecho gran dispendio de fuerzas en la parte matutina de esa lucha, las recobra en el hogar doméstico, por el sustento y el reposo, para rematar la parte vespertina que le queda; y no podía darse hora más funestamente propicia para llamar la atención, atraer a los curiosos, conmover los ánimos, alarmar la ciudad, angustiar a las familias, con el espectáculo de aquella gente armada por la calle, conduciendo en medio a dos semejantes y hermanos suyos, condenados a una muerte que nadie, sin embargo, creía posible, fundado en la misma enormidad, o más bien atrocidad de un crimen de aquella naturaleza. El Padre Meriño administraba por entonces los espirituales intereses de la parroquia, y de consiguiente, hubo de tocarle cumplir el doloroso deber de confesar a esos penitentes, y acompañarlos al sitio donde habían de ser ejecutados, y fortalecerlos en el tránsito, con esas voces graves, solemnes, soberanas, embebidas de aquel género de unción inefable, que, sobre todo, en las supremas horas de la vida, en que va el pecador a despojarse de la deleznable y mísera envoltura de la existencia, que recibió con la condición de tener al fin que abandonarla,



echa por tierra las barreras que levantaron el orgullo y la soberbia en torno del espíritu abatido, y le penetra, y le domina, y le hace brillar bañado y encendido en la beatífica esperanza de que, más allá de la tumba terrenal, donde dilatan sus dominios los cielos infinitos, están la vida y los destinos ulteriores del hombre, inefablemente fuera de toda comparación con los actuales y presentes destinos suyos, de que va tal vez a verse desligado, no por los ordinarios trámites de la naturaleza, sino por la iniquidad y barbarie de sus propios semejantes: enseñanzas todas que hacen tan santa, y tan sublime, y tan inmortal, y tan incomparable, a la católica fe que profesamos. Era la vez segunda que aquel sacerdote desempeñaba las luctuosas funciones de confesor y consolador espiritual de un reo de muerte conducido al lugar de la ejecución; la primera vez, recién revestido de las órdenes sagradas, lo fue de aquel desdichado de don Aniceto Freites, respetable comerciante capitaleno, a quien un consejo de guerra, o tribunal ordinario, sentenció a la última pena en tiempo del General Pedro Santana, por haber introducido papeletas falsas, según sus enemigos y acusadores; o por baecista y adversario político de Santana, según sus amigos y defensores; aunque bien podía ser que le viniese la condena por entrambas causas, si ya no es que todo se podía esperar de aquellos tiempos de rigurosas represalias. Sorprendido ahora con la noticia y llamada (que todo fue a un tiempo), que le dieron los emisarios de la muerte, abandonó sus estudios y su siesta, y encaminóse a su templo, a llenar los deberes de su sagrado ministerio; y con todo eso, llegado a la presencia de aquellos justos, que ya dejaban de ser pecadores, transfigurados por la no menos reparadora que abstrusa virtud de la persecución que padecían, dudó que se hubieran de consumir en ellos la enorme y atroz injusticia de fusilarlos; y bien que los confesara, hízolo debajo de la promesa y



firme intento de interceder por ellos, para conjurar el tremendo destino que los amenazaba y salvarlos, para lo que contaba con su influjo personal en Lili: el cual ya tenía pensado no perder momento, a la llegada del fúnebre cortejo, en hacer llevar a las presuntas víctimas (o a sus presas), al sitio ya por él de antemano designado en pensamiento para ejecutarlos; pero estorbóselo el cura en llegando, con invitarle acto continuo, lo mismo que al Gobernador Lithgow, a una larga conferencia, en que imploró la remisión de aquellos desgraciados; y parece que, por no responderle desde un principio con una negativa directa, le ofrecieron conceder ese perdón a medias; porque, poniendo atención a los deseos de venganza de algunos cuantos desalmados, iguales a Lili en eso, accedió éste a no perdonar la vida más que a uno solo, a Pérez, y fusilar a Caminero, so color de haberse portado mal con los puertoplateños (lo que no era en rigor exacto) durante la pasada situación baecista, que le tuvo empleado en esa ciudad; y a Pérez perdonaba, se decía, por el buen trato que hizo a los hijos de la misma población y de otros puntos, que pasaron los días de la lucha de 1877, confinados en Azua, donde se hallaba él a ese tiempo ejerciendo un importante cargo militar. No hay quien ignore lo que se aferra Lili en su intento, cuando quiere dar muerte a cualquiera, y cómo se necesita una fuerza muy superior, para obligarle a que abra la mano y suelte la presa que ya tiene entre ellas. En resolución, el padre hubo de rechazar semejante idea, y hubo de reiterar las súplicas hechas a favor de los dos generales; y como la propuesta de Lili fue oída de los buenos ciudadanos don Alfredo Deetjen y don Rodolfo O. Limardo, desde una pieza cerrada del cuartel donde se tenía la terrible discusión, éstos salieron fuera, no pudiendo hacerlo dentro, y protestaron indignados delante del numeroso concurso que frente al local estaba, y que, con repetidas muestras de incondicional y elocuente



asentimiento, recibía sus palabras. Se limitaban ellos a decir que habían de ser perdonados ambos a dos, y no tan sólo uno, dando muy claro a entender que de ninguna manera se había de perpetrar tan atroz y arbitrario atentado; y al fin, así lo hubo de ofrecer Lilí; tanto, que Pérez y Caminero, sacados del cuartel, en que los tenían bajo custodia, para ser conducidos al lugar donde significaba él que quería concederles el perdón, en presencia de todos y con la sonrisa en el rostro, y tal vez el júbilo en el corazón, rasgaron unas cartas a sus familias, que creían que ya no eran menester, y que habían comenzado a escribir, o habían hecho de un todo, mientras estuvieron ignorando el resultado de los insistentes y piadosos empeños del padre. De todos modos, una vez llegados al paraje donde a poco los cazaron como a montaraces alimañas, y cual si abrigara todavía indeciso el presentimiento de su próximo fin, acercóse Pérez a Lilí, por ver de hacerle, como le hizo, unos encargos para su familia, domiciliada en Azua; y quizás, y también sin quizás, le fue de poderoso motivo para concebir nueva confianza en su salud, la muy aparente benevolencia con que daba Lilí oído a sus tristes razones, y que se le hubo de trocar en ironía tan brutal y cruel, como la muerte, que abría los descarnados brazos suyos para recibirle desapiadada en ellos, y en cuyo seno había, empero, de hallar la clemencia y el perdón que, cual los espejismos del desierto, y cual los inflamados efluvios de la tierra, tanto más ligeros y fugitivos, cuanto más visibles y patentes se ofrecían a su ansiosa mirada, sin permitirle darle jamás el suspirado alcance. Pues mientras la muchedumbre de paisanos, con el padre a su frente, aguardaba la prometida gracia, encendida en el ardoroso deseo de que se la otorgasen, renovaron a la sordina los sedientos de sangre, pero de acuerdo con Lilí, la negra cuestión de matar a Caminero y conservar a Pérez, que separados estaban, a mínima distancia, de las



fuerzas, y a la vista del concurso de particulares, que atentísimos y conmovidos esperaban a ver cuál había de ser su destino; y en tanto que algunos feroces individuos armados, lejos de formar cuerpo con la guarnición, andaban diseminados, a pie y a caballo, con designios no menos torcidos y siniestros que los pasos que daban, cavernoso murmullo se oía en torno de los jefes, y un piquete, compuesto de los de la guardia de la fortaleza, en compañía del comandante de armas o jefe de ella, se había situado sospechosamente allí cerca, en un punto que mediaba entre la guarnición y la parte de la muralla de la fortaleza que mira el Norte, inmediato a la cual muralla se hallaba el grueso de los espectadores, mientras que muchos de ellos estaban más próximos al grueso de la guarnición, y casi mezclado con ella; de modo que todo estaba ya dispuesto y preparado para el terrible y jamás presenciado espectáculo de sangre. Viendo los cuales tenebrosos conciliábulos, la oficialidad del batallón *Cazadores de Puerto Plata*, en alas de un movimiento no menos espontáneo que impetuoso de tierna e ilimitada conmiseración, levantó el grito, pidiendo a unanimidad que fueran perdonados aquellos hombres, infinitamente merecedores de toda simpatía, de toda misericordia y de toda piedad; a la cual voz generosa y esforzada, púsose de súbito en el suelo, dando un precipitado salto del caballo que montaba, una de aquellas fieras, que creía estar a pique de perder la presa, en su sentir todavía mal segura, y descargó furibundo su arma sobre las dos lastimosas víctimas, inhumanamente desamparadas de toda égida y todo patrocinio: quienes, impelidas del instinto de conservación, en esos trances tan irrefrenable, huyeron del consentido e infame tirador hacia los de a caballo, cuyas bestias empezaron a encabritarse, intranquilas y espantadas con el aterrador desorden y tropel que se produjo. Caminero (y ¡quién no lo hiciera!), se acogió a Lili, en busca de salvación



(lo cual era como buscarla en un emisario de las legiones infernales), y una pierna de los pantalones blancos que traía puestos, se la salpicó de la sangre que iba vertiendo de la sien derecha, donde acertó a causarle la bala una pequeña herida. Y encontrándole sordo, como no había de ser menos, a sus fuegos en demanda de su derecho, esto es, en demanda de la vida, y así rechazado, se detuvo bruscamente, revestido de una heroica y superior resignación, a esperar, sereno y erguido, como verdadero mártir, a ya para él despreciable y cobarde muerte que los verdugos le dieron a tiros, hechos uno tras otro, como si en tirar al blanco se ocuparan; mas, antes de caer desplomado por sus disparos alternativos, o en el instante de caer, volvió Lilí las riendas a su bestia (y él también lo era), expresando querer hablar a las tropas, en cuyo nombre, como en el suyo propio, había la oficialidad clamado por el perdón de los que, ahora, uno tan sólo era quien sentía en el oprimido pecho las palpitaciones de la vida, pues el otro habíala ya devuelto a la madre universal e infinita de quien la recibió, y, recogido sobre sí mismo, y echado de un lado; con la cabeza inclinada contra el pecho, y con ella puesta sobre el brazo derecho extendido, mientras que la siniestra mano descansaba sobre la sien izquierda, como si durmiera otro distinto sueño de aquel que le rindió para siempre, yacía todo sangriento en el ingrato pero inculpable pedazo de tierra, en cuyo humus, siempre renovado e imperecedero, se había de trocar la ya inanimada, rígida y mortal materia suya. Se ignora si acerca del perdón, pedido y no acordado, sería que trataba Lilí de hablar a las disciplinadas tropas que a sus espaldas estaban en formación: ni nadie, ni siquiera los mismos a quienes endilgaba, sus jamás en todos los días de su vida cultos vocablos, apartaron los ojos del muerto que tenían delante, para prestar oído a la voz de su verdugo. Mas de cualquier modo que fuera, mientras él



volvía las espaldas al horroroso espectáculo, y mientras Caminero caía falto del hálito vital que le tenía en pie, otra bala derribó también a Pérez, el cual, pasado por ambas piernas, y metidas ambas manos entre las mismas, quedó tendido también del lado derecho, sin poder moverse, pero todavía con tanto aliento y tanta vida, y sin duda tanta voluntad de gozarla, o quizás ya con tanto deseo de librarse de sus terrenales ligaduras, que, con todo eso, habría podido seguir gozándola luengos años, pues no daba su estado asidero a la creencia de que, por necesidad, estuviese de suyo a pique de perderla; y sin balbucear una queja, y sin dar el más mínimo testimonio y prueba de dolor moral o físico, miraba con sus pequeños y penetrantes ojos a cuantos le miraban, en una misma dirección, o sin volver a otra opuesta parte la cabeza, y, para mayor dolor y angustia íntima, sabiendo, a ciencia cierta, que a corta distancia de las extremidades mismas de sus piernas traspasadas, e impedidas de moverse sin producirle agudísimos dolores, se hallaba el cuerpo ensangrentado de su consorte, amigo y compañero, a quien ignoraba todavía si había de seguirle o no en el camino del sepulcro. Y echándolo bien de ver, en esa situación y postura, tanto más desgarradora cuanto peligrosa, ¿qué podía estar apeteciendo ese hombre, que fue valiente hasta padecer la muerte sin moverse a implorar la vida, en los momentos en que, todavía quedándole todas sus potencias intactas, espirituales como corporales, no le habría sido negado el derecho de gozarla? ¿Qué podía estar apeteciendo, sino rendirla, como el amigo que a sus pies yacía sin ella? Porque ya en tales extremos, en que se ha experimentado, intensa y avasalladora, la sensación de la muerte, y se ha aceptado la idea de morir, se siente más placer con el presentimiento de abandonar la existencia, que no con la probabilidad de conservarla. Y en efecto, esto último querían todos; por lo menos, ya nadie dejaba



de confiar en que, así, de la manera que se hallaba su cuerpo, no postrado más que por una herida en ningún modo incurable, sería levantado del duro suelo, bien así como los que caen heridos en el campo del honor, y llevado adonde la solicitud de buenas y caritativas manos le ayudasen con sus constantes cuidados a recuperar la salud perdida. Era eso lo que se pensaba confiadamente; mejor dicho, eso era lo que ya se daba por hecho y por seguro; y en todo ese medio, Lilí proseguía su discurso, si ya no le había dado de mano y estaba constituido en mero espectador de su propia obra, esperando, silencioso, y con jovial aspecto, el suceso y catástrofe a cuya realización había estado dando tiempo con su plática. Y en verdad que a su vista material, o a sus espaldas, en la disposición y actitud en que se hallaban, quedó todo consumado a su sabor en un momento, con esto que los asesinos y los que fusilan (que también son asesinos), llaman en su patibulario tecnicismo el golpe de gracia; y fue que, sin verlo Pérez, ni sentir paso alguno, llególe por detrás, expresamente mandado, uno de los del piquete, y a quema ropa le asestó cerca de la sien derecha y casi a mitad de la cabeza un tremendo balazo, por cierto el último que hizo palpitar de horror, tan intenso, como por demás justificado, a los buenos corazones aquella trágica y terrible tarde, que detestada sea con tanta inexorabilidad, como aquel que fue la causa de que nadie pueda recordarla sin estremecerse. La horrorosa boca del agujero que practicó la bala en el cráneo humeó, y chisporrotearon e hirvieron en ella ensangrentados los sesos, una porción de los cuales saltó y cayó esparcida por el suelo; y Pérez, tras un instantáneo y fiero estremecimiento, semejante a las crispaduras y convulsiones de los epilépticos, quedó tieso, estirado y rígido: señal segura de que había terminado su existencia. Entonces desfilaron los soldados; y Lilí, seguido de su comitiva de la mañana, bajó a la ciudad, y



atravesó las calles con los blancos pantalones salpicados de sangre. Los paisanos, en su mayor parte, y el cura, se retiraron silenciosos, cariacontecidos, y abismados en mil suertes de condolidos pensamientos y recuerdos tristes, y el resto de ellos, no quiso hacerlo, hasta no depositar un puñado de tierra sobre aquellos cadáveres sangrientos, y ver cerrar sus sepulturas, como los discípulos y familiares de Cristo, no abandonaron el sitio, el gólgota de la crucifixión, hasta no ver bajar de la cruz el cuerpo del divino Maestro, y palpar las cinco llagas en él abiertas, y verlo depositar embalsamado en el sepulcro de la resurrección, merecida, siquiera en la memoria, por todos los perseguidos y mártires de la tiranía.

Finalmente, allí, adonde los sicarios, carceleros, soldados, jefes de fortaleza, y comandantes de armas de Lili, como si dijéramos burla burlando, acuden con puntas de madera o de hierro a extraer batatas de las lozanas y succulentas que da el terreno abonado con la sangre y sustancia de tantos ciudadanos sin autoridad de justicia ejecutados, allí están todavía los restos, despojos y reliquias de los infelices Pérez y Caminero, si no ya pidiendo venganza, evocando la idea de ella, en cuantos huellan por curiosidad, o por piedad, o por algún noble o sórdido interés, todo el terreno que, arrancando del recinto de la prisión o cárcel de *El Cubo*, tan conocido de los criminales consuetudinarios, y de los que han padecido persecución por la justicia en Puerto Plata, termina en punta, rodeada por el mar; y con el resto de tierra que desciende hasta la población, encajonado entre dos aguas, las del puerto, y las del mar propiamente dicho, forma una pequeña pero verdadera península, que se podría llamar la península de los fusilamientos sumarios, la península del terror, la península de la muerte. Pero algún día no lejano, la piedad patriótica les tributará el homenaje debido a su memoria, y se lo rendirá igualmente



a la de las otras víctimas inmoladas en ese horrible sitio, removiendo esas innumerables sepulturas que lo pueblan, para extraer los huesos en ellas contenidos, y llevarlos a reposar en más decoroso y merecido cementerio, donde su presencia no sirva de tanto baldón al pueblo dominicano, que ha dejado sin escarmiento tantas ejecuciones y tantas barbaries en esa Fortaleza de Puerto Plata consumadas. Cuyos autores harto hemos dicho quienes han sido; pues a excepción del Coronel Juan Isidro Marcelino, mandado matar a media noche, de orden verbal de las autoridades locales, en 1874, por ser calificado de luperonista, el cual crimen, enorme, odioso, reprobado, se hizo la farsa de juzgar en un consejo de guerra, que condenó a cierto tiempo de prisión a los inculpables ejecutores de la orden, tal vez porque parecería demasiado inicuo condenarlos a muerte, no hay sino hacer cargo a los azules, y sobre todo a Lilí, de cuantos asesinatos, con nombre de fusilamientos, se han perpetrado en esa parte de la ciudad puertoplateña: siendo así, como es, que gobernando Báez, a quien los azules no se han cansado de tildar de cruel y sanguinario, y de los cuales muchos hay todavía hoy, en tiempo de Lilí, que hablan a cada paso con horror de la *época luctuosa de los seis años*, como si no fuera más luctuosa la presente, gobernando Báez no se hizo abrir allí ninguna sepultura; y por regla general y ordinaria, se perseguía, sí, en toda la República, con largos e injustos, arbitrarios y tiránicos encarcelamientos y expatriaciones a los enemigos del gobierno, pero la mayor parte de las veces, como decimos, no se les hacía pasar por el terrible trance de perder la vida como ahora. Bien que, de tantos muertos y enterrados en ese punto, so la prepotencia general de los azules, acaso sea justo hacer exclusión del en vida bautizado con el sobrenombre de Miguel Platanito, perteneciente a la peligrosa casta de los criminales comunes, y cuyas postrimerías



ocurrieron en las circunstancias que a referir vamos con toda la brevedad posible, una vez que no lo hacemos sino porque fue su muerte la primera en ese lugar ejecutada, y el cadáver suyo el primero que allí tuvo sepultura. Los sucesos, pues, constitutivos de la rápida y corta narración que sigue, datan de los fines de 1866, si ya no fuere de los principios de 1867, algo más de un año después del abandono por los españoles de la destruida ciudad de Puerto Plata y del territorio por ese mismo hecho restaurado de la República. La cual ciudad, por falta de una buena policía, beneficio que no alcanzó sino mucho más adelante, bajo el gobierno de Báez, siempre mejor que todos como administrador, estaba entonces, mayormente de noche, a merced de cualquier facineroso que la quisiera entrar a saco; pero que, así expuesta, virtualmente a tal clase de acometidas, no la escudaban poco, a fe, contra semejante riesgo, las sanas índole y costumbres de la gente de los circunvecinos campos de tal suerte y modo, que no abortaron éstos y arrojaron sobre ella, en materia de vagabundos y ladrones, más que a Miguel Platanito y a Juan Lunita, que sepamos; los cuales, sin embargo, a fuer de respetuosos con las personas, tan solo les hacían daños en sus cosas; y concretándonos al segundo, cabe decir que, al fin, quedó en él extinta la casta malvada, con la enmienda que luego tuvo, enmienda lograda, más por la gracia de las inclinaciones e impulsos naturales suyos, que por la eficacia de alguna persecución y castigo que le acarrearán sus conocidas fechorías. Cabe también decir que no se distinguían y señalaban los campos como única patria y albergue de aquella clase de gente, que, al parecer, hasta la misma ciudad encerraba también sus monstruos autóctonos, por más que solamente uno hubo de manifestarse como tal, en prueba de ser acaso el único y solo ejemplar que llegó a tener posible cabida dentro del recinto. Y era este otro engendro y mal parte del genio



del mal, un marinero de profesión, nombrado Charlie, que incitado de la soledad y tinieblas en que solían quedar el puerto de noche, y con toda certeza más incitado todavía de los valiosos efectos que había en las numerosas naves, de diferentes nacionalidades y procedencias, surtas en él a menudo, concibió y puso en obra el proyecto de verificar a bordo algunos robos, como para remediarse; y le pudo servir de no pequeña ventaja el conocimiento, previamente adquirido, que debió de tener del terreno que había de pisar, supuesto que perteneciera, como es probable, a la clase de jornaleros que viven consagrados en los puertos a la carga y descarga de los buques mercantes. Mas, ello fuera de la suerte que fuera, una noche al abrigo de la oscuridad que hacía, surcó en pequeña embarcación, no suya, el trecho de agua que mediaba entre la playa y una barca francesa entrada del Havre poco hacía, con un gran cargamento de variados y ricos efectos comerciables, se introdujo en ella sutilmente a la hora del mayor silencio, por estar todos a bordo sepultados en el más profundo sueño, y se dio a la tarea de cargar con lo mejor que topaba y que ya bien de antemano tendría marcado con la vista; cuando en eso, habiendo llegado a sentir su presencia los de la tripulación, acudieron a prenderle, y como hiciese arma contra ellos, les fue forzoso atacarle con sendas hachas, de que venían provistos, y hacerle algunas buenas heridas en la cabeza y otras partes del cuerpo; mas, herido y todo, tuvo fuerzas y valor para romper por entre todos, arrojar al agua y a nado arribar a la playa, por cierto a pesar y a despecho de los voraces tiburones que pululaban a menudo por esos amplios y profundos alrededores. Al siguiente día, noticiados de la ocurrencia el General Luperón, triunviro de la República, y las autoridades comunales (que todavía no era distrito Puerto Plata), mandaron perseguir al ladrón, a quien hallaron herido tan gravemente, que se tuvo necesidad



de improvisar una camilla o litera, para llevarle a la playa en ella, lo cual se puso en ejecución de las tres a las cuatro de la tarde; y delante de todo el puerto, lleno de buques, y en la marina, cuajada de gentes, sin más forma de juicio le hicieron pasar a mejor vida. Sin embargo, como para esto no fueron recurso suficiente dos o tres descargas que le hicieron los ejecutores de la sentencia, porque a cada una respiraba y seguía viviendo como si tal cosa, fácil a dar abrigo a cualquier creencia supersticiosa, la gente sencilla que presenciaba la ejecución, se dio a entender a la vista de aquel prodigio, que Charlie era todo un brujo, y que por eso no había muerto en el acto de los atroces hachazos que le asestaron a bordo, sino que antes pudo en tal estado ganar a nado la orilla y ocultarse como se ocultó. Casi otro tanto pasó poco más tarde con el General Jove Barrientos y otros, de quienes se dijo estar *compuestos* o adobados para no morir de balas, porque cuanto más fuego les hacían para matarlos, más campantes y frescos se quedaban, ni más ni menos que si estuvieran animados de dos o más vidas. Pero en el caso presente, uno de los ejecutores, no menos simple que los demás, halló a su manera cómo deshacer todo el ensalmo, y acabar con el moribundo, pues en efecto, recurrió a la operación (también practicada después en las otras aludidas ocasiones), de cargar su carabina con una bala intencional y previamente mordida en cruz, y le descargó el arma en la cabeza, con que no se necesitaba de cruz ni otro exorcismo alguno para que soltase Charlie, como en efecto soltó, la existencia, que parecía tener tan duramente asida. Y en confirmación de que a ciencia cierta estaba *compuesto*, no contento ni conforme tanto ignorante con lo presenciado en la última hora del delincuente, abrió crédito a la invención de que, registrando el cadáver para constatar, punto por punto, las heridas que había recibido, le hallaron debajo de la camisa todas las balas que



le habían disparado, y que, a su juicio, no habían sido poderosas a penetrarle las carnes, según las tenía de curadas y endurecidas por la virtud de la *composición*. Pero lo cierto fue, que así pasó al otro mundo, y que, con su muerte, quedaron en cuenta y cerciorados, a nuestra satisfacción y a la suya, los tripulantes de aquellos buques extranjeros, como sabíamos ser no nada tardíos en acudir a la seguridad pública, con el ejemplar y condigno castigo de los malhechores.

Algún tiempo después pasó el caso de Miguel Platani-
to, quien al cerrar de la noche, veníase de cuando en cuando a la población, y entrada de súbito en los establecimientos mercantiles de segundo y tercer orden, que permanecían abiertos hasta las nueve, tomaba con presteza lo que le venía mejor a la mano, si es que haberlo ya ojeado no iba sobre seguro, y a carrera tendida salía con dirección al lugar donde tenía su domicilio. A esto, el dueño de la tienda salía todo desconcertado, y con no menos celeridad, a la calle, y a grito herido clamaba por la persecución del bandolero, la que, por lo regular no daba fruto ninguno, porque la emprendía cuando aquél estaba ya fuera de todo alcance; y respuestos de su alarma los ánimos, tornaba el orden público a su ordinaria quietud, sin que nadie se acordara más del turbador, hasta que, volviendo éste a comenzar de nuevo, le trastornaba con otro acometimiento y rapiña, semejante a la pasada. Él, con todo eso, llegó una vez a darse buena cuenta de la inseguridad, exposición y peligro de la vida que llevaba: y reduciéndose al gremio de los buenos hábitos, quedó en apariencia transformado en hombre formal e irreprochable; dedicóse a no mantenerse sino del sudor de su frente, a imitación de sus vecinos más laboriosos; y ya en este sendero rectísimo, de nadie se vio temido ni molestado, pues la mayor parte de la gente, aunque le mirase cara a cara, ignoraba quién él fuera, y



las pocas personas de quienes era bien conocido, celebraban ese su sometimiento a las reglas del buen vivir. Fue así que tuvo confianza, y se la inspiró a los otros, en tal manera, que ya sabía venir a la población los días laborables, con el objeto de vender los frutos de su labranza, y los feriados a oír misa mayor, vestido de sus mejores ropas, y verificar la compra de algunas cosas necesarias o superfluas, o bien a dar un simple paseo, sin dejar de hallarse de retorno en su bohío a la hora del anochecer, cuando más tarde. Todo lo cual no fue más que transitorio y una mera tregua, para reincidir, como al fin reincidió en el delito: de que se maravillaron los que le daban por reformado; y más todavía se asombraron, cuando llegó a su noticia que ya no estaba más en este mundo: porque retornando a cometer el mismo género de fechorías, otra noche, después de unas cuantas más empleadas de igual modo, abalanzóse a la casa de comercio del entonces Comandante Federico Lithgow, y arrebató de los mostradores lo que mejor le vino en gusto, tras lo cual comenzó a correr por esas calles cuan ligeramente podía, y atravesó la plaza de la Logia, tan seguido de los gritos del dependiente (Baudilio), nada perezoso en lanzarse tras él sin un minuto de pérdida, que al mismo trasponer los extremos de la plaza, para internarse y desaparecer en la cercana manigua, le atajó una muchedumbre de vecinos, a quienes las rápidas y desaforadas voces del perseguidor habían alborotado y puesto fuera de sus hogares. Condujéronle a esas horas a la fortaleza, en tanto que se pasaba el parte al mismo General Luperón; el cual se puso en camino para dicho recinto, donde, tras brevísima deliberación con las demás autoridades, que se le habían adelantado allí, mandó darle muerte por las armas sin más tardanza, ni otra forma de juicio alguna. Era entre ocho y nueve de la noche; la sentencia se pronunció delante del puesto de guardia del célebre *Cubo*, y



en presencia del reo; y prevenido en tanto el piquete que había de hacer la ejecución, partió con él hacia el sitio de ella, en medio de una regular concurrencia de gente, de que formaban parte las autoridades referidas; pero en mitad del camino, acertó a desembarazarse de la ligadura de los brazos, de la cual manera le habían traído de la ciudad, y, por en medio de todos, salió huyendo a todo escape, sin que nadie ni nada fuera poderoso a detenerle, ni aun los mismos tiros que le hicieron a ese tiempo, uno de los cuales, más certero que los otros, tomándole por detrás, le pasó todo el vientre; pues con todo eso, lanzóse al agua y ligeramente nadó en dirección de la punta de Cafemba, distante de allí bien más que menos alguna media milla. En esto, el comisario de policía, Enrique de Lima y algún otro, dieron voces a la goleta de guerra *Capotillo*, avisándole lo que pasaba, la cual despachó su bote al punto en persecución del fugitivo, a quien dio alcance y capturó ya en las mismas inmediaciones de la orilla, que pérfida le halagó con la esperanza de que se salvaría en ella. Poco tiempo tardó en atravesar sus ámbitos el estruendo de la descarga significativa de que había rendido la jornada de la vida el mísero delincuente. Y en verdad que una vez herido, y una vez arrebatado de las ondas ingratas y desapiadadas, para volverle al punto de su fusilamiento, después de haber casi tocado el punto de su salvación, nada se hubiera puesto en serio e inminente peligro con que usase para con él de sus ordinarias prepotencias la clemencia, y le fuese trocada la pena en otra menos capital: por más que bien se debe observar, que nos hallábamos por entonces en continuo estado de guerra, donde no podía tener ingerencia y juego sino la pesada mano militar; y como la sociedad carecía de la defensa que tiene constituida en la seguridad de las cárceles y en el regular funcionamiento de los tribunales, a quienes concierne administrar de ordinario justicia, ésta



tenía que ser tan sumaria, como severa y no nada clemente, a fin de contener en su punto, por el temor, a los malos elementos, que, faltos de todo freno y cadena, independiente de la propia conciencia, se podían entregar a todos los desórdenes, a todos los excesos, a todos los delitos, por lo mismo que tenían abierta y desembarazada la no difícil senda que a ellos conduce. Porque, si no hay duda que fusilar a Charlie, era siempre arrancar a un moribundo de las garras de una prolongada y horrible agonía, y del ánimo de unos extranjeros (más autorizados que otros algunos para suministrar a los suyos, informes dañosos por demás a nuestros intereses comerciales y a nuestro nombre), la idea de que no amparábamos las vidas y haciendas ajenas, que, por hallarse como se hallaban las suyas en nuestras aguas, o sea en nuestro territorio, quedaban encomendadas a la égida, salvaguardia y garantía de nuestras leyes, o de las autoridades en virtud de dichas leyes o de nuestra inmanente soberanía constituidas; fusilar a Miguel Platanito, aun siendo criminal, aun siendo salteador, era de cualquier manera riguroso en todo extremo. Por tanto, ¡qué no sería, oh cielos, fusilar a dos buenos ciudadanos como Pérez y Caminero, qué no sería! Lo que había de ser, bien lo declara la sorda y nada paladina, pero inexorable y unánime reprobación del país: pues la indignación agitaba desparorida todas las conciencias, y hacía que, siquiera de modo recatado, por miedo a cualquier tenebrosa venganza, prorrumpieran los buenos en execraciones terribles contra Lili, no menos que contra todos aquellos marcados individuos, a quienes tocaba su parte por la que gustosamente hubieron de tener en tan terrible y jamás presenciada tragedia. Y el mismo Cesáreo Guillermo, a quien aprovechaba el crimen, y que otro tanto hubiera hecho, según lo que ya hizo con otros muchos baecistas, a los cuales él en persona mandaba matar y asesinar con la más inhumana sangre



fría, y sin la menor provocación, Cesáreo Guillermo se indignó igualmente (o más bien, se asustó ante la idea de las consecuencias que podía tener el hecho consumado), quedando nada gustoso de que subalternos suyos a tales barbaridades pudieran atreverse sin su mandato y orden; pero como que juzgó político no perseguir a nadie, pudo ser que reparando en que no se hallaba todavía con fuerzas propias suficientes y a propósito para quebrar con el partido que, sobre todo en el Cibao, le sostenía; y por lo tanto, en vez de hacer patente su desaprobación en mandar pasar a Lilí por las armas, en castigo de su enorme y bárbaro abuso de autoridad, prefirió quedarse a medio camino, con invitar al gobierno español, que podía ser que no pensara en tal cosa, y no sin grande insistencia y empeño, a que hiciera pasar a Puerto Plata un buque de guerra suyo, a recibir de aquella fortaleza una salva de veintiún cañonazos, que por resolución gubernativa se había de hacer allí, en reparación del ultraje irrogado a su bandera. Vino, en efecto, a los pocos meses, una de las mejores naves de la real armada española, creemos que la hermosa fragata de vapor *Arápilas*, si no fue acaso la *Numancia*: porque, remirado aquel gobierno en sus relaciones internacionales, y por ende cortés con la nación dominicana, quiso, a lo que parece, vestir de cierta nobleza el acto aquel, y atenuar por su parte la incontestable humillación que para ella envolvía: en la cual virtud, vino a resolverse todo el caso, en un simple cambio de saludo, que hizo pensar a Lilí, como a otros muchos que no eran él, cuán poco seguras y consistentes habían de ser las vallas levantadas para impedir la perpetración de atentados que se pagaban y se purgaban con la sola ejecución de algunos disparos de artillería, en lugar de pagarse y purgarse colgado de una horca. Por tanto, la Fortaleza de San Felipe, antigua fortificación española, y por los españoles erigida, izó el pabellón de grana y gualda,



que hasta 1865, tras un intervalo de 36 años, se había desplegado al viento en ella, y disparó en su honor y desagravio la salva de ordenanza; y en seguida y acto continuo, la fragata española, en pleno Atlántico, pero en el radio de nuestras aguas, y frente a Puerto Plata, toda alarmada y atenta de suyo al espectáculo por ella jamás visto y presenciado, desplegó al viento, en el tope de su árbol de trinquete, nuestra cruzada enseña, y con gentil destreza devolvió uno a uno alternativamente, por una y otra banda, los cañonazos disparados en salutación de la suya; y sin tener más que hacer, recibir ni esperar, viró de bordo con rumbo a las aguas de la isla de Cuba.

Ello no hay duda que Cesáreo Guillermo y su gobierno se daban a imaginar, que serían sentidos por los chacales y hienas de Puerto Plata, los aguzados y sólo en buenos pechos penetrantes filo y punta de aquella particular humillación. Pero nada de eso. Lo único que al fin y en remate de todas cuentas vino a resultar de positivo y concreto, fue que se quedase impune ante los hombres (que no ante Dios), aquel inicuo y estremecedor derramamiento de sangre; porque se hacía solidarios del mismo, a nuestra pólvora, a nuestros cañones, a nuestra bandera y a nuestra dignidad, y éstos y no los culpables, fueron, a la postre, los que vinieron a padecer y pagar las únicas consecuencias penales que hubo de tener esa barbarie.

Por lo demás, el efecto que hubo de causar ésta en el ánimo de todos los baecistas, fue sin ninguna duda pavoroso, fulminante, contundente; y si era esto cuanto se procuraba con ella, bien se podía dar y tener por satisfecho hasta el mismo gobierno, para quien a lo último había de ser todo el provecho, con haber sido el único que franca y paladinamente la condenó: pues no hubo de aquel partido quién no se llenase de tal pavor y de tal miedo, que si no se confundía y hacía uno con la cobardía, poco le faltaba; de cuyas



resultas, perdieron todos la fe de una vez, en el éxito de su causa en lo futuro, por la vía revolucionaria u otra cualquiera, y echáronse así en los brazos de un pesimismo tan desalentador y soporoso, que acabaron por no acordarse que tales baecistas eran; por el cual abatimiento y desmoralización, ya no habría quien arrebatara el predominio a los azules, y a menos que se hicieran la guerra ellos mismos unos con otros, nadie había de ser capaz de hacérsela en adelante, ni con mediano éxito siquiera; y así, no podían menos de cesar como por modo de ensalmo, y hasta en el intento, las oposiciones y competencias por el mando que retenían ellos; porque tampoco hemos de hacer mérito de la oposición remota de los que vivían lejos del país; puesto que, si es verdad que no dejaron ellos de hallarse nunca en aptitud y capacidad de sostener esa oposición sin correr peligro alguno donde residían, lo es también que tal ventaja ninguna utilidad les reportaba, desde que no podían contar con sus correligionarios de adentro, para cosa que a revolución armada o a evolución pacífica y legal se asemejase. Y hasta hubo de alcanzar a esos expulsos no escasa parte del amilanamiento que padecían sus secuaces del país. Esto último fue de manera, que ya en época posterior, no reparó cierto día el General Damián Báez en la profunda desavenencia que, por cuestiones más políticas que particulares, se había movido entre su hermano don Buena-ventura y él, para presentarse de improviso, jadeante y sofocado, en la casa consignataria de los vapores alemanes en Curazao, donde ambos estaban, y poner impedimento a la partida que pensaba el segundo efectuar ese día en uno de aquellos buques, con destino a la isla de Puerto Rico: todo, porque había de hacer escala el vapor en el puerto de Samaná; lo cual bastó para que la imaginación del referido general le representase a su hermano sacado violentamente de su camarote, a su arribo al puerto dominicano,



y conducido al mismo género de suplicio que padecieron Pérez y Caminero; y no hubo forma, ni siquiera de que se parase a echar de ver, que ya era eso, no solamente dudoso, sino hasta imposible, debido a que la experiencia de lo pasado en Puerto Plata, bien dejaba inferir y ponía de manifiesto a la vista e instinto general de la nación, y de sus autoridades en particular, así el horror de una empresa de semejante naturaleza, como la gravedad de los peligros internacionales que acarrearían su verificación, para que se quisiese aventurar paso alguno con el fin de reiterarla, si es que se hubiese incurrido en la temeridad de pensar siquiera en ella. Luego, las circunstancias, por haber cambiado, no eran ya las mismas en ninguna manera, sino absolutamente propicias al viaje; como lo fueron aquellas en que, de paso para la isla de Cuba, y ocupado en asuntos revolucionarios, estuvo en Puerto Plata el mismo don Damián, procedente de Puerto Rico, a bordo de uno de los vapores de la línea española de las antillas, en 1874, bajo el gobierno del General González, pocos meses después de haber también pasado su dicho hermano don Buenaventura, ex-presidente de la República, unas cuantas horas en el mismo puerto, a bordo de uno de los paquetes de la Mala Real inglesa: de donde mandó llamar a don Federico María Leyba, y departió a solas con él sobre la materia de los mismos negocios, todo a tan a ciencia y paciencia del gobernador de la plaza, Sr. don Ildefonso Mella Castillo, que hasta concedió sin vacilación alguna el permiso que solicitó de su autoridad el Sr. Leyba para ir a verse con el corifeo de su partido. Pues así como no pasó ninguna novedad en esas dos ocasiones, tampoco hubiera sobrevenido esta otra vez cosa notable alguna en perjuicio del General Buenaventura Báez, después de los terribles y nunca vistos sucesos de noviembre de 1878 en Puerto Plata. Pero el temor de contingencias que a su juicio que a su juicio iban a ser



caso cierto y sin ninguna falta, no permitió a su leal hermano don Damián, atender a cosa que no fuera salvarle de lo que reputaba éste por inminente riesgo y desgracia para él. Ni hay duda que, comparando unos tiempos con otros, pensaba como quien podía ser que ni siquiera idea tuviese de aquella clase de atentados, por no haberlos visto perpetrar en ninguna época de su vida; que siempre habrá lugar de poner en claro, para perpetuo ejemplo en lo futuro, como en tiempo de los Báez, tan calificados de matadores por los azules (aunque a la verdad lo fueron con gran exceso), gozaba la vida del dominicano, de más seguridades y garantías, que bajo la supremacía política de los tales enemigos suyos. Entre aquellas garantías, antes convencionales y consuetudinarias que legales, y entre aquellas seguridades, que restringían de ordinario a casos muy determinados, en aquella tiranía, y no al mero placer como en la de los azules, y más en la de Lilí, la posibilidad de perder la vida para un enemigo del gobierno, merece nota espacial la del humano y santo derecho de asilo, a que todo perseguido político podía siempre acogerse, sin temor a ulteriores fatales consecuencias, nacidas de una desatentada y hasta excusable violación del mismo, y gracias al cual, salvaron muchos hasta la vida, si es que habían de morir con tal que cayeran en las manos de sus perseguidores. Así era que toda bandera extraña, todo buque, todo consulado, brindaban con refugio y amparo inviolables al reo político y al fugitivo de nuestras persecuciones banderizas, que a ellos se iba en solicitud de acogimiento. Y aunque no tan públicamente como lo hicieron los Generales Buenaventura y Damián Báez, justo es recordar que también el General Luperón, adversario temible del gobierno, estuvo en el mismo puerto, viniendo de San Thomas en el vapor inglés *Mersey*, en 1872, de paso para Cabo Haitiano, a donde iba en demanda de auxilios para una nueva revolución, que no reventó sino a mediados



del año siguiente. Por manera, que casos como los de los deplorables Pérez y Caminero, no hubieran jamás podido darse de ningún modo bajo el régimen tiránico, y todo lo que se quiera, de los Báez; ni bajo González tampoco, que, también éste, dio pruebas fehacientes del respeto que guardaba, profundo e inalterable, a ese nobilísimo principio, por el cual hasta se siente honrosa conformidad, y no imprecadora pesadumbre, de pertenecer al inicuo género humano, tan duro y tan despiadado con sus propios semejantes. En fin, la sordera, el desfallecimiento y la indiferencia en los baecistas de adentro, provenientes de la consternación y miedo que les causaron las crueldades de los azules, miedo y consternación que, repetimos, no queremos calificar de cobardía, fueron al cabo tan completos y decisivos, que algún tiempo antes de su muerte, en 1883, parece que Báez, cansado ya de urdir planes y proyectos revolucionarios que ni siquiera se adelantaban a un principio de alentadora ejecución, y más, rendido por la pesadumbre de las decepciones y desengaños que tales fracasos le traían, solicitó indulto del gobierno de su patria, para pasar en ella el resto de sus días, o se ciñó tan sólo a manifestarle tal aspiración, por ver qué género de acogimiento había de hacer a ella. Era Lili presidente de la República en ese tiempo, y antes de contestar a lo solicitado, pidió parecer al General Luperón. No sabemos lo que a su vez le contestaría este personaje; pero el caso fue que Báez no saboreó la dicha que le habría traído el cumplimiento de su ardoroso y conmovedor deseo.



XXVII

En resolución, a fuerza de ser malvado, se hizo el General Cesáreo Guillermo insoportable a lo sumo. Las familias, no menos que los particulares, le temían; y a llegar iba ya el día y el caso en que, habiéndose anochecido lo mismo que habiéndose amanecido, no se tuviera la seguridad de amanecer ni de anochecer sin haberse corrido el riesgo de perder la vida, o sin haberla perdido: todo como en el venidero tiempo de Lili; con la diferencia, de ser en menores proporciones los hechos despóticos de Cesáreo Guillermo, si bien poniendo siempre de manifiesto la desgracia y destino inseparable del pueblo dominicano, donde los tiranuelos se suceden sin casi ninguna interrupción: que como buen criador de ellos, por su falta de sentido republicano, a fe que no hace más que salir de uno para entrar en otro, siendo siempre no tan malo el pasado como el presente: porque todavía no ha sabido, a despecho de tanta experiencia, de tantos descalabros y de tantos desengaños, organizar su propia e íntima defensa, y ponerse, mediante la misma, bien a cubierto de todo género de peligros, de los cuales los más de temer, por más grandes, tremendos y fáciles, los constituyen sus propios dictadores y mandones, de



quienes parece ser inagotable semillero. Fuera pues de todo lo malo que hizo Cesáreo Guillermo, que fue incalculable, tenía el mismo tales proyectos en la cabeza, que no parecía sino que sus designios se dirigían a desquiciar a la nación, y hundirla en no sabemos cuál linaje de abismos, de donde, cuando menos, difícil habría sido retirarla. Ya tenía ganado un poder formidable con la retrógrada Constitución de 1854, que había exhumado del polvo de los archivos, y hecho volver a la vida, mal aconsejado por sus aspiraciones dictatoriales; y quería emplearle desde luego en lo que decía él “declarar al Cibao *ingobernable*”, término e idea que, a buen seguro, no eran suyos en razón de que se le hubieran ocurrido en el discurso perenne de su exiguo pensamiento: sino porque sus consejeros, mal intencionados, le hubieron de sugerir e inculcar esa doctrina; y él, tan mal intencionado como ellos, aunque sobremanera menos capaz, la encontró excelente, y se decidió a patrocinarla y elevarla casi a profesión de fe de su recién acrecentado poderío. De cualquier modo que fuera, no había duda que, como él decía, era el Cibao ingobernable, no pudiéndose negar que componía éste así a manera de República o Estado dentro del Estado, sometido a la jurisdicción e imperio del cacicazgo de Puerto Plata, morada, residencia y domicilio habitual de la insubordinación, y forja y fragua de casi todas las revoluciones; y, por lo consiguiente, si es muy cierto y verdadero que, quitando a Pérez y Caminero, bien así como al General Gabino Crespo y algún otro infeliz ferozmente acribillado de balas a los principios, después, lo que fue a nadie se mataba ni se mató, mientras que Cesáreo Guillermo, no sentía cansancio ni fatiga en hacer morir a todo el mundo en las otras provincias y regiones de la República, con tal que tuviese una cierta significación política y fuese baecista, en cambio, se nadaba en un mar de inmoralidades y desórdenes, que



suspendían y escandalizaban, y cuyo tipo y original era lo que día por día pasaba en esa aduana y administración de hacienda de Puerto Plata, que si boca y lengua tuvieran, tales cosas revelarían, que pondrían rígidos los miembros, y esa víscera del corazón, con el frío glacial del estupor y del oprobio. Pero no se sabe para ponerlo a la disposición de quién, o hacer qué cosa con él, pretendía ese perverso de Cesáreo declarar oficialmente al Cibao *ingobernable*; y bien podía ser que incubase ya en su maligno pensamiento, velados tras la notoria vaguedad de semejante concepto, designios tanto más negros y tanto más siniestros, cuanto que no podía ninguno anteverlos, ni tampoco precisarlos. Luego, necesario se hizo tumbarle sin más dilación ni más espera; y tal fue la causa eficiente de la revolución del 6 de octubre de 1879, acaudillada por Luperón. El cual había regresado en agosto, de uno de sus viajes a Europa, donde se hallaba desde octubre de 1878, ajeno a los acontecimientos habidos en el país en todo ese lapso, y, de consiguiente, ajeno asimismo a los feroces y horrorosos fusilamientos de Puerto Plata. Y verdaderamente que cabe muy bien aseverar, haciendo a su memoria merecida e incontestable justicia, que a no hallarse ausente de dicha población en aquellas circunstancias, infaliblemente, no hubiera Lilí concebido el proyecto de sacar a Pérez y a Caminero del vapor, ni mucho menos pasarlos por las armas una vez sacados: antes bien, el destino de aquellos desdichados hubiera sido, en tal caso, la misma vida de que gozaban sin el menor presentimiento de quedar sin ella, cuando arribaron al puerto de donde los llevaron al lugar en que tan bárbara muerte padecieron.

La revolución pues del 6 de octubre puso término a un mal muy grande; pero no lo consiguió sino haciendo la cama fatalmente a otros no menores, que, a más, han excedido a todos en lo prolongados, como que mayores en



duración no los han padecido nunca la República; ni andáramos por errado camino, en decir que a ninguno sirvió de tanto provecho como a Lili, que acabó en ella por elevarse hasta ministro, quedando así a tiro de ballesta de la presidencia de la República. Tocóle la cartera de Guerra y Marina en el gobierno formado por Luperón el siguiente día del pronunciamiento: de la que sólo guardó el título, porque, nombrado por el mismo Luperón para marchar a la toma de Santo Domingo, a la cabeza de la consiguiente columna expedicionaria, el 9, ya despachado para su campaña, tuvo que ausentarse de Puerto Plata, constituida para esa fecha, si acaso no mucho después, en capital interina de la República. Y bien nos asiste verdad en decir que a sólo él aprovechara infinito la revolución, puesto que, si otros ganaron mucho monetaria y aún políticamente con ella (como Boscowitz, un quídam que, de la nada, pasó de buenas a primeras a una pingüe posición pecuniaria), a cuantos, de una manera o de otra, vinieron a ser personajes conspicuos en la situación política por ella creada, y aun a su mismo jefe, que ya sin eso lo era de muy antiguo, se sobrepuso en fortuna, influencia y poderío; y todo, con respecto a él, quedaron postergados, porque, al fin, él solo permaneció en los elevadísimos destinos adonde hubo de llegar mediante la revolución, que para ello le sirvió así como de una escala. Ni ¿qué mucho que así sucediera? Ya no era capaz Luperón de abandonar sus ocios y conveniencias de hombre casero, por las agitaciones anejas al oficio de guerrero activo, poniéndose, con el sable desenvainado, a la cabeza de los soldados de una revolución, ni de las tropas de un gobierno atacado por un movimiento de la propia naturaleza; y a Lili era siempre a quien confiaba el mando de los que habían de combatir por su causa; el cual, en tanto que militar y políticamente figuró en clase de subalterno suyo, gustaba de no separarse de su lado, a



fin de que le hiciese cargo de las operaciones en cualquier ocasión guerrera, como la consabida, donde, tras una brillante victoria ganada contra el Presidente Guillermo, que le atacó en la sabana de San Pedro, a bastantes leguas de la capital, con un cuerpo de tropas fuerte de un millar de hombres, o algo cerca, y superior a los batallones que llevaba, le obligó a capitular, y entró vencedor en Santo Domingo a los dos meses de campaña poco más o menos. Durante la misma, digámoslo de paso, no hubo en los campos y comunes por donde atravesaba la revolución, hacendado ni propietario alguno extranjero, que no acreditara con su testimonio, y hasta en algún periódico de una de las antillas españolas se dijo, lo que son dignas de todo encarecimiento, por mansas y por cultas, las costumbres que crea, mantiene y vivifica el espíritu del pueblo dominicano, en lo que mayormente hace relación a las cosas de los particulares, que todavía en medio del desorden revolucionario más completo y dilatado, quedan exentas de todo ataque, y las garantiza el respeto que la propiedad ajena impone a las conciencias verdaderamente honestas. Y esto en esa ocasión fue de tal manera, que ni los mismos incitantes cañaverales de las inmediaciones de los caminos que transitaba la gente de la revolución y del gobierno, dejaron de quedar ilesos: a lo que se podría agregar las garantías nada irrisorias que amparaban a las personas de los que no parecían tomar partido a favor ni en contra de ninguno, y que, así pertenecieran a la clase de los hombres válidos para las armas, como los simples campesinos, todos atendían a sus faenas de cada día, sin ser molestados en ellas para ningún género de servicios en las contrarias filas. Bien sabemos tener presente, que al tocar semejante materia, no se deben echar en olvido ciertos hechos de que fueron teatro los campos de la vecindad de Puerto Plata y de Santiago en 1876, hechos que a primera vista parecen hablar muy alto



en menoscabo de la consistencia de nuestro respeto al derecho de propiedad, por lo menos; si bien sírveles de amplia y cumplida excusa la circunstancia, en sí atenuante, de haberse cometido esos hechos, no a impulso de alguna propensión maligna de los particulares, de quienes hay que decir que unánimemente los reprobaron, sino en virtud de órdenes expresas y perentorias, emanadas unas, de las autoridades revolucionarias, en odio de los cubanos habitantes a la sazón en los campos puertoplateños, a quienes creían partidarios del gobierno; y dictadas otras por los agentes del mismo gobierno en Santiago, que con eso presumían asestar un golpe maestro a los que asediaban a la ciudad, o a lo menos traer a ella las municiones de boca de que harto mucho carecían, cuando, de un modo u otro, no hicieron otra cosa sino acrecentar, sin desearlo, el número de los enemigos de la situación, todavía por entonces no desesperada. De todo lo cual resulta, que, positivamente, no tolera la índole de los dominicanos el despojo de los bienes ajenos, ni son ellos un presidio suelto en tiempo de revueltas, que al fin era todo lo que, nos proponíamos poner de manifiesto: porque ya no hemos desperdiciado ninguna coyuntura en sacar a plaza bastantes defectos inherentes a la condición del mismo pueblo, es también justicia no pasar por alto las cualidades suyas que sin disputa pueden servir de luz y dechado a tantos otros.

Con la toma de la capital, quedó pues concluida, bien que no coronada, la revolución; pues las demás partes del Sur y Este de la República no tomaron a su cargo la defensa del gobierno, y hasta el mismo El Seibo, patria del General Cesáreo Guillermo, vio con la mayor indiferencia su caída, debido esto, es verdad, a los trabajos del General Eugenio Miches, que hallándose, al romper la revolución, en Puerto Piata, salió de allí en esos mismos días para el Este, de acuerdo con el gobierno del General Luperón. Digamos



de paso a este propósito, que poco antes de la llegada de Miches a Puerto Plata, efectuaba la suya el competente hombre de hacienda Sr. don Francisco Xavier Amiama, porque se puede asegurar que dicha llegada precipitó el acontecimiento, por cuanto el Sr. Amiama iba de comisionado especial del gobierno a poner en buen orden el Cibao, donde no había ninguno, sobre todo en materia de hacienda; para cumplir la cual misión había de residenciar a los empleados de aquel ramo, y remover todos los estorbos que topase y que no habían de ser pocos, acabando, si ya no dando principio, con destituir a Lilí, que bien podía ser que fuese, como sin duda era, el mayor de todos esos estorbos. Ahora, pues, acabada la revolución en su parte bélica, quedaba el mismo Lilí en Santo Domingo, por él rendida, con el carácter de representante del gobierno provisional en la provincia del mismo nombre, así como en las demás del Este y Sur. Y otro jefe militar, menos arbitrario de lo que era él, y menos rebelde al verdadero espíritu de subordinación y disciplina, lo que hubiera hecho a su vez, tan luego como dio cima feliz a su encargo puramente guerrero, habría sido lo que siempre se ha hecho en la República en tales casos, y como se hizo en 1878: dejar expedita e ilesa su acción al gobierno en los lugares sometidos y dominados por sus armas, y no entorpecerla, ni hacer de modo que viniese a quedar en él interrumpida esa acción; y por ende, no desempeñar papel y oficio alguno que no fuera el de mero ejecutor y vehículo de sus órdenes y disposiciones. Mas, dada su aviesa inclinación en todo y para todo, no era posible que se le ocurriera que así era como debía proceder; ni el mismo gobierno provisional, mejor dicho, ni el mismo Luperón, que le tenía en lugar de crianza y prole suya, estuvo por llamarle al puntual cumplimiento de sus deberes de subordinado, y acudir así a la defensa y amparo que le pedía con exigencia premiosa el



principio de autoridad, para mantenerse incólume como propio y correcto era, sino que, débil con él en esto, como en otras cosas más, en especial recompensa de su triunfo, no quiso cercenarle ninguna de las facultades que hubo de arrogarse desde que franqueó victorioso, a la cabeza de sus tropas, las murallas de la capital, por él después demolidas. Así fue que mandó independientemente por allá, todo el espacio de ocho a nueve meses que duró la interinidad, después del completo éxito de la revolución; y en esa virtud, corrió por su sola cuenta el nombramiento de los empleados y autoridades civiles y militares, tanto de la referida capital, y de las comunes de aquella provincia, como de las demás divisiones administrativas y políticas, de hecho sometidas a su proconsular delegación. Ni alcanzó hasta eso no más su defraudadora, bien que tolerada, ingerencia; que también hubo de meterse de lleno en el dominio de la hacienda, y poner en los dineros públicos sus manos, siempre incompuestas, y hacer de ellos una erogación, que no podía sino resultar grandemente provechosa para su peculio privado, a menos que sucediera de dos cosas una, o que se mudara su propia condición y naturaleza, o que desde luego quedasen esos dineros considerablemente retirados de su alcance, único medio de quitarle la ocasión de abalanzarse a ellos e invertirlos sin la debida escrupulosidad y pulcritud. Porque para lo único que siempre ha revelado Lili destreza y expedición, fuera de librar combates, ya en servicio propio, ya en servicio ajeno, ha sido siempre para suprimir vidas, y desfalcicar haciendas; para llevar el luto al seno de las familias, y sumir el país en la miseria, moral y aun materialmente demoliendo lo que se tenía erguido y en pie, hasta murallas dignas de conservarse por su venerable antigüedad; tiranizando y empobreciendo a los que halló gozando de sus derechos individuales, y de algún relativo bienestar común; y arrui-



nando trabajos e industrias, que, no perteneciendo a dominicanos, sino a individuos extranjeros, había de suscitar con eso una infinidad de onerosas reclamaciones a la, por su causa, exangüe y poco menos que insolvente República. Y Luperón, a quien por la vía de la sospecha venía el viento y tufo de tales sordos manejos, y nada disimulador, cuando mandaba, de las malversaciones de los caudales públicos hechas por los otros, bien que como particular hablase siempre mucho sin hacer cosa ninguna en testimonio de la sinceridad de sus palabras, exigió a Lilí una especie de rendición de cuentas, en ordenarle perentoriamente remitir al gobierno las cuentas comprobantes del egreso de las sumas en metálico que, mes por mes, según convenio, percibía de la Compañía de Crédito de Santo Domingo, para sueldos de los empleados de las provincias que casi decir se podía que gobernaba. Los proventos fiscales, en su ingreso, no padecían menoscabo alguno, parte porque iban todos a dar, no en manos de la Contaduría General de Hacienda, donde a Lilí era fácil descabalarlos, sino a las arcas de la expresada compañía, que hacía de recaudadora de ellos; y parte porque desempeñaba la Interventoría de Aduana, único punto de partida y origen de nuestras rentas nacionales, el capaz y honorable hombre público Sr. don Mariano A. Cestero; queriendo todo eso decir, que no había nada que sospechar por esa parte, y que donde podía estar el daño cifrado (y lo estaba en verdad), era en la distribución que se hacía de los mismos, nada más que por ser Lilí quien intervenía en esta distribución. El cual, comprendiendo la indirecta luperoniana, mandó sus comprobantes a la vuelta del vapor que le llevó la orden, extendidos, como era de suponer, en tal forma, que nada se podía descubrir en ellos de malversaciones, como no fuera por vía y modo de inducción, sacando por el hilo de algunos detalles y asignaciones, todo el enorme ovillo de lo que debía de estar



pasando en lo demás; porque, como Lili jamás ha podido diferenciarse de aquellos jugadores que, por ligeros que sean de manos, se dejan ver lo que llaman ellos la puerta, no acertó, en este juego y escamoteo suyo, a salir bien librado de semejante fatalidad, y dejó que se la vieran tan clara y manifiesta, que no había más que apetecer, aunque a los descontentadizos pudiera parecer ellos cosa poca. Y fue, que había en las cuentas y listas de gastos que mandó, una partida consagrada, no a persona ni gente alguna de las verdaderas o fingidas que se nombraban en ellas, sino a las bestias, es decir, a los caballos de Lili, en número de cuatro a cinco, de los cuales, el que menos asignación tenía, figuraba con una suma montante a cinco pesos fuertes diario; y esto, como tan sólo a un descarado como él se podía ocurrir, pareció cosa tan única, peregrina y chocante, o mejor, provocante, que no hubo, en todo el local de la gobernación de Puerto Plata, convertido en palacio y residencia del ejecutivo provisional de la República, ministro, secretario, escribiente, conserje o empleado alguno que, viendo la insólita dotación, u oyendo tratar sobre ella, no saltase las riendas a una risa tan significativa, como difícil de contener y excusar: ni aun el mismo Luperón pudo tenerla sujeta. Por desgracia, tal vino a ser la grave consecuencia que semejante genialidad hubo de acarrear a Lili, a quien ni siquiera llegó la noticia del caso; y sus bestias siguieron, como si tal cosa, percibiendo raciones al igual de los racionales con quienes andaban mezclados en las nóminas aquellas: y hasta con mucho más ventajas que la mayor parte de los mismos, entre los cuales ¡cuántos no había, provistos de una limpia y larga hoja de servicios, que no devengaban sino dos, o a lo más, cuatro reales fuertes, o cuarenta centavos diarios de ración! Lo que significaba, que cualquiera de aquellos animales, valía lo menos por diez ciudadanos, con la medida de los servicios y merecimientos repleta y rebozante, pero con la de las recompensas vacía. ¡Oh mordaz y grosero micticismo!



XXVIII

Esto duró poco, por dicha: todo ello acabó junto con aquella interinidad luperonista, que un poco adelante concluyó y murió en el advenimiento del Padre Meriño a la primera magistratura de la nación; la cual interinidad no tuvo más hombre que la representara, sino Luperón, que a despecho y a pesar de todo cuanto hacía Lili en Santo Domingo, mandó sin ninguna contradicción ni rivalidad lo que fue toda la República, siendo, por tanto, esa vez, la primera en toda su vida que así lo hacía por tan omnipotente y soberano modo; y en los viejos azules cibaños, a quienes nunca se les había logrado ver de presidente a su propio jefe, que siempre dejaba subir al poder a los otros, prefiriendo él quedarse abajo (se ignora por qué suerte de hartado infundado capricho), recibieron singular contento de que, al fin, se resolviese a dirigir en persona la nave de la República, la que creía que no había de poder quedar a cargo de más experto y avezado nauta; y como, para ellos, todo era empezar, ya daban por cierto y seguro, que su propósito no había de ser otro, sino continuar en el manejo directo de los negocios públicos, y llevar constitucionalmente a cumplido límite, la empresa que acometía provisionalmente:



hasta no faltaban quienes soñaban con la realidad ideal, de verle de casaca y corbata blanca, o con rico uniforme militar, jurando inexcusable y obligatoria fidelidad a la Constitución y a las leyes, en el instante solemne de hacerse cargo de la presidencia de la República, ganada en los venideros comicios generales. La verdad era que con él entraba en posesión del mando supremo, como en 1876, la parte más genuina del partido azul, llamado las más veces, con menos verdad que pompa, el *gran partido liberal*, aunque tal ensalzamiento no salía sino de las bocas y las plumas de sus propios individuos y escritores: y esa parte más genuina del partido azul, frente a frente de Cesáreo Guillermo, su gobierno y camarilla, y magüera estar en ella comprendidos tipos de la calaña de Boscowitz y de Lilí, significaba por entonces, del mal el menos, o lo mejor de peor, que a lo último, y bien que de una manera momentánea, era todo lo que triunfaba con aquella revolución, radicalmente luperonista.

El gobierno provisional no fue bueno en el concepto de ninguna imparcial conciencia, pero ni muy malo tampoco de todo punto; y en lo general, no tuvo en él empachosa ni mala representación el país; antes consideramos esa representación, sin encarecimiento, mejor que la que tuvo en el gobierno a quien forzosamente había sustituido. Y no dejaba de contribuir bastante a su intrínseca respetabilidad, la circunstancia de formar parte suya los Grullón (don Maximiliano y don Eliseo), cuyo ilustre patronímico ha conservado en ellos siempre limpia y pura de todo desdoro, su nativa y solariega honorabilidad. Las faltas y reparos de algunos otros ministros, que los tenían no nada escasos, quedaban envueltos y como arrojados en la densa y amplia sombra que proyectaba la todavía fornida y poco quebrantada figura política de Luperón: por lo que no se notaba nada, o se notaba bien poco, lo que hacía Lilí en Santo



Domingo; tanto más, cuanto que supo abstenerse con gran cuidado de incurrir en delitos políticos de la naturaleza de aquellos a que tan dado era, y que no habría podido esconder en modo alguno de las miradas del público, así como escondía sus innegables dilapidaciones; que mientras no pasó de subalterno de Luperón, que fue mientras Luperón guardaba medianamente sano y entero su nombre, quedó con las mañas, vicios y todo lo demás que le integraba, tan completamente dentro del espacio que abarcaba la silueta de aquel personaje, y tan cobijado por ella, que ninguno echaba de ver sus acciones, las que así pasaron inadvertidas largo tiempo casi todas, hasta que al cabo, y al fin, y a la postre, por haber quedado solo y a la vista de todo el mundo, facilitó con creces el conocimiento de sí mismo a los demás, y reveló, sin dejar en reserva cosa ninguna, de cuánto le había hecho capaz la negra fatalidad que le ha llamado con tanta perseverancia por la desastrosa carrera de la política. No poseía Luperón más que un defecto capital, que consistía en la violencia de su carácter, y era causa de que apareciese tan de continuo ensanchado el relieve natural de sus apocados defectos subalternos, que hubieran sido excusables sin el otro; el cual nunca dejó de hacerle daño, cuando menos enajenándole voluntades; pero a vueltas de todo, en él tenían predominio impulsos irresistibles e impetuosos, que le inspiraban el odio a la tiranía, y el amor al progreso, cuya fiebre, contraída durante sus viajes adonde mejor se le podía transmitir, y aunque con no poca intermitencia en los accesos, solía experimentar lo bastante, para dolerse de la postración de su país, y aprovechar, en su mejora, cualquier personal coyuntura que se le ofreciera: como la excelente del nuevo aunque rápido paso suyo por el gobierno, del cual a las claras se vio que se quiso servir así como de una palanca: que a la verdad, es la mayor, y mejor, y más poderosa que



se puede poner en las manos de un ciudadano bien intencionado y progresista. En las de Luperón –fuerza es reconocerlo y decirlo– no hubiera producido, con todo, resultados completos y satisfactorios para los que, mal hechos, no queremos reformas, no queremos progresos ningunos, como los ejecutados con precipitación, o con mengua de su necesaria y esencial cualidad de perfectos: porque los progresos mal hechos, los progresos incompletos, los progresos que sólo saben relumbrar, y ocultar intolerables inmoralidades, suelen resultar tan contraproducentes, suelen resultar tan estériles, suelen resultar tan perjudiciales, tan funestos, que valdría más no hacerlos de ninguna manera, y permanecer, hasta que la suerte quisiera, en el atraso, más o menos vergonzoso, de que se pretende salir por ellos: que todo progreso ha de ser cosa fundamental y perfecta, o bien ejecutada, en su línea, en el sentido de que, cuanto pudiere mancarle, sea de aquello que obre y se produzca de suyo con entera independencia de la humana previsión, que a sí misma se puede ir perfeccionando con los años, haciéndose de día en día más exacta, más lúcida, y más feliz en sus hipótesis y teorías: pero en todo lo humanamente susceptible de calcularse, de preverse y de llevarse bien a cabo, ha de ser cosa perfecta. Si no lo fuere, no servirá, y no sirviendo, es malo, no porque lo sea en sí mismo, desligado de toda relación con otra cosa, sino por el único motivo de que la síntesis del progreso, es la civilización, que con él está bajo el estrecho pie de relatividad y dependencia, en que se hallan entre sí lo simple y lo compuesto, las partes y el todo, la causa y los efectos, los principios y las consecuencias; y cual sea el progreso, tal saldrá la civilización, que habiendo de ser la suprema suma y conjunto de lo mejor y más perfecto que haya en el presente modo de ser universal del mundo, será la suprema deficiencia, si no es más que la resultante de adelantos imperfectos; y el pueblo



que no tuviere desarrollado el sentido de su propio mejoramiento, y que se habituare a ver hacer las cosas, y hacerlas él mismo, imperfecta y deficientemente, podrá, sí, llamarse civilizado, porque, fuera del estado de barbarie, no hay pueblo a quien no se adapte aquel honroso calificativo, pero distará en extremo de revelar tener verdadera y positiva cultura; ni habrá patente que posee íntegra estimación de sí propio, y pasará todos los días de su vida despreciado, y en un extremo de atraso, desorganización e inferioridad, expuesto siempre a todos los ridículos, a todos los escarnios, a todas las deshonras, a todos los peligros, que no saben apuntar, a menudo, sino a la propia libertad, y a la propia existencia suya como pueblo independiente. Y por la muestra de lo poco que pudo hacer, y por la manera de lo poco que pudo hacer, y por la manera como lo hizo, bien se vio, de modo palpable, que Luperón entendía por progreso, el acto de dar pasos adelante, de cualquier suerte que fuera, y sin atender a la firmeza del suelo en que se habían de dar, ni tomar en seria cuenta ninguna clase de preparación indispensable: todo esto, medido en la creencia fatal de que el progreso siempre era progreso, y que como quiera que se anduviese allá se iba, pues hombre rutinario como era, y nada o poco hecho al estudio laborioso y concienzudo de lo que positivamente constituye, o debe constituir, en todo lugar y tiempo, el verdadero adelanto de un pueblo, no se apoyaba en ningún plan, en ningún método, en ningún principio, en ninguna regla, sino que, llevado de la mano por la comezón de poner en efecto alguna cosa, y ganoso de probar que sabía o le gustaba siempre hacer algo, y esperanzado en que se dijera que algo hacía, o que algo había hecho, al paso que los otros no hacían nada, se dio a derrochar la potestad que tenía de mandarnos a todos, en plantear reformas poco meditadas, mal elegidas, inoportunas, inconsistentes, pueriles, subversivas del orden racional



en que se ha de poner manos a la obra, de suyo seria, de la reorganización y mejoramiento de un Estado. De añadidura, no se sustentaban esas reformas en más medios de cumplida, posible o inmediata ejecución, que los simples decretos que las disponían, donde nada, o poco, se contaba con la natural aptitud, capacidad y fe de los que habían de cumplirlos; como si en pueblo sin conciencia cabal de la obligación de obedecer a las leyes, todo se hubiera de llevar a cabo a la simple aparición de una disposición y decreto, por el solo mérito, fuerza y virtud de ser dictado por autoridad del sumo imperante, que, hasta en los países más avanzados, ha menester de colaboradores inteligentes, voluntarios y laboriosos, que le secunden y presten ayuda en la feliz realización de sus laudables pensamientos. De modo, pues, que perjuicio, antes que provecho a los sustanciales y supremos intereses de la República, hubiera traído Luperón en su ansia de introducir alguna reforma o progreso en ella, no porque fuera malo en sí lo que tenía el delirante deseo de ver establecido, sino por la manera irreflexiva, superficial y vacilante como pretendía establecerlo. Y por lo menos, trabajo doble habría costado lo que se le hubiese antojado emprender para la común mejora; que luego hubiera sido necesario corregirlo, enderezarlo, componerlo, y, de cualesquiera modos, hacerlo de nuevo todo, cuando no arrumbarlo, cuando no renunciar a darle algún destino útil y provechoso, como hubo de acaecer con lo poco que llevó a la práctica en su breve administración provisional, que al fin se deshizo por sí mismo en su mayor parte, sin pesadumbre, ni aun de su propio autor, que, ya fuera del gobierno, debió sentirse, por algún personal orgullo, interesado sobremanera en que se consolidara y subsistiera todo lo que hizo. Mas, descartando este solo inconveniente, que, aunque no fuera cosa de poca monta, era lo más que se arriesgaba en el paso aquel, también podemos y debemos



decir, en conciencia y en justicia, que antes hubiera sido bien, que mal, sin duda, el poner las riendas del gobierno constitucional y definitivo en las manos de Luperón, entre cuyos méritos, no por desconocidos de muchos, menos positivos y evidentes, sobresalía uno de los más inexcusables en el supremo magistrado, de quien dependen cuantos están adscritos al desempeño de algún empleo público en el Estado, y que no era otro que su virtual y nativa disposición a no tolerar, por ningún caso, desórdenes, inmoralidades, ni malos ejemplos en los otros, por más que no siempre se supiera tener en el punto requerido para edificarlos a todos con su privada o pública manera de proceder. No menos ni menor solidez posee tampoco el fundamento que hay para dar desde luego por indubitable, que, bajo su gobierno y administración, no habría decaído ni un ápice la República en respeto, estimación ni crédito; a la que, si no hubiera henchido la medida de las riquezas materiales (y ciertamente habría enderezado su ahínco a este fin, más que a otro alguno), tampoco la hubiera empobrecido, ni aun en el décimo de lo que se halla hoy día, dejándola por torpeza, o haciéndola de maldad, venir a menos del modesto bienestar y abundancia en que la hubiera encontrado al encargarse de regirla. Y siendo esto así, harto se deja comprender que no iban tan descarriados del sendero más propicio a la correcta marcha de la nación dominicana, los que se abrasaban, como en llamas vivas, en el deseo de llamarle con justo título presidente constitucional de la República.





XXIX

Entre todo ellos, hay que hacer mención muy especial y señalada del Padre Meriño, porque vino precisamente a recaer en la persona de este sacerdote, la elección con que, desde 1878, si por ventura no mucho antes, daba pasos encaminados a que se honrase al referido ciudadano: el cual, bien así como en otras distintas ocasiones, se negó a ello sin apelación, y de contra, pudo inclinar el ánimo del padre, con tales argumentos, a que aceptara el encargo presidencial, tantas veces, y en esa misma oportunidad, a él propuesto confidencialmente por el mismo padre, que, no habiéndolo imaginado éste, ni querido, ni esperado, hubo de dar su consentimiento en que le propusiesen por candidato al citado alto destino, por más señas, después de votada en Asamblea Constituyente por él presidida, la ley electoral en cuya virtud creía formal y confiadamente, desde luego, que Luperón había de salir elegido. Recomendado pues por este general, condición sin la que no hubiera obtenido éxito satisfactorio su candidatura, le dio de allí a poco una parte de sus conciudadanos, la única que concurrió a las urnas, los sufragios que había menester para subir a la silla donde toman asiento los presidentes de la República.



Hinchóse Luperón de orgullo con esto, por juzgar ligeramente haber levantado una obra tal, que se la habían de aplaudir donde quiera por original y buena en todo sentido; y ello, lo más que a todas luces hizo, fue la segunda edición del error cometido en 1876, de no designarse y elegirse, conforme reclamaban las circunstancias, a un patricio de fortaleza y energía de la calidad de don Máximo Grullón para la magistratura suprema, sino a hombre que habiendo de ser juguete inevitable de las mismas circunstancias, por la mansedumbre de su carácter, merecía mandar la República en una de aquellas épocas y tiempos en que, llevados los pueblos turbulentos, como el dominicano, de la gravosa lasitud sobrevenida siempre, de manera inmancable, tras un dilatado y tremendo ejercicio de las armas fraticidas, dejan hacer al gobernante lo que éste quiera, y que, siendo perverso, los oprima, y probo, los regenere, sin ofrecer con su irritabilidad característica, ni con revueltas y facciones, por entonces, obstáculo de ninguna especie a los atentados del tirano, ni a la ingente y reparadora labor del patriota esclarecido que promueve o da la postrera mano a la prosperidad fundamental de aquellos cuyo gobierno han encomendado a su honrada competencia. Y todo bien visto, reparado y considerado, consecuencias más tristes, y acia-gas, y desastrosas, infinitamente más, que la elección de don Ulises F. Espaillet, trajo aparejadas la del Padre Meriño, no para la República, que a ésta no irrogó mal ninguno sin deliberación ni con ella, sino para su propia persona y reputación, por el motivo que, todavía saliera maltrecho Espaillet en la suya, y todavía más, la perdiera de todo punto, siempre había que ver, que, de cualquier modo que fuera, se tenía delante a un simple particular, no alzado sobre el común nivel de los hombres, por la gracia de algún ministerio social tan positivo, tan irrevocable y tan preponderante, que merced a él, se hiciera en todas las épocas



y momentos de su vida, más visible a la sociedad, que otro alguno de sus miembros, y por ende, más cuerpo y bulto y puntos vulnerables presentase a las miradas de la mala intención, a la ligera y desleal inconsecuencia de los hombres, a las despedazadoras imputaciones de la calumnia, y al áspero furor de quien no sabe reprimirse ni detenerse jamás en ningún límite decoroso, como las pasiones de las contrarias banderías, hechas en su ceguera y desenfreno habituales, a pasar atropellando por cualquier linaje de respetos, consideraciones y miramientos; al paso que Meriño, por su investidura y carácter sacerdotal, por fuerza tenía que salir peor librado, en cuanto tuviera relaciones contraídas con sus íntimas y ministeriales circunstancias, ofreciendo, como siempre ofreció, el punto de vista más aislado, ventajoso y seguro a la certera puntería de la detracción; que sin disputa es el sacerdote un varón a quien más se ve, a quien más se oye, a quien más se quiere, a quien más se distingue, a quien más se venera; y a fin de guardar en toda su incontaminada brillantez y entereza el encendido prestigio de su autoridad moral, que se puede confirmar por la primera de la sociedad, y del ascendiente que posee, tan sin segundo, como merecido y legítimo, sobre las almas y conciencias, a quienes ninguna otra persona ni poder humano tiene la potestad de gobernar, ha de hallarse siempre, no en el justo medio y línea de demarcación de lo humano y lo divino, de lo profano y lo sagrado, sino más junto, inmediato y cerca de lo divino que de lo humano y de lo sagrado que de lo profano; que más acá, o introduciéndose más de lo que debiera en lo humano y lo profano, y también participando de ambos y de lo divino por parejo y por igual, se van así como en humo todos los encantos y atractivos de su plácida fisonomía moral, fundados y consistentes en el predominio avasallador de lo celestial sobre lo terrenal en la economía de la misión altísima que desempeña, y



sin los cuales, hasta el culto, hasta la fe, declinan, por ser el culto la práctica de la fe, y la fe un modo de llama viva, que arde porque las manos sacerdotales entretienen el pabulo y alimento inefable que la sustenta. Y nada puede darse más mondamente humano, que lo que llamamos el poder, o el ejercicio de mandar a los hombres, ni más mondamente profano, es decir, ni más plagado de groserías e impurezas; pues el poder es la cosa más alta y más grande que hay en toda la redondez y sobre haz del orbe terráqueo, y es la que más empuerca, no siendo menester sino estar en el desempeño de sus funciones, para topar de una vez con la mejor y más excelente ocasión de poner en lenguas la honra; y cuando merezcan todas que se las reconozca por inmaculadas, no lo han de ser sino con la distinción de que las hay, que no tienen cosa ninguna que gozar, y sí demasiado que padecer, con el ejercicio del gobierno: sin que se dé siquiera una que, al pasar por él, se pueda conservar del todo pura, en concepto de los profanadores, que no querrían verlas pasar, sin que les cayese alguna mancha encima. Y esto lo vio tan patente con los ojos de su divina intuición Jesucristo, que a ciencia segura, no pensaba en otra cosa, cuando dijo a sus discípulos, no ser su reino de este mundo, y luego huyó la compañía y contacto de los hombres, encumbrándose a los cielos, tras su portentosa resurrección de entre los muertos: porque a no haberlos abandonado cuanto antes, y como demorara más luengos días su habitación en la tierra, ¡oh! tan sólo él sabía lo mal que lo hubiera pasado, y lo mucho que se habría despregiado su divinidad, y entibiado su influjo sobre los espíritus, y cómo se le habrían adherido, cual las ostras a las rocas y los parásitos a las plantas, las ostras y parásitos de los vicios, que tan ávidos andan siempre de un pábulo de tanta calidad y tanta riqueza como el suyo: ni nada hubiera sido poderoso a estorbar que se diera el más perfecto aire, y guardara el



más acabado parecido, con los dioses cuyo culto y altares venía de intento a proscribir, y a quienes se pinta, en las leyendas que de ellos tratan, usando de una comunicación tan allegada, íntima y familiar con esta baja tierra, que mal habrían podido quedar a salvo de las mas innobles pasiones, y no contaminarse con las más nefandas miserias esenciales a la humana condición, de que tanto les hicieron participar sus creadores; que nada pueden hacer, los hombres que a ellos no se asemejen, y que por ellos no pueda ser tomado. Y condiciones cívicas hay, tan duras, y tan recias, que parecen hechas de granito: no hay filo que les penetre, ni arma que no lo pierda, o con quien no se pierda el tiempo, queriendo vulnerarlas; y por poco que se averigüe la causa de tal particularidad, se descubre que se la tienen que agradecer a la ventaja relativa, de que nada se puede afirmar ni decir en su contra, que ya no lo sepan o den por supuesto aquellos ante quienes se pretende producirles alguna mella; quiere decir que son invulnerables, porque a nadie interesan ni en nadie causan sensación los cargos y acusaciones que se les hace; ni existe posición donde no tengan siempre mucho que ganar, y nada, o poco, que perder, a causa que nada tienen que arriesgar en ninguna, por más alta ni por más estrecha que ser pudiese; para ellas no valen insultos, no valen diatribas, no valen calumnias, no valen murmuraciones, no valen testimonios infundados, no valen pruebas, porque, aun siendo notorias y convincentes, surten los mismos efectos que si nunca por nadie fuesen aducidas. No afirmaremos ser estas condiciones las mejores y más adecuadas a la naturaleza y exigencias del manejo de la cosa pública, sino que se prestan y sirven a maravilla, como ninguna otra, para ese manejo, en aquellas circunstancias excepcionales, en que la cosa que más hace falta y más se necesita es el orden y la paz: supuesto que por mucho que den materia grande al público qué dirán, y sean castigadas



con razón o sin razón en su crédito y en su honor, si le tuvieren, por los que mal las quieran, aquello no hace al caso, porque no ha de tener trascendencia ninguna en ellas, ni fuera de ellas, lo que se diga en su desfavor, y siempre vivirán como han vivido siempre, sin que disminuyan ni en una sola tan siquiera las consideraciones y ventajas sociales que poseyeron en todo tiempo. Y hay otras naturalezas, que parecen hechas de intento para que no vivan sino recogidas en vidrieras y tabernáculos, donde, a lo más, puedan ser vistas, pero no tocadas de cosa mundana alguna; porque, según son de nobles, exquisitas, y aun se podría decir sagradas, todo lo exterior, hasta el mismo aire que sopla, las ofende y aja, y precisa irse con tiento especialísimo en esto de ponerlas de manifiesto y en evidencia: operación esta, que se puede resolver en su injuria y deterioro, como se haga sin una escrupulosa elección del momento y punto histórico donde más a su dignidad convenga colocarlas. Son, no como el fósforo, que súbitamente se inflama y enciende al solo contacto del aire, causa por la cual se necesita tenerle y conservarle de continuo dentro del agua; pero sí como esos licores fragantes, aromáticos, y delicados, que pierden su esencia deliciosa y se desvanecen, desde que, al usarlos, se deja descubierta la boca del envase cristalino que los contiene. Pues si en vista y consideración de su excelencia evidente, han de ser estas últimas llamadas al gobierno, y si esa colocación y destino se les depara, no se podrá decir que sea para su propio bien de ninguna manera; que a trueco del lucible realce que ha de cobrar el gobierno con ellas, no tendrán ni número ni medida los ultrajes que recibirán en él, que al fin se volverá una *vía crucis* luenguísima, donde a cada paso irán dejando los jirones de su reputación. Pero fuere como fuere, lo cuerdo, y sensato, y debido, y correspondiente sería, que se les previniera el terreno de su trajín, y



que ya que han de subir a ser gobernantes, que ya que se han de probar en el mando, a lo menos se les despejara su ejercicio de todo lo que pudiera ponerlas en ocasión de tropiezo y de caída, siempre que se viera patente que podía correr algún peligro en ellas, lo que a todos ha de interesar que conserven pura en todo tiempo, que no es otra cosa que la buena fama que han tenido; que las circunstancias las reclamen como a cosa tan propia y tan suya, que sin ella no puedan adquirir todo el lustre y grandeza que requieran y anden solicitando con urgencia de por sí; que no tengan para qué rozarse con vildades que mancillan; que si no granjearen gloria, que si no granjearen popularidad, si no granjearen aplauso, si no granjearen consideraciones, si no granjearen simpatías, que no les sea forzoso ver y llorar el deslustre, la disminución y la pérdida del crédito bien sentado que tenían de primero; que les quepa la suerte y dicha, tan inefable como merecida, de ponerse al frente de los negocios nacionales en una situación que vea viviendo en plácida inactividad a las pasiones, situación afianzada sobre los fundamentos de un sosiego público inmovible, donde a merced de la estabilidad que la caracteriza, no hayan de aplicar sus atenciones, en modo alguno sobresaltadas, ni dirigir sus conatos, de ninguna manera entorpecidos, más que a extirpar a todas sus anchas los males que los demás hicieron, a promover los bienes que a sabiendas o sin designio premeditado dejaron de hacer, a completar, acabar, perfeccionar lo que se intentó por otros menos favorecidos y ayudados de las circunstancias en que les tocó elevarse a las alturas, no siempre serenas, de la cosa pública, y a dar principio y remate felices a cuanto su propia sagacidad y entendimiento patriótico les sugiera, en beneficio de los gobernados, sin que puedan decir, ni aun pensar, que tengan que poner mano a la fuerza material, para mantener la paz y el orden establecido, y



así defenderse contra las maquinaciones de las banderías en su ruina conjuradas. Porque, real y verdaderamente que si puede darse alguna vez acomodada ocasión para mover contra sí tempestades furibundas e incesantes de odio, de improperios, de calumnias, de ataques de toda suerte a la honra, y tanto más exagerados, es decir, tanto más eficaces para desacreditar, cuanto más lejos extiendan el ruido que hacen al favor de la publicidad, acaso la única pueda ser aquella en que lejos y cerca, y dentro y fuera, tiene adversarios el gobernante contra quienes precaverse cada momento, y a los cuales vigilar sin descanso, y a quienes combatir con diligencia, porque no salgan con su intención, tal vez injusta y criminosa, de operar su apetecido derrocamiento; y a vista de ojos, lo es, no tanto por el despecho que sienten, de ver que sabe debelar sus revoluciones, y defenderse a más y mejor, como porque, al efectuarlo, se puede bien decir que cuantos encarcelamientos y proscripciones ordena, y en una palabra, cuantas medidas usa de las llamadas de seguridad, no dejan de acomodarse al objeto indirecto de hacer que se levanten rabiosas las pasiones, que por tal de remover en cualquier sentido el estorbo de un enemigo, no hay en la vida privada del mismo, cosa que se llame suya que no destrocen. De esa suerte, no hay más sino hacer, que ya que hayan de venir (lo que de todos modos ha de suceder para su mal, pues que siempre se menoscaban sus gracias), que vengan siempre después, y no antes que las primeras, porque las primeras, que por ser quienes son, no es de sentirse que las difamen, porque a ninguno, ni a ellas mismas, se le ha de dar mayor cuidado, las primeras tienen de suyo bien marcado su puesto y oportunidad, en todo el medio de aquellas circunstancias políticas donde, a más de ser inestables la tranquilidad y orden público, y por esto necesitarse que los primeros actos del gobierno tengan por mira principal el afianzamiento de la una y del



otro, se ofrece a su primordial ocupación, no poco que poner en perfecto pie de limpieza, decencia y pulcritud; y como para esto, que bien llamaremos literalmente barrer con todo lo malo, y deshollar la casa pública, sea menester desterrar vicios harto contagiosos, y expurgar horrruras que mancillan a quien de cualquier manera tocan, bueno es que las consabidas condiciones, que siempre han de ser a modo de zapadoras, hagan todo este oficio preliminar y ordinario, por no poder haberlo más acomodado a su peculiar reciedumbre, y que así sea por ellas embebido todo lo perjudicial, y todo lo inmundo que haya, como la esponja el agua no impoluta, pero sin dejar resto alguno pegadizo: debiendo quedar todo parecido a esas vías públicas que se limpian y desembarazan de sus charcas, baches, aguazales y más inmundicias, cuando ha de pasar por ellas el supremo funcionario que honra con su visita oficial a la población a que pertenecen o conducen. Y la elección del Padre Meriño (lo que a pesar de todo no pasó con la de don Ulises F. Espaillat), se hizo en medio de la mayor frialdad, y sin animación, y sin muestras ningunas de contento y entusiasmo popular, porque, dígame lo que se dijere, pocos y contados serían los que no vieran con profunda pesadumbre su candidatura presentada en las circunstancias en que lo fue: y acaso serían esos pocos, los amigos particulares suyos, y los más allegados amigos políticos de Luperón, que siempre habían admirado y venerado a Meriño, y que no hay duda que fueron los únicos que, junto con la masa del partido, votaron; y aun con todo, es debatible que unos y otros comparecieran de buen grado ante las urnas, no habiendo ningunos hecho demostración por donde pudiera ser creído lo contrario. El instinto popular, que al fin era quien razonaba en este negocio, no se podía decir que ya estuviera presintiendo el daño que había de recibir el padre, porque no se tenía granjeada experiencia de casos semejantes;



pero sí como que, considerando en él no más que al simple hombre de iglesia, veía claro no haber nada de prudente ni nada de acertado, ni nada de reflexivo, en llevarle tan fuera y tan lejos de su sacristía, de la que no debía salir sino, a lo sumo, para tomar puesto, como tantas otras veces, en la asambleas deliberantes, y de donde, coronando de la más esplendorosa y acabada manera sus excelsos merecimientos, no se le debía encumbrar en más culminante altura, que la serena y radiosa del episcopado, en la que se vinieran a solidificar, y no a evaporarse, las místicas beldades y atractivos inherentes a su sacerdotal fisonomía.

Y precisamente, al mentar, respecto del Padre Meriño, no la palabra episcopado, sino el nombre de asambleas deliberantes, hallamos ser fuerza no desperdiciar la coyuntura que se nos presenta en esto tan sólo, de acordarnos, como sin duda se acordaban todos en aquella sazón, del renombre que hubo de adquirir en una de aquellas asambleas un día; renombre que daba más realce a su dignidad sacerdotal, por la circunstancia misma de haberlo ganado en ella; mientras que ahora, el ingrato poder no había de hacer más que quitárselo indefectiblemente: lo que quiere decir, que, a trueque de un porvenir tan incierto como el que se le ofrecía, todos deseaban que no se apartara un punto de los linderos de su vida pasada, donde no había más que claridades y esplendores, sino que, siempre de suyo encerrado dentro de aquellos linderos, fuera como le vieran pasar enteramente sus conciudadanos los días de su existencia. Ese renombre que decimos, esa palma, ese lauro, fue por él obtenido, no con aquella valiente oración acerca del egoísmo, que predicó una vez, en presencia del General Pedro Santana y sus ministros, para ver de hacer que aquel hombre severo y todopoderoso, apartara de su pobre y funesta cabeza el pensamiento de llevar a cabo la anexión; sino que lo adquirió un poco más adelante, con



otro elocuente y memorable discurso, de la manera que vamos a referir. Era el año 1865. El General Buenaventura Báez, a quien su partido había llamado a la presidencia de la República, se presentaba, el día señalado, a prestar juramento ante la Asamblea Legislativa por Meriño presidida; el cual empezó su discurso, dándole la bienvenida, en muy breves y concisos términos, por su arribo al seno de la Representación Nacional; y luego, mirándole más atentamente, y mientras todo el gran concurso de diputados, empleados públicos, altos dignatarios de la iglesia dominicana, cónsules de las naciones extranjeras, y muchos particulares que asistían al acto, quedó suspenso y guardando un solemne y respetuoso silencio, con voz reposada y noble, que aún recuerdan entusiasmados los que la escucharon, pero impregnada de pesadumbre reveladora del estado infame de su ánimo, comenzó a decirle aquellas palabras que no se olvidarán jamás, palabras que principiaban diciendo: Que atribuyéndolo tan sólo a los inescrutables designios de la providencia, era como se podía explicar la triste circunstancia, de que habiendo tantos patriotas acreedores, por sus merecimientos, a llevar ceñida la espada de primer magistrado de la República, por sus esfuerzos restaurada, tuvieran todos que pasar por la sorpresa de ver que le tocase a él tan alta honra, después de haber vagado por playas extranjeras, ajeno a todo lo que no fuera corresponder a las exigencias de su expreso y culpable propósito de consagrarse a servir los intereses de los enemigos de su patria. Y ceñido al espíritu de tan oportuno tema, siguió hablándole de los sagrados deberes que contraía con la nación, por ante aquella augusta asamblea, de los respetos con que debía ésta ser por él mirada, de lo que había de poner por obra en su gobierno, de lo que jamás en él debía poner en práctica, y finalmente, de otras cosas más; con las cuales dio brillante conclusión a todo su her-



moso y patriótico discurso. Y aunque nadie lo aplaudió mecánicamente, todos quedaron asombrados, graves algunos, gozosos muchos, serios unos pocos, entre los cuales, el que más razón tenía para estarlo, que no era otro sino el mismo Báez, nuevo Catilina, que no esperaba tal exabrupto de aquel nuevo Cicerón, entronizada infidencia, que no esperaba tal merecido de aquel vengador y austero patriotismo. Así que, su desabrimiento no podía menos de ser mortificante, aunque no lo mostrara, y desairadísima su situación, al tener que dar lectura, como lo hizo, al mensaje que traía consigo, largo en promesas y otras buenas cosas, como todos, pero donde, por haberlo preparado con anticipación, y estar él desprovisto del don de la palabra, no le había de ser empresa fácil y posible contestar a Meriño cosa alguna respecto de lo consabido. Pasado lo cual, estuvo éste a punto de verse puesto en un verdadero y grave conflicto, por culpa de algunos señores diputados, que, como amigos políticos de Báez, no habían visto con satisfacción alguna, sino, al contrario, con enconada displicencia, la manera como el presidente había hecho uso de la palabra, sin autorización de parte de aquel alto cuerpo representativo; por tanto, pues, trataban de promover una gran protesta contra él, sin más tardanza; el innoble asunto se ventilaba en la misma Asamblea Legislativa, y estando presente Meriño en ella; pero, al fin hubo de fracasar de todo punto, debido a la valiente actitud del distinguido patricio don Pedro Eduardo Dubocq, diputado por Puerto Plata, el cual, poniéndose de pie, tocó indignado y conmovido el amor propio de los señores representantes todos, y con elocuentes razones, concluyó pidiendo que la asamblea diera un voto de gracias a su digno presidente, por haber sabido éste interpretar como correspondía, los íntimos y verdaderos sentimientos de aquella Representación Nacional. Con esto quedó de una vez conjurada la inminente protesta,



cuyas consecuencias, aunque no hubieran podido ser materiales, sino morales, con todo eso, siempre habrían venido a parar, en mal para la persona de aquel alto funcionario. Además, otro incidente, donde tuvo parte principal este mismo funcionario, debió de mortificar también no poco a Báez, así como acabó el acto de su juramento; pues como a ese tiempo, en el local de la asamblea, o en el palacio del gobierno, algunos parciales suyos, parece que al efecto prevenidos, osaron dar el grito de:

—¡*Viva el Presidente* VITALICIO!

—¡*Presidente* ALTERNATIVO! les contestó al punto con acento enérgico, alerta e imponente Meriño, delante del mismo Báez, poniendo así en su punto la envidiable y sólida reputación de ciudadano íntegro y benemérito, de que, por todos esos actos y otros muchos más, ha gozado por luengos años entre sus reconocidos compatriotas. Finalmente, algunos pocos días después, tuvo él que salir de la República, expatriado de orden de Báez, la cual sin duda fue la primera medida que tomó, por cierto en venganza de un acto de verdadera entereza y de civismo, como el realizado en la asamblea, que antes debió él haber reverenciado, que hacerle objeto de su rencoroso despecho, pues con eso hubiera quedado en sumo grado enaltecido a los ojos de todos sus conciudadano.





XXX

Nosotros, por nuestra parte, diremos, pues, echando al ciudadano, a la par que al ministro de Dios, una detenida y concienzuda mirada, diremos que seguramente fue una loca temeridad, y más aún, una consumada maldad, el lanzar entonces a éste prócer, la más pura gloria viviente que nos quedaba, gloria de nuestra iglesia y nuestra patria, en el medio más vertiginoso y arrebatado de la política, y en punto donde tan expuesto a ser ajado se había de ver, así de la maledicencia de los mortales enemigos de su poder y gobierno, como por la sorda murmuración de los inconformes, de los descontentos, de los sin empleo, de aquella gente baladí, tan ligera de seso, como dañina de intención, que abunda en todos los partidos, y no tiene más oficio que vivir destrozando, como verdadera carcoma o roedores, la honra de los demás, incluso la de sus propios correligionarios, por más respetables, generosos, probos y patriotas que para el orbe entero fueren: no pudiendo pasar las cosas de mejor manera y modo, por ser tan áspera la condición del poder supremo, que no cualquier epidermis se libra y salva todas las veces, de llevar con su roce y contacto dolientes y lastimeras excoriaciones. Dura para el caso quien



la tenía era Luperón, en tal manera, que ninguna otra se hubiera topado, si se hubiera puesto el mayor empeño en buscarla, tan a propósito y aparente para expuesta del todo a las malandanzas que luego le hubieran de venir a un buen presidente, a causa, o no, de la contingente alteración del orden público por los enemigos jurados de él: pues en efecto, por mucho que Luperón hubiera hecho y hubiera tornado, sin provocación o con ella: por más arbitrariedades y horrores que hubiera cometido, y más sangre que hubiera hecho derramar, o que otros a sus espaldas hubieran derramado, y solidariamente le cayeran a él las salpicaduras de la responsabilidad encima, ¿quién había de ser aquel que lo fuese a tener por extraño, aquel que se asombrara o escandalizara por eso, con sinceridad, o vistiendo la repugnante máscara de la hipocresía? ¿Qué hubiera venido a ser, a juicio de los otros, que malas plumas y mala opinión de propios y extraños? ¿Qué a fuerza de ofenderle y difamarle, acertaran a empañar su nombre con caliginosa nota de infamia, si esto de él no había de pasar, si todo se había de quedar en él, y en él borrarse, y en él consumirse, y en él desaparecer por su acción propia y exclusiva, sin que nadie que se llamara individuo, comunión, ni colectividad, tuviese nada que ver, ni que hacer con ello, ni que cargar con parte alguna del mal que recibiese? Y además, ¿qué había de haber tan natural y tan razonable, como que a Luperón le persiguiesen y acosasen a todo trance los otros con sus díceres calumniosos? que si no ya con él, ¿con quién más, ni con quién mejor, ni con cuál otro, había de tener que habérselas eso que llaman la pasión? ¿Ni cuál pensión y gaje más bien compadecido con la posición, carácter y oficio de hombre público a secas, que servir de alimento cotidiano a eso que llaman la injuria? Y hasta sería de aplaudir que semejante cosecha lograrse, con tal que, consagrado enteramente a la tarea de dar fortaleza y



estabilidad a la situación que fuera, contra facciones y conatos revolucionarios, la dejase al cabo de todo tan expedita, y firme, y de cualquier peligro tan garantizada, que habiendo de subir tras él a servir en el mismo alto puesto a la República, un político de buena fe y sin mácula, y en todo caso acreedor al cariño, respeto, confianza y buena voluntad del pueblo, encontrase para sí de más en ella las ocasiones de ascender cada vez a mayores estados honoríficos, y no declinar de ninguno, enderezando, sin desviarse un punto, los pasos a la gloria, y no al descrédito, a granjearse la gratitud, en lugar de ofrecer por alguna parte pie y asidero bastante a las censuras de sus conciudadanos. Así, pues, habría cada quien cumplido el destino para que, de conformidad con sus distintas aptitudes, vino por distintos rumbos al escenario de la vida pública: el uno, para matar la hidra de la revoluciones, y establecer sobre consistentes y durables fundamentos una nueva y robusta situación política; el otro, para darle fulgoroso lustre, y hacerla famosa, promoviendo en todas direcciones y sentidos el adelanto material, y fomentando el progreso de las letras, de las ciencias, de las luces, en cuyos esplendores inextinguibles, remaneciera él mismo como bañado y transfigurado a la deslumbrada y atenta mirada de sus contemporáneos. Con esto, por los frutos que cosechara opimos, hubiera la nación aprendido a conocer para qué ha de servir, y cuánto ha de importar, y ha de valer para ella, esto de contar en su seno con ciudadanos de mérito eminente, porque habría visto que se han de hallar allí para su positiva utilidad y provecho, antes que por simple modo de decoración y ornamento, sin más beneficio que la inútil brillantez de sus intrínsecas cualidades y virtudes; o de otro modo, alcanzaría la patria el magnífico resultado que le debiera siempre producir el tener hijos no pertenecientes al común de los hombres, por sus valiosas prendas; porque, llamados a encabezarse



del formidable conjunto de sus generales intereses, y a satisfacerle, al fin, todo el pendiente débito de sus activos servicios, en su verdadero punto y sazón, y no en circunstancia inoportuna, impropia ni fuera de todo buen lugar y tiempo, darían, sazonado y completo, el fruto que de su fama, de su especial competencia, su esclarecida fe, y buena intención, tiene derecho a esperar un día.

Y no fue que Meriño no experimentara las palpitaciones del presentimiento de todo lo que le había de sobrevenir; no; que, a juzgar por sus deseos ardorosos, tanto de mucho antes, como de aquel entonces mismo, en pro de la presidencia de Luperón, se puede colegir que no creía llegado para él la hora y momento conveniente y razonable de abrirse camino en esa dirección. Y que algún día esto había de suceder, ni más ni menos, bien se infería de sólo tener en cuenta su máxima ilustración y benemerencias, y su afición a la política; y también, y principalmente, que, a la inversa de lo que se suele ver en otras partes, ningún partido ni clase social ha podido tener prevenciones contra esa categoría de ciudadanos, que ninguna bandería constituye ni representa, ni ha constituido ni representado jamás entre nosotros; porque sólo hemos visto agitarse los ánimos y trastornarse la República por cuestiones definidas y netamente de orden político, y no hemos conocido esta que llaman cuestión religiosa, vinculada en el antagonismo permanente o transitorio de los intereses de la iglesia y los intereses del Estado, de lo que dimanaran obstáculos para la subida contingente y posible de un ministro eclesiástico a un puesto en que su presencia pueda interpretarse, ya sin fundamento, ya con él, como un peligro y amenaza inminente para la subsistencia y predominio de ciertas doctrinas e intereses, y donde ya no tienen cabida ni lucimiento los emblemas y atavíos eclesiásticos, y sea forzoso traer ceñida, y hasta esgrimir en veces, una espada, que



no sienta sino tan mal e incompatiblemente con una sotana. De esa suerte, si Meriño abrigaba temores agoreros de los acontecimientos por venir; si sospechaba lo grave y arduo que había de resultar para sí, mucho más que para otro alguno, la brega con los negocios del Estado; si, como en efecto creemos y damos por cierto y por incontestable, no se ocultaron a su intuición y presentimiento, por remotos, que fueran, los tristes pasos que había de tener, seguidos de caídas solitarias, en que no había de hallar quien le socorriese, ayudándole a incorporarse y tenerse bien erguido ante todas las miradas, con ayuda de una elocuente, alta y victoriosa defensa de sus actos, en tales condiciones, no habrá quien ose desconocer y negar, que su aceptación de tan ingrata magistratura, como le corresponde y toca decir que le hubo de salir la suprema de la República, de veras adquiere todo el gran tamaño y proporción de un abnegado y heroico sacrificio. Ello, si aun vive, no serán pocos los que saben, y si hubieren muerto, los que sabían o supieron, todo lo que le costó hacer al jefe del partido azul, para decidirle a tal aceptación, como arrancándosela por fuerza, que fue hacerle saber, o casi conminar su patriotismo, con que, de no subir a la presidencia él, en tal caso, no habría cómo estorbar que fuera Lilí el sujeto a quien tocara entonces subir a ocuparla; y en la creencia, indudablemente, de que pudieran tener alguna especial significación las palabras de aquel jefe, al ponerle a elegir de aquellos dos extremos el que le pareciese, y por evitar la peregrina cuanto lúgubre calamidad de la presidencia de Lilí, que no hacía más que aplazar, puesto que a todo su despecho había de suceder dos años más tarde, por eso, y por creer que hacía un servicio, y que, con buena fe igual a la que le animaba, le ayudarían todos a salir de su arduo empeño, fue por lo que siempre consintió en ser Meriño presidente. Con todo, y aun así, más que nada se



le había de dar a Luperón que la presidencia de la República, por usarla Lili, se desprestigiara y prostituyera, como en efecto se hubo de prostituir y desprestigiar hasta no poder más, bien sabía él que todavía para entonces, lo que era Lili estaba en agraz, para pensar que tan sin más ni más, y solamente por mucho quererle, y porque había llevado en triunfo dos revoluciones a la capital, la de 1878 contra González, y la de 1879 contra Guillermo, se le fuese a dar, a guisa de recompensa, tan alto y tan extremo destino y cargo. Así, pues, cuando con Meriño conferenciaba en el tenor referido, podía ser que tal no fuera su ánimo, intención ni pensamiento, y que hiciera uso de semejante suerte de argumento, tan solamente por ver de moverle mejor al fin que se proponía: bien que, a insistir Meriño en no querer subir a mandar, quién sabe si pone por obra su dicho, y hace lanzar, o lanza él en persona, la candidatura del otro. Mas como quiera que juzguemos el caso, no le parecería, o tan noble, o tan eficaz la tal prevención, que, por triunfar de la perplejidad de Meriño con razones más decisivas, no hallara ser bien, a lo que parece hacerle una promesa, que según creemos entender, consistió en infundirle, de más o menos vaga e indecisa manera, la esperanza de que le había de ver apercebido a entrar en campaña electoral para sucederle, así como tocase a su fin el período de sus angustias, que no fue otra cosa, ni más ni menos, el período de su gobierno. Quizás eso pensaba Luperón, y en aquel instante mismo había propuesto entre sí no defraudar esas esperanzas, y luego se le apagaría el intento, con la misma facilidad con que lo había formado: fugacidades e inconstancias nunca raras, sino harto frecuentes en él; pero también es de creerse, que no hizo que se quedara Lili tan cerca de la presidencia, como se vino a quedar en la nueva situación administrativa, sino a fin de que, por obra de alguna impensada emergencia de la política, o de cualquier otro



modo, le fuera dable alcanzarla como con la mano, y entrar a ejercerla en el próximo venidero período constitucional. Porque, o fuera que, ya hecha su elección, consultase Meriño, en cumplimiento de un vulgar y sencillo deber de cortesía, el parecer y dictamen de Luperón, como a jefe del partido que le dio sus votos, y que le había de sostener en el mando, acerca de la ya perentoria composición de su gobierno, y hasta llevase gusto particular en exigirle que le señalara candidatos para una que otra cartera ministerial, o que dispusiera de dos o más a todo su buen talante; o ya fuera, según propalaron algunos, porque lo hiciera en acatamiento de órdenes e imposiciones de dicho jefe, lo que significaba para los maliciosos, que no gozó la libertad que había menester y le tocaba de justo derecho, en el nombramiento de todo su ministerio, lo positivo fue, que dio a Lilí el de lo Interior y Policía, y el de Hacienda y Comercio a Boscowitz; los únicos dos sujetos a quienes por ningún caso se les debió dar entrada en el gobierno, si, por de pronto, había de ser relevante distintivo y relevante mérito suyo el de la seriedad, y que, sobre todo Lilí, tantos perjuicios morales, y tantos males, por directos e indirectos modos (pero siempre con cabal conciencia y conocimiento de causa), le había de irrogar a la buena fama y buen nombre de Meriño: a quien, sabedor Luperón de que todo podría ser, menos entendido en armas, ni en números, sino, desnuda y lisamente, docto en letras humanas y divinas, no dejaría de hacerle ver, a su modo, y encarcerle, las habilidades y valor de cada uno, de Lilí cual hombre de guerra, y de Boscowitz cual hombre de hacienda, porque no repara ni un solo punto en preferirlos a cualesquiera otros: con mayor motivo a Lilí, sin el cual, tenía Luperón la fe, basado en no sabemos cual razón irrevocable, de que no habría de poder constituir gobierno estable Meriño; y así, hubo de hacérselo presente a éste, pues no cabe ninguna



duda que le hizo saber que, al verle sin un machete a su lado, como el de Lili, hasta los que se tuvieran por más allegados y mejores amigos suyos, fuesen o no sus ministros, harían al menor desliz, o al menor descuido, cuanto se hallara en la jurisdicción de su posibilidad, por dar con él abajo, a impulso de una revolución, o asonada semejante a la que derribó a don Ulises F. Espaillat. En consecuencia, y en la fe de que no dejó de haber imposición en este negocio, la gente que allá, en su manera de juzgar, discurrir y ver las cosas, son como el agua, que donde hay declive, por ahí se desliza toda ligeramente, dióse a opinar, que lo que debió hacer Meriño era renunciar a ser presidente, antes que brindar puesto alguno en su gobierno a tales hombres, por la manera como se lo había brindado, esto es, haciendo buen acogimiento a órdenes imperativas de Luperón. No era esto dar a entender que, para la tal gente, lo mismo fuera Lili que Boscowitz: que bien sabían todos, que iba diferencia no poca del uno al otro, basada en antecedentes personales, que ya con antelación remota tenían condenado al primero a eterna mala voluntad, antipatía, y se podría decir que odio y aborrecimiento, de parte de la opinión pública; y no así a Boscowitz, que ningunos tenía, malos ni buenos, y no podía el público estar contra su persona prevenido, a no ser que ya se le viera por la parte abstracta de su rematado carecimiento de respetabilidad, de la taimería de su carácter, de su solapada codicia, y de su innegable propensión a saciarla de cualquier modo, máxime a expensas de los dineros públicos, que ya desde la reciente interinidad venía manejando como ministro de Hacienda. De modo pues que no se traía en este caso tan puesta la vista en Boscowitz, como en Lili, esto debido no más que a las feas manchas de sangre que llevaba en la ropa, desde que tan bárbara muerte dio a Pérez y a Caminero; porque sus otras iniquidades, ya ninguno las echaba de



menos, pensando sin duda que aquella sola, en fuerza de ser como fue, tan rayana en lo salvaje, dejaba en la oscuridad y hacía que se quedaran olvidadas todas las demás. Pero si por traer en sí esos lúgubres lamparones de sangre, había tantos que fallaban y sentenciaban que Meriño debió rechazarle, o declinar la presidencia, primero que avenirse a tener roce con él en su gobierno, había que ver y que reflexionar, que para que semejante dictamen pudiera mantenerse sobre la firme base de una razonable justicia, se debió decir, pensar y ver eso mismo, todo el tiempo que, después de aquel horroroso asesinato, tuvo a su cargo la delegación del gobierno en el Cibao, sin haber podido decir, entre tanto, que le impusieron algún género de pena en castigo de su culpa enorme; otro tanto (sin tomar las cosas de tan lejos), otro tanto debióse ver, y pensar, y decir, cuando le nombró Luperón ministro de Guerra y Marina, y así le alzó por cima de su crimen a una grande altura, sólo propia de las personas notables por el concurso intrínseco de altas prendas morales y sociales; y así acaso no cuando eso, porque, al tratarse de Lilí, ya no había cómo poder atajar en Luperón el desbordamiento y expansión ilimitada del hondo afecto que le tenía, sí por cierto cuando le recibió, no poco gozosa, la ciudad de Santo Domingo, a su entrada en ella, mandando, como traidor al gobierno del General Cesáreo Guillermo, las fuerzas invictas de la revolución del 6 de octubre; que no hubo en esa capital, enemigo del gobierno caído (y casi todos sus moradores lo eran), que no le recibieran, decir se puede, con los brazos abiertos, y que no le colmara cien veces la medida de las alabanzas por el triunfo, que se consideraba que ningún otro militar habría podido alcanzar; y que no le hiciera la corte, y que no le saludara sin el sombrero en la cabeza, si le topaba en la calle, y con el sombrero en la mano, si alcanzaba por acaso a verle asomado al balcón o a una ventana de la grande



y espaciosa casa donde residía. Entonces, sí, se debió reparar en lo manchado que se hallaba de sangre, para huirle como de una viviente pestilencia, cuando los mismos, o la mayor parte de los que ahora criticaban y hallaban duro que Meriño le tomase por ministro, no se desdeñaban de llamarse buenos y grandes amigos suyos, y, de amores mil, hasta hubieran aceptado cualquier empleo que fuera él servido darles personalmente, y tomar de sus manos el nombramiento y credencial, sin curarse de si, por pasar por ellas, había podido adherírsele alguna partícula de sangre. Y siendo todo esto así, como lo decimos, no se podría ver claro, ni confuso, ni de ninguna otra manera, modo ni suerte, a qué podía venir el pretender cada cual para su capote, o decir en corro, y a todo el que quisiera oírlo, que después hiciera Meriño lo que otros debieron haber hecho antes, para que al subir a tomar posesión de su presidencia, no le tocase hallar a Lili como absuelto y rehabilitado de su culpa, y haber tenido agarradero natural donde hacer hincapié para rechazar con enérgica eficacia las imposiciones de Luperón. De ahí en fuera, lo que ignoraba u olvidaba todo el mundo, era que, cuando fuese allá en el seno íntimo de amistosa confianza donde Luperón hablara con Meriño, así y todo, le hablaba como cabeza visible del partido a quien el propio Meriño pertenecía; y éste, podía bien hacerle allí algunas objeciones, tocante al asunto que trataban, usando con él de aquella especial facultad que le otorgaban para ellos su ilustrada experiencia y demás personales circunstancias; pero, al advertir como era irrevocable lo querido por aquel, no le quedaba más camino, a fuer de hombre de disciplina, como toda su vida lo ha sido, sino inclinar la cabeza, en acatamiento de semejante voluntad: que por muy caprichosa, y apasionada, e inequitativa que pareciera, se fundaba en el derecho de una indiscutida e indiscutible autoridad, cual la que Luperón



poseía, y que Meriño, así como la pujante mayoría de los azules, desde remotos principios, no se recuerda que un solo día, hora y momento dejaran de reconocerle; y toda autoridad es para obedecida, no para desacatada, en el ejercicio racional de su legítimo derecho; y su propio principio (el principio de autoridad), debe prevalecer sobre todas las sugerencias de la soberbia, del orgullo y de la vanidad, desde la hora y punto que ha sido constituida. Era tanto más fácil y tanto más arreglado a razón este sometimiento por parte de Meriño, cuanto que nada podía éste recelar ni presumir de Lilí, toda vez que, si tenía vislumbres de lo mal que había de pasarlo en su administración, de todo punto ignoraba por donde precisamente le habían de venir sus ciertas e inconjurables desventuras. Hay o había que ver, además, el género de relaciones cultivadas entre sí por Luperón y Meriño para caer en la cuenta de que, por cuanto habría entrañado sin remedio una ruptura radical entre los dos la negativa de Meriño a satisfacer las exigencias de Luperón, la tal negativa, solamente para los que no estaban al tanto de las interioridades de aquellas relaciones, podía parecer fácil y posible. Porque Meriño, que se ha señalado en todas las épocas de su vida y sacerdocio, entre otros muchos pormenores, por la lealtad, constancia y nobleza de sus afectos y carácter, amén de los bien anudados lazos políticos que con Luperón lo ligaban, era del mismo hartó inseparable, por obra de vínculos más nobles y sagrados que los otros, y que los hombres bien nacidos ponen más especial cuidado en conservar toda la vida, manteniéndolos inalterados e inalterables por cima de las vicisitudes, mudanzas y reveses inopinados de la fortuna. Entrambos, en efecto, se profesaban particular acendrado cariño, que comenzó a echar insondables raíces en ellos, desde que realizaron su personal conocimiento, atraídos entre sí por los imanes irresistibles de sus a la



sazón recién nacidas o florecientes reputaciones; que la propia distinción convida y empuja de continuo al hombre, ante todo, a contraer amistosas relaciones con el que también es distinguido: y en tal manera trabados saben quedar por ellas luego, que a semejanza de los hermanos en el regazo de una buena familia, por lo bien que han sabido identificarse sus almas, ya ninguna fuerza ni accidente alguno altera el fondo íntimo del mutuo afecto que se tienen, y gozan y padecen tan de veras con sus adversos y prósperos acaecimientos, como si ya no compusieran sino una sola, y única, y singular animada materia. Vulgar, pero gráfica y pintorescamente, solía el Dr. Betances encarecer el espíritu de fraternal compañerismo que animó por luengos años, casi hasta lo último, las estrechas relaciones habidas entre Meriño, Luperón y él diciendo:

Las tres piedras del fogón:
Meriño, Betances y Luperón.

Por tanto, a cualquier vuelta de camino, u oportunidad, no se detenía en tornar ufanísimo al mismo punto de partida, es decir, al mismo tema, repitiendo el estribillo. Lo cual no era sino rigurosamente verdadero: y tanto así era, que la adversidad, que no pocos vínculos disuelve o relaja, siempre dejó ilesos y respetó los suyos, impotente para quebrantarlos. No había distancia entre los tres ninguna, que por alejados que se hallaran, siempre volaban por la morada o el pecho del uno, las memorias y el espíritu de los otros dos; y en tal virtud, estaban de continuo así como presentes, hablándose y hermaneándose, por inefable manera cariñosa, en la perenne correspondencia que, de su propio puño, y sin atenerse a secretario ni amanuense alguno, sostuvieron entre sí en toda contraria circunstancia o favorable. Por estos pasos, donde quiera que se hallaran



separados entre sí, se buscaban, y quedaba restablecida la íntima comunicación, si se había interrumpido por los accidentes de la política. Ninguno contaba, entre tan innumerables, y tan sinceras, y tan distinguidas amistades como tenía de por sí, otra alguna que llamar pudiera más pura, es decir, más de corazón, más íntima, y por la misma causa, más selecta; y cuando los tres, o dos no más, llegaban a verse juntos, otra cualquier amistad que acaso allí se hallara presente, como que por este único hecho se quedaba en aquel punto aislada y como deprimida, y nada le podía corresponder, ni venir mejor, que despedirse, que ausentarse, que salir de situación tan desairada, por no serle dable ni posible competir con ellos en aquella expansiva efusión sin límites, de gusto, de placer, de contento, de confianza, de felicidad indefinible, que al punto les regaba el alma, y que no se tenía que mostrar en las palabras, porque bien la dejaba ver la vehemente alegría que reverberaba en sus semblantes. Los primeros en contraer ese apretado vínculo, más parecido a hermandad consanguínea e indisoluble, que a un amistoso comercio, fueron Betances y Meriño; después surgió Luperón, quien, llevado como de la mano de su flamante nombre de guerrero y de patriota, vino luego a integrar el grupo de los tres pétreos camaradas por Betances aludidos, sin los cuales no se puede tener el caldero bien colocado al amor de tizones encendidos.

Pues, por tan pequeña causa, como al fin y al cabo venía de suyo a ser la persona de Lilí, o su admisión y entrada en el gobierno, injusto e insensato había que llamar a quien se atuviese a la posibilidad de que, tratando el uno de imponérsele al otro, y éste insistiendo en no dejársele imponer, y mediando, como mediaba, el quisquilloso interés político; y hasta privado, que nunca deja de dar el pie a cualquier resentimiento y disensión, hubiera de sobrevenir



una honda desavenencia y rompimiento entre dos personajes unidos de antiguo en amistad particular de tan excelente clase como aquella; antes si en esa virtud se creía el uno autorizado para ser todo lo exigente que quisiera con el otro, y en cierto modo hacerle fuerza, y obligarle a lo que no quisiera, se había de ver, por las mismas consideraciones, como éste, de más sereno y afable natural y temperamento, había de ceder y condescender resignadamente, con la pretensión del otro, porque así quedara en salvo todo lo demás, todo el rico tesoro de la inefable afición y afectuosa confianza que mutuamente se guardaban. Tiene ahí su exacta y genuina explicación, por qué, siendo ya el uno presidente, siquiera electo tan sólo, todavía no quisiera sustraerse al espíritu de partido, no quisiera emanciparse desde luego de la dependencia disciplinaria del jefe del partido de quien era miembro, y estando para mandar y hacer prevalecer su voluntad, antes consintiera, en ser mandado y cumplir la voluntad del otro. Y es que no de otra suerte saben y han de proceder con arreglo a justicia y al don de gentes, los hombres generosos, que son los que más levantados traen el alma y el espíritu. Lo demás, son y se llaman acciones y rasgos vulgares, y como todo lo mezquino y ordinario, tan sólo propio y característico de los pequeños.



XXXI

Escrito queda, con todo (y nunca será ocioso repetirlo), que Meriño no hizo mal a ninguno, sino que a sí propio se lo hizo, en nombrar ministros a tales hombres como Boscowitz y Lili: cabiendo a Luperón la más culpa en este paso, por ser quien se lo hubo de aconsejar o exigir imperativamente. Pero los daños y perjuicios recibidos de la parte de Boscowitz, sin ser aparentes en ninguna manera, no habría traza de medirlos y cotejarlos con los que de Lili le vinieron; y por esa parte, casi quedaban reducidos a cosa ninguna: es decir que, sin los del segundo, los de Boscowitz habrían carecido de toda fuerza y trascendencia, y nada hubiera importado que se los hubiera hecho; y procedía esto, de que Boscowitz manejaba las rentas públicas, y por más que, según solía él declarar en privado, no entendía Meriño de números, en cambio, supliendo éste lo que tenía de incompetente, con lo mucho que tenía de honrado, y con su mucha buena intención, cedió en todo lo que pudo, a estar muy atento a la manera como hacía ese manejo, y examinarlo muy de cerca: en lo que todo hubo de salirle tan bien, como lo patentizó el no haberse levantado una



voz, en todo el tracto de su gobierno, ni después, dentro ni fuera del país, a tildarle de administrador sin escrúpulos y malversador de los dineros nacionales; y, harto cuidadoso de no dar siquiera pretexto por ese lado a la mala intención y suspicacia de sus adversarios, y por respeto a la opinión y voz pública, que desde luego reprobaba que se afectase con deudas innecesarias nuestro empobrecido Erario, mostróse reñido con la idea de alentar y acoger de todas veras el propósito concebido y acariciado por Lili, Boscowitz y otros más, con miras que ya se pueden presumir, de hacer la contratación de un empréstito de algunos millones de pesos en Europa: negociación esta, que de haber abrigado Meriño el deseo y haberle dado la firme voluntad, se habría logrado al fin bajo equitativas condiciones, y quizás si hasta por medio del mismo Luperón, a quien el gobierno encargó por entonces de una embajada extraordinaria cerca de unos cuantos gobiernos europeos. Así fue, pues, que los furibundos y a las veces despiadados ataques, hechos a su persona por los enemigos que tenía, tan ávidos y ganosos de que, como era lógico, no le quedara ileso en sus tiros, parte alguna descubierta y vulnerable, solamente llegaron a versar acerca del fusilamiento bárbaro, por demás, que hizo su ministro Lili, de una porción de vencidos y fugitivos revolucionarios por él capturados en la provincia de Santo Domingo y la de El Seibo en 1881, algunos meses después de la inauguración de su gobierno. Hay pues lugar por consiguiente, para dar por sentado que sin esas nuevas matanzas de Lili, no tuviera ni el más sistemático y mortal enemigo de Meriño, por muy mucho que buscara y rebuscara, donde hallar un cargo cualquiera, leve o grave que imputarle; y hubiera sido, de esa suerte menos desairado su regreso a la vida privada y al ejercicio de su ministerio, pues que lo vino a efectuar con el manajo, culpablemente marchito y seco en la mano, de las esperanzas que llevó y de las promesas



que hizo cuando asumió las riendas de la cosa pública. Bien se nos alcanza que, a los principios, llegaron una vez a ponerse tensas las relaciones de su gobierno con el Congreso: tanto, que ya parecía que iban a quedar hechas pedazos: todo esto, a causa que, sabedor ese alto Cuerpo como existía en la Hacienda ciertos recientes manejos, poco pulcros y muy escandalosos, aprovechó una oportunidad que legal y constitucionalmente le vino a la mano, para exigirle cuenta de ellos o de algún modo vituperárselos; y aquí ahora encaja que nos contraigamos un poco a declarar el género de daños y perjuicios que le trajo el tal Boscowitz, que venían de la tenaz y asombradiza desconfianza, seguramente no nada gratuita, que a todos los ánimos llevaba la presencia de un individuo tan repulsivo, tan irresponsable, de tanta mala fe, y de tan poca o ninguna respetabilidad, como el antedicho, en el gobierno y al frente de un ramo de la consideración e importancia del de Hacienda: y no había de ser maravilla que la Representación Nacional, en el cumplimiento de sus poderes delegados, fiada en el respeto a ella debido, y juzgándose por libre y salva de todo atentado en el mando de un hombre de los principios de Meriño, también la compartiera, y al tenor de ella, intentara en uso de su derecho, nada menos que fiscalizarle actos rentísticos que, puestos y sometidos a su aprobación, era de sentir no poder merecerla en modo alguno; tanto más, cuanto que hasta el mismo Meriño se hallaba imbuido de aquella general desconfianza, desde sus principios; en tal manera, que bien echaba de ver a lo que había de atenerse con el que tanto la inspiraba, como lo decía sin embages la inspección personal (moral o ejecutiva), debajo de que recatadamente sabía tener las operaciones fiscales y la conducta de su ministro, en aquellos amplios detalles que la mala fe no podía velarle, y que tampoco se podían escapar de su impericia en asunto de contabilidad, cálculos,



presupuestos y demás negocios y especialidades exclusivas de lo que llaman hacienda pública. Mas, como en este punto no nos flaquee y falte la memoria, creemos entender que aquel conflicto inminente, conjurado al fin por la prudencia ulterior del Congreso, salió de una causa distinta de aquella pública desconfianza, que sin embargo, no por eso quedaba cercenada ni en la más mínima parte de su todo y razón de ser, pues allá en el fondo, en todo caso, siempre fue la misma. Y era que cuando Meriño llegó a Santo Domingo, de su feligresía de Puerto Plata, para encargarse del régimen de la cosa pública, se halló con que nada deseaba Lili con tanto interés y comezón, como dar un viaje a Port-au-Prince, capital de la vecina República de Haití, en clase de ministro público, encargado de hacer una convención y pacto con aquel gobierno, donde, amén de otras relaciones perentorias y recíprocas, estipulasen las altas partes el compromiso formal de que, así como fuese pedida la expulsión, no fuera ninguna de las dos a permitir jamás la presencia y estadía de un enemigo político de la otra en su respectivo territorio. Este había de ser un golpe muy especial, y al mismo tiempo, muy riguroso, y acaso, y sin acaso, irremediable, descargado indirectamente por el gobierno dominicano sobre todas las causas revolucionarias actuales y venideras; y, cabalmente, por una de las arbitrariedades más inaveriguables de la suerte fatal que a la República persigue, a ninguno había tanto de ser útil su funesta ventaja, como al propio Lili. El cual se dio prisa luego en poner su deseo en conocimiento de Luperón: quien al punto le contestó aprobándosele en todas sus partes, y animándole a que no perdiera un solo momento en ponerlo por obra.

—*Tú eres un gran pícaro (le decía cariñosamente), y tan MAÑÉ como los haitianos: de modo que considero como cosa segura, que vas a salir muy airoso en tu embajada cerca*



de ellos. Luego vendremos a echar de ver con cuánta certeza le llamaba pícaro sin quererlo: pues, la verdad sea dicha, Lilí traía toda su mira puesta en cosa para él por entonces de más efectivo provecho, que la pura y simple celebración y establecimiento de aquel compromiso entre ambos gobiernos; y con esa segunda imaginación, más que con la primera, fue con que le hubo de venir en deseo ser mandado a Port-au-Prince con aquella misión diplomática: cuyo pensamiento, si es que no le fue sugerido por otro, sin la menor duda que le vendría, de haber oído decir como el gobierno haitiano acababa de allanar por sí mismo, en esos días, y dejar de una vez expedita, la senda conducente a un arreglo internacional de la naturaleza del mencionado. Había, en efecto, sucedido, que hasta la presidencia constitucional del General González, en 1874, arrancando y partiendo de la época en que las dos rayanas Repúblicas cesaron en sus largas, mutuas y sangrientas contiendas, la paz, amistad y demás relaciones naturales con que andan de ordinario entre sí ligados los pueblos independientes, no descansaban sobre la base de ningún contrato escrito y promulgado. Era todo anómalo, si es que no tanto entre los dos pueblos, porque no dejaba de surtir sus saludables efectos entre ambos el derecho natural, que por eso se llama de gentes, cuando marca el roce y comercio que han de tener las naciones unas con otras, y los deberes de ahí derivados, sí por lo menos entre los dos gobiernos, pues el haitiano, principal y absolutamente, como sentía no hallarse gravado con la imposición de ningún deber, en fe de una convención solemnemente celebrada, pruebas infinitas daba de cuán poco remirado le cuadraba ser en su conducta con respecto al gobierno dominicano: en consecuencia, salvo la ocasión en que pasando cuantas veces quiso por sobre la estricta neutralidad que debía guardar, no dejó de hacer muy en secreto, lo que las luces de la razón, iluminándole



su propio interés político-autonómico, le ponía por fuerza delante de los ojos, que fue auxiliar bastante los vitales intereses de nuestra nación durante la guerra dominico-española, conocida en nuestra historia con el nombre de Restauración, siempre le hubieron de hallar propicio a darles la mano de fautor; los promotores de nuestras revueltas, como si no fueran otras sus intenciones, que ver de ayudar a tenerlas encendidas en toda sazón. Vióseles pues así proveer al General Buenaventura Báez, de los medios con que fraguó y llevó a la cima del éxito la revolución contra el Presidente José María Cabral en 1867: habiendo bien antes caído el General Fabre Geffrard, amigo político del segundo, y sucedídole su competidor, el General Salnave, que lo era del primero. Y pues arrancó del triunfo de la revolución baecista, el terrible período de absolutismo y tiranía, conocido entre nosotros por de *los seis años*, no será temeridad atribuir a la conducta del gobierno haitiano, toda la causa primordial de lo mucho que tuvimos que padecer, y de lo mucho que nos fue forzoso sufrir en tan crítico y angustioso lapso, donde bien poco fue lo que hubo de faltar para que desapareciera enteramente todo el edificio de la República Dominicana: que si él no da la mano a Báez con los recursos que le suministró: como éste no los había de obtener y conseguir en otra parte alguna, ¡qué de ludibrios, qué de oprobios, qué de peligros, qué de años luctuosos y nefastos no ahorrrara el dios desconocido a la patria, por más airado y riguroso que le hubiese cuadrado mostrarse con ella! Y no es mucho ni tanto lo que tenemos que abonar en cuenta, por sus buenos oficios y voluntad para con nosotros en la Restauración, que a la misma vez no quede mucho espacio abierto para llevar a su débito en el mismo folio, y sin haber de pasar a otro distinto, algún hecho suyo coetáneo de aquel servicio, que le robe bastante parte de lo que le hace



ser meritorio a nuestro reconocimiento; que a buen seguro que no se haya borrado de la memoria la venida que, con bajos y torpes designios, hizo aquel agente secreto de Haití al Cibao, cuando teníamos aún a los españoles de frente, guardando las muchas posiciones, plazas y puntos de nuestro territorio, que jamás pudimos ni hubiéramos podido arrebatarnos por la fuerza de las armas, Monte Cristi, Puerto Plata, Samaná, Santo Domingo y Azua; y que llevó adelante sus diligencias disociadoras, hasta ganarse y atraerse al descontento y despechado, aunque benemérito General restaurador Gaspar Polanco, y también a otros individuos de mucho menor significación, con quienes dio aquella farsa de llegar al puesto militar de Blanco, a comienzos de 1865, con pabellón haitiano desplegado; la cual farsa, por dichosos debieron darse comparsas y protagonistas, de que no les ocasionara otro peor desenlace, que la indiferencia y desprecio con que, teniéndolos literalmente por locos, la presenciaron los cultos y buenos moradores de aquel poblado, en que, por sus propios pasos, se deshizo, no bien hecha en él su quijotesca entrada.

Pues, según dijimos, vino el General González al gobierno, para tocarle ser quien primero concertase un tratado en toda forma con Haití: tratado que llegó a celebrar, gracias a desearle, tanto como él, los actuales gobernantes de aquella nación, atareados de la necesidad vital, de prevenir contra sus respectivos enemigos, prestos a tomar las armas en su contra, una defensa, donde ningún medio hiciese falta, cuanto más un recurso de la mayor importancia para las partes contratantes, como la guarda y seguridad recíprocas de sus fronteras. Era este último punto, acaso lo más sustancial a que se obligaba nuestro gobierno según la letra y espíritu del pacto. El haitiano, además de lo mismo, quedaba empeñado a pagarnos la suma de ciento cincuenta mil pesos anuales, en corriente moneda suya, o *gourdes*,



en resarcimiento de los muchos perjuicios hechos a nuestro comercio interior, por el que, a modo de libre cambio, como todavía no han podido establecerlo las naciones donde más se aboga por la realización de semejante mejoramiento en la relaciones económico-internacionales, se venía efectuando día por día, sin ese requisito, y había de seguir efectuándose con él, a través de nuestras fronteras, en beneficio de las plazas comerciales de Haití, que, por medio de sus ventas y transacciones, por allí hacían entrar, y seguirían introduciendo sus mercancías, en todas nuestras vastas comarcas del Sur y del Noroeste, sin pagar derechos, mientras que nosotros no les llevábamos, ni habíamos de continuar llevándoles, sino dinero efectivo, los que no poseían otra cosa de contado; y los criadores, partidas poco importantes y considerables de ganado caballar, mular y principalmente vacuno, amén de otros productos agrícolas; que a trueco de tener que dejar allá (por convertirlo en mercancías), el numerario proveniente de la venta, ésta siempre se hacía, como nunca dejó de hacerse después, en muy satisfactoria condiciones para el vendedor, y tanto, que no por otra causa, ni estimulado de otro incentivo alguno, se metió Lili a cuatrero, cuando se hallaba en el Sur a las órdenes del General Cabral en los seis años.

No hicieron falta ninguna las fronteras a los enemigos de ambos gobiernos, sino que les bastó conspirar, y alzarse dentro de sus mismos territorios, para derrocar aquellas situaciones: lo que pudieron efectuar dos años más tarde. Con esto quedó el tratado de hecho reducido a letra muerta, porque, antes que observarlo, como debían, lo que hicieron los gobiernos haitianos posteriores al del General Michel Domingue, con quien lo negoció el Presidente González, fue hacer burla de sus estipulaciones todas, y tornar a las viejas andadas, de dar su apoyo, moral unas veces, y otras efectivo, a los revolucionarios dominicanos que más en



gracia les caían, a rojos y verdes contra Espaillat en 1876, y a verdes y azules contra Báez en 1877. Báez mismo, viendo lo mucho que le convenía, no dejó de dirigir sus tentativas a restablecer el *statu quo* de 1874 a 1875; pero eran ya de tal género el recelo y antipatía del gobierno haitiano hacia él, que nada le pudieron arrancar nuestros ilustres compatriotas, los referidos Sres. don Carlos Nouel y don Manuel de J. Galván, enviados unos tras otro a Port-au-Prince, para ver de reanudar las buenas relaciones diplomáticas, si no deshechas, interrumpidas por los acontecimientos, y en la forma que dejamos explicado. Sólo el General Damián Báez, en esa misma sazón delegado del gobierno en las provincias y distritos cibaños, alcanzó a ser algo atendido de las autoridades políticas de Ouanaminthe: las cuales, por él requeridas para que a bien tuviesen hacer salir de aquel lugar a los revolucionarios dominicanos en él refugiados, tan fue así que le contestaron cual lo deseaba, que mucho temió Lilí no le fueran a proscribir también, cuando no titubeó en atravesar el Massacre, que de por medio quedaba, y presentarse de improviso en Dajabón, donde tenía el General Báez su campamento, a pedirle con súplicas, por lo que más él en el mundo estimara, que no fuera, por creerle revolucionario, a inscribirle como tal en la nómina de los que real y verdaderamente lo eran, y dejarle arruinado de todo punto en sus negocios mercantiles, en forzarle al abandono de aquel lugar; donde no le retenían y preocupaban otras atenciones, que las atañentes a sus personales intereses; que le hacía formal promesa, por los méritos de su palabra, de no tomar las armas contra el gobierno, todo el tiempo que a ello no se moviera su jefe político, el General Luperón, refugiado en San Thomas desde octubre de 1876. Y hemos dicho que alcanzó el General Báez a ser algo atendido, porque sólo por muy breve tiempo lo fue de aquellas autoridades; porque, con respecto a los demás



expulsos, todo vino a parar en meras fórmulas, por lo que se dice cubrir las apariencias y llenar el expediente: pues las cosas volvieron allí a su anterior estado, tan luego como, de allí a bien poco, levantó su campo dicho funcionario y se marchó de aquella línea fronteriza. Tras estas cosas, ni poco ni mucho vino a ser lo que había de dilatar la revolución verdiazul el poner fin al moderadísimo gobierno de Báez, que le dejó, no cual otras veces, en condiciones de poder asumirlo tarde o temprano nuevamente, sino para ver surgir, tras su nada equitativa caída, un orden de cosas, contra el cual, hasta la misma posibilidad de principiar y encender una nueva revolución, baecista o verde, se desvanecería por completo, cuanto más el ser impotentes los esfuerzos que se practicasen y los pasos que se diesen para encenderla. Con lo que recibió brillante y merecido galardón la diplomacia dominicana, que si en tiempo anterior, cuando lo que había de más inseguro y que a cada momento se alteraba, era el público sosiego, jamás la hicieron fluctuar ni desconcertarse los provocativos procedimientos del gobierno haitiano, y antes que hacer a su vez otro tanto, y así franquear, como era lógico y de sentido común, a las conspiraciones de los revolucionarios de aquel país nuestro territorio, todo lo sufrió, serena e imperturbable, y todo lo despreció, hasta el reiterado sacrificio de intereses, no por banderizos, meno caros, ingentes y trascendentales en sí, por guardar fidelidad a las buenas costumbres diplomáticas, y mantenerse, sin la interrupción de un solo instante siquiera, en el más alto grado de corrección, de cultura y de dignidad; con más justo título, en tiempo en que ya se alzaban enroblecidas la paz y la tranquilidad pública, sin haber que temer a ningún huracán revolucionario, había de seguir impávida la misma recta, decorosa y genial línea de conducta, que, sin ponerse a solicitarlo, había de alcanzar tan espléndido y completo



coronamiento. Sólo era de sentirse, que no se pudiese dar con este gran resultado, en situación política creada o sostenida por mejor partido de lo que ya para entonces venía siéndolo el azul: por un partido vigoroso y todo nuevo, donde tuviesen máxima preponderancia el desinterés, la probidad, el civismo, que así todos juntos, como cada uno por sí, ofreciesen, como no podrían menos de ofrecer, la infalible garantía, de que antes pereciera el partido entero, que dejar de convertir los efectos inmediatos de aquel fecundo resultado, a la medra positiva e incesable de los bien entendidos intereses patrios, con cuidadosa y radical exclusión de cuanto tuviese olor, sabor y apariencia de intereses banderizos. Mas, de todo modos, el caso, en efecto, fue, que no anduvo mucho ni muy poco el tiempo en que había de venir a ser gobierno en Haití, el tristemente famoso General Felicité Salomón, pues su arribo al poder sucedió, al fin, coincidiendo con la venida de Luperón a la presidencia del gobierno provisional de la República, en octubre de 1879. Muy verdad es, que para lo que vamos a contar, estaría bien no pasar en silencio, sino, a guisa de antecedente preliminar, muy significativo de lo que después podría pasar o había de venir, hacer buena y fiel memoria, que ya, o a comienzos de dicho año 70, o a fines de 1878, estando en eso el General Cesáreo Guillermo para gobernar constitucionalmente, si era que ya no lo estaba, y siendo, en este último caso, el sagaz diplomático y eminente hombre público, Sr. don Manuel de J. Galván su ministro de Relaciones Exteriores, o el también notable y esclarecido ciudadano Sr. don Alejandro Angulo Guridi, en el primero, no dejó de haber una que otra persona reflexiva, que fijara su atención en el hecho de corresponder nuestro gobierno a una solicitud del que presidía entonces en Haití el General Boisrond Canal, referente al extrañamiento de cierto general haitiano, que, a ese tiempo, se



hallaba en un punto del Cibao cercano demasiado a los linderos de aquella República. Para esto, pues, pasóse órdenes al delegado del gobierno, que lo era Lilí, tan apremiantes y perentorias, que hasta se le mandaba, por mayor comodidad, poner ante todo al dicho general en seguro e inmediato arresto, para luego, hallada buena y favorable oportunidad para él, despacharle de nuestras siempre neutrales comarcas fronterizas; de lo que le pareció bien a Lilí eximirse, con engañar a su gobierno, haciéndole creer, que aquel sujeto había sido noticiado de lo que se maquinaba en su contra, y tenido tiempo de ponerse luego en salvo: falsedad que, sin hacer caso de algunos cuantos amigos, que la conocían, acreditó bastante dicho Lilí, con hallarse, como precisamente se hallaba, por Guayubín y Monte Cristi, como decía él, en asuntos del servicio. Y en verdad que pasaba esto, por más señas, en los días mismos en que, por envidia de la popularidad de que gozaba en toda la línea, se perpetró tan cobarde asesinato y muerte, como la que recibió el denotado y prestigioso General Gabino Crespo: en que no dejó de tener el macabro Lilí su buena parte (si no fue obra suya de todo punto), puesto que, consumado el crimen, escribió desde Guayubín a Boscowitz, entonces pobre y hambriento redactor de periódico en Santiago de los Caballeros, para darle entender en que género de forma paliativa, era como convenía que hiciera la relación de él: de la cual advertencia (dicho sea en bien de su memoria), no hizo caso alguno Boscowitz, que así cumplió decorosa y noblemente con el deber de todo periodista digno de merecer este nombre. Pero en general, fuera de aquellas contadas personas, que acertaron a considerar para sí, con mucha y debida mesura, lo que hacia el gobierno haitiano, a fe que nadie más pararía sus mientes en lo extraño del paso, en el alcance que podía llegar a tener: en esa, en fin, repentina transformación, modi-



ficación y cambio de proceder en tal gobierno, con respecto a nosotros, que semejante paso de suyo significaba; ni aun el mismo gobierno dominicano, siempre indiferente a todo, podía ser que se diera total y precisa cuenta de lo que dicho acontecimiento quería decir, de la trascendental y suma importancia que, para él solamente, y para otro ninguno más revestía. Por supuesto, que no aguardaba nadie cosa tal como ésta; pues en lo que menos se detenían todos a pensar y a creer por entonces, era en que los gobernantes de más allá del Massacre, de Pedernales, de los montes comisarios, y demás demarcaciones que dividen y separan a las dos insulares Repúblicas, primitiva colonia española, y, como tal, primitiva posesora, dueña y ama de la isla entera la una, y no más que antigua colonia francesa la otra, tan así pudiesen, por sus propios pasos contados, revelarnos cuán escasa diplomacia poseían; porque, a ser hábiles, astutos y sagaces, presupuesto que no estábamos nosotros por ver cosa ninguna, desentrañándola y descubriéndola con nuestra propia vista sin ayuda extraña, no nos hubieran puesto delante de los ojos, cuando menos lo necesitábamos, el lado por donde flaqueaban, y por donde no podían resistir que los tocásemos, sin rendirse a nuestra discreción, y por donde, pues, podía sernos fácil y cómodo tenerlos a raya nosotros, en sus notorias provocaciones, tan indirectas como agresivas, y tan frecuentes como inmotivadas: además que, servía eso de clara y fidedigna prueba, de como no seguían allí, en conciencia, ningún designio trascendente, ni una política definida, intencionada y alta, en el mal que nos venían haciendo: al contrario, probaban así, que sus desviados retos no llevaban norte fijo, ni fin premeditado alguno, y como que, movidos de su enemiga para con nosotros, y al amparo de nuestra incuriosa indiferencia, sólo propendían a ver de mortificarnos con ello, sin el segundo y deliberado propósito de llegar a un



punto de parada decisivo, ni de tender a la posesión de un objeto, de una cosa definitiva, grande y satisfactoria para ellos, a menos que no fuesen las porciones que retienen y poseen de nuestro amplio territorio, el único resultado que realmente codiciaban. Y sin embargo, aun con no ser eso de poca monta, nada se había visto, en razón de lo mucho que por ver quedaba; y era que, faltando, como todavía faltaba, lo más y lo mejor, no había llegado aún a sorprendernos lo verdaderamente insólito, inaudito y estupendo, en comparación de lo cual, todo lo demás, es decir, todo lo recién pasado por cuenta del General Boisrond Canal, había de venir a quedar en cosa demasiado poca e insignificante: pues el General Salomón fue mucho más allá, por ese camino intransitado, llegando a un punto extremo de él, hasta donde no hubiera imaginado llegar otro alguno: y así, mostróse, a nuestras miradas, tan pésimo y malo como político, y tan rematado como mal diplomático (aunque le han dado fama de buen hacendista), que hizo, con sus faltas, cometidas a montones en un momento, abrir de súbito los ojos a nuestros apacibles e indolentes hombres públicos, y hacerlos salir de la ignorancia letárgica en que, por lo tocante al grado de consistencia de las anteriores situaciones políticas de Haití, habían estado sumidos. Así fue, pues, que afanado, como todo déspota, en consolidar y conservar a cualquier trance y a cualquier costa su gobierno, veinte años por él ambicionado (la mayor parte de los cuales pasó residiendo en Europa), y habiéndose suscitado, al mismo entrar a ejercerlo, una infinidad de mortales enemigos, con sus actos de represalia y tiranía, tal, entre otros muchos, como la proscripción de los antiguos partidarios, y confiscación de bienes hasta de la familia y parentela, del ya para entonces difunto General Geffrard, emprendidas en venganza de haber sido éste quien le tuvo expulso tantos años, bastó y fue suficiente que llegase a su noticia,



que algún jefe o general de entre los ciudadanos por él perseguidos con todo género de rigor, había buscado refugio en nuestro territorio, no lejos de los límites internacionales, para que, sin saber imitar la impasibilidad, abnegación y pundonor de nuestros gobiernos, en sufrir sin mortificarse, como tantas veces sufrieron, la presencia hostil de sus enemigos en cualquier punto del territorio haitiano, despachase, acto continuo, un agente diplomático de la más alta categoría, cerca del gobierno del General Lupe-rón, con el expreso mandato de solicitar su amistad, al precio de cualquier inacabable testimonio de franca, discrecional e ilimitada correspondencia: para lo cual, le abra-saba el extremo y voraz deseo de que viniese a servir de base, principio y gaje señalado, la sin pérdida de un solo segundo de tiempo dictada orden de hacer salir expulso y extrañado del territorio dominicano, al general o caudillo tal, prendida por cuyas manos estaba mirando ya, en su imaginación feroz, el fantasma de una potente revolución ardiendo en las fronteras de su Estado. Nuestro gobierno, a ojos vistas, se dio a entender cuán poco, y aun cuán nada, hubiera sabido tener en justo aprecio su amistad el Sr. Salomón y sus ministros, como no estuviese de por medio la estadía de aquel general en las aludidas comarcas nuestras; y en esta certidumbre, o porque no le cuadrase meter mano a los negocios, sin previo maduro examen, bien le parecería irse con pies de plomo, en lo de considerar y resolver acerca de lo solicitado; porque, tanto tiempo se daba para ello, que llegó a sentirse impaciente Salomón por la tardanza, y no pudiendo sufrirla ya más, acudió al recurso de duplicar la embajada, y, de ese modo, reiterar el objeto de ella, para el cual efecto, envió aceleradamente a otro ministro público a Puerto Plata (que, por más señas, era un señor holandés nombrado Monsanto, siendo el primero el Sr. Ovide Cameau); y fue así como, de allí a poco, alcanzó



el objeto de su pretensión, tal cual lo apetecía. Mas, sin embargo, ni aun con eso supo después acomodarse a vivir conforme y satisfecho; y de esa manera, parte mínima por desconfiado, y parte mayor y máxima por torpe de suyo en la práctica y ejercicio de los buenos usos diplomáticos, sin saber si era o no decoroso, ni si debía, o no, ponerlo en ejecución, dejaba la ciudad de Cabo Haitiano, último punto nacional que visitaba en sus excursiones oficiales por el Norte de aquella República, y se venía, en un vapor de guerra suyo, a la rada de Monte Cristi, ya, conforme verso puede, absolutamente fuera de las aguas y del territorio de su nación; y con ese ceremonial y estilo del jefe de Estado que oficialmente hace visita o recibe a un igual y colega suyo, llamaba y recibía luego a bordo, a un simple funcionario público dominicano, como lo era, o como para él debía serlo, el gobernador del distrito de Monte Cristi, que para ello no había solicitado ni recibido permiso alguno de su gobierno; y conferenciaba con él, a solas, en la cámara del buque, como con un embajador, largas horas, sobre los mismos asuntos de orden públicos para que, al principio, había comisionado a los Sres. Cameau y Monsanto. Una vez, a lo menos, incurrió en esta falta vituperable: y nuestro gobierno, por dejarse retener y sujetar de una tolerante y lata cortesía, en obsequio extraordinario de tan alto magistrado, que así hollaba los fueros de su dignidad oficial, no hizo uso ninguno de su derecho, en mostrar, con dichos o hechos encaminados a reprender a su gobernador, el desabrimiento que le hacía sentir la extraña, cuanto improcedente llegada y visita del uno a un puerto dominicano, y aquel paso del otro, en venir a verse con tal clase de huésped, sin previo conocimiento y permiso de su jefe y superior jerárquico, el ministro de lo Interior. Pero como bien dejamos dicho arriba, todo esto vino a pasar y suceder algo más adelante; sólo quedándonos ahora por añadir acerca de



lo que falta, que la venida y misión de los dos citados funcionarios diplomáticos, obró el efecto de dar a entender a todos en Puerto Plata, y fuera de allí, que, desde aquel punto y hora, ocurría un trastrueque de papeles en la escena común de ambas Repúblicas, pues lo que antes hacíamos nosotros cerca de los haitianos, lo hacían ellos ahora cerca de nosotros: situación internacional por todos respectos nueva y provechosa para los dos gobiernos, tanto por el lado político, cuanto por el lado económico, que sólo para su estable mantenimiento requería y estaba demandado ser asegurada con las ligaduras de un convenio inmediato, que, con el favor de tales circunstancias, como las que iban delante precediéndole, se podía tener por moralmente hecho y celebrado. Esto ya quería decir, que no era preciso capacidad alguna, general ni especial, para poner manos a la obra de su celebración solemne; sino que cualquier bisoño y iliterato, podía dejarla hecha y acabada, cuando no tuviese aptitud para más, que para poner su nombre y rúbrica en el pliego y documento en que constase. Así, pues, Lilí, que fue lo primero que hubo de tener en cuenta, o lo primero que le haría ver alguno de los que le frecuentaban, Lilí se hallaba en este mismo caso; y por que se vea patente la verdad de todo este aserto nuestro, vamos a contar el paso que a continuación se ha ver, y que no podemos ni debemos en ninguna manera pasar por alto, dada la importancia que a todas luces tiene. Fue pues el caso, que ya en vísperas de salir a desempeñar su diligencia, y ya nombrado su secretario, y escogidos los individuos que habían de formar su Estado mayor (porque no sabía ni sabe hacer las cosa más que a lo militar, en que, con todo eso, no es autoridad ninguna), prevenciones todas hechas personalmente por él, sin querer consentir la intervención de su jefe más inmediato, que a causa de su ausencia quedaba hecho cargo del ministerio de lo Interior,



o sea del ministro de Relaciones Exteriores, hubo de pedir, y pidió a éste, que lo era el General Casimiro Nemesio de Moya, en calidad de préstamo particular, la obra en dos tomos, titulada *Derecho Internacional Teórico y Práctico*, del serio tratadista suramericano Sr. don Carlos Calvo, que ya el Sr. Moya le había hecho saber que poseía: la cual petición, aun con ser tan simple y baladí, no dejó de redundar en bastante honra para él, pues los presentes, que, fuera del ministro, la escucharon, pusieron a dar crédito a las apariencias, y así a primera vista, le tuvieron por hombre de positivo entendimiento y buen discurso, que, por no hacer las cosas de rutina, y por no valerse tan sólo de lo que su propia cabeza, magín y caletre le dictaba, conociendo que había en todos los negocios reglas y autoridades que seguir, a fin de no caer en yerro alguno, sabía tomar consejo de los hombres que saben, y tenía humor, talento, expedición, estímulo, gusto, espontaneidad, cuanto era menester, en suma, para no serle ardua, penosa, dura, irrealizable la tarea y el hábito de consultar las obras didácticas, y leer y ver en ellas por la noche, lo que había de poner por obra el día siguiente. Sin embargo, como en todo haya de haber contradicción, y nada se pueda ejecutar sin ella, salvo que dejáramos de ser hombres, para venir a parar en otra cosa mejor; metamorfosis esta, por cierto, absolutamente imposible, uno de los escribientes del ministerio, menos crédulo y más escéptico que sus compañeros de oficina, o más conocedor de Lilí que todos ellos, y que hasta el propio Ministro Sr. Moya, se dio a pensar, que nunca será el testimonio de las apariencias, tan seguro criterio en la investigación de la verdad, que persuada y haga creer que no se pueda encontrar otro más conducente a la meta de tal aspiración; y hallando ser esto así, como discurría, y no de otra manera, sin más pensar, acudió luego al medio de ver a uno de los de la comitiva, grandísi-



mo amigo suyo, con el propósito de hacerle, con tanta reserva, como encarecimiento, un encargo confidencialísimo en sí, cual era de que llevase cuenta muy puntual de las veces que tomara Lilí los libros en sus manos, y leyera en ellos, durante su permanencia en Port-au-Prince, o en todo el largo camino de su viaje a dicha capital. Y bien le fue, por cierto, en dar este paso, pues le salió tan verdadera su previsión y suspicacia, que así como regresaron todos, al cabo de treinta días, poco más o poco menos, le dio el confidente satisfactoria y buena razón de la vigilancia que había tenido, por lo mismo que toda la relación por él hecha, quedaba reducida llanamente a cerciorarle, que “Nada tuvo Lilí que hacer con la obra, en el tiempo que duró su ausencia, puesto que ni el título mismo, que tan breve y corto era, llegó a pasar, una sola vez siquiera, por su vista”: cosa que, más adelante, vino el mismo Lilí a confirmar enteramente, sin apercibirse de lo que hacía, pues dando el propio escribiente, ya cesante a ese tiempo, artificioso y fácil giro a una conversación, en cierto y determinado grupo de amigos, donde por acaso se hallaba Lilí presente, y sin que ninguno echara de ver la transición consiguiente, muy a su salvo le preguntó, con no menos secreta intención, que disimulada malicia y discretas razones, de quién pudiera ser aquel tratado de Derecho Internacional, que llevó consigo, cuando fue de ministro diplomático a Port-au-Prince. A lo que respondió, confesando con ingenuidad, ajena, por cierto, a su carácter, no saber dar buena razón, ni hacer clara memoria, en aquellos momentos, cómo el autor se llamaba; que por cosa cierta y bien averiguada tenía, que no debía de ser sino francesa la nacionalidad de tan famoso personaje. De modo que, como bien se mira, mejor no podía quedar comprobada la certeza de que, a todas luces, no había hecho uso ninguno de los dos volúmenes, ni aun siquiera de uno solo. Y bien



cabe ahora inquirir una cosa, que se desprende por sí misma de lo que antecede, y es ésta: que pues no había de consultar el texto de la obra, porque su natural, reñido con todo lo que fuera, y con todo lo que sea, estudio y labor especulativa, y método y regla, no le infundía ningún valor; ni le capacitaba para cosas a ésta semejantes; en tal caso, ¿cuáles serían las miras, cuáles los motivos, que pudieron inducirle a llevarla consigo, como la llevó? Pero nada tan fácil como dar a esta pregunta, racional y cumplida respuesta: y nace, y se desprende, y se deduce toda ella, de tal consideración como ésta, es a saber: que no le debió de faltar, en esa coyuntura, el favor de aquellas luces naturales, que nunca desalojan y dejan vacíos a los entendimientos ni aun de las personas más imbeciles y embrutecidas, y que les bañan en inextinguible claridades los senderos, por donde puedan, con pie derecho, encaminarse al objeto y término de hacerse pasar, en el concepto de los otros, por mejores de lo que son en realidad; y era lo procedente, que ya una vez exaltado él a la siempre, y como la que más, honrosa y alta clase del mandatario diplomático, y enaltecido con la representación de su gobierno ante la suprema autoridad de un país extranjero, no perdonara ocasión ni medio, por más insignificante que pudiera ser, de mostrarse digno de merecerla, por lo mismo que, como ya lo veremos, no la mereciera: ni podía escapársele de la vista, por miope que fuera, y que es, en achaque de sentido moral, que pues el Ministro Moya le había hecho saber con anticipación, que tenía la obra en su poder, como dueño de la misma era, esto no podría ser sino a manera de invitación indirecta, para que se la tomase prestada; y por ahí debió de advertir lo que le señalaba el índice del don de gentes, que no era sino aspirar a ser tenido por persona de cultura (sin estar provisto de ninguna), y en consecuencia, pedírsela con este mismo fin: cosa esta patente y manifiesta, como hemos



dicho, hasta para las personas de vista más oscurecida y limitada: las cuales, además, tampoco habrían dejado de advertir, que mejor fuera que hombres de tan copiosos posibles como él, a quien, por eso mismo, nada le privaba ni estorbaba entonces, como nada hoy le priva ni estorba tener en su posesión, por necesidad o por placer, todo cuanto quisiera poseer, hubiese dado muestras de cultura de otra mejor manera, o sea en no hacer cuenta ninguna de aquel ofrecimiento tácito y sobrentendido, y antes que solicitar la obra en calidad de préstamo, acudir más bien a comprarla de la mano del dependiente o dueño de alguna librería, y así tenerla y poseerla en toda propiedad, por la natural y sencilla razón de haberle costado su dinero; aunque nada se adelantaría con gastar tiempo y razones en persuadir semejante paso a un enemigo irreconciliable de los libros, como no ha dejado Lilí de serlo siempre. Además de todo, ¿para qué libros, ni otra cosa alguna que tal valiera? Porque, si vamos a tomarlas por su lado práctico, real y positivo, sin que por eso venga nadie a dar por hecho, que para los resabios de Lilí puede haber en tal caso alguna disculpa posible, habremos de notar bien claro, que no eran menester semejantes consultores en el negocio. Y no es que nunca revistiera el sujeto, materia y fondo de aquella comisión, toda la grave y suprema importancia que por sí tenía: porque nada, real y verdaderamente, le había de poder superar en esa parte; sino que, cuanto se apartaba y quedaba fuera de lo moral e intrínseco de la misma, como conferencias, deliberaciones, y procedimientos de cancillería, merecería llamarse con esos nombres a lo más, pero no merecería la consideración de tal; porque de la manera que fueron entablados, proseguidos y terminados, no deben reputarse por procedimientos de cancillería, ni por conferencias, ni por deliberaciones, ni por nada: y con decir que ni hubo protocolo alguno, huelga el acudir a razones de más gravedad,



para bien de advertir si los tales actos fueron o no fueron todos cosas ligeras, si valieron o no valieron para nada, si dieron o dejaron de dar en peso, valor, seriedad y otros meritorios requisitos circunstanciales, que de ordinario hacen compañía inseparable a negociaciones idénticas a éstas, todo lo que dar y ofrecer de sí les correspondía y era debido. En efecto, en unas cuantas visitas que hizo, y entrevistas confidenciales que familiarmente tuvo Lilí con el Presidente Salomón en persona, quedó listo y despachado todo el negocio: diremos que a plena satisfacción y contento del primero, según se puede ver por el éxito que alcanzó en la demanda de algunos miles de pesos que, por su propia cuenta particular, y no siguiendo instrucción alguna del gobierno de quien era mandatario, pero hablando en nombre de éste, supo en una de aquellas visitas y confidencias, hallar la oportunidad de hacer al referido magistrado: el cual convino incontinenti con la exigencia, y mandó poner en sus propias manos, para el gobierno dominicano, la cantidad de treinta y tres mil pesos en efectivo, suponemos que a cuenta de una mayor y mucho más considerable suma, que quizás no podía el tesoro haitiano tener reunida, y de un todo lista, para entregársela, de una vez, o antes de la fecha en que había de llevar a efecto su partida de regreso a Santo Domingo. Pudo ser también, que no fuera eso, sino que la solicitud no llegase a pasar ni a extenderse a más que a esa treintena de miles de pesos. Lo cual (aunque dudamos mucho que así fuera), no importa nada, ni hace al caso para lo que ya nos va quedando por referir; y es, que cuando volvió de su viaje, no dejó Lilí de traer escrito en español, en un par de hojas de papel de oficio, sin escudo de armas impreso, ni otra cabecilla expresiva de la cancillería u oficina presidencial de donde pudieran venir despachadas, unos pocos y breves capítulos (seis o siete a lo sumo), en que se repartía y encerraba toda



la convención que hizo con el presidente de Haití en nombre del gobierno dominicano: y lo más seguro, que cuanto contenían los pliegos era la certificación de un *modus vivendi*, que fue ni más ni menos cuanto llegó a quedar concertado con Haití; pero un *modus vivendi* de índole particular y reservada entre gobierno y gobierno, en tal manera, que se debía conservar en riguroso secreto, una vez que no fue mandado al Cuerpo legislativo para su ratificación, en ninguno de los dos países, ni por ninguna otra vía y conducto trascendió al público, ni llegó a ser de su dominio en Haití, como tampoco entre nosotros, donde nadie vino a preocuparse ni a mostrar impaciencia por conocerlo, como tampoco dejó de pasar otro tanto a ese mismo tiempo en la parte allá de nuestros confines nacionales. Y ahora bien, si a todo eso ponemos por vía de apéndice y añadidura que, como era la verdad, nada decían aquellos papeles, ni se traslucía en ellos nada en materia de cantidad alguna de dinero entregada ni recibida por quien correspondía, no será menester más explicación, para que todos luego caigan en la cuenta de la impetuosidad con que debió de sentir Lilí el despertar de sus insanos impulsos, a la vista de aquella gran cantidad de monedas, depositada en sus manos, sin recibo ni más que la débil, mínima y frágil garantía vinculada en el elevado carácter oficial de que se hallaba investido, y cuán llano y cómodo había de hacersele aquello de meter mano con dicha suma, y no entregarla tal cual se la hubieron de dar, y él la hubo de recibir personalmente, sino por demás decaída, maltrecha y menoscabada en su primitiva totalidad y entereza. Ya vamos a ver como pudo él tener tan inaudito y enorme atrevimiento, fiado en el juicio que siempre ha formado de sí propio, en creerse poseedor de una especial habilidad, que no ha podido ser sino puramente negativa, una vez que se ha tenido y tiene por hombre de números (por oposición a hombre de letras, de las cuales no entiende



nada en modo de alguno), y es lo más cierto que no ha sabido jamás qué hacer con los números, como ya no sea usándolos en su oficio de tomar para sí los bienes ajenos, a los cuales no ha podido en ninguna ocasión mirar con el respeto que tanto se les debe. Teniéndose pues por hombre de números, imaginó estúpidamente serle fácil hacer que los otros quedaran engañados, respecto de una cuenta que presentó a su regreso, de unos gastos absolutamente imaginarios, que dijo haber tenido que verificar por suma precisión, y que procuró que no ascendiesen a menos de catorce mil pesos; y en consecuencia de lo que decía y aseguraba, entregó tan solamente la suma efectiva de diecinueve mil pesos, exactamente cuanto venía en fin de cuentas a sobrar, deducidos de la suma primitiva entregada por el gobierno haitiano, esos catorce mil fuertes, que con tamaño descaro acababa de distraer, para echarlos al acervo y masa, ya considerable, de su mal adquirido peculio. Al gobierno, forzoso le fue pasar por todo lo que decía en su falsa y peor zurcida cuenta, y no se la exigió de ninguna manera, por considerar, sin duda, lo peligroso que había de ser para su propia estabilidad y para la paz tan necesaria de la República, toda resolución tomada con el fin de pedirle una residencia de aquella clase; con que, por esa parte, no llegó la substracción a traerle ninguna desfavorable consecuencia. La cual substracción hubiera quedado bien oculta en los archivos del secreto, conforme a los deseos ardorosos del propio Lili, como también a las intenciones del mismo gobierno, que podía ser, que por vergüenza propia, y por atajar el paso al escándalo, que había de ser consiguiente, no tuviera fundados sus deseos en ninguna otra cosa, fuera de aquella; pero como sea difícil, si no imposible de todo punto, la empresa de guardar un secreto entre muchos, que, por esa razón misma, deja de ser tal secreto, finalmente vino a ser violado, y no sabemos



por cuál órgano de publicidad, se llegó a divulgar entre amigos y enemigos; de resultas de lo cual, no poco fue lo que, por lo bajo, se habló de tan descarado pillo en todas partes, sin que faltara quién, alzando la voz desde las columnas de algún periódico, se arriesgase a decirle poco más a menos:

¡Suelta el peso, Pancho,
Que es del rancho!

Con lo cual acertó a encenderle las orejas, y a mortificarle de modo, que fue preciso contenerle, porque llegó a extremos de querer dar de mano a sus funciones ministeriales, ya por él reasumidas, y bajar de su despacho, y salir, con hartos alevos intenciones, al encuentro de su calumniador, como le llamaba: porque a Lilí, nada le ha dado siempre tanto placer, como hacer mal, cometer maldades, alzarse, como dicen, con el santo y la limosna, sin allanarse a sufrir que hombre nacido alguno se lo vitupere. Por último, el Congreso Nacional hubo de ir más lejos, porque, si estamos en lo cierto, como sí creemos estarlo, el augusto Cuerpo, a propósito de contestar por ese tiempo a un mensaje del Presidente Meriño, le pidió tales cuentas, o le hizo tales cargos, debajo de la impresión de lo sucedido, que no pudo éste dejar de contestarle, conjurándole a que optara entre retirarlos, o formular en términos directos, precisos y categóricos la vacilante acusación que envolvían. Y cuando no le repuso nada, ni volvió a decirle palabra el Congreso, y recogió y guardó la nota que le había pasado, evidentemente había que inferir de tal silencio suyo, que, con efecto, retiraba lo dicho, y que tenía poca o ninguna confianza en la firmeza de la base donde se apoyaba, y estimaba en su punto lo falto que se veía de contundentes argumentos; porque no habría pasado por quedar vencido con tanta



facilidad, si viera que podía salir coronado por vencedor. De todos modos, fue la prudencia quien le llegó a enseñar a no ser temerario, y a no querer pasar adelante del término donde se había detenido; pues procedió así, porque quiso, supuesto que los hechos, que nadie podía desmentir ni adulterar, quedaban intactos por eso mismo, y le daban toda la razón que, de otra manera, hubiera podido tal vez hacerle notoria falta.



XXXII

Esa fue pues la clase de conflicto parlamentario que sucedió, por la conducta guachinanga de Lili. Mas, no se piense que todo hubo de parar en eso tan sólo; porque muchos de los que se saboreaban con la perspectiva de poder medrar a manos salva en la presidencia de Meriño, y veían lo fácil que les había de ser deducir todo el provecho de su administración, y no dejarle a él sino la responsabilidad del mal que hicieran, no contaban con que se hubiera e interponer a sus designios el impedimento de un Congreso tan independiente y tan intolerante con ciertos abusos, como ya llevaba trazas de serlo aquél; y así, diéronse, a la vista del pasado incidente, a considerar de veras, que no se les facilitaría la empresa tan bien como ellos confiaban, si para ver de lograrla siempre a todo su sabor, y a hurtadillas de todo linaje de jurisdicción y de vindicta, no procuraban echarle abajo lo más presto, y sustituirle con otro, que no se distinguiera por lo indómito de su condición, sino por su manejable domesticidad y mansedumbre. Esto, claro estaba, ninguna dificultad ofrecía en la especulación, sino en la práctica; y allí, quien la constituía era nada menos que la Constitución, aquel mismo pacto fundamental a



quien Meriño había solemnemente jurado plena obediencia, y al cual había venido ciñéndose con mucha puntualidad hasta entonces. ¿Cómo pues pasar por sobre ella? Tumbándola, hubiera respondido unos pocos en cantidad, y considerables en influjo, si malos como ciudadanos, y por ende, malos como amigos de Meriño todos, que no urdían otro proyecto y trama en las tenebrosidades impenetrables de su funesto pensamiento, desde que le vieron entrar en posesión de su alto encargo, y que, por cierto; así, tumbándola, o por mejor decir, rasgándola en el hecho, fue como hubieron de contestar de allí a muy corto y breve término. Meriño, con efecto, no fue más, que una verdadera víctima de su administración y gobierno, por culpa de haber llegado a persuadirse desde un principio todos los alcastraces de su partido, que, más que ningún otro, iba él a necesitar de sostenerse sobre los hombros de los demás, y que, por eso mismo, no habría de hallar cómo impedir el servirles, sin saberlo ni quererlo, para el fomento de sus intereses privados; que no es otra la forzosa pensión del hombre pasivo a quien cabe la mala ventura de gobernar un país donde la mayor influencia y potestad las tienen esa clase de hombres de acción, llamados macheteros, formantes y componentes de una colectividad social, desprovista de todo linaje de organización interna y privativa, pero que se conoce de bien lejos, y a la simple vista, por su total carecimiento de virtudes, y la gran muchedumbre de vicios que la plagan, siendo, por lo tanto, no pulcra, ni leal, ni desinteresada, ni útil en modo alguno para el servicio de los intereses nacionales; pero sí autoritaria, fementida, inmoral, retrógrada, usurpadora, egoísta, reaccionaria, corrompida, y siempre abrasada en deseos inmoderados de mando y de fortuna, y por ellos movida siempre a no dar paso alguno, si no es aceleradísimo tras las ocasiones de saciarlos a toda costa, sin cuidarse de si hay algo más



en el mundo a donde tornar la vista, si hay principios, o si hay patria, o siquiera si hay vergüenza. Fue pues Meriño una verdadera víctima, como decimos: víctima de sus enemigos, quienes lo enclavaron en el leño ignominioso de la difamación, a vista y paciencia de todo el mundo, que se lavó las manos, sin que faltaran las mismas que debieron haber querido despedazarse, primero que ponerle a peligro de pasar por ese trance. Víctima de su propia consecuencia, porque tuvo a menos sacrificarla en lo más mínimo por él, y antes prefirió sacrificarse de todo punto por ella. Víctima de la inconsecuencia de sus amigos, pues al verle, ya tan fuera involuntaria y forzosamente de su medio y de su centro, debajo del rigor inflexible del insulto y la calumnia, lejos de compartir o considerar, por piadoso estímulo, las acerbos congojas que le laceraban el ánimo, no pocos flaquearon en sus antiguos afectos, no pocos le volvieron la espalda, no pocos le negaron, no pocos batieron palmas en silencio, gozosos de leer los virulentos y apasionados escritos en que le destrozaban el crédito sus gratuitos o sistemáticos enemigos, si es que no tocaron en el extremo de hacerles coro, donde más debían empeñar su veracidad en desautorizarlos y reducirlos al silencio, con argumentos mejores que las flacas razones que acertaban ellos a ofrecer en sus viles y nauseabundos libelos difamatorios. Y víctima principalmente de su genial e incorruptible buena fe, porque, trasladando, en vuelos de la ficción, a los pechos de los demás, los movimientos que conmovían al suyo, que no eran sino aquellos sentimientos que más entonces hacían al caso, cifraba toda su confianza en que también debía de ser buena la fe con que le habían de ayudar, secundar y servir, como a cabeza visible de la República, los hombres que, dentro del radio circunscrito de su administración, estaban ineludiblemente, por deber oficial en la obligación de sustentarle y defenderle, y bastantes de los



que, fuera de allí, tácitamente, por deber de correligionarios o cointerésados en el sostenimiento y estabilidad de la situación, tenían contraído ese mismo compromiso; y ello era, que no estaba en lo cierto más que a medias, o por lo que tenía que ver con el mayor número de ellos: pues en ninguna ocasión se le pudo ayudar y servir a un presidente, o a un hombre cualquiera con intención y fe más mala que la que albergaban en sus adentros algunos cuantos, o algunos pocos, que valían por muchos, y aun por todos los demás, porque podían hacer, o más bien, o más mal que todos juntos, por la mucha mano y alta posición de que gozaban, bien a causa de sus circunstancias personales, bien por el encumbrado empleo y cometido que habían recibido de sus manos; de los cuales si es que no había de ser capaz ninguno de hacerle una felonía, como pasarse al campo de sus adversarios, en los momentos en que le combatían éstos con las armas en las manos, más fuera de apetecer, que a lo menos hubiesen sido capaces de semejante acción, cuando vil para ellos fuera, y no que, por tal de salir mejorados en asunto de fortuna material, les importara poco, y hasta nada del todo, que caminase a ciegas, que fue como caminó, al encuentro de su impopularidad y descrédito, y conspirasen, a veces sin conciencia, y otras adredemente, pero sin detenerse un punto, a que cayera en efecto en las más profundas cimas de la una y del otro; porque nada podían ellos hacer, ni nada hicieron, por sus intereses particulares, que no fuera dando lugar holgadísimo a que las consecuencias él solo fuera quien las padeciese, y nunca llegaron a distribuirse de manera, que tocarse a cada cual lo que con arreglo a razón y a equidad había de corresponderle. Para eso, todo se lo hubieron de hacer a escondidas, a trasmano, y a sus espaldas; de la cual manera, hubo de pasar una infinidad de hechos, que, nunca, ni por entonces, ni después, llegaron a su conocimiento, con



ser de los que más hondamente hubieron de lesionar su íntima respetabilidad y fama, porque fueron de los que más motivo brindaron a la disminución y pérdida de la incontaminada y fulgente majestad de que hasta esa hora y punto venían diademadas. Así, pues, desde los instantes mismos en que, ya por él hechos los solemnes prometimientos constitucionales en la Santa Metropolitana Iglesia Catedral, entraba en el palacio de gobierno a constituir e inaugurar el suyo, cualquiera, desde luego, habría podido caer, sin sombra de dificultad ni duda, en lo que primero le habría de pasar en él, con solamente poner atención a las palabras que, terminados los cumplidos, parabienes y felicitaciones de los demás, le dirigió Lilí en presencia de unos pocos, para congratularle, y, por ahí, darle muestras, a su modo y manera, de que le agradecía el acto bien que le acababa de conceder, en nombrarle ministro de lo Interior y Policía; pues apartándose del ejemplo de los otros, que le daban sus enhorabuenas en el sentido de que no hallase tropiezos en su manejo personal de los negocios del Estado, sino que fuera éste lo más desembarazado y próspero que ser pudiese, y fijo en su idea dominante, tan distinta, y de un todo tan opuesta, contraria y al revés de lo que llevaban pensado todo los demás, le habló y dijo, con señales de mucho júbilo, de la manera siguiente: *¡Ahora no nos falta más, que ver al padre con un machete a la cintura!* Eso fue todo cuanto atinó a discurrir y hablar en aquel día y ocasión de legítimas expansiones para los que arribaban al punto culminante del mundo social. Y cabalmente, en decir que tan sólo era eso lo que faltaba, decía una verdad tanto más inequívoca y grande, cuanto que, los hechos, que siempre dicen más que las palabras, habían de venir a confirmarla presto; que no a otro fin alguno iban los demás a enderezar sus conatos de allí adelante, hasta salir de todo en todo con su idea. Por tanto, en el tiempo y



espacio en que consagraba sus primeros actos administrativos, gubernativos y presidenciales a la utilidad y bienandanza de la nación, y por ese tenor hacía lo que ni por siquiera un solo gobierno anterior había sido acometido, emprendido y llevado a buen remate, los que debieran fijar, de honrada manera, todo su interés, en secundar los bien intencionados deseos en que abundaba, y tener a orgullo ser y llamarse sus leales coadyutores en cuantas obras pusiera las manos, para dar dichoso cumplimiento a su difícil cometido, ya no estaban más por otra cosa que no fuera verle con un machete de cabo, ahora terciado, ahora ceñido, por sobre la sotana, o sea convertido de presidente constitucional en dictador, que decían habría de ser cosa la más hermosa y levantada en hombre de su mérito, respetabilidad y profesión. De ese modo, no estaban por llevar la mira puesta, más que a obstruirle y hacerle impracticables los caminos que a la gloria guiasen, y que sabían y veían claro que no demandaban sino ser por ellos mismos limpios y desembarazados, bien que no ya de todos los malos pasos que tuvieran, y que necesariamente habían de presentar, si a lo menos de aquellos obstáculos, cuya remoción vendría siempre a ser tanto menos dificultosa, cuanto que, por lo mucho que saltaban a la vista y eran palpable, no podía ninguno engañar, diciendo no estar en los términos de su posibilidad el echarlos de ver y remediarlos. Y no porque fuera Lilí de los más deseosos de que Meriño se pusiese y trajese al cinto, y usase, y manejase un encabado, había de ser también, ni siquiera de los que le ofrecieran la ocasión de llevarlo, como lo hubo de llevar para todo el mundo, menos para él, que, a ojos vistas, estuvo ignorante de todo aquello siempre; pues a decir verdad, nunca Lilí habría sido sujeto de preparar por sí mismo y por sí solo semejante ocasión, no solamente porque a él había que darle siempre las cosas de un todo prevenidas y



hechas, por no saber crearlas ni hacerlas, sí había que servirse únicamente de su industria e inventiva personal para ello, sino porque, de las fuerzas materiales sin las que no ha podido llevar a cabo nunca nada, le faltaban entonces las requeridas, para poder dar por su sola cuanta y riesgo un golpe de Estado pequeño, grande o de otro cualquier carácter, género y naturaleza. Era en Puerto Plata donde todo había de fraguarse, y donde todo había de tener principio de ejecución, para que los demás puntos de la República siguiesen obedientes y rematasen, el mal impulso y peor ejemplo que allí se daba; y en ese mismo caso, Lilí no tenía más que hacer, sino lo que hizo, que fue aguardar inconscientemente lo que había de venir por sus propios pasos, fuera lo que fuera; que si le hubieran preguntado qué vagas o concretas esperanzas le infundían más aliento del normal que tener solía, por más que le hubieran hecho fuerza para que diese una precisa y categórica respuesta, bien compadecida con los fines y tenor de la pregunta, no le habría sido posible responder palabra, porque no estaba en cuenta de lo que, para subvertir la República, comenzaría luego a dictar, en secreto y tenebroso conciliábulo, el genio del mal, de quien, por cierto, era él mismo una tangible y siniestra personificación. Así pues aguardó, sin tener conciencia y sin saber qué aguardaba; pero eso sí, aunque todo lo ignoraba, y de nada podía saber, cuando sus propias inclinaciones le daban derecho para estar bien al cabo y al corriente de aquellos clandestinos y lóbregos negocios, no por eso dejaba de convidarle o conducirle por otros rumbos el siempre despierto instinto de su propia perversidad, y sugerirle, mientras tanto, cosas que también redundaran en mengua del puro, limpio y claro nombre de Meriño, que, a pesar de todo, estuvo siempre muy de veras inocente de los escondidos manejos y conciliábulos donde, haciendo que se tendía tan solo a la



mayor exaltación y prestigio de su persona, lo que a ciencia cierta, preocupaban sus titulados amigos, no era sino hundirlo, y quedar ellos boyantes; porque, tanto retrocedería él en pos de una celebridad inmerecida, cuanto más ellos avanzasen y fuesen tomando creces en la carrera de sus personales granjerías, puesto que aquello, y no más ni menos, tenía que ser la inmediata e infalible consecuencia de lo otro. Dócil pues Lilí al estímulo de sus malignas y malvadas inspiraciones íntimas, y bajo la obsesión sugestiva de sus permanentes malos deseos, el mismo día que siguió al de la jura de la Constitución por Meriño, y en que dio éste principio a su gobierno, cuando lo primero que hubiera puesto en planta cualquier ministro, que tuviera ilustrada noción de la magnitud y ponderosidad de sus funciones de tal, hubiera sido poner manos a la obra de organizar el régimen de su departamento, porque sirviera de la mejor suerte al fin nacional para que ha sido creado, él no supo, y por no haber sabido, no pudo, atender a más que a implantar con sigilo, y a hurto de Meriño, una política exclusiva suya, e indigna de la profesión y voto sacerdotales de aquel magistrado, política infame, traidora, inconstitucional, de repulsión y no de atracción, de muerte y no de vida; y a iniciar en ella, no diremos a todo el mundo, sin ninguna distinción de lugares, y en el Norte como en el Sur y Este de la República; no diremos, esto es, a todas las autoridades políticas, dependientes de su ministerio, a todos, en suma, los gobernadores de provincias y distritos, con quienes tenía que ver y que hacer oficialmente, porque no con todos tenía mucha ni poca mano, mucha ni poca entrada, mucha ni poca confianza para tanto, y si uno, si dos, si varios le seguían, lo que iban a ser los demás, el mayor número, no había de hacerle caso alguno, y recibirían sus diabólicas insinuaciones con el más profundo desdén; sino a un reducido número de copartidarios y de amigos políticos



suyos, por no decir mandaderos, empleados unos, y otros fuera de activo servicio, pero de algún influjo local con empleo y sin él, que tenía en distintos lugares de la provincia de Azua; como si dijéramos, en una de las partes más extremas y atrasadas de la República, en la más accesible acaso, a los enemigos del orden establecido, que con facilidad podían pasar por Haití sin ser advertidos, e introducirse, con la misma, en cualquier punto de ella, para ver de alzarla contra el gobierno; y donde, al amparo de su propia distancia, y del oscurantismo que la envolvía, todo había de poder hacerse, sin temor que alguna hoja periódica, ni pública voz alguna (porque allí no había prensa, ni espíritu público, ni civilización, como en el Cibao), fuese a tomar a su cargo la tarea de hacer luz sobre ningún atentado gubernativo, que se tuviera oculto merced a la misma clandestinidad con que hubiera sido perpetrado. Así que, acertando a estar presente aquel día, por la mañana, en el local del ministerio, un particular amigo suyo, que no tenía nada qué hacer, le dio en seguida oficio, y fue ponerle a enmendar y concluir, a su cabal gusto y contento, un borrador empezado por uno de los secretarios, que no atinó a ser feliz en trasladar puntualmente al papel lo que ya le había dictado y él decir quería. Efectivamente, de tal manera llegó a quedar vertido su pensamiento en la minuta de su dicho amigo, que no había más que apetecer. Terminado lo cual, mandó que cuantos allí se hallaban de secretarios, escribientes y amanuenses, sin excluir ni excusar al mismo precitado amigo, se diesen a la faena de ir extendiendo, con fiel y estricta sujeción al tenor y letra de aquel original, una porción de cartas particulares, que luego firmó y expidió a tantas autoridades y especiales personajes políticos de la mencionada provincia, cuantos nombres suyos componían una luenga nómina, de antemano y al mismo efecto preparada. Y ¿qué decían y encerraban aquellas



misivas? Pues decían y encerraban lo que no hemos de hacer presente, sin referirnos primero a las palabras dichas la víspera por el Presidente Meriño, ante la Representación Nacional, congregada bajo las excelsas bóvedas de nuestra basílica metropolitana, con el objeto y fin de recibirle juramento, y escuchar la lectura que había de hacer de su inaugural mensaje: las cuales palabras, tan bien escogidas, como bien concertadas, venían a ser la expresión cabal y genuina de un bello, y sinceramente, y de buena fe concebido programa de gobierno; que si en todo tiempo, y en boca de no importa cuál personaje, investido de las facultades altas de primer magistrado de la República, un documento igual a ése, debe ir del brazo con la inmensa importancia inherente a su objeto capitalísimo, en sus labios, no podía deshacerse del compromiso de tener que corresponder, además, a la ganosa y enardecida expectación provocada en la gran masa del público, por las circunstancias, antes principales que accesorias, en su persona concurrentes, y vinculadas en su procera talla cívica, en la excelente condición y naturaleza de su intelectualidad, y a mayor abundamiento, en su sacerdotal ministerio, en su irrevocable consagración al servicio de una fe, cual la católica, que busca la paz, que quiere la concordia, que glorifica la justicia, que bendice la humildad, que premia la mansedumbre, que profesa la misericordia, que predica el amor, anhelos, virtudes y aspiraciones, que nadie dudaba, y todos tenían para sí, que todas juntas, y cada una por su lado, y en cualquier sentido que fuese, habían de fulgurar con su natural y propio resplandecimiento en aquel gobierno, y cuyo espíritu palpitaba, holgado y nunca deprimido, en aquellas nobles palabras, según las cuales, y entre muchas otras promesas, enemigas de todo desorden y desbarajuste gubernativo, y de toda inmoralidad, los caminos del magistrado que las pronunciaba, serían las leyes, y ocasión y



motivo de su acendrado acatamiento, el uso práctico de la libertad, mas no de la libertad aguardentosa, callejera, vagabunda, sin pudor, holladora de todos los respetos y buenas costumbres, de cuyas entrañas sólo sale a plaza el monstruo de la tiranía machetera, que, como todas las tiranías, y como todos los despotismos, no es más que la iniquidad y suprema injusticia, convertida en sistema de gobierno, sino de aquella recogida, casta, digna, y honradora libertad, que se usa en los pueblos verdaderamente *semecráticos*, y que no puede ser, ni es, ni será jamás otra cosa, que la sujeción y ajuste constante y estricto de los actos de nuestra voluntad, a los preceptos de toda ley escrita, ora en lo que tienen que ver con la sociedad, regida por el derecho civil; ora en lo que tienen que ver con el Estado, regido por el derecho público; inapreciable y dignificadora libertad, que puede subsistir y subsiste debajo del título de civil o de política, según que hagamos lo que mandan o no privan las leyes civiles o políticas, o según que nos apartemos de todas las ocasiones de hacer lo que aquellas o éstas vedan y prohíben, y en apología de la cual, nada importara, ni extraño fuera, que nos dilatáramos y extendiéramos algo más de lo preciso, pues por ser ella quien es, nunca enfada la cuenta de sus inenarrables excelencias, ni ser humano habrá, por eso mismo, que reciba enojo alguno, ni se canse, de oír repetir sus alabanzas. En efecto, es ella la única libertad necesaria en el mundo, la única indispensable a la satisfacción de todas nuestras aspiraciones, la única saludable, la única ennoblecedora, sin la cual no podría estar en modo alguno la humana dignidad en todo el punto de su plenitud, en todo el grado máximo y superlativo de su entereza y perfección. A fuer de tal, pues, por ella hicieron despedir sublimes y dulces notas a sus liras de oro y de marfil los grandes poetas: por ella suspiraron y abogaron en todos los tiempos y países, los filósofos políticos, y los nobles y altos espíritus; por



ella clamaron en las ergástulas el siervo, en su abyecta sujeción el cautivo, en extranjero suelo el desterrado, en sus tribulaciones el perseguido y aherrojado de la tiranía, y se alzaron en armas los pueblos oprimidos, y viven tantos y tantos héroes y mártires la vida de la inmortalidad en los Campos Elíseos de la historia; por ella tienen adquirida la prosperidad a que han llegado, de día en día más pujante y más esplendorosa, y son ilustres, y son fuertes, naciones tantas de la tierra, y subirán por ella, de infalible modo, a los mismos apogeos de ventura, poderío y civilización, cuantas otras se propusieren imitarlas, en saber ser libres como ellas, supremo bien y gloria, y enaltecimiento, que no se alcanza de otra manera, sino manteniendo en perpetua proscripción y extrañamiento, al abuso, a la licencia, al desorden, a la injusticia, por ministerio y eficacísima virtud de la obediencia pasiva y perseverante a los saludables mandamientos de las leyes vigentes de la República. Porque ¡ah! bien sabía el mayor ingenio que ha tenido Francia, bien sabía, que los hombres, en nuestras preces, oraciones y plegarias a los cielos, solemos rogarles que nos libren de nuestros enemigos; mas él, que prefiriera morir, a desperdiciar una ocasión y coyuntura cualquiera, de hacer patente cuán de propósito burladora y traviesa condición era la suya, más bien decía, por cierto ingeniosa y profundamente, de esta manera: *¡Dios mío, líbrame de mis amigos!* De consiguiente, por el mismo tono, sentido y manera, podría también decir, a su vez, la libertad, entre nosotros al Ser Supremo (y con la libertad, el orden, la hacienda pública y todos los intereses nacionales): *¡Libradme de los liberales!* Porque, según experiencia y verdad demasiado averiguada, no tiene, ni ha tenido ella jamás, peores enemigos, que los que se dan, se venden y reputan por sus incondicionales defensores, y que, si vamos a pernotarlo con cuidado, no se jactan de nombrarse, con su habitado



énfasis, servidores de la causa liberal, sino por traer encubierto con el nombre de la cosa, lo que son y siempre han sido en el hecho: unos fermentados, desmoralizados, calamitosos y, por tanto, aborrecibles demagogos.

Pues con ser esta la libertad apetecida del hombre de bien, la libertad que a todos aprovecha, y a nadie trae consigo perjuicio alguno, ni al pueblo que la practica, ni al gobierno que la respeta, como aquella otra libertad, desenfrenada, parejera, licenciosa, que, con su ejercicio discrecional, pone tanto recelo en el ánimo de las autoridades, mucho más si son dadas a la arbitrariedad, no pudo ser parte para dar contento y hacer buena sangre a Lilí, el notable mensaje que acababa de oír y ver leer al presidente; y esto sucedió así, porque, fuera de lo dicho, y por otra parte, le oyó también hacer mención en su lectura, de rígida y escrupulosa sumisión a los preceptos constitucionales, de manejar con decente y sana intención los dineros de la República, de rendir a la opinión pública el debido acatamiento, y gobernar con ella; de reverenciar la majestad y prerrogativas de las otras supremas potestades del Estado; de mantener ilesos, y contra todo preponderantes, los privilegios de la moral administrativa; de no conculcar los derechos y garantías, inseparables de la condición del que nació ciudadano y hombre libre; de atender a lo que pide, para ser cumplido y satisfactorio, el ejercicio de impartir la justicia por todos y cada uno reclamada; de ceñir, en fin, sus actos, uno por uno, a las prescripciones imperativas del sentimiento sublime y nobilísimo, que sólo existe para querer y pedir, y reclamar, a voz en grito, que, ante todo, y por sobre todo, se haga poderosa, culta, imperecedera y feliz a la República; y padece desesperación y nostalgia dilaceradora, todo el tiempo que dilata en verificar su retardado advenimiento, la inefable hora donde, por fin, se llegue al suspirado término y paradero de aquella causa



final, tan verdaderamente definitiva, y suprema y nacional, o sea patriótica; los cuales solemnes y jurados compromisos, así todos juntos, como cada uno por sí solo, le alarmaron en tal extremo el animo y tan grande pesadumbre le trajeron, que, si como Meriño escribió su mensaje, y lo leyó al Congreso, sin acuerdo ninguno con los que habían de ser sus órganos y ministros, los hubiera llamado a todos en consulta de lo que había de prometer, o acerca de lo que habría sido bueno callar, o tan siquiera, mediante familiar y reservada lectura, les facilita conocer con anticipación el texto de aquel documento, con toda seguridad que hubiera osado atreverse a impugnar el contenido, hasta con riesgo de malquistarse con él, y de no recibir cartera alguna de sus manos; y si fuera cosa que tuviese algún influjo en su ánimo y persona, no se parara en su oposición y temeridad, hasta no hacerle tachar todos esos prometimientos, por tener entendido, como muy bien lo tenía, que si Meriño los formulaba, como lo hizo, no era sino animado del firme, resuelto y leal propósito de darles en lo sucesivo, cabal, diligente y satisfactorio cumplimiento. Entonces, pues, como nada de aquello hubiera de serle posible de ninguna suerte, y como viera claro que no le asistía competencia ninguna para tratar de persuadir ni convencer a Meriño en nada, y, en fin, como ya no hubiera medio ni forma de anular el paso, a su juicio tan mal dado por éste, ¿qué idea se cree que hubo de sugerirle su endiablada condición, a fin de acudir a enderezarlo con la prontitud que a su parecer estaba requiriendo? Pues nada menos que la idea de no decir palabra, ni hablar con ninguno, sino, primero que nada, desvirtuar y desautorizar esas solemnes palabras y promesas, si bien no ante todos aquellos funcionarios públicos, que, por ser político su carácter, estaban en el deber de amoldar a esa pauta y programa su conducta oficial en lo venidero, a lo menos ante los pocos de la misma



clase, que, como verbo y gracia, los que tenían a su cargo el gobierno político del Sur, natural y lógico era que siempre los hallara en la mejor disposición de prestarle oído en todo, y hasta dejarse convencer por él, permitiéndole que se arrogase la facultad de dirigir sus conciencias políticas, si los destinos que venían ejerciendo, y la importante autoridad de que, gracias a esas premisas, estaban investidos, a él tenían que agradecerse los, porque de sus manos los recibieron cuando tenía la delegación del gobierno provisional de Puerto Plata. En el Norte, o sea, el Cibao, no podía pasar cosa semejante, ni tampoco en el Este, o El Seibo, porque, aunque también los actuales empleados seibanos habían sido nombrados por él mismo en la expresada coyuntura, como eran Luperón y Meriño los que tenían toda la palma y corona de la influencia, el primero en aquella parte, y el segundo en esta otra, cuya primera y principal parroquia no hacía mucho que había cesado de regir, no podían quedar, en ninguna de las dos, ascendiente y simpatías para Lilí, en tal número, ni de tal calidad, que le diese derecho a esperar que, pues tanto cuidado ponía en que no se supieran sus cosas, por conocer que no eran buenas en ningún punto, tan siquiera le supiesen guardar el miramiento de tenerlas reservadas, aquellos a quienes se las confiase, y no le fueran a poner en completo y notorio ridículo, en transparentarlas a impulso del poco respeto y consideración que les inspiraba. Pues como los del Sur eran los únicos amigos con quienes se podía comunicar a todo su placer, a todo su acomodo y a todas sus anchuras, bien así como en los senos más recónditos de una íntima e inviolable confianza, con ellos se vino a desahogar en aquellas cartas; donde, al efecto, les insinuaba en el ánimo, a ello harto prevenido, por las razones que dejamos expuestas, unos argumentos de su invención, exactamente todo concebidos en el mismo tenor de lo que vamos a decir



a continuación, es a saber: Que cuando las cartas llegaran a sus manos (les decía), y hubiesen pasado la vista por las líneas en ellas encerradas, bien podía ser que, gracias a la lectura que ya tuviesen hecha del mensaje del padre, o en virtud de referencias amistosas de quien se les hubiese podido anticipar en el acto de verlo y de leerlo, hubiesen venido en conocimiento de la doctrina que allí campeaba y constituía la estrella y norte adonde aquel pretendía enderezar la proa de la nave del Estado: sin apercibirse de que la frecuencia con que soplar solían los vientos huracanados de las revoluciones, en la mar inconstante y veleidosa de los negocios políticos, no dejaba espacio abierto a la esperanza de alcanzar ningún suceso próspero, en la temeridad de seguir constantemente un mismo rumbo, cuando tantos se ofrecían acompañados de la ventaja, que llevaban sobre cualquier otro, de no estar en desacuerdo con las maniobras exigidas y recomendadas por las señales de los tiempos; que consideraran y vieran como todas esas ideas, como todos esos ofrecimientos, como todos esos propósitos, aunque pronunciados fueran debajo de la sacramental palabra de darles cumplimiento punto por punto, no habían de ser tenidos sino por reglas buenas para dichas, mas no como reglas buenas para practicadas, allí, donde no habían de topar con mejor arrimo para sus conjuraciones, unos partidos con quienes de nada valdría usar ningún término de persuasión, de apaciguamiento ni de concordia; que tuvieran por entendido, y echaran de ver, que todo aquello eran devaneos engendrados, de un sencilló y candoroso lirismo liberal, de quien, si alguno había que se dejase caldear, hasta el extremo y grado de compartirlo con aquel que tan de veras lo experimentaba, no se había de seguir que todos hubieran de andar el mismo camino, mayormente quienes, como ellos, estaban puestos en la precisión de acordarse a todas horas, que señalados en



esa parte de la República, por más comprometidos por otro alguno al material sostenimiento de la situación, a esa fecha inaugurada, los habían de perseguir con saña y rigor mayores, las consecuencias que traería consigo para todos, la grave falta de andar con miramientos y contemplaciones, cuando las circunstancias mandaban posponerlo todo, a la suprema ley de conjurar la caída del gobierno, con el uso de los más oportunos, expeditivos y eficaces remedios conocidos; y así, que no se atuviese a eso, ni en nada de eso reparasen, si acertase a venir el caso de caer en poder suyo algún enemigo de la pública tranquilidad, llegado por allí en son de perturbarla; sino que, todavía no fuese tomado en la circunstancia fragante de traer las armas en las manos, en saber que verificaba su arribo sin la égida de salvoconducto alguno, debía bastarles, para considerar ser bien no dejarle salir de la jurisdicción de su autoridad constituida, sin realizar en su persona un escarmiento, a propósito para persuadir a sus compañeros de causa, de la inutilidad de toda empresa dirigida contra un gobierno, que de tal modo, y por tales medios ejecutivos trataba de ocurrir a su defensa.

Con eso quedó tan verdaderamente contento, ufano y satisfecho, como no lo mostrara, si hubiera dado cima feliz al cumplimiento de un deber; y a tanto llegó en esa su alegría, que, sin hacer memoria de la reserva que se había propuesto guardar en su negocio, dijo al autor del borrador, a tiempo que se ponía, gustosísimo, a firmar las cartas amontonadas delante de sí, unas palabras que vamos a reproducir con toda fidelidad, y son las siguientes: *¡Qué Constitución, ni garantías, ni libertades, ni legalidad! ¡Vamos a fusilar sin formación de causa, a todo el que se presente!*

Así dijo; y a lo que, por de pronto, dio lugar con tan carnicera ocurrencia, fue a que los más de los secretarios, que no habían puesto atención al contexto del borrador,



que acababan de reducir a cartas, porque la idea y punto cardinal del mismo no se mostraba tan al vivo a sus penetraciones, todavía pocos sagaces, por lo tempranas, vinieran a ver ahora, en toda su patibularia realidad, el punto adonde tenía enderezada la puntería, y adonde quería dar en el blanco, el pensamiento feroz de su jefe; y de ahí comenzaron a perder la fe que tenían fundada, tanto como todo el mundo, en que hubiera de ser antes mansa que severa y más bien sufrida de harto benigna, que temible de harto justiciera y sanguinaria, la condición del nuevo gobierno. Porque a ellos les pasaba, lo que, de allí a poco, pasó a todos aquellos personajes, al tomar nota de sus cartas, que siendo el contenido de éstas un liso y llano consejo y opinión particular e inconsulta de Lili, como no estaban, ni estar podían, al cabo de si era cosa personal y privada suya, o si lo hacía con el acuerdo y asentimiento de los demás ministros y del presidente, o sin él, les bastaba verlas firmadas de su puño y letra, para tenerlas en el concepto de una orden oficiosa emanada del ministro de lo Interior, o sea de su jefe y superior, no del amigo particular; y así, pensando y creyendo todo esto, no habían menester de otro testimonio alguno, para quedar afirmados y confirmados en el convencimiento de que, un ministro que semejantes indicaciones formulaba, y que, por lo graves y comprometedoras, sería que tuvo cuidado de no hacerlas y enviarlas oficialmente, bien lejos debía de hallarse de tener las jamás vista y no calificable avilantez, de dar a sus jerárquicos subalternos, autorización y orden para lo que a su vez, no había sido autorizado ni mandado, en virtud de alguna resolución del gobierno (que no había tenido lugar ni aun de tomar la primera todavía); y que tal debía de ser la política que pensaba éste seguir de allí adelante, cual definida y claramente venía transparentada y expuesta en el texto de aquellas insinuaciones, que a ellos les trazaba la regla invariable



por donde se habían de regir en sus localidades respectivas. Así debieron de haber pensado y discurrido, sin que pudiera estar en su mano el dejar de concebir, a la misma vez, las más desalentadoras, a la par que mordaces y crueles dudas, acerca de la probidad y buenos propósitos, así del cuerpo entero del gobierno, como del hombre que le presidía y era el alma y espíritu que le animaba. Y si bien no tuvieron para qué usar de tan bárbaras persuasiones, convirtiéndolas en actos, precisamente por ignorar si eran el eco de alguna resolución gubernativa, o no eran más que cosas exclusivas de Lilí, bien echarían de ver, y sabrían discernir, que, a ciencia cierta, no fue por providencia ni voluntad alguna del gobierno, por lo que tal cosa como ésa no llegó a suceder, sino porque no hubo expulso, voluntario ni forzado, que por allí se introdujera, ni que allí se alzara en armas, y le atacara en alguna forma; pues lo que era ellos, no había para qué decir que todos estaban lo más prevenidos y dispuestos a cumplir contra quienquiera que fuese, lo que de aquella suerte les había sido mandado. Gracias pues a esta circunstancia, todo el daño que procuraba Lilí hacer con tan perversos consejos, vino a quedar reducido al mero intento que tenía de hacerlo; pero con eso bastaba, como decirse suele.

Así, tal fue, y no otro alguno, el primer oficio, la primera circular, la primera medida de organización y de adelanto, el primer acto de buen gobierno, que se puso en ejecución al mismo inaugurar y empezar a ejercer sus funciones de ministro, cuando cualquiera otro, que se hallara en ese lugar suyo, a lo que únicamente hubiera atendido, habría sido a instruir y adoctrinar a los gobernadores en los principios de la política de orden y fomento de todo bien social, que iba desde luego a seguir el gobierno, explanándose los y desenvolviéndose los sin ambage alguno, y con toda la franqueza y expansión con que venían expuestos y



desplegados en el mensaje-programa del presidente: puntos estos, que prestaban sujeto amplio y alto para una substancial y recomendadora carta oficial, que fuera la norma única por donde todos y cada uno de los funcionarios dichos, entendiesen que habían de regir para lo adelante los actos de su autoridad en materias políticas. Así era el orden que habían guardando todos los ministros de la Interior anteriores a Lili, el cual, a buen seguro que no dejaría de saberlo; pero creyó salir muy bien del paso, y excusarse de observar esa costumbre, con decir no tener que hacer esas tales circulares a ninguno, porque para reiterar lo mismo que se manifestaba en el mensaje, valía más, y salía mejor, enviar oficialmente a los gobernadores el mensaje mismo, donde se trataba de todo lo concerniente a la política general, con más lucidez y maestría, de la que cualquier otra pluma pudiera desplegar en documento tan secundario, como con respecto a dicho mensaje lo había de ser la circular a que aludimos. Estas, finalmente, parecieron razones muy valaderas a todos cuantos le prestaban atención, y que le oían sin desagrado alguno, porque ignoraban, como bien se sabe, con cuál género de segunda intención y ánimo perverso hablaba en esos términos, al parecer tan razonables y plausibles.



XXXIII

Ahora bien, mientras así Lili se portaba, y todo eso ponía por obra en detrimento de Meriño; mientras así principiaba éste a ser ayudado en una de las secciones del Poder Ejecutivo, en que más debían descollar la bondad y alteza de sus intentos, y donde más asidua y discrecional cooperación debió haber hallado, para llevarlo al fastigio del buen suceso, vértice inefable, adonde todas propenden y enderezan su puntería, las perennes y febriles aspiraciones de los humanos, consagraba él su atención y laboriosidad de presidente bien intencionado, a convertir en cosa hechas, efectivas y prácticas, tales medidas, tales trabajos, tales mejoras meritísimas y perdurables, que siquiera no llegaran sino a dos tan sólo, siempre dejaban inducir, con toda la comodidad y certidumbre apetecibles, hasta donde habría llegado por esos felices derroteros, y cuán glorioso fin y remate habría de poner en tan laudables y excelentes principios, sí en lugar de la embarbascadora obsesión de las fatales influencias a que se vio sometido, de los perjudiciales intereses que batallaban por medrar a costa de su reputación, y de las no menos malas y funestas imposiciones que le fue preciso sufrir, hubiese quedado libre y emancipado



de toda rémora y entorpecimiento, proveniente de las ambiciones, y falta de civismo, y sentido patrio de los otros, y en capacidad de seguir, en todo linaje de actos oficiales, su camino hacia el bien, como su albedrío lo quería, y como Dios, como su propia inspiración, y como su propia manera de ver y pensar de las cosas, se lo mostraban: sin que tuviera que revelarse a los otros, ni dar señales de vida, si ello le hubiese venido en ganas, o en capricho, más que por las órdenes de su autoridad suprema, pero, al mismo tiempo, sin que alcanzase apereibir y hallar en los demás, tanto dentro de su gobierno, como fuera de él, otra cosa que la buena voluntad de favorecerle con la disposición incontrastable a poner siempre a su servicio, todo el precioso caudal de una ciega, disciplinada y solícita obediencia. Porque desayudado y deservido de todos, no había de ser maravilla que le fuera negado, como le fue, no diremos tocar a los términos de la ruta por donde tenía presupuesto conducir el pesado aparato de su administración y orientar su política, pero ni aun avanzar en ella la distancia de dos jornadas más, o siquiera de una sola, fuera de las dos primeras que con tan derecho pie hizo efectivas. Y pues por eso mismo no da ningún trabajo el caer en la cuenta de lo que sea, por bien seguro tenemos que no habrá quien deje de advertir en estas premisas nuestras, una evidente alusión a las dos realizaciones capitales del gobierno del Padre Meriño, conviene a saber: la recopilación de las leyes, decretos y resoluciones de nuestros gobiernos, a partir de los años de 1844 inclusive, donde tuvieron, después de 1821, nuevo espacio para esplender y efectuarse los albores, principios y nacimiento de nuestra República y nacionalidad, hasta los de 1880, en que tan acertada empresa se acometía, bajo la competente dirección de uno de nuestros abogados y repúblicos más esclarecidos, el Sr. don José de Jesús Castro; y la fundación, con nombre de *Instituto Profesional*,



del primer centro docente de la República, donde no había contado la mocedad ansiosa de sólidos y altos estudios, con un plantel de superior enseñanza, verdaderamente digno de tal palabra, desde que, a comienzos de la centuria que finaliza, desapareció a causa de los trastornos políticos de la época, la Universidad de Santo Tomás de Aquino, fundada en más remotos años por los reyes de España, y que tan máximo esplendor hubo de cobrar al amparo de las mismas luces que difundía, que se hizo enaltecer de continuo en los más de los medios sociales de las antillas, por lo menos de las antillas españolas, que siempre han sido los mejores de todos; y vio dilatado el ruido de su nombre, todavía más allá, en algunas regiones, pueblos y ciudades ilustres de la tierra firme americana. No acertaríamos a expresar bien, si antes de Meriño hubiera gobierno, ni tribunal de justicia, ni asamblea deliberante alguna, que llegase a dolerse, de modo que todo el mundo escuchase las lamentaciones que hiciera, de lo ardua, y dispendiosa, por lo menos de tiempo y espacio, que se hacía la tarea de consultar, estudiar y conocer en todas sus partes y detalles, el tamaño conjunto de nuestra copiosa legislación, por el progreso inconveniente de andar las infinitas partes que componían su gran todo, no ya en una multitud de voluminosos cuerpos de libros, confusa o metódicamente reunidas y coleccionadas, que fue lo que llevó a cabo el entendido hombre de leyes, don José de J. Castro, sin el embarazo de no ser muchos ni desordenadamente organizados los volúmenes; sino esparcidas y diseminadas en papeles públicos de toda clase, cuyas raras colecciones, a la vez tan útiles y necesarias, a dicha y a ventura podían tenerlo las pocas manos que las pudiesen hojear, las pocas manos que las poseyeran, las pocas manos que las conservasen intactas, completas, en buen estado, a despecho y a pesar de la polilla, y del tiempo, no menos



destructor que la polilla, y de la miseria, debajo de cuyos rigor y estrecheces, no hay quien (exceptuando la de la honra), no pignore o quemee sus alhajas de más precio; y de los encarcelamientos, de los ostracismos, de las persecuciones políticas, en fin, acarreadas por el hecho de no pensar o creer los demás como la mayoría o minoría gobernante, y que son otras tantas causas forzosas del desamparo del hogar de cada uno, y de la pérdida o deterioro de los mejores papeles que uno tiene, con las mudanzas, y transportes, a cortas o a largas distancias, o a países extraños, si acaso no de la familia entera, sí de los equipajes y de los efectos de más utilidad y estimación que semejante abandono pocas veces deja de traer consigo. Como corolario pues de todo eso, lo que sí se nos alcanza, y lo que sí acertamos a dar por verdadero, es, que había una buena parte de nuestra historia nacional, acaso un lado entero de ella, por concernir a toda la faz administrativa del Estado, de la cual pocos serían los que se hallaran en aptitud de poder dar razón, y que la conocieran, a lo menos en análisis; de donde bien se ve como el único en ponerla, con efecto, a todo el satisfactorio alcance del público, y por ese paso vulgarizarla, vino a ser nadie más que Meriño, con aquel excelente acto suyo, de mandar hacer una edición príncipe (que constó de varios tomos), de todas las leyes y disposiciones generales, en vigor o caídas en desuso, concernientes, atañentes y relativas a la organización y régimen gubernativo y administrativo de la República, y que, pues tan desordenados hemos sido en nuestros asuntos nosotros, que no hemos atendido nunca ni jamás a tener bajo buen pie de organización nuestros archivos, si es que los tenemos, hubo de ser preciso acudir a recogerlas, u obtenerlas, en las casas de aquellas personas ilustradas y metódicas, que nada útil y bueno destruyen, sino que lo conservan y lo guardan con todo el interés y cuidado que requieren,



por si hoy o mañana llegase una ocasión donde haya la comodidad de rendir con ello algún servicio que merezca reconocimiento. Y en verdad que no lo merecía poco el especialísimo que, con su medida digna de memoria, hizo Meriño a la República, y cuyo mejor elogio, los que han de pronunciarlo (y sin duda no se habrán cansado de hacerlo), no son gente ni ciudadanos cualesquiera, son nada menos que personas tales como el historiador, el publicista, el hombre de Estado, y mucho más que todos ellos juntos, los que, por oficio y profesión, viven consagrados a las nobilísimas tareas del foro, pues por ser los más directa e inmediatamente beneficiados con él, eran los que por propia experiencia y práctica, estaban en mejor capacidad de apreciar la magnitud de la falta que hacía esa edición, y el singular y alto valor de la providencia que la reparaba.

Si pues tanto era de aplaudir y merecía tanto ser llamado con el nombre de mejora, la publicación y edición de unos libros oficiales, ya se puede ver cuánto más no habría que decir acerca del establecimiento de un instituto donde se había de abastecer de alguna ciencia substancial y nada vulgar a la divina facultad que los produce. Y verdaderamente, por los sabrosos frutos que ha dado, y que dio a poco de quedar establecido, es por donde se puede venir en pleno conocimiento de lo positivo bien que ha entrañado su fundación, que ha sido en la práctica, uno de los más verdaderos, entre los bienes que han llegado a realizar nuestros gobiernos, nada voluntarios, nada solícitos, nada interesados en fomentar como deben los grandiosos intereses y destinos a su cuidado puestos. Y no es que desde luego apareciera provisto de todas aquellas cátedras, sin las cuales no podía ser tenido por establecimiento bien organizado: que no hay que ocultar, que careció de algunos importantes cursos en sus comienzos; pero haciendo razonable y justa excepción de tan removible y allanable deficiencia, en lo demás, a todos



satisfizo, y nunca se levantó una voz, autorizada o no, a denunciar como inconsistente, ni como incompatible con las reclamaciones, no vayamos a decir del país, circunscribiéndolas a un radio tan restringido, sino de la época contemporánea, la especial instrucción que allí se daba, de suerte que pareciese que los más aprovechados de los que la recibieron, hubiesen de quedar inhabilitados para ganar el sustento y distinguirse por ella en cualquier medio donde fuese la suerte servida conducirlos; significando todo esto, que tal como hubo de ser en sí solo en sus principios, o como es, o como siempre ha sido, granjeó, no obstante, o ha granjeado, tan efectiva y alta capitalidad, que ningún discípulo, de los que mayor aprovechamiento alcanzaron en sus aulas, y fueron o son buenos médicos, o buenos abogados, o buenos publicistas, pudo jamás decir, ni dirá, que vinieron estrechos y reducidos sus ámbitos a los vuelos de la especial capacidad que habían ido a sustentar en ellas; ni que dejara de ser bastante a colmarla, por insuficiente y pobre, la cantidad de doctrina que allí les fue transfundida en las venas del espíritu. Ni ¿qué mucho que así fuese verdaderamente? Allí enseñó Derecho Constitucional y Economía Política, un Eugenio María Hostos, a cuyas circunstancias de ser uno de los más preclaros hijos de Puerto Rico, va estrechamente ligada, la de ser, además, oriundo benemérito de nuestra patria, como su inolvidable y famoso coterráneo, el Dr. Ramón Emeterio Betances; allí ocupó la cátedra de Derecho Civil, un Carlos Nouel, dominicano meritorio, una de nuestras mayores lumbreras forenses; allí, por último, levantaron las ciencias médicas nacionales, del abatimiento y marasmo en que se hallaban paralizadas largos años, primero nuestro Alfonseca, notable por su saber y por su práctica; y en seguida, un Carlos Arvelo, hijo dignísimo y esclarecido de Venezuela, patria imperecedera, y casi legendaria, de los mejores guerreros y los más prominentes ingenios de América.



Que tales fueron los únicos reales y verdaderos colaboradores que halló Meriño: con cuya luminosa enseñanza, granjeó florecimiento la institución, y acabó de formarse, o se formó, un conjunto brillante de jóvenes inteligentes, ilustrados, y útiles a la República, que por el número en que acudió a recibirla, y por la brevedad del tiempo en que la recibió, hizo ver que con esa beneficiosa y alta escuela, hija de su propia voluntad e inspiración, dejaba su ilustre fundador remediada una injuriosa y desacreditadora necesidad, de muy lejano tiempo sentida, y que los gobiernos que le habían precedido, no tomaron ni el más remoto interés en dejar satisfecha. Esto dicho sea, con todo, salvando, como es debido, el nombre del General Luperón, y de su mencionado tantas veces gobierno provisional de Puerto Plata; porque si bien bajo Meriño fue cuando entró a funcionar otra civilizadora fundación, quizás y sin quizás de no menor utilidad y extraordinaria importancia en la subalterna esfera suya, que fue la Escuela Normal de la ciudad de Santo Domingo, no es justo echar en olvido, que ninguno la fundó, sino Luperón que hasta llegó a nombrarle director; competentísimo en la persona del referido Sr. Hostos; y que, para decirlo de modo que redunde, siquiera en esta sola coyuntura, en recuerdo intachable y bien honrador de su nombre, dictó el decreto que la creaba, en verdad que ignorando un antecedente que le negaba la gloria inmarcesible de la idea, cuando así no le fuera posible arrebatarle la gloria también inmarcesible de la ejecución, que ya tan bien asegurada tenía con ella; y ese antecedente, que sólo traemos a colación por el placer que tenemos de dar a cada quien lo suyo, no es otro sino que ya nuestro ilustre Peña y Reinoso, había señalada, no recordamos en cuál tiempo, ni cuántas veces, en sus escritos de propaganda, la mayor necesidad que hacía en el país una escuela normal, y el vivo resplandor que ceñiría en torno el acto correspondiente del primer go-



bierno que la satisficiese. Resultando así, que, por esta buena parte, no hizo Meriño sino acoger, como le cumplía, el luminoso legado que dejó Luperón al gobierno que había de sucederle, fuera cual fuera, y nunca incurrir en la falta notable de mirarlo con la desdeñosa indiferencia que dan en la flor de mostrar los presidentes y gobiernos que no se mueven a promover y fomentar lo que a las naciones salva, engrandece y civiliza, como el progreso y triunfo de las luces, que no hay duda ninguna que sea lo que de más civilizador, es decir, de más concluyentemente salvador y engrandecedor hay en el mundo.



XXXIV

Seguir adelante hasta el cabo, remate y paradero de la carrera en que había hecho su estreno de gobernante, vino a estorbárselo entonces, de la noche a la mañana, de una manera decisiva, el paso, de los propósitos, a las vías de hecho, de los que traían meditado el golpe de dar con la suprema e inerme autoridad del Congreso en tierra. Para esto sucedió, que habiéndose de un todo hecho del dominio público, por el artículo de fondo de un periódico semioficioso de Puerto Plata, escrito en los mismos días del conflicto que ya se sabe, cuál podría ser la resolución y actitud, no ya expectante, sino amenazante, que se tomaría en aquella ciudad contra el Cuerpo legislativo, si los hados lo ordenaban, de una vez se holgaran indeciblemente con ello los dos tristes personajes que allí venían siendo los únicos, o los más interesados, en que se diera el tal golpe, Boscowitz y Lili; quienes no perdieron instante alguno en escribir sendas cartas particulares al director del periódico, para darle, cada uno de su parte, los mayores parabienes suyos por aquel subversivo, pero, para ellos, feliz y oportuno artículo, pues no esperaban tal cosa, ni se la imaginaban, y, con eso, y aun sin eso, alentarle a que no se detuviese un punto en



proseguir rajando contra el Congreso, hasta ver claro lo que de todo eso resultar quisiera. Lo que fue Boscowitz, no se atuvo a solo el mensaje suyo, sino que lo hizo acompañar de cierta obra didáctica, provista de una calurosa dedicatoria, que le puso de su mismo puño; el cual presente, además de todo, no llevaba encerrada en sí demostración alguna, de que fuera él quien más inflamado en alegría y contento se sintiera con la cuestión suscitada en las columnas del periódico puertoplatense: pues en eso no era Lili en modo alguno susceptible de quedársele a la zaga; por tanto, de lo que venía, cuando más, a ser significativo el regalo, era de que, así en esa igualdad de circunstancias suyas, no sería sin duda el uno tan tacaño como el otro, bien que semejante pormenor, como nada puede hacer el caso, es cosa indiferente y baladí, donde no es razón que nos detengamos un solo punto; bástenos decir más bien, que todo eso daba la más evidente señal y prueba, de que hasta ese punto y hora, no había Lili de poder atinar con lo que iba en esos días a suceder por soberana resolución y fallo de la mala ventura nuestra, o sea mejor dicho, en un todo de acuerdo común con sus malignas intenciones y constantes malos deseos. Mas desde que pudo comprender, por dónde podían venir sin dificultad enderezados los acontecimientos que más habían de cuadrar y convenir a sus miras cautelosas, en la imposibilidad de hacerse árbitro de la realización de ellos, porque sus árbitros y preparadores residían fuera de la capital, se supo, sin perder espacio de tiempo alguno, a trabajar por su parte y por su cuenta, en ayudar aisladamente a la consecución de lo que ya ni para él, ni para nadie más, podía tener apariencia ni asomo ninguno de misterio, después de aquel casi manifiesto, que sin obedecer a ninguna sugestión ajena, ni a ningún otro más impulso, que al suyo propio, había dado con su editorial la consabida hoja periodística: pues para



llegar a la dictadura, con que de manera tan atentatoria y desapoderada se revistió a Meriño, lo hecho por la Representación Nacional no sirvió más que de un mal disimulado pretexto; que a ese criminoso *desiderátum* de unos pocos, siempre se habría ido a dar de cualquier modo que fuera, con oposición parlamentaria o sin ella. Y cuantas burdas invenciones y patrañas salieron a luz, o de una suerte u otra se forjaron y pusieron en circulación aquellos días desdichados, para desacreditar y perder al Congreso, cuando no en la opinión pública, en la vidriosa confianza de unos cuantos miembros de marca de la situación, ignorantes de lo que sea Congreso, como del sacratísimo respeto que se debe guardar a su institución, se podía dar por cierto e innegable que no emanaban de otra paternidad que la de Lilí, o por lo menos, de alguna compañía de dos o más propagandistas de aquel género y categoría, de los cuales Lilí fuera la cabeza directora, o cosa más o menos parecida. Suya, en efecto, es decir, no menos original, ni de menos mala ley que todas, era la especie, que se publicó, de que, fiel aquel alto Cuerpo a su táctica de crear embarazos al gobierno, por favorecer a los que contra él conspiraban, le había conjurado a que, al pie de la obra, hiciera efectuar el encarcelamiento del General Benito Monción, gobernador del distrito de Monte Cristi, en el cual está comprendido todo lo que hace la línea del Noroeste, limítrofe con Haití, tantas veces mencionada; y como ese jefe y autoridad no había que negar que tuviera motivos graves para no poner nunca en duda la posibilidad de que un Congreso pidiese su prisión (que no podía pedirla con justo derecho, ni a ningún título, porque la Constitución no acordaba ni reconocía entonces, ni antes ni después, atribuciones políticas al Poder Legislativo), ya se puede considerar, sin ser menester otro antecedente alguno, adónde más iría encaminada la falsa noticia de una tan seria demanda y



escabrosa, como la susodicha, si no era de fijo a suscitar a dicha respetable asamblea, un enemigo de rara influencia, en la persona de aquel elevado funcionario, y ganar un elemento de primera calidad y pujanza para la causa de los que, como no procurasen tenerle a su favor, no iban a saber cómo averiguárselas para sacarla triunfante, si es que se habían de alzar el día más claro contra la simple autoridad moral del augusto Cuerpo, con el fin de dar con él y con toda su oposición en el suelo. Pues así fue que, con tales arbitrios y otros semejantes a éstos, y no menos correspondientes que los otros a la manera como sabe hacer Lili sus cosas, no dejó éste de contribuir en algo al fin de apresurar la efectuación del movimiento: pues como no tiraba más que a crearle mala atmósfera y ambiente a dicha Cámara con ellos, entre cierta clase de individuos, esto lo alcanzó de una vez, sin gran trabajo alguno: porque nada se hace tan fácil, como echar a rodar por tierra las más firmes reputaciones en el predicamento del mundo, cuando el arma que se usa en tan triste ocupación, es el ariete de la calumnia; en fin, que viéndole tan interesado en la cosa los que la tenían preparada en Puerto Plata, es decir, la gobernación de allí, que al fin era donde se hallaba la fragua de ella, hicieron de modo, que siempre la oportunidad para dar el grito de subvención, fuera él, con todos sus asecuras de allá, quien la determinara: lo que no llegó a proponerse a ningún indolente ni melindroso, que se fuese a quedar en espera de mejor sazón que aquella, para decidir lo que fuera más propio del caso, sino a quien, como por entonces no acariciaba deseos de otra cosa, jamás pasaría por desperdiciar momento alguno en hacer lo que hizo, que fue, mandar que sin mayor tardanza se pusiera el plan en debida y pronta ejecución. Esto tuvo efecto en abril o mayo de 1881. La ciudad de Puerto Plata, o más bien digamos, el elemento administrativo u oficial de ella, es decir,



cuantos, de algún modo que fuera, estaban inscriptos en la lista de gastos de la administración de Hacienda, no el pueblo propiamente tal, concurrieron a la gobernación, a la hora designada en un bando *Al pueblo*, que dio a ese intento en la mañana del día del suceso, la primera autoridad del distrito, General F. Lithgow; después de unas razones alusivas al Congreso, y a lo que se debía poner por obra en su contra, porque los Congresos (se decía) son hechos para obrar de acuerdo con el Poder Ejecutivo y gobierno, y no para estar con él en pugna), pusieron sus nombres y rúbricas (los que las usaban) al pie de unas líneas, ni pocas ni en demasía, de antemano escritas en un pliego de papel ministro, y expresivas de lo mismo que ya quedaba dicho y explicado de palabra; viniendo todo lo cual a parar, en que, por aquel acto, hacían todos un pronunciamiento, y daban principio a una revolución, que para mayor abundancia, era de las más tristes que ha hecho, ni que ha presenciado el pueblo dominicano, que si vino a ser pacífica, o sin armas acometida, como siempre hubo quien dijera en su disculpa eso nada privaba que llevara impreso el estigma, feo e indeleble, de ser uno de los escándalos políticos que más nos avergüenzan y desacreditan; porque no puede darse acto en una República, más criminal, más atentatorio, más monstruoso, y en una palabra, más inconcebible, que revelarse contra las leyes, alzándose a echar abajo al Cuerpo casi soberano que las hace, y que, para sustentar su autoridad indispensable, no dispone de fusiles, cañones, ejércitos, ni más fuerzas, de las que pueden y deben derivarse de la observancia que han de tributar a esas mismas leyes, aquellos para quienes han sido dictadas; no puede darse mayor subversión del Estado, que semejante relajamiento de los resortes con que funciona; ni pena moral, como censuras, y vituperios estigmatizadores, y execraciones implacables, si no fuere hacedero el castigo mecánico, más



conducente y ejemplar que todos los otros, había de ser excesiva ni bastante al escarmiento condigno de los consumidores de tamaño delito.

El acontecimiento sorprendió a Meriño, como no podía dejar de ser, porque lo que menos esperaba era eso; y como era natural, se vio puesto con ello en una de las mayores confusiones que pueden turbar el ánimo de cualquiera, y que siempre serán cosas que no podrán medir en toda su extensión, los que no las hubieren experimentado; que solamente no lleva jamás consigo aparejada zozobra de ninguna especie, la realización de lo que se desea, lo cual, venga como viniere siempre alborozada, regocija y contenta con tal que venga, que es lo que se quiere; pero el arribo, llegada y cumplimiento de lo que no se quisiera, jamás acontece, sin traer alguna desazón al espíritu, de la cual no puede ninguno ser competente juez, que no se halla visto en ella. Meriño creyó, porque se lo hicieron creer sus dos ministros, ninguno de los cuales osó jamás decirle la parte que había tomado en la ejecución del hecho, ni el conocimiento que tenía de que había de suceder, creyó que aunque no podía ser cosa seria, era siempre obra del Cibao entero, es decir, en que no debía de haber político de significación, que no hubiera puesto sus manos. Palpable se veía esto en las cartas que hizo en aquellos días a Luperón, que privadas y confidenciales como eran, seguramente por eso mismo no se apartaban un punto, ni en nada diferían, en su tenor, de la índole de todas aquellas en que vacía su alma y habla con el corazón el que las escribe. Todas tenían dejos resaltantes e indelebles, del disgusto que le traía un hecho que ya no estaba en su mano estorbar, ni lo estuviera nunca, puesto que sólo pudo venir en conocimiento del mismo, en día posterior al en que, habiéndose ya iniciado materialmente, se lo participaron; y en más de una misiva de aquellas, no se cansaba de pedir y aconsejar a Luperón, que tuviese a



bien advertir, que aquel movimiento no era popular, como se había dicho al principio, pues conforme a lo que podía juzgar por cartas auténticas, que algunos le mostraban, no había duda que su aceptación, pasando de Santiago de los Caballeros, no tenía nada de universal, ni aun siquiera de general, como se habría podido creer; y que los pocos hombres influyentes del resto del Cibao, que, ya como autoridades, o ya como políticos de marca, consentían en abrirle paso franco, antes que hacerlo de grado, lo hacían por fuerza, o sea por no serles posible portarse de otro modo en aquellas circunstancias; en las cuales palabras suyas, y en otras más, se traslucía y se dejaba bien advertir el deseo que sentía, de que aquello no continuase pasando adelante, y el tamaño contento que de todas veras experimentarían, si todo ello quedara paralizado y concluido en el punto mismo a que hasta entonces había llegado. Eso pues le decía, sin saber por cuáles pasos salir de su confusión, ni, al pronto, qué partido tomar en aquella emergencia, tan extraordinaria como inesperada: quedando en aquel estado de ánimo, hasta que del todo se hubo consumado y concluido el atentado: porque no estalló, ni comenzó éste a ganar terreno, pasando de una provincia o de un distrito, a otra provincia o a otro distrito, sin que, desde luego, se viera urgido confidencialmente, de fuera, y de algunos de entre los que más cerca de su persona estaban como miembros del gobierno, a que se armara de toda la serenidad que pudiese usar en tan graves circunstancias, y no fuese a recibir ningún espanto ni asombro ninguno por nada de lo que viendo estaba; con lo cual se trataba de hacerle quedar en cuenta, de que aquel paso lo emprendían sus autores, llevados por la mano de la confianza de que había él de permanecer en su puesto, sin tomar resolución alguna tendente a renunciarlo por esa causa. Y en estado de cosas tan violento y anómalo como ése, viéndose



solicitado de sus amigos y políticos, en lo íntimo de cuyos intentos actuales no podía penetrar para saber si era de buena fe que procedían, o no; y detenida su atención, con toda fijeza, en el pro y el contra que a todas luces ofrecía el paso, por ese difícil, que había de dar, fuera cual fuera, se llamó a consulta consigo mismo y siempre queriendo, antes que seguir más allá con el fardo del gobierno a costas, que tanto le abrumaba, echarlo más bien a un lado del camino, para que otro se presentase a recogerlo, no hubo menester gastar mucho tiempo en darse a entender, que nada le convenía tanto, como dejar algunos días la capital, y trasladarse a Puerto Plata inmediatamente, a celebrar una conferencia con Luperón a solas, sobre la gravedad de los negocios y la mejor solución que podían éstos recibir de sus buenas intenciones; pero queriendo ponerse en camino con toda la premura que las cosas pedían de suyo, se dio a mirar, con grande pausa y detenimiento, lo poco que al éxito de sus mayores deseos, habría de aprovechar el fruto de las pláticas que con Luperón hubiera de tener sobre tan grave negocio: y tal vez haciendo presente lo que sacó en anteriores y ya por nosotros referidas conferencias con el mismo, que fue todo lo contrario de lo que buscaba, desistió de hacer viaje alguno a Puerto Plata, por más que tan resuelto y tan preparado y listo le tuviera; lo cual decir quiere, que no hubo de ocultárselo a ese tiempo, que de su proyectada entrevista con el susodicho, no habría de salir comprometido a llevar a cabo, cosa que se diferenciase de lo que debía poner en efecto de una vez, sin ver de tomar ya más otra resolución alguna. Desde aquel momento, pues, llegaba su situación a ser de las más críticas y trabajosas en que pudiera venir a verse un hombre de corazón y de honor como él, situación que si no debía esperar que se penetrasen de su índole sus adversarios, porque cegados éstos de sus propias pasiones proselitarias,



inútil era pretender que llegaran a detenerse un momento siquiera en ninguna consideración que pudiera serle propicia: en cambio, tenía perfecto derecho a confiar, que fuera debidamente comprendida de la parte sensata, ilustrada e imparcial del público, de aquellos ánimos sosegados y reflexivos, que tienen lúcido el pensamiento en todas las cuestiones que se les ofrecen, que saben gobernar sus juicios por los derroteros que trazan las reglas conciénciales de la equidad, y que, por tanto, saben asimismo ver y examinar todas las humanas acciones, y demás cosas, por ambos lados suyos, por su anvé y derecho, a fin de no ser injustos en lo que, ahora en bien, ahora en mal, tuvieren que pensar o que decir tocante a ellas. Por desgracia para él, no pudo esto ser así; que de haberlo sido, si sus enemigos no se habrían, ni aun por eso, abstenido de anatematizarle, si muchos que tenían en él una viva y ciega fe, siempre se la hubieran perdido del todo, por haber resuelto al fin lo que ninguno esperaba, y que se creía que antes resignaría la presidencia, y daría su vida, que llevarlo a efecto, esto es, transponer, como transpuso, el Rubicón de los principios, o sea, dejar de cumplir su juramento constitucional, de aceptar la inconstitucionalidad de los hechos, sin su anuencia, consumados, y con eso, impartirles su alta sanción, en vez de condenarlos, no en el fuero de su conciencia, como sin duda hubo de hacerlo, sino de una manera pública y ostensible, no llegara jamás a serle contraria y hostil toda la opinión pública, no se viera toda ella contagiada con la pasión de los otros, sino que seguramente quedara una buena parte de ella, libre y exenta de toda ofuscación, para no conceder más abrigo que al convencimiento íntimo, de que hubo de ser su desinteresada y patriótica buena fe quien le indujo, más bien a inclinar la frente ante aquellos sucesos escandalosos, que a repudiarlos con energía, y quien le hizo convenir en ejercer la triste y absurda dictadura



que vino a continuación de dichos sucesos, como legítima y forzosa consecuencia suya. Lo cual, como no era ni grado más, ni grado menos, que la verdad en todo el extremo rigor de la exactitud, habría bastado de sobra para que terminantemente quedaran refutadas, en interés ulterior de la historia, y quién sabe si hasta en interés ulterior de la honra nacional, las acusaciones calumniosas, y hasta malvadas, de los que, con justo título escandalizados de ver que no hubiera él tomado el partido de caer juntamente con la Constitución, que tan sin más ni más quedaba rasgada y desconocida por los otros, y en virtud de la cual era que tenía las riendas del poder en las manos, no se daban, ni se dan tal vez todavía, punto de reposo alguno, en marcarle con la injusta nota de taimado y no franco, hipócrita y no sincero, corrompido y no moral, perverso y no bien intencionado, traidor y no leal, y en vez de hombre formal, en vez de hombre de bien, hombre sin palabras y sin probidad alguna, que aceptó el derrocamiento de aquella ley substantiva, y se hizo dictador, de pérfido y de malvado, a quien ninguna otra intención animaba desde luego, sino la maligna de subvertir, no se sabe con cuáles fines ambiciosos, el orden legítimo en que había recibido el gobierno de la República; todo lo cual se hacía más y más torpe, y más violador de la ley política y de la ley moral, y en una palabra, más incalificable, a los ojos de los mismos, por la circunstancia, en sí agravante a primera vista, de ser, como es él, una persona de considerable ilustración, que, por eso mismo, y aun por mucho menos que fuera, conocida en conciencia cuál paso y línea de conducta le demarcaban todos los deberes suyos, así los inmediatos y legales de presidente de la República, como los mediatos y políticos de ciudadano, y los equitativos de patriota, en aquella intencional y siempre, y de todos modos y maneras, reprochable crisis. Y evidentemente que lo correcto y cumplido,



noble, bello y meritorio, habría sido, que hubiera hecho el abandono de la presidencia, por causa de haber defendido los fueros de la Constitución, el derecho que tenía ésta inherente, a que su imperio fuese de todos acatado, con sumisión incondicional e inalterable, y no que, por aceptar su desatentado desconocimiento, continuara en el alto puesto, que no había recibido, y no venía desempeñando, sino por ministerio de la misma. Entonces, ¡qué bajada tan dichosa, y tan igual, en fulgores, a una honrosísima y centellante ascensión, y tan merecedora de imperecedera remembranza, no hubiera sido la suya! ¡Qué no se hubiera dicho en su honor! ¡Qué preseña de inoperable tasación no le adornara! ¡Cómo no fueran de codiciar las ejecutorias que le dieran acceso positivo a la consideración del mundo! ¡A cuántas y a cuántas Repúblicas, no deslumbrara con el esplendor de su acción y ejemplo! ¡Qué gloria no hubiera con éste deparado a la suya! ¡Y en cuántas no quedara canonizado por arquetipo y paradigma de políticos, por luna de terso espejo, en que debieran mirarse los que designa el pueblo en sus comicios, para que suban al exaltado destino, donde tienen la considerable y delicada misión de regir con acierto patriótico los suyos! Los principios mismos que oyó, le hubieran saludado por mediación del aplauso público, que habría resonado de ruidosa suerte por do quiera, en ovación gigantea de su persona, y merecido enaltecimiento de su nombre. Pero su situación, repetimos, resultaba de ser de las más difíciles, de las más angustiosas, de las más tiranas, de las más excepcionales, que a un hombre de honor se la hayan podido presentar en parte alguna; y esto así era, por una causa intránea y característica, de pujanza impulsiva, sino siempre, las más veces, irresistible, a saber, por ser un hombre de franco y generoso carácter, que no rehuía la responsabilidad de sus actos, cualesquiera que ellos fuesen, muy al revés de los que se



daban a explotar esta misma circunstancia, en sustraerse a la responsabilidad de los suyos, haciendo de modo que toda ella en él siempre recayera: un hombre grandánime, capaz, llegao el caso, de posponer a intereses más altos, la conquista de la gloria personal, con la ejecución de un hecho digno de alcanzarla, y de guiar sus plantas, en modo alguno intimidado, al holocausto de cuanto le fuera íntimamente ventajoso, como la veneración y la popularidad, sin que le importara que más tarde resplandeciera con todo el brillo que debía tener, ni que se quedara por siempre sumida y envuelta en las caliginosas sombras de universal ignorancia, la verdad de los sanos designios inspiradores de la entonces incorrecta y, al parecer, hasta execrable conducta suya. Por supuesto, una conciencia ornada de toda la buena fe y probidad posible, como fuera una persona pusilánime y de poco espíritu quien la poseyera, cierta y seguramente que habría persuadido salir de un paso semejante a ése, por la tendida y abierta carrera de los principios, huyéndole al temor de contraer las responsabilidades funestas que le habría de acarrear por fuerza, el caso de seguir un proceder opuesto y consurable; y no se pararía un momento a mirar a una parte ni a otra, por mucho que importara mirar, ni en nada llevara puesta su atención, por más que viera cosas que de una manera u otra la mereciesen: abismada toda en la cavernosa fe, de que, más allá del ámbito comprendido dentro de los horizontes de su buen comportamiento, no puede haber más mundo para quien de un modo y manera igual no procediese; así, relegaría, juntamente con él, a los sombríos imperios, y no al paraíso y gloria, de la posteridad, a la consecuencia en el trato amistoso, ahora político, ahora privado, y a la singular abnegación de los que se inmolan por mantenerla en toda su entereza, unidad y plenitud primitivas, y en resolución, a todos aquellos deberes subalternos y contingentes, cuyo



defecto de observancia, en un momento histórico, en un momento psicológico, en un momento político determinado, podría caer, con derecho incontestable, debajo de la triste y oprobiosa nota de cobardía y deslealtad, aun cuando se hallaran de por medio todos los principios, y, como en el caso que dilucidamos, quedarán éstos culpablemente desconocidos y pisoteados en el cabal o siquiera imperfecto cumplimiento de tales deberes. Hombre de corazón, hubo de considerar y entender esto de manera lo más distinta y opuesta Meriño; y era esa condición lo único que se necesitaba, y lo único que tenía que haber, y que tenía que mediar, para poner por obra el objeto de lo que así consideraba y entendía, y no arredrarse de ningún modo, ante la inequívoca y en sí temible perspectiva de las consecuencias que había de traer consigo el acto de semejante resolución: pues desde luego se ofrecían por tan desastrosas e implacables esas consecuencias, que no habría jamás quien osara tomar el abnegado partido de arrostrarlas, como no se hallara dotado y asistido de ánimo superior e inquebrantable; porque, sin ese requisito, no hay quien convenga ni consienta en hacer inmolación alguna de cosa que le sea íntimamente personal y cara, de cosa que sea indispensable al goce permanente de una respetabilidad inmaculada, como lo hizo Meriño, tal vez sin esperanza ni fe ninguna en que hubiera de haber quien se diera cuenta del móvil generoso y verdadero con que lo hacía, de la palpable, y aun podríamos decir, extrema y nada ordinaria necesidad que a ello le arrastraba, con tanta voluntad y contentamiento de su parte. Y caería, sin sospecharlo, en error, así evidente como lastimoso, quien, a la vista de la ocasión y circunstancia, diera en la flor de llamar ahora vituperable o funesto, ahora de ambos modos a la vez, ese ánimo en Meriño; que a todas luces, no fue ni podía ser una cosa u otra, ni entrambas a un tiempo, puesto que, al



contrario, la crítica de la naturaleza y clase de la misma ocasión y circunstancia, persuade que, sin duda, en lugar de juzgarlo por materia digna de vituperio, más bien se debía celebrar con aplausos, y aun agradecer, que lo tuviera en esa proporción y tamaño, si no se aparta la mirada de una verdad tan indiscutible como ésta, de que, a no tenerlo, no procediera entonces de la manera que procedió, y a no proceder entonces de semejante manera, se hubieran, sí, salvado en sus manos los principios, con aplauso del mundo entero, que no habría tenido términos expresivos bastantes con que hacer la cumplida glorificación de aquel acto brillantísimo de rectitud republicana; pero no se habría salvado de igual manera otra cosa, de mayor trascendencia y entidad que los principios, vinculados en las acciones de un individuo particular, que había de padecer solo y sin ninguna compañía, las consecuencias del divorcio que pudiera ocurrir entre sus actos públicos y los principios que debía profesar: no se hubiera salvado esto, que no se merca en todo el universo mundo, ni al precio de los más ricos tesoros, no se hubiera salvado el bien público, que tan inmensa falta nos hacía, por lo mismo que contadas veces habíamos alcanzado a saborearlo, y por el cual abogaba, no un interés cualquiera, que tuviese que hallarse por debajo, como subalterno, de otro interés de mayor importancia y trascendencia, sino el propio patriotismo, que también puede buscar su fin, de manera soberana, por caminos paralelos a los que siguen los principios, y cuya voz, tantas veces en la paz, menos fecunda entre nosotros de virtudes cívicas, de lo que la guerra en veces lo fue, se ha visto ahogada por los gritos ensordecedores de las ambiciones, ya de un individuo, ya de una colectividad política, que adversarias de todo sacrificio en que pudieran ellas mismas ser las víctimas, se han alborotado ante la idea de ceder de su parte cosa eficaz alguna, en provecho



y honra de cuanto a la comunidad y República más interesa y conviene. Así que, no solamente satisfizo con edificante y acabada nobleza Meriño el tributo de leal consecuencia que prescribían las leyes de amistad, y no solamente dejó de dar pie, de aquel modo, al agrio y afrentoso título de cobarde, con que habrían podido, entonces y después, calificarle sus amigos, si los hubiera dejado solos en esa especial sazón por ellos preparada, sino que, por ese medio, antes absoluto que relativo, porque, dada la concreta condicionalidad que informa y entraña el momento histórico de que hablamos, no se le podía ofrecer otro alguno para un móvil o fin tan alto, ni, por tanto, fuera este fin posible, sin el concurso de aquel medio, dispensó a la República un beneficio inmenso y único, en quedarse, como se quedó, en su elevado destino, después que, por obra de los hechos a que indebidamente rendía en esa forma el homenaje de toda su adhesión, había cesado, de justo derecho, el mandato legítimo en cuya virtud lo había ejercido hasta ese tiempo.

El perjuicio del acto, perjuicio enorme y desastroso, hubo de ser todo para él, que no dio semejante paso de manera involuntaria, ni por casualidad alguna, sino con claro y concienzudo conocimiento de causa, por ver patentemente que no había de sufrir ni padecer en nada la República por ello. Pero nunca se habrá perjudicado un hombre a sí propio con motivo más plausible, ni habrá tenido nunca razón más legítima en recibir contento y orgullo de haberse así perjudicado. En efecto, lo que hizo él y ejecutó, fue una noble acción, equivalente a la del hombre abnegado y generoso que arriesga su vida por apartar a otro de los peligros que cercan a la suya, o del que voluntariamente desafía la muerte y se sacrifica en aras de la salvación suprema de su patria. Porque aun hoy día, después de tantas proscripciones, después de tantos atentados, después de tanta postración, después de tan largo encadenamiento de



horrores y adversidades, como le ha costado padecer, en lo moral, en lo material y en lo político a la República, todavía tiene virtud, energía y eficacia para estremecer el ánimo, el pensar en lo que habría pasado en ella, en las pruebas sin cuento que la hubieran acibarado, en el cúmulo de confusiones que la hubieran envuelto, en la serie de accidentes, pasajeros pero semejantes a ráfagas de viento huracanado, que le hubieran caído encima como un azote, en el número pavoroso de calamidades y desastres que la hubieran postrado y abatido en breve término, si Meriño rompe con los que fueron siempre sus amigos y correligionarios, y cesa en esos trances de dirigir los negocios del Estado: a quien, sí le consideramos como embridada bestia, le hubiéramos visto correr desbocado hacia los mayores precipicios: y si, como bajel surcando con desplegadas velas los mares, le viéramos, embestidos de furiosas tormentas, deslizarse, por falta de buen gobierno, con la proa dirigida, no al surgidero y puerto que quisiera, sino al sumergido escollo, de cuyos erizados bordes costara grandes y dificultosos esfuerzos arrancarle, a ser posible tal empresa. Y nada de extraño tiene que así hubiera sido; pues Meriño así por su espíritu, como por su corazón y su carácter, era lo que ha sido siempre en todas partes, un hombre superior; la presidencia le confería grande autoridad, pero no añadía más a su talla, tamaño y estatura, de lo que había traído al subir a ella; y sí, en cierto modo, y en ciertos asuntos, hubo de ser tratado de la mala fe, cual juguete puesto en manos infantiles, en principio y de hecho se le guardaban, en lo general, todas las remiradas consideraciones, toda la innegable distinción, todo el sumiso respeto que a su persona socialmente se debían; la misma circunstancia de que, cuanto de vedado e ilícito se hizo a su rededor, fuera ejecutado a hurto suyo, y engañando su confianza y buena fe, ponía de manifiesto, que nadie ignoraba, y todo sabían



muy bien, tener presente, que, como fuera en su presencia, y con su conocimiento, no podían hacer todo lo que quisieran; y como sus mayores atenciones y diligencias iban sin tregua dirigidas al fin general de que los negocios incumbentes al gobierno y administración, en conjunto y en detalle, no tuviesen curso, sino por al álveo de la moralidad y el orden, venía siempre a suceder, que todo ese condicionalismo, junto y de concierto con el apoyo moral e influencia espacialísima que derivaba, como gobernante, de la firme amistad particular que le unía con Luperón, todavía en todo el uso de su crédito y poderío político, formaba de su persona, y hasta del solo ruido de su nombre oficial, sin haber menester ser jefe de partido, ni hombre de acción, ni machetero, algo así como un dique, como un obstáculo insuprimible e incontrastable para el efecto de hacer que se contuvieran los intereses y los hombres en su punto, para atajar los impulsos venidos fuera de todo razonable camino, para impedir todo desbordamiento de ambición, todo desbordamiento de arbitrariedad, todo desbordamiento de odio; finalmente, para cerrar todo paso y camino a cualquier género de tirano rigor, a cualquier género de aborrecibles excesos, a que pudiese haber tendencia en las regiones políticas o en las regiones oficiales.

Ahora bien, para que, sin Meriño no hubiera hecho falta ese obstáculo salvador y necesario, se comprende que no había más medio, sino que, salido él, empuñara las riendas del poder una mano experimentada, y propia para constituirlo; y ello no había que cerrar los ojos a la verdad patente, de que no dejaban de hallarse, por entonces, hombres de talla idónea para el caso, y que, por consiguiente, despojado él, en tal ocasión como aquella, de la soberana dignidad que desempeñaba y ejercía, no hubiera faltado quien satisficiera la imperiosa, grave y urgente necesidad de colmar a gusto, contento y beneplácito del civismo más



descontentadizo y escrupuloso, el vacío que dejara él tras sí con su glorificable separación de los negocios públicos. Por desdicha, con ser tan evidente como lo era, quedaba relegada esa verdad a los impalpables dominios de lo teórico y especulativo, sin esperanza de poder jamás acercarse a besar siquiera la orilla de lo practicable; y no había forma de que pudiera venir a ser de otro modo mejor, atento que, los hombres en quienes concurría tan requerida condicionalidad, no solamente se hallaban en muy exiguo número por entonces, no solamente llegaban a no pasar de dos en todo el país, sino que uno de los dos era un varón de tan vasta y bien adquirida experiencia, como don Pedro Francisco Bonó igual en cívicos merecimientos a Meriño, y acaso el único personaje inmaculado que nos quedaba superviviente de aquella luenga generación de dominicanos ilustres y beneméritos, florecidos en las eras, por demás gloriosas, de nuestra Restauración e Independencia; el cual, sin haber ascendido a servir a su patria en más sublime cargo y empleo, que un ministerio de los más apacibles, cobró de una vez al poder supremo tal repugnancia, que, andando el tiempo, desechó por dos veces la invitación que se le hizo en otras tantas ocasiones, de que se sirviera tener a bien dejarse elegir presidente de la República: de modo que, con mayor razón y motivo, se hubiera negado a que le nombraran dictador en tan desdorosas circunstancias; que tal era la única y precisa condición y exigencia que había de llenar irremisiblemente, para conjurarle peores males a la cosa pública y a la sociedad, o lo que al propio fin conduce, para que se cumpliera en todas sus partes lo que venimos exponiendo en abono del acto por Meriño realizado. El otro era Luperón, con quien inútil de toda inutilidad habría sido contar, así por ser también enemigo declarado de regir los destinos de su nación, como a causa de hallarse para entonces con el pensamiento puesto en



un viaje a Europa con su familia, que del todo preparado tenía, y cuya pronta realización tanto ambicionaba, que no la trocara con la posesión del más ventajoso, por honorífico, empleo del Estado, y aun fuera de dudar que, sin ese impedimento de por medio, hubiese querido ponerse otra vez al frente de los negocios públicos, en ocasión en que hubiera sido grande la conveniencia o necesidad de que lo hiciese; todo esto, porque hallando inflexible a Meriño en el propósito de no ejercer otros poderes y facultades, fuera de las que le había conferido la Constitución derrocada, en caso de que hubieran los dos entablado previamente conferencias acerca del particular, o sorprendido por la renuncia de aquél, bien porque no le hubiera hecho conocer su resolución oportunamente, o bien porque no le hubiese dado tiempo para estorbarle que la llevase a cabo, no habrá quien niegue, que lejos de tomar él la espada dictatorial y ceñírsela, le habría sido fácil hacer que se la ciñera otro, que bien sabemos quien sería. Y pues ya no había de haber ningún otro camino, por lo tanto, en un estado de cosas tan desquiciado y tan inconstituído como ése, o en ausencia de las condiciones exigidas de momento, a fin de ahorrar en esa violenta interinidad mayores calamidades a la República, ¿quiénes hubieran venido a ser los posibles y forzosos sucesores de Meriño? Sus ministros. Los cuales (por principiar diciendo lo menos), tenían entre sí unos puntos notabilísimos de afinidad y semejanza, que se resolvían en una falta común de aptitud para constituir todos juntos segura prenda y garantía de que hubiera de ser respetable, sólido y bueno el gobierno que luego hubiese de quedar compuesto de sus personas: lo que osamos avanzar, después de haber tenido muy en cuenta la probabilidad relativa de que todos ellos juntos, sin alejamiento ni desvío por parte de uno, ni más de uno, hubiesen de venir a formar ese gobierno, que ante tales premisas, tenía



que ser, por supuesto, sospechoso, e indigno, por esa razón y título, de la confianza de los gobernados. Queremos dar a entender con esto, que todos eran hombres nuevos, esto es, no mejores que los viejos, sino recién venidos y trasplantados a las altas y extremas regiones de la cosa pública; inexpertos; como caracteres, inferiores a Meriño, e incapaces de sustituirle, indigentes de capital político suyo, individual o colectivo, tan necesario para la subsistencia de un gobierno, como los recursos pecuniarios para la subsistencia del hombre, sin ningún influjo independiente y decisivo, ni aun en el seno del partido a que pertenecían; hasta nada o poco aceptos casi todos a la pública opinión, circunstancia personal que tantas faltas suele suplir en el político; sin popularidad, sin esas consideraciones íntimas de los de abajo, que, a falta de más positivo y concreto favor, a veces forma el más firme sostén de los que se hallan por arriba; capaces de salir del paso y desenvolverse medianamente, mientras hubiera quienes obedeciesen, mientras se sustentasen las cosas en la quietud, tranquilidad y sosiego que les debiera ser en todo tiempo esencial e inseparable; pero destinados a no andar sino todos a salto de mata, confusos, desconcertados, y sin saber qué hacerse, así como hubiese llegado la hora indefectible de la protesta revolucionaria, la hora indefectible de la rebelión a mano armada; y, finalmente, sin poder mirar en su derredor, ni en parte alguna, sino a hombres públicos del mismo calibre y entidad, y de ascendiente tan pobre y limitado, como los suyos propios: porque nada cuerdo habría sido pretender hallar arrimo alguno en Meriño, que por no dejar de ser consecuente con su actitud y acción pasada, hubiera tenido que desentenderse de toda intervención, directa o indirecta, en la política, ora en lo que tenía de activa, ora en lo que tenía de pasiva, y permanecer lo más ajeno a los asuntos relacionados con las personas de los que la dirigían;



ni Bonó, por el apartamiento y retiro habitual en que siempre vivía, hubiera estado asistido de la cantidad de influjo personal que habría menester, para la eficacia de su contingente, si le hubiese venido en voluntad acudir con él en ayuda de todos ellos; ni tampoco, presente Luperón habrían podido fiar mucho en la calidad del apoyo con que los hubiese favorecido, cuanto más estando él ausente y lejos: que si en el primer caso no hubiera ese su apoyo faltado a la ley de ser lo más moral, es decir, impersonal posible, siendo así que mejor le hubiera estado que, bien al contrario fuera oficial y militante; lo que hubiera sido en el último y segundo caso, no los habría escudado un solo instante, no digamos contra ninguna de las imprevistas contingencias a que viven expuestos los que gobiernan, y que, por eso mismo, no son de tener en cuenta alguna; sino más bien contra grandes e inminentes trastornos públicos, fecundados con el germen de otros inmediatos, que hubieran sido mayores, y de más terribles consecuencias, dado que no hubieran podido hacer pujante frente a los primeros hasta sofocarlos, como en rigor de verdad no lo hubieran podido, sin el concurso incondicional de otros superiores e interesados esfuerzos. Y era que como apoyaba Luperón a los gobiernos de su partido, nunca, por lo que hace al mayor número de los casos, hubo de ser, sino enteramente conforme al deseo perseverante suyo, de no ver jamás los negocios de la nación a su cargo, y a fuerza de quererlo así, se abstuvo con toda formalidad de hacer sentir en el seno de ninguno el enorme peso de su virtual omnipotencia, en tanto que positivamente tuvo y poseyó la ventaja, o como se llamare, de poder lograr lo que quisiese al sólo asomar de su expresa y decisiva voluntad: ciñéndose, lo más, a socorrerlos y estimularlos a todos con los grandes recursos de sus buenos y desinteresados consejos, siempre tan mal mirados a la verdad, y tan peor acogidos, de las



personas que los recibían y a quienes los endilgaba, que nunca se adelantaron a dirigirse por los excelentes derroteros que con ellos les trazaba. Y andando él a ese solo paso, sin determinarse a tomar otro alguno, tenía por costumbre, comprometer a sus amigos en la formación de un gobierno cualquiera, provisional o constitucional, como miembros integrantes del mismo, y los ayudaba, con todas las ganas y energías del ánimo en él posibles, a vencer, allanando, las naturales asperezas de la casi siempre trabajosa subida, y así como los veía definitivamente instalados en sus respectivos puestos, uno en la presidencia, y los demás en las diferentes secretarías de estado, dejábalos atendidos a lo que dar pudiera de sí misma su escasa o mucha, buena o desdichada capacidad para las difíciles labores gubernativas, cuidando de no importunarlos en el ejercicio de sus cargos con exigencias ni solicitudes en ninguna forma, ni pasando tampoco a prestarles más que la precisa cooperación que de sus personales servicios necesitaran en el momento de sus apuros; los cuales proceder, podían ser laudables, los más, en tanto que los gobiernos con quienes los seguía, se mostraban correctos en los suyos; no así cuando su gestión resultaba ser de las más desacertadas y fatales que pudieran darse, y salían perjudicados los considerables y delicadísimos intereses que tenían el deber sagrado e ineludible de servir en ella; pero de cualquier manera y modo que fuese, no hubo de ser otro el sistema cívico de Luperón; y con eso, ya podemos entender si, teniéndole de parte suya de ese solo modo, hubiera de irles bien a unos hombres, que más estaban para ser dirigidos, o para desempeñar sus cargos bajo la ilustrada presidencia de uno de gran talla, que para dirigir por sí solos a los demás, y en eso salvar de seguros peligros, o en medio de acontecimientos revolucionarios, la situación a cuya frente se hubiesen hallado.



Ahora, pues, si de lo intrínseco y accidental, donde hacemos que se depriman esos ministros, y pasen por las caudinas horcas de apocamientos, debilidades y deficiencias circunstanciales, de que no podía caberles culpa ni responsabilidad alguna, venimos a tratar sobre lo que no tenían de pacientes, sino de agentes activos, en capacidad de hacer sentir los efectos de sus acciones a los otros, y ser responsables o culpables de sus actos, ¡ah! en este punto de nuestra tesis, hemos de ver, así no fuera tal nuestro deseo, hemos de ver que cesa entonces toda comunidad entre los mismos a todas luces, y que medían abismos insondables entre sí, para más y mejor diferenciarlos, y que hay por fuerza que convenir en que, por lo tocante a seguir la empinada o suave pendiente de sus nativas propensiones, fuera injusticia, por lo enorme, notoria, el pensar siquiera, cuanto más el decir, que todos ellos, sin hacer honrosa distinción de ninguno, al verse los solos dueños del gobierno, y gobierno ellos mismos, o hallándose perplejos en no saber sobre cuál pie tenerse, ni como abatir las dificultades actuales, hasta ponerlas al propio nivel del suelo que pisasen, habrían siempre de preferir los extremos, al justo medio, y el rigor a la templanza, y el vicio a la virtud, y el descrédito de la nación, a su honra, y las prevaricaciones, y los escándalos, a los pulcros manejos y a los pulcros procedimientos en el buen gobierno y grave policía del Estado. Porque así no habría tenido que ser en ninguna manera, sino que, por confusos que los trajeran las serias atenciones del difícil momento presente, o situados por la serena quietud del ánimo público, fuera de cualquier grave conflicto político, siempre, y con razón igual en uno y otro caso, habrían los más de ellos obrado, y se habrían conducido, en apacible armonía con sus inclinaciones íntimas, revelando en todos los actos oficiales suyos, su buena intención y falta de perversidad ingénita, y,



por esto mismo, haciendo advertir a sus conciudadanos, que sus conatos iban dirigidos a la persecución del bien, por el mejor camino a su idoneidad y aptitudes posible, y que no saldrían por ellos de tan peor manera hechas las cosas, que allí mismo no se viera claro su falta de reflexiva y deliberada voluntad en ejecutarlos de aquella suerte. De donde ha de advertirse, que amén de ser los más numerosos, eran a la par los mejores, con la inseparable añadidura de ser también, los más inteligentes. En todo lo cual, no se habría de hallar de suyo vinculada capacidad perjudicial ninguna, ni dejara de ser todo un grande y enorme absurdo, el que hubiera en solo eso de tener cabida cosa que se pudiera llamar tachable; sino que, donde todo el mal estaba, era en que, sobre ser los más buenos y los más inteligentes e ilustrados, no fueran asimismo los más fuertes; que la ilustración e inteligencia no está reñida ni desacordada con la debilidad de carácter, cosa que no siempre sale a ser beneficiosa, porque hay ocasiones, en que la peor garantía de buen suceso y estabilidad en un gobierno, es esa mezcla funesta de inteligencia y debilidad, en los individuos que le constituyen; lo es más, en pueblo, nación, país y república, donde no hay momento alguno de su historia en que la fuerza no sobrepuje y aplaste al derecho, y no lleve la superioridad, supremacía y preponderancia, sobre la tersa mano que maneja la pluma, la ruda y áspera mano que maneja la espada o el machete, símbolos ambos, la una de la fuerza encarnada en los que detestan el liberalismo, pero quieren el orden, con lo tradicional sustentado y conservado en el orden; y el otro, de la fuerza encarnada en esos brutales jefes y tiranuelos militares, que no quieren nada, que no buscan nada, como no sea cometer desafueros, consagrarse a la practica del despotismo, y contar por medio único de vida y subsistencia, el infando y afrentoso peculado. A su vez, la pluma es el símbolo de la inteligencia,



de la luz, que simboliza también a la inteligencia; y en eso se puede quedar, y se queda, con daño nada pequeño ni aparente de cuanto hay de más necesario y precioso en la República, si carece de vida propia en el gobierno, y por sí sola no se puede sustentar en él innoble y firmemente; si aparece allí destituida del prestigio que a cualquier ambiciosa e innoble aspiración se imponga y le lleve la palma del poderlo, como para tenerla reducida, por su propio y solo peso, a riguroso vasallaje; porque, de no ser así, lo que hubieran sido nuestros ministros, que no tenían arri-mada su bondad a más arma que aquella, o que no tenían arri-mada más arma que aquella a su bondad, no hubieran sabido cómo hacerse para impedir que se cumpliera la ley fatalísima de tener, en el peligro, que inclinar la frente al suelo en señal de consentida dependencia, y ofrecérselo, cedérselo, y entregárselo todo, su estrella, su libertad de acción individual, el concurso activo de los servicios de su inteligencia, el papel representativo de la situación, la jefatura del gobierno, al compañero y colega suyo, que sin ser cosa buena como ellos, ni como ellos ilustrados, y, por eso mismo no representar en aquel medio común, sino una pobre y aislada unidad, valiese más que todos ellos juntos, porque hiciese a todos la ventaja de distinguirse por el más fuerte, por ser quien llevara ceñido un machete, sin la cual arma, en balde hubiera sido echar mano de cualquiera otra para combatir ese peligro. Ya pues se habrá venido con esto a caer en la cuenta, de que no habría podido ser allí el del machete, sino la *criatura* de Luperón. Y porque se pueda tener idea clara y precisa de las proporciones en que se habría presentado semejante fatalidad, que no queremos darle nombre de calamidad, que le cuadraría lo mismo, se necesita tener ahora más presente que nunca, que no era en tiempos normales, cuando hubiera ella ocurrido, sino en el punto inicial de un estado de cosas



bruscamente sobrevenido, en que a un hombre de las condiciones políticas de Lili, que sólo poseía su machete, que no tenía cuándo cobrar el predominio y poder que alcanzó con el tiempo, merced a la infinita benevolencia que le guardaba Luperón; que, no embargante sus horrores pasados, a nadie infundía temor ni miedo; que no gozaba de simpatías populares en parte alguna, cosa por él bien sabida; y a quien, por lo tanto, se habrían muchos apercebido a combatir, de una manera u otra, en viéndole tan arriba, con la pluma en la prensa, y con el arma de fuego en la manigua, le hubiera parecido cosa natural y acertada, establecer en toda forma, bajo su personal soberanía, una dictadura sin plazo fijo, so color y bajo capa de reclamarlo y exigirlo así la suprema ley de la salud del pueblo, de que se saben valer los ambiciosos, para sujetarle y consolidar en esa forma la situación política que les conviene. De esa manera, ¿qué hubiera sucedido con un gobierno tan personal, discrecional y arbitrario, como lo hubiera sido el de Lili? Por más que así lo queramos, no contestemos a esta pregunta, sin echar una ojeada rápida sobre lo que hubo de hacer Meriño previamente, que fue, por un lado, aceptar el derrocamiento de la Constitución; y por otro, convocar los comicios populares, para que procedieran a elegir un Congreso que dictase otra en breve plazo, y así volver al punto de partida suyo, a la presidencia constitucional, bien deseoso de no retener muchos días las facultades extraordinarias de que le habían investido, y deshacerse de su posesión, con el contento de no haber probado a lo que sabe la dictadura. Y este Congreso (de plenipotenciarios, como se llamaba), elaboró un fundamental y nuevo pacto, que de nadie hubo de ser tenido por reaccionario ni retrógrado, como parecía que hubiera debido suceder, toda vez que el grosero atentado de que vino a ser remate y coronamiento, venía dirigido contra nuestro anterior progreso político; y bien al contrario



de lo que fuera lógico que pasara, ni se cercenaba una sola siquiera de sus conquistas a ese progreso, ni se ponía intencionales impedimentos, con capciosas reformas, a que prosiguiera su marcha, de aquella suerte interrumpida. Obra fue todo esto, del propio Meriño, que así lo dejó trazado, en términos muy explícitos, en el mensaje inaugural de su dictadura, donde, además, negaba implícitamente a ese Congreso, el uso de toda iniciativa que pudiera conducirle a tomar acuerdos y dictar resoluciones, que más bien se hallaran fuera, que dentro de lo expresado en el decreto convocatorio de los comicios. Ya, un poco antes, había él hablado a la nación, por medio de una proclama, donde, por la hermosa doctrina que atesoraba, y mejor ejemplo de republicanismo que ofrecía, era lo capital, aquel pasaje donde conjuraba de antemano e irrevocablemente a dicho alto Cuerpo, todavía no elegido, a no alterar, en lo más mínimo, sino dejar intacto y virgen de toda enmienda, el período de dos años, por que había sido llevado a la presidencia de la República, conforme a la ley substantiva derribada: prohibición predicabilísima esta, que no echó de ver, ni apreció en lo mucho que de alto valor y precio encerraba, ninguno de cuantos llevaban fija entonces su atención en los actos de Meriño, nada más que para reprobárselos confusamente, sin separación alguna entre lo bueno y lo malo que hiciera, y que bien se podía proclamar por un famosísimo triunfo del buen sentido y la moral política, contra la torpe y abominable inmoralidad del recién consumado hecho: pues se hubiera podido sospechar, que había de ser la prolongación de período, la más ordinaria e inseparable consecuencia del hecho mismo, después de tener por cosa cierta, que quien había resuelto pasar de presidente constitucional, a la triste y nada envidiable categoría de dictador, no habría de venir a conformarse con el hecho de serlo nada más que por breve plazo. Esto era,



en efecto, lo que, según se imaginaba generalmente, había de suceder sin remisión alguna; y que, por ende, había todo de venir a parar en ambiciones, todo en concupiscencias, todo en ironía, todo en descaro, todo en sarcasmos, todo en malos precedentes, todo en pésimas enseñanzas y funestos ejemplos por parte de Meriño personalmente. Y no habiendo resultado ser todo eso así, como se creía, sino de la otra manera que nosotros decimos, volvamos a preguntar, ¿hubiera hecho Lilí otro tanto? ¿Hubiera, de por sí, realizado siquiera un acto digno de alabanza? ¿Hubiera podido, adelantar un paso, bien dado, en el ordinario empeño de sostenerse? ¿Hubiera gozado de algún bienestar la República bajo su gobierno, en tales circunstancias ejercido? ¡Ah! por cierto que ni aun sus adeptos más decididos y más apasionados, o *interesados* (que da lo mismo), se atrevieran hoy a sostener delante de ninguna persona seria, que habría él observado, por propio impulso suyo, el ulterior proceder seguido por Meriño, y no algún otro diametralmente opuesto a ése. Y decimos todo esto, sin querer tener la más remota voluntad de aludir a cosa que se llame derramamiento de sangre, proscripciones, descrédito nacional, ni a otras desgracias mayores o menores, que por ya conocidas, no hemos de nombrar; ni queremos acordarnos de que hay palabras expresivas de la triste idea de ayes, lágrimas de dolor, luto, desolación, orfandad, abatimiento, ignominia, con otras miserias a éstas anejas, paralelas o parecidas; aunque no habrá quien desconozca, que todo hubiera podido faltar en su dictadura, menos ninguna de tamañas calamidades.

Así pues bien se advierte que no salvó de pocos males y peligros a la República Meriño, con su continuación en el poder; y que, por grande que fueran los que vinieron con ella jamás habrían tenido medida los que se hubieran experimentado, si se retira, y deja vacío el puesto, para



que viniese a ocuparlo un hombre como Lilí, a caso propio para estar abajo, pero en ninguna manera bueno para estar arriba.





XXXV

Verdad es que todo lo que parece que hubo de quedar entonces evitado, con aquella retención del poder, sucedió después; pero es igualmente verdad que nadie tiene que ver con lo que ha de pasar en lo porvenir, porque ninguno lo sabe; ni hay quien se ponga jamás a ejecutar alguna cosa, o que la ejecute, mirando hacia lo venidero, adonde todo se ve oscuro y entre sombras caliginosísimas, sino mirando a los presente, donde todo se ve sin ellas, porque tiene lo presente tal poder en nosotros, y de tal modo nos absorbe y ocupa de ordinario, que casi no nos deja tiempo para pensar que hay porvenir, y que las mismas causas que nos ponen los instrumentos en las manos, para que hagamos lo que hacemos hoy, pueden producirse o reproducirse más tarde, fuera de nuestra esfera de acción, inutilizando nuestros esfuerzos actuales: pues a nuestro intento, ambición, vanidad, o lo que se hallare de por medio, como causa o móvil, cuando hacemos algo, basta que sirva esto y se acomode al fin que nos proponemos hoy, sin que nos aflija, ni en grado alguno llegue a deprimirnos, el pensar que no pueda tener la misma utilidad mañana: pues se aprecian las cosas, por el mérito y valor que tienen ahora, no según el que



podrían tener después, que puede ser negativo, o puede ser positivo, no se sabe; y ello es lógico, porque donde nos movemos y afanamos, y ganamos y perdemos, es en lo presente, siendo esto, por tanto, lo único que tenemos en cuenta y nos importa. Porque no hay luz que proscriba del hombre la ignorancia del tiempo futuro, el cual es siempre como una infinita sucesión de vacíos, que se nos van ofreciendo en todo el curso de la vida, para que los colmemos con nuestros hechos, y que se hacen *presente*, todo el tiempo que invertimos en llenarlos, y *pasado*, tan luego como los acabamos de llenar. Nadie ve lo que hay en ellos, porque nada tienen; y obedientes al impulso irresistible de la fuerza interior que nos guía, vamos hacia ellos a ciegas, como por entre densa niebla la nave, de donde no se advierte la presencia de los objetos, sino en el momento de chocar con ellos. Síguese pues de todas estas premisas, que no se opone a que fuera salvador lo efectuado por Meriño, el que sucedieran en lo venidero tales cosas como las que han acontecido hasta la fecha del día presente, pues lo que trató de impedir con eso, vino a ser precisamente una parte, sin duda no pequeña, del cúmulo espantoso de lo que había de suceder, y que, quizás sin eso, habría sido más calamitoso y terrible de lo que hubo de ser: pues a la calamidad de caer entonces la República en poder de Lilí, se habría indefectiblemente añadido la de caer en poder de los otros partidos, que llenos de increíbles deseos de venganza, como se hallaban o debían de hallarse, no hubieran sido, a su vez, mejores para ella, que el partido azul, aun con Lilí a la cabeza; para lo cual, no tenemos que atender, sino a lo que habían sido casi todos ellos en épocas no muy remotas. Y si bien no hay que decir nada, porque nada vale decir, ni nada se debe decir, en descargo y justificación del que obró mal sabiendo que lo hacía; y bien que sea lógico y natural que no pueda ser Meriño sustraído



de la jurisdicción de tan severo principio, a lo menos, pues que no padeció daño alguno la República, sino él solo, conste siquiera la saludable y cívica segunda intención con que lo hizo, perdiendo en su buena reputación pasada, infinitamente más de lo poco que, de manera tan efímera, ganó en autoridad con sus dictatoriales facultades. Porque todavía nos queda por decir, que al relacionar con el bien público su proceder, no hacíamos alusión a nada ideal o hipotético, sino a sucesos revolucionarios, tan reales, como los que ocurrieron positivamente, coincidiendo con su aceptación de la dictadura. Pero no se vaya, por esto, a incurrir en el error de dar por cierto, que con ella ofreciera pie a los dichos sucesos, pues la verdad fue, que cuando ésta hubo de tener lugar, ya esos sucesos estaban preparados de un todo, y no esperaban la oportunidad eventual de realizarse, sino la hora fija en que habían de quedar realizados, hora esa, que lo mismo hubiera llegado con dictadura, que sin ella; y lo más que debió de haber hecho ésta fue precipitarlos, siendo causa de que se llevase a cabo con menos comodidad, lo que se pensaba que se había de verificar cómodamente. Porque la única protesta que apareció en el acto de la ejecución del golpe de Estado, fue la que dio a luz en hoja suelta el Sr. don Mariano A. Cestero, que, no pudiendo reprimir su indignación de hombre de principios, alzó la voz para execrar el hecho, no por cierto sin tener muy presente, que las palabras en el hombre recto y verdadero, deben estar apoyadas en las obras, y estas en aquellas, como natural y legítima consecuencia las unas de las otras: pues acompañó su protesta con la renuncia espontánea del empleo que servía, y que no era sino la Interventoría de Aduana de Santo Domingo, rasgo peculiar del ciudadano íntegro, que gustó sobremodo al mismo Meriño, y mereció sus elogios. En efecto, hay que saber que no faltaron quienes llevasen a mal que Cestero protestase,



por parecerles que más bien le tocaba y correspondía guardar un indulgente silencio (puesto que nada había de hacer con protestar), que dirigir en público censuras a su partido, por sus faltas, acción antes propia de adversarios, que de un miembro conspicuo del mismo. En esa virtud, se le atacó acerbamente por la prensa: cosa que mortificó a Meriño, en tal manera, que poco después, hubo de manifestárselo así al autor del ataque; y esto como pasó fue de esta manera, que saliéndole al paso a una breve alusión que hizo éste a ese respecto, le dijo, encarándose con él: *–Bien hizo, en censurar un hecho repugnante a su conciencia. No le gustó, no se había de pretender que lo callase–*. Así dijo; y nunca estará demás decir también, que para él hubiera sido motivo de sumo contento, que Cestero hubiese continuado en su destino; ni hubiera perdido tiempo alguno en estimularle amistosamente a que retirara su renuncia; pero conociendo tan bien como conocía, no ser posible, dada la firmeza de su carácter, semejante vuelta sobre su paso, lo que hizo fue nombrar interventor, no a otra persona cualquiera sino al Sr. don Juan José Cestero, hermano de don Mariano, como para dar en eso a éste último una prueba fehaciente, así del aprecio que hacía del acto por él realizado en protestar, como de la particular y nunca variable consideración que a su persona consagraba. Fuera de esto, no será mucho que, solamente de paso, hagamos también saber en este punto, que cosa más o menos igual hubo de ocurrir asimismo en esos días respecto del Sr. don Francisco Henríquez y Carvajal, secretario particular de Meriño. El cual había escrito, con ocasión de los sucesos de Puerto Plata, que ya estaban para efectuarse, no una protesta, como el Sr. Cestero, sino una carta particular al director del periódico aludido, para ver de disuadirle reservadamente de que siguiese abogando porque se llevase a efecto tan escandaloso atentado como el que se proyectaba



y se realizó en dicho punto. Para esto le citaba espantando, si acaso no lleno de horror, lo mismo que había de acontecer y aconteció a Meriño, tan punto por punto, que nada de cuanto en ella decía dejó de quedar confirmado por la verdadera realidad, ni más ni menos que como lo hemos nosotros relatado. Este señor dudaba que Meriño hiciera lo que de él se pretendía, y en tales términos exponía su escepticismo, que como aquel semejante cosa se aviniese a poner en ejecución, había de aparecer su propio secretario como uno de sus censores, no por inconsciente, menos verdadero. Bien que la carta era de índole reservada, siempre hubo uno que otro amigo que de una manera inevitable tuviera conocimiento de su existencia, lo suficiente, para que, al cabo, por noticia de uno en otro, llegase también a conocimiento del propio Meriño. Sin embargo, era de creer y esperar, que no hubiera éste de hacer caso alguno del asunto, por hiriente que le pareciese, y con efecto, Meriño pasó esto por alto, y nunca creyó que, por desfavorable que le fuera el pronóstico y opinión de su secretario, hubiera de haber en ello motivo bastante para tomárselo a mal. Así fue que, como al poco tiempo de eso, estando en Puerto Plata con Meriño a solas, en una de la ausencias que solía éste hacer de la capital, hiciera el mismo a quien la carta fue dirigida, indirecta y breve mención, sin mal designio alguno, de lo que le había escrito, por lo mismo que no ignoraba que lo tenía sabido Meriño, éste, por toda contestación, y con muestras claras de benévolo asentimiento, se limitó a decirle: —*Son sus ideas*— demostrando así el respeto, jamás por él violado, que siempre le ha merecido la libre y justa emisión de las ajenas opiniones, y en cuya virtud, no a personas tan amigas suyas, y de él tan queridas, como los referidos señores lo eran, pero ni aun a sus mayores y más gratuitos enemigos ha sabido guardar resentimiento alguno.



Pues, con excepción de lo dicho en contra por el Sr. Cestero y el Sr. Henríquez y Carvajal, el uno públicamente, y en el íntimo seno de amistosa confianza el otro, no se puede, ni se pudo jamás afirmar, que aquel crimen diera margen para otras protestas, pues nadie más protestó; ni se podría tomar por tal, la revolución que luego concluyó por encenderse, porque, como ya para entonces estaba del todo proyectada, lo mismo hubiera tenido efecto antes, que después del atentado, por su causa, o sin ella, como lo expusimos arriba. Los adversarios, gonzalistas, baecistas y cesaristas, que juntos la tenían urdida desde Puerto Rico, fiaban, tanto desde antes del escandaloso golpe de manos, como después de dado, en que, por donde flaqueaba el gobierno, era por el lado de la debilidad; esto los alentaba en gran manera, sin que tan quebradiza confianza influiese por nada en la decisión de los autores del hecho; pues como los enemigos no efectuaban sus preparativos de una manera pública, sino con el mayor y debido sigilo, no estaba en cuenta nadie, de que se hallaban ellos a punto de tremolar el estandarte revolucionario. Y llevados de la creencia de que aquella debilidad no era ilusoria, sino muy verdadera, en tal modo presumían que se les había de facilitar la empresa de dar con el gobierno en tierra, que lejos sus correligionarios de adentro, de verificar el dispuesto alzamiento suyo, en el campo, reputaron por cosa bien pensada el hacerlo efectivo en la misma capital. En esa fe, y como se daban a discurrir no haber allí ningún contrario suyo capaz para salirles al encuentro, sino Lilí, trataron, ante todo, de quitar a éste del medio, que por cierto estaba postrado en cama, por unas calenturas u otro cualquier padecimiento destituido de toda gravedad; la cual circunstancia, les hacía parecer cosa de fácil y satisfactorio resultado, la tentativa fraguada con el objeto de deshacerse de él, suprimiéndole. Pero en vez de fabricar



serena y anticipadamente un plan que los pusiera, primero que nada, en el camino de apoderarse de su persona con segura comodidad, lo que hicieron fue atenerse más bien al que tenían concebido, muy propio del pusilánime que acude a rodear el peligro que intenta remover, en lugar de lanzarse a él con presteza, como los intrépidos, y pasarle por encima. De esa manera, trataron de prepararle una emboscada; y al efecto, pocas horas antes de cerrar la noche del golpe, hicieron de intento volcar un carretón en medio de la calle, cerca de su domicilio, y por donde acostumbraba él pasar cuando salía; detrás del vehículo se habían de agazapar, en hora oportuna, dos o más hombres, encargados de hacerle fuego a boca de jarro, así como por allí pasase; pues como se daban a pensar que saldría él ligeramente, y antes que otro alguno, a la calle, tan pronto como percibiera el estrépito de su alzamiento, no estaban sino en lo seguro al pensarlo así; pero él, que había visto el parapeto desde una de sus ventanas, al oír los gritos y bullanga de los revoltosos, o al saber que se habían alzado, botóse fuera, enfermo como estaba; y entonces, adivinando al instante la asechanza, tomó por otro lado, reunió la más gente que pudo, y arremetió con ellos, hasta echarlo de la ciudad esa misma noche; y de modo que la mañana siguiente, no quedaba ninguno dentro, excepto los que, por no haber podido escaparse afuera, pues todas las entradas y salidas de la ciudad, entonces todavía rodeada de sus antiguas murallas, estaban tomadas por los defensores de la situación, no tuvieron más, que asilarse cuanto antes en los consulados. El siguiente día, lo primero en que utilizó el gobierno su tiempo, fue, sin ninguna dilación, en poner a la capital y su provincia, en estado de sitio, suprimir el derecho de asilo, y extraer de los consulados a los rebeldes admitidos en ellos, y mandarlos a la cárcel, sin que les acarrese su delito más pena ulterior, que la de quedar de



esa manera privados de su libertad, hasta que pudieran restituirse al goce de ella, una vez restablecido el orden por su culpa interrumpido.

Tras esta inesperada y concluyente resolución contra el uso de un derecho consuetudinario, que autoridad constituida alguna, desde la fundación de la República Dominicana, jamás había dejado de tolerar ni ver con religioso respeto un solo día, se puso sin pérdida de un solo segundo de tiempo, a discutir en consejo de gobierno la conveniencia de tomar otra medida más seria y más rigurosa contra la iniciada revolución, que se había botado a los campos de la capital, y donde, aquel mismo día presentaba carácter lo suficientemente alarmante, para que, a pesar de haber quedado el gobierno tan victorioso dentro de la ciudad, como había quedado la noche anterior, ya estuviera pareciendo cosa muy probable y segura su derrocamiento. La medida de que tratamos fue de común acuerdo tomada, y tal era su gravedad, que no podía revestirla mayor ninguna de cuantas otras pudiera dictar, en circunstancias iguales a éstas un gobierno, como que se reducía toda ella, nada menos que a declarar por un decreto de la flamante dictadura, que debía ser en seguida expedido, que no habría cuartel ni piedad para los alzados que de allí adelante cayeran en poder de los agentes gubernativos que anduvieran en su persecución, sino que sin acudir a más forma de juicio, ni atender a más miramiento alguno, serían pasados por las armas donde tuviesen la desgracia de ser aprehendidos con ellas en las manos. De *San Fernando*, fue generalmente apellidada esa disposición, así por haber sido precisamente dada el día de aquel santo (30 de mayo de 1881), como por la rara coincidencia de ser uno y otro respectivamente pronombre y onomástico de Meriño, y más todavía, por la maravillosa circunstancia de podersele hacer, en esto tan sólo, el más daño posible a lo que ya por ventura le quedaba



en pie todavía de su reputación pasada. Sus efectos no empezaron a ser sensibles tan luego como quedó promulgada, porque así tan pronto no llegó a cumplirse la condición de caer en manos de los defensores del gobierno, alguno de los revolucionarios que andaban alzados por los montes de la provincia; pero, en cambio de eso, y mientras se presentaba la hora de comenzar a ejecutarla, hubo gente tan mal intencionada, y tan dócil al consejo de detractor a los otros, que, sin duda inducida de Lilí, o de otro ministro (porque sólo ellos podían cometer la fea y grave falta de revelar lo que pasaba, o decir lo que no pasaba en los consejos de gabinete, donde nadie más podía tener entrada), se puso a propalar la especie calumniosa, de que, no solamente fue Meriño el único en proponer tal decreto a sus consejeros, sino que también, una vez hecha su proposición, hubo él asimismo de ser, sino el único entre tantos, por lo menos el más empeñado en que se dictara; mientras que Lilí (se añadía), principió por oponerse con todas sus fuerzas a que fuese adoptada tal medida, y que no habiendo podido disuadirle de que insistiera en que se tomara, después de advertirle que mirara bien lo que hacía, porque no era cosa de poca monta eso de dar un decreto de muerte, concluyó por hacerle presente, que pues así lo quería ver realizado, tuviese por seguro, que por su parte, no vacilaría un momento, llegado el caso, en ejecutar al pie de la letra el tal decreto; quedando este rasgo de cínica hipocresía, tan bien difundido en el público, desde aquel mismo día, y tan luego como terminó el consejo de ministros donde se dio el tal decreto, que no se puede imaginar hasta qué punto hubo de llegar el daño ingente que con esa falsedad se hizo a Meriño; y a ciencia cierta que jamás hubiera podido la mala fe, o la infamia, personificada en aquellos malvados, inventar otra mejor especie para que de allí adelante, tal vez hasta el día de hoy, en que todos saben quién es Lilí,



quedara el padre confirmado por monstruo, en el concepto de la gente crédula, que forma la mayor parte del público en todos los países, y que así, por fácil a dar ascenso a cuanto se le dice, mayormente si es en desdoro de personas bien reputadas, acoge cualquier calumnia sin discutirla, ni darse buena cuenta de la falsedad que de veras constituye; y con esto tiene siempre, o casi siempre, por verdadero, lo que no lo es, y corresponde incautamente a los aviesos designios de los calumniadores. De suerte, pues, que desde aquel entonces, hasta hoy día, cuando llega por casualidad a recaer la conversación sobre aquel desagradable asunto, no falta nunca quien o quienes aseveren todavía, que aquel decreto fue obra exclusiva de la propia inspiración e iniciativa de Meriño, y que no hubo de ser bastante a templar su tenacidad, la decidida oposición de todos sus ministros, que no estaban porque semejante paso se tomara, y de la cual oposición, siempre hubo él de salir vencedor, por cuanto logró al fin hacer que todos convinieran en lo que proponía y era su voluntad llevar a definitivo remate. Nadie comprendió, y hoy todavía pocos serán los que comprendan, que tan mal intencionada impostura como ésa, no ha salido a plaza en oportunidad alguna, y que no puede haber acción tan cobarde y vil, como la del que no tiene todo el valor moral necesario para esto de asumir la parte de responsabilidad que le deba caber en una resolución y medida colectiva, y por no parecerle buena esta medida, trata de que recaiga la culpa de haber sido tomada, sobre un compañero suyo, que, a fuer de leal, sincero y franco, no procura sustraerse a las consecuencias que haya de producir, siendo así que los otros, tan capaces de todo, como lo hacen ver los hechos, las esquivan sin deberlo, en lugar de mostrarse dignos en sufrirlas, o en ayudar a sufrirlas, con la misma varonil e impertérrita entereza. Como se ve, pues, no tenían fijo el pensamiento los autores de la especie, sino en



la idea de hacer el mayor mal en su aptitud posible; pero tal sordera y tal privación de la vista les producían esos designios perversos y cobardes, que dejaban de advertir y no entendían que con sus mismos dardos salían heridos de gravedad, en el momento mismo de hacer de ellos para dispararlos, por cuanto, a un hombre de la fiereza y crueldad de Lilí, a un hombre que había ya matado a un pobre cubano y a Gabino Crespo en la línea, y a Valentín Pérez y a Manuel María Caminero en Puerto Plata, etcétera, etcétera, esto de hacerlo aparecer como más humanitario que Moya, como más humanitario que Grullón, como más humanitario que Boscowitz, como más, en fin, humanitario que Meriño mismo, era incurrir en un absurdo excesivamente lleno de torpeza, y al mismo tiempo tan basto, como merecedor de sarcástica risa, si los hay: era desentenderse, por sistema, de la naturaleza de las cosas, y no querer tenerlas, bajo ninguna forma, en justa y debida cuenta, y más bien echar en criminal olvido, cuanto había, cuanto hay, y cuanto habrá de inolvidable, en todos los siglos de los siglos, como toda esa generosa y noble sangre humana, que por Lilí derramada, estará siempre humeante, para que se vea de continuo desde cualquier punto del universo, y siempre fresca, para escribir renovadamente con ella el nombre de aquel malvado, y señalarlo, sin sosiego, al aborrecimiento y execración de todas las generaciones.

Así pues por ver de que la culpa de todo cayera en Meriño solo, y en ninguno más, no había nada que no fuera dado con fruición al olvido en esa menguada circunstancia, con respecto a él, nada que pudiera redundar en provecho moral y honra de su persona; pues no se quería ni aún hacer presente, que si por ventura los ministros no estuvieron todos unánimes en dar el decreto, por lo menos la mayoría de ellos toda debió de ser de opinión que se diera, porque, sin ese acuerdo de la mayor parte de todos, vanos y estériles habrían sido los empeños de Meriño por salir adelante en



su incierta pretensión, toda vez que nada hubiera podido conseguir, y por más esfuerzos que gastara en ello, siempre habría quedado fuera de combate por virtud de los votos de todos o casi todos los demás; y la verdad era que todos, o casi todos, se mostraron tan interesados, como el que más, en el lúgubre negocio; que si alguien hubo que allá en su buen fondo le tuviera reprobativa repugnancia, bien que no lo manifestó de viva voz, por cierto y seguro se podía dar, que no había de ser sino : Grullón, Moya o Billini, pero no Lilí, que mostró, en la manera genial que tuvo de practicar la medida (sobre todo fusilando a su propio cuñado), lo bien y lo mucho que con ella estaba de acuerdo desde un principio, aunque hubiera de ser capaz de aparentar otra cosa, por hacer caer en el engaño a los sencillos o a los que querían engañarse con él, mil veces mejor que con Meriño, que, al fin y al cabo, no hubiera sido quedar engañado de mala y funesta manera nunca. De modo que aquel decreto (que sólo respecto de Meriño servía de acusación, y por eso se llamó *De San Fernando*), no porque lo firmara él, deberá ser tenido por obra personal suya, sino de todo el gobierno; pues como de ningún modo posible es de creer, si no todos sus miembros acogieron al principio la propuesta del mismo, lo cierto era que la mayoría quiso que se diera, como había sido la mayoría o por mejor decir, todos unánimemente, los que tomaron la recién anterior resolución de suprimir el nunca jamás bastante enaltecido derecho de asilo, a que no debió haberse tocado en ninguna suerte de circunstancia, si es que todavía se han de mirar con el merecido inviolable acatamiento los santos fueros de la humanidad. Eso no quería nadie tener por entendido, y es seguro que hoy, al cabo de 18 años transcurridos, pocos habrá que no consideren todavía, de igual manera tortuosa este negocio, siempre atribuyendo a Meriño la peor parte, y dejando lo mejor para Lilí. Así pues no había de haber sangre que no



le cayese a él encima, que, bien visto, no mandó derramar ninguna, por más que la que se vertió, se hizo por autoridad de su decreto, reforzado con otra cosa más que luego daremos a conocer. Finalmente, a tal punto hubo de llegar el extravío de la opinión, y hasta de la conciencia pública respecto de él, tras la promulgación de aquel decreto, que se le tuvo, desde aquella hora, por capaz de todo, y a los otros, incluso el mismo Lilí, por capaces de nada. Y eso que aun no había ocurrido cosa de importancia o sensación alguna, todavía el decreto no era más que una simple amenaza, sin principio de aplicación; que ya se puede considerar lo que hubo de suceder así como vino a tenerla: que fue, que apenas hubo entonces quien no brindara cómodo abrigo al convencimiento de que ninguno pensaba, ni hablaba, ni se movía, ni ponía en nada las manos, sino por él; los demás, no hacían otra cosa que obedecer, siendo él solo quien mandaba, y él quien todo hacía; e incapaces por sí mismo los otros de adelantarse a verificar cosa que pudiera llamarse perversa, no venían a ser sino meros ejecutores de su voluntad y de sus órdenes.

Pero narremos brevemente los sucesos, para que bien se comprenda de cuál modo y manera pudieron caer en semejante contrasentido los espíritus. En efecto, la revolución, después de salirse a los campos de Santo Domingo, se quedó aislada en ellas, por que no la secundaron en otra parte alguna, como quizás esperaban los revolucionarios; y de resultas de la persecución rápida y enérgica que le hizo Lilí, languideció a tal extremo, que a las pocas semanas, ya estaba perdida por completo, y su jefe y demás gente andaban fugitivos por aquellos montes, sin saber por cuál camino escapar del peligro de ser capturados, y a cada momento estaban a punto de serlo. En eso, fuera porque inspirara el Sur recelos al gobierno, o fuera porque había llegado el plazo de hacer a esa región una visita, se acordó



que pasara el presidente a la ciudad de Azua; y a ella con efecto hubo de pasar, en tiempo en que todavía no estaba del todo concluida al revolución capitala; y porque no había cómo poder irrogarle daño alguno en eso, no se llevó a conocimiento del público, quién fuera el de la idea de aquel viaje, bien así como en otros asuntos indiferentes como ése, no hubo quien, con el antedicho designio, cometiera la punible indiscreción o delito de publicar lo que pasaba en los consejos de gobierno, como cuando el asunto de la discusión del decreto, que ya se sabe que fue todo invención y falsedad. Dos o tres semanas, o más quizás, permaneció Meriño en Azua, distante unos dos días de la capital, sin que ocurriera cosa importante alguna en todo el Sur, el cual contra lo que se sospechaba, hubo de seguir en tranquilidad inalterable, porque los enemigos de afuera, que ya organizaban una expedición en Puerto Rico, no habían de hacerla efectiva por aquella provincia, sino por otra parte, que diremos luego. Esperaba Meriño que poco había de ser lo que, después de su salida, hubiera de tardar en llegarle a la ciudad azuana la noticia de haber quedado definitivamente pacificada la provincia de la capital, pero allá se daban tanto tiempo en verificarlo, que un día ordenó a su secretario, el referido Sr. Henríquez y Carvajal, y en presencia de todo su Estado mayor, escribir a Santo Domingo en términos expresivos del asombro y desagrado que le causaba ver que aún no se hubiese obrado con la rapidez y energía posibles en lo de concluir con aquel movimiento, y dar así satisfacción a los compromisos por esa parte contraídos por todos ante la Republica, de tenerle asegurado el goce del orden y la paz, sin los cuales bienes, vano había de ser el tiempo gastado en esperar cómoda suerte alguna y venturosa, para todos los dominicanos. En sustancia y en esencia, no decía otra cosa más ni menos la carta, de cuyo breve texto, no podemos hacer



ahora memoria punto por punto, porque jamás habíamos de imaginar que algún día hubiera de sernos preciso hacer a él alusión y referencia en obra tal como ésta, cuya *Primera Parte* vamos rematando con estos presentes renglones. En Santo Domingo se dieron a entender, leída la carta, que lo que urgía y mandaba el caso, era prepararse a dar entera ejecución al decreto, aun todavía no estrenado: ese y no otro mejor, vino a ser el sentido que arbitrariamente se hubo de atribuir a dicha misiva. Sin embargo, no quería nadie aparecer como autorizador de la inauguración del régimen del terror, que por autoridad de tal decreto a poco quedó establecido: antes bien, se deseaba huir el bulto a esa especie de responsabilidad; y tras breve deliberación común, se resolvió disculparse con la carta misma, si no ante la justicia de los hombre, ante el tribunal de la conciencia pública, que vale tanto como decir ante el tribunal mismo de la historia. Para eso, pues, ¿qué hicieron? Pues cometer la infamia de dar a luz la carta, donde así habían de aparecer como autorizados por Meriño los sucesos que habían de venir inmediatamente después de tan cobarde y vil publicación: siendo lo peor de todo, que las personas que, por ilustradas y reflexivas, veían claro y comprendían bien que no había tal autorización, que aquello no era menester para quien o quienes debían ser considerados por tan capaces de todo, como el que más, y que no constituía semejante circunstancia sino un burdo pretexto para verificar a mano salva lo que a poco se hubo de llevar a inhumano efecto, esas personas, cuando a Meriño se le acumulaba tantos hechos, no tuvieron el valor civil de alzar la voz o empuñar la pluma, por ver de poner sobre aviso a los que incautos pudieran caer en el lazo, hábilmente preparado, de tomar argumento de aquel aparente y capcioso testimonio, para persuadirse a que no era otro sino Meriño el autor de todo lo que pasó; y quizás por esa causa sería



por lo que no se vino a desvanecer en muchos el error en que cayeron, sino más tarde, cuando ya no había remedio posible. Sólo una palabra vibró entonces enérgica y verdadera en defensa de Meriño, la leal palabra de nuestro eminente compatriota el Sr. Pbro. don Carlos Nouel, pero lo que logró, tan sólo fue dar voces al viento y a la soledad; porque nadie lo secundó en esa tarea, ni nadie hubo de prestarle atención, como merecía: ¡tan sordos habían llegado a quedar los oídos con el fragor de las pasiones desencadenadas! Hecha pues en la *Gaceta Oficial* la publicación de la carta, se activó la persecución de los rebeldes; y como, por denuncia de un miserable, se sabía el escondite de algunos de ellos, que unos por heridos, y otros por algún entorpecimiento cualquiera, no podían escaparse a lugares más seguros, como pudo verificarlo su caudillo, el General Braulio Álvarez, fue fácil hacer efectiva su captura, siendo Lilí el director de las operaciones consiguientes, y no el General Francisco Gregorio Billini, a quien como ministro de Guerra y Marina correspondía más de cerca. En seguida pues, fueron conducidos a la capital, en número de siete u ocho, de los cuales algunos, como dejamos dicho, se hallaban más o menos mal heridos; causando un sentimiento de particular y extrema compasión, un adolescente de dieciséis a diecisiete años, hijo de una buena familia capitalena, que yacía moribundo en una camilla, en la cual fue como le pudieron traer del campo, junto con sus compañeros de desgracia. Y en vez de dar lugar a que se pidiese a Meriño indulto para ellos, o darle parte oficialmente de su capción, a fin de cumplir cuantas formalidades fuesen apetecibles, y apurar cuantos medios de salvación fuesen fáciles de utilizar en bien de aquellos infelices, lo que se hizo fue dejar en la ignorancia de todo a dicho magistrado, y no desperdiciar tiempo alguno en conducirlos al cementerio de la ciudad, y, una vez allí, pasarlos por las armas... Lilí en persona dirigió la ejecución,



sin que fueran poderosas a estremecer la dura roca de su pecho, las suplicas conmovedoras del Clero capitaleno, que con Monseñor Roque Cocchía, delegado apostólico, a la cabeza, se trasladó al cementerio, y, por órgano de aquel Prelado, intercedió con grandes instancias por ellos, y reprobó de antemano, por ante Dios y los hombres, el acto de ilimitada crueldad de que iban a ser objeto. Pero Lilí, que no temía, ni teme, a Dios ni a los hombres, le contestó textual y ásperamente: –*¡Vaya Ud. a meterse con su iglesia, y no se entrometa en estos asuntos!*– Tras lo cual, sonó la descarga homicida, y subieron al cielo las almas bienaventuradas de aquello ocho mártires.

Concluido esto, ¡guay! tornáronse los pensamientos hacia Meriño, que se hallaba en Azua, ignorante de todo y comenzaron a no hacerle sino blanco exclusivo de cuantas infinitas suertes de censuras, vituperios y anatemas ha inventado en tiempo alguno la maledicencia, sirviendo los intereses de la injusticia. En efecto, ¡qué horrores se dijeron después de eso en su contra! ¡Qué caída tan estrepitosa, qué ruina tan definitiva, la que de ahí le acontecía, en concepto de la generalidad de sus conciudadanos, espectadores o no espectadores de tan inicua hecatombe! A juicio de todos, ya de allí adelante, imposible de toda imposibilidad había de ser que hubiera más mundo para su rehabilitación, más salvación para su nombre; todo quedaba terminado, acabado y concluido en aquel trágico día para él; la muerte material de los otros, era la muerte moral de sí propio; ni un palmo siquiera donde afirmar la planta le había de quedar vacante más en los dominios de la admiración, del respeto y de la gloria; por el contrario, ya podía dar por irremediabilmente perdido cuanto terreno hubo antes de ganar en ellos. Y sin embargo, todos estaban equivocados ciega y lastimosamente, porque no se le había en ningún modo acabado el mundo, sino que aun quedaban espacios consi-



derables que atravesar, y una considerable porción de tierra que recorrer, para llegar al extremo límite de la justicia humana, donde todo acaba, y se rompe, y se desgaja, y se parte, y queda cortado a pico, y enhiesto, como el elevado desfiladero de un profundo precipicio, y se presentan en forma de incendiosos y temibles abismos los infiernos de la historia, donde arden ya, o han de arder un día, esos réprobos y presitos que se llaman los nombres y las memorias de los que subieron al olimpo del poder, y se cubrieron de oprobio eterno en él por sus maldades, y no de clara e impecederada celebridad por sus buenos y gloriosos actos.

A los pocos días vino Meriño de Azua, y, para saludar su regreso, apareció una mañana una suerte de tácito pero elocuente y nauseabundo pasquín, del género más original, y, a la vez, más contraproducente, que hacerse pueda; pues consistió en una sotana, colgada en un punto de la ciudad, que creemos no era de los más públicos o frecuentados; la cual sotana estaba materialmente toda empapada de sangre, y la destilaba todavía en abundancia. Esta sangrienta y negra colgadura fue de pocos vista, porque alguna persona bien intencionada, debió de hacerla desaparecer de allí cuanto antes, por no dar tiempo a que la noticia del caso se divulgara demasiado. Pero a despecho del sentido en que hubo de ser tomada, siempre hubo de haber personas sensatas que atinaran con la recta y feliz interpretación que se le había de dar, y así dijeron muy bien que lo que significaba y quería decir era, ni más ni menos esto; que la sotana chorreaba sangre, porque otras manos habían enjugado con ella malintencionadamente la misma que acababan de derramar. Y así era la verdad.



XXXVI

En esos días desembarcó en las costas de Higüey el General Cesáreo Guillermo con su expedición filibustera, organizada en Puerto Rico, mixta de baecistas, gonzalistas y cesaristas, y en la cual se alistó un número regular de puertorriqueños, cubanos y españoles, antiguos licenciados estos últimos de las tropas que guarnecían las poblaciones de aquella colonia de España. La tardanza gastada por el General Guillermo en venir, pues debió haber hecho su desembarco en los días en que verificó su movimiento el General Braulio Álvarez, fue causa de que la expedición se malograra por completo; lo que sucedió debido a que ya no había de tener el gobierno por qué fijar su atención en dos puntos a la vez insurreccionados, sino en uno solo; y esta circunstancia, que nunca debe pasar por alto ningún revolucionario previsor y perspicaz, le proporcionó vencer a sus enemigos con tanta facilidad esta vez, como llegó a lograrlo la primera; porque, al fin y al cabo, toda revolución aislada, como toda revolución que se localiza, se malogra, por rica que sea de recursos; así, lo que ha de hacer ante todo, es procurar propagarse a dos o más puntos, si no ha estallado a un tiempo en todos, y de esa manera precisar al



gobierno a dividir sus fuerzas lo más que sea posible, por cuanto hay siempre de parte de la una tanta probabilidad de triunfar estando ellas fraccionadas, como de parte del otro de vencerla sin ese requisito. Además, que carecía el General Guillermo de las dotes propias del buen militar, o si vale mejor, del buen revolucionario: servía para obedecer, mas no para mandar; le faltaba disposición; idea no tenía ninguna; era incapaz de forjar un plan feliz cualquiera, dentro ni fuera de una situación comprometida; no entendía que lo eficaz y conveniente para una revolución, y más si ha de ser larga, es el sistema de guerrillas; valía menos que los militares españoles que había enrolado en su expedición, los cuales probaron ser entendidos en asunto de fortificación de campaña, y esta cualidad no pudo a su tiempo producir ventaja ninguna, porque su caudillo contaba sólo con la del valor. Con todo eso, el gobierno, que ignoraba tales circunstancias personales, atribuyó a la revolución más importancia de la que por cierto en sí encerraba; en lo que procedió como discreto, porque con arreglo a esta manera de considerarla, previno el ataque rudo que había de hacerle; y al efecto, despachó a Lili contra ella, que ya se había fácilmente adelantado hasta la ciudad de El Seibo, distante unas catorce leguas de Higüey, común de la provincia, llamada como la ciudad; o más bien, hasta el pueblo de Los Llanos, común de la de Santo Domingo, distante respectivamente unos tres o cuatro días de los dos primeros puntos. Lili la fue desalojando de todas sus avanzadas; y algunos días después la venció en el monte del *Cabao*, entre dicha ciudad de El Seibo y el pueblo de Higüey, su cuartel general. En este último combate acertaron los enemigos a derribarle del caballo, de un balazo que le atravesó la nuca de parte a parte, sin llegar a interesarle hueso alguno; y allí mismo se puso en pie, y echó adelante sus soldados, en lo que tomaba un poco de magüey, que traía de prevención,



del cual hizo con gran presteza un lechino, y se lo ajustó a la herida, que pues le permitió pararse y hacerse la primera cura como se la hizo, se comprende que no tenía gravedad alguna; y esto era la verdad. Hecho todo eso, dominada la cumbre del monte, muy bien atrincherada, bien que sin cañón ninguno, por haber olvidado Guillermo este menester importantísimo, continuó Lilí marcha y tomó a Higüey sin resistencia, porque, a su aproximación, desocupó el pueblo aquel general con su gente. Acto continuo comenzó la persecución de ellos, y esa misma tarde, o en la del día siguiente, por noticia de un malvado, que reveló donde se hallaban, efectuó la captura de unos cuantos, buenos unos, heridos otros, que se hallaban en un monte o campo no distante, siendo uno de ellos el inolvidable y sentido General Juan Isidro Ortea, herido en toda la ingle. Tras lo cual, dio una proclama, ofreciendo garantías a los revolucionarios, en nombre del gobierno (y esto no estaba en el decreto); de modo que hizo después, lo que cualquiera otro jefe, con tal que fuera bien nacido, hubiera hecho antes; y procedió así, porque, a su parecer, atenuaba de esa manera el horror de la nueva hecatombe que hizo, que fue la segunda después de la consumada en la capital y de otras muchas más, que han seguido sin interrupción hasta la presente fecha. También cayó en su poder, con los referidos, todo el contingente extranjero de la expedición, y las armas y demás elementos de guerra que había traído. Él deseaba, con vivas ansias, apoderarse del General Guillermo en persona; pero no le fue dado efectuarlo, porque dicho jefe, viéndolo todo perdido, hubo de separarse de su gente, y buscar su salvación en la fuga, emprendida sin lentitud alguna; y así, a través de montes y sabanas, logró a los pocos días llegar a Azua, donde le amparó el Sr. don Francisco X. Amiama, quien puso a su disposición los medios de dirigirse por mar a la ciudad haitiana de Jacmel. Antes



de saltar en tierra, tuvo la precaución de afeitarse como pudo el poblado y largo bigote, con el fin de no ser reconocido; lo cual hubo de salirle tan bien, que no halló dificultad en tomar un vapor que le condujo a Puerto Rico. Por tanto, fue allí donde vino a quedar enterado de la triste suerte que cupo en Higüey a todos sus compañeros dominicanos, pues las vidas de los cubanos, puertorriqueños y españoles no corrieron peligro alguno, porque fueron por Lili mandados a Santo Domingo, donde a poco les puso el gobierno a todos en libertad, y los hizo salir de la República. Cierto que si Lili hubiera remitido junto con ellos a los otros prisioneros, éstos se hubieran también salvado; pero no lo hizo de esa manera, sino que, debiendo tener entendido que si, por temer o por cualquier otro motivo, era bien poner fuera de la jurisdicción del decreto a los extranjeros, esa misma consideración bastaba para echar de ver que también debían quedar fuera de ella los dominicanos, cometió la inicua y bárbara injusticia de perdonar a los unos, y hacer pasar por las armas a los otros: atrocidad que llevó a efecto el otro día de la captura de aquellos desgraciados. Y como eran cuatro los que había que gastar en el camino de Higüey a Santo Domingo, haciéndolo en buenas bestias, y no estaba ese pueblo unido a esa ciudad por ninguna red telegráfica ni otra rápida vía de comunicación, sucedió lo que había de acontecer, que fue venir el gobierno a tener noticia de aquellos trágicos sucesos, bien así como de la toma de Higüey, cuando ya todo había sido consumado y quedaba en autoridad de cosa juzgada: como por una causa idéntica o igual a ésta, tampoco se pudo saber en Azua, sino varios días después de ocurridas, la captura y matanza de los revolucionarios de la provincia de Santo Domingo. ¡Y cosa extraña! por aquellas mismas playas de Higüey había efectuado su desembarco en 1867, una expedición baecista procedente de Curazao, la cual,



así como la del General Guillermo, vino a caer toda en manos del gobierno, presidido por el General José María Cabral, que considerando ser mejor venganza indultar la vida, que quitarla, se contentó con encarcelar a los individuos de la misma, los cuales pocos meses después recobraron su libertad.

Como era natural, se hizo en Higüey cuanto humanamente fue posible, por salvar de la muerte, si no a todos, a varios de aquellos prisioneros de guerra, entre los cuales se hallaban, además del llorado puertoplateño Juan Isidro Ortea, ya referido, el General seibano Tomás Mercedes Botello, con tres hermanos y un hijo suyo, de corta edad; cuya familia se presentó a Lilí la noche anterior al día en que murieron, y con mucho llanto, y desolación, y súplicas, y otras razones dolientes, que sólo las mujeres saben expresar bien en esos casos, estuvieron largas horas pidiéndole, sin parar un punto, y casi abrazándose con él, la inejecución de su padre, de su esposo, de su hermano, de su hijo, y de sus tíos. Lilí, con su gran reposo y calma, contestaba negativamente, mientras que, con la cabeza inclinada dejaba que le curasen la herida, metiéndole y sacándole varias veces, y luego dejándole dentro, un poco de maguey, que le lleva la palma de la eficacia casi a todos los ungüentos y demás remedios usados en circunstancias semejantes a ésta. Viendo patente, pues, la completa inutilidad de aquellas instancias, sin ninguna tregua reiteradas, serenóse de una manera resuelta y brusca una hermosa joven, hija del General Botello, y hablando a las demás: —*¡Es mucho, dijo haciendo a todo, no roguemos más a un hombre, ellos son varones, para morir nacieron!* y acabando de pronunciar estas palabras enérgicas y heroicas, salió con su llorosa y angustiada familia de la presencia de aquel salvaje. Sin embargo, parece que algo pudieron moverle, así las lágrimas, ruegos y querellas de las otras mujeres, como el varonil



arranque de la niña, tan prematuramente huérfana; pues convino en eximir de la ejecución común, al hijo del General Botello, el cual sin reflexión alguna rehusó al punto la gracia, mandándosele decir a Lili con estas palabras: —*No quiero el perdón, si también no se lo conceden a mi padre;* y murió con no menos dignidad, con no menos valor, con no menos resignación, que su padre, que sus tíos, y que todos sus otros compañeros.

A diez llegaban todos, y uno de ellos era don Luis Pecuña, hermano político del propio Lili, con cuya hermana mayor estaba casado, y que, si bien debió haber tenido en cuenta que su cuñado ejercía elevado puesto y tenía vara alta en la situación que venía de aquel modo a combatir, sin duda no sería por desafección a éste, por lo que hubo de resolverse a formar parte de aquella empresa revolucionaria, sino que, al enrolarse en ella, lo que menos debió de sospechar sería que hubiera de ser el mismo Lili quien hubiese de venir a su encuentro, en vez de otro jefe, tal como el ministro de Guerra y Marina; porque, según ya dicho queda, o ha de quedar después de lo que ahora diremos, Lili, en principio, como ministro de lo Interior que era, no tenía que andar mezclado de aquel modo en los negocios de la guerra, usando de las atribuciones exclusivas de aquel otro funcionario, sino mantenerse circunscrito al radio de las suyas; y sin por ventura no probada esta ingerencia suya otra cosa de más significancia, por lo menos hacía ver de palpable manera que no era en asuntos de lo Interior, o de puro gobierno, donde podía él tenerlas todas consigo y desenvolverse con alguna comodidad, sino en asunto de *macheterías*, que era lo único de que podía darse alguna cuenta y para lo que podía servir de algo; y por eso fue por lo que hubo de salir dos veces a campaña, y pasar por cima del General Francisco Gregorio Billini, a quien con razonable derecho correspondía: el cual dio así a entender,



por su parte, de la manera más palmaria (y era la verdad), que donde mejor habría convenido a sus aptitudes quedar colocado, hubiera sido en el Ministerio de lo Interior y Policía. Pero como quiera que fuese, no era menos verdad que Lilí hubo de profesar a su cuñado, en todo tiempo, grande antipatía, natural y honda, de la que nadie, ni aun éste mismo, podía tener barruntos, debido a que jamás aquel hubo de mostrarlos: y la prueba de esto es que lo fusiló, porque de esa manera no es como se da testimonio a una persona, o a los demás, de que se la consagra buena voluntad, o se siente verdadero cariño por ella. De suerte pues que cuando le vio en su poder así de manera tan inesperada, en lo íntimo se gozó, según él mismo lo hubo de referir poco después a varios oyentes suyos, estando en Puerto Plata. Pero *no se lo pegó* de una vez (estas son palabras textuales de Lilí), *sino que lo dejó para lo último*, ni se dio a entender que había motivo de que temiera por su vida, mientras él mismo no le advirtiese que, con efecto, corría ya inminente peligro de perderla. De consiguiente, hubo de comenzar por infundirle una confianza engañosa y pasajera: mandóle venir a cenar con él, *por tratarse de su hermano político, padre de sus sobrinos y marido de su hermana*: y como notó que se hallaba en mal traje, cosa natural en quien andaba con fusil al hombro, expuesto a todas las displicencias de la intemperie, durmiendo en el duro suelo, y revolcándose en él como el último de los soldados, dióle, o mando darle, con qué mudarse de vestido (que, según dicen, eran unas piezas blancas, tal como pantalones, camisas y chaquetas, o menos esta última). Después de comer, hallándose don Luis en mejor estado de cuerpo y ánimo, por alentarle la presunción de no tener para qué sospechar de su cuñado, ni para qué temer por su vida, siendo así que cuando más debía sospechar del uno, y cuando menos segura tenía la otra era entonces,



preguntóle aquel repentina y secamente, si no le ocurría por ventura confiarle algún encargo dirigido a su familia, residente toda en Puerto Plata, lugar de su domicilio. A lo que respondió don Luis no tener dispuesto verificar encargo alguno a ella en esos momentos, una vez que pronto había de verla. —“*No, mi cuñado, no crea Ud. eso*”, le repuso con mucha pausa, “*Ud. no crea que ha de volver a verla, si he hacerle saber que debe prepararse a morir, porque mañana será Ud. fusilado como lo han sido los otros.*” Y diciendo esto, se detuvo breves instantes, para luego proseguir de esta manera: —“*Y no se preocupe Ud. por su familia, que yo habré de tenerla siempre a mi cargo, y seré para con ella como un segundo padre. Y tenga cuidado de portarse con valor en el trance que le aguarda, porque mañana no vayan los hijos de Ud. y sobrinos míos, a sentirse avergonzados en ver que les cupo la suerte de haber tenido por padre a un cobarde.*” Le dijo esto último, porque notó que don Luis, como no era para menos, mudó la color, y quedó lívido, frío, mudo y pálido, al ver la seguridad y el gesto siniestrísimo con que Lili le hablaba. Otras circunstancias, y otras palabras más, por el estilo de las antecedentes (y que, como todas éstas, y otras muchas más, no figuraban en el decreto consabido), pasaron en esos momentos insólitos, lúgubres y supremos; pero nosotros damos en estos vocablos y frases de Lili, la sustancia de todo lo que ocurrió aquella fúnebre y tremenda noche. ¡Y qué amanecer para don Luis Pecuña! ¡Qué amanecer tan pavoroso el de un sentenciado a muerte! Como hemos dicho, eran unos diez, faltándonos ya tan sólo por nombrar al General Quintín Díaz, a un holandés cuyo nombre no acertamos a recordar en este instante, y al Coronel Vidal Méndez, apreciable azuano, de quien se guardan en Puerto Plata muy gratos y honrosísimos recuerdos.

Por supuesto, como se trata de un hecho real, histórico y contemporáneo, nadie ha osado decir palabra en



contra, respecto del fusilamiento del Sr. Pecuña; pero, en cambio, algunas personas, más o menos interesadas, han intentado contrabalancear el peso enorme de su atrocidad, con la referencia de alguna anécdota imaginaria, de algún suceso incierto, por donde resultase para Lilí algún provecho moral, en el concepto de los que no le conocen personalmente, o no saben de él sino la sombría y fea celebridad que ha logrado. Así, pues, han hecho, con eso, que un escritor francés, Mr. Frédéric Marcelin, refiera en un libro suyo, después de contar el triste caso de Pecuña, que una vez salió Lilí de la capital en el vapor de guerra en que tenía por costumbre hacer sus incesantes visitas a las otras partes de la República; que motivaba este viaje, la noticia que había recibido de una revolución que había en el punto a donde se dirigía, la cual debeló inmediatamente, como siempre tenía la fortuna de hacerlo; y que una vez logrado este fin, tomó de nuevo el vapor para regresar a Santo Domingo, no sin traer prisionero a un famoso contrario suyo; el cual, ya en alta mar, como le vio salir fuera de su camarote, le llamó (dice el Sr. Marcelin), y así como le tuvo cerca, escupióle la cara, diciéndole: —*¡Malvado, has reducido a prisión y cargado de hierros a quien vale más que tú!*— A lo cual dizque Lilí, sin experimentar alteración aparente alguna, interior ni exterior, se volvió a los suyos, diciéndoles: —*¡Pongan a este hombre en libertad! ¡Es un valiente!*

Ya en otro lugar del presente trabajo, hemos de hacer ver la falsedad de tan absurda y tosca especie.

FIN DE LA PRIMERA PARTE





Su muerte

Tan luego como concluí este trabajo, enjuagué y solté la pluma, puse sobre la cuartilla final un fondo de vaso, que me servía de pisapapel, y echéme a la larga en mi hamaca, que conservo como un recuerdo de mi amigo el Sr. Licdo. José M. Nouel, que me la regaló en Curazao, y en tal postura, me di largos momentos a discurrir la manera que había de usar para introducirlo y hacerlo circular con profusión en la República. Consiguiente a esto, busqué la vías de comunicación más adecuadas a ese fin; los lugares insospechados de donde, por esa razón, convenía verificar el envío; los efectos comerciales dentro de los cuales había de ir; las personas que lo debían llevar; el correligionario de quien me había de valer, para que lo pasara por las aduanas, o lo recibiera en las oficinas postales de la República, con otras miles prevenciones, de que no haré mención alguna. Era esto a principios de 1899. Luego hube de acordarme que faltaba lo principal, que era darlo a la estampa; y fiado en que me sería posible allanar en breve las dificultades que a ello se oponían, recogí mis papeles de sobre la mesa de trabajo, y los guardé, no sin pensar primero en determinados detalles concernientes a la composición tipográfica del libro,



tales como la letra de diminuto carácter, y el papel de seda, no menos sutil que tela de cebolla, en que sería bien imprimirlo, la omisión de todo pie de imprenta, y las precauciones que debiera emplear para impedir que otras personas, a sí fuesen compañeros míos de ostracismo, se impusieran de la operación, fuera del impresor y los cajistas que la trajeran entre manos. Pensaba yo que para la nueva revolución que se preparaba, no había de haber mejor manifiesto, y así se lo hube de participar a un amigo; del cual recibí a poco una carta, en que me pedía le mandara el manuscrito, porque deseaba verlo y tener el gusto de publicarlo. Le contesté que sería yo mismo el portador, temeroso de que, remitido por otro conducto, se perdiese; y apenas había comenzado a practicar las diligencias conducentes a la realización de mi partida, cuando me dio un amigo, día 5 de agosto de 1899, la noticia de que, pocos días antes, había Lili caído en Moca para siempre. No quise creerlo. ¡Ay! dije, cuantas veces han anunciado su muerte, no ha salido a ser verdad. El amigo, que, como bien se mira, estaba en lo cierto, me afirmó que sí lo era, y que no debía negarle mi asentimiento. Dos o tres días después, vino la confirmación de la noticia. Confieso que lo sentí. Aun conociendo que su vida era la muerte de los otros, y que cuantos días, horas o minutos pasasen, otras tantas víctimas haría su crueldad, deseaba que no pereziese, antes de salir a luz mi obra; cifraba mi mayor afán en que fuera por él leída; y por verla en sus manos, a ser posible, hasta hubiera detenido, por algunos momentos, las vengadoras o salvadoras de los viriles mocanos, que con sus certeros disparos le hicieron abandonar la existencia. Porque no se me ocultaba que ya desde aquel instante, carecía ella de mérito esencialísimo de la oportunidad: veía malogradas mis vigiliyas, mal gastados los meses que pasé en ellas, frustradas mis esperanzas, deshojadas y marchitas mis ilusiones, bur-



lados mis esfuerzos, deservida mi causa, sin éxito mi obra, sin fruto mi destierro. ¡Ay, qué decepción experimenté! ¡Qué caso tan fortuito! ¡Qué ahogar en la orilla, después de haber pasado el golfo! Con todo eso, no di lugar al desaliento, sino que hube de reflexionar al punto, que, a despecho de todo, podía ser que la obra tuviese una importancia menos pasajera de la que yo le atribuía; porque a mi juicio, sea cual fuere la sazón en que se publique un libro contra un tiranuelo, siempre sirve para poner en mayor aborrecimiento su memoria, y contribuir a dejar cerrado el camino por donde pueda venir otro. En esa persuasión, me propuse dar el original a la prensa, designio que, muerto Lilí, sólo puedo cumplir en parte, por lo que diré.





Su vida

Su vida es esta obra, su *vera efigies*, y consta de dos partes, de la cuales sólo he de imprimir por ahora la primera; la segunda lo será no bien regrese a la patria, y de la última mano a cuanto hay en ella de incompleto; pues en mis diez años de ostracismo, han debido de pasar en la República muchos importantes acontecimientos, que, o no han llegado a mí noticia, o no había de poder referirlos con toda la prudente minuciosidad que merecen; y hablando de Lilí, es justo decir cuanto pasó en su tiempo, ya por obra de su voluntad sin contrapeso, ya por causas de ella independientes. Y hay más, que dicha segunda parte de fin en dos apéndices, uno titulado *Sus matanzas*, y otro *Sus robos*, harto deficientes ambos, y cuya materia he de llevar a todo el colmo y cabalidad que debe tener, por lo mismo que la causa y propósito que me hizo escribirlos a la ligera, y sin la suma de datos que les faltan, ya no existe; y hasta pienso refundirlos en el texto de esa segunda parte, porque no queden sueltos fuera de él. Lo que sí no he de variar, es el tiempo en que hablo o escribo, porque, según dejo dicho, compuse mi obra en vida de Lilí, con ardorosos deseos de que él la viera: y no porque ya murió, he de



modificar el texto en esta parte, ni en otra alguna: porque inútil sería buscarle fuera de sus crímenes y perversidad, de donde, vivo, no hubo quien le sacara, y muerto, tampoco se ha de hallar quien esto haga; razón es pues que yo termine como principié. Finalmente, lo que me importa mucho dejar bien concluido, es una exposición que hago del estado social, moral, material, intelectual, político y económico de la República. Durante los trece años de 1887 a 1899, que duró su increíble despotismo, haciendo ver con toda claridad, lo que había sido ella en esos puntos antes que subiera él al poder la vez primera, en septiembre de 1882, y lo dejara en septiembre de 1884: y en el espacio de ocho meses, a partir del mismo mes y año, hasta mayo de 1885, en que desempeñó la presidencia el General Francisco Gregorio Billini y de veintiún meses, contando de la última fecha, hasta febrero de 1887, en que, por renuncia gloriosa del General Billini, la ejerció el vicepresidente, General Alejandro Woss y Gil: lo que no he de poder acabar como yo querría ni como corresponde, sino cuando esté de vuelta en la República, y vea y verifique por mí mismo el estado en que Lilí la dejó en 26 de julio de 1899, fecha demasiado conocida. Esto dicho, bien entiendo que no han de faltar personas, amigas o contrarias mías en opinión, a quienes traiga desagrado mi obra, aquellas calificándola de inoportuna, éstas tachándolas de acrimoniosas, y todas estimando de consuno que más valiera echar en olvido lo pasado. Así, he de advertir a las unas y a las otras, que recuerden la sazón en que la compuse, y que no hago ni haré más en publicarla, de lo que hubiera hecho ahora dos años pasados; que mucho es lo que me queda todavía por decir: que apenas he principiado: que nunca será excesivo cuanto se dijere o hiciere en contra de un tirano, el cual no puede pagar con su vida, ni la de tantos ciudadanos que perecieron por su orden, ni la suma incalculable de



intereses generales y particulares que dejó comprometidos muy seriamente con sus atentados; que tengan calma; que sepan aguantar el peso de los dichos, así como los enemigos irreconciliables de la tiranía, supimos aguantar el peso de los hechos; que sepan tener presente, que ninguno de aquellos correligionarios míos, que se vieron de pie, delante de cuatro inculpables militares, encargados de darles cuatro tiros, dejó de mostrar serenidad en tan terrible trance: ni uno siquiera de los que, primero perseguidos, encarcelados y cargados de hierros en la República, o después lanzados a larga y áspera proscrición, hemos flaqueado un punto en nuestra indomable fortaleza, manteniéndonos, siempre por cima, y nunca por bajo de nuestros padecimientos; que si nosotros sobrellevamos y sufrimos ayer las desgracias de lo presente, que sufran y sobrelleven ellos ahora las consecuencias de lo pasado: que no se les dé cuidado que lo recordemos, porque los pechos henchidos de vergüenza no deben olvidar lo pasado, lo cual ha vuelto siempre, cuantas veces ha sido entregado al olvido; y hay que recordar a cada hora, y a cada vuelta que demos, a fin de impedir que, por nuestra indiferencia, se presente otra vez cuando menos esperemos, y volvamos ¡ay! a las andadas. Podemos responder de nosotros mismos, y hacer respecto de nosotros mismos cuanto quisiéramos; más no respecto de la patria; no debemos ponernos en lugar de ella, y decir *olvido de lo pasado*, mirando como cosa baladí e insignificante los agravios que le han hecho; pues sólo aquel los olvida que no siente amor por ella. Juzguemos pues por baladíes e insignificantes nuestros mismos padecimientos, pero no los ajenos; evitemos que vuelvan a tener repetición: y así, entreguemos al olvido lo pasado en las personas, pero jamás cometamos la inicua y oprobiosa falta de olvidarlo en las cosas.





Índice onomástico

A

Abad, Juan 157, 159, 160, 182, 195
Alfau Durán, Vetilio 14
Alfonseca 482
Almeida 112
Almonte, Manuel María 285, 287
Álvarez, Braulio 530, 533
Álvarez, Wenceslao 166
Amiama, Francisco Xavier 391, 535
Angulo Guridi, Alejandro 441
Artiles, Gregorio 210
Arvelo, Carlos 482
Arzeno, Felipe 272

B

Báez Labastida, Pablo 166
Báez, Buenaventura
13, 14, 23, 24, 64, 65, 106,
114-117, 120-122, 125, 131,
133, 135, 140, 145, 147, 158,
162, 166, 167, 169, 180, 243
275, 276, 279, 281, 284, 289,
293, 294, 299, 304, 309, 310
321, 323, 326, 330, 331, 337, 348,
371, 372, 381, 382, 383, 384,
413, 414, 415, 436, 439, 440
Báez, Damián 166, 300, 381, 382,
383, 439
Báez, José 114

Bara 92
Barrientos, Jove 389
Batista, Antonio 111-113
Baudilio 376
Baúl 352
Bautista, San Juan 264
Benavides, Ramón 166
Betances, Ramón Emeterio 64,
428, 429, 482
Billini, Francisco Gregorio 322,
328, 526, 530, 538, 548
Bobadilla, Tomás 155
Bonó, Pedro Francisco 10, 23, 64,
502, 505
Borbón, Carlos de 239
Boscowitz
388, 396, 423, 424, 431, 432,
433, 442, 485, 486, 525
Bossuet 65
Botello 537, 538
Bull, John 151

C

Cabral, José María 77, 120, 131,
135, 145, 146, 151, 155, 162,
166, 167, 247, 323, 331, 436,
438, 537
Cáceres, Manuel Altagracia 170,
352-354
Cáceres, Ramón 17, 18



Calvo, Carlos 448
 Cameau, Ovide 445, 446
 Caminero, José 242
 Caminero, Manuel María 21, 243,
 244, 355, 359, 364, 365, 366,
 368, 370, 378, 382, 384, 386,
 387, 424, 525
 Campazas, Gerundio de 47
 Canal, Boisrond 441, 444
 Carrasco, José de Calasanz 248
 Carrasco, Juan Bautista 266
 Castellanos, Carlos 355
 Castro, Jacinto de 343, 349
 Castro, José de Jesús 478, 479
 Cestero, Juan José 518
 Cestero, Mariano 332, 393, 517,
 518, 520
 Charlie 373, 374, 378
 Chaves, Luis 166
 Cheri Chango 78
 Cicerón 414
 Cocchia, Roque 291, 531
 Colón, Cristóbal
 239, 290, 291, 292
 Concha, Wenceslao de la 97
 Cordero, José Remedio 165
 Crespo, Gabino 386, 442, 525

D

D'Amboise, Francois 85
 Daniel el alemán 98
 Deetjen, Alfredo 364
 Deschamps, Eugenio 11, 12, 14,
 28, 166
 Díaz, Quintín 540
 Dolores, José 100
 Domingue, Michel 438
 Castellanos 371
 Dubocq, Pedro Eduardo 59, 414

E

Espaillet, Ulises F. 64, 76, 189,
 190 192, 194, 197, 239, 242,
 244, 257, 261, 275, 27, 278,
 294, 305, 306, 318, 323,
 331, 332, 333, 338, 353, 411,
 415, 424, 439

F

Favart, Enrique 137
 Fernández, José Mauricio 181
 Font Bernard, Medardo 168
 Florentino, Pedro 138
 Flores, Juan Vicente 9, 11-13, 15-23
 Freitas, Aniceto 363

G

Galván, Manuel de Jesús 289, 315,
 332, 439, 441
 García y Copley, Federico 172
 García, Federico de Jesús 145, 164
 García, Francisco 204, 208
 García, José Gabriel 13, 332
 García, Toribio 166
 Garrido, Juan 253
 Garrido, Luis 28
 Gautier, Máximo 28
 Geffrard, Fabre 44, 131, 436
 Giordani (familia francesa) 355
 Gómez, Juan 162
 Gómez, Severo 137, 143, 156, 159,
 162, 163
 González, Ignacio María 63, 124,
 135, 140, 166, 169, 170, 177,
 181, 195, 198, 243, 250, 261,
 275-278, 285, 289, 293, 294,
 320, 321, 323-329, 333, 334,
 336-340, 343, 346, 382, 384,
 422, 435, 437, 438
 González, Manuel 47
 Gracesqui, Domingo 96



Grullón, Eliseo 396, 525, 526
 Grullón, Maximiliano 396
 Grullón, Máximo 64, 183, 191, 228
 280, 290, 414
 Guillermo, Cesáreo
 21, 23, 24, 304, 309, 323,
 325, 336, 339, 343, 346, 347,
 349, 352, 354, 378, 379, 380,
 385-387, 389, 396, 407, 422,
 425, 441, 533-535, 537
 Guillermo, Pedro 132, 347, 348
 Guzmán Blanco 12

H

Henríquez y Carvajal, Francisco
 518, 520, 528
 Heureaux (Lilí), Ulises 10, 12,
 13, 16, 17, 19-24, 26, 29, 51, 52,
 54, 59-61, 67, 75-81, 83, 90, 91,
 94, 95, 99, 102, 104- 106, 127,
 129, 132, 138, 139, 141-143
 148, 149, 151, 152, 157, 159,
 161-166, 182, 183, 184, 193,
 194, 198, 199, 204-208, 210,
 215-219, 223, 224, 227, 228,
 230-232, 247, 249, 253, 272,
 273, 288, 304, 322, 323, 329,
 333, 334, 336, 339, 343, 346,
 347, 348, 349, 352, 357, 360-362
 364, 365, 367, 369, 370, 371,
 378, 379, 383-385, 387, 388,
 392-396, 407, 421-425, 429,
 429, 431, 432, 434, 435, 442,
 434, 435, 442, 443, 447-449,
 451-455, 455, 457, 461, 463,
 464, 469, 471, 474-478, 485,
 486-488, 510, 513, 516, 520,
 523, 525-528, 530, 531, 534-537
 539, 540, 541, 544, 545, 547, 548
 Hostos, Eugenio María de 14,
 64, 172, 482, 483

I

Illas, Juan José 49
 Imbert, Segundo 134, 159, 165,
 272, 289, 322, 328, 333
 Isabel II 115
 Isabel la Católica 270
 Israeta 92

J

Jacinto Puerto Rico 199
 Jerónimo La Manta 166
 Jiménez, Juan Isidro 17, 18, 27,
 165, 166
 José el español 98, 114
 Julia, Juan P. 231

L

La vieja Rosa 108
 Lamarche, Armando 166
 Lantigua 95, 98
 Leyba, Federico María 382
 Lima, Enrique de 377
 Limardo, Felipe 155
 Limardo, Rodolfo Ovidio 192, 272,
 364
 Lithgow, Federico 206-209, 272,
 364, 376, 489
 López Villanueva, Pablo 181
 López, Benito 199
 López, José Ramón 12, 14, 28, 29
 López, Pablo Eliseo 14, 28, 29
 Lora, Gregorio de 107
 Lovera, Miguel 132, 133, 152
 Luciano, José Ramón 125
 Luna, Zacarías de 272
 Lunita, Juan 372
 Luperón, Gregorio 10, 12, 13, 15,
 16, 17, 21, 24, 59, 60, 61, 62, 64,
 67, 77, 78, 77, 78, 91, 105, 108,
 111-115, 119, 121, 124, 125, 127,



130, 132, 133, 135, 137, 138-143,
145, 146, 149, 151-153, 159,
162-166, 172, 173, 175, 182,
183, 192, 193, 197, 228,
232, 249, 251, 255, 271, 277,
280, 320, 321, 325, 328, 329,
331, 332, 333, 337, 339, 346,
347, 349, 373, 376, 383, 384,
387, 388, 391, 393, 394, 396,
397, 398, 399, 401, 403, 407
408, 411, 414, 418, 420, 422-425,
427, 428, 431, 432, 439, 441, 442,
445, 471, 483, 484, 490, 492, 501,
502, 505, 506, 509, 510.

Lutero 86

Luz, Anselmo de la 207, 207-210

M

Manuel 216, 219, 220, 223

Manuel el Chivo 132

Manzuela, Eusebio 158

Mañón, Dámaso 158

Marcelin, Frédéric 541

Marcelino, Juan Isidro 371

Marchena, Miguel Angel de 166

Marchena, Pedro Emilio de 166

Martínez, Ricardo 166

Martínez, Rufino 9, 15, 17, 20

Melenciano, José 290

Mella Castillo, Ildefonso 382

Méndez, Vidal 540

Mercado, Manuel de J. 166

Mercedes Botello, Tomás 537

Meriño, Fernando Arturo de

10, 23, 309, 315, 321, 323, 325,
347, 347, 362, 395, 403, 405,
411, 412, 413, 414, 415, 420, 421,
422, 423, 424, 425, 428, 429, 431-
434, 441, 443, 455, 457, 458, 459,
463, 464, 466, 470, 471, 477-481,
483, 484, 487, 490, 497, 499, 500-
504, 510, 511, 516-519, 522-526,
528-532

Merry y Colón, Luis 359

Miches, Eugenio 200, 407

Mieses, Tancredo 164

Monción, Benito 487

Monsanto (holandés) 445, 446

Monsieur Frédéric 86

Monte, Joaquín Del 64

Morales Languasco, Carlos 17

Morales, Agustín F. 11, 14, 25, 165

Moscoso, Abelardo 166

Moya, Casimiro Nemesio de 448,
450, 525, 526

Moya, Dionisio de 64

Muñoz 95, 205

N

Nouel, Carlos 289, 482, 439, 530

Nouel, José M. 166, 543

Núñez, Juan Nepomuceno 170

O

Ogando, Timoteo 247

Orestes 64

Ortea, Francisco 175, 285, 333

Ortea, Juan Isidro 285, 287, 321,
535, 537

Ostormán Lamarche 166

P

Pacheco, Ramón D. 286

Padre Moya 155

Padre Valencia 155

Paradas, Salvador 166

Parahoy, Carlos 166

Pecuña, Luis 538-541

Peña y Reinoso, Manuel de Jesús
de 172, 191, 256, 332, 483

Pereira, Isidro 244

Pérez, Valentín 20, 355, 359, 360,
364, 365, 368, 369, 370, 378,
382, 384, 386, 387, 424, 525



- Pierre C. León 49
 Pimentel, Pedro Antonio 145, 152
 Pina, Calixto María 290, 299
 Platanito, Miguel 371, 372, 375,
 378
 Plutarco 60
 Polanco, Gaspar 94, 108, 437
 Poloney, Juan A. 127
 Prieto Almonte 166
 Pujol, Pablo 64, 155

R

- Ramón y Puchinga 95
 Regalado y Muñoz, Manuel
 González de 47
 Reinoso, Carlos 28, 166
 Reinoso, José 166
 Reinoso, Norberto 272
 Rivas, Juan 166
 Rodríguez Objío, Manuel 64, 132,
 133, 155, 159, 162, 299
 Rodríguez, Demetrio 17
 Rojas, Benigno F. de 64
 Rosa, Candelario de la 166
 Rosas, 177
 Rose, Mam'selle 79, 81, 83, 95, 96,
 99, 103, 106

S

- S. Oviedo 166
 Salcedo, José Antonio 109
 Salcedo, Juan de Jesús 136
 Salnave 131, 152, 289, 436
 Salomón, Felicité 441, 444, 445,
 452
 Sánchez, Francisco del Rosario
 114, 337
 Santana, Luciano 299
 Santana, Pedro 13, 64, 65, 114,
 120, 122, 135, 148, 323, 331,
 363, 412
 Scherffenborg, Carlos 250

- Solito 352
 Solón 128
 Castro 346
 Suero, Ramón 107

T

- Tejera, Emiliano 291
 Trelles, Carlos M. 15

V

- Valerio, Eugenio 181
 Valverde, José Desiderio 64
 Valverde, Melitón 112
 Vargas, Cándido de 289
 Vásquez, Horacio 17, 166
 Viala 92
 Villa, José Antonio 96
 Villanueva, José Eugenio 166,
 195, 196, 197, 294

W

- Welles, Sumner 13
 Woss y Gil, Alejandro 548





Índice

| | |
|--|----|
| Nota sobre la segunda edición | 7 |
| Juan Vicente Flores: el guerrero de la pluma | 9 |
| A la memoria del general Agustín F. Morales | 25 |

PRIMERA PARTE

| | |
|------------|-----|
| I | 35 |
| II | 43 |
| III | 51 |
| IV | 59 |
| V | 67 |
| VI | 75 |
| VII | 89 |
| VIII | 93 |
| IX | 111 |
| X | 125 |
| XI | 145 |
| XII | 151 |
| XIII | 155 |
| XIV | 157 |
| XV | 161 |



| | |
|-------------------------|-----|
| XVI | 165 |
| XVII | 185 |
| XVIII | 189 |
| XIX | 215 |
| XX | 239 |
| XXI | 247 |
| XXII | 263 |
| XXIII | 275 |
| XXIV | 297 |
| XXV | 309 |
| XXVI | 351 |
| XXVII | 385 |
| XXVIII | 395 |
| XXIX | 403 |
| XXX | 417 |
| XXXI | 431 |
| XXXII | 457 |
| XXXIII | 477 |
| XXXIV | 485 |
| XXXV | 515 |
| XXXVI | 533 |
| Su muerte | 543 |
| Su vida | 547 |
| Índice onomástico | 551 |



PUBLICACIONES DEL
ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

- Vol. I *Correspondencia del cónsul de Francia en Santo Domingo, 1844-1846.* Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1944.
- Vol. II *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. I, C. T., 1944.
- Vol. III *Samaná, pasado y porvenir,* por E. Rodríguez Demorizi. C. T., 1945.
- Vol. IV *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, C. T., 1945.
- Vol. V *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1947.
- Vol. VI *San Cristóbal de antaño,* por E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1946.
- Vol. VII *Manuel Rodríguez Objío (poeta-restaurador-historiador-mártir),* por R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. VIII *Relaciones,* por Manuel Rodríguez Objío. Introducción, títulos y notas de R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. IX *Correspondencia del cónsul de Francia en Santo Domingo, 1846-1850,* Vol. II. Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1947
- Vol. X *Índice general del "Boletín" del 1938 al 1944,* C. T., 1949.



- Vol. XI *Historia de los aventureros, filibusteros y bucaneros de América*. Escrita en holandés por Alexandre Olivier de Oexmelin. Traducida de una edición francesa de la Sirene-París, 1920, por C. A. Rodríguez. Introducción y bosquejo biográfico del traductor, por R. Lugo Lovatón, C. T., 1953.
- Vol. XII *Obras de Trujillo*. Introducción de R. Lugo Lovatón, C. T., 1956.
- Vol. XIII *Relaciones históricas de Santo Domingo*. Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1957.
- Vol. XIV *Cesión de Santo Domingo a Francia*. Correspondencia de Godoy, García, Roume, Hedouville, Louverture, Rigaud y otros, 1795-1802. Edición de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1958.
- Vol. XV *Documentos para la historia de la República Dominicana*. Colección E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.
- Vol. XVI *Escritos dispersos*. (Tomo I: 1896-1908), por José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVII *Escritos dispersos*. (Tomo II: 1909-1916), por José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVIII *Escritos dispersos*. (Tomo III: 1917-1922), por José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, 2005.
- Vol. XIX *Máximo Gómez a cien años de su fallecimiento*. Edición de Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, 2005



Colofón

Este libro terminó de imprimirse
en el mes de enero de 2006 en los
talleres gráficos de Editora Búho,
Santo Domingo, República
Dominicana.



Seguramente Martínez recogió cierto consenso en el rechazo cuando aseguró: “Su mente, anublada por la pasión, produjo una obra soporífera por el estilo y poco aceptable por la narración de los hechos, algo adulterados, no se sabe si expresamente, con el fin de hacer más despreciable al tirano.”

Contrario a la dictadura de Trujillo en su época, Martínez, sin embargo, debió estar sesgado en esta apreciación por su matizada simpatía retrospectiva hacia Ulises Heureaux, el para Flores despreciable Lili. Está suficientemente establecido que este primer tirano moderno, de tan aciaga presencia en el entorno dominicano durante las últimas dos décadas del siglo XIX, hasta no mucho antes de su muerte gozó del apoyo de la mayor parte de la intelectualidad liberal, para no decir que del casi conjunto de la clase dirigente, que medró bajo su sombra.

ROBERTO CASSÀ

